



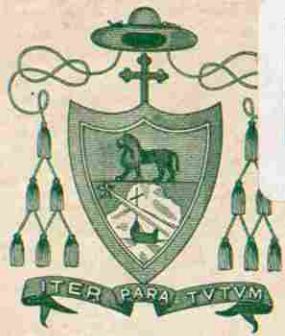
GUERRA
DE ESPAÑA
CONTRA
NAPOLEON

DP205

D5

C. 1

006710



1080020176

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

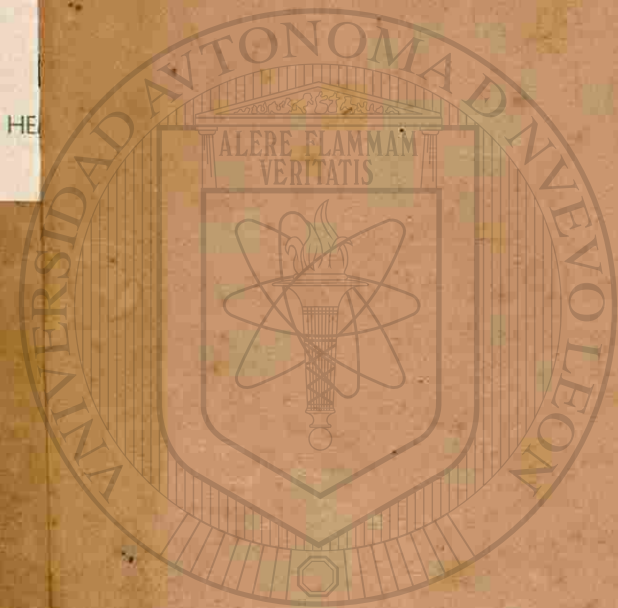
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HE

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE ESPAÑA

CONTRA EL

EMPERADOR NAPOLEON,

POR EL PRESBITERO

D. Juan Diaz de Baeza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles
Biblioteca Universitaria
MÉXICO.

Imprenta de I. David, á cargo de A. Contreras,
calle de Cadena n.º 10.

1852.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO EMILENIO VALVERDE Y TELLES
Biblioteca Valverde y Telles

43642

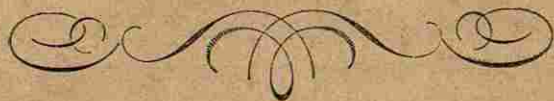
DP205

DS

HE



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PRÓLOGO.



RICA y feliz la España en el reinado de Carlos III, se resintió mucho en el de Carlos IV de las debilidades de este monarca, y sobre todo de los efectos de la revolución francesa. Después de una guerra infructuosa contra el gobierno democrático de la nación vecina, el cual había decapitado al virtuoso Luis XVI, proclamando al mismo tiempo las máximas más contrarias y ofensivas á la autoridad de los reyes, tuvo que comprar su quietud á costa de inmensos sacrificios, porque los diferentes gobiernos que fueron sucediéndose en aquel país, todos vendían su amistad á muy alto precio á la desgobernada España. Así, sus tesoros, sus

006710

escuadras, y por último hasta sus ejércitos, todo estaba á disposicion del gobierno francés. Pero, al cabo, pudo conservar la integridad de su territorio, y regirse por sus propias leyes, y por sus monarcas naturales, ya que no gozase de independenciam su gobierno, sometido á la voluntad de la Francia, hasta que el jefe de esta nacion, envanecido con sus conquistas y poderío, quiso dotar á un individuo de su familia con el rico patrimonio de San Fernando. Cosa muy hacedera y fácil pareció al que estaba acostumbrado á dar la ley á todos los monarcas de la Europa; y á fines del año 1807 empezó á poner en práctica su proyecto, invadiendo engañosamente con sus tropas el territorio español. Mas la nacion magnánima, que en medio de los desaciertos de su gobierno, nada habia perdido de su dignidad, opuso al usurpador una resistencia que nos recuerda los tiempos de la invasion agarena.

Dignos son, por cierto, de trasmitirse á la posteridad mas remota los esfuerzos, el valor, los hechos heróicos, la lealtad y la perseverancia de los españoles en esta lucha, que de nuevo ha engrandecido su nombre, tan ilustre ya en la historia del mundo. Es-

ta tarea la ha desempeñado dignísimamente el conde de Toreno en su "Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España." La copia de materiales que tuvo á la vista este recomendable escritor, la claridad y la elocuencia de su estilo, unidas á lo castizo y majestuoso de su dicción, las oportunas y profundas reflexiones con que enriquece la narracion, dan á su obra un interés y un mérito superior. Todo español debiera tener y conservar una obra tan preciosa, en que se pintan con los colores mas vivos las glorias de nuestra patria; lástima es que por ser bastante voluminosa, no esté su precio al alcance de las facultades de todos.

Nosotros, con el fin de que se haga comun en España una historia, que ningun español debe ignorar, hemos procurado ceñirla á límites mas estrechos para que no sea gravoso su coste, siguiendo en la relacion de los sucesos al conde de Toreno, aunque tambien á otros escritores, añadiendo algunas particularidades de que tenemos noticia, sin omitir ningun hecho importante, ni circunstancia notable, y haciendo por nuestra parte, si bien con economía, las observaciones que nos han parecido conducentes. Solo en la parte po-

lítica, en que se estienden otros y especialmente el señor conde, cada uno segun su propósito, somos nosotros bastante concisos, para dar lugar á la narracion histórica, nuestro principal objeto. Si se quiere, pues, no un diario de operaciones militares, sino propiamente la historia de una guerra, nos parece que la publicamos completa, sin que dejemos de tocar también en la parte política los puntos principales. De este modo podrán nuestros lectores adquirir con poco gasto una noticia bastante estensa de la memorable guerra de los seis años, y el conocimiento necesario de las ocurrencias políticas en uno de los períodos bajo este concepto mas importantes de la historia nacional.

CAPÍTULO I.

Proyectos de Napoleon sobre la Península española.—Tratado de Fontainebleau.—Entrada de los franceses en España.

RESUELTO ya el emperador de los franceses á enseñorearse á todo trance de la Península hispana, parece que al mismo tiempo de ajustar con Cárlos IV el tratado de Fontainebleau en 29 de Octubre de 1807, fluctuaba todavía en cuanto á los medios de llevar á cabo su propósito. Estipulábase en aquel tratado la desmembracion de Portugal, dando en plena soberanía la provincia de Entre-Duero y Miño, con la ciudad de Oporto, á S. M. el rey de Etruria, nieto de Cárlos IV, con el título de rey de la Lusitania septentrional, que poseerian también hereditariamente sus descendientes; el reino de los Algarbes y la provincia del Alentejo al príncipe de la Paz, con el título de príncipe de los Algarbes, en plena soberanía para sí y sus descendientes hereditariamente; y quedando en depósito hasta la paz gene-

lítica, en que se estienden otros y especialmente el señor conde, cada uno segun su propósito, somos nosotros bastante concisos, para dar lugar á la narracion histórica, nuestro principal objeto. Si se quiere, pues, no un diario de operaciones militares, sino propiamente la historia de una guerra, nos parece que la publicamos completa, sin que dejemos de tocar también en la parte política los puntos principales. De este modo podrán nuestros lectores adquirir con poco gasto una noticia bastante estensa de la memorable guerra de los seis años, y el conocimiento necesario de las ocurrencias políticas en uno de los períodos bajo este concepto mas importantes de la historia nacional.

CAPÍTULO I.

Proyectos de Napoleon sobre la Península española.—Tratado de Fontainebleau.—Entrada de los franceses en España.

RESUELTO ya el emperador de los franceses á enseñorearse á todo trance de la Península hispana, parece que al mismo tiempo de ajustar con Cárlos IV el tratado de Fontainebleau en 29 de Octubre de 1807, fluctuaba todavía en cuanto á los medios de llevar á cabo su propósito. Estipulábase en aquel tratado la desmembracion de Portugal, dando en plena soberanía la provincia de Entre-Duero y Miño, con la ciudad de Oporto, á S. M. el rey de Etruria, nieto de Cárlos IV, con el título de rey de la Lusitania septentrional, que poseerian también hereditariamente sus descendientes; el reino de los Algarbes y la provincia del Alentejo al príncipe de la Paz, con el título de príncipe de los Algarbes, en plena soberanía para sí y sus descendientes hereditariamente; y quedando en depósito hasta la paz gene-

ral, las provincias de Beira, Tras-los-Montes, y la Estremadura portuguesa: el emperador de los franceses salia garante, por el mismo tratado, á S. M. el rey de España, de sus Estados del continente de Europa situados al Mediodía de los Pirineos: y en artículos separados se convino en que para la ocupacion de Portugal entrasen en España 25.000 infantes y 3.000 caballos de tropas francesas, que en derecho debian ir á Lisboa, reunidos con 11.000 españoles, 8.000 de infantería y 3.000 de caballería: que otra division de 10.000 hombres de tropas españolas tomase posesion de la provincia de Entre-Duero y Miño y de la ciudad de Oporto, y otra de 6.000 hombres, tambien españoles, del Alentejo y de los Algarbes. Asimismo se convino en que se reuniese en Bayona un cuerpo de 40.000 franceses, que debia pasar á Portugal, en el caso de que los ingleses intentasen hacer algun desembarco en aquel reino: no debia entrar sin embargo en España este cuerpo de tropas, hasta que las dos potencias contratantes se pudiesen de acuerdo sobre este punto.

Pero ya antes de la conclusion de este tratado, habia atravesado el Bidasoa el dia 18 de Octubre, una division de tropas francesas, á la que siguieron inmediatamente otras dos divisiones; y todas, mandadas por el general Junot, se dirigieron por Búrgos y Valladolid á Salamanca, donde entraron á mediados de Noviembre. Desde aquella ciudad tomaron por Ciudad-Rodrigo el camino de Lisboa, en cuya capital entraron el dia 30 del mismo mes; habiéndose embarcado el 27 la familia real, y dándose á la vela el

29 para Río-Janeiro. Por donde se vé cuán grande era la impaciencia del emperador Napoleon por llevar al cabo sus planes con respecto á la Península.

No se sabia, sin embargo, á punto fijo cuáles eran sus miras; aunque desde luego se vió con evidencia que no tenia ánimo de cumplir con lo estipulado en el tratado de 29 de Octubre, porque el general Junot anunció de oficio en 1.º de Febrero siguiente á los portugueses, que el emperador Napoleon tomaba al Portugal bajo su proteccion, y queria que á nombre suyo gobernase todo el reino el mismo general; á pesar de que ya desde principios de Diciembre habian ocupado las tropas españolas las provincias designadas en el tratado.

Por otra parte, si bien el cuerpo de tropas que debia reunirse en Bayona, no podia entrar en España, segun lo convenido, hasta que se pusiesen de acuerdo los dos gabinetes; ya en el mes de Diciembre empezaron á entrar sin este requisito, de 27 á 28.000 hombres, infantería y caballería, mandados por el general Dupont, y á principios de Enero otro cuerpo de igual fuerza mandado por el mariscal Moncey; avanzando uno y otro ejército hácia Castilla, al mismo tiempo que un cuerpo de 12.000 hombres entraba por Cataluña.

No se necesitaban mayores pruebas para que hasta el mas preocupado en favor de Napoleon conociese su mala fé y segunda intencion. Con todo, restábanos todavia ver mezclada la superchería con la perfidia. Se presentó delante de Pamplona con tres batallones el general francés D'Armagnac, á quien

el virey de Navarra, marqués de Vallesantoro, permitió alojar la tropa dentro de la plaza. Alentado el francés con esta condescendencia del virey, pretendió que se acuartelasen en la ciudadela dos batallones suizos; mas no se prestó el español á tan extraña demanda, aunque coloreada con la poca confianza en la fidelidad de aquella tropa. Frustrada pues su primera tentativa, recurrió D'Armagnac á una estratagemá indigna, no ya de un militar y general, sino de cualquiera persona que tuviese honor. De intento se habia aposentado el jefe francés enfrente de la puerta principal de la ciudadela, y para llevar á cabo la traicion que meditaba, mandó que en la noche del 15 al 16 de Febrero de 1808, fuesen entrando en su casa con armas y á la deshilada algunos granaderos. Recibia sus raciones la tropa francesa en la ciudadela; y en la mañana del 16, por disposicion de D'Armagnac, se presentaron á recogerlas algunos soldados escogidos, á quienes dirigia disfrazado un jefe de batallon. Los soldados, prestando estar esperando al oficial, empezaron como á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve, pues estaba nevando. Con este fingido entretenimiento, jugueteando, corriendo y saltando, ocuparon algunos el puente levadizo, sin que los soldados españoles maliciasen una vileza, cuya posibilidad ni aun se ocurría á su entendimiento prevenido por la lealtad de sus corazones. Colocados aquellos franceses en el puente, le pasaron de tropel los demas, desarmaron á los centinelas españoles, se apoderaron de las armas del cuerpo de guardia, y facilitaron la entra-

da á los granaderos que se ocultaban en la posada de de D'Armagnac, tras de los cuales entró en seguida la demas tropa francesa. ¡Digna hazaña, por cierto, llevada á cima por un general, y mandada ejecutar por un emperador!

Tambien á principios del mismo mes de Febrero habia entrado por Cataluña, sin permiso ni aun conocimiento del gobierno español, un cuerpo de tropas francesas de 12 á 13,000 hombres, entre infantería y caballería, mandados por el general Duhesme, el cual, despues de algunas contestaciones con el capitán general de aquel principado, conde de Ezpeleta, que se oponia á la marcha del francés hasta consultar á su corte, entró con su ejército el dia 13 en la ciudad de Barcelona, guarneciendo sin embargo los españoles la ciudadela y el castillo de Monjuich.

Si en extremo villana y ruin fué la conducta de los franceses en Pamplona, no lo fué menos en la capital de Cataluña. Resuelto el general Duhesme á apoderarse de la ciudadela y de Monjuich, segun las intrucciones de su corte, hizo esparcir la voz por la ciudad el dia 28, de que habia recibido órden para marchar á Cádiz, solo con el intento de prevenir la desconfianza de los españoles, y que no columbrasen la iniquidad que meditaba: y aparentando que iba á pasar revista á las tropas antes de salir de la ciudad, las mandó formar en la esplanada de la ciudadela, ocupando con algunos cuerpos otros puntos para dar el golpe con seguridad. Revistados algunos cuerpos, se acercó el general Lecchi con muchos oficiales á caballo á la puerta principal de la ciuda-

dela, parándose en el puente levadizo. A este tiempo avanzó uno de los cuerpos apostados al intento, se apoderó del puente atropellando al primer centinela, y entró precedido del general Lecchi y todo su acompañamiento, y seguido despues por otros cuatro batallones, que todos juntos se hicieron por último dueños de la ciudadela. Había en ella de guarnicion dos batallones de guardias españolas y walonas; pero la mayor parte de los oficiales y soldados se hallaban en la ciudad sin ningun recelo, y cuando volvieron, no sin dificultad fueron admitidos por los franceses, quienes por fin consiguieron que evacuasen la ciudadela. ¡Insigne felonía de un gobierno que se decia nuestro amigo y aliado!

Quiso el general Duhesme apoderarse por los mismos medios del fuerte de Monjuich; pero se vió burlado en su tentativa por la vigilancia, lealtad y valor del héroe D. Mariano Alvarez, á quien verémos con el tiempo hacer en Gerona una de las defensas mas tenaces y gloriosas que se leen en los anales de la guerra. Recurrió entonces el general francés á las amenazas, haciendo saber al conde de Ezpeleta, que con arreglo á las intrucciones que tenia de su emperador, tomaria el punto á la fuerza, si no daba orden para que se le entregase. Ezpeleta la dió, se despechó Alvarez; pero era militar, obedeció; y Monjuich cayó en poder de los alevosos huéspedes, amigos y aliados. Hervia la sangre en los pechos de soldados y naturales; pero ni en la nobleza de los españoles cabia imaginar siquiera tan enorme traicion para haberla prevenido, ni las autoridades habian re-

cibido instruccion alguna del gobierno, atortolado él mismo, y salto de consejo con los hechos extraordinarios, que rápidamente se iban sucediendo unos á otros, y contrarios todos al tratado de 29 de Octubre en que confiaba.

Porque con las mismas malas artes se apoderaron tambien los franceses de la importante plaza de Figueras; y lo mismo intentaron hacer con la de San Sebastian, bien que el comandante general de Guipúzcoa, duque de Mahon, frustró con fidelidad y valor sus intentos, hasta que la entregó por orden espresa del príncipe de la Paz, generalísimo de los ejércitos españoles, á quien consultó.

Muy cuidadosa y acongojada andaba con estas cosas la corte de Madrid, no acabando de comprender con claridad cuáles eran definitivamente las intenciones del emperador Napoleon, pues ya estaba convenida de que otro era su propósito que el de cumplir con el tratado de 29 de Octubre. El mismo Napoleon daba márgen á esta perplejidad con su conducta, ó de intento para confundir al gobierno español é imposibilitarle de tomar medidas de precaucion y defensa, ó porque tal vez él mismo no habia tomado todavía el último partido sobre el modo de realizar su resolucion de dominar en España. Se hallaba en Paris D. Eugenio Izquierdo, comisionado del príncipe de la Paz, y encargado de promover sus intereses; el mismo que habia ajustado y firmado el tratado de 29 de Octubre. Volvió Izquierdo á Madrid en esta coyuntura; y aunque nada se traslució acerca del objeto de su venida, parece, por las señales, que

su encargo era presentar al gabinete de Madrid un proyecto, el mismo que remitió despues en 24 de Marzo desde Paris, donde habia vuelto; y que abrazaba diferentes puntos, todos de la mayor trascendencia; uno de ellos el cambio del Portugal, que debia reincorporarse á la España, por las provincias de la orilla izquierda del Ebro, que habian de agregarse al imperio francés. Mas nunca se hizo formalmente esta propuesta, sino que solo se presentaron sus bases al gobierno español, como si en un convenio realmente se pensara; todo, no obstante, con gran premura, con amenazas y altanería, y entrando cada dia mas tropas en el reino, y agolpándose otras en la frontera. Sin embargo, no hacia mucho que Napoleon se habia quejado á Cárlos IV de que no hubiese insistido en pedirle una princesa de su familia para esposa del príncipe de Asturias; y al mismo tiempo le regalaba quince caballos de tiro; bien que en este regalo vieron algunos una indirecta, que unos celebraban como un golpe de ingenio, y otros censuraban como una pueril petulancia, con que se indicaba á Cárlos IV la necesidad de abandonar la España.

La misma confusion, las mismas dudas que produce naturalmente la lectura de todos estos hechos, reinaban entonces en el ánimo del gobierno, que veia quebrantados tan descaradamente los tratados anteriores. Grandes eran, empero, sus inquietudes y recelos: mayores aún los de toda la nacion, mas desconfiada todavía que el gobierno mismo, si bien no tan cuidadosa y desesperanzada, como á quien animaba el sentimiento íntimo de su fuerza, de su valor, y de su de-

cision contra el orgullo y las empresas de la Francia, que pudieran atentar á su dignidad. Ciertamente, nada sabian los pueblos de todos estos tratos y manejos; pocos sabian las infamias cometidas por los franceses en Navarra y Cataluña; pero estaban de muy atrás malísimamente animados contra la arrogancia francesa: la lealtad española miraba ademas con horror á una nacion que habia decapitado á su rey bondadoso y justo, y su religiosidad á unos hombres que habian sacrílegamente escarnecido, conculcado y proscrito la religion de Jesucristo, y cometido las mas atroces crueldades con sus ministros. En nada habia templado su aversion la conducta del emperador en esta parte; porque ademas de darles en ojos su ambicion insaciable, que le habia conducido á pisar las coronas mas brillantes y poderosas por casi todas las capitales de nuestro continente, achacaban á política nada mas su composicion con la santa Sede en los asuntos religiosos. Veian por otra parte inundada la Península por los ejércitos de un monarca y de una nacion, de cuya fidelidad y principios religiosos tenian tan mala idea; y todos los españoles, con poquísimas escepciones, temian, casi con seguridad, una gran felonía por parte de los franceses. Ellos mismos contribuian á confirmar estos temores. Cuando se hablaba á los oficiales, del casamiento del príncipe de Asturias con una princesa de la familia de Napoleon, respondian con maligna sonrisa: "Sí, se va á celebrar una gran boda: Napoleon es el novio, y la España la novia." La fiereza castellana era entonces

la materia ya inflamada de un volcan, próximo á una terrible erupcion.

Entre tanto seguian entrando tropas y mas tropas en España; cien mil hombres ocupaban ya la Península, y habia sido nombrado su general en jefe Joaquín Murat, cuñado de Bonaparte y hecho por él gran duque de Cleves y de Berg. Entró este caudillo en España á principios de Marzo, y en 13 del mismo mes se hallaba en Burgos, desde donde con aquella fecha publicó una proclama en que encargaba á sus tropas que trataran á los españoles del mismo modo que tratarian á los franceses, asegurando que el emperador solo deseaba el bien y la felicidad de España.

Ya no pudo resistir mas la corte de Madrid: se disiparon enteramente las ilusiones, se perdieron del todo las esperanzas que habia concebido Godoy de elevarse al rango de soberano, y las que hasta entonces abrigaban todavía los reyes, de conservar en sus sienes la corona, aunque fuese á costa de grandes sacrificios. Pensaron pues seriamente SS. MM., en union con el desconsolado valido, en ponerse á salvo de la tormenta que tan de cerca amenazaba. Se resolvió el viaje á Sevilla, para desde allí trasladarse á América; se dieron con reversa las órdenes oportunas para la marcha, y se señalaron á las tropas los puntos que debian ocupar, por si los franceses intentaban impedir la salida, ó atajar el viaje. Probablemente no lo hubieran intentado, siendo, á juzgar por todos los antecedentes, muy deseada por Napoleon aquella medida, para fundar en la orfandad

de la España un pretesto plausible, á su parecer, para enseñorearse de ella. La Providencia que tiene en su mano la suerte de los reyes y de las naciones, dispuso las cosas de otra manera. Carlos IV y María Luisa, Godoy, Napoleon y sus generales, la Francia y la Europa, todos se engañaron: sucesos ocurrieron y tuvieron un fin que nadie esperaba: solo la nacion española sabia lo que iba próximamente á suceder; así se lo presagiaba su lealtad é irrevocable resolucion: solo ella esperaba con la mayor confianza el desenlace del gran drama que por tantos años se estaba representando en la Europa; así se lo dictaba su valor y su constancia *. Grandes obstáculos que

* Tambien previó muy de antemano esta disposicion de la nacion española y los resultados que produciria, el profundo político Pitt, de quien dice el conde de Toreno en su apreciable *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, tomo 2.º libro 8.º al fin, "que rodeado de sus amigos en 1805 al saber la rendicion de Mack en Ulma con 40,000 hombres, exclamando aquellos que todo estaba perdido, y que no habia ya remedio contra Napoleon, replicó: todavía le hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa, añadiendo en tono, al parecer profético: y esta guerra ha de comenzar en España."

Sobre cuya ocurrencia refiere el mencionado escritor en el apéndice al libro 8.º del mismo tomo, que en el otoño de 1805, dió Mr. Pitt una comida en el campo á varios personajes, uno de ellos el lord Wellington (entonces sir Arturo Wellesley), y dijo Pitt, á los postres: "Malísimas noticias; Mack se ha rendido en Ulma con 40,000 hombres, y Bonaparte sigue á Viena sin obstáculo. "Entonces dijo lo que dejamos copiado. Mas viendo que los convidados extrañaban su respuesta, añadió: "Sí, señores, la España será el primer pueblo en donde se encenderá esta guerra patriótica que solo puede libertar á Europa. Mis noticias sobre aquel país, y las tengo por muy exactas, son de que si la nobleza y el clero han degenerado con el mal gobierno y están á los piés del favorito, el pueblo conserva toda su pureza primitiva, y su odio contra Francia tan grande como siempre, y casi igual á su amor á sus soberanos. Bonaparte cree, y debe creer la existencia de estos incompatible

12 GUERRA DE ESPAÑA CONTRA NAPOLEON.

vencer se presentaban á su imaginacion: el continente entero habia sucumbido delante de su magnitud; pero ella no se arredró.

con la suya, tratara de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo."

"Hemos oido esto en Inglaterra, añade el conde, á varios de los que estaban allí presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el general D. Miguel de Alava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelien en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa."

CAPÍTULO II.

Comociones en Aranjuez.—Príncipe de la Paz.—Abdicacion de Carlos IV en su hijo Fernando.—Entrada de Murat en Madrid.—Dos de Mayo.—Salida de la familia real para Francia.—Renuncias de Bayona.

SE hallaban los reyes en Aranjuez y el príncipe de la Paz en Madrid, donde empezó á susurrarse el viaje á las Andalucías. Sin la privanza de Godoy, acaso el pueblo hubiera aplaudido aquella determinacion, ó á lo menos no se hubiera opuesto á que los reyes se pusiesen en salvo. Daba en ojos á toda la nacion la confianza ilimitada que habia depositado el rey en D. Manuel Godoy, á quien de simple guardia de corps habia elevado al primer rango entre todos los grandes del reino. Era Godoy de una familia noble de Estremadura, de escasa fortuna: muy reducida habia sido su educacion, casi ninguna era su instruccion. La reina, aun siendo todavía princesa de Asturias, le cobró tanta aficion, que apenas subió al trono su marido, empezó á elevarle haciéndole grande de Es-

12 GUERRA DE ESPAÑA CONTRA NAPOLEON.

vencer se presentaban á su imaginacion: el continente entero habia sucumbido delante de su magnitud; pero ella no se arredró.

con la suya, tratara de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo."

"Hemos oido esto en Inglaterra, añade el conde, á varios de los que estaban allí presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el general D. Miguel de Alava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelien en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa."

CAPÍTULO II.

Comociones en Aranjuez.—Príncipe de la Paz.—Abdicacion de Carlos IV en su hijo Fernando.—Entrada de Murat en Madrid.—Dos de Mayo.—Salida de la familia real para Francia.—Renuncias de Bayona.

SE hallaban los reyes en Aranjuez y el príncipe de la Paz en Madrid, donde empezó á susurrarse el viaje á las Andalucías. Sin la privanza de Godoy, acaso el pueblo hubiera aplaudido aquella determinacion, ó á lo menos no se hubiera opuesto á que los reyes se pusiesen en salvo. Daba en ojos á toda la nacion la confianza ilimitada que habia depositado el rey en D. Manuel Godoy, á quien de simple guardia de corps habia elevado al primer rango entre todos los grandes del reino. Era Godoy de una familia noble de Estremadura, de escasa fortuna: muy reducida habia sido su educacion, casi ninguna era su instruccion. La reina, aun siendo todavía princesa de Asturias, le cobró tanta aficion, que apenas subió al trono su marido, empezó á elevarle haciéndole grande de Es-

pañá de primera clase con el título de duque de Alcu^{dia}, y á poco tiempo ministro de Estado, en cuya época se hizo la paz con la república francesa, y por ella le condecoró el rey con el título de príncipe de la Paz. Casó en seguida con una hija del infante D. Luis, y le nombró almirante y generalísimo de los ejércitos con el tratamiento de alteza. La íntima amistad que le profesaba la reina, y una no merecida elevación tan extraordinaria, daban lugar á murmuraciones graves, que hacían muy poco favor al decoro de aquella señora. Por otra parte el príncipe generalísimo almirante, como él se firmaba, vivía con una ostentación, tenía dos veces corte á la semana, tan lucida y numerosa, le guardaba y acompañaba una guardia tan brillante de infantería y caballería; en fin, vivía con un fausto, con un boato tal, que oscurecía el esplendor del trono; con gran complacencia, sin embargo, del mismo soberano, el cual á todos incitaba para que prestasen á su amigo los mas rendidos obsequios, como la mayor prueba de amor que podían darle sus vasallos. Todas estas cosas tenían sumamente disgustada á la nación; porque es de saber que el poderoso favorito, por falta de capacidad, y por el recelo de valerse de hombres de conocimientos y habilidad que le hiciesen sombra, ninguno de aquellos bienes proporcionó á la nación, que pudieran esperarse de su ilimitado poder, antes bien todo andaba confuso y embrollado, atento á que nadie pensaba mas que en manejos y en intrigas, no pocas veces indecentes é inmorales, para adquirir la gracia del valido, de cuya voluntad pendía la suerte

de todos. Los gastos eran enormes; y los aumentaba mucho un tratado con la Francia, oneroso en extremo, ajustado sin razones conocidas para su formación, si no se buscan en unas ridículas esperanzas de Godoy. El pueblo de Madrid, con especialidad, estaba sumamente irritado, porque presenciaba diariamente tan vergonzosa abyección de su rey, á quien no dejaba de amar.

Así, á la primera noticia que tuvo del viaje, empezaron á inquietarse los ánimos, y á crecer la indignación contra Godoy, creyéndole autor de todo, y aun suponiendo, sin razón, que había traidoramente dispuesto las cosas para que los franceses se apoderasen de la España. Tan lejos estaba de semejante pensamiento el príncipe de la Paz, que antes bien á ninguno causaba mayor pesadumbre la pérfida conducta de la Francia, porque nadie perdía tanto como él: ni los sucesos posteriores justificaron, ni indicaron siquiera tanta alevosía, ni las personas imparciales le consideraban capaz de cometerla: á mayor abundamiento todo el mundo conoció despues cuán conveniente hubiera sido la traslación de las personas reales á Sevilla. Sin embargo, aquellas voces circulaban por el pueblo, que las acogía sin exámen; porque ¿cuándo examina el pueblo? y exacerbaban cada vez mas el odio que tenía al príncipe de la Paz, hasta el extremo de prepararse para impedir á la fuerza el proyectado viaje, y hacer sentir á su autor todo el peso de la indignación popular.

El rey, sin embargo, aunque había dado las órdenes para la marcha, disponiendo que con este fin se

trasladase la guarnicion de Madrid á Aranjuez, donde se hallaba la corte, mandó suspender la partida, á representacion del consejo de Castilla, y publicó una especie de proclama, asegurando en ella que no trataba de ausentarse. Mucho contento recibió el pueblo, tanto en Madrid como en el Sitio, con esta noticia. Pero, como en cumplimiento de la orden del rey, que no habia sido revocada, salieron aquella misma noche (del 16 al 17 de Marzo) las tropas de Madrid para Aranjuez, hubo gran desasosiego en ambas poblaciones y en todas las inmediatas. Entre tanto el ejército francés se adelantaba hácia la capital. Probablemente el rey, al publicar la proclama en que desmentia las voces que corrian acerca del viaje, tuvo una verdadera intencion de suspenderle para tomarse tiempo, y resolver lo conveniente con alguna detencion; pero la aproximacion de las tropas francesas á la capital del reino, puso en el mayor cuidado á toda la corte. Por esta razon continuaban los preparativos del viaje; y empezó á divulgarse en Aranjuez el dia 17, que aquella misma noche se emprenderia la marcha. La tropa, el pueblo y los forasteros que habian concurrido al Sitio, estaban todos resueltos á impedir la salida, y no necesitaban la menor instigacion para alborotarse: pero allegóse tambien, segun parece, que el príncipe de Asturias, objeto entonces del cariño del pueblo, por contraposicion á Godoy, avisó á sus confidentes que aquella noche era la marcha, y que él no queria salir. Conmovióse pues toda la poblacion: entrada la noche empezaron á rondar los paisanos por el pue-

blo: patrullaba tambien la tropa; y era objeto de vigilancia especial para unos y otros la casa de Godoy. A eso de las doce salió de ella muy encubierta, D^{ña} Josefa Tudó, íntima amiga del príncipe de la Paz, escoltada por la guardia de su amigo: quiso una patrulla reconocerla; se resistió; y con este motivo se suscitó un altercado, durante el cual sonó un tiro; é inmediatamente un trompeta tocó á montar, y la tropa corrió á apostarse en todos los puntos por donde podia verificarse la salida. Resonó entonces por todas partes una espantosa vocería: un gentío inmenso se agolpó á la casa del príncipe de la Paz: la invadieron enfurecidos, y destrozaron ó quemaron las preciosidades que la adornaban; mas á él no le encontraron, que lleno de pavor habia podido esconderse donde no pudieron dar con él, por mas que registraron hasta los sitios mas recónditos de la casa. No hacia mucho tiempo que en aquellos magníficos aposentos resonaban dulcísimos cantos, y ahora solo se oian horribles amenazas é imprecaciones: no hacia mucho tiempo que aquellos suntuosos salones se veian á todas horas ennoblecidos por la concurrencia mas hermosa y selecta de una corte voluptuosa y espléndida, y ahora los ocupaban y manchaban los harapos y la inmundicia. . . . Mas si la Providencia no presentara algunas veces estos terribles ejemplares, ¿dónde encontraría el pobre su seguridad contra las demasías de los poderosos? En medio de la furia popular, recibieron la esposa del príncipe de la Paz y su hija las mayores muestras de respeto y amor: el pueblo

las trasladó al real palacio tirando del coche que las conducía.

Se deja conocer cuán grande sería el sobresalto y sentimiento de los reyes al saber la tristísima situación de su privado. Queriendo el rey desarmar la ira del pueblo contra él, y conociendo que ya no era posible que permaneciese al frente de los negocios, ni aun en la corte, sin un peligro manifiesto é inminente de su vida, le exoneró al día siguiente 18 de los empleos de generalísimo y almirante, permitiéndole elegir el punto de su residencia: esta noticia causó la mayor alegría en el pueblo, que la manifestó corriendo á las puertas de palacio, y desahogando su júbilo con vivas y aplausos al rey y á la real familia.

No habia cesado con todo la tempestad. Se preparaba otra esplosion mas tremenda que la pasada. De ello avisaron reservadamente dos oficiales de guardias, quienes aseguraron que solo el príncipe de Asturias podia sosegar los ánimos. A ruego del marques Caballero, ministro de Gracia y Justicia, pasó el príncipe al cuarto de sus augustos padres, y les ofreció hacer las diligencias para impedir cualquiera nuevo alboroto. Por desgracia el príncipe de la Paz, que en la terrible noche del 17 se habia escondido en un desvan de su casa, metido en un rollo de estera, donde permaneció lleno de sobresalto y angustia por espacio de 36 horas, acosado de la sed, salió de su escondite, y fué conocido por un centinela, que empezó á gritar: "á las armas." Se arremolinó el pueblo cerca de su casa lleno de furia, pero llegó á tiempo una partida de guardias de corps, y

pudo contenerle. Trasládaronle en seguida los guardias á su cuartel, y es indecible lo que padeció el infeliz en el camino. Iba á pié en medio de los caballos: corrian los guardias con alguna precipitacion para librarle cuanto antes del riesgo, y tenia que seguir el paso acelerado de los caballos. La multitud seguía la escolta llenándole de injurias y de improprios, y armados todos de palos, estacas, asadores, y cuanto á mano les venia, procuraban golpearle, herirle y matarle por entre los caballos, y efectivamente recibió varias contusiones y una herida no pequeña encima de una ceja. Así llegó al cuartel de guardias. El rey mandó al príncipe de Asturias que corriese á salvarle la vida: Fernando en efecto se presentó al pueblo, y consiguió que se retirase, con la palabra que le dió, de que Godoy sería juzgado y castigado conforme á las leyes. El preso, al concluir la carrera de su grandeza, cayó en el mismo punto de donde habia empezado á levantarse: desde el cuartel de guardias de corps empezó á subir, y llegó á la altura prodigiosa á que no habia llegado ningun vasallo en España: el cuartel de guardias le recibió en su caída, pero muy otro de cuando habia salido: su caída fué tanto mas estrepitosa y mortal, cuanto mayor habia sido su elevacion. Tantos cortesanos que en tiempo de su poder bajamente le adulaban y se prosternaban en su presencia, todos le abandonaron en la desgracia. Solo se mantuvieron firmes en amarle y protegerle, los soberanos, á quienes tambien él correspondió en todos tiempos con su fidelidad y gratitud. Nada era de estrañar esta conducta en un sub-

dito tan favorecido de sus reyes: tampoco la constancia de la reina: ¡así para tanta predilección hubiera visto el pueblo motivos justos y plausibles! Mas la ceguera de Carlos IV, príncipe por otra parte nada negado, solo halla conveniente explicación en la miseria del hombre.

Todo estaba tranquilo después que el pueblo se retiró. Pero á las dos de la tarde llegó un coche con seis mulas á la puerta del cuartel donde se custodiaba á Godoy, con el objeto, decían, de trasladarle á Granada. Tornaron á alborotarse de nuevo, cortaron los tirantes de las mulas, y estropearon el coche. Con estas noticias creció el susto de los reyes, no viendo ya medio de salvar á su desventurado amigo, sino cediendo el rey la corona á su hijo, á quien el pueblo, en albricias, concedería tal vez la vida del que tanto aborrecía. A las siete pues de la noche del mismo día 19, abdicó Carlos IV la corona en el príncipe de Asturias delante de los ministros, se extendió el documento correspondiente, y el príncipe fué saludado por nuevo rey. Grande fué la satisfacción y júbilo de todos, luego que se supo la noticia; el pueblo se agolpó á la plazuela de Palacio, manifestando su alegría con las mayores demostraciones.

Mientras estas cosas pasaban en Aranjuez, se esperaba con impaciencia en Madrid el éxito de tan grande complicación. Se supo el día 19 por la tarde la prisión de Godoy, y al instante invadió su casa la multitud, y causó en ella los mismos estragos que en la de Aranjuez: por la noche tuvieron la misma suerte la de su hermano el teniente general D. Die-

go Godoy, coronel del regimiento de guardias españolas, preso también en Aranjuez el día 18, y las de otros personajes, ministros, hechuras ó amigos del príncipe de la Paz. Algazara grande hubo aquellos días en Madrid por la caída del valido, que se imitó en la mayor parte de las ciudades y pueblos del reino, donde se arrastraban y despedazaban los retratos de Godoy por la muchedumbre alborotada, denostando del modo mas injurioso al original. El príncipe de la Paz fué trasladado de orden del nuevo rey al castillo de Villaviciosa con su hermano D. Diego y otros personajes.

Colocado en el trono Fernando VII, modificó el ministerio de su padre, y llamó á su lado á las personas de su afección, entre ellas á los duques del Infantado y de San Carlos, y al canónigo D. Juan Escoiquiz, que habia sido su ayo cuando era príncipe. No hay para que detenernos en señalar la marcha del nuevo gobierno, apenas percibida entonces por su poca duración, y principalmente por los grandes sucesos que se preparaban y absorbían la atención de todos.

Los últimos sucesos de Aranjuez estimularon sin duda al gran duque de Berg á acelerar su entrada en Madrid, que verificó con sus tropas el día 23 de Marzo. Al día siguiente entró también el rey, y tuvo en la capital un recibimiento difícil de pintar. La población, no solo de Madrid, sino también de los pueblos circunvecinos, llenaba, se puede decir, las siete leguas que median entre el real sitio de Aranjuez y la capital del reino. Su entrada en Madrid fué

un verdadero triunfo, tanto mas glorioso, cuanto estaba espontáneamente preparado por el amor universal de los pueblos á su persona. Entró S. M. á caballo por la puerta de Atocha, siguiendo detrás en coche los infantes D. Carlos y D. Antonio. El trecho que hay desde aquella puerta hasta el real palacio por el paseo del Prado, y por la calle de Alcalá y la calle Mayor, que es el camino que tomó la comitiva, puede andarse á caballo, y sin correr, en menos de un cuarto de hora; y sin embargo tardó algunas horas el rey en atravesarlo, detenido continuamente por una inmensa muchedumbre que llenaba todo el paseo, las calles y plazuelas. Balcones y ventanas, terrados y zaquizamies, los tejados mismos, tablados repentinamente levantados en las plazuelas, todo estaba ocupado por un pueblo entusiasmado, que descubriendo la cabeza al pasar el rey, levantaba un clamor de alegría, con que acaso no pudiera compararse el de los griegos cuando detuvo el vuelo de las aves. ¡Dichoso rey, dichoso pueblo, si las circunstancias no hubieran venido á debilitar con el tiempo tan íntimas simpatías!

Mohino en demasía se hallaba Murat con tan significativas demostraciones. No menos sorprendido quedó su amo cuando tuvo noticia de ellas, y de la escena de Aranjuez que las habia ocasionado. Ya no abandonaba la Península la familia real de España: ya no podia Napoleon posesionarse de ella á título de orfandad: un nuevo rey se habia sentado en el trono; un nuevo rey idolatrado de su pueblo: el pueblo español es leal, orgulloso, valiente y tenaz.

Pero nosotros, dijeron para sí los invasores, hemos vencido á la Europa; no ha de poder mas que la Europa una nacion sin gobierno, sin ejércitos, sin plazas, sin recursos: de todo la hemos privado nosotros á prevencion: dominaré pues en España por la fuerza, dijo el soberbio conquistador; y el ejecutor de sus voluntades recibió con este fin, y con gran complacencia suya, las instrucciones competentes.

Necesario era con todo, facilitar la empresa, removiendo los obstáculos que pudiesen presentarse con la exaltacion del nuevo rey. Casando á este con una princesa imperial, indudablemente hubiera mandado Napoleon en España á todo su placer; porque con un poco de maña ó hipocresía para aparentar inclinacion y afecto hácia su nuevo pariente, le hubieran llenado de bendiciones los españoles: los pocos que de buena fé confiaban en que se habia de realizar aquel enlace deseado, recibirían mil albricias, por no haberse engañado, de casi la totalidad de los españoles que no le creía. Si ademas contemporizaba Napoleon en este caso con las costumbres y aun preocupaciones de los españoles, halagando de este modo su natural orgullo, seguro podia estar el emperador de los franceses de que no hallaría nacion mas apasionada de su persona, ni que le sirviese con mas fidelidad que la nacion española.

No dejó de dominar por algun tiempo este pensamiento en el ánimo de Napoleon; pero su ambicion le cegaba. Así, estimulado por el buen éxito de su empresa en Portugal, abandonó aquella idea, y preparó cuanto estuvo de su parte la ida de los reyes á

las Indias. No es fácil adivinar lo que hubiera sucedido en este caso: nosotros, bien penetrados de la mala disposición que reinaba en la generalidad de los españoles contra Napoleon, nos inclinamos á creer, que aunque no hubiera sido tan repentina la formidable esplosion que provocó luego su perfidia, era indispensable el levantamiento de la nacion contra sus armas y dominacion.

Sin resolver dejó este problema la insaciable ambicion del poderoso jefe de la Francia, para presentarlo á la solucion bajo otra forma. Ya que se habia frustrado la esperanza y su plan de que los reyes abandonasen la Península, quiso él sacar de España á cualquier precio toda la familia real y conducirla á Francia; y aun creeria columbrar mayores ventajas en una total y absoluta abdicacion á su favor, que en la traslacion á América, desde donde podian los príncipes españoles reclamar y sostener continuamente sus derechos. Dió pues á Murat las órdenes convenientes al intento.

Entre tanto, el primer cuidado del nuevo gobierno fué captarse la voluntad de Napoleon, juzgando, y con razon, los consejeros del rey, que una vez asegurada, era consiguiente la union con una princesa de su familia, en cuyo caso quedaba consolidado el vacilante trono de Fernando. Así fué que desde luego se mandó á las tropas españolas de Oporto, las cuales por orden del anterior gobierno habian retrocedido á Galicia, que se restituyesen á aquella ciudad; y que regresasen á Portugal las de Solano, que se hallaban en Estremadura por disposicion de Go-

doy, con el fin de proteger el viaje de Sevilla. Al mismo tiempo el consejo, por orden del rey, dada en 20 de Marzo, es decir, pocas horas despues de haber subido al trono, publicaba que “uno de los primeros cuidados del rey, despues de su advenimiento al trono, habia sido el participar al emperador de los franceses y rey de Italia, tan feliz acontecimiento, asegurando al mismo tiempo á S. M. I. y R. que animado de los mismos sentimientos que su augusto padre, lejos de variar en lo mas mínimo el sistema político con respecto á la Francia, procuraria por todos los medios posibles, estrechar mas y mas los vínculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsistian entre la España y el imperio francés:” y que mandaba S. M. al consejo “tomar todas las medidas para recibir y suministrar á las tropas francesas, que estaban dispuestas á entrar en Madrid, todos los auxilios que necesitasen, procurando persuadir al pueblo, que venian como amigos, y con objetos útiles al rey y á la nacion.”

Debiera el gobierno español haber desconfiado mucho en vista de los sucesos anteriores, y particularmente al ver la conducta que observaban Murat y el embajador francés Beauharnais con el nuevo rey. Ni uno ni otro le habian reconocido, y evitaban toda especie de comunicacion con S. M., añadiéndose la altanería del primero, que le presentaba bien á las claras, no como un general de un monarca amigo y aliado, sino como el ejecutor de las órdenes del soberano de España. Todo el mundo veia, menos el gobierno, que si la intencion del emperador hubiera

sido casar á Fernando con una parienta suya, superfluo era é intempestivo todo aquel aparato de fuerza, y muy fuera de propósito la ratera ocupacion de las plazas. Mas como la esperanza de aquel matrimonio servia maravillosamente para adormecer al gabinete español, é impedir que se aprovechase de la excelente disposicion en que se hallaba toda la nacion, entusiasmada á favor de su nuevo monarca, é indignada cada dia mas contra la insolencia de los orgullosos extranjeros, á quienes, aun antes de verlos en su seno, habia mirado con grande aversion, no repugnaban ni contradecian el pensamiento Murat ni Beauharnais, antes bien anunciaban todos los dias el viaje de Napoleon á Madrid: se le preparaba habitacion en el palacio real, para lo cual habia venido de París un aposentador, y se disponia y adornaba el Retiro para bailes y diversiones cuando llegase el emperador.

Muy otras eran las miras de S. M. I. Tal vez habia sido su intencion venir á la capital de España, si la familia real hubiera abandonado la Península; pero como los sucesos de Aranjuez habian cambiado sustancialmente el estado de las cosas, y firme Bonaparte en su propósito de apropiarse la España, proyectó como hemos dicho ya, conducir á Francia á los reyes y á los infantes, para lo cual le sirvió de mucho la disposicion en que se hallaban los reyes padres, y que le constaba por la correspondencia que seguian con Murat por medio de la reina de Etruria. Carlos IV y María Luisa, recobrados algun tanto del susto y del pavor que les causaran los alborotos de

Aranjuez, empezaban á echar de menos en aquel real sitio las dulzuras del mando, desatendidos y olvidados de todos, cuando hacia pocos dias se hallaban rodeados de una corte numerosa, brillante y sumisa, acatados y obedecidos por millones de vasallos en uno y otro hemisferio; metamórfosis á que no se acomoda fácilmente el corazon del hombre, mucho menos cuando no se abraza tan esencial mudanza á impulsos internos de la voluntad, sino por la fuerza que hacen en el ánimo hechos y causas esternas. No hubiera sido extraño que se acomodasen, sin embargo, á su aislamiento y soledad, si hubieran visto libre y sin peligro á su amigo el príncipe de la Paz, á quien no podian olvidar, y cuya incolumidad, en medio de la furiosa tempestad del 18 y 19 de Marzo, se puede asegurar que habia sido la principal, y aun la única causa de la abdicacion del rey. Mas viendo el peligro en que todavía se hallaba el valido, á pesar del costoso sacrificio con que habian querido comprar su libertad, se acogieron decididamente á la proteccion de Napoleon, único medio que se presentaba á su imaginacion para recobrar su perdido poder, y poner en salvo al que tanto querian. Entablaron pues con este abjeto, por medio de su hija la reina de Etruria, una correspondencia muy seguida con Murat; oficio á que se prestaba con gusto aquella princesa, ya por el amor que profesaba á sus augustos padres, fortalecido por la comun desgracia, ya con la esperanza de lograr de Napoleon, para su hijo, la soberanía que se le habia asignado en el Norte de Portugal, ú otra cualquiera en cambio, segun se le habia prometido, del

trono de Toscana de que habia sido despojado. Fué diaria esta correspondencia, casi desde el mismo dia en que habia abdicado Carlos IV hasta el 25 de Abril, en que desde el Escorial, adonde se habian trasladado los reyes desde Aranjuez, emprendieron su viaje á Bayona, llevando en su corazon el consuelo de que ya por sus eficacisimas instancias habia sido puesto en libertad el príncipe de la Paz el dia 20, saliendo el mismo dia escoltado por tropa francesa para Bayona, adonde llegó el 26.

Las cartas que escribian el rey y la reina al gran duque de Berg, manifestaban un profundísimo resentimiento contra su hijo Fernando, una declaracion explicita de la violencia que se habia hecho á Carlos IV para que renunciase, y un intensísimo interés por el príncipe de la Paz, á quien nombraban en todas ellas con sin igual ternura, y pedian su vida y libertad tan repetidamente y con tanto encarecimiento, como hubieran pedido unos padres la vida de su hijo entrañablemente querido. “Su único amigo, el pobre, el inocente” llamaban siempre al príncipe de la Paz, “cuya suerte (decia la reina) preferimos á la misma nuestra;” y el rey llegó á decir al general Monthion, jefe del estado mayor de Murat, “que la muerte del príncipe de la Paz causaria la suya, pues no podria sobrevivir á ella.”

Aprovechóse diestramente Napoleon, instruido de todo por Murat, de esta disposicion de ánimo en que se hallaban los reyes padres, considerándola como el medio mas poderoso para realizar sus miras; pero era preciso conducir á todo trance á Francia la familia

real de España, y así seguramente se lo encargó á Murat. Ante todo debia procurar que Carlos IV formalizase la protesta contra su abdicacion, que era la base del plan que tenia formado Bonaparte: la extendió efectivamente el anciano monarca, y estaba concebida en estos términos: “Protesto y declaro que todo lo que manifesto en mi decreto de 19 de Marzo, abdicando la corona en mi hijo, fué forzado por precaver mayores males y la efusion de sangre de mis queridos vasallos, y por tanto de ningun valor.” Tenia este documento la fecha de 21 de Marzo; y como la correspondencia anterior de SS. MM. con Murat nada indica sobre este particular de la renuncia, y aun en las cartas del 22 manifiestan estar en ánimo de retirarse á la vida privada, es de sospechar que la resolucion de protestar se tomó algo posteriormente á insinuacion de Murat, anteponiendo la fecha con cuidado. El dia 22 escribia la reina á Murat: “Consíganos V. A. que podamos acabar nuestros dias tranquilamente en un país conveniente á la salud del rey (la cual está delicada como tambien la mia), y que sea esto en compañía de nuestro único amigo que tambien lo es de V. A.” Y Carlos IV le decia en posdata de una carta de la reina de Etruria de la misma fecha: “Os ruego el favor de hacer saber al emperador, que le suplico disponga la libertad del pobre príncipe de la Paz. . . y asimismo que se nos deje ir al país que mas nos convenga, llevándonos en nuestra compañía al mismo príncipe. Por ahora vamos á Badajoz, &c.” A consecuencia seguramente de estas cartas del 22, envió Murat al general Monthion el

dia 23 á conferenciar con los reyes en Aranjuez, y el resultado de la conferencia fué sin duda la protesta, que con la misma fecha del 23 remitió el rey Carlos á Napoleon, diciéndole en la carta de remision: "Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion . . . Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última se hubiera seguido despues de la de la reina." En el contesto y hasta en el lenguaje de Carlos IV en esta carta, se conoce con bastante claridad la mano francesa, y se traslucé el pensamiento último de Napoleon en todos estos pasos; pues se le hace decir en ella: "Yo fuí forzado á renunciar, pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, yo he tomado la resolucion de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros y de mi suerte, la de la reina, y la del príncipe de la Paz." No se necesita estar muy versado en el idioma francés, para conocer que especialmente este párrafo fué escrito primeramente en aquella lengua.

Como quiera que sea, Napoleon se hallaba ya con un instrumento poderoso á favor de sus miras, siendo la protesta de Carlos IV, y el paso que habia dado de recurrir á él y ponerse en sus manos, un moti-

vo plausible para intervenir en las diferencias que reinaban en la familia real de España.

Empezó pues Murat á poner en práctica el proyecto de conducirla á territorio francés. Para esto fingia estar esperando de un dia á otro á Napoleon en Madrid, y tan buena maña se dió, que engañó al mismo gobierno, el cual hizo saber al público oficialmente que S. M. tenia noticia de que el emperador de los franceses llegaria dentro de dos ó tres dias. Viendo Murat así embaucado al gobierno español, procuraba tambien con ahinco, aunque por debajo de cuerda, persuadir á Fernando que saliese á recibirle, como un paso muy conducente para que el emperador le reconociese por rey, pues todavía no le habia reconocido.

Discordes andaban sobre este punto los consejeros de Fernando. D. Juan Escoiquiz que se representaba en su mente á Napoleon adornado de todas las cualidades que constituyen un héroe perfecto, opinaba que el rey debia desde luego salirle al encuentro, creyendo incapaz de una injusticia al grande emperador. Oponiase D. Pedro Cevallos, diplomático de mas peso y esperiencia, siendo de dictámen que el rey no debia salir de Madrid hasta que se supiese de oficio la entrada de Napoleon en España. Instaba Murat; mas viendo la resistencia que experimentaba la salida del rey, propuso y consiguió sin dificultad que saliese el infante D. Carlos, el cual lo verificó el dia 5 de Abril. No bien se habia puesto en camino el infante, cuando Murat reiteró sus instancias para que saliese tambien el rey. La conducta retraida

y altanera de Murat; el orgullo y desafueros continuos de la tropa francesa, que tenían exasperado al pueblo, inquieto y alarmado al gobierno; el silencio misterioso del embajador francés, que anteriormente se había manifestado bastante adicto á la causa de Fernando, cuando era príncipe; el miedo y la natural suspicacia de Fernando, inutilizaban los esfuerzos de Murat, de Escoiquiz, y de los demas que aconsejaban el viaje. Se aumentó la desconfianza del rey al saber que el infante su hermano había ya pasado de Búrgos sin encontrar al emperador, y sin saber dónde paraba.

A este tiempo llegó á Madrid el general Savary, enviado por Napoleon: se presentó á Fernando, y le dijo: "que venia de parte del emperador á cumplimentar al rey, y saber únicamente de S. M. si sus sentimientos con respecto á la Francia estaban conformes con los del rey su padre; y que en este caso el emperador, prescindiendo de todo lo que había ocurrido, no se mezclaria en nada de lo interior del reino, y reconocería desde luego á S. M. por rey de España y de las Indias.

Alentado Fernando con estas promesas, salió por fin de Madrid el día 10 de Abril, camino de Búrgos, acompañado del ministro de Estado D. Pedro Cevallos, de Escoiquiz, de los duques del Infantado y de San Carlos y de otros personajes, despues de haber nombrado una junta de gobierno, presidida por su tío el infante D. Antonio. Llegado que hubo el rey á la ciudad de Búrgos, no encontró allí al emperador, ni noticias de él; sin embargo, á persuasión de

Savary, siguió la comitiva hasta Vitoria, donde entró el día 14, y en el mismo día llegó Napoleon á Bayona, adonde pasó luego que lo supo, el infante D. Carlos, que hasta entonces se había detenido en Tolosa de Guipúzcoa. Como no había noticia ninguna de que el emperador entrase en España, y sabiendo muy bien el general Savary que no entraria, ya no podia ni le convenia insistir en apoyar esa mentira, y se brindó á llevar á Napoleon una carta de Fernando. Salió de Vitoria el día 16, y el 17 ya estaba de vuelta con la respuesta. En ella no se negaba abiertamente el emperador á reconocer á Fernando, pero dejaba muy en duda cuál era su intencion: decia verdades, daba consejos, y hacia reconvencciones graves á Fernando, entre ellas por una carta que le había escrito en el mes de Octubre, quejándose de la opresion en que se hallaba, lamentándose de la ceguedad del rey su padre, implorando la proteccion de Napoleon, y pidiéndole para esposa una princesa de la familia imperial. Napoleon le decia ahora á propósito de esta carta: "V. A. no está exento de faltas: basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá, cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario, cerca de un soberano extranjero, es criminal." Justa era esta reconvenccion; y tanto mas, cuanto que Fernando aseguraba en aquella carta: "que resistiria con invencible constancia su casamiento con otra persona, fuese la que fuese, sin el consentimiento y aprobacion positiva del emperador, de quien esperaba únicamen-

te la elección de esposa para él." Pero es preciso saber que aquella carta, objeto ahora de tan sentida inculpación, fué escrita por Fernando, cuando todavía era príncipe, á instigación del embajador francés Beauharnais, instruido sin duda por Napoleon.

Sin embargo, como á pesar de la estudiada oscuridad que se advertía, y de los cargos que con dureza se hacían al rey en la carta, todavía aseguraba Napoleon que juzgaba conforme á los intereses de sus pueblos el matrimonio de una princesa de Francia con Fernando, y sobre todo como una circunstancia que le uniría con nuevos vínculos á una casa, á quien no tenía sino motivos de alabar, desde que había subido al trono, creyeron ver algunos consejeros del rey en estas palabras la decisión de Napoleon á conservar á Fernando en el trono de España. Se aprovechó Savary de esta credulidad, para determinar al rey á que pasase á Bayona, diciéndole: "me dejo cortar la cabeza, si al cuarto de hora de haber llegado V. M. á Bayona no le ha reconocido el emperador por rey de España y de las Indias... Por sostener su empeño empezará probablemente por darle el tratamiento de alteza; pero á los cinco minutos le dará el de majestad, y á los tres días estará todo arreglado, y V. M. podrá restituirse á España inmediatamente." Otros no dicen que hubiese hablado del regreso del rey á la Península, ni que hubiese nombrado el trono de España, sino que tanto en esta ocasión como cuando se presentó al rey en Madrid, aseguró solamente á Fernando que el emperador le reconocería por rey, sin decir de donde. Si

fué así, aludía sin duda Savary á la corona de Etruria que ofreció despues Napoleon á Fernando en cambio de la de España; miserable juego diplomático, en que iba envuelto el fraude con la injusticia. Mas si realmente le ofreció el reconocimiento como rey de España y de las Indias, no hay términos con que calificar su conducta.

A pesar de todas estas seguridades, no faltaron algunos leales, que mas entendidos, ó menos confiados, quisieron disuadir al rey de su ida á Bayona. Mas como estaba tan vigilado por Savary, no era fácil retroceder. Por otra parte las tropas francesas estaban apostadas en actitud de impedir el viaje del rey á otro punto que no fuese el de Bayona. Era pues necesario recurrir á una fuga clandestina, y así lo propusieron algunos buenos españoles, ofreciendo la cooperación de algunas tropas españolas acantonadas en aquel país, con cuya fidelidad y decisión se contaba lo mismo que con la de todo el ejército; pero infatuados los consejeros del rey, rehusaron tomar este partido, asegurando Escoiquiz que S. M. había recibido grandes pruebas de amistad de parte del emperador: "se nos han dado, añadía, todas las seguridades que podíamos desear," y se señaló el día siguiente 19 para la partida. Al tiempo de emprenderla, se agolpó el pueblo delante de la casa donde se aposentaba Fernando; se levantó un clamor universal, suplicando al rey, con el mayor respeto y encarecimiento, que suspendiese el viaje, y cortando los tirantes de las mulas del coche preparado para S. M. Pero, aunque con la mayor repugnancia, tuvo que ceder

el pueblo á la resuelta voluntad del monarca, si bien deploraba la fatal confianza con que aseguró á aquellos nobles y leales habitantes, que “estaba seguro de la sincera y cordial amistad del emperador de los franceses, y que antes de cuatro ó seis dias darian gracias á Dios y á la prudencia de S. M. por la ausencia que entonces les inquietaba.”

Salió pues el rey para Irun y llegó el mismo dia 19 á aquella villa, donde tambien se le presentó ocasion de evitar el peligro á favor de un batallon de tropas españolas que estaban allí alojadas; ocasion que tampoco se quiso aprovechar. Al dia siguiente, 20 de Abril, atravesó el rey el Bidasona, y llegó á Bayona á las diez de la mañana del mismo dia. Sorprendió á Napoleon la noticia de su entrada en Francia: apenas la podía creer. Fundada era su sorpresa; fundados los temores de todos los españoles: solo la ridícula presuncion de algunos consejeros de Fernando no conoció lo que todo el mundo conocia.

Bien pronto empezaron á recibir desengaños aquellos ineptos consejeros. Nadie salió á recibir al rey á su entrada en Francia de parte del emperador: tampoco á su aproximacion á Bayona, bien que entonces ya se habia caído la venda de los ojos á los fascinados; porque en el camino encontró la comitiva á los grandes de España, duque de Medinaceli, duque de Frias, y conde de Fernan-Núñez, enviados por Fernando anteriormente cerca de Napoleon, los cuales aseguraron haberle oido decir el dia antes, que jamas volverian á reinar en España los Borbones. Desconsolado con esta noticia entró el rey en Bayo-

na, y solo á la puerta misma de la ciudad le recibieron el gran mariscal de palacio, Duroc, y el príncipe de Neufchatel. Se reanimó, no obstante, algun tanto su espíritu abatido, cuando una hora despues llegó el emperador á visitarle, y le abrazó á la puerta de la calle donde habia bajado Fernando á recibirle, permaneciendo un rato en su compañía; bien que nada dejase traslucir en esta corta entrevista. Creció la esperanza del rey con haber sido convidado á comer aquella tarde con Napoleon, y muchas, viéndose conducido con su comitiva en carruajes del mismo emperador hasta el palacio de Marrac, donde éste se alojaba, y con haber salido á recibirle hasta el estribo del coche, lo que indicaba, segun la etiqueta, tenerle por rey. Concluida la comida, en que tambien habló Napoleon con la mayor reserva, no habiendo tratado á Fernando, ni como á príncipe, ni como á rey, conversaron algun tiempo los dos, se despidieron, y Fernando se restituyó á su alojamiento. A poco rato se presentó el general Savary anunciando al rey de parte de Napoleon, que S. M. I. habia resuelto irrevocablemente que no reinase en España la casa de Borbon sino la suya, exigiendo que en favor de su dinastía renunciase Fernando VII en su nombre, y en el de toda su familia, la corona de España. Este mensaje llevó al rey el general Savary; el mismo Savary que pocos dias antes salia responsable con su cabeza de que el emperador reconociera por rey de España y de las Indias á Fernando, luego que llegase á Bayona; y este mensaje envió Napoleon á Fernando despues de ha-

berle amistosamente agasajado. ¿Qué dictado merecen Napoleon y Savary?

Por fin, despues de algunas conferencias de D. Pedro Cevallos con el ministro frances Champagny, y de D. Juan Escoiquiz con el mismo emperador, en las cuales no pudieron conseguir que se revocase tan dura resolucion, propuso Napoleon á Fernando por medio de Escoiquiz el cambio de la corona de España por la de Etruria, reducido Estado de Italia, formado por Napoleon del gran ducado de Toscana. Escoiquiz opinaba porque el rey aceptase la propuesta; los demas fueron todos de parecer que no se admitiese. Siguieron las conferencias sin fruto alguno hasta el dia 30 en que llegaron á Bayona los reyes padres, recibidos y obsequiados desde la frontera con toda la consideración y miramientos usados con las testas coronadas. Los visitó Napoleon el mismo dia que llegaron: al dia siguiente comieron con el emperador y con ellos el príncipe de la Paz, á quien los reyes á su llegada abrazaron repetidas veces estrechísimamente y con lágrimas.

Reunidos despues los reyes padres, Napoleon y Fernando, amenazó á éste Carlos IV, apoyado por Napoleon, que si no le devolvía al dia siguiente la corona, le trataría como á emigrado á él y á cuantos le habían acompañado. Empezó á responder el rey; pero irritado el padre, se levantó con ira de su silla, se dirigió hácia él con vehemencia, y le hizo cargos muy severos, acusándole de haber intentado quitarle la corona y la vida. La reina, que hasta entonces había guardado silencio, le habló tambien sumamen-

te encolerizada, y le llenó de injurias y de ultrajes. Nada contestó Fernando, y la reunion se disolvió.

Al dia siguiente, 1.^o de Mayo, remitió Fernando un papel en que accedia á la renuncia de la corona, poniendo por condicion que el rey su padre se restituyese con él á Madrid, pero sin algunas personas que se habían concitado el odio de la nacion: que allí se reuniesen las córtés, se convocasen todos los tribunales de la capital y diputados del reino, ante cuya reunion formalizaria su renuncia, dando los motivos que le inducian á hacerla; y finalmente, que si su padre no queria volver á España, gobernaria el reino en su real nombre el mismo Fernando, y no otro. Contestó Carlos IV el dia 2, en una estensa carta, no conformándose, como era de suponer, con la propuesta de su hijo. Más estensamente todavía volvió á escribir Fernando, insistiendo en la imposibilidad de renunciar la corona por todos los que tuviesen derecho á ella, sin el consentimiento de estos, y en todo caso sin el conocimiento de la nacion reunida en unas córtés, que tuviesen libertad.

Ya antes de salir los reyes padres del Escorial para Bayona, había hecho saber Murat á la junta de gobierno, nombrada por Fernando, que el emperador no reconocía otro rey de España mas que Carlos IV, y avocándose con aquel monarca en el Escorial, hizo que escribiese al infante D. Antonio, presidente de la junta, asegurándole que su abdicacion había sido forzada, y que había protestado formalmente contra ella. Declaraba lo mismo en esta carta que decimos escribió á su hijo, y confirmaba provisionalmente el

nombramiento de la junta y de todos los empleados que habian sido nombrados desde el día 19 de Marzo en que abdicó; y la misma declaracion remitió á Napoleon, antes de ponerse en camino. Desde Bayona nombró posteriormente á Murat su lugarteniente en España.

Despues de su salida para Bayona, y mientras en aquella ciudad pasaban las cosas que hemos referido, la junta de gobierno se hallaba en Madrid, amedrentada con la actitud siempre amenazadora de Murat, que rodeado de 25.000 hombres, y haciendo alarde de su fuerza con grande aparato en frecuentes revistas militares, mandaba realmente á la junta, como si fuera él el soberano. La junta por otra parte, además del miedo, que en todas ocasiones es muy mal consejero, se hallaba con encargos y resoluciones del rey, á quien consultaba algunas veces, que la ponian en grande apuro, ya por el peligro de ponerlas en ejecucion, ya por la contradiccion que en ellas á las veces se advertía. Asi era que por parte del gobierno español ningun obstáculo encontraban los planes y medidas de Napoleon y de Murat. Estaba reservado al valor y lealtad del pueblo responder al soberbio desafío de los franceses y de su caudillo. Ya el vecindario de Madrid manifestaba bien á las claras cuánto le ofendia la arrogancia de Murat y de sus soldados, con quienes trababa diarias pependencias, al paso que hacia mil burlas y desprecios á su jefe, en retorno de la altivez con que éste se conducía, presentando el aparato de la fuerza con que contaba, en frecuentes revistas militares que pasaba en el Prado.

El pueblo que comprendia muy bien la significacion de estas demostraciones, no por eso se intimidaba: le irritaban cada dia mas y mas; y llegó á tanto la exaltacion de los ánimos, que pasando Murat el día 1.^o de Mayo por la Puerta del Sol, con un grande y lucido acompañamiento, de vuelta de su revista, le dió la mucha gente que se hallaba reunida en aquel punto, una horrorosa grita con silbidos y dicterios.

Precursoras eran todas estas ocurrencias de la explosion, que estaba ya tan próxima del Dos de Mayo, y que aceleraron las disposiciones de Murat para que se trasladasen á Bayona los individuos de la real familia que habian quedado en Madrid. El día Dos de Mayo, día terrible, si bien glorioso, para el heroico pueblo madrileño, día que ocupará siempre un capítulo aparte en la historia del mundo, se agolpó mucha parte del pueblo enfrente del palacio. Se habia divulgado el día anterior la próxima salida de los infantes; y el pueblo se confirmó en la noticia al ver á la puerta de palacio tres coches que los esperaban. Entró primero en uno de ellos la reina de Etruria con sus hijos, cuya partida presencié el pueblo con indiferencia, por considerarla ya como una princesa extranjera, y porque habia enagenado los ánimos de los habitantes de Madrid, por la correspondencia que hemos dicho seguia con Murat, y el pueblo no ignoraba. Supuso desde luego la gente que los otros dos coches estaban destinados para los infantes D. Antonio y D. Francisco, entonces todavía niño. Bramaban de coraje los madrileños; la ira y la desesperacion hervian en sus pechos. Salieron al-

gunos criados de palacio diciendo que el infante D. Francisco lloraba sin consuelo porque le llevaban. Entonces ya no se pudo contener el dolor y enojo del pueblo: siguióse primero un llanto general; y á poco rato, al presentarse un ayudante de Murat, un grito universal de furor: á duras penas pudo salvarse el ayudante, rodeado y acometido por el pueblo, que dió vado entonces sin reserva á su rencor y á su despecho. Murat, sabedor de lo que pasaba á las puertas de palacio, envió allá un batallón con dos cañones, que al llegar hizo una descarga sobre la multitud, sin que precediese ninguna intimación. Sobrecogida y aterrada la gente allí reunida, se dispersó despavorida, y fué á llevar la noticia por todos los ángulos de Madrid, cuya población se halló á poco rato levantada en masa, y armada conforme pudo contra los franceses que fueron acometidos en todas partes. Reuniéronse principalmente los paisanos en el centro de la capital, ocupando la Puerta del Sol, y las calles inmediatas, donde, lo mismo que en otros puntos, murieron ó quedaron prisioneros muchos franceses. Sus compañeros se reunieron sin tardanza, y avanzando por la carrera de San Gerónimo y por la calle de Alcalá, dispersaron á los españoles á metralla, y cargando sobre ellos impetuosamente la caballería. Sin embargo, siguió el pueblo defendiéndose aunque en dispersión: algunos esperaban con serenidad á los enemigos, y disparaban sobre ellos cuando estaban á tiro: otros se arrojaban en medio de sus filas, donde perdían la vida contentos con herir y matar á cuantos podían: muchos se apostaban en las

esquinas, y desde allí asestaban sus tiros con seguridad y acierto. Dirigióse un grupo al parque de artillería, situado en el barrio de las Maravillas, con intento de sacar los cañones. La tropa española se hallaba encerrada en los cuarteles por orden de la junta de gobierno, y bien era necesaria toda la fuerza de la disciplina militar para reprimir su ardor y su cólera. Estos mismos respetos contenían también á los artilleros para no acceder á los deseos del paisanaje, aunque en ello andaban vacilantes, luchando su pecho entre dos objetos obligatorios, la obediencia á los jefes, y la libertad de la patria. Sacóles de su perplejidad la noticia que empezó á correr de que los franceses habían acometido á uno de los demás cuarteles. Viendo entonces la agresión de los extranjeros contra sus compañeros de armas, cesó todo miramiento, colocaron tres piezas fuera del parque, y se prepararon para el ataque, puestos al frente los oficiales D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, nombres por siempre caros á todos los españoles. Acometieron los franceses, y al principio les hicieron algunos prisioneros los paisanos y algunos soldados de infantería que se hallaban allí; pero habiéndose presentado una columna enemiga, empezó á disparar la artillería, y quedaron muertos muchos franceses, como también de los nuestros por el fuego de la fusilería enemiga. Duró un buen rato la refriega, hasta que muertos ya muchos españoles, entre ellos el bizarro D. Pedro Velarde, y herido su compañero el valiente Daoiz, trataron los nuestros de capitular. Parecía que los franceses se disponían á oír las proposiciones, cuan-

do avanzan de repente, y se apoderan de los cañones, dando la muerte á algunos artilleros, entre ellos el intrépido Daoiz, á quien traspasaron con las bayonetas, aunque ya estaba herido, como hemos dicho.

Murat desde que empezó á generalizarse la sublevación, se situó en la cuesta llamada Montaña del Príncipe Pio, inmediata á la puerta de San Vicente. La junta de gobierno comisionó á dos de sus individuos, D. Mignel José de Azanza, y D. Gonzalo Ofarril, para que fuesen á hablar á Murat; los cuales le ofrecieron sosegar al pueblo, si mandaba suspender el fuego, y les daba un general que los acompañase. Vino en ello Murat; y presentándose en los consejos con el general Harispe, se incorporaron con ellos varios consejeros, y discurriendo unos por unas calles, otros por otras, consiguieron aplacar á la multitud con sus exhortaciones, y con la promesa formal de que todo se olvidaría. Retiráronse pues los vecinos á sus casas, y los franceses ocuparon con artillería los puntos convenientes.

Tranquila ya la población, empezaron á salir los habitantes á sus quehaceres, fiados en la palabra que se les había dado. En mal hora lo hicieron, porque los franceses empezaron á prender indistintamente á cuantos encontraban, encerrando á muchos en los cuarteles y en la casa de Correos, y pasando en el acto por las armas á otros, só pretexto de que iban armados, reputando por armas una navaja, un cortaplumas, unas tijeras de uso comun; y aun fueron arcabuceados algunos que ninguna llevaban, en la

Puerta del Sol, frente y á pocos pasos de la iglesia del Buen Suceso, y junto á la contigua iglesia de la Soledad. Establecióse en la casa de Correos una comisión militar francesa, que sin oír, ni aun siquiera ver á los que sentenciaba, los hacia conducir atados de dos en dos y en pelotones, al Prado y al Retiro, donde eran despiadadamente arcabuceados, disparando los soldados franceses sobre aquellos infelices reunidos, á muchos de los cuales enterraron cuando todavía respiraban. A estas sangrientas escenas ejecutadas por el día, se siguió una noche de horror. Un pavoroso silencio reinaba en todo el recinto de esta populosa capital, en medio del cual se oía el ruido de la fusilería, y el estruendo del cañon, y los quejidos y exclamaciones de las víctimas, que inhumanamente sacrificaban los injustos y bárbaros opresores. Lloraban amargamente los madrileños en el retiro de sus casas, tan inaudita crueldad, lamentándose las familias de la triste suerte de alguno de sus individuos, de algun pariente, amigo, conocido ó bienhechor, y helada la sangre en sus venas con aquella catástrofe. Pero no se había saciado aun la sed de sangre que abrasaba á los pérfidos extranjeros, con la derramada en aquella noche lúgubre: á la mañana siguiente arcabucearon tambien en el cercado del Príncipe Pio, á varios de los que habían arrestado la tarde anterior.

Tal fué la jornada del Dos de Mayo de 1808, célebre para siempre en las páginas de la historia. Pasma, no se concibe apenas la conducta del arrogante y sanguinario Murat y de sus satélites. Traidores y viles, se encarnizaron á mansalva contra un pueblo

leal y valiente, engañado y desarmado bajo la fe de una palabra solemne. ¡Fementidos! Empero la justicia del cielo, que no siempre deja impunes, aun en esta vida, las atrocidades de los malvados, dispuesto habia que pagasen á su tiempo con las setenas su ferocidad y alevosía los verdugos del Dos de Mayo. Quinientos mil soldados franceses fueron víctimas con el tiempo del valor y de la ira de los españoles, que insanamente se atrevieron á provocar, vengada de este modo la sangre inocente que derramaron en Madrid. El insolente Murat fué derrocado de su usurpado trono y arcabuceado como un bandido: el valor y la constancia de aquellos mismos españoles á quienes se gloriaba de haber humillado, preparó su estrepitosa caída, y algunos contribuyeron á su captura.

La pérdida de hombres en el Dos de Mayo se calcula en 1.200 á 1.500 entre españoles y franceses. La nacion honra todos los años en el mismo dia, la decision y lealtad de las víctimas madrileñas, y la villa de Madrid ha levantado á su memoria un suntuoso monumento en el mismo sitio del Prado, donde fueron sacrificadas.

Con fecha del mismo dia 2 habia dado Murat un decreto, que se fijó en las esquinas el dia 3, mandando que fuesen arcabuceados todos los españoles presos el dia 2 con las armas en la mano, y que fuesen desarmados todos los vecinos, con otras providencias aterradoras. En aquel decreto decia que la *poblacion* de Madrid se habia sublevado: debió de sonarle mal esta espresion por el efecto que podia causar en las provincias y en los paises extranjeros, y dos ó tres

dias despues quiso rectificarla, como una mala inteligencia del traductor, diciendo en la Gaceta que solo el *populacho* se habia levantado, justificando al resto del vecindario, y pretendiendo inspirar confianza con promesas y buenas palabras. Nueva perfidia, pero infructuosa: el pueblo de Madrid sabia muy bien la verdad del hecho, y lo supo despues la nacion toda, el mundo entero. Ni las mendaces ofertas de Murat hicieron mas que aumentar el deseo de la venganza que estaba abrasando el corazon de todos.

Desembarazados así los franceses, pudieron hacer que saliesen sin obstáculo para Bayona el infante D. Francisco, el mismo dia 3, y el infante D. Antonio al dia siguiente. Se recibió en aquella ciudad el dia 5 la noticia de lo ocurrido en Madrid el dia 2. Reunidos Napoleon y los reyes padres, hicieron comparecer á Fernando. Carlos IV renovó sus anteriores quejas y acusaciones contra él, imputándole tambien el levantamiento de Madrid, y el derramamiento de sangre que habia ocasionado, llenándole de oprobios, y apellidándole pérfido y traidor. Estaba Fernando de pié, y nada respondió, confundido y aterrado como estaba. Su padre insistió en que renunciase la corona lisa y llanamente, so pena de ser tratado como un usurpador, y como conspirador contra la vida de sus padres y soberanos. Lo hizo así Fernando el dia 6 en una carta dirigida á su padre, y escrita con resentimiento, pero con dignidad. La impaciencia de Napoleon, á quien importaba poco la formalidad, aunque hubiese sido necesaria y suficiente para legitimar sus derechos á la corona de España, habia ya arran-

cado el día 5 del débil Carlos IV la renuncia de la corona á su favor. Renunciaron en seguida Fernando, como príncipe de Asturias, y los infantes D. Carlos y D. Antonio, no D. Francisco, ó por su menor edad, ó porque como niño nadie paró las mientes en él.

Adolecen todas estas renunciaciones de tantas y tan notorias nulidades, que todo el mundo las miró desde el principio como una farsa. Ellas fueron la consumación de un plan de iniquidad que por cierto costó bien caro á su autor, derribándole de un altísimo trono que habia levantado á costa de muchos años de batallas, desde donde dominaba en toda la Europa, y confinándole á morir en una roca en medio del océano.

Formalizadas las renunciaciones, internó Napoleon á toda la real familia en Francia.

Antes de partir Fernando para Valencey, adonde habia sido destinado con su hermano el infante D. Carlos y su tío el infante D. Antonio, y aun antes de estender la segunda renunciación á favor de su padre, habia autorizado con fecha del cinco á la junta de gobierno para ejercer todas las funciones de la soberanía, determinando que empezasen las hostilidades contra los franceses desde el momento que fuese internado en Francia. Con la misma fecha escribió al consejo, diciéndole era su voluntad que se convocasen las cortes en el punto que pareciese mas espedito, y que por de pronto se ocupasen únicamente en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para la defensa del reino. La junta nada hizo, aterrada como estaba, y dominada por Murat; tampoco el consejo por la misma razon.

Designó el emperador para reinar en España á su hermano José, rey de Nápoles, cediéndole los derechos que creia haber adquirido por las renunciaciones de Bayona; é hizo por medio de Murat que así se lo pidiese el consejo de Castilla, si bien éste lo hizo con la declaración, que no se publicó, de que no por eso aprobaba las renunciaciones de los reyes y príncipes españoles, que tenia por nulas. Convocó asimismo Napoleon para Bayona una junta de 150 españoles, notables en la nacion por su nacimiento, empleos, riqueza y saber, con el fin de sancionar lo hecho por este medio que remedaba una representación nacional.

Murat entre tanto tomaba por su parte cuantas medidas gubernativas y militares le sugerian los reuelos que le inspiraba la repugnancia y aversion con que le miraban los españoles, á él, y á sus tropas, al emperador, y á todo lo que llevaba nombre de frances. Prevenciones ineficaces: la voluntad decidida de toda una nacion es irresistible; y ya apuntaba el día en que la nacion española iba á manifestar la suya con solemnidad, majestad y firmeza.



ber abatido al poder mas formidable del mundo á costa de ochocientos años de combates, llevaron su nombre hasta mas allá de los mares, y dieron la ley á la Europa, humillando en Pavia y en san Quintín á esa misma Francia que ahora provocaba á sus descendientes tan sin consejo. "Guerra:" este grito se oyó á la vez en todas las provincias de España, y España se convirtió en un campamento. Los temores por su adorada religion, el amor á sus reyes cautivos y vilipendiados, los insultos cometidos contra la dignidad de una nacion que se tenia por la primera del mundo, llevaron de repente á la nacion española á los tiempos del Cid, del gran capitán, de Hernan Cortés, del marques de Pescara, y del duque de Alba. Del uno al otro extremo de la Península no se oian mas que ecos marciales, no se veian mas que preparativos de guerra. El jóven y el anciano, las mujeres y los niños, los militares y los sacerdotes, el activo y el indolente, el endurecido campesino y el afeinado cortesano, todos á porfia clamaban por la guerra, animados de un solo sentimiento, la venganza. Un grandioso cuadro de movimiento y de vida presentaban aquellas provincias, sosegadas no hacia mucho tiempo, silenciosas y apáticas. Guerra declararon al invicto emperador, con solemnidad, á tambor batiente, cada una de por sí las capitales de provincia, pueblos, algunas de ellas, que apenas contaban cinco mil habitantes. Los preocupados se rieron, pero el tirano tembló, y la Europa se asombró. Empezaba á cumplirse el vaticinio de Pitt.

Inútil seria averiguar ahora cuál fué la primera



CAPÍTULO III.

Alzamiento de las provincias de España y de Portugal contra los franceses.—Escesos que acompañaron en algunas partes al levantamiento.—Toma de la escuadra francesa surta en Cádiz.—Defensa de Valencia.

LA soberbia cegó á Napoleon. Engreido con sus victorias, se creyó invencible y omnipotente en la tierra; pero se engañó. Un pueblo habia en Europa, valiente, orgulloso, indomable, que bien penetrado de su fuerza, de su valor y de su constancia, hacia dias que estaba desafiando en su corazon al coloso opresor del continente. Pero este pueblo era justo y circunspecto. Provocado diariamente por mas de medio año, todavía contenia su animosidad, por si con el tiempo cesaba la provocacion, ó terminaba en exigencias tolerables. Pero apurado ya el sufrimiento con la noticia del Dos de Mayo y las violencias de Bayona, empezó á hervir en su venas la sangre de aquellos mismos españoles que despues de ha-

de las provincias que levantó el grito de resistencia. Podemos asegurar, si no estamos trascordados, que en la provincia de León, donde hemos nacido, y donde á la sazón nos hallábamos, no se reconoció la autoridad que Carlos IV habia delegado en Murat desde Bayona, pues habiendo tratado el intendente de publicar aquella resolucíon á voz de pregon en la capital de la provincia, se alborotó el pueblo, y lo impidió con actitud amenazadora, quedando desde entonces entregada á sí misma la provincia, gobernada por una junta que se formó despues en la capital. Sabido es tambien que lo mismo se hizo desde el principio en todas aquellas provincias que no estaban materialmente ocupadas por fuerzas enemigas. De modo que en muy pocos dias apareció toda la nacion espontáneamente sublevada contra los usurpadores, como si con oportunidad se hubieran comunicado órdenes superiores para la sublevacion, guiándose con todo, cada provincia, cada pueblo, por su solo instinto, y sin arredrarse muchos de ellos, situados en llanuras, sin natural defensa, sin armas ni pertrechos militares, y muy próximos al ejército enemigo.

Así sucedió que en los pueblos inmediatos á los puntos que ocupaban los franceses, acudieron estos con presteza, y contuvieron por el pronto la insurreccion. La ciudad de Segovia creyó sin embargo que podia defenderse, por hallarse establecido en su alcázar el colegio de artillería, fiada con razon en el patriotismo y lealtad de los alumnos, y en la fuerza de la artillería. Se puso pues en defensa, colocando los artilleros los cañones en las puertas y aveni-

das de la ciudad. Se presentaron los franceses, y como no habia tropa que sostuviese las piezas, los paisanos destinados á protegerlas, mal armados, é inespertos, huyeron poco despues de comenzado el ataque, intimidados por el fuego de los enemigos; y estos entraron sin mas resistencia en la ciudad, habiendo impedido el general francés que sus artilleros maltratasen el célebre acueducto contra el cual habian empezado á disparar. Salváronse los alumnos y oficiales del colegio con su director D. Miguel de Cevallos; pero este digno jefe fué asesinado poco despues tumultuariamente en Valladolid, imputándole injustamente haber entregado la ciudad de Segovia por ser un traidor; palabra terrible en aquella época, que arrastraba la exaltacion á cometer grandes excesos, y que servia tambien de pretesto para satisfacer resentimientos é intereses particulares.

Las provincias distantes del ejército invasor, tuvieron mas tiempo para instalar su gobierno, levantar y organizar gente, y atender al armamento y defensa del país. En todas ellas se estableció en cada capital una junta, que ejercia el poder supremo. Grande era el entusiasmo en todas partes, mucha la actividad, no siempre el mejor acierto.

Supiéronse bien pronto en Sevilla los sucesos del Dos de Mayo, y al instante empezó á conmoverse aquella populosa ciudad. Llegó despues la noticia de las violentadas renunciadas de Bayona, que acabando de exacerbar los ánimos, decidió el levantamiento de toda la poblacion. Preparado por el conde de Tilly y otros, idearon el modo y medios de realizar-

lo, aprovechando la indignacion general del pueblo sevillano contra la perfidia de los franceses; y por último el dia 26 de Mayo al anochecer, conducido el pueblo por algunos soldados del regimiento de Olivenza, se apoderó de las armas y municiones que habia en los almacenes; acudiendo tambien un escuadron de caballería que victoreó y sostuvo al pueblo. Nombróse en seguida una junta, cuyo secretario fué el sabio y distinguido D. Francisco Saavedra, ministro de hacienda que habia sido. Se denominó Junta suprema de España é Indias, con el designio tal vez de contraponer la unidad de gobierno á la usurpacion entronizada, ignorando seguramente lo que pasaba en las demas provincias: y aunque con este motivo se suscitaron disensiones y altercados con las demas juntas, felizmente para la causa comun terminaron con el tiempo. Por desgracia se turbó la alegría de aquellos dias con el asesinato del conde del Aguila, procurador del ayuntamiento, con cuya corporacion no estaba contento el pueblo, atribuyendo á motivos malsanos el detenimiento con que se habia conducido en el principio de la efervescencia popular.

Instalada la junta, dispuso el alistamiento general desde diez y seis años hasta cuarenta y cinco, y tomó todas las medidas que le sugirió su celo para la mejor direccion de los negocios públicos, y armamento del país. Faltábale asegurarse de la importante plaza de Cádiz con las fuerzas de mar que se hallaban en su bahía, como asimismo de la tropa acantonada en el campo de San Roque. Mandaba ésta el

benemérito general D. Francisco Javier Castaños: envióle la junta un oficial de artillería, á cuya presentacion se decidió al instante el fidelísimo general, reconociendo la autoridad de la junta, porque ya habia dias que andaba en tratos con el gobernador inglés de Gibraltar contra los franceses, cuyos halagos y ofertas despreció, entre ellas el vireinato de México.

Envió la junta al conde de Teba á la plaza de Cádiz donde residia el capitan general de Andalucía, que lo era entonces el marques del Socorro D. Francisco Solano, el mismo á quien dejamos en Estremadura cuando el alboroto de Aranjuez. Era este general bastante entendido, pero calculando solo militarmente el éxito de la resistencia al poder colosal de Napoleon, la consideraba enteramente inútil, y aun origen de muchos desastres para la nacion. Por otra parte Murat habia procurado atraerle á su partido, lo mismo que á todos los generales, dándoles por medio de sus emisarios grandes esperanzas de felicidad general, y haciéndoles pomposas promesas con respecto á sus ascensos y provechos personales. Andaba pues indeciso y perplejo el general Solano, y aun reprobaba con poca reserva toda tentativa de insurreccion. Sin embargo, cuando recibió la comunicacion de la junta de Sevilla, convocó una junta de generales para que decidiese acerca de su contenido. La junta abundando, ó defiriendo al parecer de su presidente, consideró como una temeridad la resolucion de resistir á los franceses, y así lo mandó publicar por bando, añadiendo, empero, que una vez

que el pueblo lo quería, la junta se conformaría con la voluntad del pueblo.

Se publicó el bando inmediatamente, y era de noche. Oyólo el pueblo con disgusto, porque hubiera querido una decision franca y terminante del capitán general, cuya opinion política andaba ya en habilllas bastante achacosa. Al disgusto se siguió la irritacion y se agolpó la gente á la puerta de la casa del capitán general, pidiendo que se declarase la guerra á los franceses, y se intimase la rendicion á la escuadra que tenian fondeada en el puerto. Ofreció Solano reunir al dia siguiente los generales y acceder á lo que el pueblo pedía, y así lo cumplió. Mas habiendo hecho presente por la tarde á la multitud que, segun el dictámen de los oficiales de marina, no se podia disparar contra la escuadra francesa sin destrozarse los buques españoles mezclados con los franceses, volvieron á exaltarse los ánimos, y acudieron otra vez los levantados á casa del capitán general; y creyendo, en medio de una espantosa vocería en que nadie se entendía, que se negaba el general á atacar la escuadra francesa, empezaron á disparar contra la casa con un cañon de á veinte y cuatro. Rompieron las puertas que estaban cerradas, y Solano se refugió en la casa inmediata de un amigo: pero por su desgracia dió con él la muchedumbre, y lo sacó de la casa con ánimo de ahorcarlo. De esta afrenta le libró la mano de un asesino en la plaza de San Juan de Dios, hasta donde habia llegado con valor y serenidad. Fué sentida generalmente su muerte, y en especial en el distrito de su mando, en el que

se habia hecho apreciar y amar. El asesino fué abominado por todos los hombres de bien. Le sucedió el gobernador de Cádiz D. Tomas de Morla, con aprobacion de la junta de Sevilla. Se juró en seguida á Fernando VII con toda solemnidad, y se estableció una junta dependiente de la de Sevilla. Pero quedaba todavía el padrastró de la escuadra francesa mandada por el almirante Rossilly. Pidió el pueblo con instancias que se le intimase la rendicion; y despues de varias conferencias, que alargaban cuanto podian los franceses con la esperanza de que se aproximasen á Cádiz tropas de su nacion, y desechadas algunas proposiciones que habian hecho, se rompió por fin el fuego contra la escuadra el dia 9 de Junio. Las fuerzas navales británicas que bloqueaban el puerto, ofrecieron su cooperacion, que fué agradecida y no admitida, porque no se la consideró necesaria. Siguió el fuego todo aquel dia y el siguiente hasta las tres de la tarde, á cuya hora empezaron de nuevo las conferencias; pero en la noche del 13, incomodados los españoles, hicieron saber al almirante, que si no entregaba la escuadra, la desharía el fuego de dos baterías que de nuevo se habian levantado. Intimidados los franceses, se rindieron á discrecion con toda la escuadra á las siete de la mañana del dia siguiente, con lo cual se completó la alegría del puerto de Cádiz.

Antes de este último suceso se habian levantado Córdoba y Jaen, y reconocido la autoridad de la junta de Sevilla. Prendieron en Jaen á su corregidor D. Antonio de Lomas, en quien no se tenia confian-

za, y le enviaron preso á Valdepeñas de la Sierra, donde le quitó la vida el pueblo amotinado. También se levantó Granada á instigacion de la junta de Sevilla, que envió á aquella ciudad con este objeto al teniente de artillería D. José Santiago, bien que antes de su llegada, ya reinaba entre los granadinos la misma agitacion que en todas partes. Santiago se presentó al capitan general D. Ventura Escalante que nada determinó por el pronto. Pero al dia siguiente, 30 de Mayo, con motivo de ser el dia de San Fernando, se reunió gran parte del pueblo delante de la casa del capitan general, y pidió á voces y con mucha decision que se proclamase á Fernando VII. Salió entonces á caballo el general, acompañado de muchos oficiales y otros sugetos distinguidos, llevando el retrato de Fernando por las calles de Granada en medio de un gentío inmenso que victoreaba con entusiasmo á su rey. Pidió luego el pueblo que se formase una junta: se formó siendo su presidente el mismo capitan general, y desde luego se ocupó con la mayor actividad en los preparativos de guerra. Se alistó muchísima gente, se hicieron donativos cuantiosos, y Granada se convirtió en un arsenal de aprestos militares. Envió la junta á la plaza de Gibraltar al sabio y virtuoso D. Francisco Martinez de la Rosa, jóven á la sazón, pero catedrático ya en la universidad de Granada. El gobernador de Gibraltar le facilitó armas y otros útiles de guerra, y en Algeciras se le proporcionaron otros auxilios. Se declaró como en las demas provincias levantadas, la guerra á Napoleon. La junta hizo venir á Granada

á D. Teodoro Reding, gobernador de Málaga, quien se encargó del mando de la gente que se estaba armando, única fuerza con que entonces se contaba, y con un batallon suizo, que estando en camino para Cádiz por orden del gobierno de Madrid, habia vuelto á Granada por mandado de la junta, y reconocido su autoridad. La junta, la ciudad de Granada y todos los pueblos de la provincia, se esmeraron á porfia en dar pruebas eficaces de patriotismo. Fué una de las provincias en que mas fruto produjo la lealtad y decision comunes á todos los pueblos de la Península. Esto hace la inteligencia, prudencia y actividad de los que gobiernan.

Sin embargo, de los pocos puntos en que el mal entendido celo por la causa nacional, ó algun enemigo oculto, vino á empañar el brillo de la insurreccion española, fué uno por desgracia la provincia de Granada. Fueron asesinados en Málaga el vicecónsul francés y otro, y en Granada D. Pedro Trujillo que habia sido gobernador de Málaga, D. Bernabé Portillo, y el corregidor de Velez-Málaga; pero fueron castigados con el último suplicio los autores del crimen en número de doce: saludable escarmiento en unas circunstancias en que tanto necesitaba de freno la exaltacion popular; y justicia laudable que daba honor á los sentimientos que presidian al levantamiento de la nacion.

Supieronse el dia 22 de Mayo en Cartagena las renunciaciones de Bayona, y esta infausta noticia produjo en aquella ciudad el mismo efecto que en toda la monarquía. Se alzó la poblacion; se nombró una jun-

ta de que fué miembro D. Gabriel Ciscar, distinguido oficial de marina á quien verémos despues en los puestos mas altos y honoríficos. Como Cartagena era plaza de armas y departamento de marina, halló en sus arsenales y depósitos con que armar á sus habitantes, y proveer de armas á los demas pueblos que siguiesen su ejemplo, como lo hizo estimulándolos tambien á que se declarasen. Uno de los pueblos mas principales que así lo hicieron fué la ciudad de Murcia, donde se nombró una junta, en cuyo seno se contaba el anciano conde de Florida-Blanca, ministro en otro tiempo por muchos años del inmortal Cárlos III. Tambien tenemos que lamentar algunos escesos en el levantamiento de Cartagena. Fué asesinado en esta ciudad el capitán general del departamento D. Francisco de Borja, á consecuencia de un alboroto del dia 10 de Junio; y en la ciudad de Villena fué muerto el corregidor y alguno de sus dependientes.

Contados habian sido hasta ahora estos deplorables escesos en medio del trastorno general que produjera la disolucion del gobierno. Mas habia una provincia, donde á la par con la esplosion mas grandiosa de patriotismo, y de odio á la dominacion extranjera, habian de cometerse crímenes, muchos y atroces. Valencia, la hermosa y populosa Valencia, presentó en aquella época un espectáculo, magnífico por un lado, y horroroso por otro. Mientras no supieron sus moradores lo acaecido en Bayona, sucedió lo mismo que en los demas pueblos: mucho desasosiego, temores, é indignacion á duras penas comprimida. Mas

recibida la noticia de las renunciaciones arrancadas en aquella ciudad á la real familia; á la voz de uno que la leia públicamente en la gaceta, y enardecido gritó *Viva Fernando VII, mueran los franceses*, repitió lo mismo como por encanto toda la poblacion en un momento. Se dirigieron á la casa del capitán general, conde de la Conquista, quien trató de apaciguarlos, pero sin fruto, porque cada vez mas exaltados y resueltos eligieron por su jefe al P. Fr. Juan Rico, religioso, franciscano que gozaba gran reputacion en el pueblo. Dirigiéronse en seguida, con su caudillo al frente, á la audiencia, con cuyos individuos, presididos por el capitán general, conferenció por largo tiempo el P. Rico. Resistianse los magistrados á las demandas del pueblo, pero impacientado este é inmovil en su resolucion, hubo de ceder el real Acuerdo, y se nombró al conde de Cervellon por general del ejército que se determinó levantar: mas el capitán general y la audiencia dieron parte reservadamente al gobierno de Madrid de lo ocurrido, escusándose con la fuerza, y pidiendo tropas para hacerse obedecer.

Al dia siguiente, 24 de Mayo, se presentó al P. Rico el capitán D. Vicente Gonzalez Moreno, con otros dos oficiales del regimiento de Saboya, y trataron del modo como apoderarse de la ciudadela. Se presentaron pues al Acuerdo acompañados de mucha gente, pidiendo armas; se permitió al padre Rico entrar con unos cuantos en la ciudadela para cerciorarse de que no las habia, pero entraron todos impetuosamente, favoreciendo la entrada el gobernador de la ciu-

dadela baron del Rus. La posesion de la ciudadela alentó al pueblo, y al dia siguiente 25 se declaró la guerra á los franceses, y se formó una junta numerosa compuesta de individuos de todas las clases.

Por feliz acaso llegó al Grao un buque francés cargado de plomo, de que se carecia en la ciudad. Acosado de un corsario inglés, venia á guarecerse en el puerto donde fué apresado; cuya noticia con la del levantamiento de Valencia, se comunicó á su perseguidor, entregándole tambien pliegos para Gibraltar. Con este plomo, y las armas y pertrechos de guerra remitidos de Cartagena, se abasteció la ciudad para llevar adelante sus intentos belicosos.

Ningun incidente sensible habia venido todavía á turbar la alegría general del pueblo; si bien se vió espuesta todo el día 24 la audiencia y el capitan general á una terrible desgracia, que evitó con gran valor una jóven distinguida, la hija del conde de Cervellon. Fué así, que apoderado el pueblo de la baliya que salia para Madrid, la llevó á casa del conde, y se empeñó en que se habia de leer públicamente la correspondencia. Entre ella se halló un pliego por duplicado, en que daba parte el real Acuerdo de lo ocurrido en la ciudad y pedia fuerzas para contener al pueblo. Se iba á leer el pliego fatal, cuando la hija del conde lo cogió apresuradamente y lo hizo añicos, tragándose muchos de ellos. Accion noble y magnánima, de aquellas que viven eternamente con la historia, y se leen siempre con placer y admiracion. La jóven señorita permaneció serena en la presencia de la muchedumbre, que aunque indignada con la

audiencia, no lo estuvo con su denodada libertadora, aplaudiendo en su corazon el hecho mismo que sentia.

Mas por fin llegó tambien su turno en Valencia á las desgracias, que no faltaron ciertamente en el levantamiento de otros pueblos; pero desgracias muchas mas en número y horrorosas. Habia sido nombrado individuo de la junta el baron de Albalat, quien malquisto anteriormente á los valencianos, no tuvo por acertado tomar asiento en aquella reunion, y se retiró á un pueblo distante siete leguas de Valencia. Con motivo de su ausencia suponian algunos que se habia dirigido á Madrid. La junta por precaucion le mandó que se presentase en la ciudadela en calidad de arrestado, y habiendo entrado en la ciudad, le acometió la plebe furiosa, á pesar de venir escoltado. Pudo librarse por entonces y entrar en casa del conde de Cervellon, donde se presentó el P. Rico, y ofreció al atemorizado baron que haria cuanto pudiese por librarle de la furia del pueblo. Pedia este con furor la cabeza del baron. El P. Rico dispuso que pasase á la ciudadela rodeado de soldados mandados por el capitan Moreno, para ponerle á cubierto de las acometidas de los amotinados; pero estos atropellando á los soldados, dieron de puñaladas al infeliz baron en los brazos mismos del P. Rico, que en vano se esforzaba por aplacarlos y contenerlos.

Dichosa, sin embargo, la ciudad de Valencia, si solo se hubiera tenido que llorar este asesinato, aunque tan bárbaro. Otros horrorosos vinieron despues, que por su estension y magnitud hicieron casi olvidar aquella barbaridad. Llegó á Valencia el dia 1.º

de Junio D. Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro de Madrid, cuyos principios y sentimientos calificará el lector por su conducta. Desde luego quiso trabar amistad con el P. Rico, pero no pudieron avenirse los dos; se acogió pues á la multitud, ante la cual se presentaba como un sacerdote ejemplar, deteniéndose mucho tiempo en la celebracion del santo sacrificio de la misa, y perseverando arrodillado algunas horas al pié de los altares. Escogió entre ella algunos confidentes de sus planes, con los cuales el día 5 del mismo mes se presentó delante de la ciudadela, y habiendo levantado todos un gran tumulto, entraron en su recinto y Calvo de los primeros. Se hallaban custodiados en la ciudadela los franceses que moraban en Valencia; disposicion acertada de la junta para librarlos de la ira popular: su número se acercaba á cuatrocientos. Hablóles Calvo, y les dijo que viendo al pueblo decidido á sacrificarlos, habia dispuesto reservadamente que se les franquease el postigo que daba al campo para que pudiesen trasladarse al Grao, donde encontrarían barcos aparejados para conducirlos á Francia. Intimidados los franceses con los gritos aterradores que por orden de Calvo daban los conjurados alrededor de la ciudadela, se determinaron á salir por el postigo con mucho temor, y desgraciadamente bien fundado, porque agolpándose al postigo aquella turba feroz al tiempo que iban á salir los presos, á la voz: *traicion, que se salvan los franceses*, se precipitaron dentro, y empezó una escena atroz, cuya descripcion nos cuesta la mas violenta repugnancia. Llamáronse confesores de la ciudad:

y segun se iban confesando aquellos infelices, eran desapiadadamente asesinados á puñaladas. Los sicarios apremiaban con imprecaciones á los confesores para que despachasen pronto: el canónigo Calvo era el presidente de aquel horrendo tribunal. Mientras fueron á llamar los confesores, corrieron á la ciudadela algunas personas guiadas por la religion y por la compasion natural. Llevaban algunas imágenes y reliquias que los valencianos tenían en gran veneracion, y con ellas en la mano, enternecidas, lleno el rostro de lágrimas, pedian misericordia para aquellos desgraciados. Unian á tantas plegarias y lloros sus ruegos y reflexiones llenas de uncion y caridad los dignos confesores que iban llegando, y tanto se interesaban todos en favor de aquellos inocentes, que á veces titubeaban los mismos asesinos; pero los fortalecia y animaba Calvo, y fueron insuficientes los esfuerzos de aquellas almas piadosas para evitar la sacrilega matanza. Solo quedaban ya con vida setenta franceses, cuyo perdon pidieron sus mismos verdugos. Conociendo Calvo que ya no le seria fácil vencer la compasion de los sicarios, cansados y horrorizados de tanta carnicería, aparentó condescender con su peticion, y mandó que llevasen á los franceses á la torre de Cuarte. Pero el indigno sacerdote habia colocado de antemano una turba de malvados, en un punto por donde habian de pasar aquellos desgraciados, y todos ellos perecieron al filo de la espada ó de los puñales. Murieron en aquella noche 330 franceses.

Mientras se ejecutaba tan bárbara crueldad en la

ciudadela, estaban temblando las autoridades, á quienes mandaba ya Calvo como un soberano: todas ellas le obedecieron, incluso el capitán general. El P. Rico, que al principio había sido comisionado por la junta para apaciguar á los amotinados, tuvo que esconderse temeroso de los furores de Calvo. Quiso con todo, prenderle al día siguiente, fiado en el ascendiente que tenía en el pueblo; pero algunos individuos de la junta propusieron que se admitiese á Calvo en ella, y así se determinó y verificó. No por eso se desanimó el P. Rico, antes bien dirigiéndose á Calvo, afeó con severidad su sanguinaria conducta, y no se detuvo en asegurar con voz fuerte y enérgica, que Valencia estaba enteramente perdida, si al instante no se cortaba la cabeza á aquel desalmado. Los otros individuos de la junta que estaban temblando delante del poderoso asesino, quedaron atónitos al ver el valor y arriesgada resolución de Rico. Se sorprendió también el mismo Calvo; pero este monstruo, no saciado todavía de sangre humana después de la matanza anterior, había mandado á sus sayones que persiguiesen y degollasen por las casas á los pocos franceses que habían quedado vivos: cumplieron á placer con el encargo aquellos satélites infernales; y además condujeron ocho de aquellas víctimas á la sala misma de la junta, y en su presencia los sacrificaron inhumanamente. Aterrados y horrorizados los individuos de la junta, huyeron todos, y el padre Rico se ocultó.

No todos, sin embargo, se amilanaron: juntáronse algunos por la noche, y pudieron conseguir que se

reuniese la junta el día siguiente 7 por la mañana. En ella se distinguió Rico por su valor, y aunados todos por el interés de su propia conservación, decretaron la prisión de Calvo, que se verificó antes que él pudiera prevenirse, y metido en un barco, fué trasladado á Mallorca. Mas no crean nuestros lectores, indignados seguramente contra su ferocidad, que quedaron impunes sus atroces delitos. Prudentemente determinó alejarle la junta mientras ponía orden en en aquella desquiciada población, dando así lugar á que recobrasen su imperio la razón y la justicia entre los alborotados, la confianza y la fuerza entre la inmensa mayoría de los buenos. Pero luego que vió conseguido su objeto, hizo que Calvo volviese otra vez á Valencia, donde juzgado pagó sus enormes crímenes con la vida, agarrotado en la cárcel el día 3 de Julio, y espuesto al público su cadáver al día siguiente. Se procedió en seguida á la averiguación de sus infames cómplices y ejecutores de tanta maldad; y en el espacio de dos meses fueron sentenciados á muerte y ajusticiados, unos públicamente y otros en secreto, mas de doscientos. Con tan terrible ejemplar se contuvieron los bandidos, y se impidió que cundiese el furor y la anarquía en otros pueblos del reino de Valencia, pues ya en Ayora había perecido el alcalde mayor y en Castellón de la Plana su gobernador.

Durante la estancia de Calvo en la isla de Mallorca, no se había descuidado la junta en tomar las más activas providencias para la defensa de la ciudad en el caso de que la atacasen los franceses como era de

temer. Y así sucedió; porque justamente por aquellos días en que estaba la junta tan apurada, salió de Madrid el mariscal Moncey con 8.000 franceses contra Valencia, á los cuales debían agregarse algunas tropas españolas; pero estas abandonaron las filas enemigas, y se unieron á los defensores de la patria. La junta había enviado á las Cabrillas á D. Pedro Adorno con ocho mil hombres, y al conde de Cervellon hácia Almansa con quince mil. Detúvose Moncey en Cuenca: impacientado Murat, comisionó al general de caballería Excelmans con varios oficiales para que hiciese á Moncey acelerar su marcha, pero fueron detenidos todos en Saelices, y conducidos prisioneros á Valencia. Siguió su camino el mariscal, y al llegar al puente Pájazo sobre el Cabriel, le disputaron el paso los españoles de Adorno, que habían levantado una batería de cuatro piezas de artillería. Acercaron la suya los franceses, aunque con bastante trabajo, por la aspereza del terreno, rompieron el fuego, acometieron unos de frente, y otros vadearon el río: se apoderaron de la batería española, habiéndose pasado á ellos muchos soldados de un batallón suizo que la sostenía. Entonces la gente de Valencia, como bisona y no fogueada todavía, se desbandó, reuniéndose parte de ella en las Cabrillas.

Noticiosa la junta de este primer descalabro, envió al ejército al P. Rico, quien llegó á las Cabrillas el día 23. No se sabía el paradero de Adorno, y el brigadier Marimon tomó el mando de unos 3.000 hombres que habían quedado, casi todos reclutas, con dos cañones y un obús. Avanzaron los franceses, aunque

muy acosados por los españoles que los molestaban, protegidos por lo quebrado de la tierra. Treparon los franceses por los costados, y dispersadas nuestras guerrillas, atacaron de frente sin obstáculo. Defendiéronse bien 180 soldados del regimiento de Saboya, que murieron casi todos, quedando prisionero el capitán Gamindez que los mandaba: los artilleros quedaron muertos al pié de los cañones, con lo que avanzaron los enemigos, pasaron la sierra, y descubrieron las fértiles campiñas de Valencia.

Había sucedido esto el día 24; y el 25 al amanecer entró el P. Rico en la ciudad que se puso toda en armas con asombrosa celeridad. Se levantaron fortificaciones donde acudían á trabajar todos los vecinos sin distincion de clases, ayudando, y no poco, hasta las mismas mujeres: se fortificaron las puertas de la ciudad: se cerraron las puertas y ventanas de las casas, reforzándolas por detrás con muebles y colchones: cubriéronse las azoteas: se hicieron cortaduras en algunas calles, y se cerraron otras con vigas, coches, carros, calesas y tartanas: se colocó la artillería en los puntos convenientes, y todo el vecindario, hombres y mujeres, estaban preparados detras de los parapetos con todo género de armas, piedras y materiales que arrojar á los franceses, y aun con agua y aceite hirviendo.

A la noticia de que los franceses se aproximaban á Valencia, se apresuró á venir en su socorro el brigadier D. José Caro, con una division nuevamente levantada, que mandaba en el ejército de Cervellon; y habiéndose unido en el pueblo de Cuarte con otro

cuerpo que se había apostado en aquel punto á las órdenes de D. Felipe Saint-Marc, se trabó un combate con los enemigos que duró tres horas, al cabo de las cuales se retiraron los nuestros, dejando la artillería en poder de los franceses. Se preparaban estos á perseguirlos, pero los detuvo el fuego que les hacían los paisanos desde el pueblo de Cuarte, y sus cañameras, y que duró por espacio de cuatro horas. Al fin huyeron los paisanos, y los franceses ocuparon el pueblo, despues de haber sufrido en la jornada bastante pérdida, lo mismo que los españoles.

Se adelantó entonces Moncey hasta media legua de Valencia. Desde allí intimó la rendición. Se deliberaba en la junta sobre la proposición, cuando sabedor el pueblo se introdujo tumultuosamente en la misma sala de las sesiones, y manifestó su invariable resolución de no capitular. Se desechó entonces la propuesta, y puestos los individuos de la junta al frente del pueblo en varias direcciones, le animaban mas y mas á la defensa.

Desairado Moncey empezó el ataque á las once de la mañana del día 28, dirigiendo la artillería contra la puerta de Cuarte: tres veces se renovó, y con mucho ímpetu, pero siempre fueron rechazados los enemigos. Atacaron en seguida la batería de Santa Catalina, y tambien fueron escarmentados. Volvieron á atacar, pero retrocedieron desordenadamente abrasados por el fuego de la plaza. Insistieron hasta tercera vez, y tambien tuvieron que retroceder con mucha pérdida. Moncey, aunque trastornado con tan tenaz resistencia, hizo que acometiese una divi-

sion á la puerta de San Vicente, por cuyo punto era mas débil la muralla, y él se dirigió con el resto de las tropas hácia á la puerta de Cuarte. Nuestra artillería, en la puerta de San Vicente, apagó los fuegos de la de los enemigos, con muerte de muchos de ellos. Perdida entonces la esperanza de enseñorearse de Valencia, abandonaron sus posiciones, á las ocho de la noche del 28, con una pérdida total de mas de dos mil hombres, y el día 29 se retiraron por el camino de Almansa. En el camino les molestó mucho el general Llamas, quien los fué siguiendo hasta el Jucar, de donde no pasó, porque el conde de Cervellon se mantuvo en Alcira, adonde se había replegado cuando los franceses forzaron el paso de las Cabrillas; inacción que se vituperó mucho, aunque el conde intentaba justificarse con la poca disciplina de la gente que mandaba. Moncey pasó el día 2 de Julio el puerto de Almansa, descansó en Albacete, y desde allí se replegó sobre el Tajo, despues de haber recibido algun refuerzo de Madrid, conducido por el general Caulincourt, que al paso por la ciudad de Cuenca permitió que la saqueasen sus tropas, y cometiesen en ella horrores inauditos. Desde luego que el mariscal Moncey traspuso los límites de la provincia de Cuenca, interceptaron los paisanos su correspondencia con el gobierno de Madrid, é hicieron prisioneros á todos los soldados rezagados, y hasta pequeños destacamentos. Para remediar este daño se había dirigido Caulincourt hácia Cuenca. Al llegar á la ciudad le hicieron fuego algunos paisanos en el camino; y no hubo otro motivo para que, habiendo

huido casi todo el vecindario, cometiesen los soldados las mayores crueldades con algunos cuantos sacerdotes y religiosos que encontraron, destrozando cuanto habia en las casas, profanando los templos, y forzando bestialmente á mujeres enfermas y decrépitas.

Verificóse en Aragon el alzamiento tan espontánea y naturalmente como en las demas provincias, al saberse en Zaragoza las violencias de Bayona. Era capitán general de Aragon D. Jorge Juan de Guillelmi. Se amontonó el pueblo enfrente de su casa, acaudillado especialmente por el tío Jorge, hombre honradísimo, de gran corazon, y muy hidalgo proceder, que por todas sus circunstancias no desmerece el dictado de héroe, si no se ha de dar este nombre á los conquistadores solamente. Hizo dimision del mando el capitán general por empeño del pueblo. Su segundo el general Mori que le substituyó, convocó una junta el dia 25; pero disgustado el pueblo con la lentitud de aquella reunion, envió una comision de 50 personas á D. José Palafox y Melci, que se hallaba en una casa de campo cerca de Zaragoza para conducirle á la ciudad. Se disculpó Palafox, hasta que recibió orden de Mori para presentarse en Zaragoza; y habiéndolo cumplido fué aclamado capitán general, siendo un simple guardia de corps, y jóven de unos 27 á 28 años; hermoso y galan, afable, generoso y sobre todo recto y leal á toda prueba, como lo demostró su conducta posterior, que uniendo su nombre al de Zaragoza, lo inmortalizó.

Convocó Palafox las córtes de Aragon, que aprobaron su nombramiento, y formaron una junta, pre-

sidida por el nuevo capitán general, en quien se puede decir que residia toda la autoridad, no sin gran ventaja y honor para la capital de Aragon, como no tardará el tiempo en demostrarnos.

Ocupadas pérfidamente por los franceses las plazas de Cataluña, no por eso dejó de levantarse, antes por lo mismo, aunque con mas obstáculos, se levantó denodado y terrible aquel poblado é industrioso principado. No pudo hacerlo con aquel orden de unidad con que se alzaron otras provincias, en razon á hallarse ocupado en muchos puntos por las tropas francesas que impedian la fácil comunicacion de unos pueblos con otros. Carecian ademas los intrépidos catalanes de las armas, municiones, y mas pertrechos militares que con abundancia se custodiaban en sus plazas y arsenales ocupados por los enemigos, sobre todo en Barcelona, donde ademas habia 3.500 hombres de tropa española, decididos contra los franceses, como todo el ejército. Fueron pues parciales, al principio, los levantamientos. Dió la primera el ejemplo Lérida: siguióla Manresa, y despues Tortosa, donde por desgracia fué malamente muerto su gobernador: tambien lo fué el de Villafranca de Panadés. A últimos de Junio se formó por fin una junta de toda la provincia, en medio y á pesar de la ocupacion de los enemigos, con quienes era necesario pelear para levantarse en casi todos los puntos del principado; y pelearon con tanto empeño y constancia los naturales de aquel belicoso país, como lo irémos viendo sucesivamente.

Las islas Canarias y las Baleares imitaron el noble

ejemplo de la Península, á pesar de las medidas adoptadas por Murat, cuyas órdenes fueron desobedecidas. Nombráronse juntas como en el continente, y afortunadamente ningun esceso notable turbó la alegría con que todos aquellos leales isleños proclamaron por su rey á Fernando VII. De mucho auxilio fué para la causa general de la nacion el alzamiento de sus islas; ya por ser un asilo seguro en el caso de cualquier descalabro en la Península, ya por haberse conservado la escuadra surta en el puerto de Mahon, y que debia trasladarse á Tolon, segun las órdenes de Murat; y ya tambien porque 10,000 hombres de tropa antigua que guarnecian las Baleares, se reunieron, tiempo andando, á los ejércitos de la Península con mas un cuerpo de nueva creacion, que voluntariamente se levantó en Mallorca, y que pasó despues á Cataluña.

Si de las provincias del Mediodía y de Levante volvemos la vista á las del Norte, hallarémolos en ellas el mismo patriotismo, el mismo entusiasmo, la misma decision. Ya hemos visto, cómo en la provincia de Leon no se reconoció á Murat por lugarteniente de Carlos IV. Siguió sin interrupcion la resistencia; se nombró una junta, que reasumió la autoridad soberana y se proclamó á Fernando VII: se alistó á los mozos, viudos y casados sin hijos de toda la provincia; se llamó á todos los soldados cumplidos, formando de toda esta gente algunos cuerpos, con el nombre de tercios, en conmemoracion de aquellos antiguos tercios españoles que tantos dias de gloria dieron á su patria. Por último, se declaró solemnemente

la guerra á Napoleon, sin que ninguna desgracia enturbiasse la claridad de aquellos hermosos dias de patriotismo y pública alegría.

Al mismo tiempo manifestaba su lealtad el siempre noble principado de Asturias, acordándose de que el perseguido Fernando le pertenecia, cual cosa propia, como su príncipe; y de que en sus elevadas y escabrosas montañas tuvo su cuna, despues de la irrupcion de los agarenos, aquella poderosa monarquía que llegó á poner en cuidado á toda la Europa.

Recibióse en Oviedo una orden de Madrid para que se publicase el bando de Murat del dia 3 de Mayo. Trataba de publicarlo el dia 9 el comandante de armas D. Nicolas de Llano Ponte, con acuerdo de la Audiencia; pero lo estorbó el pueblo á las voces de viva Fernando VII, y muera Murat. Se hallaba á la sazón reunida una diputacion ó junta que habia de antiguo en el principado, compuesta en su mayor parte de vocales, nombrados por los concejos en que está dividido aquel país. Se dirigió pues el pueblo á la casa en que estaba reunida, y espuso su deseo y resolucion de oponerse á la usurpacion de los franceses. Recomendó su demanda D. José del Busto, uno de sus vocales; le apoyaron el conde de Peñalba y el conde de Toreno (padre del actual), y todos unánimemente convinieron en que no se obedeciese á Murat, y se dictasen las consiguientes providencias de resistencia. No correspondia ciertamente esta resolucion á la junta, cuyas atribuciones y facultades eran puramente económicas; pero el pueblo la miró como una autoridad suya ya formada, y en ella descansa-

ba. La Audiencia trabajó por sosegar los ánimos alterados, y consiguió por de pronto apaciguarlos algun tanto, como tambien que la junta retrocediese en su propósito, no sin abierta oposicion de su presidente el marques de Santa Cruz de Marcenado, que, aunque de edad ya de sesenta años, aseguró en la junta "que en cualquier punto en que se levantase un hombre contra Napoleon, tomaria un fusil y se pondria á su lado," y protestó contra lo acordado en ella.

Nada empero consiguió la Audiencia con esta suspension, porque habiendo llegado la noticia de los sucesos de Bayona, y oyendo el pueblo á las personas que iban llegando de la corte, las horrorosas atrocidades del dia 2 y 3 de Mayo, llegó á lo sumo la fermentacion, aumentándose cada dia mas el número de los conjurados, no solo en la ciudad sino tambien en los pueblos inmediatos y aun distantes. Se manifestaba públicamente la agitacion en reuniones estrepitosas por las calles, que fueron ya demasiado considerables en las noches del 22 y 23. Por último, se acordó el levantamiento general para la noche del 24; y á las doce lo anunció un rebato general de campanas de las iglesias de la ciudad y de las aldeas circunvecinas. Acudió al instante la gente levantada al depósito de armas, y aseguró 100.000 fusiles que en ella se custodiaban. Se encaminó en seguida á las casas de los individuos de la diputacion del principado, que se reunió en aquella misma noche, aumentada con algunos vocales mas, y al dia siguiente se declaró solemnemente la guerra á Napoleon.

A las primeras nuevas de lo ocurrido en Asturias, comisionó Murat y la junta de Madrid á los magistrados D. Juan Melendez Valdés, poeta célebre, naturalmente blando y flexible y conde del Pinar, de carácter riguroso y duro, para que reprimiesen aquellos alborotos en union con la Audiencia á la que se comunicaban órdenes estrechas y severas. Se mandó tambien al comandante general de la costa de Cantabria la Llave, que se trasladase á Oviedo, y se encargase del mando, poniendo á sus órdenes un batallon de Hibernia que habia en Santander, y un escuadron de carabineros reales que se hallaba en Castilla. Tuvimos ocasion de hablar con estos valientes soldados, en un pueblo de la provincia de Leon, cuando pasaban á Oviedo: les vimos animados del mismo entusiasmo que reinaba en todos los españoles contra los franceses, y muy enojados contra su comandante Ladron de Guevara, en quien suponian contrarios sentimientos. Los soldados de Hibernia participaban del mismo espíritu que los carabineros. Así cuando unos y otros llegaron á Oviedo, lejos de contener al pueblo se pusieron de su parte: solo sus respectivos jefes Fitzgerald y Ladron de Guevara se separaron de la causa del pueblo, por cuya razon fueron arrestados, como tambien el comandante la Llave y los comisionados venidos de Madrid. Poco faltó para que todos cinco fuesen víctimas de la indignacion popular, porque queriendo la junta ponerlos á cubierto de los insultos que recelaba, vista la animosidad que reinaba contra ellos, trató de conducirlos fuera de la provincia; pero al salir los cercaron los

paisanos, los condujeron al campo de San Francisco, los ataron á unos árboles, é iban á arcabucearlos. Accedieron sin embargo á que se les proporcionasen los auxilios espirituales; y mientras se confesaban, emplearon las personas de mas influencia sus ruegos y sus lágrimas en favor de aquellos infelices, pero en vano: aquella gente embravecida solo daba oídos á su estremada irritacion; hasta que el canónigo D. Alonso Ahumada tuvo la feliz inspiracion de presentarse á los amotinados con el sacramento en las manos, pidiéndoles perdon para aquellos desgraciados en nombre de nuestro Redentor, que tambien lo pidió á su Padre para los mismos que le estaban crucificando. ¡Poder mágico de la religion! Tú solo pudiste ablandar en un momento aquellos pechos empedernidos; y las víctimas se libraron de una muerte cierta. ¡Cuán insensatos son los que se empeñan en desterrar del corazon humano los sentimientos religiosos!

La junta dispuso desde luego, y con preferencia, como todas las del reino, un armamento general del principado, y estableció un órden para el despacho de los negocios por ramos separados. Pero la mas importante, la mas trascendental de sus providencias, fué el nombramiento de comisionados que pasasen á Lóndres con el fin de entablar negociaciones con el gobierno inglés. Fueron los nombrados con este objeto D. Andrés Angel de la Vega, y el vizconde de Matarosa, actualmente conde de Toreno, el mismo á quien seguimos en la historia que escribió tan elocuente; jóven entonces de 21 años, muy querido en

el país, de una instruccion nada comun en su edad, y de un talento especial y privilegiado, que con un patriotismo nunca desmentido y una incontrastable fuerza en los debates parlamentarios, le ha dado una sostenida celebridad, una casi continua vida pública.

Llegaron los comisionados á Falmouth la noche del 6 de Junio; y antes de las siete de la mañana del día siguiente, ya se habian presentado en el almirantazgo. No mucho despues se avistó con ellos el ministro de relaciones estranjeras, M. Canning, quien desde luego les aseguró que el gobierno inglés “protegeria con el mayor esfuerzo el glorioso alzamiento de la provincia que representaban,” y así se lo dijo despues de oficio y por escrito de parte del rey, añadiendo: que “S. M. estaba pronto á estender su apoyo á todas las demas partes de la monarquía española, que se mostrasen animadas del mismo espíritu que los habitantes de Asturias.”

Grande fué la satisfaccion y la alegría en todo el Reino Unido por la insurreccion de Asturias contra Bonaparte, porque en ella veia que empezaba á cumplirse el vaticinio de Pitt, no dudando que las demas provincias de la Península española se alzarían igualmente contra el coloso opresor del continente, que tan seriamente amenazaba á la Gran Bretaña. Era tal el entusiasmo de los ingleses á favor de los españoles, que los dos comisionados asturianos no podían ir ni presentarse en ninguna parte, sin ser vivamente aplaudidos y victoreados. El primer día que asistieron á la Opera, estuvo suspensa la representacion casi una hora, que todo este tiempo duraron

los vivas y los aplausos á los diputados españoles. En la cámara de los Comunes se hicieron los elogios mas subidos, y se concibieron las mas grandes esperanzas de la magnánima resolucion de los españoles, y se manifestó unánimemente la voluntad y el deseo de auxiliarlos con eficacia en su asombrosa empresa.

Apesadumbrados, sin embargo, andaban en medio de estas halagüeñas demostraciones los enviados de Asturias, porque se habian pasado ya mas de quince dias sin recibir la menor noticia de su patria. Esto no obstaba para que el gobierno inglés siguiese constante en su propósito de animar á los españoles con auxilios efectivos, pues desde luego remitió á la provincia [de Asturias un] surtido copioso de armas, municiones, vestuarios y víveres, y tambien hubiera aprontado caudales, si los comisionados no hubieran juzgado que no eran necesarios por entonces. Al mismo tiempo nombró para que pasasen á Asturias, al mayor general Sir Tomás Dyer y otros dos oficiales.

Por fin, para consuelo de los dos diputados y confirmación de la expectativa de los ingleses, llegó D. Francisco Sangro, enviado por la junta de Galicia, con la noticia de haberse levantado, no solo aquella estensa y pobladísima provincia, sino tambien todas las demas del reino. El enviado gallego fué recibido con distincion y con júbilo por los ingleses y su gobierno, que en seguida envió libres á la Coruña los prisioneros que nos habian hecho en la guerra anterior que todavía duraba. Tambien desembarcó en la Coruña el diplomático Sir Carlos Stuart, conociendo ya el gobierno británico la importancia de su mi-

sion, visto el aspecto que en general presentaba la España.

El levantamiento de Galicia tuvo las mismas causas que el de las demas provincias: la perfidia y arrogancia de los franceses y de su jefe. Sabidas en la Coruña las atrocidades de Murat en Madrid, se siguió naturalmente la misma indignacion que en todas partes; indignacion que se aumentó con la llegada de un oficial francés encargado de examinar el estado de Galicia, y de tomar razon de la tropa que habia en la Coruña, artillería y mas armas. Era capitán general D. Antonio Filangieri, recomendable por su inteligencia, moderacion y buen trato, mas por su ausencia estaba encargado del mando el mariscal de campo D. Francisco Biedma, no bienquisto ni de militares ni de paisanos. Aumentóse la malquerencia y los recelos con las medidas militares que tomó Biedma, fiado seguramente en la fuerza que habia en la plaza; compuesta de varios cuerpos de infantería, ademas de la competente dotacion de artillería, y con las hablillas que corrian de que el oficial francés comisionado de Murat habia mandado hacer gran número de esposas para conducir esposados á Francia á los mozos del país.

La junta de Asturias habia mandado un comisionado á la Coruña para estimular á las autoridades á seguir su ejemplo; pero hubo de retirarse á Mondoñedo por mandado del regente de la audiencia á quien se habia presentado. Llegó en esta sazón á la Coruña el capitán general Filangieri por disposicion del gobierno de Madrid, adonde habia llegado la noti-

cia del estado de inquietud en que se hallaba Galicia; y con su dulzura, y retirado el aparato militar que habia ostentado su segundo, sosegó en gran parte la agitacion del pueblo, ofendido no obstante con la petulancia de los franceses establecidos en la ciudad. Mas habiéndose sabido las infamias de Bayona, no conoció ya ningun temperamento la indignacion pública; por lo que algunos vecinos, unidos con varios individuos del regimiento de Navarra, uno de los cuerpos de la guarnicion, empezaron á tratar del modo y términos con que verificar el levantamiento. Con este motivo el capitán general, sabedor de lo que pasaba, dispuso que aquel regimiento saliese para el Ferrol. No alcanzaban ya estas providencias en el estado á que habian llegado el descontento y la fermentacion. Seguía pues el mismo propósito y las conferencias, si bien con reserva, con mayor ahinco, cuando el día 29 de Mayo atravesó á caballo las calles de la ciudad un jóven de amable fisonomía y gallarda presencia, victoreando á Fernando VII y aclamando la libertad de la patria. Tuvimos el gusto de tratarle personalmente despues, y oír de su boca la narracion de su arrojó, que formaba un contraste placentero con la hermosura de su rostro y apacibilidad de su carácter. Era pues un estudiante de Leon, enviado por la junta de esta ciudad para entusiasmar á los gallegos, y animarlos á declararse tambien contra los opresores. Se presentó al regente de la audiencia, quien le arrestó é incomunicó. Todo fué inútil: necesario era que en el fidelísimo Reino de Galicia tuviese el amor patrio la misma esplosion

que en toda la Península. Alborozada la gente con la llegada del estudiante, y con la noticia de lo ocurrido en Asturias y Leon, se decidió definitivamente á levantarse á todo trance.

Favoreció el intento del pueblo la circunstancia de ser el día siguiente día de San Fernando, santo del nombre del rey; y mucho mas la torpeza de las autoridades en no enarbolar la bandera real en los baluartes y castillos, como se acostumbraba todos los años por la solemnidad de la fiesta del santo rey. Amohinado el pueblo con esta omision, se aprovecharon de su disgusto los directores del movimiento, y poniendo á la cabeza de la multitud á un sillero muy querido entre sus convecinos, la acaudilló éste á la casa del capitán general donde pidieron que se enarbolase la bandera, y volviese á la Coruña el regimiento de Navarra, y ambas cosas le fueron otorgadas. La tropa favoreció el movimiento del pueblo, que aumentado con los aldeanos que habian concurrido á la ciudad, se apoderó de mas de 40.000 fusiles, y proclamó á Fernando VII, sacando en procesion su retrato por las calles.

El capitán general que habia desaparecido durante la conmocion, se puso por la tarde á la cabeza de una junta que se formó, presidida interinamente por el mariscal de campo D. Antonio Alcedo, á causa de hallarse indispuerto el capitán general. Decretó al momento la junta el armamento del país, y envió á verificarlo comisionados que fueron recibidos con entusiasmo y obedecidos en todos los pueblos. Hubo algun conato de oposicion en el Ferrol por parte de

los jefes de las armas y de la marina, pero tuvieron que doblegarse ante la resolución del pueblo y de la tropa. Guiada también la junta de un desinteresado patriotismo, y queriendo dar al alzamiento el carácter de general y espontáneo en toda Galicia, invitó á todas las ciudades de aquel reino á que nombrasen sus representantes para formar una junta que representase al país; y así lo hicieron, concurriendo un individuo por cada una de las siete provincias en que está dividida Galicia, los cuales se constituyeron en junta soberana de toda ella, asociando al obispo de Orense, muy conocido por su virtud y patriotismo, el de Tuy, y á D. Andrés García, confesor que había sido de la princesa de Asturias, primera mujer de Fernando VII. Siguiendo esta junta las huellas de la primera, emprendió con el mayor calor el armamento y defensa del país. Entre las fuerzas de nuevo levantadas, se distinguía un batallón compuesto de estudiantes de la universidad de Santiago, como se formaron también otros de la misma clase en Oviedo y en Leon, que todos pelearon después con grande honor por la causa nacional, y proveyeron de excelentes oficiales á los ejércitos que se iban organizando. A esta fuerza de nueva creación se agregaron posteriormente las tropas regladas que vinieron de Oporto, y todas ellas ascendían á 40.000 hombres.

Internados los franceses en el centro del reino, les importaba mucho la tranquilidad de Santander y su tierra, que una vez levantada, les cortaba las comunicaciones, y era un poderoso estímulo para las provincias vascongadas que, por lo escabroso de sus

montañas y carácter firme y belicoso de sus habitantes, podían darles mucho que hacer. Así, el mariscal Bessieres que se hallaba en Burgos, mandó un ayudante suyo á Santander, amenazando al ayuntamiento, que al más leve amago de insurrección pasaría una división á aquella ciudad, y haría castigos ejemplares. Los generales franceses, lo mismo que su jefe Napoleon, no conocían el carácter español, ó en su necio orgullo y altivez provocaban el valor que tanto les importaba respetar. Santander se conmovió con las amenazas del arrogante mariscal: se amotinó el pueblo, se tocaron á rebato las campanas; salieron los tambores tocando generala por las calles de la ciudad, que recorría un inmenso gentío, gritando: Viva Fernando VII, y muera Napoleon, y el ayudante de Bessieres: se arrestó á éste y al cónsul de Francia en aquel puerto con los demas de la misma nación que allí moraban. Sucedió esto el 26 de Mayo; y al día siguiente se nombró una junta, habiendo sido elegido su presidente el obispo de aquella diócesis D. Rafael Menendez Luarca, prelado de costumbres austeras, pero estravagante. Se comunicó rápidamente la insurrección á toda la montaña de Santander; se alistó la gente, y en poco tiempo, con las milicias de Larredo y otras partidas sueltas de tropa, se reunió una fuerza de 8.500 hombres, que se apostaron en las avenidas de aquellas montañas.

Las provincias mediterráneas no cedieron en lealtad á las litorales, aunque oprimidas por las fuerzas enemigas, ó espuestas á sus facilísimas incursiones por la llanura del terreno. Ya hemos referido lo que

sucedió en Segovia. En Logroño se alzó también el estandarte de la insurrección contra los franceses, pero estos acudieron sin tardanza desde Vitoria, y sin ningún trabajo deshicieron á los paisanos que los esperaban mal armados, y sin ninguna disciplina, y pasaron á algunos por las armas. Alborótese Valladolid, donde residía el capitán general de Castilla la Vieja D. Gregorio de la Cuesta, militar antiguo, de corazón duro, pero muy español. Pedía el pueblo á voces, enfrente de sus balcones, que se le armase y se declarase la guerra á Napoleón: trataba Cuesta de disuadirle de su temeraria demanda en atención á la proximidad de las tropas francesas, á la situación de la ciudad en medio de una vasta llanura, sin murallas, sin baluartes, sin tropa ni defensa de ninguna especie. Pero el pueblo, en Valladolid lo mismo que en todas partes, nada veía sino su dignidad ajada por los franceses. Insistió pues en su propósito: Cuesta no cedía: hasta que amostazado el pueblo, levantó el cadalso, y empezó á vociferar que miraría como una traición la ulterior resistencia del capitán general, y le ahorcaría sin remedio. Convino entonces el general, y se formó una junta provincial de armamento y defensa; y otras en cada una de las cabezas de provincias, como Avila, Salamanca y Zamora, de cuya plaza, así como de la de Ciudad-Rodrigo perteneciente á la provincia de Salamanca, se surtieron de armas y municiones los demás pueblos. También por desgracia, se cometieron excesos en Castilla, pues murió asesinado en Ciudad-Rodrigo su gobernador; en Palencia el director de la fábrica de ha-

rrinas de Monzon, y en Madrigal el corregidor y unos alguaciles, odiados él y ellos por su codicia; mas no quedaron impunes estos delitos que fueron castigados de muerte. Con pesar y repugnancia referimos estos desmanes; pero tenemos que vencernos, ya para la integridad de la historia, y ya para que se vea la sinrazón de los que empeñados en rebajar el mérito del levantamiento de los españoles, le pintan manchado con sangre bárbaramente derramada. Si se exceptúan las atrocidades de Valencia, que por cierto fueron bien pronto y con rigurosa mano castigadas, así como lo fueron también la mayor parte de los demás excesos, aun en medio de una revolución y trastorno total del orden civil, cuando pocas veces se reputan por delitos, ó pueden castigarse los ímpetus de un pueblo desencadenado; causa verdaderamente admiración que no se cometiesen demasías en mayor número, atendido el estado de las cosas en aquella época, cuando pudiendo emplear el pueblo su inmensa fuerza sin ningunas trabas ni impedimento, se veía mandado por autoridades á quienes aborrecía como criaturas de Godoy, y en muchas de las cuales, con justicia ó sin ella, sospechaba afición é inteligencia con los pérfidos invasores, objeto de su odio, execración y venganza. Si se recorre la historia de las revoluciones, difícilmente se hallará una en que, pesadas todas las circunstancias, se hayan cometido menos atentados que en la revolución española tan universal, tan profunda y corajuda.

Comprimida estaba la lealtad de Navarra y de las provincias Vascongadas; ocupadas las plazas de San

Sebastian y Pamplona, transitando diariamente tropas enemigas por el país, lindando este con Francia, y teniendo al frente en Castilla la Vieja el ejército francés. Mas no por eso dejaron de contribuir en cuanto lo permitía el estado de opresion en que se hallaban, á la libertad de la patria, que deseaban no menos que el resto de la nacion. No tardaremos en verlas dando pruebas prodigiosas de patriotismo y de valor: por ahora tenian que limitarse á procurar que se reuniese á los ejércitos nacionales la poca tropa española que habia quedado en aquellas provincias, á dar á las demas puntuales y oportunos avisos de los movimientos é intenciones de los enemigos; y á enviar por debajo de cuerda cuantos auxilios podian á los pueblos levantados, con otros servicios de igual naturaleza.

Para completar el cuadro de la insurreccion de la Península, referiremos sumariamente lo ocurrido en Portugal.

Heinos dicho que al subir al trono Fernando VII, habian recibido orden de regresar á Oporto las tropas españolas que por orden del príncipe de la Paz habian salido de aquella plaza para proteger el viaje de los reyes padres á Sevilla. El general Solano se mantuvo en la frontera de Estremadura hasta el mes de Mayo que pasó á Andalucía, pero retrocedieron á Setubal cuatro de los batallones que mandaba. Junot envió camino de Ciudad-Rodrigo 4.000 franceses, que se apoderaron del fuerte de la Concepcion, abandonado por los españoles, los cuales por su corto número no podian defenderle, y se retiraron á

Ciudad-Rodrigo. Envió á Andalucía otros cuatro mil, que intentaban pasar por el condado de Niebla; però levantado en masa aquel país, les infundió respeto, y no se atrevieron á pasar adelante.

Las tropas españolas que estaban en Oporto, invitadas por la junta de Galicia, pasaron á ese reino llevando prisioneros á los pocos franceses que allí habia, entre ellos el general Quesnel, á quien Junot habia dado el mando de aquella division española. La ciudad de Oporto quiso emanciparse del yugo francés, pero intimidada con la proximidad del enemigo, se sometió de nuevo á Junot. Hacia mediados de Junio se insurreccionaron los pueblos de la provincia de Tras-los-Montes y entre Duero y Miño, con lo que Oporto se declaró definitivamente contra los franceses; y la insurreccion se estendió á la provincia de la Beira. En Oporto se formó una junta á cuya autoridad se semotió todo el norte de Portugal.

Luego que supo Junot en Lisboa la salida de las tropas españolas de Oporto para Galicia, temiendo una sublevacion en las que conservaba bajo su inmediato mando, que andaban tan inquietas é irritadas contra los franceses como en todas partes los españoles, meditó cómo desarmarlas antes que llegasen á su noticia los sucesos de Oporto. Logró en parte su intento con engaños y palabras fingidas; pero todavía lograron venir á España muchos oficiales sueltos, el marqués de Malespina al frente del regimiento de dragones de la Reina, casi todos los soldados de caballería del regimiento María Luisa, y muchos de infantería, especialmente de los cuerpos de Murcia y

de Valencia que trajeron consigo una bandera. Los persiguieron en su marcha los franceses, pero fueron rechazados por los nuestros.

Se insurreccionaron en seguida los Algarbes y toda la parte meridional de Portugal: se formó una junta en Furo donde estaba enfermo el general francés Maurin que, hecho prisionero con otros pocos de su nacion, fué entregado con ellos á los ingleses que cruzaban por aquellas aguas. Por fin, el levantamiento en Portugal se hizo general, lo mismo que en España, en todos los pueblos que no oprimia la planta de los franceses. Con lo que se completó el grandioso cuadro que presenta una vasta y pacífica Península, puesta toda en armas de repente y como por encanto; desafiando un pueblo olvidado, como cosa de nonada, por las potencias europeas, al poder colosal, que habia dado la ley á todas ellas.

Barrota

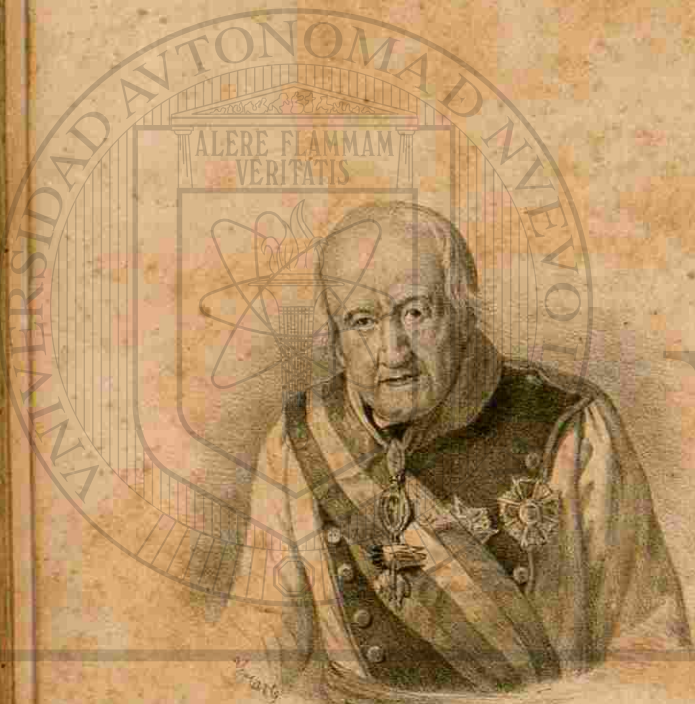
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





GASTAÑOS VENCEDOR DE BAYLEN

DIRECCION GENERAL DE

CAPÍTULO IV.

Junta de Gobierno en Madrid.—Obispo de Orense.—Junta de Bayona.—José Bonaparte proclamado rey de España por Napoleon.—Constitucion de Bayona.—Guerra en las provincias.—Santander.—Batalla de Cabezon.—Aragon.—Cataluña.—Gerona.—Accion del Bruch.—Dupont en Andalucía.—Entra José en Madrid.—Su retrato.—Galicia.—Desgracia de Filangieri.—Castilla.—Batalla de Rioscco.—Batalla de Bailen.—Sale José de Madrid.—Retiranse los franceses al Ebro.

LA junta de gobierno de Madrid, habiendo pasado ya de la debilidad á la apostasía, trataba por medio de sus emisarios y confidentes, exhortaciones y proclamas, de extinguir el incendio que con rapidez se iba propagando por todo el reino. El miedo habia de tal manera cegado el entendimiento de aquellos gobernantes, que ya no veian lo que todo el mundo estaba viendo, y lo que no podia menos de suceder. El pueblo, la nacion toda, inflexible en su resolucion igualmente que inmóvil en el principio de donde procedia, se exacerbaba mas y mas con la pretension de contrariarla.

Una de las providencias que tomó la junta fué enviar á Zaragoza al marqués de Lazan, hermano mayor de Palafox, para tratar de reducirle á que desistiese de su empeño; pero el noble y leal marqués se unió cordialmente con su valiente hermano, y partió con él en lo sucesivo los afanes y trabajos de la guerra.

Nada aprovechaban á la junta de Madrid todas sus diligencias; pero tenia gran confianza en los resultados de la reunion convocada para Bayona, figurándose gratuitamente que acallarian el grito de la nacion. Así, no dejó piedra por mover para que concuriesen á aquella ciudad los sugetos designados. Pero de estos se fugaban unos, se escusaban otros, y alguno hubo que se opuso con valentía y sin rebozo á quanto se habia hecho y pensaba hacer por el emperador Napoleon respecto de España, y de su dinastía. Fué éste el reverendo obispo de Orense. Contestó este prelado á la carta convocatoria de la junta de Madrid, "haciéndola presente, y por ella al mismo emperador, rey de Italia," tantas verdades y de tal naturaleza, que seguramente no las habia oido de boca de nadie el ensoberbecido emperador. "Las renunciaciones de los reyes en Bayona, decia entre otras muchas cosas, y las de los infantes en Burdeos, en donde se cree que no podian ser libres, en donde se han contemplado rodeados de la fuerza y del artificio estas renunciaciones que no pueden concebirse, ni parecen posibles estas renunciaciones que se han hecho sospechosas á toda la nacion, y de las que pende toda la autoridad de que justamente pueda hacer

uso el emperador y rey, exigen para su validacion y firmeza, y á lo menos para la satisfaccion de toda la monarquía española, que se ratifiquen estando los reyes é infantes que las han hecho, libres de toda coaccion y temor:" añadiendo que el emperador debia "devolver á la España sus augustos monarcas y familia, disponer que dentro de su seno y en unas córtes generales del reino hiciesen lo que libremente quisiesen, y la nacion misma, con la independencia y soberanía que la compete, procediese en consecuencia á reconocer por su legítimo rey al que la naturaleza, el derecho y las circunstancias llamasen al trono español. De este modo, decia, podrá tributar la España el mas sincero reconocimiento al emperador, mirándole como á su salvador y verdadero protector. Mas por ahora, proseguia, la España no puede menos de mirarle bajo otro aspecto muy diferente: se entreve, si no se descubre, un opresor de sus príncipes y de ella; se mira como encadenada y esclava cuando se la ofrecen felicidades: obra, aun mas que del artificio, de la violencia, y de un ejército numeroso que ha sido admitido como amigo, ó por la indiscrecion y timidez, ó acaso por una vil traicion, que sirve á dar una autoridad que no es fácil estimar legítima." Por este estilo son todas las reflexiones que hace en tan memorable carta.

Manifestando tanta repugnancia en acudir á Bayona los llamados, no se habian reunido todavía mas que 30 de los 150 convocados, el 15 de Junio, dia señalado para la apertura de las sesiones. Mientras que acababan de reunirse todos, dirigieron por mandato de Na-

pooleon los que ya se hallaban en la ciudad una proclama á los habitantes de Zaragoza, escitándoles á la quietud y obediencia, y aun enviaron comisionados para este fin; pero tuvieron que volverse sin haber podido entrar en Zaragoza. Tambien envió Napoleón emisarios á las posesiones de América para prevenir en su favor á los americanos. Vana diligencia: aquellos habitantes, aunque tan apartados, no estaban menos dispuestos á rechazar la dominacion francesa que sus hermanos de Europa.

El día 6 de Junio espidió Napoleón un decreto en que proclamaba rey de España y de las Indias á su hermano José, rey de Nápoles, hecho tambien por él, despojado que hubo de la corona al que legítimamente se la ceñia. Llegó José á Bayona el día 7 al anochecer. Reunidos aquella misma noche por órden del emperador los españoles, formaron cuatro diputaciones: por la grandeza, por el consejo de Castilla, por los otros consejos, y por el ejército. Estendió cada una por escrito su congratulacion á José, presentándola primero á Napoleón para su aprobacion. No anduvo esplicito el Consejo de Castilla en su felicitacion: tampoco los grandes, que despues de un cumplimiento de fórmula, concluian diciendo á José que las leyes de España no les permitian ofrecerle otra cosa. Se enfureció al leer esta esposicion el emperador, y dirigiéndose con ira al duque del Infantado que iba á la cabeza de la diputacion de la grandeza, le habló destempladamente y le amenazó. Con este motivo se dijo por aquellos dias en, España que el duque del Infantado se habia opuesto con ros-

tro firme á las pretensiones de Napoleón. No fué así: el duque se acobardó y guardó silencio: se varió la primera felicitacion, y los grandes reconocieron á José por rey de España. Sin embargo, estas voces, aunque increíbles, atendido el carácter y la posicion, tanto del duque como del emperador, las creia el pueblo, y con ellas se alegraba y alentaba.

El día 8 todavía era muy reducido el número de los españoles que habian concurrido á la junta. Los que habia, dirigieron con aquella fecha otra proclama á los españoles exhortándolos á la paz. Les decian en ella que nadie desconocia su valor, pero que el empeño de resistir á la inmensa fuerza del emperador de los franceses, no podia menos de producir un sinnúmero de males y desastres á la nacion. Aceptó José el día 10 la corona, confirmó á Murat en el cargo de lugarteniente del reino, y dirigió un decreto al consejo para que lo publicase, en el cual manifestaba cómo pensaba gobernar. "Para el bien de España, decía, y no para el nuestro, nos proponemos reinar. Hacer el bien público con el menor perjuicio posible de los intereses particulares, será el espíritu de nuestra conducta."

Don Miguel de Azanza, uno de los individuos de la junta de gobierno de Madrid, el cual se hallaba en Bayona, y habia abrazado ya decididamente el partido del supuesto rey José, fué designado por Napoleón para presidir la reunion de Bayona; y para secretarios D. Antonio Ranz Romanillos, y D. Mariano Luis de Urquijo, que tambien se adhirió al rey intruso. Mas, aunque se acercaba el día 15 de Junio

en que debía abrir sus sesiones aquel simulacro de congreso, era todavía muy corto el número de sus individuos, concurriendo poquísimos de su voluntad, y sí obligados casi todos por la fuerza. Abrióse por fin las sesiones el día señalado, y ocupados los primeros días en formalidades de estilo, se presentó el día 20 el proyecto de una constitucion para la España, que á este fin habia entregado Napoleon al presidente de la junta. Se habló acerca de ella en la junta mas bien que se discutió, y al mismo tiempo se tocaron otros puntos de poca importancia. Concluidas las sesiones, firmaron la constitucion, la aceptaron y juraron los diputados en número de 91 que eran los que habian concurrido de los 150 convocados, y solo como unos 20 nombrados, aunque de miedo, por las provincias, conducidos los demas á la fuerza, ó individuos de la comitiva del rey Fernando. Se obligó tambien á firmarla á varios españoles que se hallaban accidentalmente en Bayona, y ni aun así pudo completarse el número de los 150.

No es de nuestra incumbencia examinar aquella constitucion; y solo diremos de paso, que aunque contenia algunos artículos dirigidos á la pública utilidad, adolecia de vicios muy sustanciales, siendo el mas principal el no oponer ningún contrapeso á la arbitrariedad del poder, el cual tenia en su mano desatenderla é inutilizarla. Ciertamente, con esta facilidad, de pocos reyes se podia esperar la generosidad de conservarla y sostenerla. De todos modos, la tal constitucion, ignorada por la generalidad de los españoles, pasó inapercibida donde de ella se tenia

noticia, ocupados todos los ánimos en preparativos de guerra, ó bien fué un objeto de escarnio y de chacota.

Jurada por José y los diputados la constitucion, se presentó la junta á cumplimentar al emperador en su palacio. Le arengó el presidente; la respuesta duró tres cuartos de hora. El poderoso emperador, temido y acatado en todo el continente, no estaba acostumbrado al espectáculo que le presentaba la dignidad é hidalguía castellana. Estaba desasosegado su corazon, y herido su orgullo en lo mas sensible. Así sus miradas fueron de sobresalto y amenazadoras; su discurso fatigoso, entrecortado é incoherente, sin ninguno de aquellos rasgos que le distinguian en sus dichos y proclamas. Confusos quedaron sus cortesanos; y con ideas no muy favorables del tan ponderado emperador los diputados españoles á quienes despidió mohino é impacientado.

José Bonaparte, creyéndose ya rey de España, y reconocido como tal por Fernando VII, por los infantes D. Carlos y D. Antonio con toda su comitiva y servidumbre, formó su ministerio del modo siguiente: Secretario de estado, á quien por la Constitucion de Bayona correspondia refrendar todos los decretos, D. Mariano Luis Urquijo: de negocios estranjeros, D. Pedro Cevallos: de hacienda, el conde de Cabarrús: de guerra, D. Gonzalo Ofarril: de Gracia y justicia, D. Sebastian Piñuela: de marina, D. José Mazarredo, y de Indias D. Miguel de Azanza. Nombró tambien para el ministerio del interior al distinguido D. Gaspar Melchor de Jovellanos, eficazísimamente busca-

do y lisonjeado por los demas ministros, por Murat, y por el mismo José; pero aquel sabio patriota se negó constantemente á tantas gestiones y promesas, respondiendo con decoro y valentía, "que aunque fuese tan desesperada, como ellos pintaban, la causa de la patria, seria siempre la causa del honor y de la lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir un buen español." Le reemplazó mas adelante en el ministerio á que se le destinaba D. Pablo Arribas. Proveyó tambien José los empleos de palacio casi solamente en españoles, siendo muy contados los franceses que le acompañaron á España, en cuyo territorio entró el día 9 de Julio.

Mientras estas cosas estaban pasando en Bayona, las provincias de España, que se cuidaban bien poco de la farsa que en aquella ciudad se representaba, habian empezado ya á demostrar con las armas en la mano la seriedad de su resolucion. Emprendieron los franceses acometer á Santander, para lo cual salieron de Burgos el día 2 de Junio seis batallones con doscientos caballos, pero retrocedieron desde el camino con la noticia de la insurreccion de Valladolid, que se propagó hasta muy cerca de Burgos, para unirse con otros cuatro batallones, y setecientos caballos, que caminaban hácia Valladolid al mando del general Lasalle. Al acercarse este general á Torquemada, halló interceptado el paso del puente con carros y cadenas, y defendido por algunos vecinos, que empezaron á hacer fuego con poco acierto á los franceses, los cuales sin gran trabajo desembarazaron el puente, persiguieron y mataron á muchos de los que

le defendian, entraron en el pueblo, lo saquearon y quemaron, y cometieron todo género de crueldades con los vecinos sin respetar sexo ni edad. Al día siguiente entraron en Palencia, habiéndola abandonado los mozos que se habian reunido con algunos soldados sueltos y retirándose hácia Leon. Salió el obispo á recibir al general enemigo, á quien se dijo que habia conocido en Bolonia, cuando seguia en aquella universidad sus estudios, y pudo aplacar su enojo, si bien no se libró la ciudad de una crecida contribucion. Habiendo salido Lasalle para Valladolid, y habiéndose incorporado con su tropa la que venia de hácia Santander, emprendió su marcha contra el general Cuesta, que con su gente se habia apostado en Cabezón, á dos leguas de Valladolid. No tenia Cuesta mas soldados que trescientos hombres de caballería, doscientos del regimiento de la Reina y cien guardias de corps; ninguno de infantería, solo cinco mil paisanos mal armados: llevaba tambien cuatro cañones. Acometieron los franceses el día doce por la mañana. Atendida la superioridad en fuerza, y mas que todo en disciplina y táctica militar, no era de esperar un resultado favorable á los españoles, por muy buenas que hubieran sido las disposiciones del general, pero la opinion las ha reputado por desacertadas. El hecho fué que al poco tiempo de haberse empezado el choque, se desordenaron y desbandaron los nuestros, pereciendo bastantes en la persecucion de los franceses. El general Cuesta se retiró con la caballería camino de Benavente. Entraron los franceses en Valladolid, y despues de haber impuesto una contribu-

cion á la ciudad, salieron el 16 para Santander, donde entraron el 23, no sin haber experimentado resistencia en las montañas, bien que los españoles, como paisanos, no hubiesen hecho toda la que proporcionan al arte de la guerra aquellas escabrosidades.

Por la parte de Aragon se aproximaron los franceses á Zaragoza viniendo de Navarra, despues de haber tenido dos reencuentros, uno con el marqués de Lazan en Mallen, y otro con su hermano el general Palafox en Alagon. En ambos quedaron victoriosos los enemigos, por habérselas solo con reclutas, sin instruccion militar, no superiores en número, ni fogueados todavía.

En Cataluña habian salido el día 4 de Junio de Barcelona 4.200 hombres para reforzar á Moncey en tierra de Valencia; y con direccion á Zaragoza cerca de otros 4.000, que al paso debian castigar á los habitantes de Manresa, por haberse declarado abiertamente contra los invasores. Súpose en el país este movimiento del enemigo; juntáronse los somatenes de Manresa y de Igualada, acometieron á los franceses en las alturas del Bruch; y aunque perseguidos por los enemigos, se retiraron, reforzados luego con el somaten de San Pedro, y volvieron á acometer con tanto brío, que los franceses se vieron precisados á retroceder con ánimo de restituirse á Barcelona. En el camino seguian acosándolos los somatenes; y al entrar en Esparraguera casi de noche, se encontraron en medio de la calle que la atraviesa, detenidos por los tropiezos con que habian cortado el paso los habitantes, los cuales al mismo tiempo les hacian fuego por

todas partes, y les arrojaban piedras, tejas, ladrillos y cuanto á mano tenian. Volvieron atrás los franceses y apresuraron el paso, andando toda la noche perseguidos siempre por los somatenes, que se apoderaron de un cañon. Entraron por fin en Barcelona escarmentados y humillados, y con pérdida no pequeña.

La actitud de los catalanes infundió respeto á Duhesme, que ya no pensó en nuevas expediciones, y trató solamente de tener asegurada la comunicacion con Francia.

La columna que caminaba hácia Valencia á las órdenes del general Chabran, entró el día 7 en Tarragona, donde se hallaba de guarnicion el regimiento suizo de Wimpffen, que hacia tiempo servia al Gobierno de España, y supo comportarse con la mayor prudencia, de modo que ninguna desconfianza concibieron los franceses, conservándose así íntegro un cuerpo, que despues prestó servicios importantes á la causa de España. Asustado Duhesme, como hemos dicho, habia mandado á Chabran restituirse á Barcelona. Salió pues de Tarragona el día 9. Opusieronseles en el camino los somatenes, los cuales sostenidos por 300 suizos que iban á Tarragona, detuvieron largo rato en Arbos al enemigo, peleando con grande ánimo, si bien tuvieron que retirarse abandonando los cañones que llevaban. Entraron los franceses en Arbos, donde hicieron muchas muertes y cometieron otros escesos; y lo mismo despues en Villafranca de Panadés, saqueando el pueblo é incendiando varias casas y edificios. Con noticia de estos tro-

piezos que hallaba Chabran en su retirada, salió á su encuentro Duhesme de Barcelona, donde entraron juntos el día 12.

Reunidas en Barcelona las dos columnas que acababan de regresar, determinó Duhesme que volviesen á salir juntas, con el fin de castigar á Manresa; lo que juzgaba fácil de conseguir, y no por eso distraía sus fuerzas á gran distancia de la capital. Tomaron pues las dos columnas la via de Manresa, y en el camino cometieron mil tropelías, especialmente en Martorell y Esparraguera, que se hallaban desprevenidas. No se intimidaron los manresanos; antes bien fortificado con prevencion el punto del Bruch, donde habian escarmentado á los enemigos, trataron de defenderle, ayudados del paisanaje de la comarca, de algunos soldados que fugados de Barcelona se les habian reunido, cuatro compañías de voluntarios de Lérida, donde residia la junta, y cuatro piezas de artillería. Acomitiéronles los franceses el día 14 con 8.000 hombres de que constaban las dos columnas, fuerza doble de las que contaban los somatenes. Empeñándose en hacerse dueños de la posicion, repitieron varias veces sus acometidas; pero fueron siempre valerosamente rechazados. Por fin, viendo que no podian desalojar á los nuestros, se retiraron con pérdida de 500 hombres y parte de su artillería, y entraron llenos de confusion en Barcelona.

Duhesme, que habia enviado las dos expediciones por orden de Napoleon, viendo que no podia cumplirla, se limitó, como hemos dicho ya, á mantener espedita la comunicacion con Francia, y se puso en

marcha por el camino de Hostalrich con fuerzas respetables. Hiciéronle frente los somatenes en la cuesta de Mongat; flanquearon los franceses la posicion, y se dispersaron los paisanos, cometiendo en seguida mil atrocidades los franceses. Lo mismo hicieron en Mataró, cuyos habitantes los recibieron á metralla. Desbandáronse pronto, y los enemigos entraron en la ciudad industriosa y rica, donde ademas de un inmenso pillaje, asesinaron muchos habitantes, forzaron un gran número de mujeres de todas edades, y cometieron todo género de escesos, no solo los soldados desenfrenados, sino hasta los mismos generales. Las niñas y las ancianas, como igualmente las jóvenes, no habian disparado la artillería; pero los franceses habian formado un derecho de la guerra para sí solos.

Siguieron al otro día su marcha con direccion á Gerona: el pillaje y los estragos, la desolacion y la muerte marcaban los pasos de aquella tropa; soldados de una nacion que blasonaba ser la mas civilizada del universo. Padedieron infinito los pueblos del tránsito, y dichosos los habitantes que podian huir y esconderse con tiempo. Nada remediaba Duhesme, ó porque no podia, ó no queria, y seguia pasivamente su marcha para Gerona, á cuya vista se presentó el día 20. Trescientos hombres nada mas del regimiento de Ultonia y algunos artilleros guarnecian la plaza; pero el vecindario suplió la falta de soldados: nobles y plebeyos, seglares y eclesiásticos, jóvenes y ancianos, todos tomaron las armas y defendieron con valor los puestos en que fueron colocados.

Al presentarse los enemigos, fueron saludados á cañonazos, é incómodados se replegaron á las aldeas vecinas, que saquearon y quemaron, degollando á sus habitantes. Esto fué por la mañana; por la tarde volvieron á presentarse, y acometieron tres veces con empeño por tres puntos distintos: siempre fueron rechazados con mucha pérdida, y llegó la noche, que suspendió sus ataques. Era una noche muy oscura, y aproximándose con mucho silencio á la muralla, empezó un combate sangriento con los sitiados, que los sintieron cuando ya estaban cerca de los muros. Escalaron algunos la muralla; pero fueron derribados, arrastrando á los que les seguían por las escalas. No por eso cesaba el fuego, hasta que muertos y heridos considerable número de sitiadores, suspendieron estos su acometida. La renovaron á media noche; pero quedaron igualmente escarmentados, y al día siguiente, 21 por la mañana, despues de haber perdido 700 hombres, emprendieron su retirada por el camino de Barcelona, devastando el país por donde pasaban, bien que los somatenes les hacían pagar en parte sus iniquidades; pues habiendo quedado parte del ejército en Mataró, salieron 3.500 hombres á buscar víveres, y fueron denodadamente acometidos por los paisanos en varios puntos, haciéndoles últimamente huir y apoderándose de su artillería. Duhesme entró en Barcelona con el resto de sus tropas, nada satisfecho de su expedición, y á poco tiempo tuvo que mandar fuerzas de nuevo contra los somatenes de la parte de Lérida, que le cortaban las comunicaciones, é incomodaban sin cesar á sus tropas. Los ahuyen-

tó el general Lechi, cometiendo escesos y atrocidades que dejaban atrás á las de sus dignos compañeros: mas no por eso se arredraban los catalanes; pues aunque dispersos por entonces, no tardaron mucho en volverse á presentar llegando hasta las inmediaciones de Barcelona.

Todas estas operaciones de los franceses en Castilla, Aragon y Cataluña procedían de órdenes inmediatas de Napoleon. Murat, desde Madrid, las daba por lo respectivo á las demas provincias. Hemos visto ya el resultado que tuvieron en Asturias y en Valencia. El estado de Andalucía le indujo tambien á querer dominar con tiempo aquella hermosa parte de nuestra Península. Con este fin dió orden al general Dupont para marchar con unos 10.000 hombres, nada menos que á Cádiz, y este general anunció al ministro de la guerra de Francia el día que debía entrar en aquella fuerte, hermosa y opulenta plaza: tan desatinados andaban los franceses, deslumbrados con los triunfos que habían conseguido en toda la Europa. Más prudente hubiera sido haberse detenido á considerar que todavía les faltaba pelear con españoles; así no hubieran errado tan torpemente, ni se hubieran espuesto á desengaños y penosas humillaciones.

Salió Dupont de Toledo, donde se hallaba, el día 24 de Mayo. Nada de particular le ocurrió en el camino hasta Sierra Morena: solo advertía fermentación y despego en los naturales del tránsito. Mas al entrar en la Carolina, le inquietó el verla abandonada de sus habitantes, y mucho mas la noticia que tu-

vo en Andújar del alzamiento de Sevilla. Siguió no obstante su marcha, y llegó al romper el día 7 de Junio al puente de Alcolea, donde le detuvieron los españoles que le ocupaban, mandados por el oficial D. Pedro de Echávarri. Estaba defendido por doce piezas de artillería y tres mil hombres de tropa con mayor número de paisanos. Acometió dos veces la caballería francesa á la nuestra que se habia situado á la izquierda del rio, y aunque no pudo desbaratarla, logró contenerla para que no impidiese á su infantería acometer el puente. Le acometió con resolución; pero la batería que habian levantado los españoles, sostenida por alguna tropa mandada por Lasala, oficial valiente, detuvo por algun tiempo el ímpetu y arrojo de los franceses. Desgraciadamente la batería, levantada de prisa y no concluida todavía, no se prestaba á una defensa en regla: por otra parte, los paisanos que por la vez primera se hallaban en una funcion tan seria de guerra, desampararon la tropa, y los franceses pudieron escalar la fortificacion. Nuestra caballería acometió entonces á la enemiga, por lo que Dupont se vió precisado á enviar en su auxilio una brigada, y no pudo seguir el alcance de los españoles, que se retiraron sin desórden, salvando la artillería, escepto un cañon, cuya cureña se habia inutilizado. Dos horas duró el combate, en el que perdieron 200 hombres los franceses, y otros tantos los españoles. Echávarri no se detuvo en Córdoba, teniendo por imposible su defensa.

A las tres de la tarde de aquel mismo dia se presentaron los franceses delante de la ciudad, cuyos habi-

tantes pidieron capitulacion, y mientras sobre ella se conferenciaba, á pretesto de algunos tiros que se dispararon de la muralla, tal vez casualmente, entraron estrepitosamente los franceses en la ciudad, acuchillando á cuantas personas encontraban. Siguióse un saqueo general, en que no se respetó ni las iglesias, ni la pobre habitacion del jornalero: acompañaron al pillaje las violencias de costumbre con las mujeres, convirtiendo los templos en burdeles. Esta era cabalmente la idea que los españoles habian formado de los franceses cuando asombraban á la Europa con las relaciones de sus victorias: si era un concepto equivocado, muy mal hicieron en hacérselo mirar como verdadero con su infame conducta. Los resultados debieron de hacerles conocer su desacierto, pero tarde. Inmenso fué el saqueo de Córdoba: solo de la tesorería y consolidacion sacó Dupont mas de 10.000,000 de reales: no sabemos lo que se llevaria de otros depósitos públicos: es incalculable el valor de los despojos de la catedral y demas templos; y nadie es capaz de saber á cuánto ascendió lo que robaron en las casas y edificios, ademas de las fuertes contribuciones que impusieron despues á la ciudad, no saciada todavía su codicia con tan cuantioso botin. ¡Qué militares tan pundonorosos! ¡Qué vencedores tan generosos!

No las tenia todas consigo el general Dupont en medio de su tan pingüe como bárbara victoria. Se hallaba en un país todo levantado contra él: veia cortadas de todo punto sus comunicaciones con la corte: los paisanos se apoderaban de los convoyes y

perseguián á sus soldados en todas direcciones: en Andújar, á su retaguardia, y no muy lejos de su residencia, hicieron prisionero á un destacamento francés, matando al comandante con tres soldados de su guardia que intentaron resistirse: mas atras, en Santa Cruz de Mudela, se apoderaron de un depósito de víveres que habia dejado en aquella villa, matando á varios de los soldados que la guarnecian, y haciendo prisioneros otros: los restantes se quisieron refugiar en Valdepeñas, pero se opusieron á su entrada los vecinos, y tuvieron que caminar por fuera del pueblo. Reforzados despues, volvieron contra la villa. Tiene esta una calle de cerca de un cuarto de legua, la cual cubrieron de arena los habitantes, sembrando debajo clavos y otros hierros puntiagudos; atravesaron tambien la calle con maromas que ataron á las rejas de las casas, cuyas puertas atrancaron con cuanto pudieron, y entorpecieron las bocacalles que desembocaban en la calle principal. Entró una descubierta, y tropezando y cayendo á cada paso los caballos, arrojaban en tierra los ginetes: entonces llovian sobre ellos cantos, tejos, ladrillos y balazos, agua y aceite hirviendo, tablas, maderos y cuanto tenian á mano los vecinos con que poder ofenderles. Entró mas caballería á proteger á los soldados de la descubierta, y les sucedió lo mismo. Los franceses entonces pusieron fuego á las casas por los costados del pueblo, degollando á cuantos encontraban en ellas, en las cuevas y el campo: se abrasaron mas de ochenta casas. Viendo este destrozo, algunos vecinos principales con el alcalde mayor, se avistaron con el general

enemigo, el cual contando ya muertos mas de ciento de los suyos, fácilmente convino en las proposiciones que le hicieron, y cesó la contienda; pero no juzgó prudente pasar adelante, y se retiró á Madridejos.

Angustiado Dupont, se retiró de Córdoba y se situó en Andújar. Desde allí envió parte de sus tropas á Jaen, donde entraron sin la menor resistencia, y sin embargo renovaron todas las crueldades, sacrilegios, forzamientos y pillaje de Córdoba y otros puntos, degollando niños y ancianos, y martirizando ferozmente á varios religiosos enfermos. Repugna el contar tantas atrocidades. Por fortuna esta fué la última que pudieron cometer los franceses en Andalucía. La Providencia quiso poner un término á los horrores de los vándalos en los campos de Bailen.

En Castilla la Vieja, el general Cuesta, á quien dejamos camino de Benavente en el reino de Leon, habia llegado á aquella villa, donde recogió los dispersos de la batalla de Cabezon; y con ellos y con el cuerpo de escolares de Leon, los mozos que seguian alistándose en la provincia, un batallon de reclutas asturianos, la caballería que se habia hallado en Cabezon, y los carabineros que dijimos habian ido á Asturias, formaba un pequeño y nada disciplinado ejército. Por esta razon pidió á las juntas de Galicia y Asturias, que bajasen á incorporarse con él las tropas de aquellas dos provincias. Resintiéronse las dos juntas de la demanda de Cuesta, teniendo por desacertado que una gente bisona bajase á las llanuras á batirse con tropas bien disciplinadas y aguerridas, provistas tambien de numerosa y brillante caba-

llería de que carecían los nuestros; cuando podía irse adiestrando y fogueando, sin peligro de ser atacada, en los puertos y breñas que dividen á Galicia y Asturias del reino de Leon. La junta del principado convino sin embargo en que se quedase en el ejército de Cuesta el batallón de Asturianos que ya se le habia incorporado, y que otro bajase á Leon. La junta de Galicia hubo de condescender con los deseos del general Cuesta, impelida de un suceso trágico ocurrido en su ejército. Habia nombrado para mandarle á D. Antonio Filangieri, varon prudente y recomendable, quien condujo las tropas que habia en la Coruña, compuestas en mucha parte de los nuevos alistados, á las montañas contiguas del Vierzo, con el objeto de organizarlas y disciplinarlas, y guardar al mismo tiempo las entradas de Galicia. Gozaba de poca salud; por esta razon y porque como extranjero no era muy bien mirado por todos, le habia mandado la junta regresar á la Coruña, dando el mando del ejército á D. Joaquín Blake, quien se encargó de él el 21 de Junio. El 24, algunos soldados de Navarra, resentidos sin duda de que el general Filangieri hubiese hecho salir su regimiento al Ferrol desde la Coruña cuando el levantamiento de esta ciudad, le asesinaron vilmente en las calles de Villafranca del Vierzo, quedando por entonces impunes los asesinos, si bien con el tiempo pagaron debidamente su delito. Aterrada la junta de Galicia con este crimen, que como todos los de aquel tiempo tenia su origen en la suposicion ó pretesto de infidelidad, cuidadosa de evitar aquella infausta nota, en que temia incurrir si no

permitía que avanzasen las tropas, como lo pedia generalmente el pueblo que tanto deseaba destruir á los franceses, dió orden á Blake para que se incorporase con Cuesta en los llanos de Castilla. Contaba el ejército de Blake 27.000 hombres de infantería; muy pocos caballos, pues no pasaban de 150, y mas de treinta piezas de artillería de campaña. De este número dejó 1.000 hombres en la Puebla de Sanabria y 6.000 en Manzanal, y con el resto pasó á Benavente donde se unió con Cuesta, que reunia 7.000 hombres de infantería y poco mas de 300 caballos. Blake dejó en Benavente unos 5.000 hombres, y con el resto, que en su totalidad ascenderia á unos 22.000 hombres, salieron los dos generales camino de Rioseco. Habia en el ejército considerable número de reclutas, muchos de ellos todavía sin uniformar, y apenas se contaban 500 caballos. Fué grande imprudencia aventurar un trance en la llanura con tales elementos. Pero Cuesta, que como general mas antiguo habia tomado el mando, se empeñó en salir á buscar á los franceses, y por desgracia su resolucion era del gusto del soldado. No rehusaban el combate los enemigos, y el 9 de Julio salió de Burgos el general Bessieres con 12.000 infantes, y mas de 1.500 caballos. El dia 14 se avistaron las avanzadas de los dos ejércitos en el pueblo de Palacios, á legua y media de Rioseco. Blake tomó posicion junto á Rioseco en un otero en los campos de Monclin. Detras de él se colocó Cuesta, mediando una distancia bastante grande entre los dos cuerpos de tropas. Causó admiracion á los franceses tan irregular colocacion,

que les presentaba la facilidad de acometer separadamente á los dos trozos del ejército. No entramos nosotros á investigar la causa de aquel yerro: ora impericia, ora culpa de los dos generales por sus celos y deseo de llevarse cada uno la gloria del vencimiento, el hecho fué que los enemigos consiguieron fácilmente una victoria, que á pesar de su pericia debía costarles mucho trabajo, atendido el número, valor personal y entusiasmo de los españoles, si bien bisonos y faltos de caballería.

Acometieron los franceses la posicion de Blake, que defendieron con valor nuestros soldados, aun los nuevos, por algun tiempo; pero reiterando sus acometimientos los franceses, empezaron á desordenarse. Otro cuerpo enemigo trataba de situarse entre Blake y Cuesta: le acometieron con la mayor intrepidez los guardias de corps y los carabineros reales, y le desconcertaron: acudió entonces su caballería, y la nuestra se amparó de la infantería. Embistió en seguida una division de Galicia que mandaba Cuesta, y fueron arrollados los enemigos, perdiendo cuatro cañones. Empero se aumentaba la confusion y el desaliento en el trozo que mandaba Blake, y no dando ya cuidado á los enemigos que le combatian, se dirigieron estos contra aquella division y la desordenaron. Acometieron entonces los enemigos con grande ímpetu por todas partes; la derrota se hizo general, y los dos generales se retiraron hácia Villalpando con el ejército así desordenado y disperso. Perdimos en la jornada 4.000 hombres, muertos, heridos, prisioneros ó estraviados. Murieron el valiente con-

de de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza, que mandaba la vanguardia, y los ayudantes mayores de carabineros Escobedo y Chaperon, despues de haber causado grande estrago en los enemigos. Estos por su parte tuvieron 300 muertos y mas de 700 heridos.

Entraron los franceses en Rioseco, sin la menor oposicion por parte de sus vecinos, y sin embargo cometieron en la ciudad los mayores escesos. La saquearon completamente; mataron á cuantos encontraron, sin distincion de edad, de sexo ni estado: quemaron mas de cuarenta casas, destruyeron fábricas, destrozaron templos y conventos, forzaron mujeres, y algunas delante de sus padres y maridos: arrastraron otras al campamento, donde tan brutalmente las oprimieron, que algunas perdieron allí mismo la vida: convirtieron la iglesia de Santa Cruz en un lugar de abominacion, y en ella, ¡sacrílegos! cebaron su apetito bestial hasta con muchas monjas, tanto jóvenes como ancianas. Demasías atroces é impías, que no puede autorizar el derecho aun de la guerra mas justa; y ¡qué será cuando se hace la guerra sin ningun derecho?

Avanzó Bessieres á Benavente, y desde allí se dirigió á Leon por la izquierda del Ezla. Cuesta, que habia entrado en esta última ciudad, se retiró hácia Salamanca. Blake se guareció de las montañas.

Cuando se daba la batalla de Rioseco, José Bonaparte, que como dijimos, pisó el territorio español el dia 9 de Julio, caminaba poco á poco hácia la capital del reino, receloso de algun contratiempo en la

lucha empezada contra los franceses; pero supo en Burgos el día 16 de Julio el éxito de la batalla de Rioseco, y ya siguió su camino con menos cuidado. Era en todos los pueblos por donde pasaba, un objeto de odio y de irrisión. El día 20 por la tarde entró en Madrid, donde no se puede decir que fué recibido, ni bien, ni mal por los habitantes, porque nadie ó casi nadie salió de su casa, ni aun á los balcones, para verle. Se mandaron colgar las casas, y casi ningun vecino lo hizo: se mandaron tocar las campanas, y tocaban á muerto. ¡Singular recibimiento de un rey! Por lo demas, José tenia buena presencia, agradable fisonomía y apacible continente. Era bastante instruido, y hombre de Estado formado en los diferentes cargos que desempeñó durante la revolucion francesa. En Nápoles habia gobernado bien; y si hubiera nacido bajo el solio de las Españas, era de esperar que hubiera promovido la felicidad de los españoles. Tenia el año de 8 cuarenta años, y habia nacido en Córcega lo mismo que su hermano.

Fué proclamado José el día 25 de Julio, recibiendo de las autoridades el juramento de fidelidad y aceptacion de la Constitucion de Bayona. Resistióse la Sala de Alcaldes, y el consejo de Castilla, aunque tímida, ambígua y embozada fué su conducta en aquellas circunstancias, lo mismo que desde el principio de las novedades en el mes de Marzo. Así fué censurado generalmente, lo cual dió lugar á que tratase de sincerarse en varios escritos que publicó.

Duraban las contestaciones del consejo con el go-

bierno intruso sobre reconocer á José, y aceptar la Constitucion, cuando el día 29 llegó á Madrid la noticia de la capitulacion hecha en Andújar el 22, de resultas de la batalla de Bailen dada el 19; día de gloria para la España, de humillacion para los franceses, y de admiracion para la Europa.

Situado Dupont en Andújar despues de haberse retirado de Córdoba, fué reforzado su ejército con nuevas tropas que le iban llegando. La junta de Sevilla mandó al general Castaños que le atacase. Estableció este jefe su cuartel general en Utrera; reuniéronse todas las fuerzas de su mando, que ascendian á 25.000 infantes y 2.000 caballos distribuidos en tres divisiones y un cuerpo de reserva. Mandaba la primera division D. Teodoro Reding; la segunda el marqués de Coupigny; la tercera D. Félix Torres, y la reserva D. Manuel de la Peña. Mandaba tambien por separado D. Juan de la Cruz unos mil hombres, y D. Pedro Valdecañas algunos destacamentos.

Habia enviado Dupont 1.500 de los suyos á Jaen á buscar víveres, pero habiendo sabido que los españoles habian hecho movimiento, les mandó retroceder, y se volvieron sin entrar en aquella ciudad, y despues de haber sido molestados sin cesar, tanto por la tropa como por el paisanaje.

El día 11 formaron su plan de ataque los generales españoles: empezó á moverse el ejército el día 13, y el día 15 hubo ya algunos reencuentros con los franceses, que tambien acometieron á D. Juan de la Cruz, encargado de incomodar con su gente el costado derecho del enemigo. Cruz se defendió intrépidamente,

y los franceses se replegaron. El 16 hubo un sostenido cañoneo entre los franceses y el general Castaños que estaba á su frente. Reding atravesando el Guadalquivir á media legua de Mengibar donde estaba situada una parte de la fuerza enemiga, la obligó á retirarse á Bailen: salió el general Gobert en auxilio de los suyos, y quedó muerto de un balazo. Pudo muy bien Reding perseguir sin obstáculos á los enemigos; pero juzgó más acertado volver á pasar el rio, y esperar á que se le juntase Coupigny, encargado de sostenerle. Valdecañas sorprendió en Linares un destacamento de los enemigos. Temieron pues los franceses vencidos en Mengibar, que este jefe ocupase los pasos de la Sierra, y se dirigieron á Guarroman, al mismo tiempo que otras columnas, al mando de Vedel, avanzaron á la Carolina y Santa Elena.

En la tarde del 17 volvió á pasar el rio el general Reding; se le reunió al dia siguiente el marqués de Coupigny, y en el mismo dia entraron juntos en Bailen. En aquel mismo dia 18 habia salido de Andújar el general Dupont al obserecer con el fin de no ser descubierto en su marcha. Ignoraba que estuviesen tan próximos los españoles, y estos le suponían en Andújar, donde pensaba acometerle Reding. Oyéronse tiros á lo lejos; y cerciorado Reding de que se acercaban los enemigos, dispuso su gente para la pelea. Empezó esta de firme á las cuatro de la mañana del 19. Embistieron los franceses con decision el ala izquierda donde mandaba el marqués de Coupigny, mas no solo fueron repelidos por nuestros soldados, sino tambien arrojados de las alturas que ocu-

paban. Recobraron, no obstante, algunos de los puntos de que habian sido desalojados, prolongando el ataque por el centro y el ala derecha de nuestro ejército, la cual empezó á ceder algun tanto; pero reforzada á tiempo, fueron batidos los enemigos y retrocedieron. Volvieron á la carga una y muchas veces, ya por un punto ya por otro, y en todas partes fueron rechazados, jugando nuestra artillería con tanto acierto, que desmontó la de los enemigos. Ya eran mas de las doce del dia, y hasta entonces todo habia sido desgracia y pérdida para los franceses. Entonces Dupont con los demas generales se puso al frente de sus columnas, y avanzó contra los españoles, intrépido y lleno de coraje, especialmente contra el centro, donde se hallaban los generales Reding y Abadia. Fué tanto el arrojamiento de sus soldados, que llegaron hasta á muy pocos pasos de nuestra artillería. Mas no por eso flaquearon los nuestros: siempre firmes, siempre serenos, repelieron constantemente á sus contrarios. Fatigados estos, mermados, y sin poder volver atrás ni romper la línea de los españoles, propusieron á Reding una suspension de armas, y el general español convino en ella.

Al mismo tiempo que así acosaba y estrechaba Reding á los franceses, se habia colocado á su izquierda D. Juan de la Cruz, quien se puso en marcha la misma noche del 18, sabido que hubo el movimiento de Dupont, y los hostigó en gran manera. El dia 19 acudió tambien el general la Peña con una division, por disposicion del general en jefe Castaños, que seguramente no habia sabido hasta aquel mismo

dia el movimiento de Dupont. Vedel, habiendo oido el fuego desde la Carolina, se dirigió hácia Bailen. Noticióle Reding en el camino la suspension de armas en que se habia convenido: envió Vedel un oficial á saber si era cierta; pero antes de que volviese, acometió á un batallon nuestro que se hallaba desprevenido, y por lo tanto fué fácilmente deshecho. Acometió tambien á otro batallon y un regimiento que ocupaban una ermita; pero aquí encontró una resistencia tenacísima y bien dirigida, que dió lugar á que le llegase órden de Dupont para suspender toda hostilidad, y hubo de conformarse.

Seguian los tratos entre Reding y Dupont; y como éste exigiese que se permitiera á su ejército trasladarse á Madrid, fué necesario acudir al general en jefe Castaños. Opúsose el conde de Tilly, vocal de la Junta de Sevilla, á la demanda del francés, que parece no desechara el general Castaños. Era muy ventajoso para su situacion el partido que proponian los enemigos; y tanto mas perjudicial para nosotros, cuanto segun un pliego que se interceptó, se mandaba al general Dupont que se apresurase á retroceder á Madrid, para reforzar á Bessieres, puesto en marcha contra los generales Cuesta y Blake, que se adelantaban por las llanuras del reino de Leon, y le daban mucho cuidado, por la mucha gente que reunian. En esto se fundaba el conde de Tilly para su negativa, observando que si se permitia á los franceses volver á Madrid, las ventajas conseguidas contra ellos en Andalucía dejarian de serlo, empleándose aquella fuerza contra nosotros en otra parte. Se incomoda-

ron los franceses con la oposicion del conde, y se rompió la negociacion; pero volvieron aquellos bien pronto á entablarla, en vista del angustioso estado en que se hallaba todo el ejército, sofocado y muerto de sed el soldado, rodeado por todas partes de enemigos, soldados y paisanos armados; como que habian concurrido allí todos los habitantes de aquel territorio, cada uno con las armas que habia podido agenciarse. Principiaron, pues, de nuevo las conferencias, y sin embargo querian algunos oficiales que arremetiese el ejército contra las líneas españolas para unirse con Vedel. Recibió éste una órden de Dupont, aturdido ya y sin consejo, en la cual le daba á entender que podia mirarse como exento de la palabra de capitular, y salvarse. Con esta sola insinuacion empezó á moverse Vedel por la noche; pero lo notaron los nuestros, é hicieron saber á Dupont que serian pasadas á cuchillo todas las tropas que mandaba, si no se atendien él y todos los suyos á la palabra que habian dado anteriormente. Con tan terrible anuncio tembló Dupont, y mandó á Vedel que se detuviese. Finalmente se formó la capitulacion, y segun el artículo 1.º quedaban prisioneras de guerra las tropas que mandaba inmediatamente Dupont, mas no las de Vedel y otras que no se especificaban; pero segun el artículo 6.º debian embarcarse todas en Sanlúcar y Rota, y ser conducidas á Francia en buques con tripulacion española; atribuyendo unos esta contradiccion al descuido de los nuestros y á las arterias de los franceses, y otros á la precipitacion con que se formó el convenio. De todos modos el golpe que recibieron los franceses en Bailen

fué uno de los hechos de guerra mas señalados de estos últimos tiempos, y como tal resonó por toda la Europa.

Con no poco trabajo caminaban hacia la costa las tropas desarmadas, espuestas al odio é irritacion natural de los pueblos, despues de sus escesos y rapiñas en Córdoba, en Jaen y en otras partes. Aumentóse el rencor al descubrirse por casualidad en Lebríja el mucho dinero que llevaban los soldados en las mochilas: se alborotó el pueblo, y hubo desgracias y muertes. En el puerto de Santa María se cayeron de la maleta de un oficial algunos vasos sagrados. Se enardeció la sangre de los que estaban presentes, siguióse una terrible conmocion, y habiendo sido registrados los equipajes, se recogieron los despojos de tanto saqueo, y fueron maltratados los prisioneros.

Habiase estipulado en la capitulacion que los franceses entregasen los vasos sagrados que habian robado; y como no lo habian cumplido, y escandalizados los pueblos, bramaban al ver que iban á salir libres unos soldados, que á la perfidia con que habian entrado en España, habian añadido las mayores violencias, crueldades y sacrilegios, la Junta de Sevilla declaró que los franceses habian quebrantado la capitulacion, y que si esta no se llevaba á efecto, lo atribuyesen á su mala fé.

Súpose de cierto en Madrid el éxito de la batalla de Bailen el dia 29 de Julio, y quedaron atónitos y consternados José Bonaparte, su gobierno y allegados, igualmente que todos los franceses. Pareciales imposible que aquellas águilas altaneras, que tanto habian

remontado su vuelo, se viesen abatidas á los piés de los españoles, gente, segun ellos, de muy poco valer. Agregábase á esta infausta noticia el aspecto amenazador y terrible que presentaba la España por todas partes, y aun en las mismas inmediaciones de la corte, donde se interceptaban las comunicaciones, se acometia á los franceses sueltos, y aun á destacamentos enteros se apresaban convoyes; en fin, estaban los pueblos en una completa insurreccion, sin que los arredrase la proximidad de la tropa francesa. Resolvió pues el rey intruso retirarse nada menos que al Ebro, despues de haber reunido en la capital las tropas que mandaba Moncey y las demas que estaban apostadas en las orillas del Tajo. Dejaron clavados los franceses mas de 80 cañones en el Retiro; se llevaron las alhajas y vajillas de los palacios reales, tanto de Madrid como de los Sitios, y el dia 30 salió José y el 31 Moncey. Respiró entonces Madrid como quien queda libre de un enorme peso que le está abrumando; y el dia 1.^o de Agosto fué para sus leales habitantes un dia de parabienes y felicitacion universal.

Muy pocos fueron los españoles que siguieron á José, y menos ó acaso ninguno con entera voluntad, y mas bien por miedo, á causa de sus anteriores compromisos con el usurpador. Le acompañaron los ministros Ofarril, Mazarredo, Urquijo, y Azanza: Peñuela y Cevallos se quedaron en Madrid, y tambien el Duque del Infantado y el del Parque.

Desastrosa fué para los pueblos la retirada de los enemigos; parecia una turba de vándalos, que no respetaban ningun objeto por sagrado que fuese, y nin-

guna persona, cualquiera que fuese su edad, sexo y condicion. Devastaron campos, saquearon casas y templos, cometieron mil iniquidades con las gentes, incendiaron y arrasaron pueblos enteros. Cargados con las maldiciones de los inocentes, llegaron por fin á la derecha del Ebro. El intruso se paró en Miranda, y sus tropas se estendian hasta muy cerca de Burgos, mandando la vanguardia el general Bessieres, á quien se habia dado órden para retirarse de la provincia de Leon.

CAPÍTULO V.

Continúa la guerra en las provincias.—Cataluña: memorable defensa de Gerona.—Aragon: defensa heroica de Zaragoza.—Marqués de la Romana en Dinamarca: embárcase con sus tropas para España.—Muerte de Viguri en Madrid.—Entran en esta capital las tropas de Valencia y Andalucía.—Navarra.—Proclamacion de Fernando VII en Madrid.—Provincias Vascongadas.—Instalacion de la Junta central.—Levantamiento de Portugal.—Desembarcan los ingleses en aquel reino.—Pelean con los franceses.—Evacuan estos el territorio portugués.

AL mismo tiempo que median sus armas los españoles, todavía no militares, en las llanuras de Castilla y en los campos de la Bética con los veteranos vencedores de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, no estaban ociosos en las demas provincias de la monarquía; en todas ellas daban á conocer á los franceses cuán lastimosamente les habia cegado su presuncion.

Hízose al principio la guerra en Cataluña sin ningun plan fijo por aquellos naturales, que con sus somatenes y por cuantos medios podian, perseguian y

guna persona, cualquiera que fuese su edad, sexo y condicion. Devastaron campos, saquearon casas y templos, cometieron mil iniquidades con las gentes, incendiaron y arrasaron pueblos enteros. Cargados con las maldiciones de los inocentes, llegaron por fin á la derecha del Ebro. El intruso se paró en Miranda, y sus tropas se estendian hasta muy cerca de Burgos, mandando la vanguardia el general Bessieres, á quien se habia dado órden para retirarse de la provincia de Leon.

CAPÍTULO V.

Coatinue la guerra en las provincias.—Cataluña: memorable defensa de Gerona.—Aragon: defensa heroica de Zaragoza.—Marqués de la Romana en Dinamarca: embárcase con sus tropas para España.—Muerte de Viguri en Madrid.—Entran en esta capital las tropas de Valencia y Andalucía.—Navarra.—Proclamacion de Fernando VII en Madrid.—Provincias Vascongadas.—Instalacion de la Junta central.—Levantamiento de Portugal.—Desembarcan los ingleses en aquel reino.—Pelean con los franceses.—Evacuan estos el territorio portugués.

AL mismo tiempo que median sus armas los españoles, todavía no militares, en las llanuras de Castilla y en los campos de la Bética con los veteranos vencedores de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, no estaban ociosos en las demas provincias de la monarquía; en todas ellas daban á conocer á los franceses cuán lastimosamente les habia cegado su presuncion.

Hízose al principio la guerra en Cataluña sin ningun plan fijo por aquellos naturales, que con sus somatenes y por cuantos medios podian, perseguian y

moolestaban á los franceses: se defendieron gallardamente en Rosas, rechazando á los franceses y derrotándolos en su retirada. También faltó poco para que se apoderasen del castillo de Figueras. La junta general del Principado, reunida en Lérida, trató de regularizar la guerra, y para este fin acordó formar un cuerpo de 40.000 hombres de los que se hallaban en pié, y de los que fuesen alistándose sucesivamente. Llegaron también al mismo tiempo á Tarragona, procedentes de Mahon, mas de 4.600 hombres, mandados por el marqués del Palacio, quien se propuso desde luego tomar la ofensiva contra el enemigo, y dió mucho que pensar al general Lichi, que mandaba en Barcelona por ausencia de Duhesme, y se hallaba con mucho cuidado, por tener también á la vista dos fragatas inglesas, con cuyo auxilio habían vuelto á tomar los somatenes á Mongat.

Duhesme, resentido del desaire que había recibido delante de Gerona, se había propuesto vindicar su honor militar con la toma de aquella plaza, que conceptuaba muy fácil, á favor de la mucha artillería y mas pertrechos militares que al intento había reunido. Púsose en marcha el dia 10 de Julio con una fuerza de 6.000 hombres, teniendo que superar en el camino muchos y grandes obstáculos que por do quiera le oponían los somatenes y D. Francisco Milans, causando pérdidas y sofocándolos. Intimaron de paso la rendición al castillo de Hostalrich, cuyo gobernador respondió á la intimación con brio y dignidad. Llegó por fin á la vista de Gerona, y allí se le reunieron mas de otros 2.000 hombres; de modo que contaba

delante de Gerona de 8 á 9.000 hombres. La guarnición constaba de 2.000, auxiliados por los habitantes preparados todos para cooperar activamente á la defensa. Nada emprendieron los enemigos contra la plaza hasta el 12 de Agosto, solo habían hecho pausadamente sus trabajos. El dia 12 intimaron la rendición: á la media noche del 13 rompieron el fuego, que continuaron los dias 14 y 15: los sitiados reparaban con prontitud los estragos que hacia la artillería en la muralla, é impedían de este modo que quedasen abiertas brechas practicables. Se había propuesto el marqués del Palacio socorrer á Gerona, y con este objeto envió al conde de Caldagues con cuatro compañías, seguro de que en el camino se le agregarían los somatenes de los puntos por donde pasase. En efecto, contaba ya el conde 10.000 hombres el dia 15, y determinó, de acuerdo con los de dentro, atacar á los franceses al dia siguiente por la mañana; pero le ganaron por la mano los sitiados, quienes saliendo impetuosamente de la plaza, entraron hasta en los mismos atrincheramientos enemigos. Continuó la pelea por todo el dia, y quedaron tan mal parados los franceses, que al dia siguiente levantaron el sitio y se restituyeron á Figueras y Barcelona, perdiendo Duhesme, que iba en esta última dirección, bagajes y artillería, por haber tomado una vereda tortuosa y áspera, huyendo de nuevos reencuentros. Entró finalmente en Barcelona, donde necesitaban muy bien sus tropas reponerse de los trabajos que habían pasado.

Llegaba ya el tiempo de que Zaragoza diese al

mundo un ejemplo extraordinario de valor y constancia. Hallábase con un reducido número de tropas, y sin obras de fortificación para su defensa; ciudad casi abierta, ceñida únicamente por una simple pared de tres á cuatro varas de altura. La gente que consigo tenía Palafox había sido deshecha por los enemigos cerca de Alagon el dia 14 de Junio. Entró el general en la ciudad; los franceses, que le seguian, le intimaron la rendicion: la respuesta fué salir á su encuentro al dia siguiente con la fuerza que pudo reunir; pero viendo la superioridad de los enemigos, se dirigió al puerto del Frasno, donde pensaba reforzarse con la gente que reunia en Calatayud el baron de Versages. Con su ausencia no habian quedado en Zaragoza mas que 300 hombres de tropa, poca artillería, ningun artillero, y los vecinos sin guia ni direccion. En circunstancias tan apuradas, se presentó el general Lefevre con una fuerza de 6 á 7.000 hombres. Dispararon los de dentro algunos tiros; y el francés se detuvo, receloso de preparativos hostiles para recibirle, que realmente no habia. Con su detencion se animaron los sitiados, y prosiguió y se aumentó el tiroteo. Sin embargo, entró por las calles alguna caballería; mas fué vivamente acometida por algunos soldados, por los habitantes y hasta por niños y mujeres, y quedó destrozada junto á la iglesia de Nuestra Señora del Portillo. Comunicóse entonces como un fuego eléctrico el entusiasmo por toda la poblacion, y acudiendo todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, eclesiásticos y seculares, arrastraron los cañones á los puntos por donde amenazanba

penetrar los enemigos. Acometieron estos la puerta llamada del Portillo, de la cual dista poco el antiguo palacio de la Aljafería, que guarnecian algunos patriotas y militares, provistos de algunos cañones: los dispararon al acercarse los franceses, que experimentaron un terrible daño. No le sufrieron menor otros que embistieron contra la puerta del Carmen, acibillados á balazos por tiradores certeros, apostados tras de las tapias en la alameda y en los olivares. Sobrecogiéronse los franceses con tan furiosa é inesperada resistencia; mas no por eso desistieron de sus ataques hasta que llegó la noche. Se retiraron entonces, con muerte de mas de 500, llevándose consigo los heridos, y situándose á media legua de la ciudad.

Los zaragozanos, rechazados tan gloriosamente los acometedores, pensaron inmediatamente en revestir de la autoridad necesaria á la mejor defensa de la ciudad á una persona de su satisfaccion, durante la ausencia del general Palafox, y pusieron la mira en D. Lorenzo Calvo de Rozas, que merecia la confianza del general y del vecindario, por su decidido patriotismo. Empezó Calvo al instante á dar las órdenes convenientes. Levantóse por dentro un poyo alrededor de la cerca para disparar á barbata: se llenaron de tierra muchos sacos para formar baterías, y se cortaron con zanjas las avenidas de las puertas de la ciudad; se señaló su puesto á cada vecino, debiendo relevarse periódicamente; ocupáronse los religiosos en hacer cartuchos, y los niños y mujeres en lo que podia dar de sí su edad y su sexo. A las pocas horas ya estaba en accion toda la poblacion de Zaragoza.

za. A la mañana siguiente mandó Calvo de Rozas poner en libertad á D. Antonio S. Genis, á quien por sospechas habian puesto preso los vecinos el dia anterior. Era el único ingeniero que habia en la plaza; é inmediatamente delineó algunas obras de fortificacion, cooperando á su construccion los arquitectos de la ciudad. Afortunadamente los franceses, amedrentados con la matanza del dia 15, habian suspendido sus acometidas, esperando refuerzos de gente y artillería, y los nuestros tuvieron algun tiempo para prevenirse á la defensa con algo mas que con sus pechos. Entre tanto, volvió á intimar Lefebvre la rendicion del dia 17, seguramente bien convencido de la inutilidad de su diligencia.

Noticioso Palafox de la heroica resolucion de los zaragozanos, quiso auxiliarles por su parte, llamando la atencion de los sitiadores. Tenia reunidos 6.000 hombres con cuatro cañones. Hallábase en Epila el dia 23 de Junio, y pensaba acometer al dia siguiente á los franceses, pero estos le acometieron á las nueve de la noche del 23; y aunque los nuestros, bien que sorprendidos y sin ordenarse, pelearon con valor toda la noche, hubieron con todo de retirarse camino de Calatayud, sin que los franceses osasen impedirselo.

Calvo de Rozas habia llamado al hermano de Palafox, el marqués de Lazan, que era gobernador de la plaza, y entró en Zaragoza el 24 con algunos oficiales. El 25 convocó una junta, la cual determinó que al dia siguiente prestasen juramento la tropa y los vecinos de defender la ciudad hasta morir; jura-

mento que resonó el dia 26 en las calles y plazas y en muchos y diferentes puntos, poblando los aires con admiracion de los enemigos, ignorantes de la causa que producía aquella conmocion. Para averiguarla, enviaron á un comandante, que fingiendo querer desertarse con los soldados que le acompañaban, hizo que los suyos rodeasen á Calvo de Rozas, con quien estaba conferenciando; preguntó el motivo de la agitacion que dentro se notaba, intimó la rendicion y amenazó á Calvo que si la plaza no se entregaba quedaria prisionero ó muerto. Respondió Calvo con dignidad y valor, é hizo saber al comandante que si se propasaba en lo mas mínimo, ya estaba asestada de antemano contra él y los suyos la fusilería y artillería del castillo, de donde estaban tan cerca. Intimidóse el francés con tan seria amenaza, y se limitó á pedir una conferencia con los jefes de las armas. Concurrieron á ella los generales enemigos Lefebvre y Verdier, insistiendo con terribles amenazas en que se rindiese la ciudad. Respondió Calvo con valentía, pero les ofreció que al dia siguiente se les comunicaria la determinacion de los sitiados: llevóla un oficial, digna por cierto de tales defensores. El marqués de Lazan, que la firmaba, decía entre otras cosas: "Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan han jurado morir antes que sujetarse al yugo de la Francia, y la España toda . . . está resuelta á lo mismo . . . Y no olvide vd. que una nacion poderosa y valiente, decidida á sostener la justa causa que defiende, es invencible, y no perdonará los delitos que vd. ó su ejército cometan." Exaspera-

dos los enemigos con esta respuesta y reforzados con 4.000 hombres mas, 4 morteros, 12 obuses y otras 30 piezas de artillería gruesa, rompieron el fuego el día 27, queriendo enseñorearse de las entradas de la ciudad; pero fueron rechazados, no sin bastante pérdida. Tuvieron entonces los sitiados la desgracia de que se volase un almacén de pólvora, que causó mucho destrozo y la mayor consternación. Volvieron pronto del susto los zaragozanos, y repelieron como leones á los franceses, que aprovechándose de aquella catástrofe embistieron con ímpetu por diferentes puntos.

Otra desgracia vino á ejercitar la inflexible constancia de aquellos héroes. Sucedianse todos los días unas á otras las acometidas de los de afuera y las salidas de los de dentro, sin que el enemigo lograrse arrear á defensores tan tenaces; pero vieron estos con la mayor indignación la pérdida del Monte Torrero, punto importantísimo, que abandonó el comandante Falcon, según se cree, por flaqueza de ánimo, que después le costó bien cara, pues fué arcabuceado por sentencia de un consejo de guerra que se le formó. Bien podían sentir los zaragozanos la pérdida del monte Torrero. Posesionados los franceses de aquella altura tan próxima á la ciudad, la coronaron de morteros y mas artillería gruesa, y se prepararon á causar un horrible destrozo en la población con gruesas balas, bombas y granadas. Al mismo tiempo construyeron otras baterías en diferentes sitios, particularmente en uno que estaba enfrente de la Aljafería. Todos estos formidables preparativos del enemigo pa-

recia que acusaban de temeridad la defensa de un pueblo abierto, sin muralla, sin baluartes, sin tropa, sin artilleros, sin nada de cuanto se necesita para defender una plaza; pero lo cierto es que seguían impávidos los defensores, alentados además con la llegada de 400 soldados que vinieron de Cataluña; y aunque los franceses empezaron á bombardear horrorosamente la ciudad, lejos de intimidarse redoblaron á competencia su actividad y sus esfuerzos. Levantaron en las calles y plaza resguardos contra las bombas y granadas; trajeron de la Aljafería cañones arrinconados por demasiado antiguos, y los colocaron en baterías que levantaron de nuevo; amontonaron sacos de tierra; abrieron troneras en las casas y tapias; atravesaron las calles y abrieron zanjas en ellas; arrasaron los olivares, huertas y jardines que podían favorecer al enemigo, concurriendo con gusto á talarlos sus mismos dueños; torcieron el curso del Huerba, y lo metieron dentro de la ciudad: se encerraron en los sótanos los que no manejaban armas, empleándose allí en trabajos útiles para la defensa; por último, colocaron vigías en una torre para avisar cuando disparaba la artillería enemiga. Es imposible describir dignamente tanto ardimiento, tanta resolución, tanta constancia.

Después de un prolongado bombardeo, dieron los enemigos un ataque general el día 1^o de Julio. En todos los puntos fueron repelidos; pues aunque en la puerta del Portillo, que acometieron con mas furor, hubo un estrago tal en los defensores, que quedaron todos muertos en el sitio, todavía una jóven de 22

años, llamada Agustina Zaragoza, arrancó la mecha encendida de mano de un artillero, que yacia medio muerto, y dió fuego á un cañón, jurando no abandonarlo mientras alentase. Llegó entonces un grupo de hombres, y reemplazaron á los que habian fenecido, haciendo un fuego vivísimo contra los enemigos. Con la misma viveza sonaba por todas partes, causando pérdidas enormes á los franceses, y siendo lo mas singular que no habia en la plaza ni siquiera un solo artillero. A las doce del mismo dia 1.º de Julio entraron en ella, en medio del no interrumpido estampido de las bocas de fuego, los oficiales D. Gerónimo Pñeiro y D. Francisco Rosete, que habian huido de Barcelona. Con su venida, y con haber llegado aquellos dias mas artillería de Lérida y de Jaca, creció la alegría y entusiasmo de los sitiados. Al momento, sin el menor descanso, despues de un largo y penoso viaje, tomaron á su cargo los dos oficiales la direccion, el primero de la batería de la puerta del Portillo, y el segundo de la del Cármen; y tuvieron tal tino, que deshicieron las columnas enemigas. Tambien fueron desordenadas y dispersadas las que acometieron á la Aljafería por los fuegos de aquel edificio.

Seguia, sin embargo, el empeño de los jefes franceses, aunque amilanados sus soldados, y cada vez mas animosos los zaragozanos, cuando inesperadamente se presentó el general Palafox á las cuatro de la tarde del dia 2 en los puntos en que se peleaba; y como si hubiera llegado á los combatientes un gran refuerzo, así se aumentó su intrepidez, en tanto gra-

do, que obligó á los franceses á desistir de nuevas embestidas, si bien no por eso suspendieron el bombeo. Con todo, conociendo la necesidad de ocupar los conventos de Capuchinos y San José, para poder aproximarse á las puertas, los acometieron con mucha gente; y solo despues de algunas horas de un combate encarnizado se apoderaron del segundo: en el primero tuvieron que pelear cuerpo á cuerpo con los defensores, que solo cedian á palmos el terreno dentro del edificio, que por último incendiaron, y se retiraron.

Intentaron los enemigos cercar enteramente la ciudad, para privarla de los socorros que recibia. Con este fin echaron un puente de balsas en san Lamberto; pero se lo estorbó Palafox, que salió con alguna gente, y levantó fuera de la ciudad tres baterías, á cuyo abrigo se tiroteaban los labradores con los franceses, y los ahuyentaban. Talaron entonces los campos, quemaron las mieses, destruyeron acequias y molinos; se apoderaron de la fábricas de pólvora de Villafeliche, pero nada era capaz de entibiar el ardor de aquellos pechos, tan duros como nobles. Siempre vigilantes y nunca desmayados, inutilizaron todas las estratagemas con que querian sorprenderles los enemigos. Se acercaron estos con mucho silencio á la puerta del Cármen, á las nueve de la noche del 17 de Julio: los de dentro lo advirtieron, y rompiendo el fuego á tiempo hicieron en ellos gran mortandad. Redoblaron los franceses sus acometidas en las noches siguientes; pero siempre sin fruto: quisieron apoderarse del convento de Trinitarios, extramuros de la ciudad, y tampoco pudieron.

Tan lejos estaban los nuestros de desfallecer con tan porfiados ataques, que antes bien acometieron en medio del día á los franceses en su mismo campamento, arrollándolos y volviendo llenos de despojos, y todos salpicados de sangre enemiga. Tuvieron igualmente con ellos otros muchos encuentros en las afueras de la ciudad, donde volvian á entrar, pensando en volver al día siguiente á incomodarlos.

Los franceses, entre tanto, hicieron un camino cubierto: á su abrigo levantaron varias baterías, las mas distantes á cuatrocientas varas del recinto de la ciudad, y una de cuatro obuses y seis piezas de á 16, 150 varas del convento de Santa Engracia. Rompieron el fuego el día 3 de Agosto por la mañana muy temprano y duró todo el día, causando un destrozo horroroso. Siguió el fuego con mas furia el día 4, dirigiéndose principalmente contra el monasterio de Santa Engracia, donde habian colocado los nuestros alguna artillería; mas como eran unas paredes comunes, y no circundaba al edificio ningun foso, estaba ya casi destruido á las nueve de la mañana. Entonces propuso Lefebvre "paz y capitulacion" al general Palafox, que recorria todos los puntos de mayor peligro: Palafox respondió: "guerra á cuchillo." Llenóse el monasterio de gente que acudió á defenderle, aunque se estaba desplomando, y entre ruinas y cadáveres pelearon con el mayor coraje por espacio de dos horas. Hecho ya el monasterio un monton de escombros, entraron los franceses en la calle de Santa Engracia y se encaminaron al Coso, calle principal de la ciudad. Creíanse ya dueños de Za-

ragoza; pero se hallaron metidos como en un desfiladero lleno de malezas, del cual no acertaban á salir; porque cerradas las bocacalles, y parapetados por toda la estension de la calle un sinnúmero de paisanos, les hacian un fuego horrible tan de cerca, que no se desperdiciaba un tiro. Tres horas estuvieron así detenidos, y dificilmente hubieran podido pasar adelante, si no se hubiera volado un depósito de pólvora que tenian cerca de allí los españoles. Con la esplosion y daño que causó se desordenaron algun tanto, y los enemigos avanzaron, llegaron al Coso y ocuparon el convento de San Francisco y el Hospital general, donde fué encarnizado el combate é innumerables las desgracias, por haberse ademas prendido fuego en el edificio.

Gran pérdida tuvieron aquel día los franceses: quedó herido su mismo general en jefe: sin embargo, avanzaron hasta el medio de la calle. Dirigióse entonces Calvo de Rozas al arrabal, no atacado todavía, para volver con la gente que le custodiaba y los dispersos que pudiese reunir. Iban los franceses á ocupar el puente que conduce al arrabal; erraron el camino y se metieron por una callejuela, donde se encontraron con un fuego que los abrasaba, y tuvieron que detenerse. A este tiempo desembocando Rozas en el Coso con la gente que habia podido reunir, acometió á los que habian quedado en aquella calle; lo mismo hicieron otros por distintos puntos, acribillándolos á balazos; de modo que el enemigo se vió obligado á replegarse y guarecerse en San

Francisco y en el Hospital general. En esto llegó la noche.

Habia salido Palafox en busca de refuerzo, exigiendo de los zaragozanos palabra, que cumplieron exactamente, de sostenerse hasta que volviese. Se acercaban tropas de Cataluña y Valencia: las primeras, en número de 1.700 hombres, estaban á diez leguas de Zaragoza. Calvo de Rozas habia salido despues, para hacer presente á Palafox cuánto urgía la llegada del refuerzo. Avanzó pues la tropa y entró en Ozera, á cuatro leguas de Zaragoza. Se acordó que el marqués de Lazan entrase en la ciudad al amanecer el dia 5 con 500 hombres, y que partiesen inmediatamente á la ciudad para anunciar á los sitiados el socorro que les iba á llegar, el teniente coronel D. Emeterio Barredo y el tio Jorge, tan querido del pueblo y de Palafox, que le habia hecho capitán de su guardia y le tenia siempre á su lado. Llenó de alegría á los zaragozanos la llegada de los dos emisarios. Pocas horas despues entró el marqués de Lazan con los 500 hombres. Y aunque con el resto y un convoy á retaguardia venia caminando Palafox, detuvo su marcha por haberle salido al encuentro Lefebvre, noticioso de la llegada del marqués de Lazan y de la proximidad de su hermano. Evitó éste un combate; y habiendo hecho venir 3.000 hombres que habia en Huesca, los colocó en las alturas de Villamayor para engañar á Lefebvre, y se dirigió á Zaragoza, donde entró el dia 8 por la mañana temprano. Locos se volvieron los zaragozanos

con la llegada de su idolatrado general, y de la tropa y auxilios que traia consigo.

Aunque los franceses, bien que aumentados hasta el número de 10.000, estaban aburridos y desesperados con una resistencia tan tenaz, mucho mas despues que supieron la entrada de Lazan el dia 5, con todo, no dejaron de trabajar con grande actividad para hacerse dueños de todos los barrios de la ciudad, fortificándose y abriendo comunicaciones con los que estaban dentro de ella. Los aragoneses, por su parte, les hostilizaban dia y noche sin cesar, distinguiéndose por sus hechos muchos patriotas, y tambien la condesa de Bureta y otra mujer llamada Casta Alvarez. Vino á confortarles mas y mas una noticia importante: la victoria de Bailen. No la creian los franceses; pero la recibieron oficialmente el dia 6, con orden de retirarse á Navarra: retirada que no les desagradaba, por alejarse de un pueblo donde se habian marchitado y deshojado sus laureles. Mas habiendo recibido contraorden prosiguieron sus ataques con pesar y decaimiento de ánimo. Estaba Palafox resuelto á perecer con todos sus aragoneses, y lo mismo toda la tropa, antes que rendirse ó abandonar la ciudad. No fué necesaria, empero, esta última prueba de su valor y lealtad: los franceses recibieron por fin el dia 13 orden terminante de retirarse. Mas no abandonaron aquel recinto, para ellos tan ominoso, sin otra dura leccion. Las tropas que venian de Valencia, en número de 5.000 hombres, entraron aquel mismo dia en la ciudad, y sin orden para ello acometieron furiosos, en union con los vecinos, á las seis

de la tarde, á los franceses, que desconcertados con este nuevo golpe aceleraron su retirada, y al amanecer del día 14 se alejaron de Zaragoza, despues de haber quemado sus almacenes, destruido muchos pertrechos de guerra, y clavado y arrojado al canal la artillería gruesa. Les fué siguiendo la tropa de Valencia con otros cuerpos hasta los lindes de Navarra, adonde se retiraron. Gloria inmortal adquirieron los habitantes de Zaragoza en esta primera defensa de sus hogares; gloria que solo ellos supieron llevar, tiempo adelante, á un grado mas elevado. Por demas seria ponderar la alegría de aquel heróico vecindario, al verse libres de tan implacables enemigos. Todos se agolparon á dar gracias al Dios de los ejércitos y á la Virgen del Pilar, su proctectora y abogada. Zaragoza presentaba el aspecto de un gran pueblo arruinado por un terremoto; pero el pecho de los zaragozanos estaba, en medio de tantas ruinas, henchido de orgullo y satisfaccion.

Si grande y admirable se ostentó en su defensa Zaragoza á los ojos del mundo todo, un espectáculo de otra especie, pero grandioso tambien y patético, presentaron las tropas españolas acantonadas á la sazón en la parte septentrional de Europa. Constaba aquella fuerza de mas de 14.000 hombres, entre los que habian salido de España en la primavera de 1807 al mando del marqués de la Romana, y los que estaban en Etruria en aquella época. No teniendo Napoleon confianza en estas tropas, las habia acantonado por el mes de Marzo de 1808 entre su ejército y el mar, en territorio de Dinamarca. Esta misma precaucion

se volvió contra su autor. Estaban situadas parte de ellas en Fionia, y parte en las islas de Langeland y en la Península de Jutlandia; los regimientos de Guadalajara y Asturias en Zelandia. En el mes de Junio se recibieron órdenes de Madrid para que la tropa reconociese á José por rey de España, y prestase juramento de obediencia y fidelidad. Grande fué la indignacion de los soldados, entre quienes ya se habian traslucido las novedades ocurridas en nuestra Península, á pesar de las precauciones y esquisitas diligencias de Napoleon para impedirlo. Hubo grande alteracion en los regimientos, con gritos de *viva España y muera Napoleon*. Se sublevaron los de Asturias y Guadalajara, y dieron muerte á un ayudante del general Fririon; á éste le ocultó en su casa el coronel de Asturias; si no, tambien hubiera perecido. Al fin cercados aquellos valientes por fuerzas muy superiores, fueron desarmados.

Llenos de ira todos aquellos españoles, estaban resueltos á restituirse á su patria á la primera ocasion que se presentase, y pelear, defendiéndola, contra sus opresores. Por fortuna, la medida de aproximarlos al mar favoreció sus deseos. Los diputados de Asturias y Galicia, que residian en Lóndres, habian intentado inútilmente ponerse en comunicacion con aquel ejército. El gobierno inglés envió un emisario que se abocó con el marqués de la Romana, pero no tuvo efecto su comision. Llegaron posteriormente á Lóndres los diputados de la junta de Sevilla, y entre todos acordaron que pasase al Báltico el secretario de los de Andalucía D. Rafael Lobo, quien hizo

la travesía en un buque inglés. No hallaba modo de poder entablar comunicaciones con el ejército español por la extrema vigilancia de los franceses, muy recelosos, despues de lo ocurrido, del espíritu de aquella tropa: la Providencia se lo deparó, y muy seguro. Habia ido con pliegos desde Langeland á Copenhague D. Juan Antonio Fábregues, oficial de voluntarios de Cataluña. Ideando cómo evadirse, no volvió por el mismo camino, y se embarcó en otro punto distante, ajustándose con dos pescadores, que le conducian con su asistente. Avistó á lo lejos tres navios ingleses, y desenvainando el sable, intimó á los dos pescadores que se dirigiesen hácia los buques ingleses. Aturdióse el asistente, que nada sabia, y dejó caer el fusil, de que se apoderó uno de los pescadores; pero el oficial le dió un sablazo en la mano y le desarmó. Con esto pudo acercarse felizmente á los buques ingleses, donde se encontró con Lobo, con grande alegría y satisfaccion de ambos.

Encargóse Fábregues de llevar á tierra la correspondencia, verificándolo de noche en un bote inglés, que le condujo á la costa de Langeland. Se presentó al instante el comandante español D. Ambrosio de la Cuadra, quien aprobando y abrazando la determinacion de Fábregues, le remitió disfrazado al marqués de la Romana, que se hallaba en Fionia con su cuartel general. Grave y de la mayor consecuencia era el asunto para el marqués, colocado entre su fidelidad y amor á la patria, y los males que pudieran seguirse si se malograba la empresa de salvar el ejército. No obstante, dando oidos á la nobleza de su corazon

y al dictámen y escitaciones de sus oficiales, se decidió á embarcarse con el ejército, conviniéndose con los ingleses en el tiempo y modo de ejecutarlo. Llegaron á entender los franceses que Fábregues se habia puesto en comunicacion con la escuadra inglesa, y por esta causa se apresuró el embarco, sin esperar á que se moviesen al mismo tiempo las tropas de Zelandia y de Jutlandia, como se habia pensado en un principio.

Apoderóse el marqués de la ciudad de Niborg en Fionia, punto á propósito para embarcarse: reuniéronse sin impedimento las tropas que habia en la villa de Langeland; pero no pudo hacerlo con tanta facilidad el regimiento de Zamora que mandaba D. Juan de Kindelan, segundo del marqués; porque aquel jefe avisó reservadamente al mariscal Bernadotte antes de reunirse con los demas para la evasion, en que dolosamente habia convenido. Mas el regimiento, no arredrándose por este contratiempo, se puso inmediatamente en marcha por tierra, y habiendo andado mas de diez y ocho leguas españolas en veintiuna horas, se incorporó con las tropas de la Romana en Nyborg. Advertidos ya y vigilantes los franceses, era muy difícil que pudiesen salir de Jutlandia los cuerpos que habia en aquella Península. Lo consiguió sin embargo el regimiento del Rey de caballería, embarcándose en Aarhus, donde se hallaba, y llegando sin contratiempo á Nyborg, como tambien el del Infante, asimismo de caballería, que se alojaba en Manders; mas no el de Algarbe, que por la poca resolucion de su coronel, retardó la par-

tida, y fué detenido por los franceses. Asturias y Guadalajara que, desarmados y muy vigilados permanecieron en Zelandia, se vieron tambien sorprendidos por tropa dinamarquesa al intentar trasladarse á Corsoer, para pasar á Nyborg. Entre todos estos cuerpos y algunos individuos mas que no estaban incorporados en sus regimientos, componian mas de 5.000 hombres, los cuales tuvieron que quedarse en el Norte muy á su pesar; los restantes, en número de 9.000 hombres, se reunieron en Langeland, dispuestos á darse á la vela.

No podia Bernadotte impedir por la fuerza la evasión de esta tropa, y así se valió de proclamas y medios de seducción. Nada logró. A sus invitaciones y promesas respondieron como españoles aquellos soldados. Formaron un círculo; clavaron en medio las banderas; se arrodillaron todos, y juraron una firme y eterna fidelidad á su patria, despreciando con indignacion las promesas con que se queria detenerlos; y dando á la vela el día 13 de Agosto, llegaron al puerto de Goxemburgo en Suecia, desde donde se trasladaron luego á la Península.

Andaban en esta ocupados los ánimos en el modo de establecer un gobierno; porque libre ya la mayor parte del reino de las huestes invasoras, que se habian replegado al Ebro, y gobernándose entonces cada provincia por sí, se dirigia naturalmente la atención hácia la necesidad de arreglar definitivamente una clase de gobierno comun. Se inclinaban algunos á una confederacion entre todas las Provincias. Por una parte, el consejo de Castilla pretendia para

sí el gobierno del reino; bien que mal conceptuado por su conducta vacilante y flexible con Murat y con el rey intruso, permanecia en Madrid sin accion, cuando un accidente desgraciado le presentó una ocasion oportuna, á su parecer, para investirse de la autoridad suprema, que creia competirle en ausencia del rey.

Y fué, que se alborotó el pueblo contra D. Luis Viguri, partidario de Godoy é intendente que habia sido de la Habana, por creerle ademas adicto á los franceses. Allanó su casa y le dió la muerte, arras-trándole lastimosamente por las calles de Madrid. Consternóse toda la poblacion con este sangriento ejemplar, y conocieron todos la necesidad de un gobierno ó autoridad respetable en la corte, donde todavía no se habia formado ninguna junta como en las provincias. Prevalido el consejo de tan angustiosa situacion, no solo quiso mandar en Madrid, sino tambien estender su autoridad á toda la monarquía. Exigió, pues, obediencia de los generales que mandaban las armas y de las juntas de las provincias; mas su autoridad no fué reconocida. La prudencia y patriotismo de algunos varones respetables lograron que se cortasen desavenencias que no faltaban entre unas juntas y otras, y se venciese la resistencia que algunas oponian á que se organizase un gobierno central. Pero antes que éste se estableciese, presentáronse de fuera pretensiones á la regencia. Tal fué la del príncipe Leopoldo, hijo segundo del Rey de Nápoles, que acompañado del duque de Orleans, hoy rey de los Franceses, llegó á Gibraltar

el día 9 de Agosto. Alegaba el príncipe sus derechos eventuales á la corona de España, como una razon para obtener la regencia del reino: el segundo solo solicitaba el mando de algun ejército, como militar de no desconocido nombre. Ambas pretensiones fueron desechadas, y las juntas se habian ya convenido en nombrar diputados, que reuniéndose en Madrid formasen una junta suprema.

Caminaban entre tanto hácia la capital las tropas de Valencia y de Andalucía. El día 13 de Agosto, á las seis de la mañana, entró el general Llamas por la puerta de Atocha con 8.000 hombres, los cuales fueron recibidos con las mayores aclamaciones por todo el vecindario, que desde el lecho habia bajado á las calles. El día 23 entró por la misma puerta el general Castaños con la reserva de Andalucía, adornados los soldados con los despojos de la victoria de Bailen. Inesplicables fueron el gozo y las demostraciones de alegría del pueblo de Madrid, apiñado en todas las calles del tránsito, y lágrimas de ternura derramaban los soldados al oír las bendiciones de que les colmaban sus agradecidos compatriotas. La villa de Madrid habia erigido un arco triunfal contíguo á la casa de ayuntamiento, y por debajo de él pasaron las tropas vencedoras. Se proclamó despues el día 24 á Fernando VII con toda pompa y solemnidad. Dias de entusiasmo y gozo purísimo para los moradores de Madrid, de sus inmediaciones y aun de puntos lejanos, que habian concurrido á participar de la alegría y satisfaccion de los madrileños, procedentes de un motivo comun á todos los españoles.

Turbóse un poco el regocijo universal con las nuevas que vinieron de las provincias vascongadas. Habian salido de Zaragoza D. Luis Gil y D. Antonio Egoaguirre, con el objeto de insurreccionar el reino de Navarra. Este último formó un batallon de voluntarios, que recorria el país por la parte de Lerin, poniendo en mucho cuidado á los franceses. El primero los molestaba por el lado de Orbaiceta, y alarmó á los pueblos de Francia próximos á la frontera. Los vascongados se habian alborotado tambien en varios pueblos de Guipúzcoa; Vizcaya se habia sublevado á la primera noticia de la victoria de Bailen; habia nombrado una junta en Bilbao y ordenado un alistamiento general. Pero enviaron los franceses una division contra los bilbainos, y los desbarataron fuera del pueblo adonde habian salido á encontrarlos, por no serles posible defender la villa, pereciendo 1.200 hombres.

Este infausto acontecimiento avivó mas el deseo de que se formase cuanto antes un gobierno central, que al mismo tiempo que previniere los excesos, diese impulso y la conveniente direccion á los negocios, especialmente á los de la guerra, doliéndose muchos de que á la vista de un enemigo extraordinariamente activo, y que en muy poco tiempo podia recibir poderosos refuerzos, se ocupasen las juntas de sus mútuas rivalidades, y los generales se entretuviesen en festejos y diversiones. Este deseo, como universal, prevaleció contra intereses, pretensiones y manejos particulares; y por último, se instaló en Aranjuez la Junta suprema central gubernativa del reino.

Mas antes de entrar en este segundo período del glorioso levantamiento de la nacion española, referiremos sumariamente lo que habia sucedido en el vecino reino de Portugal hasta aquella época.

Comun era á los portugueses la repugnancia y aversion á la dominacion francesa que animaba á los españoles; comun era la resolucion y los esfuerzos por resistirla; mas veíanse estos inutilizados por la colocacion de las tropas francesas, que ocupada la capital, tenian ademas sujetos los pueblos del centro, y cortada la comunicacion entre las provincias del Norte y Mediodía. Animábalos la España con algunos auxilios, pues la junta de Galicia envió 2.000 hombres á Oporto, y la de Estremadura una division al Alentejo, que dió incremento á la insurreccion de aquella provincia. Envió Junot contra ella al general Loison, que se hallaba en la Beira: le aguardaron fuera de Evora españoles y portugueses, mal armados y muy poco disciplinados; causa por qué, acometidos por los franceses, bien pronto se desbandaron. Se refugiaron algunos á la ciudad, entre ellos bastantes españoles con su jefe D. Federico Moreti, y en union del vecindario se defendieron en las calles con valentía. Quedó prisionero D. Antonio María Gallego, quien dirigia á los españoles: se posesionaron los franceses de la ciudad, la saquearon, y cometieron en ella las demasías y crueldades que tenian de costumbre en casos tales. Retiróse Moreti á Estremadura con la gente que le habia quedado: tambien D. Francisco Leite, jefe de los portugueses, quien se ocupó en reunirlos. En los Algarbes juntaba y discipli-

naba el conde de Castromarin la gente que podia reunir.

Se deja conocer que la Inglaterra no olvidaria al verdaderamente fidelísimo para ella reino de Portugal, con quien ha mantenido siempre estrechísimas relaciones, hijas del deseo, no sabemos si provechoso, de los portugueses, de constituir ó llamarse á lo menos una nacion independiente, y del inmenso interés que resulta á la Gran Bretaña de que lo consigan, y se mantengan siempre separados del resto de la Península. Así creemos que cuando el gabinete de San James ofreció á las juntas españolas, no solo sus escuadras, sino tambien fuerzas de tierra, no perdía de vista su codiciado Portugal; bien tuviese que defenderle en las líneas de Torresvedras, bien en las llanuras de las Castillas, ó en las orillas del Ebro. Mas como los españoles no aceptaron, si bien agradecieron la oferta, ya por no gozar entonces de gran concepto para operar en tierra las tropas británicas, ya tambien recelosos de la política y amistad siempre interesada de los ingleses; tuvieron estos la forzada ocasion de socorrer próxima y directamente á Portugal, segun les habian propuesto las juntas de Galicia y Asturias, conociendo la ventaja de contener á Junot, por si intentaba auxiliar á las tropas de su nacion en España. Mandó pues el gobierno británico á las costas de Portugal una espedicion de 10.000 hombres, al mando del teniente general sir Arturo Wellesley, hoy duque de Wellington, quien se dió á la vela desde Inglaterra el dia 12 de Julio. Debía aumentarse en seguida esta fuerza con la que mandaba el general

Spencer que andaba por Andalucía, y con otros 10.000 hombres al mando del Sr. Juan Moore, que todas reunidas ascenderian á 30.000 hombres, 2.000 de ello de caballería. Acabó de desembarcar Wellesley su gente en la bahía de Mondego el dia 5 de Agosto; y habiéndosele incorporado en el mismo dia Spencer con la suya, tomaron juntos el camino de Lisboa. Encontraron en Leiria al general portugués Freire, que tenia 6.000 infantes y 600 caballos, de los cuales dió á los ingleses 1.400 infantes y 250 caballos, y él se quedó con el resto para proteger á Coimbra, amenazada por Loison, que habia entrado en Tomar. Los ingleses siguieron su camino en número de unos 15.000.

Alarmó á Junot y á los suyos el desembarco de los ingleses, al paso que alentó en extremo y llenó de alegría á todos los portugueses, y especialmente á los habitantes de Lisboa. Salió Junot al encuentro de los ingleses, unido con Kellerman, que evacuó á Setubal y se le unió. Al mismo tiempo mandó á Loison restituirse á la Beira, para flanquear el costado izquierdo de los enemigos.

Antes de su salida habia enviado delante al general Delaborde, que salió de Lisboa el dia 6 de Agosto; y habiéndose reunido en el camino con el general Thomiers, avanzó hasta cerca de Roliza con una fuerza de 5.000 hombres. Le habia encargado Junot que evitase todo combate, y se limitase á observar y estorbar á los ingleses en su marcha. Pero Wellesley, que habia salido de Caldas al rayar el dia 17, le forzó á la pelea, que fué larga y empeñada, defen-

didlos los franceses por las ventajas de las posiciones que tomaban á su eleccion, y teniendo los ingleses á su favor la superioridad del número. Esperaba Delaborde que se le uniese Loison; y como éste no pareciese, herido ya, se retiró sosteniéndose con valor y tino; y aprovechando toda la noche, se situó en Montechique, habiendo perdido en la refriega 600 hombres y los ingleses 500. El general Loison, amenazado por una division inglesa, por tropas portuguesas y por 1.500 españoles que habian llegado de Galicia, tuvo por mas seguro reunirse con Junot, como lo verificó en Cercal el dia 17. Con su ausencia pudieron entrar los portugueses en Abrantes, y apoderarse de un destacamento francés que habia quedado allí.

El dia 20 se hallaba Junot en Torresvedras con 12.000 hombres de infantería y 1.500 de caballería, que habia juntado, reuniendo las diseminadas fuerzas de su mando sin desguarnecer á Lisboa y otros puntos que le importaba conservar. A los ingleses se habian agregado otros 4.000 hombres de su nacion, y contaban ya 18.000 hombres, si bien solo 450 caballos entre ingleses y portugueses. Wellesley se habia adelantado hasta Vimeiro, con el fin de proteger el desembarco de los 4.000 hombres que se le agregaron. Supo allí la llegada de Moore con 11.000 hombres, y dispuso que desembarcase con esta fuerza en Mondego, para cubrir por la parte de Santaren la izquierda del ejército. A poco tiempo supo tambien la llegada de Burrard, segundo de Dalrymple, que debia tomar el mando en jefe del ejército en lugar de Wellesley. Suspendió éste la prosecucion de

su plan, y se avistó con Burrard, el cual determinó que nada se emprendiese hasta que llegase Moore.

Mas Junot, atento á impedir que se reuniesen todas las fuerzas inglesas, se propuso acometer á Wellesley en Vimeiro, desde donde empezaron á verse los franceses en la mañana del 21 de Agosto á cosa de las ocho. Acometió el primero Delaborde, en seguida Loison á una eminencia que ocupaban los ingleses. Defendian estos obstinadamente su posicion, por lo que acudió Kellerman con la reserva para reforzar á los suyos, en la cual iba el célebre general Foy, que era entonces coronel, y quedó herido. Con mayor teson todavía repelian los ingleses las acometidas de la derecha de sus contrarios, cuyos jefes Solignac y Brenier quedaron uno herido y otro prisionero. Al medio día habian perdido los franceses mas de 1.800 hombres, sin adelantar un paso; por cuya razon se retiraron. La pérdida de los ingleses solo habia sido de 800 hombres entre muertos y heridos, y habian cogido á los enemigos 13 cañones. Así contaban por suya la victoria, y Wellesley pensaba perseguir á los franceses; pero se opuso Burrard, que habia llegado al campo durante la accion, insistiendo en que se aguardase á las tropas de Moore: rivalidades y emulaciones de los que mandan, que suelen tener funestas consecuencias, ó inutilizar por lo menos ventajas conocidas. Así fué que los franceses, que hubieran podido ser deshechos en su retirada, la efectuaron libre y sosegadamente á Torresvedras.

Sin embargo, conoció Junot su crítica situacion, y trató de entablar negociaciones con los ingleses. Se

sabia ya entre su gente la capitulacion de Dupont y la retirada de José al Ebro, y cuán formidable se presentaba el alzamiento de España, el desembarco de los ingleses, las muchas fuerzas que iban reuniendo, y la disposicion hostil y enconosa de los portugueses; tantas adversidades tenian sumamente abatido el ánimo de su tropa. Envió pues al general Kellerman, quien propuso una suspension de hostilidades al general Dalrymple, que ya habia llegado al campo y tomado el mando del ejército británico, cesando su segundo Burrard. Conformóse el general inglés con la propuesta de Kellerman, y nombró á Wellesley para acordar un armisticio, que en seguida se ajustó, y debia ser la base de un convenio definitivo. Reduciase, en lo principal, á que el ejército francés seria trasladado á Francia en buques ingleses, y que el puerto de Lisboa se miraria como neutral, para que la escuadra rusa anclada en él pudiera darse libremente á la vela.

Incomodó en sumo grado la estipulacion á los portugueses, y el general Freire representó enérgicamente contra ella, porque para nada se habia contado con su ejército ni con la junta de Oporto, que pretendia ejercer la autoridad suprema; ni aun con el Príncipe Regente de Portugal, que ni siquiera se mentaba en la estipulacion. Con todo, su oposicion no hubiera detenido el armisticio; pero el comandante de la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto de Lisboa, sir C. Cottou, no accedió á la neutralidad del puerto y salida de la escuadra rusa, y hubieron de romperse las negociaciones.

Iritóse Junot con este contratiempo: mucho mas con la resistencia del almirante ruso á prestarle auxilio; pero hubo de contener su ira, y sucumbir ante lo imperioso de las circunstancias. El día 30 de Agosto se firmó, pues, en Lisboa un convenio entre ambas partes, á que asistió el general francés, y segun el cual debian ser trasladadas las tropas francesas á su país en buques ingleses, incluso las que guarnecian las plazas. Con este convenio quedaron libres unos 3.500 soldados españoles que los franceses tenian presos en Lisboa, y que despues se restituyeron á España.

A mediados de Setiembre se embarcó Junot para Francia, y en el resto del mes todo su ejército, excepto las guarniciones de las plazas que hubieron de detenerse algo mas, por la resistencia que opusieron los españoles y portugueses que las sitiaban; mas, por último, aunque con trabajo, se embarcaron tambien. Padecieron bastante los franceses en la navegacion: perecieron en el mar como unos 2.000; pero al cabo, de 29.000 hombres que habian entrado en Portugal, llegaron á Francia 22.000.

Disgustó mucho este convenio á portugueses y españoles, y aun á los mismos ingleses, que se prometian, acaso con razon, mayores ventajas del concurso de circunstancias favorables al ejército inglés. Llegó á tanto el descontento en Inglaterra, y se manifestó tan general y severa la censura, que el ministerio se vió precisado á nombrar una comision, para que entendiese é informase en el asunto; pero esta fué de dictámen que no habia méritos para formar

causa á los generales ingleses que habian intervenido en las operaciones militares y en la estipulacion; y el gobierno se conformó con su parecer. De todos modos los franceses estaban ya en Francia, de donde volvieron, algun tiempo despues, á hacer la guerra en España.

que se habian creado en las provincias, dos por cada una de estas; las provincias de Madrid, Toledo y Navarra, donde no se habian podido formar las juntas al principio, enviaron tambien otros dos diputados cada una.

En virtud de los poderes amplísimos que los diputados habian recibido de las juntas, las cuales habian reasumido y ejercido desde su creacion la soberanía en sus respectivas provincias, quedó investida la central de la soberanía total, sin ningun género de limitacion ni dependencia, no sin oposicion por parte de las juntas de Valencia y de Sevilla, cuyos poderes á sus diputados estaban circunscritos á límites mas estrechos: mas al fin hubieron de ceder y conformarse: lo mismo el Consejo de Castilla, que propuso algunas restricciones; y la autoridad suprema y soberana de la Junta central fué reconocida y acatada con satisfaccion y júbilo por toda la nacion; como que de su creacion esperaba los mas felices resultados.

No correspondieron empero los sucesos á las esperanzas. La Junta central, demasiado numerosa como cuerpo ejecutivo, y sumamente reducida para deliberar en puntos legislativos, ocupóse ademas desde el principio de su instalacion del tratamiento, condecoraciones y sueldos de sus individuos y de la Junta en cuerpo, y dió algunos decretos que, siendo inútiles para el objeto principal, descontentaron á muchos. A esto se agregaba el estado de desquiciamiento en que se hallaba todos los ramos de administracion pública, imposible de mejorarse en aquellas circunstancias aun por el gobierno mejor constituido.

CAPÍTULO VI.

Junta central.—Avanzan los ejércitos españoles al Ebro.—Choques con los franceses.—Napoleon: sus conferencias en Erfurt con el emperador de Rusia: hace á la Inglaterra proposiciones de paz, que son desechadas.—Entra en España con un poderoso ejército.—Batalla de Espinosa: de Burgos: de Tudela.—El general San Juan en Somosierra.—Pasa Napoleon aquel puerto.—Retírase hácia Estremadura la Junta central.—Desgraciada muerte del marqués de Perales.—Napoleon delante de Madrid, donde entra por capitulacion.—Muerte desastrosa del general San Juan.—Movimientos y estado de las tropas españolas.—La junta central en Sevilla.

HEMOS dicho ya que se instaló en Aranjuez la Junta suprema central gubernativa del Reino. Verificóse su instalacion el día 24 de Setiembre de 1808 en el palacio de aquel bellissimo Real sitio. Al principio se componia de 24 vocales; con el tiempo ascendió su número á 35: su presidente era el conde de Florida-Blanca, ministro célebre en tiempo de Carlos III, y secretario D. Martin de Garay, que tiempo adelante fué ministro de Hacienda de Fernando VII. Casi todos sus individuos fueron nombrados por las juntas

Sin embargo, es necesario conceder á todos los miembros de aquella reunion un patriotismo y una fidelidad á toda prueba. Guiados de estos sentimientos, decretaron, aunque tarde, la formacion de un ejército de 500.000 infantes y 50.000 caballos; medida tardía, que mas fructuosamente hubiera sido sustituida con atender á tiempo al sustento, equipo y provision de los ejércitos que y aexistian, compuestos en su mayor parte de gente nueva.

Eran cuatro: el del centro, el de la izquierda, el de Cataluña, y otro de reserva. Al primero estaban destinadas las tropas de Murcia y de Valencia, que habian entrado en Madrid, y las de Andalucía, Estremadura y Castilla. El ejército de la izquierda habia de componerse de las tropas de Galicia, Asturias y montañas de Santander, con mas las que habian venido de Dinamarca. El de Cataluña contaba las tropas que habia en aquel principado, la que habia llegado de Granada, Valencia y Aragon, y la que habia desembarcado de Mallorca y Portugal. Por último, el de reserva era el de Aragon, aumentado con las fuerzas que de Valencia y otros puntos se le habian agregado durante el sitio de Zaragoza.

El mes de Setiembre salió de Madrid el general Llamas con parte del ejército del centro: siguióle con mas fuerza D. Manuel de la Peña. Situáronse estas tropas en el Ebro por la parte de Tudela, á cuya ciudad llegó el 17 de Octubre el general Castaños, que las mandaba en jefe. Convínose este general con D. Jose Palafox, que mandaba la reserva, en amenazar á Pamplona, colocando una division á es-

paldas de aquella plaza, y comunicando esta resolucion al general Blake, que mandaba el ejército de la izquierda, para que avanzase á cortar la comunicacion con Francia.

Blake, por su parte, ya habia descendido á últimos de Agosto de las montañas que separan á Galicia del reino de Leon; y siguiendo por Castilla la falda de la cordillera del Norte, se hallaba á mediados de Setiembre en Villarcayo con cuatro divisiones, que componian un total de 23.000 infantes y 400 caballos. El marqués de Portago se adelantó con una division hasta Bilbao, que ocupaban, y evacuaron á su llegada los franceses. Y si bien volvieron á tomar la villa, acudiendo con mayores fuerzas, tuvieron que abandonarla de nuevo, porque se aproximó el general Blake con fuerzas superiores. A esta sazón se incorporó al ejército de Galicia el general Acevedo, militar valiente y entendido, con 8.000 asturianos en muy buen estado, y Blake, con parte de su ejército, se situó entre Zornoza y Durango.

Habian llegado á Logroño 8.000 castellanos, con los cuales y las tropas de Aragon y ejército del centro resultaba, un cuerpo de 36.000 hombres: Blake contaba 30.000; bien que todavía no se le habia unido la tropa del marqués de la Romana. Los franceses, recobrados ya del espanto que habian causado en su ánimo los grandes acontecimientos que habian ocurrido, y los descalabros que habian sufrido en España, á despecho de la superioridad de sus fuerzas y pericia militar, reforzados ademas con nuevas tropas que habian llegado de Francia, ascendiendo ya su

ejército á cerca de 40.000 infantes y 11.000 caballos, formaron tres cuerpos, al mando, el centro, del mariscal Ney; la derecha, de Bessieres; y la izquierda de Moncey. Contaban tambien con las tropas que tenian en Cataluña, con las guarniciones de San Sebastian y de Pamplona, y con alguna tropa de reserva situada en Bayona. Igualmente les favorecia mucho su concentracion, cuando los nuestros, al contrario, ocupaban una línea muy dilatada.

Sin embargo, moviéronse los españoles, atravesando los castellanos el Ebro, y avanzando á Viana, distante de Logroño donde se hallaban, cosa de legua y media, al mismo tiempo que Grimarest se extendia desde Lodosa á Lerin, y los aragoneses se adelantaban por la parte de Sangüesa. Por órden de Grimarest ocupó á Lerin D. Juan de la Cruz Mourgeon, con unos 1.000 hombres, tiradores de Cádiz, voluntarios catalanes y un corto número de caballos. Eran bisoños los soldados, pero valientes y serenos, como lo comprobó su conducta; pues acometidos por 6.000 infantes enemigos con 800 caballos y artillería, resistieron impertérritos sus repetidas embestidas por todo el dia 26 de Octubre; fueron repelidos los franceses con el mayor valor, y desoidas sus propuestas de rendicion. Llegó la noche: dos destacamentos que habian quedado, uno en Sesma y otro en Carcar, no pudieron, por su corta fuerza, auxiliar á los de Lerin; carecian estos de municiones; y ninguna noticia tenian del general Grimarest, que sin embargo les habia ofrecido venir en su socorro si era necesario: por cuya razon tuvo que capitular el dia si-

guiente 27 Cruz Mourgeon; celebrando el enemigo mismo su valor y el de su gente, concediéndoles salir con los honores de la guerra, y estipulando que serian canjeados en seguida por prisioneros franceses.

El mismo dia 27 abandonó Pignatelli el punto de Logroño, amenazado por Ney, que en los dias 24 y 25 habia ahuyentado á los castellanos, que ocupaban á Viana y otros puntos. Fué la retirada de los nuestros tan apresurada, que estuvieron andando todo el dia en dispersion y desórden. Pignatelli no paró hasta Cintruénigo, dejando abandonada la artillería en el camino. Recobróla despues el conde de Cartaojal, que con este fin habia retrocedido con 1.500 hombres, porque el enemigo no habia seguido el alcance. Indignése el general Castaños con Pignatelli, le separó del mando, dió varias disposiciones, y resolvió mantenerse quieto hasta que llegasen las demas tropas que esperaba, y recibiese noticias del general Blake.

Se hallaba todavía este general en Zornoza el dia 31 de Octubre, muy dudoso sobre el partido que tomaria, sabiendo que los franceses habian sido considerablemente reforzados, cuando le atacó el general Lefevre con 26.000 hombres: Blake solo tenia 16.500; ni pudieron reunírsele otras dos divisiones con que contaba, por lo impracticable de los montes, que las separaban del ejército. Con todo, y aunque carecia de mucha parte de la artillería, que habia mandado camino de Bilbao, por estar ya decidido á retirarse; despues de un bien sostenido ataque, en que hubo muy poca pérdida por una y otra parte, puesto á la

cabeza de los granaderos provinciales, emprendió con orden la retirada, respetado por los franceses que no se atrevieron á perseguirle y molestarle; se le unió en el camino la tercera division, que se habia visto precisada á retirarse separadamente, y con ella se dirigió hácia Balmaseda.

Reuniéronse por fin al ejército las dos divisiones de que hemos hecho mencion, mandadas, una por el marqués de Malespina, y otra por D. Vicente María de Acevedo. También se le reunieron unos 8 ó 9.000 hombres mas de las tropas que habian venido de Dinamarca, y de otra division de Asturias que mandaba D. Gregorio Quirós. Con estas fuerzas se hallaba Blake el dia 3 de Noviembre en la Nava, dos leguas al poniente de Bilbao. Acometieron los españoles á Balmaseda, que ocupaba el general Villate, el cual, sobrecogido, se retiró precipitadamente; pero recobrado del susto, reunió su gente y tomó posicion. Acometióle Acevedo, que de antemano habia enviado por rodeos dos batallones á tomar la retaguardia á los enemigos, los cuales fueron derrotados, y huyeron despavoridos y en confusion hasta Gueñes, habiendo perdido un cañon, varios carros de municiones y muchos equipajes, entre ellos el de su general.

No estaba lejos Napoleon del teatro en que se representaban estas escenas militares. Furiosamente enardecido contra los españoles, que habian demostrado á la Europa lo quimérico de su omnipotencia, se habia propuesto subyugar la España á toda costa. Para conseguirlo mejor, quiso asegurarse primero de

la buena disposicion de la Rusia, é invitó al emperador Alejandro á una conferencia personal, que dejaron aplazada cuando la paz de Tilsit. Acudió Alejandro, y se avistaron los dos emperadores en Erfurth el dia 27 de Setiembre. En esta entrevista reconoció el emperador de Rusia por rey de España á José, y prestó de antemano su consentimiento á cuanto Napoleon dispusiese en lo sucesivo con respecto á la Península. Asistieron á estas conferencias varios soberanos de Alemania, ya en persona, ya representados por otros personajes. Pudiera disculparse en estos el aprobar las iniquidades de Napoleon, aun contra su propio porvenir, por la imposibilidad de contradecirlas sin esponerse de presente á un peligro cierto de perder sus coronas; pero muy remoto, y aun se puede decir, exento de esta esposicion el emperador Alejandro, es muy reparable que sancionase con su consentimiento la injusticia de la Francia.

Queriendo Napoleon aparentar deseos de paz, como acostumbraba siempre que proyectaba la declaracion ó prolongacion de la guerra, propuso, en union con el emperador Alejandro, un acomodamiento á la Inglaterra, seguro de que no habia de ser admitido, como no lo fué, por exigirse ó suponerse en la propuesta el reconocimiento previo de José por rey de España. Con esta seguridad, declaró su resolucion de venir á España al frente de su ejército, y lo efectuó aun antes de recibir contestacion á su propuesta.

Llegó pues á Bayona el dia 3 de Noviembre, donde supo los encuentros que habian tenido los france-

ses con las tropas españolas que mandaba Blake. Ya tenia reunidos en la frontera, para vengar el descalabro de sus armas en España, 200.000 hombres de infantería y mas de 50.000 caballos, divididos en ocho cuerpos, mandados por mariscales y generales de grande reputacion militar. Así que supo lo acaecido en Vizcaya, mandó que el mariscal Lefebvre persiguiese al general español con el cuarto cuerpo, cuyo mando le habia confiado, y que el mariscal Victor cooperase á la persecucion con el primer cuerpo que tenia á sus órdenes. Componian los dos cuerpos un total de 50.000 hombres, y acosado por ellos el general Blake, se retiró con bastante trabajo, mas no sin pelear las tropas con esfuerzo y bizarría, á Espinosa de los Monteros, adonde llegó el 9 por la tarde. Los mariscales franceses se reunieron en Balmaseda.

Estaba la tropa española fatigada, desnuda y hambrienta, y el frio empezaba tambien á mortificarla. En estas circunstancias parece que hubiera obrado prudentemente el general Blake, si hubiera dispuesto con tiempo la retirada. No pensó por desgracia de esta manera; y tomando posicion delante de Espinosa, se preparó á recibir á los enemigos. Empezaron estos á dejarse ver á poco mas del mediodia, en número de 25.000 hombres; era el cuerpo del mariscal Victor: los nuestros no llegaban á 21.000 hombres. Con todo, pelearon con gloria toda la tarde, dando mucho que hacer á los franceses, quienes no pudieron lograr ninguna ventaja, si bien tuvieron aquellos el sentimiento de que quedasen mortalmente he-

ridos los dos beneméritos jefes D. Francisco Riquelme y el conde de San Roman.

Llegó la noche, y todavía, aprovechándose de su oscuridad, hubieran podido retirarse nuestras tropas, que bien lo necesitaban, por no estar ciertamente en disposicion de pelear. Casi sin comer oficiales y soldados hacia ya dias; sin recurso de ninguna especie; abandonados los heridos; desierto el país, cuyos naturales habian huido atemorizados con el ruido de la guerra, la situacion de aquella tropa era la mas lastimosa: la noche y la ninguna esperanza aumentaban la afliccion.

Mas impresion que todos estos males causó seguramente en el ánimo de Blake el denuedo, serenidad y valentia con que se habian conducido sus soldados la tarde anterior. Creyó, por tanto, que el enemigo los miraria con respeto, y no se determinaria por entonces á acometerlos. Se engañó. Al amanecer el dia 11 los franceses, que bien pertrechados de todo habian retirado con comodidad sus heridos, renovaron el combate con gente bien alimentada, vestida y descansada; porque á la que entraba de nuevo no la habia tocado tomar parte en la accion de la tarde anterior. Acometieron una altura en la izquierda de nuestro ejército, que el dia anterior habian visto ocupada por gente bisoña: era los asturianos mandados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés. Encontró, no obstante, en ellos el enemigo una resistencia que no esperaba, y que le sorprendió; pero advirtiendo el general Maison, que los acometió con su brigada, cuánto animaban á los españoles los jefes que los

mandaban, apostó entre la maleza y quebraduras del terreno á los mejores tiradores de entre sus soldados, con órden de que apuntasen á los jefes: órden no muy honorífica, pero sí muy útil al francés, porque cayó muerto el general Quiros, contra quien se dirigian principalmente los tiros, por andar recorriendo las filas y animando á los soldados, en un caballo blanco; y tambien quedaron heridos Acevedo y Valdés, y los oficiales Escario y Peon, de mérito señalado. Con esto desmayaron los asturianos, y se desordenaron y dispersaron, ocupando la altura los franceses. Acometieron estos en seguida al centro y á la derecha: los nuestros se sostuvieron por algun tiempo; pero temerosos por la dispersion de los asturianos, empezaron á cejar y á desordenarse, por lo cual dispuso Blake la retirada. Perdimos mucha gente en aquellos dos dias: la dispersion fué muy grande: los franceses tuvieron muy poca pérdida el dia 11; bastante el dia anterior. Una division, que al mando del marqués de Malespina habia pasado, por órden de Blake, á Villarcayo, no pudo incorporarse con el ejército, y se fué agregando despues á otros ejércitos.

El dia 12 llegó Blake á Reinosa, punto de reunion que habia señalado al tiempo de emprender la retirada. Esperaba reorganizar su tropa en aquella villa, pero no le dieron lugar á ello los franceses. Napoleon habia atravesado el Bidasoa el dia 8, y en el mismo dia habia llegado á Vitoria, donde se hallaba su hermano José con el cuartel general.

A la manera de lo que le habia sucedido en otras partes, creia que ocupando la corte de Madrid, y

asegurando en ella á su hermano, daba completa cima á la conquista de España, y así formó el plan de campaña que le paració mas propio para el logro de su intento. Opuso contra el ejército de Aragon y el del centro al mariscal Moncey con el tercer cuerpo: situó al sexto en Logroño á las órdenes del mariscal Ney; y él en persona, puesto al frente de su guardia, tomó el camino de Madrid, con la reserva del segundo cuerpo que mandaba Soult, y en el cual dirigia la caballería el general Bessieres.

Avanzó pues por el camino de Burgos, donde se hallaba el conde de Belveder con 12.000 hombres en dos divisiones, habiendo quedado otra algunas leguas mas atras. Estaba muy confiado Belveder, ignorante sin duda de la superioridad de los enemigos. Habia mandado adelantarse hasta Gamonal la primera division, al mando de D. José María de Alós: habia avanzado la caballería francesa, mandada por el general Lasalle: la acometieron los nuestros, pero tuvieron que replegarse á Gamonal. Se habian reunido ya en este punto las dos divisiones de Belveder, á las cuales se fué acercando el enemigo. Estaba colocada la derecha de los nuestros en un bosque algo apartado del rio Arlanzon, que por allí corre, y la izquierda se guarecia con las tapias de una huerta; algunos cuerpos componian el centro, donde habia 16 cañones. La caballería enemiga se situó en una llanura que habia entre el rio y el bosque que ocupaba nuestra derecha, la cual fué acometida por la infantería francesa con mucha furia. Hacia nuestra artillería desde el frente un fuego muy sostenido, que

podía contener mucho á los franceses. Sin embargo, la infantería española, que ocupaba el bosque, amedrentada con la proximidad de la numerosa y brillante caballería que mandaba Lasalle, empezó á cejar y desordenarse. D. Juan Hiestrosa, que capitaneaba nuestra caballería, trató entonces de dar una carga á la enemiga, con mas intrepidez que cordura, por la conocida inferioridad en número y calidad de la arma que mandaba, respecto de la francesa. Así fué prontamente rechazado, y desparramada toda su fuerza. Con esto quedó enteramente destrozada nuestra derecha; é intimidada la izquierda, comenzó á descomponerse, y en seguida emprendió la fuga, con tanta precipitacion como desórden.

Persiguió á los fugitivos el mariscal Bessieres, quien se apoderó de algunas piezas de artillería, cayendo ademas otras muchas en poder del enemigo. Entró éste en Burgos, y la saqueó. Accion funesta, en que perdimos mucha gente, y á que se siguió una espantosa desercion. El conde de Belveder llegó en el mismo dia á Lerma, donde, segun hemos dicho, se hallaba la tercera division. Con ella y los dispersos que se habian reunido en bastante número, se dirigió á Aranda de Duero, y desde allí á Segovia.

Envío en su persecucion el mariscal Soult una columna de su ejército, y otra hácia Palencia y Valladolid, y él se dirigió al lado del Norte para cortar á Blake la retirada. Este general con la noticia de que Lefebvre se dirigia á Reinosa por la via de Villarcayo, habia enviado de la primera villa con direccion á Leon los enfermos y los heridos: presentáron-

se al frente las tropas de Bessieres: salvóse aquella, pero de estos perecieron algunos á manos del enemigo, entre ellos el distinguido general Acevedo, acuchillado por los cazadores franceses. En la noche del mismo dia 13 salió Blake de Reinosa, y caminando por entre montañas y barrancos, vino á parar al monasterio de Benedictinos de Escalona, tres leguas al Nordeste de Leon, á la falda de las montañas. Entonces, de los franceses, entró Victor en Burgos, Soult en Santander, de donde salió persiguiendo á los dispersos por la parte de Asturias, y torciendo por la Lisébana, bajó á las llanuras de Castilla: Lefebvre se dirigió á Valladolid por Carrion de los Condes.

Se hallaba Napoleon en Burgos, donde publicó el dia 12 un indulto general, que comprendia tambien á las juntas, escepto á la central. Igualmente se esceptuaban el obispo de Santander, los duques de Medinaceli, del Infantado, de Osuna y de Hajar; el conde de Altamira, el de Fernan-Núñez, el príncipe de Castelfranco, el marqués de Santa Cruz del Viso y D. Pedro Cevallos. En seguida destacó por los llanos de Castilla hasta 8.000 caballos, divididos en gruesas porciones, para asegurar la tierra y contener á los ingleses, que ocupaban á Salamanca.

Perjudiciales disensiones reinaban en el ejército español del centro. Tachábase al general Castaños de poco activo, ó de demasiado contenido; y sus censores consiguieron que se diputasen á su lado, para que le avivasen, á D. Francisco de Palafox, individuo de la junta central, al marqués de Coupigny y al conde del Montijo. No estaba el mal, ciertamente, en

la indolencia que en Castaños se suponía: era este general prudente y circunspecto, pero no indolente ó irresoluto. El mal estaba en el número y calidad de nuestras tropas, muy inferiores por ambos conceptos á las enemigas. Así es que Castaños no accedía con gusto á que se acometiese á los franceses; mas al cabo así se determinó en un consejo que tuvieron dichos personajes, y á que asistieron también el general de Aragon D. José Palafox y otros generales; pero se suspendió el ataque, por las aciagas noticias que se recibieron del ejército de la izquierda.

Entre tanto los franceses habían reunido enfrente de nuestro ejército cerca de 60.000 hombres de tropa aguerrida y perfectamente equipada, provista de abundante artillería y caballería: los nuestros eran poco mas de 40.000 hombres en muy mal estado. Por esta razón, y recelándose mucho Castaños de los intentos de los franceses, por los movimientos que los veía ejecutar, se replegó de Cintruénigo y Calahorra, y situó las tropas por las orillas del Queiles, entre Tarazona y Tudela. Tratábase del partido que se debía tomar, y nada se resolvía, cuando la mañana del 19 asomaron los enemigos por la parte de Alfaro. Diéronse entonces precipitadamente las disposiciones que se conceptuaron convenientes para la defensa, y quedó todo el ejército colocado entre Tudela y Tarazona por espacio de cuatro leguas. Acometieron los enemigos por el lado de Tudela, y fueron rechazados: volvieron á la carga, y también tuvieron que retroceder apresuradamente, perseguidos además en su retirada. Acudió entonces el general

francés Morlot, que había rechazado á los nuestros en la derecha, con lo que tuvieron estos que abandonar su posición. También fué desordenado el centro, principalmente por la caballería de Lefebvre.

Hallábase cerca de Cascante el general La Peña con una división, y fué también acometido por los franceses que rechazados con valor se retiraron, herido en la refriega su general Lagrange. Aumentóse su número, y los españoles fueron rechazados á su vez, y se refugiaron á Cascante.

No tomaron parte en la pelea las tropas de Andalucía, que permanecieron en Tarazona, aunque su general Grimarest había recibido orden de Castaños para acercarse á Cascante. Lo verificó por la noche, y al fin pudo retirarse aquella fuerza hácia Borja, donde se hallaba Castaños con otros generales.

Tuvimos bastantes muertos en esta batalla, y cogieron los franceses 2.000 prisioneros, apoderándose también de los almacenes y de mucha artillería. Gran lástima, que no pudo atribuirse á la falta de valor. Faltó el consejo en la dirección; no hubo unidad en el plan, y quedó sin combatir un crecido número de tropas, inutilizándose de este modo el valor personal bien conocido de los soldados.

Desde por la mañana se había vuelto el general Palafox á Zaragoza, en cuya ciudad se le reunieron los dispersos y fugitivos de la acción en grande número. El general Castaños se dirigió á Calatayud con las tropas de Grimarest, y en aquella ciudad recibió orden de la junta central para oponerse en cuanto pudiese á los franceses, que conducidos por Napoleon

en persona, avanzaban á Somosierra con direccion á Madrid. Salió de Calatayud el 17 para Sigüenza apostando en el camino un cuerpo de 5.000 hombres, mandado por el general Venegas, á retaguardia el ejército, para proteger su marcha. Los franceses, que venían persiguiendo á Castaños, tropezaron con las tropas de Venegas, que hallaron en posicion á dos leguas de Calatayud, cerca de Bubberca; los acometieron con dobles fuerzas; duró el combate casi todo el dia, sosteniéndose Venegas con denuedo, por cuyo motivo se detuvo la tropa francesa, y Castaños con la suya pudo llegar sin impedimento á Sigüenza, donde recayó el mando en el general La Peña, comisionado Castaños por la junta central para otros encargos.

Alarmada con tantas desgracias la junta central; llano ya el camino de Madrid á los franceses con la derrota y dispersion del ejército de Belveder, habia mandado al marqués de Castelar y á D. Tomás de Morla la guarda de los pasos que de Burgos conducen á la capital del reino por la cordillera que divide las dos Castillas. Era el punto mas amagado el puerto de Somosierra, y en él se situó el general D. Benito San Juan con 12.000 hombres y alguna artillería. Atento Napoleon á llevar adelante su proyecto favorito de posesionarse de la capital de España, cuya ocupacion esperaba que abatiria el ánimo de los españoles, y resonaria en toda la Europa, con gran prez de sus armas y provecho de sus miras ulteriores, habia mandado á Lefebvre invadir la tierra abierta de Castilla, á Moncey dirigirse contra Zaragoza, á Soult conte-

ner á los ingleses, y á Ney perseguir á Castaños; y colocándose él al frente de su guardia, las tropas de Victor y la reserva, se puso en marcha para Somosierra.

Ademas de la defensa que habia preparado San Juan en lo alto del puerto, habia apostado tambien un cuerpo de tropas en Sepúlveda, al mando de D. Juan José Sarden. Acometiéronlas los franceses en la mañana del 28, en número de 4.000 infantes y 1.000 caballos, haciendo los mayores esfuerzos por desalojarlos de la posicion que ocupaba: estrelláronse empero todos sus ímpetus contra el valor y teson de los españoles, y al cabo de tres horas de empeño el mas decidido, conocieron la inutilidad de sus esfuerzos, desistieron, y se retiraron. Los nuestros, sin embargo, temiendo ser acometidos por fuerzas á que no pudiesen resistir, se retiraron á Segovia la noche del 29.

Quedó pues el general San Juan únicamente con las fuerzas que defendian el puerto. Atacáronlas los enemigos al amanecer del dia 30, con una gruesa columna y seis piezas de artillería; pero fueron rechazados. A este tiempo habia llegado Napoleon al pié de la sierra, y mandó á los cazadores á caballo de su guardia y á los lanceros polacos embestir á escape por la calzada las baterías de los españoles. Lo hicieron; pero pagaron bien cara su temeridad, porque quedó el suelo lleno de cadáveres. Sin embargo, habia mandado Napoleon otras dos columnas por las alturas que á derecha é izquierda ciñen el camino del puerto, las cuales, á favor de la niebla que cubria el cielo, habian logrado amenazar á los nues-

tros por los costados. Volvió entonces á embestir lá caballería enemiga, y los nuestros empezaron á ceder, y por último desampararon la artillería. Determinado y animoso el general San Juan, recorría el terreno por en medio de los mismos caballos enemigos para rehacer á los suyos; pero al fin no pudiendo conseguirlo, atropelló á los ginetes polacos que lo rodeaban, y herido en la cabeza pudo llegar á Segovia.

Súpose en Aranjuez la desgracia de Somosierra el día 1.º de Diciembre muy temprano. La junta central, proscrita por Napoleon, y mas comprometida por haber mandado quemar por mano del verdugo unas cartas que los ministros de José habian escrito al presidente de la junta, al decano del Consejo Real y al corregidor de Madrid, exhortándoles á someterse al intruso, conoció el gran peligro en que se encontraba, y la necesidad de trasladarse á otro punto mas seguro; y despues de alguna deliberacion determinó trasladarse á Badajoz, para donde salió en la tarde y noche del mismo día 1.º, despues de haber destinado algunos de sus individuos para ir á animar y sostener el patriotismo en las provincias.

En Madrid, alarmado el vecindario con tan funestas noticias, se agolpó el día 30 de Noviembre delante de la casa del capitan general, pidiendo armas. Se distribuyeron 8.000 fusiles, y ademas se armaron los paisanos con todo lo que pudieron haber á las manos. Se abrieron y artillaron fosos delante de las puertas de la villa; cortáronse con zanjas la carrera de San Gerónimo y las calles de Atocha y de Alca-

lá; se desempedrarón algunas otras, proveyéndose de morrillos los vecinos para arrojarlos por las ventanas y balcones contra los enemigos, ó bien disponiendo las piedras en las calles de modo que se mancasen los caballos; aspilleráronse las tapias que circundan á Madrid; y el pueblo todo se hallaba en el mas alto grado de exaltacion, que era el único medio de defensa con que se podia contar, cualquiera que fuese su fuerza; porque ni Madrid es un punto que se puede defender, ni los reparos que de prisa se levantaron servian de mucho para su defensa.

En medio de esta agitacion, no habia, por desgracia, el suficiente surtido de cartuchos; faltaron para bastantes vecinos; y algunos estaban hechos con arena en lugar de pólvora. Habia corrido con este ramo el regidor marqués de Perales, muy querido del pueblo bajo, en el cual tenia todas sus amistades y relaciones, y aun se vestia muchas veces á su usanza. Pero el pueblo, siempre veleidoso, dió crédito á una mujer de su misma laya, que resentida del marqués, porque habiéndola obsequiado algun tiempo, la habia dejado por otra, divulgó la especie de que habia sido él quien habia mandado llenar de arena los cartuchos, y aun añadia que habia prometido á los enemigos franquearles la entrada por la puerta de Toledo. Agregábase á estas voces el rumor que corria, no sabemos si con verdad, de que el marqués habia ido á visitar á Murat, y que éste le habia agasajado mucho. Causas ambas bastante fuertes, para que toda la inclinacion que la plebe le tenia, se convirtiese en odio y furor contra él, como sucedió;

y en tanto grado, que invadiendo su casa le dieron de puñaladas, y le arrastraron despues por las calles. Desman, atrocidad que contrista, y que manifiesta lo poco que hay que fiar en la aura y favor popular.

Tal vez la mala disposicion de los ánimos hubiera tenido resultados igualmente deplorables respecto de otras personas, si la aproximacion de los enemigos á Madrid no hubiera llamado esclusivamente la atencion de todos. Habíanse divisado primero algunas descubiertas de caballería, pero el dia 2 por la mañana se dejaron ver columnas de la misma arma por la parte del Norte. Acercóse á Madrid el mariscal Bessieres; y habiendo intimado por medio de un oficial la rendicion de órden de Napoleon que habia llegado á Chamartin, se respondió con fiereza á la intimacion. No podia el enemigo intentar todavía el ataque contra la poblacion, porque no habia acabado de llegar su infantería. Así el dia 2 se pasó sin que hubiese habido ningun hecho notable: Napoleon recorria los alrededores de la Villa, y entre las avanzadas habia sus tiroteos.

A las doce de la noche volvieron los franceses á intimar la rendicion: á eso de las nueve de la mañana del dia 3 empezaron á batir las tapias del Retiro por el lado de Oriente con treinta cañones que habian colocado por la noche en batería, llamando al mismo tiempo la atencion por otros puntos desde la puerta del Conde-Duque hasta la de Alcalá por la parte alta. Intentó una columna enemiga penetrar por la puerta de Recoletos, pero la contuvo una batería nuestra que estaba colocada en la Veterinaria,

y aun cayeron algunas balas cerca de Napoleon, que se hallaba junto á la fuente Castellana, y en su vista se situó mas atrás.

Los españoles que defendian el Retiro eran todos paisanos y tropa nuevamente levantada: se mantuvieron firmes sin embargo por algun tiempo; pero habiendo entrado una division francesa, derribada una parte de la tapia, retrocedieron y abandonaron el Retiro. Avanzaron entonces los franceses hácia el Prado, por cuya razon las tropas que custodiaban las puertas de Atocha, Alcalá y Recoletos, se refugiaron detrás de las cortaduras que se habian hecho en las calles inmediatas.

Es el Retiro un punto militar muy importante porque domina á Madrid; sin embargo su pérdida no desanimó á sus defensores, que se sostuvieron con serenidad causando alguna pérdida al enemigo. En la calle de Atocha fué muerto Bruyere, general francés. Duró el combate hasta las doce del dia, cuando el marqués de Castelar respondiéndole á la intimacion que se habia hecho la noche anterior, dijo que para resolver, necesitaba enterarse de cuál era el ánimo del pueblo, y consultar á las demas autoridades, para todo lo cual, pidió la suspension de hostilidades por todo el dia. Accedió Napoleon, dando de tregua hasta las dos, para enviar comisionados que tratasen sobre la entrega. Fueron en efecto D. Tomás Morla y D. Bernardo Triarte. Napoleon, dirigiéndose á Morla, le amenazó que le pasaria por las armas á él y á toda la tropa, si á las seis del dia siguiente no se entregaba la Villa. Volvieron los co-

misionados; dieron parte á la junta de autoridades; estuvieron algunos vocales por la defensa; la mayoría por la rendicion, y á las seis de la mañana del día 4, D. Tomás de Morla y el gobernador militar de Madrid, D. Fernando de la Vera y Pantoja, llevaron la capitulacion al emperador, que la aprobó con algunas ligeras variaciones y aclaraciones. Reduciase sustancialmente á que las tropas saldrian de la plaza con los honores de la guerra, y quedarian en libertad; pero Napoleon limitó este último extremo á los que habian sido alistados hacia cuatro meses, debiendo los demas quedar prisioneros de guerra hasta ser canjeados, lo que debia verificarse inmediatamente; libertad y seguridad de vidas, propiedades y empleos para todos, sin que ninguno pudiese ser perseguido ni molestado; conservacion de nuestras leyes, costumbres y tribunales, segun entonces se hallaban constituidos; que no se exigirian mas contribuciones que las que ordinariamente se habian pagado hasta aquel dia: *concedidos ambos puntos hasta la organizacion definitiva del reino*; y sobre todo la conservacion de la religion católica, apostólica romana, sin tolerar ninguna otra segun las leyes.

En consecuencia ocuparon algunas tropas francesas los puntos principales de la capital á las diez de la mañana del mismo dia 4; pero bien pronto faltó Napoleon á lo estipulado en la capitulacion, como era de esperar. Desde el mismo Chamartin, donde se hallaba, destituyó á todos los individuos del Consejo de Castilla, mandando que quedasen detenidos como en rehenes: abolió la inquisicion y los derechos

señoriales, y suprimió dos terceras partes de los conventos. Fué preso, juzgado militarmente, y sentenciado á muerte el marqués de San Simon, de nacion francés, emigrado, y que hallándose al servicio de España, habia defendido en aquellos dias la puerta de Fuencarral, si bien las lágrimas de su hija pudieron alcanzar que fuese conducido á Francia. Tambien lo fueron el príncipe de Castelfranco, el conde de Trastamara, el decano del Consejo D. Arias Mon, con otros magistrados. El duque del Infantado habia salido la mañana del 2 en busca del ejército del centro; el vizconde de Gante, á quien estaba encomendada la puerta de Segovia, habia ido á unirse con el general San Juan; y el marqués de Castelar tambien habia salido hácia Estremadura con la poca tropa que habia dentro de Madrid, la víspera de la rendicion, por la noche.

Pasó á cumplimentar á Napoleon en Chamartin el corregidor de Madrid, de quien exigió que todos los vecinos jurasen fidelidad á su hermano José, si este habia de reinar en España, como lo pedia el Ayuntamiento en virtud de orden espresa que para pedirlo le habia dado el mismo emperador, sin embargo de que yo puedo, le dijo, mandar en España por derecho de conquista: porque se figuraba que ocupada la capital del reino sucederia lo que en otras partes, que las provincias se someterian á su dominacion. Reparable ceguedad en un hombre á quien pintan sus apasionados como el político mas consumado de su época.

Hizo en efecto la ceremonia del juramento el pue-

blo de Madrid; pero las provincias, lejos de arredrarse por este suceso, que tardaron en creer, midiendo los resultados de la guerra por la intensidad de sus deseos, redoblaron con su noticia sus esfuerzos y actividad, porque con los contratiempos se aumentaba el encono contra los invasores. Ninguna provincia, ningun pueblo, ni la mas pequeña aldea se habia prestado, no digamos á rendirle homenaje, pero ni aun á manifestarle la admiracion por la fama de que tenia llena toda la Euroqa. Aquejábanle esta actitud y desden de los españoles, y no podia menos de serle temibles, enterado como lo estaba de que su teson y su valor habian sido en muchas ocasiones el asombro del mundo; mucho mas cuando recibia noticias de que los ejércitos dispersados se reunian y aumentaban, que sus comunicaciones eran interrumpidas y sus destacamentos acometidos.

Disgustado por este mal aspecto de las cosas revolvia en su ánimo los medios de deshacer enteramente los restos de los ejércitos españoles, y perseguir al mismo tiempo á los ingleses; y estos cuidados absorbian del todo su atencion. Así es que solo una mañana entró en Madrid, y se dirigió al real Palacio que dicen le pareció suntuoso; ni se cuidaba de restablecer en el trono á su hermano, aunque se le presentó en Chamartin viniendo de Burgos, por lo que pasó desairado al Pardo. Envió, sí, parte de sus tropas en persecucion de las españolas hácia Tarancon, Aranjuez y Toledo.

Por estos dias el general San Juan, que con los dispersos que juntamente con D. José Heredia habia

podido reunir en Segovia, se habia situado en el Escorial antes de que capitulase Madrid, se habia puesto en camino para socorrerla, instado por el vizconde de Gante. No estaba ya lejos de la capital, cuando cundió entre la tropa la voz de que estaba la plaza sumamente apurada, con otras noticias en estremo tristes, que fueron causa de que todos los soldados se dispersasen, sin que los jefes pudiesen contenerlos. Habia señalado San Juan á Talavera por punto de reunion, y allí efectivamente se habia alojado en el convento de San Agustin. Trataba de contener los escesos que por todas partes, y en el mismo Talavera, cometian los dasbandados; pero estos, rehusando volver á sujetarse á la disciplina militar, empezaron á apellidar traidor á su general; invadieron el dia 7 el convento, y capitaneados por un perverso fraile, entraron en su habitacion y le asesinaron, aunque se defendió con serenidad: desnudaron el cadáver, lo mutilaron y arrastraron, y en un paseo público le colgaron de un árbol, y aun allí le llenaron de balazos.

Habia llegado el duque del Infantado la noche del 2 á Gualalajara, donde se hallaba el ejército del centro, que puesto en camino desde Sigüenza para cooperar á a defensa de Somosierra, segun las órdenes que habia recibido, torció á poco tiempo hácia Gualalajara, con la noticia de haber forzado los franceses el puerto de Somosierra. Reunido el Infantado con los generales, determinaron todos socorrer á Madrid: el ejército, que efectivamente se puso en marcha con este objeto; pero en el camino se supo la rendicion de la capital, y el ejército se dirigió á

Cuenca, habiéndosele incorporado D. Pedro de Llamas con algunos soldados, con los cuales se hallaba en Aranjuez, que tuvo que abandonar.

Seguía á los nuestros el enemigo con con grande empeño, sin que por eso sufriesen pérdida mayor, aunque fueron despiadadamente degollados en el Nuevo Bastan algunos rezagados. Cuidados mas graves ocasionó la indisciplina de la tropa: la de las divisiones 1.^a y 4.^a, capitaneadas por el teniente coronel de artillería D. José Santiago, quiso, alborotada, volver hácia Madrid y acometer á los franceses. Pudo contener por algun tiempo, aunque con trabajo, á los alborotados el conde de Villariego, que mandaba las divisiones, á lo que contribuyeron tambien algunas providencias del general en jefe, avisado oportunamente por el conde: pero volvieron á insistir los sublevados en su propósito, puesto de nuevo D. José Santiago á la cabeza. Don Andres de Mendoza que guiaba la artillería con la caballería y dos regimientos de infantería, por otro camino que el que llevaba el conde de Villariego con el resto del ejército; creyó que el conde de Miranda, comandante de carabineros reales, infundiria mas respeto á los alborotados; le propuso que se encargase del mando, y el conde lo aceptó. En seguida llamó á Santiago, y no permitiéndole separarse de su lado, se pudo disponer que prosiguiese marchando la tropa. Sin embargo, el general D. Manuel la Peña que lamandaba, conociendo que el espíritu de insubordinacion habia inficionado todo el ejército, reunió en consejo de guerra, en el cual separándose del mando, propuso

que recayese en el duque del Infantado, y así se resolvió, aprobándolo despues la Junta Central: triste necesidad, algunas veces, de los gobiernos tener que sancionar, por evitar mayores males, las consecuencias de la desobediencia.

Por fin, despues de mil obstáculos y privaciones, dificultades y trabajos padecidos en una larga marcha y en el mes de Diciembre, se halló á mediados de este reunida en Cuenca una fuerza no despreciable con bastante artillería; y aun se aumentó posteriormente con otra porcion de tropa que no se esperaba en aquella ciudad, porque formando parte de la vanguardia, fué interceptada por los enemigos en el camino, y desde el 21 de Noviembre habia quedado desmembrada del ejército. Sin embargo, el conde de Alacha que la mandaba, la condujo salva por entre los enemigos, en medio de indecibles trabajos, descalzo y casi desnudo el soldado, hambriento, y atravesando por montes escarpados y veredas impracticables: por último, entraron todos alegres en Cuenca, llevando tambien algunos franceses prisioneros.

La Mancha se hallaba á merced enteramente del enemigo; Toledo, despues de haber enviado á Sevilla 12.000 espadas de su acreditada fábrica, hubo de recibir á los franceses. Mas decision mostró la villa de Villacañas, que resistió por espacio de cinco dias los esfuerzos que hizo la caballería francesa por entrar en ella, teniendo por último que retirarse.

Con la derrota de nuestros ejércitos en el centro, quedaba el campo libre para los desfiladeros de Sieramorena; por lo que la junta central mandó for-

tificar aquellos puntos con bastante artillería, de que estaban provistas las Andalucías, y apostó allí unos 6.500 hombres de tropa, única fuerza que por entonces se pudo reunir, y que fué aumentándose despues, dando tiempo para ello los franceses, llamada su atención hácia otros puntos.

Habianse cometido por este tiempo algunos excesos graves en la Mancha, donde fueron asesinados el ministro de Hacienda de Cárlos IV, Soler, y el canónigo de la iglesia Primada de Toledo, D. Juan Duro, amigo del príncipe de la Paz. En Estremadura, amenazada ahora por los franceses, fueron tambien asesinados en la villa de Usagre su alcalde mayor, y en Badajoz el tesorero general que habia sido D. Antonio Noriega, un coronel de milicias y dos prisioneros franceses: y si bien los asesinos de estos dos últimos pueblos fueron castigados con el último suplicio, contristaban generalmente estos sangrientos atentados, fruto amargo de circunstancias tan azarosas.

Mandaba el ejército de Estremadura el general Galluzo, quien pensó en fortificar y guardar los puentes del Tajo. Los franceses, sin embargo, ocuparon primero el del Arzobispo, y el general Trias que iba á guarnecerle tomó posicion para observar los enemigos. Atacáronle estos y se retiró; con lo cual Galluzo, que custodiaba el puente de Almaráz con 5.000 hombres dejando, para defenderle dos batallones y una compañía de zapadores, se retiró con el resto de la tropa á Jaraicejo, tres leguas detrás de Almaráz. Mandaba el mariscal Lefebvre la fuerza enemiga, que

ascendia á 25.000 hombres, entre ellos 3.000 de caballería. Una de sus divisiones acometió y tomó el puente de Almaráz, perdiendo nosotros allí 200 prisioneros: el fuego duró una hora. No contemplándose Galluzo en seguridad con la toma del puente, se replegó á Trujillo. Estas retiradas eran en aquel tiempo origen, por lo comun, de murmuraciones y quejas contra los jefes; porque contando el soldado con su valor y decision, creia que habia lo bastante para resistir y aun vencer al enemigo, y no podia persuadirse de la necesidad de esquivar los combates. Acaso no pocas veces tenia una buena parte en las hablillas la envidia y el interés personal, y aun la codicia y la repugnancia á la disciplina, que hallaban en la revuelta un medio de entregarse al pillaje y á los excesos de la libertad. Cundió, pues, la fermentacion por todo el ejército; y el general Galluzo determinó, vista la mala disposicion de la tropa y la mucha fuerza del enemigo, retirarse hácia la sierra que divide á Estremadura de Andalucía, y se fijó en Zalamea, adonde el dia 28 de Diciembre llegó el ejército en esqueleto: tan grande habia sido la dispersion. Pero pudieron librarse 17 piezas de artillería, y posteriormente llegaron á Zalamea otros 1.200 hombres. Con la retirada de nuestro ejército avanzaron los franceses y entraron en Trujillo.

La junta Central, al pasar por Estremadura en su viaje á Sevilla, adonde llegó el 17, habia nombrado en lugar de Galluzo al general Cuesta, á petición de las juntas extremeñas, por gozar buen concepto el general en aquella provincia, donde habia manda-

do anteriormente. Fijó Cuesta su cuartel general en Badajoz, hizo venir á aquella plaza las tropas que estaban en Zalamea, y empezó á reorganizar el ejército. La Junta Central por separado, mandó guardar con las fuerzas que se pudiesen reunir las avenidas de Andalucía.

El día 18 empezó de nuevo la junta sus sesiones en el Alcázar de Sevilla. El día 28 murió el conde de Floridablanca, aquel político, diestro en los tiempos de Carlos III, y siempre buen español. Celebráronse con pompa régia sus exequias, y se le hicieron honores de Infante de Castilla. Fué nombrado en seguida vicepresidente de la Junta el marqués de Astorga, grande de España.

CAPÍTULO VII.

Cuidados de la junta central.—Desasosiego de Napoleon.—Indecision de los ingleses: caminan hácia Valladolid: encuentros que tienen con los franceses.—Marqués de la Romana.—Pasa Napoleon el puerto de Guadarrama.—Retiranse los ingleses al Esla.—Encuentro en Benavente.—Siguen su retirada los ingleses á Galicia: su insubordinacion.—Es sorprendida en Mancilla una division española.—Retirase el marqués de la Romana la via de Galicia.—Trabajos de los españoles en su retirada.—Pérdidas é indisciplina de los ingleses.—Siguenles los franceses.—Batalla de la Coruña: muerte del general Moore.—Embárcanse los ingleses: entran en la Coruña los franceses.—El marqués de la Romana en Galicia.—Se dirige Soult á Portugal.—Napoleon en Valladolid restituyéndose á Francia: preparativos del Austria para la guerra.—José Bonaparte.—Ejército del centro.—Batalla de Uclés: violencias é atrocidades de los franceses.—Entra de nuevo José en Madrid.

ANGUSTIOSA era la situacion de la junta central en aquellos momentos. Ya no existian los ejércitos nacionales: solo se contaban, y muy decaidos, algunos restos en varias plazas y puntos, estos abiertos al enemigo. Poco se podía esperar del ejército inglés despues de haber desaparecido los nuestros, máxime hallándose en España Napoleon al frente de un ejér-

desgraciada accion de Tudela, y dió sus órdenes para ello. Habian tratado de disuadirle la junta central y el mismo embajador inglés Mr. Frere, en gran manera afecto á los españoles; lo mismo D. Tomás Morla, pidiéndole que acudiese al socorro de Madrid; y finalmente el inglés sir Carlos Stuart, quien le aseguró que la poblacion de Madrid estaba decidida á oponer una fuerte resistencia. Eran de mucho peso para el general Moore el testimonio de Stuart, y los deseos y parecer del ministro británico Frere; y así empezó á flaquear en su propósito de retirarse; y por último, se resolvió á marchar camino de Valladolid con sus tropas, reunidas ya casi todas, y pudiendo las demas reunirse con facilidad. Empezó pues la marcha el día 12 de Diciembre, aunque el día 9 habia sabido por el coronel Graham, á quien habia enviado á cerciorarse del estado en que se hallaba la defensa de Madrid, que los franceses se habian posesionado del Retiro y habian intimado la rendicion á la villa.

En la noche del mismo día 12 sorprendió y destrozó en Rueda la caballería inglesa á un destacamento de dragones franceses. En Valdestillas habia sido muerto un oficial francés que conducia pliegos de Napoleon para el mariscal Soult, y fueron entregados en Alaejos al general inglés. En ellos se noticiaba al mariscal francés que las tropas de su nacion ocupaban á Madrid, y se le mandaba que dominase las llanuras de Castilla, y ocupase á Zamora y á Leon.

Hallábase el marqués de la Romana en esta últi-

ma ciudad con 16.000 hombres del ejército de la izquierda que habian podido reunirse, la mitad de ellos en muy mal estado: con la otra mitad avanzó hácia Cea: los ingleses se habian acercado á Sahagun, donde su caballería acuchilló y derrotó á unos 600 dragones enemigos: Moore asentó en aquella villa el cuartel general de su ejército, que ascendia á mas de 25.000 hombres, entre ellos 2.300 de caballería, ademas de algunos otros cuerpos que quedaban todavía bastante á retaguardia.

Con estas fuerzas pensaba el general inglés moverse contra el mariscal Soult, que hallándose con diez y ocho mil hombres entre Saldaña y Carrion de los Condes, se habia reconcentrado hasta esta última villa al saber la proximidad de los ingleses. Al ir estos á emprender su movimiento, supo Moore el día 23 de Diciembre, por noticias que le daba el marqués de la Romana, y que se confirmaron por otros conductos, que Napoleon en persona, con fuerzas considerables, marchaba contra él. Así era: al frente de los 60.000 hombres, que hemos dicho habian partido de las inmediaciones de Madrid con direccion á Castilla, se puso el emperador. Empezó el ejército á subir por el camino del puerto de Guadarrama: arredrábale el intenso frio que se sintió aquel año, pues al pié de la cordillera, por la parte del mediodía, señaló el termómetro de Reaumur nueve grados debajo de cero: aquejábanle ademas la nieve y los ventisqueros en tanto grado, que una parte de la caballería y la artillería volante tuvo que detenerse por algunas horas á la mitad de la subida, aguardando á que se

cito numeroso y aguerrido, el mismo con el cual, y con su mágico nombre, habia domado la Europa. Solo la probabilidad de que, ante todo, emplearia el emperador la fuerza de sus tropas en perseguir á los ingleses, segun era grande la aversion con que los miraba, ofrecia algun motivo de esperar, que por algun tiempo á lo menos quedarian libres las provincias de Levante y Mediodía, y se podria acudir á formar nuevos ejércitos; pues á todo se prestaban los pueblos con la mejor voluntad, aumentándose, en vez de entibiarse, su patriotismo con los reveses.

Así fué: Napoleon entre los muchos y gravísimos cuidados que le aquejaban, por el aspecto que presentaban y giro que podian tomar las cosas en todas partes, despues de la asombrosa resolucion de los españoles, daba en su ánimo la preferencia á deshacer el ejército de su tenaz y formidable rival la Inglaterra. Pero desesperábale la escasez de noticias y la contradiccion de las que recibia acerca del paradero del ejército inglés, porque la fidelidad de los naturales y el odio con que miraban á los franceses, era un obstáculo para recibirlas exactas y á tiempo. Así revolvía en su mente muchos y diferentes planes y modos de conseguir sus deseos, siempre inquieto é impaciente, hasta que cerciorado por último de que los ingleses trataban de reunir sus fuerzas en Castilla la Vieja, determinó salirles al encuentro; y habiendo dejado 10.000 hombres en Madrid, mandó que partiesen otros 60.000 con direccion al Puerto de Guadarrama.

El jefe del ejército británico, sir Juan Moore, des-

de que puso el pié en España, empezó á verse agitado de pensamientos varios. Aunque no se le podia ocultar la decision unánime y general de los españoles de resistir á los invasores, y negarse á todo acomodamiento con ellos, estrañaba no hallar en el país aquellas manifestaciones estrepitosas de entusiasmo, que seguramente se habia prometido presenciar, como si el patriotismo debiera producir por tiempo ilimitado esos movimientos esterioros tan estraordinarios, y sin hacerse cargo de que tampoco era posible ni conveniente ese patriótico desórden, llamémosle así, establecidas ya las nuevas autoridades, y regularizada, bien ó mal, la marcha de los negocios públicos. Estaba tambien preocupado el general inglés, como lo estaba todo el continente, menos la España, con la idea de que los ejércitos franceses eran invencibles: se afirmó en esta preocupacion viendo deshechos los ejércitos españoles, cuyas ulteriores derrotas borraron seguramente la impresion que haria en su ánimo la victoria de Bailen.

Despues de mil dudas y perplejidades, se habia decidido al principio á obrar ofensivamente cuando nuestros ejércitos se hallaban en el Ebro, y con este fin habia avanzado hácia Salamanca, donde le dejamos el 23 de Noviembre; pero una gran parte de sus tropas se hallaban á bastante distancia, pues todavía estaban algunos cuerpos sobre Astorga y otros caminando desde Estremadura. Teniendo así como diseminado su ejército, recibió la noticia de las derrotas de Espinosa y de Burgos, y trató de retirarse á Portugal; á lo que se decidió por último, en vista de la

desgraciada accion de Tudela, y dió sus órdenes para ello. Habian tratado de disuadirle la junta central y el mismo embajador inglés Mr. Frere, en gran manera afecto á los españoles; lo mismo D. Tomás Morla, pidiéndole que acudiese al socorro de Madrid; y finalmente el inglés sir Carlos Stuart, quien le aseguró que la poblacion de Madrid estaba decidida á oponer una fuerte resistencia. Eran de mucho peso para el general Moore el testimonio de Stuart, y los deseos y parecer del ministro británico Frere; y así empezó á flaquear en su propósito de retirarse; y por último, se resolvió á marchar camino de Valladolid con sus tropas, reunidas ya casi todas, y pudiendo las demas reunirse con facilidad. Empezó pues la marcha el día 12 de Diciembre, aunque el día 9 habia sabido por el coronel Graham, á quien habia enviado á cerciorarse del estado en que se hallaba la defensa de Madrid, que los franceses se habian posesionado del Retiro y habian intimado la rendicion á la villa.

En la noche del mismo día 12 sorprendió y destrozó en Rueda la caballería inglesa á un destacamento de dragones franceses. En Valdestillas habia sido muerto un oficial francés que conducia pliegos de Napoleon para el mariscal Soult, y fueron entregados en Alaejos al general inglés. En ellos se noticiaba al mariscal francés que las tropas de su nacion ocupaban á Madrid, y se le mandaba que dominase las llanuras de Castilla, y ocupase á Zamora y á Leon.

Hallábase el marqués de la Romana en esta últi-

ma ciudad con 16.000 hombres del ejército de la izquierda que habian podido reunirse, la mitad de ellos en muy mal estado: con la otra mitad avanzó hácia Cea: los ingleses se habian acercado á Sahagun, donde su caballería acuchilló y derrotó á unos 600 dragones enemigos: Moore asentó en aquella villa el cuartel general de su ejército, que ascendia á mas de 25.000 hombres, entre ellos 2.300 de caballería, ademas de algunos otros cuerpos que quedaban todavía bastante á retaguardia.

Con estas fuerzas pensaba el general inglés moverse contra el mariscal Soult, que hallándose con diez y ocho mil hombres entre Saldaña y Carrion de los Condes, se habia reconcentrado hasta esta última villa al saber la proximidad de los ingleses. Al ir estos á emprender su movimiento, supo Moore el día 23 de Diciembre, por noticias que le daba el marqués de la Romana, y que se confirmaron por otros conductos, que Napoleon en persona, con fuerzas considerables, marchaba contra él. Así era: al frente de los 60.000 hombres, que hemos dicho habian partido de las inmediaciones de Madrid con direccion á Castilla, se puso el emperador. Empezó el ejército á subir por el camino del puerto de Guadarrama: arredrábale el intenso frio que se sintió aquel año, pues al pié de la cordillera, por la parte del mediodía, señaló el termómetro de Reaumur nueve grados debajo de cero: aquejábanle ademas la nieve y los ventisqueros en tanto grado, que una parte de la caballería y la artillería volante tuvo que detenerse por algunas horas á la mitad de la subida, aguardando á que se

templase el temporal. Caminaba también el resto de la tropa con dificultad y lentitud, y aun hizo ademanes de detenerse. Entonces Napoleón, apeándose del caballo, se puso al frente, y dijo: "¡Cómo! ¿Es posible que á los vencedores de los Alpes les arredre una montaña del interior de España? Adelante!" y empezó á andar. Todos le siguieron sin la menor señal de repugnancia: tal era el ascendiente que había adquirido aquel guerrero sobre el ánimo de sus soldados. Doblaron pues los franceses el puerto de Guadarrama los días 23 y 24 de Diciembre, no sin pérdida de hombres y caballos. Pero al bajar á Castilla, suavizado ya el tiempo, empezó á llover con abundancia: atollábanse la artillería y los equipajes: los pueblos estaban desamparados y silenciosos, ahuyentados sus moradores con el estrépito de la guerra: sucesos inevitables á las fuerzas humanas, por grandes que sean, y que por lo tanto detuvieron la marcha del ejército francés, é impidieron el objeto que se había propuesto Napoleón de situarse á retaguardia de los ingleses, suponiendo que habían ido en seguimiento del mariscal Soult.

No era necesario ser un gran general para descubrir este plan. Y así el general Moore, á la primera noticia que tuvo del movimiento de Napoleón, empezó á retirarse el día 24 hácia el Esla, dirigiéndose con una columna á Benavente por el puente de Castro Gonzalo, y enviando otra á Villamañan por las barcas de la antigua Coyanza, hoy Valencia de D. Juan. No se acercaron á esta villa los franceses, como temían sus contrarios, que los estuvieron esperando en

Villamañan con la artillería apostada en el llano de cerca de una legua, que media entre las dos villas; pero á la última llegaron á las nueve de la noche como unos 200 caballos ingleses con la noticia de que habiendo vadeado el Esla por la parte de Benavente el general francés Lefebvre, Desnouettes con 600 hombres de infantería, por haber cortado los ingleses el puente de Castro Gonzalo, fué hecho prisionero con 70 soldados.

Signió el ejército inglés su retirada por ambos caminos; pero por desgracia, ya antes de llegar al Esla, había empezado á desmandarse la tropa, yendo cada día en aumento la relajación de la disciplina. En Valderas, en Benavente y por todo el camino habían ido cometiendo excesos los soldados, sin que bastase á contenerlos la vigilancia de los oficiales ni la autoridad del general, aunque mucho le pesaban los desórdenes de la tropa. Pero subieron de punto los atentados desde que se avivó la persecución por parte de los franceses, superado el obstáculo de la destrucción del puente de Castro Gonzalo, que los detuvo por algún tiempo. Retirándose pues el general Moore, se hallaba el día 30 en Astorga, adonde llegó el mismo día el marqués de la Romana, que había salido de Leon la noche del 29.

En este día fué sorprendida en Mansilla de las Muñas la segunda división del ejército de la izquierda por las tropas del mariscal Soult, á quien Napoleón había mandado perseguir á los españoles, mientras iba él en seguimiento de los ingleses, camino de Astorga. Quedaron prisioneros la mayor parte de los nuestros,

sobrecogidos con la inesperada llegada de los enemigos. Males gravísimos produce en la guerra la falta de vigilancia. Esta sorpresa fué el motivo por qué el marqués de la Romana abandonó á Leon, y se trasladó á Astorga con su gente, que se hallaba en el mas deplorable estado.

Opinaba el general español, y tambien varios oficiales ingleses, que se debia esperar y hacer frente á los franceses en tierra de Astorga ó á la entrada del Vierzo, que ofrecian puntos á propósito para el efecto por su escabrosidad. No pensaba así el general Moore; y mandando inutilizar todo lo que no podia llevar consigo el soldado, dispuso que prosiguiese la retirada la via de Galicia, por el ancho y cómodo camino de Manzanal, señalando á los españoles el áspero y molesto de Fuencebádon, si bien consintió en que se retirase por el primero la artillería española, y desgraciadamente para nosotros; porque los ingleses, contra las órdenes de sus jefes, se apoderaron de varios tiros de mulas que la conducian, y fué necesario abandonar ó despeñar algunos cañones para que no cayesen en manos del enemigo.

En la retirada del ejército español por el puerto de Fuencebádon se padecieron mil trabajos y desgracias. Se hallaba el camino casi impracticable por la mucha nieve que habia caido, viéndose ademas muy embarazadas nuestras divisiones, por haber tomado el mismo camino otra division inglesa. Hambrientos, descalzos y casi desnudos nuestros soldados en la estacion mas rigorosa del año, y en una tierra frísimas; perseguidos encarnizada é incesantemente por

un enemigo activísimo y poderoso, hubieran perecido todos ó se hubieran alborotado para entregarse á los franceses, si no hubieran sido españoles, modelo inimitable de constancia, de sufrimiento y lealtad. De las tres divisiones que así se retiraban, pudieron ganar la sierra la segunda y tercera: la primera no fué tan afortunada, pues un gran número de sus soldados fueron hechos prisioneros en Turienzo. El marqués de la Romana se internó con su estado mayor en el valle de Valdeorras, adonde fueron llegando los dispersos, aunque en bien corto número. No hubo plan ni prevision en la retirada: las divisiones caminaban al acaso, guiadas únicamente por el instinto: con alguna mas serenidad y las prevenciones convenientes por parte de los jefes, hubiera sido mucho menor el mal.

Aunque no tan descaudados los caudillos ingleses, no pudieron, con todo, evitar el desorden en sus subordinados. La activa persecucion de los franceses y lo rigoroso de la estacion habian desfigurado enteramente aquel lucidísimo ejército, con pérdida de caballos, municiones, provisiones y bagajes; y lo que es peor, con gran detrimento de la moral y obediencia del soldado, que se entregaba por los pueblos á todo género de escesos. Así llegaron en tres divisiones y un cuerpo de reserva á Villafranca del Vierzo el dia 2 de Enero en número de 19.000 hombres. Seguíanlos el mariscal Soult con 25.000 de los 80.000 con que Napoleon habia llegado hasta Astorga. Seguian á Soult, para sostenerle, otros varios cuerpos de bastante fuerza; y habiendo entrado en el Vierzo,

se encontró su vanguardia con los ingleses, que le esperaban hácia Cacabelos y Bembibre: la mandaba el general Colbert, que acometió con ímpetu á los ingleses, y quedó muerto en el campo con otros muchos franceses; y aunque estos recibieron un considerable refuerzo, no se determinaron á acometer á sus contrarios, defendidos por una batería respetable. Llegada la noche, siguieron su retirada, aumentándose hasta lo sumo en el camino el desenfreno de los soldados, que, especialmente en Villafranca, se entregaron al robo descaradamente, y maltrataron cruelmente á sus moradores, á pesar de las medidas y castigos rigurosos con que procuraba contenerlos su general. Creció de un modo espantoso el desórden en el camino hasta Lugo, causa tal vez por la cual no se resolvió el general Moore á esperar á los franceses en los Valcárceles, á la entrada de Galicia, que ofrecen muchos puntos en que con poca gente se puede detener y causar mucho daño á un ejército numeroso. Abandonóse la artillería y los heridos y enfermos; se arrojó por un precipicio una gran cantidad de dinero por orden del mismo general, y los soldados destrozaron el vestuario y armamento que venia de Inglaterra para las tropas del marqués de la Romana. Por fin, llegó todo el ejército á Lugo. A legua y media de aquella ciudad quiso el general británico presentar batalla á los franceses: no la admitió Soult, contemplándose inferior en fuerzas; pero tampoco juzgaron prudente los ingleses esperar á que se reforzase, y en la noche del día 8 de Enero emprendieron de nuevo su retirada, y llegaron la tarde

del 9 á Betanzos, donde se detuvieron el 10 para repararse algun tanto de la fatiga y de los trabajos de tan penosa retirada; y habiendo salido el día siguiente, se aproximaron por último á la Coruña.

La division inglesa que habia llevado el camino de Fuencebado, se habia embarcado en Vigo por orden de Moore, que habia pensado embarcarse con todo el ejército en aquel puerto. Mudó despues de parecer, y dió orden á los buques ingleses para pasar á la Coruña. Al dar vista á esta ciudad, no parecian todavía los trasportes, detenidos por vientos contrarios; y esta detencion puso al general inglés en la necesidad de batirse con su adversario, aunque lo habia rehusado en otras ocasiones con probabilidad de mejor éxito, por hallarse su ejército mas completo, y conservar todavía disciplina y orden. Preparóse pues para recibir al enemigo en la posicion cerca de la Coruña, que juzgó mas á propósito. Dejaronse ver los franceses el día 12. El día 14 por la tarde entraron en el puerto de la Coruña los buques ingleses, y en la misma noche se embarcaron 52 piezas de artillería con los heridos y enfermos. Tenia dispuesto el general el embarco de todo el ejército para la noche del 16; pero á las dos de la tarde de aquel día acometieron los franceses con su furia acostumbrada, y siguió un combate serio y encarnizado. En él quedó gravemente herido el general inglés Baird: tambien el general en jefe sir Juan Moore, que acudia con valor, serenidad y diligencia adonde quiera que estaba mas empeñada la pelea. Hirióle mortalmente una bala de cañon que

le dió en el hombro izquierdo; cayó en tierra, pero se levantó, y no quiso que se le retirase, hasta que inspeccionando el campo, vió que los suyos peleaban con ventaja, lo que le sirvió de mucho consuelo. Murió de allí á pocas horas, y se le dió sepultura en la Coruña.

No se amilanaron los ingleses por la muerte de su general: siguieron peleando con bravura, y avanzando por toda la estension de la línea, hicieron retroceder á sus contrarios. Pero llegó la noche, y el general Hope, sucesor de Moore, dispuso que se embarcase el ejército, lo que se ejecutó, ayudando al embarco los habitantes de la Coruña; porque si bien no habia sido muy satisfactorio el éxito de la expedicion de los ingleses, no dejaban de estar agradecidos á su buena voluntad, al mismo tiempo que seguian sumamente animados contra los franceses. Notaron estos el embarco por la mañana, y desde las alturas inmediatas á la bahía, hicieron algun daño á los barcos con artillería. Pero al fin desaparecieron los ingleses antes que los enemigos entrasen en la Coruña, porque la plaza no se entregó hasta que se habian puesto en salvo.

Recomendaban al general Moore muchas prendas personales, por las cuales dejó grata memoria en España: lo hemos oido á personas que le trataron, y aun á damas castellanas, de quienes se hizo apreciar sobremanera por sus delicados modales. Como militar, fué bastante irresoluto en sus operaciones; mas esta irresolucion halla, si no justificacion, á lo menos una disculpa racional en lo nuevo, extraordinario y

difícil de las circunstancias de que se veia rodeado cada dia. Los españoles tenemos que agradecerle un deseo sincero de contribuir á la salvacion de nuestra patria.

Entraron los franceses el dia 20 en la Coruña, que capituló el dia 19 por no poder defenderse: tampoco podia el Ferrol; y así, aunque no accedió á la rendicion que por varias veces la intimaron los enemigos, luego que estos estuvieron en estado de hostilizar la plaza, capituló tambien; entraron los franceses el dia 27, y hallaron en la dársena de su puerto siete navíos con tres fragatas y varios buques menores. La distancia de estas dos plazas situadas en el estremo de la península opuesto á los Pirineos, y la confianza en nuestros ejércitos y en las tropas británicas, que tan brillantes habian desembarcado en aquella costa, habian adormecido á las autoridades de Galicia para que no las fortificasen, ya que ellas no eran de suyo bastante fuertes.

El marqués de la Romana que, consternada Galicia, se vió solo con un corto número de soldados, tristes reliquias del ejército de la izquierda, se dirigió hácia Portugal, perseguido por los franceses, resuelto á no separarse de la frontera de aquel reino, y á no abandonar á Galicia. El mariscal Soult se proponia entrar en Portugal, y con este intento se encaminó hácia Tuy, pasando por Santiago, donde entró el dia 3 de Febrero sin resistencia alguna. Con este motivo se encargó del mando en Galicia el mariscal Ney; guarneció los puntos principales, y el país quedó sin aliento al parecer, para emprender ningun

movimiento contra los conquistadores. Así lo creyeron seguramante los franceses; y se lisonjaban de su triunfo tan prematuramente, como les hizo ver el tiempo no mucho despues.

Mientras estas cosas pasaban en Galicia, Napoleon, que habia recibido en Astorga noticias alarmantes de los preparativos del Austria, retrocedió á Valladolid, donde entró el día 6 de Enero. Supo que en esta ciudad habian sido asesinados algunos franceses, y mandó prender é intimar al ayuntamiento que si dentro de un breve término no se descubrian los agresores, mandaria ahorcar á cinco ó seis de sus individuos. Se vió en grande aprieto el ayuntamiento, porque Napoleon estaba furioso: los regidores no sabian ni tenían medios de averiguar quiénes eran los delincuentes. El corregidor interino delató á un vecino, que fué preso con dos criados suyos, los cuales fueron ahorcados, librándose su amo á fuerza de ruegos: favoreció así el corregidor á los individuos del ayuntamiento; pero cometió la infamia de denunciar á un compatriota suyo, inocente ademas, segun se creia, lo mismo que sus criados.

De Valladolid salió Napoleon el día 17 de Enero para Paris. Los preparativos de guerra que hacia el emperador de Austria, le llamaban á Francia con urgencia. Pero antes de salir de Valladolid hizo que fuesen á aquella ciudad diputados por Madrid á suplicarle que volviese José como rey á la capital del reino, porque andaba su ánimo dudoso, despues que por sus ojos se habia cerciorado de la hermosura de nuestro país, si consentiria que su hermano conserva-

se la corona, ó si mas bien, á título de conquista, agregaria la España al imperio francés. José, desde que su hermano se presentó delante de Madrid á principios de Diciembre, andaba muy poco satisfecho; pues no tenia mas dictado que el de Lugarteniente del emperador en la Península, sin embargo de que anteriormente le habia reconocido por rey de España, y como tal habia hecho su entrada en la capital, como tal habia morado en el palacio de nuestros reyes, y desde él habia mandado como soberano, á lo menos en el nombre, porque en realidad no habia mas voluntad que la de Napoleon. Desairado, pues, y amostazado, no habia querido entrar en Madrid, y se mantenía en el Pardo.

Estaba á la sazón nuestro ejército del centro en Cuenca, d donde su jefe, el duque del Infantado, hizo mover alguna fuerza hácia el Tajo, impelido por los clamores de los pueblos, oprimidos y vejados por los enemigos. Mandó, pues, al general Venegas con 4.000 infantes y 800 caballos, y bajo sus órdenes al brigadier Serna con otra tanta fuerza: el primero debia apoderarse de Tarancon, y el segundo de Aranjuez, puntos ambos ocupados por los franceses. Envió Venegas la noche del 24 al 25 de Diciembre contra el pueblo de Tarancon, que guarnecian 800 dragones franceses, á D. Pedro Agustin Giron, habiendo él de colocarse con mayor fuerza á retaguardia del enemigo, para cogerle entre dos fuegos, ú ofenderle si se retiraba. Mas no pudo llegar á tiempo por la malísima noche que sobrevino, y en la cual perdió el camino casi toda la caballería. Gi-

ron se aproximó al pueblo: huyeron los dragones; encontráronse con alguna caballería de Venegas, y la ahuyentaron; pero la sostuvo la infantería, que acometió á los franceses, los cuales perdieron en la refriega 100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Mucho mayor hubiera sido su pérdida si hubiera llegado á tiempo nuestra caballería. Por su parte, el brigadier Serna no quiso embestir á Aranjuez, considerándose flanqueado por los franceses, que se hallaban situados en Villanueva del Cardete. Este movimiento de los españoles hizo entrar á los franceses en algun cuidado, temerosos de que el ejército del centro, si se le dejaba tiempo para aumentarse y disciplinarse, les diese que hacer mas adelante. Por esta razon determinaron destruirle, y á este fin se reunieron en Aranjuez las tropas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, y que componian un cuerpo de 14.000 infantes y 3.000 caballos. El general Venegas, no habiendo recibido contestacion del duque del Infantado, á quien en 4 de Enero habia comunicado los recelos que tenia de ser acometido por los franceses, se trasladó á Uclés el 11 del mismo mes con el brigadier Serna y con unos 9.000 infantes y 1.500 caballos.

Determinado Venegas á hacer frente á los franceses en Uclés, habia situado en el inmediato pueblo de Tribaldos algunas tropas, que ya en la tarde del 12 se tirotearon con los franceses; pero que viendo la superioridad de los enemigos, se retiraron á Uclés la mañana siguiente. Noticioso el general de que se aproximaban los franceses, se colocó en el convento

ó alcázar; y situó la tropa á derecha é izquierda en posiciones favorables por la calidad del terreno, y la caballería en el llano que se tiende á la salida de la villa hácia Tribaldos, colocando de las cuatro piezas de artillería, únicas que tenia, dos en el alcázar, una en el llano y otra en el ala izquierda. Parecia que los franceses manifestaban intencion de acometer la derecha; pero mudando de direccion, acometieron la izquierda, mas accesible y menos guarnecida. Empezaron los nuestros á cejar; visto lo cual envió Venegas mas gente; pero no llegó á tiempo, porque los ginetes enemigos habian subido impetuosamente á las alturas, á pesar del fuego que se les hacia desde el alcázar. Se desordenaron y huyeron los españoles, y quedó contuso el mismo Venegas, que al fin se libró con su estado mayor. Empezó entonces á retirarse tambien la caballería, lo mismo que la infantería, que ocupaba la derecha. Apoderáronse los franceses del alcázar, desde donde hacian un fuego horrible sobre los nuestros: la infantería se encontró con una division francesa, y se vió precisada á rendirse: la caballería, que iba por el mismo camino, intentó romper; pero se vió detenida por la presa de un molino, y descargando ademas sobre ella la artillería enemiga, murieron ó quedaron prisioneros casi todos los ginetes; y por último, quedó roto y disperso todo nuestro ejército, con pérdida de un gran número de prisioneros y muertos; entre los últimos, el marqués de Albudeite y D. José Escalera, oficial valiente de artillería. Los restos se reunieron en Carrasosa al duque del Infantado.

Trataron inhumanamente los franceses á nuestros prisioneros, de los cuales mataron muchos; pero los excesos que cometieron en Uclés tocaron á lo sumo de la inmoralidad y atrocidad. Robaron cuanto encontraron; martirizaron á muchas personas; trataron á otras, y distinguidas, como á bestias, aparejándolas y cargándolas con muebles que las hacian conducir, y los quemaban despues con mucha fiesta y vocería. Degollaron impiamente á 69 personas principales del pueblo, y á clérigos y monjas, despues de haberles hecho pasar angustias mortales. No satisfechos todavía aquellos caribes, violentaron brutalmente á mas de trescientas mujeres, á quienes tenian acorraladas, insultando su dolor y sus lágrimas; y hubieran proseguido en su ferocidad, si no les hubieran abandonado las fuerzas: los jefes no se lo impedian: dignos jefes de semejantes soldados. No es fácil encontrar una copia de tales soldados y de tales jefes en la historia de los ejércitos de naciones civilizadas. Quejábanse muchas veces los franceses, en el curso de la guerra, del mal trato que les daban los españoles; no se acordaban de la injusticia de su invasion, ni de las violencias y atrocidades que gratuitamente cometian ellos, aun con españoles indefensos é inofensivos, ó creian que todo les era lícito, y nunca permitido á los españoles vengarse ni aun defenderse. Mas si á tanto llegaba su orgullo, aprendieron por último á mucha costa, que los españoles no acostumbran á sufrir impunemente arrogancias y demasías de los extranjeros.

Despues de esta desgraciada jornada, se dirigió el duque del Infantado á Cuenca desde Carrascosa, le-

gna y media de Uclés, adonde acudia, aunque tarde. Pensó ir á Valencia desde Cuenca; pero habiendo perdido la artillería en el camino, mudó de intencion, y se dirigió á Santa Cruz de Mudela, donde por orden de la Junta Central fué relevado por el conde de Cartaojal.

Sabida por el intruso la victoria que habian alcanzado los franceses en Uclés, y prévia la licencia de su hermano, entró finalmente en Madrid el día 22 de Enero. Silencio muy elocuente, ceño muy expresivo, eran los obsequios que le tributaban los madrileños en la larga carrera que atravesó, entrando á caballo por la puerta de Atocha, siguiendo por el Prado, calle de Alcalá, de las Carretas y de Toledo hasta la iglesia de San Isidro, donde se cantó el *Tedeum*, y desde allí á Palacio por la plaza mayor.



UNIVERSIDAD AD AVT
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DIRECTOR GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO VIII.

Estado de la guerra en Cataluña.—Situación crítica de los franceses en aquel principado.—Sucede Vives al marqués de Palacio.—Entra Saint-Cyr con un gran refuerzo.—Acciones de Vives delante de Barcelona.—Sitio y capitulación de Rosas.—Continúa Saint-Cyr su camino: se le oponen los españoles: entra en Barcelona.—Acometen los franceses á los nuestros, y los deshacen.—Deja Vives el mando y le sucede Reding.—Prepárase Zaragoza para nueva y mas tenaz defensa.—Sitianla los franceses.—Defensa larga y obstinada de la ciudad.—Epidemia dentro: Palafox enfermo: capitula Zaragoza: quebrantan los franceses la capitulación.

AUNQUE despues de haberse retirado los franceses al Ebro de resultas de la batalla de Bailen, se habia trasladado el principal teatro de la guerra al reino de Navarra y provincias Vascongadas, no por eso dejaba de andar tambien bastante viva en el principado de Cataluña. Despues que el general francés Duhesme volvió á Barcelona, malograda su segunda expedicion contra Gerona, se trasladó á Villafranca la junta del principado, con el marqués del Palacio, el dia 1.^o de Setiembre; fueron reuniéndose en aquel



PALAFIX EN 1811.

punto los catalanes nuevamente alistados, y se envió mas fuerza á la línea del Llobregat, al mandó del conde de Caldagués. Acometióla Duhesme en la madrugada del 2 por los puntos de San Boil y de Molins de Rey; y si bien en el primero fueron rechazados los españoles, tambien lo fueron en el segundo los franceses; que no pudiendo desalojar á los nuestros, torcieron hácia el rio Besós, donde se hallaba D. Francisco Milans, cuyas tropas setrotearon con ellos. Llegaron por entonces algunos refuerzos á los catalanes de Mallorca y de otros puntos, y en los meses de Septiembre y de Octubre hubo encuentros con los franceses en las inmediaciones de Barcelona, que tenían con mucho cuidado á la guarnicion enemiga de aquella ciudad. El general Vives, que por disposicion de la Junta Central habia reemplazado al marqués del Palacio, tomó el 28 de Octubre el mando del ejército, que constaba ya de mas de 20.000 hombres, con 17 piezas de artillería. Con esta fuerza estableció el bloqueo de Barcelona, excepto la vanguardia, con la cual mandó á D. Mariano Alvarez al Ampurdan, en observacion del enemigo.

La proximidad de las tropas españolas y la actividad amenazadora del numeroso vecindario de Barcelona, tenían muy sobresaltado á Duhesme, cuyas tropas se habian disminuido considerablemente. Qui-so evitar el peligro con medidas de rigor, que unidas á las excesivas contribuciones con que agobiaba á la ciudad, exacerbaban los ánimos cada vez mas, con lo que crecia la inquietud de los franceses, especialmente viendo que Vives acometió varias veces, aunque



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin fruto, las fortificaciones exteriores. Por fin sacó á Duhesme del conflicto el general Saint-Cyr, que entró en Cataluña á principios de Noviembre con un cuerpo de 27.000 hombres. Habia encargado Napoleon á este general conservar á Barcelona á todo trance, y su pronta llegada á la ciudad hubiera sacado de un grande apuro á Duhesme: pero quiso apoderarse primero de la plaza de Rosas, y con esta detencion tuvo tiempo el general Vives para proseguir molestando y estrechando cada vez mas á la guarnicion. Se le motejó su resolucion, teniéndose por mas acertado que saliese al encuentro á Saint-Cyr y acometerle con las ventajas que ofrecia el terreno del camino. La razon que tenia Vives para permanecer delante de Barcelona, era la esperanza de apoderarse de la plaza antes que llegase Saint-Cyr, fiado en el desaliento de los franceses, en la disposicion de los ánimos de aquellos habitantes, y en las inteligencias secretas que tenia dentro de la ciudad, aumentadas sus fuerzas con las divisiones de Granada y Aragon que ascendian á mas de 16.000 hombres, y animado por los ingleses que con fuerzas navales de consideracion estaban apostados en las aguas de Barcelona, y hacian á veces un fuego mortífero contra la plaza con grande satisfaccion y alegría de los barceloneses.

Con esta esperanza renovó Vives los ataques contra las obras exteriores, acometiendo el dia 26 de Noviembre la fortificacion de San Pedro mártir, y haciendo prisioneros á 104 franceses que la defendian, despues de haber encerrado en la plaza á los demas. Al dia siguiente los acometió tambien con buen éxi-

to, y se estableció el cuartel general á legua y media de Barcelona. El dia 5 de Diciembre volvieron á acometerles los nuestros, destruyeron las fortificaciones que habian levantado debajo de Monjuich, y les clavaron la artillería.

Mientras estas cosas pasaban delante de Barcelona, se ocupaba Saint-Cyr en sitiar y atacar á Rosas, plaza casi derruida desde la guerra de la revolucion de Francia. Sin embargo se artilló con 36 cañones la ciudadela, tal cual estaba: guarnecian la plaza 3.000 hombres; y se habilitó tambien para la defensa el pequeño fuerte de la Trinidad á poca distancia de la plaza: era gobernador de esta D. Pedro Odaly.

Presentáronse los franceses delante de Rosas el dia 7 de Noviembre, y en el mismo dia hicieron los españoles contra ellos una salida. Hasta el dia 16 no pudieron los enemigos conducir la artillería; pero colocada ésta y adelantados los trabajos, apoderados los enemigos de un reducto, acometieron á la villa en la noche del 26, y la tomaron, aunque con dificultad, por la tenaz resistencia de la guarnicion. Habia dentro 500 hombres de tropa, de los cuales solo se salvaron 50; murieron 300, y los restantes quedaron prisioneros. D. Lotino Fitzgerald, que auxiliado por ochenta soldados ingleses defendia el fuerte de la Trinidad, rechazó vigorosamente á los franceses, que abierta brecha dieron el asalto el dia 30 del mismo mes. Adelantaron sus trabajos los sitiadores contra la ciudadela, cuya guarnicion, no habiendo sido socorrida, por no haber podido verificarlo, aunque lo intentó, D. Mariano Alvarez, practicable ya la bre-

cha abierta por los franceses, capituló el día 5 de Diciembre y quedó prisionera de guerra. La guarnicion de la Trinidad se salvó embarcándose en buques ingleses.

Ocupada la plaza de Rosas, dejó Saint-Cyr una division en el Ampurdan, y se dirigió el día 8 á Barcelona con 15.000 hombres de infantería y 1.500 de caballería. Parecia que el general Vives debia haberle salido al encuentro, puesto que tenia bastante fuerza, y el terreno ofrecia por el camino varios puntos á propósito para detener y aun destrozar al enemigo; pero le dejamos ocupado delante de Barcelona en llevar al cabo su plan de enseñorearse de la ciudad. Sin embargo, con la noticia que recibió el día 11 del movimiento de Saint-Cyr, salió con 8.000 hombres y el general Reding, á que se agregaron los somatenes del país, y dió orden al marqués de Lazan para que siguiese la retaguardia de los enemigos, y los acometiese por la espalda cuando él lo hiciese por el frente. Al coronel Milans se le mandó que se apostara con cuatro batallones en Coll-Sacreu. No aprobó esta disposicion el conde de Caldagués, que opinaba debia salirse al encuentro de Saint-Cyr con todas las tropas, dejando solo 4.000 hombres delante de Barcelona, bien atrincherados para resistir cualquiera acometida que pudiese hacer la guarnicion.

Puesto en marcha el general francés con sus tropas á la ligera, aunque molestado en su tránsito por los migueletes catalanes, vió desde las alturas que dominan á Hostalrich, ocupado entonces por los nuestros, que los españoles habian dejado libres los estre-

chos pasos del Tordera, donde con muy poca gente podian detener á todo su ejército, escaso por otra parte de municiones. Sirvióle este descuido de mucha satisfaccion, y declinando los fuegos de Hostalrich, tomó por un rodeo el camino de Barcelona. Incomodóle en la marcha D. Francisco Milans, y le detuvo con cortaduras hechas en un desfiladero. Mas por último salió á campo abierto y se acampó á una legua de donde estaba Vives. Se hallaba este en una buena posicion entre Villalba y Llinás: por el flanco de los franceses estaba Milans, y á retaguardia el marqués de Lazan y D. Juan Clarós con sus migueletes. Se componia la tropa francesa de conscriptos de distintas naciones, carecia de artillería, y tenia pocos víveres y municiones. El general español, ó porque ignoraba todas estas particularidades, ó porque creia mas acertado recibir al enemigo en su posicion que acometerle, se mantuvo en los puntos que ocupaba, y dió sus disposiciones para repeler el ataque el día 16 al amanecer. Acometieron en efecto los franceses en una sola columna, porque lo que les interesaba era pasar adelante; pero se desplegó hácia la izquierda una de sus brigadas, la cual fué puesta en fuga por los nuestros, que hicieron mas de doscientos prisioneros, entre ellos dos jefes y quince oficiales. Se rehicieron los franceses, que se habian visto muy apurados, volvieron á acometer, y cejaron nuestras tropas con pérdida de cinco cañones, 500 muertos y unos 1.000 entre heridos y prisioneros; si bien fué mayor la pérdida de los franceses.

Llegó Saint-Cyr el día 17 á Barcelona. Los nues-

tros se reunieron en la orilla derecha del Llobregat, en número de 10.000 infantes y 900 caballos, muy disminuido el ejército por la dispersion despues de la batalla: sin embargo contaba con un gran número de piezas de artillería. El general Vives se trasladó á Villafranca, donde residia la junta de Cataluña, quedando Reding en su lugar. Se presentaron los franceses, y el nuevo general se determinó á esperarlos, con mal consejo, despues de una derrota, y con tropa bisoña. Atacaron los franceses al amanecer del 21: envolvieron nuestra derecha que cayó sobre el centro, y el centro y la derecha sobre la izquierda, á que se siguió la mayor confusion, salvándose cada uno conforme pudo: cayó toda la artillería en manos del enemigo; quedó prisionero el conde de Caldagnés y algunos coroneles: murió el brigadier la Serna: el ejército quedó enteramente deshecho, y casi toda Cataluña al arbitrio del enemigo, que causó en seguida males sin cuento en el principado. Funestas consecuencias del poco tino en dar ó evitar combates.

Con todo, no se hallaba muy satisfecho ni tranquilo el general Saint-Cyr. A pesar de los almacenes, de que se habia apoderado, escaseaban bastante las provisiones en su ejército por lo mucho que consumia Barcelona: hallábase enteramente exhausto el país que dominaban sus tropas: los somatenes de la tierra le tenian en una continua alarma, y dificultaban la comunicacion con Francia: no se arredraban los españoles con las desgracias: pronto se reharian, volverian á la carga, y no siempre habian de ser bisonos é inespertos.

Discurría bien: los españoles, en lugar de amilanarse con los reveses, se iban reuniendo en Tarragona: alborotóse en aquella ciudad el pueblo contra el general Vives, á quien achacaba las derrotas del ejército: de resultas hizo dimision del mando, el cual se entregó á Reding, á quien amaba el pueblo, y que empezó con eficacia á reorganizar el ejército. La junta se trasladó á Tortosa, se fué restableciendo el orden, y las cosas no presentaban ya un aspecto tan melancólico.

Si grandes pruebas de constancia daba Cataluña, á pesar de sus desgracias, dispuesta estaba á no darlas menores la Astapa moderna, la ínclita Zaragoza, rival nobilísima de Sagunto y de Numancia. Tenian los franceses muy presente el valor y teson de los zaragozanos que tanto habia quebrantado su orgullo en el primer sitio. Estaba destinado á emprender el segundo, el mariscal Lannes con cerca de 40.000 hombres. Por su parte el ilustre general D. José Palafox, que tan dignamente habia defendido la ciudad anteriormente, empleaba con todo el celo de un patriotismo heroico cuantos medios la premura del tiempo y escasez de recursos le proporcionaban, para fortificar cuanto dable fuese una ciudad abierta y tan estensa como Zaragoza. Corrió con el plan de este trabajo D. Antonio San Genis, que con tan loable solicitud desempeñó este mismo cargo en el primer sitio. Reparóse el castillo de la Aljafería, levantáronse reducidos, se abrieron fosos, se establecieron baterías, se fortificaron conventos y otros edificios, se aspilleraron las casas, se abrieron troneras en los pisos altos ta-

pando los bajos; se aseguraron con varias defensas las puertas de la ciudad; se despejaron enteramente los alrededores, y se formó un atrincheramiento en el monte Torrero.

Con las tropas que habian venido de Tudela se reunieron en Zaragoza 28.000 hombres: habia 60 piezas de cañon; víveres para algunos meses, ademas de los que tenian acopiados el vecindario y las comunidades. Dejéronse ver los franceses delante de Zaragoza el día 20 de Diciembre. El 21 se aproximaron á la batería de Buena-Vista, que abandonaron los nuestros por haberse volado una porcion de granadas que causaron bastante confusion. Creyóse entonces poco seguro D. Felipe Saint-March que con 5.000 hombres guarnecía el monte Torrero, y se replegó. Acometieron tambien los enemigos al arrabal, y despues de cinco horas de inútiles diligencias y embestidas tuvieron que retirarse. Intinó entonces la rendicion el mariscal Moncey, que mandaba en ausencia de Lannes por medio de una carta, no descomedida por cierto. El general Palafox le dió una respuesta propia de un español, y de un español aragonés. "El general en jefe del ejército de reserva responde, le dijo, de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse.... No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la derrame con gusto por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad: no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al Sr.

Mariscal de rendicion, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza."

Conocieron entonces los franceses que lejos de haberse mitigado la exaltacion de los zaragozanos despues del primer sitio, y especialmente con los grandes reveses que habian padecido los ejércitos españoles, se hallaba cada vez mas levantado su ánimo; y vieron la necesidad de confiar al tiempo y á los trabajos de un sitio la toma de la plaza. Formalizaron pues desde luego un bloqueo riguroso, trabajando incesantemente, ya para impedir las salidas de los españoles, ya para hostilizarlos por diferentes puntos. Sin embargo salieron los nuestros el 31 de Diciembre y les cogieron 200 prisioneros: el día 1º de Enero les causaron tambien una pérdida bastante considerable.

El día 9 del mismo mes tenian ya los franceses ocho baterías formadas, y el día 10 empezaron á batir el reducto del Pilar y el convento de San José, antigua, pero debil fábrica para resistir á la artillería. Así fué que, á pesar de los esfuerzos de sus defensores, entre los cuales se contó Manuela Sancho, jóven de 24 años, lo tomaron por asalto el día 11, con los mismos preparativos que si fuera un fuerte de primer órden. En el mismo día 11 atacaron el reducto del Pilar, pero fueron repelidos; y aun por la noche hicieron los sitiados una salida tan bizarra, que los llenó de espanto. Por fin, el día 15 por la noche abandonaron los nuestros el reducto, convertido por último en un monton de escombros.

Ya no quedaba por aquel lado mas defensa que la

frágil tapia de la ciudad; pero sus habitantes, enconados, estaban resueltos á defender á palmos el terreno de sus casas. Por su parte los franceses, que desde el dia 10 habian estado bombeando horrorosamente la ciudad, proseguian trabajando con el mayor ahinco; y los españoles alarmándolos y molestándolos con salidas y hechos de armas tan atrevidos como gloriosos. Con esto se veian los franceses apurados y aburridos, temiendo ademas las correrías y rebatos de las guerrillas por la parte exterior de su campamento; pues habiendo salido una columna á recoger víveres, fué acometida por los naturales y alguna tropa, y perdió 400 hombres en Alcañiz, donde habia entrado persiguiéndolos. Dábales tambien mucho cuidado una division de 4 á 5.000 hombres que habia reunido D. Felipe Perena, y con la cual hacia sus correrías por los contornos. Pero llegó en aquellos dias el mariscal Lannes; dispuso que viniese de Calatayud, donde se hallaba, el mariscal Mortier con la division de Suchet, y que con ella y otras tropas persiguiese á Perona, quien hubo de abandonar el terreno por la inferioridad de su gente en número y calidad.

• Desembarazados así los enemigos, se aplicaron con mas empeño á preparar lo necesario para batir y dar el asalto á la ciudad. Sus moradores, aterrados con los estragos y muertes del bombardeo, apiñados en subterráneos sin ventilacion, con alimentos estadizos, y llenos siempre de agitacion y sobresalto, padecian sin interrupcion las angustias de la muerte. Mas no por eso se domeñaban aquellos pechos altivos: defen-

dian hasta el último extremo algunos puntos esteriores que ocupaban todavía, y se fortificaban mas y mas en el interior.

Tenian abiertas los enemigos tres brechas practicable, y por ellas dieron el asalto al medio dia del 27: acudieron á las brechas los sitiados, enfurecidos como leones, y su valor y las bocas de fuego hicieron retroceder á los que habian subido por la brecha que habian abierto cerca de un molino. En otra que habian abierto enfrente del convento de San José, fueron tambien rechazados muchas veces, y lo mas que pudieron hacer fué ocupar una casa inmediata. Se posesionaron del monasterio de Santa Engracia, en que habian abierto otra brecha, y en seguida de otro monasterio de monjas que estaba cerca. Avanzaron entonces, y llegaron hasta la puerta del Cámen; y acometiendo al mismo tiempo por la izquierda, se apoderaron tambien de otro convento: prosiguieron avanzando, pero se hallaron, sin pensarlo, con la metralla de dos cañones, con el fuego que les hacian de las casas, y con que saliendo los nuestros los acometieron con rostro firme; de modo que se vieron forzados á retroceder, con pérdida de 800 hombres.

Al dia siguiente 28 intentaron apoderarse de los conventos de San Agustin y Santa Mónica, y de un grupo de casas contiguo á Santa Engracia: no lo consiguieron; pero aquel dia fué muerto, por desgracia, el valiente é instruido oficial de ingenieros D. Antonio San Genis, estando observando desde una batería los movimientos de los enemigos. Intentaron lo mismo el dia 29, pero sin fruto: los zaragozanos, pe-

cho á pecho, no solo defendian las casas y sus habitaciones, sino tambien á varas y á palmos el terreno. "Hasta la última tapia defenderé" respondió Palafox á otra nueva intimacion que le hizo Lannes el día 27.

Recurrieron entonces los enemigos á las minas, viendo la mala parte que les tocaba en una guerra descubierta. El fuego subterráneo causaba horribles estragos: un monton de ruinas era Zaragoza en algunos puntos; pero los aragoneses desafiaban desde los escombros á sus adversarios; y aun acometieron al convento de Trinitarios descalzos que ocupaban; y si bien no pudieron desalojarlos, pelearon por mucho tiempo con encarnizamiento; mataron muchos franceses, entre ellos bastantes oficiales, é hirieron á su general Rostoland. El día 1.º de Febrero se apoderaron por fin de San Agustin y Santa Mónica con el auxilio de ocultos hornillos: quisieron pasar adelante; pero perdieron 200 hombres, y tuvieron que desistir de su intento. Tambien se apoderaron aquel día de algunas casas; pero á costa de muchos muertos, entre ellos el general Lacoste, cuyo sucesor Rogniat, fué tambien herido al día siguiente.

Peleaban nuestros soldados, lo mismo que los paisanos, con un coraje difícil de describir. Animábanlos las mujeres, que tambien peleaban á su vez; lo mismo hacian los sacerdotes, y daban ademas á los moribundos los auxilios espirituales con riesgo inminente de su vida, que perdieron algunos de hecho en este ejercicio de su santo ministerio. Mas ya otro enemigo mas temible aquejaba, dias hacia, á la he-

roica Zaragoza. El contagio la affigia mucho mas que las bombas y las minas enemigas. Estaban los hospitales atestados de enfermos; no habia carne; faltaban los medicamentos; morian cada dia de 300 á 500 personas; insepultos, y ya amontonados los cadáveres, ya esparcidos y destrozados, presentaban á los ojos el horror, y causaban el mas profundo dolor en el corazon. Mas no por eso se amilanaban aquellos ánimos sobrehumanos: de modo, que su resistencia se hizo ya insoportable á los soldados enemigos, los cuales empezaron á murmurar de sus jefes porque esponian al ejército á pruebas tan extraordinarias, cuales nunca las habian experimentado en todas sus campañas.

Alarmado con estas quejas el general francés, trató de concluir cuanto antes el sitio á toda costa. Mandó al general Gazan que acometiese el arrabal. Lo hizo; y el día 7 de Febrero acometió al convento de Jesus, que tomó despues de tres horas de fuego: los nuestros se retiraron, pero impidieron que pasasen adelante los enemigos, que por lo mismo se atrincheraron en el convento. Por otros puntos andaba igualmente porfiada y obstinada la defensa: morian los aragoneses, pero no eran vencidos. Pudieron entrar los franceses en el convento de San Francisco por un conducto cubierto; pero se subieron por la noche los nuestros al tejado, agujerearon la bóveda, y con tejas, piedras, maderos y cuanto podian, acosaron tanto á los franceses, que tuvieron que abandonar el convento. Aquellos soldados altaneros, que blasonaban de haber sojuzgado á toda la Europa, estaban

espantados, considerando á unos paisanos agobiados de miserias, como á unos seres sobrenaturales contra quienes era una temeridad pelear, y clamaban por que se les librase de aquella guerra tan inusitada.

Desesperábase Lannes con estas quejas, y lleno de recelos por la mala disposicion de sus soldados, procuró avivar con increíble celeridad las operaciones del sitio. Mandó proseguir los ataques en el arrabal: se acercaron los franceses al convento de San Lázaro, en cuya grandiosa escalera tuvieron que pelear por mucho rato con sus tenaces defensores, que al fin quisieron mas morir que rendirse. Dueños los franceses del convento, ya no pudieron retirarse; pocos fueron de los nuestros los que pudieron volver á pasar el puente, segun era de horroroso el fuego de los enemigos; los demas tuvieron que entregarse, y se perdió el arrabal con unos 2.000 defensores. Colocaron entonces 50 cañones en la orilla izquierda del Ebro, y empezaron á derribar la parte de la ciudad que tenían enfrente. Habian formado tambien dentro, donde iban igualmente adelantando, seis minas debajo de las calles, con hornillos cargados con muchas arrobas de pólvora cada uno, cuya esplosion hubiera causado el estrago mas horrible.

Pero de los numerosos defensores que contaba al principio Zaragoza, no llegaban á 4.000 los que podian manejar armas; habian muerto muchísimos, y no pocos acababan de pasar la epidemia, y estaban enflaquecidos y exánimes; 14.000 estaban enfermos, y tambien el general Palafox, que por lo mismo delegó su autoridad en una junta, la cual se constituyó

el dia 18 de Febrero, y se componia de 34 individuos. Presidiala D. Pedro María Ric, regente de la Audiencia, quien habiendo opinado la mayoría de la junta por la capitulacion, á despecho de muchos militares y habitantes de la ciudad, fué nombrado, con otros vocales, para ir al campo enemigo, á proponerla al general francés. Quería éste que la plaza se entregase á discrecion, ofreciendo solo buen pasaje á las mujeres y á los niños. “En ese caso, contestó seriamente Ric, continuará Zaragoza defendiéndose.” Por último, se moderó el francés y se estendió la capitulacion, que firmó la junta el dia 20.

Reduciase sustancialmente á que la tropa saliese con sus armas, y las depusiese fuera de la ciudad, debiendo ir prisioneros á Francia los que no quisiesen entrar al servicio de José. Habian de ser desarmados todos los paisanos; respetarianse la religion y sus ministros, y las personas y propiedades. Además, habia dado el mariscal Lannes su palabra de honor á los comisionados de la junta, de que permitiria al general Palafox salir libremente de Zaragoza, y á todo el que quisiese. Pero, como lo tenían de costumbre los franceses, se faltó indignamente á la palabra dada. Palafox, casi medio muerto, fué conducido fuera de Zaragoza; y si le volvieron á la ciudad, fué con el fin de que se restableciese, para trasladarlo á Francia, donde estuvo rigurosa y cruelmente encerrado, todo el tiempo que allí mandó Napoleon. También se quebrantó escandalosamente la capitulacion. Los soldados franceses saquearon y robaron cuanto quisieron; despojaron y aun mataron á muchos. Por

orden de Lannes fueron bárbaramente asesinados en el silencio de la noche, y arrojados al río, el presbítero D. Santiago Sas y el padre D. Basilio Roggiere, maestro que habia sido de Palafox, sin mas motivo que su lealtad á la patria que les habia dado el sér. A título de presentes hechos por la junta, se apropiaron los generales franceses las joyas de mas valor, que la devocion habia consagrado á Nuestra Señora, en el magnífico templo donde se venera su santa imagen del Pilar, y que importaban cerca de 130.000 pesos fuertes.

Este segundo sitio duró dos meses. Perdieron en él los franceses mas de 8.000 hombres; y si no hubiera sobrevenido la epidemia, su pérdida hubiera sido mucho mas considerable y enorme, si hubieran conquistado á la fuerza toda la ciudad. De los españoles murieron en los dos sitios 53.873 personas, la mayor parte en el segundo, y en este de la epidemia. La ciudad padeció horrorosamente en sus edificios y caserío; pero inmortalizó su nombre, que sonará siempre en la historia en pos de Sagunto y de Numancia. Zaragoza fué la admiracion de toda la Europa. Zaragoza fué el despecho de Napoleon. Zaragoza fué un glorioso estímulo para todos los españoles, los cuales animados con su ejemplo, se presentaron por do quiera dignos compatriotas de los zaragozanos.

~ll@~ll

CAPÍTULO IX.

Conducta del intruso José: juntas criminales que establece.—Junta Central: es obedecida y acatada, no solo en España, sino tambien en las posesiones de Africa, América y Asia.—Celebra un tratado con Inglaterra.—Quieren los ingleses guarnecer á Cadiz: conmocion en aquella plaza.—Operaciones militares en la Mancha: en Estremadura.—Batalla de Medellín.—Hace José proposiciones á la Junta Central que las desecha.—Estado de la guerra en Cataluña.—Varios combates.—Bloquea Saint-Cyr á Tarragona, pero se vé obligado á alzar el bloqueo.—Muere Reding.—Somatenes.—Partidas: lealtad de los pueblos.—Hazañas de Porlier.—El Empeinado.—El cura Merino.—Asturias.—Castilla.—El marqués de la Romana en Galicia.—Atraviesa el Vierzo para ir á Asturias.—Rinde en Villafranca 1.000 granaderos enemigos.—Llega á Oviedo.—Siguele Ney, y entra mas tropa francesa en el principado por otros puntos.—Trasládase Romana por mar á Galicia.—Vuelve tambien Ney á esta provincia.—Entra Mahy desde Asturias en Galicia; y e carmienta á los enemigos junto á Lugo.—Crece la insurreccion en esta provincia.—Ríndese la guarnicion de Vigo.—Guerra en Portugal.—Evacua Soult este reino.—Accion del puente de San Payo.—Prision del general Franceschi.—Queda Galicia libre de enemigos.—Asturias.—Desgraciada tentativa de Ballesteros contra Santander.

Muy satisfecho estaba en Madrid el intruso José con las victorias de los ejércitos de su hermano. Creía ya consolidado su reinado, y asegurada en sus sienes la

orden de Lannes fueron bárbaramente asesinados en el silencio de la noche, y arrojados al río, el presbítero D. Santiago Sas y el padre D. Basilio Roggiere, maestro que habia sido de Palafox, sin mas motivo que su lealtad á la patria que les habia dado el sér. A título de presentes hechos por la junta, se apropiaron los generales franceses las joyas de mas valor, que la devocion habia consagrado á Nuestra Señora, en el magnífico templo donde se venera su santa imagen del Pilar, y que importaban cerca de 130.000 pesos fuertes.

Este segundo sitio duró dos meses. Perdieron en él los franceses mas de 8.000 hombres; y si no hubiera sobrevenido la epidemia, su pérdida hubiera sido mucho mas considerable y enorme, si hubieran conquistado á la fuerza toda la ciudad. De los españoles murieron en los dos sitios 53.873 personas, la mayor parte en el segundo, y en este de la epidemia. La ciudad padeció horrorosamente en sus edificios y caserío; pero inmortalizó su nombre, que sonará siempre en la historia en pos de Sagunto y de Numancia. Zaragoza fué la admiracion de toda la Europa. Zaragoza fué el despecho de Napoleon. Zaragoza fué un glorioso estímulo para todos los españoles, los cuales animados con su ejemplo, se presentaron por do quiera dignos compatriotas de los zaragozanos.

~ll@~ll

CAPÍTULO IX.

Conducta del intruso José: juntas criminales que establece.—Junta Central: es obedecida y acatada, no solo en España, sino tambien en las posesiones de Africa, América y Asia.—Celebra un tratado con Inglaterra.—Quieren los ingleses guarnecer á Cadiz: conmocion en aquella plaza.—Operaciones militares en la Mancha: en Estremadura.—Batalla de Medellín.—Hace José proposiciones á la Junta Central que las desecha.—Estado de la guerra en Cataluña.—Varios combates.—Bloquea Saint-Cyr á Tarragona, pero se vé obligado á alzar el bloqueo.—Muere Reding.—Somatenes.—Partidas: lealtad de los pueblos.—Hazañas de Porlier.—El Empeinado.—El cura Merino.—Asturias.—Castilla.—El marqués de la Romana en Galicia.—Atraviesa el Vierzo para ir á Asturias.—Rinde en Villafranca 1.000 granaderos enemigos.—Llega á Oviedo.—Siguele Ney, y entra mas tropa francesa en el principado por otros puntos.—Trasládase Romana por mar á Galicia.—Vuelve tambien Ney á esta provincia.—Entra Mahy desde Asturias en Galicia; y e carmienta á los enemigos junto á Lugo.—Crece la insurreccion en esta provincia.—Ríndese la guarnicion de Vigo.—Guerrra en Portugal.—Evacua Soult este reino.—Accion del puente de San Payo.—Prision del general Franceschi.—Queda Galicia libre de enemigos.—Asturias.—Desgraciada tentativa de Ballesteros contra Santander.

Muy satisfecho estaba en Madrid el intruso José con las victorias de los ejércitos de su hermano. Creía ya consolidado su reinado, y asegurada en sus sienes la

corona de Cárlos V. Llevado de esta ilusion, quiso atraerse la benevolencia de los que él tenía por sus súbditos, con providencias y medidas que manifestasen su ánimo de restablecer el órden, la confianza y la tranquilidad. Empero los españoles se cuidaban bien poco de su solicitud, y aun los exasperaba, siéndoles insoportable la audacia con que un extranjero desconocido se arrogaba el derecho de mandarlos; y el modo que tuvieron de corresponder á sus cuidados, fué rehacerse de nuevo en todas partes, y proseguir la guerra con nuevo vigor contra los invasores. Mudó con esto de rumbo el pretendido rey, y creó unos tribunales especiales que con título de juntas criminales extraordinarias, no tenían mas oficio que sentenciar á muerte á los españoles que defendían á su patria, ó favorecian á sus defensores, á la par con los ladrones y asesinos con quienes los equiparaban. Sacrificó algunas víctimas tan monstruosa institucion; pero tambien contribuyó poderosamente á que se conservase y aumentase, si aumentarse podia, el encono de los pueblos contra tan sanguinarios huéspedes.

Naturalmente simultáneo del odio que profesaban los españoles al usurpador, era el amor y fidelidad al gobierno que ellos mismos se habian dado. Así la Junta Central era universalmente y sin escepcion alguna obedecida y acatada en toda la Península. Hasta en los mismos pueblos que personalmente dominaban los franceses, se cumplian sus mandatos con gusto y puntualidad en cuanto se podia: de las órdenes de José solo se ejecutaban las que hacia eje-

cutar la fuerza ó el miedo, con la mayor repugnancia, con mucha lentitud, y nunca completamente.

Aun mas: todas nuestras posesiones de Africa, América y Asia reconocieron su autoridad, despues de haberse declarado contra los usurpadores. No hubo una provincia, no hubo un pueblo en toda la vasta estension de la monarquía española, que no la rindiese homenaje. ¡Qué contraste entre José y la Junta Central! Ni aquellas lejanas y favorecidas regiones se contentaron con un estéril reconocimiento de la autoridad que habia creado la Península: ayudaron tambien al sostenimiento de la causa pública con abundantes socorros. Doscientos ochenta y cuatro millones de reales recibió de aquellos países la Junta Central en el año de 1809, cuya mitad procedia de anticipaciones y donativos. Tambien recibió bastantes de los peninsulares, y algunos auxilios de Inglaterra, aunque no tantos como se decia. Fueron todos estos medios de mucho servicio para el gobierno español, apurado en extremo con las fuertes y repetidas desgracias que descargaron sobre la nacion á fines del año 8 y principios del 9. Dió tambien mucha consideracion en el continente á la Junta Central, y consistencia mayor á su autoridad, un tratado solemne que á principios de 1809 celebró con Inglaterra. Desde el principio del glorioso alzamiento de la nacion contra los invasores, entabló el gobierno británico relaciones amistosas con las juntas de diferentes provincias; y las estendió y estrechó mucho mas con la Central; pero no estaban afianzadas por ningun pacto formal. Ahora se formó un tra-

tado de paz y alianza entre los dos gobiernos, por el cual se obligaba la Inglaterra á no reconocer por rey de España sino á Fernando VII, ó al sucesor que reconociese la nacion española, y á emplear todas sus fuerzas en auxilio de los españoles contra Napoleon; pactando por su parte la Junta Central no ceder á la Francia la mas pequeña parte del territorio de la monarquía, ni en el continente de Europa, ni en ninguna otra parte; y no pudiendo ninguno de los dos gobiernos hacer con ella la paz sino de acuerdo con el otro.

Aunque unidos con estos vínculos los dos gobiernos, no faltaron entre ellos algunas diferencias. Fué una de ellas de bastante importancia; y se suscitó con motivo de querer los ingleses guarnecer con tropas de su nacion la plaza de Cádiz, temiendo, despues de los descabros de nuestros ejércitos, que se apoderasen de ella los franceses. Opúsose la Junta Central con firmeza, bien que con decoro, y cedió por último de su intento el gobierno inglés. Hubo al mismo tiempo en Cádiz un alboroto, en que fué muerto el comandante del resguardo D. José Heredia, y á que dió ocasion el disgusto que causaba aquella pretension de los ingleses, la desconfianza y el temor, y las providencias poco meditadas del marqués de Villel, impertinentes tambien respecto de la comision que, así como otros individuos de la Central para otras provincias, habia recibido para la de Cádiz, de corregir abusos y poner orden en todas las cosas.

En medio de tantas atenciones, no se descuidaba la junta suprema de promover la reorganizacion y

aumento de nuestros ejércitos. Estaba ya reunido en la Carolina, al mando del conde Cartaojal, un cuerpo de 16.000 infantes y mas de 3.000 caballos, que debian darse la mano con las tropas que mandaba Cuesta en Estremadura, donde reunió muchos dispersos, y restableció en su ejército la disciplina y obediencia. Ocupaban á Mora unos 500 ó 600 dragones enemigos, y por disposicion de Cartaojal, bajó el duque de Alburquerque con 9.000 infantes, 2.000 caballos y 10 cañones; se aproximó á Mora, sintieronle los franceses, y evacuaron el pueblo; pero fueron alcanzados por nuestra caballería, que cogió unos 80 dragones, y el coche del general Dijon, que los mandaba. Reunieron en seguida fuerzas considerables los franceses, y se retiró el duque despacio y en buen orden á Manzanares. Sucedieron estas cosas á últimos de Febrero.

Poco despues fué destinado el de Alburquerque á reforzar á Cuesta, porque los franceses tambien se habian reforzado en Estremadura, quedando Cortaojal en Ciudad-Real, desde donde avanzó hasta Yébenes, en cuyo pueblo la vanguardia acometió á un cuerpo de lanceros polacos, é hizo algunos prisioneros; pero prevenidos de antemano los franceses, se habian movido tambien en número de 12.000 hombres, divididos en dos cuerpos, con propósito de envolver á los españoles; por cuya razon retrocedió Cartaojal á Ciudad-Real. Acometieron los franceses á los nuestros el dia 27 de Marzo, se apoderaron de algunas piezas de artillería, y cogieron un gran número de prisioneros, desordenándose y dispersándose todo el ejército;

pero volvió á irse reuniendo en la sierra, estableciéndose el cuartel general en Santa Elena: los franceses hicieron alto en Santa Cruz de Mudela, esperando saber el resultado de sus tropas en Estremadura. Mandaba las nuestras en esta provincia el general Cuesta, que con severas providencias habia logrado reorganizar el ejército y sujetar al soldado á la mas estricta disciplina, relajada y enteramente perdida despues del asesinato del general San Juan. Salió de Badajoz, y asentó el cuartel general en Trujillo el dia 25 de Enero: se retiraron los franceses hácia Almaráz, de cuyas inmediaciones fueron ahuyentados, ocupando nuestra vanguardia el puente, que mandó cortar el general, el cual permaneció en Jaraicejo y Deleitosa hasta el mes de Marzo. Llegó en este tiempo el mariscal Victor: hizo pasar 13.000 infantes y 800 caballos por el puente del Arzobispo para acometer á los nuestros, situados al otro lado del rio. Fuéronse estos retirando en buen orden hasta Santa Cruz del Puerto, no sin pelear con serenidad y á veces con ventaja, porque cerca de Miajadas embistió nuestra caballería á la enemiga y mató mas de 150 hombres.

El dia 27 de Marzo se reunió el duque de Alburquerque con 3.500 hombres y 200 caballos al general Cuesta, que resolvió presentar batalla el dia 28 á los franceses junto á Medellin, cuna del célebre Hernán Cortés. Formó pues en las inmediaciones de aquella villa las tropas de su mando, que en número de 20.000 infantes y 2.000 caballos ocupaban un semicírculo de una legua. Los franceses ascendian

á 18.000 infantes y casi 3.000 caballos, mandados por el mariscal Victor, que los colocó y dispuso para el combate. Empezó este con los mejores auspicios para los españoles; pues rechazaron á la primera division enemiga que acometió; y por espacio de dos horas no solo escarmentaron y contuvieron al enemigo, sino que le hicieron perder bastante terreno, señalándose la tropa ligera en su arrojo y valentía. Estaban ya nuestros soldados para apoderarse de una batería francesa, cuando algunos cuerpos de caballería que debian acometer al enemigo, volvieron la espalda y huyeron apresuradamente: trató de detenerlos D. José Zayas, que iba en la vanguardia, pero no lo consiguió. Corrió el general en jefe á remediar aquella afrenta, al tiempo que cargando la caballería enemiga, cayó del caballo y quedó muy mal parado; pero no conocido por los enemigos, que pasaron adelante, pudo otra vez montar á caballo y salvarse. Por último, nuestro ejército fué enteramente roto y desbandado: solo el duque de Alburquerque pudo mantener alguna gente reunida, y prolongar por algun tiempo la resistencia en una posicion que tomó. Mas como era tanta la confusion que causaban los que venian huyendo, se desordenaron tambien sus soldados, y se disolvió enteramente todo el ejército. Seguia el alcance la caballería enemiga, que hizo un horrible destrozo en nuestra infantería. Perdimos en aquella batalla 10.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Fué una de las mas desastrosas que se dieron en esta guerra: desgracia debida en parte á la vergonzosa conducta de algunos

cuerpos de nuestra caballería, y en parte á la mala colocacion de las tropas en el órden de batalla. Ninguna seguridad podia ofrecer una estensa línea, nada corpulenta, sin reserva que la sostuviese, ni punto alguno á la espalda donde apoyarse. Así fué, que á pesar del valor y serenidad de nuestra infantería, aunque bisoña, habiendo faltado la cooperacion de la caballería, fué abierta por los enemigos nuestra línea, y no tuvo la tropa quien la sostuviese, ni puesto alguno donde resistirse. Castigó el general Cuesta á la caballería que no habia cumplido con su deber, y se retiró á Monasterio con las reliquias de su ejército, al que se agregó por la Junta Central el de la Mancha, al mando inmediato de D. Francisco Venegas.

No se abatió la Junta Central con esta desgracia; antes bien, solicitada por el gobierno intruso de José para un acomodamiento, respondió que solo se prestaría á oír proposiciones, si se asentaba por base y primera condicion, que las tropas francesas evacuasen al instante toda la Península, y se restituyese Fernando VII al trono de sus mayores. En el mismo sentido respondieron tambien el ministro de Hacienda de la Junta Central D. Francisco Saavedra, y D. Gaspar Melchor de Jovellanos al general francés Sebastiani, que les habia escrito al mismo propósito.

Tampoco decaía de ánimo la nacion con noticias tan aciagas. Lejos de eso, en todas partes se avivaba mas y mas el fuego de la insurreccion contra los franceses. Así, mientras pasaban en el Mediodía de

la Península las cosas que acabamos de referir, no se daba menos que hacer á los enemigos en los demas puntos del reino; solo en Cataluña se consumieron dos millones de cartuchos en poco tiempo; porque aumentando y disciplinando diariamente sus tropas el general Reding, estableció en el principado una guerra de montaña que los mortificaba y embarazaba sobre manera. Muy exaltado estaba el espíritu de los catalanes, y cada vez mas emperrado contra aquellos huéspedes invasores; en tanto grado, que habiendo entrado al principar Enero unos cuantos prisioneros franceses en Lérida, se irritó el pueblo al verlos, entró á viva fuerza en el castillo, donde se custodiaban, asesinó á algunos de ellos, y á varios españoles que sindicados de trato con los enemigos se hallaban encerrados en aquella fortaleza. Contrista el recuerdo de estos sangrientos excesos; y crece el pesar considerando que tal vez pudieran evitarlos las autoridades con prevenciones oportunas. De resultas de este suceso envió Reding 300 hombres á Lérida, y los principales perpetradores del delito fueron rigorosamente castigados.

No es posible narrar todos los encuentros, todas las refriegas que ocurrían con los enemigos, ni circunstanciadamente las principales acciones de esta guerra tan empeñada. Ciénendonos pues á los límites de la historia, al entrar en un periodo fecundísimo en sucesos militares, referiremos con brevedad los principales, empezando por Cataluña, cuya campaña vamos describiendo.

Avido de gloria el general Reding, de ánimo re-

suelto y arriscado, de corazón español, aunque de nación suizo, no solo molestaba á los franceses con una guerra de rebatos, de partidas y sorpresas, según hemos indicado, sino que revolvia también en su mente cómo apoderarse de Barcelona, fiado en los tratos que tenía dentro de la plaza y en las fuerzas de su ejército, que ascendían ya en Febrero á más de 25.000 hombres, y contando además con la fuerza irregular, pero importante, de los somatenes. Para lograr su objeto determinó atacar al ejército enemigo, que constaba de 18.000 hombres, y no vivía ciertamente prevenido. Estaba situado en el Panadés, desde donde vigilaba todos los movimientos de los españoles; y viendo que iban á acometerle, tomó él la delantera, y se pusieron sus divisiones en marcha para atacar á los nuestros, que también se habían puesto en movimiento. Mandaba una el general Chavot, la cual se encontró con las tropas españolas, cuyas guerrillas batieron á las de los franceses, é hicieron prisionero á un coronel con otros 100 hombres. Pero el general en jefe Saint-Cyr, que había llegado al socorro de los suyos, hizo retroceder á nuestras tropas, y atravesando la línea que había formado Reding, penetró hasta Igualada, donde entró, habiéndola evacuado el general Castro, que la ocupaba, y retirándose á Cervera y Montmeneu. Dejando á Igualada bien guarnecida, cayó Saint-Cyr sobre la izquierda de los españoles, y desalojó de San Magin al brigadier Iranzo, que se refugió en el monasterio de Santas Cruces. Acometieron los franceses el monasterio, propusieron á los españoles que capitulasen, pero na-

da consiguieron; manteniéndose firmes los nuestros é incorporándose por último con Reding, que había acudido á librarlos. Agregáronse otras tropas á este general; quien cerciorado de que Saint-Cyr se había reforzado también, y trataba de interponerse entre él y Tarragona, retrocedió á esta ciudad, desde donde se encaminó con 10.000 hombres hácia Mont-Blanch. Desde allí emprendió otra vez la vuelta de Tarragona el día 25 al amanecer; pero habiendo encontrado á los franceses en el camino, aunque podía proseguir su marcha, tomó posición en unas colinas, ansiando siempre por pelear, y se trabó un combate general, en que al principio rechazaron nuestras tropas ligeras á las del enemigo. Pelearon valerosamente los nuestros por espacio de cuatro horas: reforzáronse entonces los franceses, que acometieron impetuosamente á los españoles; mas estos se sostuvieron con el mayor tesón. Por último, lograron los franceses romper nuestra línea; y aunque no pudo rehacerse, se salvó la tropa alejándose en dispersión, recogiendo muchos soldados en Tarragona, donde también entró por la noche el general Reding, que acometido por la caballería francesa se defendió bizarramente con varios oficiales que le seguían, y recibió cinco heridas en el choque. Perdimos en aquella acción más de 2.000 hombres; murieron algunos oficiales de graduación, otros quedaron prisioneros, uno de ellos el marqués de Casteldosrius.

Debilitada así la fuerza del ejército catalán, más por su desorganización que por la pérdida material que había sufrido, se propuso Saint-Cyr apoderarse

de Tarragona; y no pudiendo lograrlo por la fuerza, determinó bloquearla rigurosamente, esperando que se viese en la necesidad de rendirse, por hallarse infestada con los muchos enfermos que se hallaban encerrados dentro de sus muros. Bien pronto tuvo que desistir de su intento. El general Wimpffen, á quien Reding, antes de moverse de Mont-Blanch, habia dejado con 5.000 hombres en observacion de Igualada, habia reunido hasta 10.000, y obligó á los franceses á evacuar aquella villa, y retirarse á Villafranca. Bloqueó en seguida á Barcelona; y acometido por el genral Chabran, el mismo que habia salido de Igualada, hizo retirarse al francés apresuradamente. Quedó por tanto cortada la comunicacion entre Barcelona y las tropas que bloqueaban á Tarragona; y aunque por último pudo romper el general Chabran, conoció Saint-Cyr la imposibilidad de mantenerse en aquellos puntos, y se retiró hácia Vich, pasando por Barcelona, donde quiso obligar á las autoridades civiles á prestar juramento de fidelidad á José: resistiéronse todos con un valor heróico, por cuya razon fueron encerrados en la ciudadela y en Monjuich 29 patriotas, quedando otros muchos arrestados en sus casas. Poco tiempo despues fueron trasladados á Francia.

Habiendo salido de Barcelona, llegó Saint-Cyr el dia 18 de Abril á Vich, donde solo encontró al obispo, seis ancianos y los enfermos. Aproximóse de este modo á Gerona, que pensaba sitiar, libre del cuidado que le daba el ejército español, especialmente despues del fallecimiento del general Reding, que murió de sus heridas el 23 de Abril. Aunque estran-

jero, murió querido y llorado de todos los españoles, que le miraban como compatriocio, y lo era verdaderamente en el corazon. Seguia al mismo tiempo en toda su fuerza la guerra de los somatenes en el principado; y con tal obstinacion, encono y encarnizamiento, que tenia aterrados y abatidos á los soldados franceses, y desatentados á sus generales.

Mas no fué solo en Cataluña donde se adoptó este género de guerra; bien pronto lo adoptaron todas las provincias de la Península, unas en su totalidad, donde era el terreno análogo al de Cataluña; y otras, segun lo permitia su topografia, levantándose partidas, que capitaneadas por caudillos determinados, tenían en una continua alarma á los franceses; tanto mas, cuanto que favorecidas y auxiliadas por los naturales, rara vez podian ser sorprendidas; habiendo habido ocasiones, que nosotros hemos presenciado, en que ocupado repentinamente por tropa francesa un pueblo donde se hallaba una de estas partidas ó guerrillas, se mantuvieron en la poblacion todos sus individuos armados y montados, y alojados en las mismas casas en que lo estaban los franceses, sin que ni una mujer ni un niño tuviese la indiscrecion de descubrirlos. Tambien era muy frecuente comer, beber y divertirse con los soldados franceses que estaban de guarnicion, guerrilleros vestidos de paisanos, y comisionados por sus jefes para espiar la actitud y movimientos de los enemigos. No pocas veces hacian lo mismo soldados y aun oficiales del ejército con comision permanente que duraba años, como nosotros mismos lo hemos visto, saliendo del seno mis-

mo de las guarniciones enemigas noticias casi diarias sobre cuauto podía interesar á los que mandaban nuestros ejércitos, sin que con conocimiento y á vista de toda la poblacion tuviesen los franceses la menor noticia. ¡Admirable sigilo y lealtad por parte de los pueblos!

Pero tal era la disposicion unánime de todos los españoles. Así se aumentaban y se engrosaban prodigiosamente las guerrillas en toda la Península. No es fácil numerarlas, ni nosotros tenemos noticia de todas: su número era casi increíble. Las principales llegaron con el tiempo á constituir divisiones respetables, que tenian á raya á los batallones franceses, los acometian á veces, y los destrozaban ó hacian prisioneros. Las mas considerables fueron las de Mina, Longa, el Empecinado, D. Julian Sanchez, el cura Merino y D. Juan Diaz Porlier, conocido por el nombre de el Marquesito, porque se le suponía sobrino ó pariente del marqués de la Romana.

Era Porlier un oficial del ejército: despues de la batalla de Burgos, en que se halló con su regimiento, fué comisionado para reunir dispersos; y teniendo ya en Enero de 1809 alguna gente, y por su segundo á D. Bartolomé Amor, sorprendió á los franceses en Fromista, Rivas y Paredes de Nava, y se apoderó de los prisioneros que custodiaban en Sahagun, cogiéndoles á ellos mas de 100. Aumentada su partida, acometió á los enemigos, que en número de 400 hombres y dos cañones guarnecian á Aguilar de Campó; y tuvieron que rendirse; porque aunque se encerraron en el cuartel, donde estaban defendidos por su

artillería, mandó Porlier destruir el techo desde la torre, arrojando encima piedras de mucho peso, con lo que quedaron los franceses al descubierto.

Empezó tambien en aquel invierno sus correrías D. Juan Martin Diez, natural de Castrillo de Duero, y conocido con el nombre de el *Empecinado*, que dan en el país á todos los vecinos de aquel pueblo. Rennió bastante gente, é incomodó mucho á los franceses por tierra de Aranda y provincia de Segovia; cogiendo varios prisioneros, que condujo á Ciudad-Rodrigo en la primavera siguiente, en la cual empezó á formar su partida D. Gerónimo Merino, párroco de Villoviado, con la cual dió que hacer en gran manera á los franceses. Lo mismo hicieron los demas partidarios que hemos nombrado, y todos los que se levantaron, de cuyos hechos hablaremos segun se presente la oportunidad.

Remnia por este tiempo en la parte oriental de Asturias 5.000 hombres D. Francisco Ballesteros, capitán retirado, elevado por la junta de aquel principado al grado de mariscal de campo. Apostado con esta gente á las orillas del Deva, incomodaba de continuo á los enemigos, que estaban situados á la otra parte del rio; los desalojó por Febrero de los puntos que ocupaban, y por Abril penetró hasta San Vicente de la Barquera, despues de una accion en que fueron rechazados con pérdida los franceses. En la parte occidental mandaba 7.000 D. José Worster, oficial antiguo de artillería. Con ellos penetró en Galicia por Rivadeo, donde su tropa, por falta de disciplina, cometió varios excesos y asesinó al comer-

ciante D. Raimundo Ibañez, á quien el pueblo miraba como adicto al Príncipe de la Paz, á lo que daba márgen la proteccion que en el poderoso valido buscaba para sus empresas aquel comerciante ilustrado é industrioso. Pasó Worster á Mondoñedo, que desocuparon los enemigos á su llegada; pero volvieron sobre él, le sorprendieron y dispersaron, y entraron hasta el Navia en Asturias saqueando todo el país; mas no tardaron en retroceder á Galicia, porque se reunieron los dispersos asturianos á su frente, y les daban bastante cuidado: tan crítica era la situacion de los franceses en España, que eran para ellos enteramente estériles todas las ventajas de la guerra: los españoles no se arredaban por sus descabros: al día siguiente de una derrota se abria de nuevo la campaña: la voluntad era inflexible, los hombres inagotables.

Por la parte de Castilla dominaban los franceses en las llanuras, aunque hostigados por las partidas: pero ocupaba la plaza de Ciudad-Rodrigo el general inglés Wilson con una division portuguesa y alguna fuerza española al mando de D. Carlos España; y desde aquella ciudad contenía y aun molestaba de continuo al general francés Lapisse que con 10.000 hombres ocupaba á Salamanca, Ledesma y Zamora.

Manteniase en Galicia el marqués de la Romana con 9.000 hombres, que el buen deseo de los fidelísimos gallegos hacia subir á muchos mas; y esto, y las escitaciones del marqués, los animaba y preparaba á una insurreccion general. Ya por el mes de Enero, en la Puebla de Tribes, los paisanos hicieron rendir-

se á 80 dragones franceses, que presentaron al marqués de la Romana. Levantáronse en seguida los naturales del valle de Valdeorras, y eligieron por su jefe al abad, ó párroco de Casoyo, que con la gente que mandaba avanzó y penetró en la provincia de Leon por la parte del Vierzo. Por la parte de Lugo hasta Betanzos atacaban destacamentos, interceptaban correos, y en Doncos se apoderaron de casi todo un convoy. Hacia Tuy presentó un aspecto mas serio el levantamiento de los pueblos; y tanto mas terrible, cuanto fué mayor el orden con que se regularizó.

Se hallaba el mariscal Soult en esta última ciudad, camino de Portugal, donde le mandaba penetrar Napoleon, y apoderarse de Lisboa. Salió de Tuy el mariscal el día 17 de Febrero, y á poco tiempo de haber salido, observó ya señales inequívocas de un alzamiento general. La influencia de los párrocos y de otras personas notables del país halló materia perfectamente dispuesta en el odio que profesaban aquellos naturales, como todos los españoles, á los franceses; á lo cual se agregaban las derramas con que estos abrumaban á un país habitado por labriegos, que tanto mas estiman su pobreza cuanto mas les cuesta el ganarla. D. Mauricio Troncoso, párroco de Couto, fué el primero que se puso al frente; y habiéndoles acometido en Mourentan, les causó una pérdida no pequeña. Levantáronse varias partidas por otros puntos, que acometieron varias veces al enemigo desde el puente de las Hachas hasta Ribadavia.

De esta villa pasaron los franceses á Orense, desde donde invitó Soult con grandes ofrecimientos al marqués de la Romana, que se hallaba en Lamadarcos, á que reconociese con su ejército á José. Ofendióse el pundonoroso marqués con la propuesta, y dijo que su artillería daría la respuesta. Mas no conviniéndole sostener ningun choque con enemigos tan superiores en número, equipo y disciplina, trató de retirarse; si bien no lo hizo tan á tiempo que no alcanzasen los franceses su retaguardia, mandada por D. Nicolás Mahy, aunque por fortuna solo quedaron en su poder algunos prisioneros.

Siguió, pues, Romana su marcha, con ánimo de entrar en Asturias, para sostener desde aquel país, libre de enemigos, la insurreccion de Galicia, que iba tomando tanto cuerpo; y atravesando el asperísimo país de las Cabrerías, vino á caer á Ponferrada del Vierzo, con grande satisfaccion de sus habitantes, en cuyo concepto no estaban muy boyantes los franceses de Galicia, cuando nuestras tropas podían situarse á su retaguardia. No había en los pueblos del Vierzo guarnicion francesa sino en Villafranca, en el camino de Galicia. Guarnecíanla 1.000 granaderos de la tropa mas escogida. Los nuestros no estaban ciertamente para empresas mayores; pero con todo, resolvieron acometer á la guarnicion de Villafranca. Encerróse esta en el palacio, especie de casa-fuerte que tienen en aquella villa los marqueses de su nombre. Por fortuna, en una ermita junto á Ponferrada, se encontró un cañon de á doce con su cureña y la suficiente batería: con él y 1.500 hombres aco-

metió el general Mendizabal á los franceses, sobrecojidos con la llegada de los españoles, á quienes estaban muy ajenos de esperar. Empezó el ataque el día 17 de Marzo por la mañana, y habiéndoseles intimado la rendicion, entregaron las armas y quedaron prisioneros. Ya se deja conocer que la noticia de esta ventaja, conseguida á la misma entrada de Galicia, animaría sobremanera á sus habitantes para proseguir en su levantamiento.

Rendida la guarnicion francesa de Villafranca, siguió Romana su camino á Asturias, y en pocos días llegó á Oviedo, donde tuvo sus diferencias con la junta, que disolvió militarmente, nombrando otra en su lugar; en todo lo cual, dicen, no obró con el detenimiento é imparcialidad debida.

Temiendo el mariscal Ney que Romana reuniese á sus tropas las que había en la provincia de Asturias, y formase un cuerpo de ejército capaz de incomodarle en Galicia y cortarle la comunicacion con Castilla, se propuso entrar en aquel principado, poniéndose para ello de acuerdo con las tropas francesas de Santander y Castilla. Entró, pues, en Asturias por la parte de Ibias y Cangas de Tineo; y al mismo tiempo por el puerto de Pajares el general Kellermann, desde Castilla, cada uno con 6.000 hombres. El 19 de Mayo llegó Ney á Oviedo; y habiendo dejado allí á Kellermann, y en Villaviciosa al general Bonnet, que había entrado en Asturias por la parte de Santander con otra division, dió la vuelta á Galicia, sin haber conseguido el objeto de destruir las tropas del marqués de la Romana, que con ellas se había

embarcado en Gijon con direccion á Galicia; ni tampoco las que mandaban Worster y Ballesteros, que al aproximarse los enemigos, se internaron en lo mas montañoso del país, el primero hácia Oviedo y el segundo por la parte de Covadonga.

Habia dejado el marqués de la Romana, antes de penetrar en Asturias, á D. Nicolás Mahy con parte del ejército, con el cual ocupaba este general los concejos occidentales del principado y las entradas de Galicia por aquella parte hasta las inmediaciones de Mondoñedo y Lugo. Avanzó Mahy con estas fuerzas, que constarian de unos 6.000 infantes y 200 caballos; y al aproximarse á Lugo, huyeron y se encerraron en la ciudad 1.500 franceses que halló en el camino. Salió al dia siguiente el baron de Fournier, gobernador de la plaza, con ánimo de esperar á los españoles. Acercáronse estos, y obligaron á los franceses á entrar otra vez en la ciudad, despues de un choque en que perdieron los enemigos bastante gente, persiguiéndoles tan denodadamente nuestros soldados, que algunos entraron envueltos con ellos en la ciudad, de cuyas murallas tuvieron que descollarse despues, ayudados de los vecinos. Intimó en seguida Mahy la rendicion á la guarnicion, pero sin efecto, y por esta razon se limitó á sitiá la ciudad.

Se habia aumentado entre tanto prodigiosamente la insurreccion de Galicia. D. Manuel Cordido, juez de Cotobad, recorria el camino de Santiago á Pontevedra, causando daños gravísimos á los franceses: D. Joaquin Tenreiro, D. Cosme de Seoane y los abades de Couto y Valladares los perseguian de muer-

te en tierra de Vigo y de Tuy, de cuyas plazas ya no se atrevian á salir. Sobresalieron tambien entre los partidarios D. Bernardo Gonzalez Cachamuña, D. Francisco Colombo, el canónigo de Santiago D. Manuel de Acuña, el teniente coronel D. Manuel García del Barrio, y D. Pablo Morillo, con el tiempo general de nombradía, y entonces nada mas que alferez. No queremos pasar en silencio los nombres de estos ilustres patriotas, cuyo valor y fidelidad merecen una mencion honorífica. Algunos fueron enviados por la Junta Central, solícita de promover por todos medios la resistencia á los agresores; otros por el marqués de la Romana, no menos cuidadoso de hacerles una guerra sin internision; los mas se levantaron espontáneamente, y todos hicieron eminentes servicios á la causa general de la nacion. Pero no fueron solos los que hemos nombrado: hubo otros muchos que tambien se distinguieron. Sobre todo, el 21 de Marzo se formó una junta, de la cual fué nombrado presidente el obispo de Orense, el mismo que con tanta entereza habia hablado á Napoleon: todos reconocieron la autoridad de la junta; y ésta dió las disposiciones mas enérgicas para estrechar, perseguir y hostigar por todas partes á los franceses.

Sitiábalos en Vigo el abad de Valladares: se le unió D. Pablo Morillo, quien sabedor de que los enemigos intentaban socorrer la plaza, se dirigió al puente de San Payo, por donde habian de pasar, le fortaleció, y tornó al sitio con un refuerzo de 300 hombres. Confiriéronle entonces el grado de coronel, lo que sirvió de mucho para que se rindiesen los franceses,

á quienes inútilmente habia intimado muchas veces la rendicion el abad de Valladares, porque se resistian á capitular con un paisano. Morillo les amenazó el 27 de Marzo, que tomaria la plaza á viva fuerza, y no les daria cuartel, si no se rendian inmediatamente. Capitularon por último; y tardando en ratificarse la capitulacion, acometieron los sitiadores á una puerta de la ciudad, junto á la cual cayó muerto de un balazo un anciano marinero: cogió el hacha Gonzalez Cachamuiña, y no la soltó, aunque recibió muchas heridas, hasta que rompió la puerta. Iban á entrar por ella los sitiadores impacientes é irritados; pero los detuvo, aunque con trabajo, D. Pablo Morillo, porque acababa de recibir la ratificacion. Entraron al dia siguiente, entregándose mas de 1.200 soldados franceses con 46 oficiales. No tuvo tan buen éxito el cerco de Tuy, aunque concurrieron á él los sitiadores de Vigo, despues de rendida la guarnicion, y otros jefes con bastante fuerza: hubo desavenencia entre ellos, lo que dió lugar á que los franceses reforzasen la guarnicion; si bien tuvieron que evacuar la plaza el 16 de Abril, temiendo que los españoles la volviesen á bloquear con mejor acuerdo. Con esto quedó libre de enemigos toda aquella tierra; se organizaron los paisanos que se habian levantado; se unió á ellos con su partida D. José María Vazquez, que habia venido de Castilla; y se formó de este modo una division, cuyo mando se confió á D. Martin de la Carrera, que cuando el marqués de la Romana entró en Asturias, se habia quedado en la Puebla de Sanabria con alguna fuerza.

Reunia Carrera entre todo 16.000 infantes, alguna caballería y nueve cañones. Dirigióse á Santiago con parte de sus fuerzas, y deshizo el 23 de Mayo á 3.000 franceses de infantería y 300 de caballería que habian salido contra él de aquella ciudad, donde entró y cogió un gran botin al enemigo; pero tuvo que salir á principios de Junio, por los movimientos que habian concertado los mariscales franceses Soult y Ney.

Vuelto ya este de su expedicion á Asturias, se reunió el 29 de Mayo en Lugo con Soult, que tambien habia vuelto muy mal parado de su invasion en Portugal. Apenas entró en aquel reino, se le rindió la plaza de Chaves en la provincia de Tras-los-Montes. Desde allí se dirigió á Braga, donde entró el dia 20 de Marzo, no sin haber experimentado grande resistencia en los desfiladeros del tránsito. El 28 dió vista á la ciudad de Oporto, la segunda de Portugal, comerciante y rica. Circundaban á la plaza unas líneas de defensa muy bien provistas de artillería, pero demasiado estensas, mal dirigidas, y defendidas por paisanos reunidos apresuradamente. Intimó Soult la rendicion, pero fué desoido. Acometieron entonces los franceses las fortificaciones exteriores, y las forzaron con poco trabajo: entraron en la ciudad, á pesar de estar cortadas las calles, y asestada la artillería en muchos puntos. Hizo un estrago horroroso la caballería enemiga: quisieron huir los portugueses, y agolpándose al puente del Duero que estaba hecho de barcas, se rompió con el peso de la gente; se ahogaron muchos, y sobre otros muchos dispararon á

metralla los franceses, de modo que murieron de 3 á 4.000 personas de todos sexos y edades: crueldad innecesaria por parte de los franceses; pero la tenían de costumbre, según hemos referido ya en otras ocasiones. Los portugueses, sin embargo, no desmintieron su valor dentro de Oporto: entre otros hechos, merece contarse el haberse defendido 200 hombres en la catedral hasta no quedar ninguno. Los franceses cometieron en aquella ciudad los escesos, violencias y atrocidades con que estaban familiarizados. Acostumbrados á vencer en todas partes sin grandes esfuerzos, irritábales la resistencia tenaz de los peninsulares, y esta era la causa de unas demasías que no autoriza la ley de la guerra, y que desdicen en sumo grado de una nación civilizada.

No avanzó el mariscal á Lisboa por no tener noticias de los generales de su nación, que desde Castilla y Extremadura debían entrar en Portugal: también le arredraba la oposición que hallaba en el país, y la tropa portuguesa que le fatigaba sin cesar: y si bien, sabido el éxito de la batalla de Medellin, hubiera seguramente avanzado á Lisboa, se detuvo, no obstante, con la noticia de haberse reforzado considerablemente el ejército inglés. Después de la invasión y ocupación de Galicia, se mantuvo en expectativa el gobierno británico, desconfiando que la Península permaneciese firme después de tantas pérdidas y derrotas: mas como vió que crecían el entusiasmo y los esfuerzos de los españoles cuanto mas se aumentaban los descalabros, se determinó á enviar grandes refuerzos á su ejército de Portugal, que unido con

el de esta nación, tomó la ofensiva contra los franceses. Mandaba todas estas fuerzas sir Arturo Wellesley, que desembarcó en Lisboa el 22 de Abril. El 29 se puso en marcha, y el 2 de Mayo entró en Coimbra.

Con esta noticia, y descubierta en el ejército francés una conspiración para destronar á Napoleon y proclamar la república en Francia, se vió muy acojado el mariscal Soult. Sabían los ingleses de la conjuración; y con la noticia de haber sido descubierta, aceleraron su movimiento contra los franceses. Hallaron su vanguardia en las alturas de Grijo, de donde fué desalojada el día 10 y 11. El día 12 se presentó Wellesley delante de Oporto: Soult habia mandado destruir el puente de barcas y arrimar á la orilla derecha del Duero todos los barcos y botes; pero el coronel inglés Waters vió en la orilla izquierda un bote hácia Avintas, adonde habia ido el general Murray, encargado de pasar el rio por aquella parte y atacar al enemigo por el flanco, al mismo tiempo que Wellesley le acometiese por el frente, para lo cual se estaba disponiendo. Entró Waters en el bote con otros dos ó tres, y atravesando el rio se apoderó de cuatro barcas grandes que nadie custodiaba. En ellas pasaron varias compañías; y aunque por último lo notaron los franceses, se pusieron en armas y acometieron á los ingleses, llegó el general Murray, que habia pasado el rio por Avintas, y abandonaron á Oporto, perseguidos y con gran pérdida.

No tenían los franceses mas que dos caminos para retirarse sin perder la artillería: el de Valencia del Miño y el de Amarante. No se determinó Soult á ir

por el primero, porque lo interceptaba el ejército de Wellesley; pero no pudo tomar el otro, porque creyendo asegurado el paso por el general Loison, había sido éste arrojado de aquellos puntos por los generales Beresford, Wilson y Silveira. Entonces el mariscal, inutilizando la artillería y los carruajes, empezó á caminar por entre precipicios con su gente, acosada sin cesar por los naturales, hambrienta, mojada y desesperada. Por fin entró en Galicia el 18 con bastante pérdida, pero sin haber tenido necesidad de capitular, como ya opinaban algunos en su ejército antes de emprender tan penosa marcha.

Entró Soult el 23 en Lugo, donde el 29 se le reunió Ney. El general Mahy, que sitiaba aquella ciudad, levantó el cerco el día antes, y se retiró á Mondoñedo, donde se reunió con el marqués de la Romana, que, como hemos visto, había venido de Asturias. Trataron entonces, para evitar la persecucion de los dos mariscales, de cruzar el Sil, como lo verificaron, trasladándose á Orense por Monforte, y proporcionando de este modo la comunicacion con el general La Carrera, y las tropas que ocupaban las provincias de Tuy y de Santiago.

Trataron los dos mariscales de destruir el ejército español de Galicia, que tanto los fatigaba, principalmente por sostener la insurreccion del país, que los tenia muy cuidadosos. Con este intento se puso Soult en movimiento contra la Romana, y Ney contra las tropas de La Carrera, que mandaba ya el conde de Noroña, por disposicion de la Junta Central. Llevaba Ney 8.000 infantes y 1.200 caballos. Los

nuestros, en número de 10.000 hombres, pero 4.000 desarmados se replegaron á San Payo, cuyo puente, que había anteriormente cortado, rehabilitaron ahora de prisa, y pasaron el rio el día 7 de Junio muy temprano. A las nueve se dejaron ver los franceses en la otra orilla, y empezó por ambas partes un fuego muy vivo, que duró hasta las tres de la tarde. Hallaron los enemigos medio de vadear el rio al día siguiente, con cuyo motivo se renovó el fuego con no menos fuerza que el día anterior; mas al fin los franceses fueron rechazados en todas partes, y se retiraron escarmentados sigilosamente el 9 al despuntar el día. Su pérdida fué grande.

Soult llegó á Monforte, donde se detuvo algunos días: mas en lugar de perseguir á Romana, tomó la via de Castilla, desesperanzado de hacer cosa de provecho, rodeado de enemigos por todas partes, y principalmente por emulacion con el mariscal Ney, á quien miraba como su competidor. No pudiendo atravesar el Sil, tuvo que subir muy arriba, y tomando el camino de las Portillas, llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, habiendo asolado los pueblos del tránsito, en venganza de lo mucho que le molestaban los paisanos en su ruta. Los españoles, que en corto número guarnecian á la Puebla, clavaron los cañones y se retiraron á Ciudad-Rodrigo. Soult envió á Madrid al general Franceschi con pliegos para José, que fueron interceptados, y hecho prisionero su conductor con otros dos que le acompañaban, mas allá de Toro, por el capuchino Fray Julian de Delica que capitaneaba una partida.

Tambien el mariscal Ney abandonó á Galicia, donde no se contemplaba seguro despues de la salida de Soult, dirigiéndose á Astorga, é incendiando sus tropas los pueblos por donde pasaban. El orgullo abatido hacia sanguinarios á los franceses.

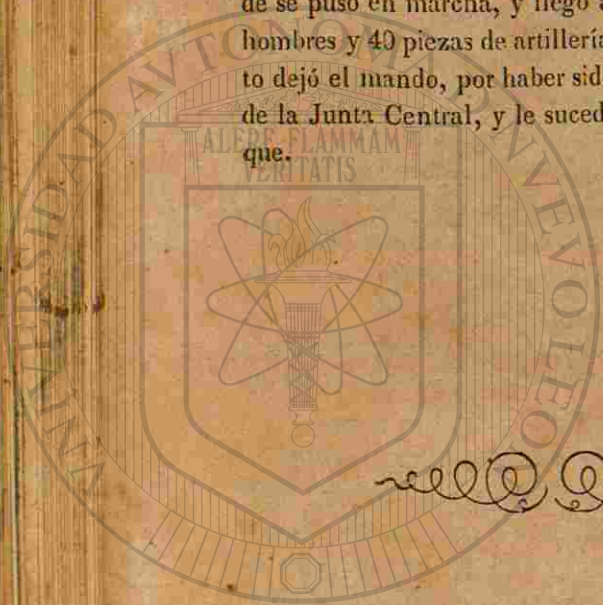
El mariscal Ney habia salido de la Coruña el dia 22 de Junio, y pocos dias despues entró el conde de Noruña con la division del Miño en aquella ciudad, donde fueron recibidos los nuestros con la mas cordial alegría. Crudísima guerra se hizo en Galicia y Portugal á los franceses, que perdieron la mitad de la tropa con que habian entrado en aquel país, en cosa de cinco meses que le ocuparon, ó mas bien lo devastaron: por fin Galicia se vió libre de aquel terrible azote, y respiró: gracias á su resolucion y heróicos esfuerzos.

Tambien á principios de Junio se vió Asturias libre de enemigos. Evacuaron los franceses aquella provincia, ya porque se habian disminuido bastante las fuerzas que en ella tenian con la salida de las tropas que llevó Ney á Galicia, ya tambien por la actitud amenazadora que tomaron las tropas españolas en aquella provincia, y aun sus mismos naturales. La fuerza que mandaba Kellermann, situado en Oviedo, se dirigió á Castilla, por aproximarse á aquella ciudad los generales Bárcena y Worster por la parte del Poniente; y ya en poder del primero habian caído 80 franceses prisioneros de 1.300 que guarnecian la villa de Grado, de donde los desalojó. Ballesteros se hallaba por la parte de Covadonga con mas de 10.000 hombres. Contra esta fuerza tuvo

que dirigirse con la de su mando el general Bonnet; y tanto estrechó á Ballesteros, que faltó de subsistencias, y como asediado por el enemigo, levantó el campo de noche el 24 de Mayo con direccion, por montañas y riscos, á Valdeburon en Castilla, desde donde se trasladó á Potes en la Liébana. Proyectó sorprender á la guarnicion francesa de Santander, y con este objeto pasó á Torrelavega. El dia 10 de Junio dió principio á su empresa, mal dirigida segun parece, pues constando la guarnicion de 1.000 hombres nada mas, pudo salvarse por entre los nuestros, escepto 200 hombres que quedaron prisioneros. Entró Ballesteros en Santander; pero en la noche del mismo dia 10 le sorprendieron completamente los franceses; porque entrando repentinamente en la ciudad, se dispersaron nuestros soldados, desprevenidos y sobrecogidos. El Marquesito, con su acostumbrada energía y actividad, se puso en cobro con parte de la tropa: Ballesteros se embarcó en una lancha con D. José Odonell, coronel del regimiento de la Princesa; el batallon que mandaba, logró pasar á Medina de Pomar, conducido por el sereno é intrépido oficial Garroyo; y por en medio del ejército francés que ocupaba á Castilla y Aragon consiguó llegar á Molina, donde se hallaba Villacampa.

Llegó el marqués de la Romana á la Coruña, poco despues de haberla evacuado los franceses, y se le moteja por haber dejado trascurrir un mes, sin dar aquellas disposiciones militares que exigian las circunstancias, y ocupado antes bien en asuntos gubernativos, como autorizado por la Junta Central, en

los cuales tampoco resplandecian la inteligencia y el tino. Mandó por último á Asturias á D. Nicolás Mahy, y dió orden al general Ballesteros de que se le uniese con 10.000 hombres en Castilla, para donde se puso en marcha, y llegó á Astorga con 16.000 hombres y 40 piezas de artillería. El día 18 de Agosto dejó el mando, por haber sido nombrado individuo de la Junta Central, y le sucedió el duque del Parque.



reel @ Quer

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ÁLVAREZ DEFENSOR DE GERONA

DIRECCIÓN GENERAL D

CAPÍTULO X.

Decreto de la Junta Central sobre convocación á Córtes.—Sucesos militares en Aragón.—Acciones de María y de Belchite.—Cataluña: defensa de Gerona.—Estremadura.—Batalla de Talavera.—Batalla de Almonacid.

MANIFESTADO el éxito que tuvo la guerra hasta el mes de Agosto de 1809 en las dos provincias de Asturias y Galicia, éxito que correspondió tan mal á la arrogante confianza con que las invadieron los franceses, tiempo es ya de referir lo que medió entre tanto en las demas provincias del reino.

Seguia la Junta Central en Sevilla; y aunque siempre acatada y obedecida, estaban, con todo, desunidos sus individuos, sobre puntos capitales de gobierno, y especialmente sobre convocación á Córtes, medida á que siempre se opuso su primer presidente el conde de Floridablanca, cuya opinion heredaron y sostenian algunos vocales: la mayoría empero la contemplaba justa y conveniente; y por último se resolvió, y anunció al público en 22 de Mayo, aunque de

un modo poco explícito; debiendo convocarse para el año siguiente, ó antes si las circunstancias lo permitiesen.

Por lo que hace á los sucesos militares, despues de tomada Zaragoza, se apoderaron los franceses en Aragon del castillo de Monzon y de la plaza de Jaca; habiendo evacuado el primero la tropa española, así como los vecinos el pueblo á principios de Marzo, y rindiendo la segunda el 21 del mismo su gobernador D. Francisco Campos, por no tener fuerzas ni medios para defenderla. Quisieron igualmente apoderarse de Mequinenza, pequeña y mal murada plaza con un castillo de poca resistencia: tres veces lo embistieron, y fueron rechazados.

Mandaba por entonces las armas francesas el mariscal Suchet, que habia sucedido á Junot, y juzgaba que los españoles, decaidos de ánimo con la rendicion de Zaragoza y mas descalabros que habian sufrido, le dejarian bastante vigor para restablecer la disciplina militar, bastante relajada en el ejército de su mando, cuya medida era tanto mas necesaria, cuanto que habiéndose trasladado á Castilla el quinto cuerpo, solo le quedaba el tercero, y este bastante disminuido por las grandes pérdidas que habia experimentado. Pero no contaba con el teson inflexible de los españoles. La Junta Central, entre otras medidas, habia mandado á mediados de Abril formar un ejército llamado de Aragon y Valencia, cuyo mando confirió á D. Joaquin Blake, y que debia componerse de unos 4 á 5.000 hombres de la division de Lazan, que se hallaba en Tortosa, y de la tropa de Valencia.

Andaban discordes en esta provincia las autoridades, y por esta razon solo auxilió á Blake con ocho batallones. Se ocupó al principio el general en disciplinar y adiestrar su gente; pero no tardó mucho en hostilizar al enemigo, proporcionándole una buena ocasion el levantamiento de los aragoneses contra sus opresores. La villa de Albelda se negó á pagarles las contribuciones que la exigian. Enviaron contra ella alguna fuerza los enemigos; pero sostenidos sus vecinos por 700 hombres que en su auxilio habian llegado de Lérida, batieron en Tamarite á los franceses, los cuales se recogieron á Barbastro, escepto 200 hombres que se metieron en Monzon: mas tambien se alborotó su vecindario y les obligó á desocupar la villa. La atacaron luego con fuerza mayor; pero ya la ocupababa D. Felipe Perena con una corta fuerza, con la cual, sin embargo, los rechazó: volvieron á acometer el dia siguiente, y aun consiguieron entrar en Monzon; pero llegó oportunamente D. Juan Baget, que desde Lérida habia venido con Perena y se hallaba en Fonz, y se vieron precisados á huir despues de haber perdido mucha gente. Insistieron todavia en hacer entrar al país en su obediencia, y enviaron un refuerzo de 2.000 hombres procedentes de Barbastro, que caminaban por la opuesta márgen del Cinca: crecieron las aguas de este rio, y no pudiendo reunirse con los que estaban á la otra orilla, tuvieron estos últimos que rendirse en número de 600, despues de varias tentativas inútiles para pasar el rio y unirse á sus compañeros.

Sucedió esto el día 21 de Mayo. Blake habia em-

pezado á moverse de Tortosa el 7 del mismo mes: el 18 se acercó á los puntos que ocupaba una division enemiga, y el general Laval, que la mandaba, tuvo que desocupar á Alcañiz, donde tenia sus reales. Con estas noticias salió Suchet de Zaragoza con alguna fuerza, que reunida á la de Laval, componia un total de 8.000 hombres, incluso 600 de caballería. La misma fuerza reunia el general español, aunque la caballería no era tan numerosa, pues no llegaban los caballos á 500. Apostado junto á Alcañiz, esperó á los franceses en orden de batalla, cuya derecha mandaba D. Juan Carlos de Areizaga, la izquierda D. Pedro Roca y el centro el mismo Blake. Presentáronse los franceses, y se replegó nuestra vanguardia. Se empeñaron en tomar la ermita de Fornoles, en la derecha de nuestro ejército, arremetiendo por dos lados contra el cerro en que está situada, y como encontrasen grande resistencia, destinaron á tomarla 900 granaderos, que también fueron rechazados: insistió Suchet en apoderarse de la ermita, reiteró las embestidas, pero nada consiguieron sus soldados. Acometieron la izquierda y el centro con resolucion y bravura, tanto que llegaron al pié de las baterías; pero los contuvo nuestra fusilería y artillería, y aún retrocedieron en desorden. Se retiraron escarmentados, y los nuestros los persiguieron por algun tiempo. Perdieron 800 hombres, quedando herido Suchet, y los nuestros de 200 á 300. Siguió su retirada por la noche, tan amedrentados, que con la voz de que venian los españoles, empezaron á correr á cual mas podía. Por fin, desengañados, pudo

reunirlos Suchet, y con ellos entró en Zaragoza el dia 6 de Junio, frustradas sus esperanzas de que los españoles no le incomodarian en mucho tiempo, por considerarlos desanimados y abatidos. Mas no por eso dejó de prevenirse para en adelante, aprovechando el tiempo que le dejaba su antagonista, el cual por su parte se ocupaba en ejercitar su gente, animada ya con el buen éxito de la batalla de Alcañiz. Al mismo tiempo recibió socorros en dinero de la Junta Central, y tropas y otros auxilios de la junta de Valencia.

Molestaban también por su parte los partidarios á Suchet, y además el espíritu de los naturales del país le tenia muy receloso. Sobre todo llamaban su atención los proyectos de Blake, y espiaba con cuidado sus intenciones y movimientos. Supo que se adelantaba, y salió á recibirle. Llevaba Blake 17.000 hombres, y Areizaga, que mandaba una division, se apoderó de un convoy de víveres que conducian los enemigos, y los ahuyentó, sin que pudiese impedirlo otra division francesa que lo intentó, y que antes bien tuvo que replegarse. Sin embargo, Suchet estaba resuelto á dar una batalla: tenia consigo 12.000 hombres, y esperaba refuerzos. Llegó Blake el dia 15 á María con 12.000 hombres, pues los otros 5.000 estaban apostados en Botorrita al mando de Areizaga. Permanecieron los dos ejércitos uno enfrente de otro: rompió el francés el fuego luego que le llegaron los refuerzos que esperaba, que fué á las dos de la tarde. Repelieron los nuestros al enemigo varias veces; pero su caballería logró arrollar á la nuestra, menos

numerosa y no tan bien equipada. Se mantuvo sin embargo la infantería sin titubear, sostenida por el mismo general en jefe y por Lazan y Roca. Mas al fin aflojaron algunos batallones, y entró el desaliento en el ejército: descendieron precipitadamente los soldados de unas lomas que ocupaban, atascóse la artillería, se perdieron 15 cañones, y cayeron prisioneros el general Odonjú, que mandaba la caballería, y el coronel Menchaca. No tomaron parte en la pelea los 5.000 hombres que mandaba Areizaga, situados en Botorrita, lejos del campo de batalla: si hubieran estado presentes, probablemente la victoria se hubiera declarado por los españoles. Como quiera, se retiraron estos sin ser perseguidos por los franceses, y se reunieron con los de Areizaga en Botorrita, donde pensaba Blake esperar todavía á los enemigos; pero sabedor de que se acercaban, acaso mas pronto de lo que él creía, se retiró.

Bajó notablemente el ejército de Blake, por los muchos soldados que murieron y se dispersaron en la acción de María, siendo lo peor que la tropa ya no se hallaba con el aliento que la había infundido la victoria de Alcañiz: por el contrario, el ánimo de los franceses se había levantado con las ventajas posteriores que habían obtenido. A pesar de todo, empeñábase imprudentemente Blake en pelear; y seguído por Suchet, se encontraron los dos ejércitos en Belchite, donde el general español aventuró otra batalla. En ella pelearon los nuestros con valor y serenidad; pero habiéndose incendiado dos ó tres granadas, y cayendo una, que arrojó el enemigo, en

medio de un regimiento, empezaron á desordenarse y arremolinarse los soldados, se difundió el espanto por todos los cuerpos, y el ejército se desbandó, manteniéndose solamente firmes en sus puestos el general en jefe, Lazan y Roca. Pocos fueron los muertos y prisioneros, pero se desconcertó, y se puede decir que se disipó un ejército, cuya formación había costado tanto tiempo y tanto gasto, y que conservado con prudencia, pudiera haber hecho grandes servicios.

Los dispersos tomaron varias direcciones: la división de Lazan se dirigió á Tortosa, la de Valencia á Morella y San Mateo, y otros cuerpos hácia otros puntos. El mismo día de la batalla, que fué el 18 de Junio, avanzaron los franceses hasta Alcañiz, se distribuyeron por varios lados, y Suchet volvió á Zaragoza. El general Blake entró en Tortosa, desde donde acudia, como podía, á las exigencias de la guerra en Cataluña, que la Junta Central había sometido también á su mando militar.

Continuaban en aquel principado las guerrillas y los somatenes: sobre todo había un grande empeño en los catalanes y en las tropas por apoderarse de Barcelona. Con este objeto se formó un proyecto, que descubierto por los enemigos, costó la vida en la ciudad á varios de sus autores: y es notable la firmeza de un mozo del comercio, que apellidado traidor por el general francés, le respondió: "el traidor es V. E. que con capa de amistad se ha apoderado de nuestras fortalezas." Se llamaba Juan Massana. Pero el hecho mas distinguido por este tiempo fué la

defensa de Gerona, que formará siempre una de las páginas mas célebres de la historia de la guerra.

Se habia defendido esforzadamente Gerona por dos veces, como hemos visto, en los meses de Junio y Julio del año anterior. Pesábales á los franceses la resistencia tan decidida de una plaza que reputaban por de muy poca defensa. Eralo en efecto, porque rodeada de una antigua muralla, y dominada por los fuertes levantados en las alturas que la circundan, perdidos estos, especialmente el de Monjuich, por la parte que mira á Francia, debian suplirlo todo los pechos de sus defensores. Afortunadamente eran de bronce; particularmente el del valiente é indomable gobernador de la plaza D. Mariano Alvarez, cuyo nombre resonará siempre con gloria en los fastos españoles y en la historia universal.

Tal cual era la plaza en sí, se necesitaban 12.000 hombres para defenderla del modo que cabia; y sin embargo contaba la guarnicion poco mas de la mitad, pero llena de valor y de entusiasmo. Armáronse tambien ocho compañías, que se componian de los vecinos de la ciudad, incluso los eclesiásticos seculares y regulares, y las cuales ayudaron á los soldados con valor y constancia inimitables. Formaron tambien las mujeres una compañía que se llamó de Santa Bárbara, destinada á conducir víveres y municiones á los combatientes, y á recoger y asistir á los heridos. El alma de todo era el gobernador, pero ayudábale tambien el teniente de Rey D. Juan Bolívar, y los coroneles de artillería y de ingenieros D. Isidro de Mata, y D. Guillermo Minali, el intendente

D. Carlos Beramendi, y en general todos los oficiales, y cuantos estaban á sus órdenes.

Presentáronse los franceses delante de la plaza el dia 6 de Mayo. Apenas lo supo Alvarez impuso pena de la vida al que hablase de rendirse ó de capitular. Como era tan reducida la guarnicion, no pudo impedirles los trabajos del sitio ni hacer frecuentes salidas: hubo sin embargo varias, á que ayudaban los paisanos de las inmediaciones. El dia 31 desalojaron los enemigos á los nuestros de la ermita de los Angeles, que defendieron hasta que no pudieron mas. A principios de Junio quedó enteramente cercada la plaza por 18.000 hombres. El dia 12 se presentó un parlamentario intimando la rendicion; el gobernador le despachó advirtiéndole que recibiria en adelante á cañonazos á los enviados de los enemigos de su patria: era Alvarez castellano viejo. Empezó el enemigo el bombardeo en la noche del 13 al 14: en este dia se incendió y quedó destruído el hospital general donde se custodiaban muchos artículos necesarios. No por eso desmayaban los defensores: acudió cada uno á su puesto con puntualidad; no menos que los hombres, las jóvenes de la compañía de Santa Bárbara. En el mismo dia 14 al amanecer acometieron los franceses las torres de San Luis y San Narciso, causaron en ellas mucho estrago y tuvieron que abandonarlas los españoles el dia 19; por la misma razon evacuaron tambien el dia 21 la de San Daniel. La noche del 14 al 15 se apoderaron del arrabal de Pedret, fuera de la puerta de Francia, y se atrinchera-

ron en él, pero hicieron los nuestros una salida y los arrojaron del arrabal.

En esto llegó al campo enemigo el general Saint-Cyr, y con la tropa que llevó consigo se reunió delante de Gerona un ejército de 30.000 hombres. Al salir la aurora el día 3 de Julio empezaron á atacar el castillo de Monjuich con un crecido número de cañones de grueso calibre y algunos obuses. Causaron mucho destrozo en el castillo; pero su guarnición, compuesta de 900 hombres mandados por D. Guillermo Nash, no por eso se arredraba. Estaba enarbolada la bandera española en un punto que se desmoronó á los golpes repetidos de las balas de cañon; cayó al foso, y entonces el subteniente D. Mariano Montoro bajó al foso, la subió, y la volvió á colocar en el muro. El día 4, á las diez y media de la noche, dieron el asalto los enemigos con el mayor coraje, pero fueron rechazados valerosamente. Le repitieron el día 8 con mas furia por tres veces, y sucedió lo mismo: le asaltaron por cuarta vez, y tuvieron que desistir y retirarse despechados despues de haber quedado herido el coronel Muff que los capitaneaba, y de haber perdido 2.000 hombres, con 66 oficiales heridos, y 11 muertos de la misma clase. Se voló aquel dia la torre de San Juan, sita entre la plaza y Monjuich, y perecieron casi todos los españoles que la defendian: esta desgracia acibaró el placer que habian recibido los nuestros con el escarmiento de los enemigos.

Vista por los franceses la defensa obstinada de Gerona y calculando que se prolongaria por mucho tiempo, se propuso el general Saint-Cyr privarla de

todo auxilio. Con este fin acometió y tomó, no con poca sangre, á San Feliú de Guisols y á Palanós; y el dia 12 destinó una brigada contra los somatenes y partidas que hormigueaban desde Hostalrich hasta Gerona, y otras tropas para que operasen entre Figueras y la raya de Francia. De este modo pudo impedir que fuese socorrida la plaza. Lo intentó el irlandés D. Rodulfo Marshall, enviado con un convoy por las autoridades de Cataluña, pero fué descubierto, y Saint-Cyr se apoderó del convoy, salvándose solamente Marshall con algunos de los que le acompañaban.

Proseguian infatigables los sitiadores sus obras contra Monjuich, aunque abrasados por el fuego de los nuestros. El dia 31 murió un gran número de ellos en la torre de San Luis que se voló por una bomba arrojada de la plaza, y otros por una salida que hicieron los nuestros desde el castillo. El dia 3 de Agosto quisieron, pero no pudieron, apoderarse del rebelin del frente del ataque: lo consiguieron empero al dia siguiente pereciendo 50 hombres de los 800 que le defendian. Viendo entonces el gobernador de Monjuich que no podia defenderse por mas tiempo, muertos ya 18 oficiales y 511 soldados, y estando casi todos los demas heridos, inutilizó la artillería y las municiones y abandonó el castillo. Diez y nueve baterías habian levantado los franceses contra Monjuich; abrieron en él diferentes brechas, estuvieron atacándole dos meses, murieron mas de 3.000, y solo se hicieron dueños de unas ruinas que dejaron desamparadas los españoles.

Privada la plaza del baluarte de Monjuich se podía defender muy mal por aquella parte, que cerraba una muralla débil, y amparaban muy pocos fuegos: así, juzgaban los franceses que se rendiría dentro de pocos días. Por esta razón no se habían apresurado á levantar muchas baterías. Levantáronlas despues, viendo que la plaza no daba señales de ceder, y empezaron á hacer fuego el día 19 contra la muralla de San Cristóbal y la puerta de Francia. Estaban prevenidos los sitiados por la parte de dentro, y no se atrevieron á acometerles los sitiadores, temerosos de pelear dentro de la ciudad: suspendieron pues el ataque contra la puerta, se dirigieron contra la de San Cristóbal y contra la muralla de Santa Lucía, que era el sitio mas alto y débil de la plaza, y causaron por aquel lado un destrozo horrible.

El día 25 intentaron ocupar las casas de la Girolana; pero haciendo los nuestros una salida se los impidieron, mataron algunos y cogieron varios prisioneros. Mas no era posible hacer con frecuencia estas salidas de la plaza, disminuida ya en gran parte su corta guarnicion con las bajas que ocurrían diariamente, y que no se llenaban con los patriotas que de su voluntad se introducían á escondidas en la ciudad, pues apenas había bastante gente para cubrir los puestos necesarios. Sin embargo, á todo proveía el infatigable y entendido gobernador, firme en el propósito de no capitular con el enemigo, ni retroceder jamás delante del peligro por grande que fuese: *al cementerio*, respondió á un oficial encargado de una salida, que le preguntaba adónde se dirigiria en ca-

so de retirarse. No se descuidó tampoco en pedir socorros varias veces y por diferentes conductos. Se encargó de proporcionárselos el general Blake, quien por medio de un movimiento bien combinado y ejecutado por D. Enrique Odonnell, D. Manuel Llauder y otros jefes y partidarios, burló las precauciones de Saint-Cyr, acometió y deshizo varios cuerpos enemigos, muriendo muchos franceses, entre ellos el general Hadeln á manos de un miguelete, y logró por último que entrase en la plaza un convoy de 2.000 acémilas, que iban custodiando 4.000 infantes y 2.000 caballos al mando del general D. Jaime García Conde, quien habiendo dejado en la plaza 3.300 hombres, se restituyó con los demas á Hostalrich.

No suspendieron por eso los franceses los trabajos del sitio ni sus acometidas. Volvieron á tomar el día 6 de Setiembre la ermita de los Angeles, recuperada por Llauder cuando vino el convoy, y mataron á cuantos la ocupaban, menos á tres oficiales y al mismo Llauder, que saltó por una ventana. El día 11 de Setiembre repitieron el fuego y agrandaron tres brechas que había ya abiertas. Hicieron los nuestros una salida que no tuvo consecuencias. Dispusieron los enemigos dar el asalto; pero enviaron primero parlamentarios á intimar la rendicion: Alvarez los recibió á metralla, porque sus amenazas no eran meras palabras. Exasperados con esto los franceses, quisieron asaltar la plaza divididos en cuatro columnas de á 2.000 hombres cada una. El gobernador lo tenía todo dispuesto para recibirlos: á su recibimiento acudieron, al toque de generala y de campa-

na, la tropa y el vecindario, llevando al frente al intrépido é imperturbable gobernador. Empezó á subir una columna enemiga por la brecha de Santa Lucía, donde mandaba el irlandés Marsahll, y fueron dos veces repelidos, dejando muchos cadáveres en la misma brecha. Quedó, por desgracia, herido de gravedad Marsahll, que murió á poco rato diciendo: "que moria contento por tal causa y por nacion tan valiente." Por las brechas de Atemanes y de San Cristóbal quisieron penetrar otras dos columnas enemigas; pero fueron rechazadas á la bayoneta, y abrasados por el fuego que se les hacia de todos lados. Tambien padeció mucho otra columna que se situó junto á la torre de la Gironella. Después de tres horas de una lucha sangrienta se retiraron los franceses, habiendo perdido 2.000 hombres, entre ellos muchos oficiales de graduacion: de los nuestros murieron de 300 á 400, de los cuales algunos eran oficiales que se señalaron por su valor: tambien murieron algunas mujeres de la compañía de Santa Bárbara, pues habia acudido ésta á repeler la agresion, lo mismo que los clérigos, los frailes, niños, ancianos y toda clase de personas sin distincion, y sin la menor confusion; ocupando cada uno el puesto que le estaba señalado, todo por disposicion del digno gobernador, que mientras duró el conflicto acudia á todas partes y á todo proveia. Conocieron los franceses la clase de enemigos con quienes tenían que habérselas, y se abstuvieron de volver á asaltar la plaza, convirtiendo el sitio en bloqueo, y confiando al tiem-

po, á la hambre y á las enfermedades la empresa, que á ellos no les era dado el alcanzar.

Quiso segunda vez D. Joaquin Blake socorrer y proveer á Gerona. Para ello se movió con 12.000 hombres, y el 26 de Setiembre ocupó las alturas de La Bisbal, á dos leguas de Gerona. Envió delante con la vanguardia á D. Enrique Odonnell, y en seguida al general Wimpffen con el convoy que se componia de 2.000 acémilas y algun ganado lanar, permaneciendo Blake en las alturas de La Bisbal. Observó este movimiento Saint-Cyr, é interponiéndose entre Odonnell y Wimpffen interceptó el convoy, y solo pudieron entrar en Gerona 170 cargas, habiendo perdido los nuestros en esta jornada como 2.000 hombres.

Conseguianse algunas ventajas en el Principado por las tropas y migueletes, y tambien por los ingleses en aquellas aguas; pero nada aprovechaban á Gerona, acosada cada dia mas con la escasez y las enfermedades. Por su parte los franceses, reforzados de nuevo apretaban el cerco, é impedian con el mayor cuidado que los paisanos de las inmediaciones introdujesen víveres en la plaza: y como solo se habian acopiado para cuatro meses, y ya habian trascurrido cinco, la penuria era estrema, y de ella nacieron tantas enfermedades que ya no cabian los enfermos en los hospitales. Intentó Blake por tercera vez socorrer á los sitiados, y tampoco pudo conseguirlo. Habia sucedido á Saint-Cyr el general Angereau, quien por medio de soldados, paisanos y aun frailes intimó varias veces la rendicion de la plaza, aunque en va-

no. Entrado ya Noviembre, presentaba Gerona un cuadro espantoso. Era tal la carestía, que costaba una gallina 16 duros y un raton 5 reales. No había medicinas, ni alimentos, ni fuego para los enfermos: hacianse con esto incurables las heridas, y añadiase el contagio: la ciudad entera era la mansion del dolor y de la muerte. En tan horrorosa situacion se abatian hasta los mas animosos. Proponian algunos salir y abrirse paso por entre los enemigos; hubo quien se determinó á hablar de capitulacion delante del gobernador. “¡Cómo! le dijo este con viveza, ¿solo vd. es aquí cobarde? Cuando ya no haya víveres nos comeremos á vd. y á los de su ralea; y despues resolveré lo que mas convenga.”—“Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos, que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo mas daño que el mismo enemigo.” Así se esplicaba en un bando que publicó por aquellos dias este militar de tan terrible temple.

Conmovido el Principado de Cataluña con la resistencia sobrehumana de Gerona y con las inmensas desgracias que la aquejaban, resolvió en junta general, reunida en Manresa, un alzamiento general para hacer á los franceses levantar el sitio, ó á lo menos socorrer la plaza. Lo supo Augereau, y en la noche del 2 de Diciembre empezó de nuevo las embestidas: ocupó el arrabal del Cármen, levantó nuevas baterías, ensanchó con la artillería las brechas antiguas, y abrió otras de nuevo; pero no se

atrevió á dar el asalto contra unos espectros, porque ya no eran hombres los que moraban en Gerona: tales eran en España aquellos mismos franceses que se gloriaban de haber vencido y subyugado á todos los pueblos del continente. El día 7 se apoderó del reducto de la ciudad y de las casas de la Gironella, impidiendo la comunicacion con los fuertes, cuya guarnicion solo contaba con una miserable racion para dos dias. La socorrió con todo Alvarez con trigo para otros tres dias: no habia para mas. En la tarde del mismo dia 7 quisieron los enemigos intimar la rendicion á la plaza, pero no pudieron: el gobernador no era hombre que retrocedia. Rompieron pues el fuego por todas partes, é impidieron con una nueva batería el paso del puente de piedra. No por eso decaia el ánimo del gobernador Alvarez: nadie se atrevia á pronunciar la palabra capitulacion.

Pero Alvarez estaba enfermo con tercianas hacia ya dias: su espíritu, se puede decir que era de bronce, mas no lo era su cuerpo, y el día 4 cedió á una calentura nerviosa que le postró y puso en peligro de muerte. A pesar de todo, prosiguió mandando hasta el dia 8 en que le sobrevino el delirio: remitió este al dia siguiente, y trasfirió el mando al teniente de rey D. Juan Bolívar. Siguió agravándose la enfermedad; se le administró el sacramento de la Extrema-Uncion, y se desconfió enteramente de su vida.

Angustiado se vió Bolívar en aquellas circunstancias. Nombró una junta militar, y reunió la municipal. Pesaba á todos en gran manera haber de entregarse á los franceses; pero ya no era posible de-

fenderse por mas tiempo. Habia llovido mucho en aquel otoño; formáronse charcos en las calles, que por la mayor parte habian sido desempedradas; juntáronse las aguas con las inmundicias; yacian insepultos los cadáveres, y todo corrompia é inficionaba el ambiente que respiraban aquellas víctimas de lealtad, las cuales, hundidas sus casas, tenian que vivir entre ruinas. Habia siete brechas abiertas, todas practicables, y algunas muy anchas; habian muerto cerca de 6.000 soldados y 4.000 paisanos; solo habian quedado 1.100 combatientes, escualidos, casi cadáveres: nada de subsistencias, ningun alivio, ninguna esperanza de socorro, porque el congreso catalan habia avisado que no era posible proporcionarlo tan pronto. Si Gerona hubiera estado provista, al heroismo de la defensa de sus muros, se hubiera seguido, como en Zaragoza, la defensa heroica de sus calles, de sus templos y demas edificios, de sus casas, de sus aposentos; y los franceses, cuya arrogancia habia quedado humillada delante de una flaca y antigua muralla, hubieran encontrado el espanto y el terror, y mil géneros de muerte dentro del recinto de la ínclita ciudad.

Por fin Bolívar, de acuerdo con la junta militar y la del corregimiento, envió al campo de los sitiadores, para tratar de capitulacion, á D. Blas de Four-nas, que bien recibido del general Augereau, ajustó con él una capitulacion, tan favorable como podia ser en aquellas circunstancias, tanto para la guarnicion como para la ciudad y forasteros que se hallaban en ella. Los franceses entraron en la plaza el

día 11 de Diciembre por la puerta de Arenys, y les asombraron los efectos de una resistencia á que no estaban acostumbrados en ninguna de sus guerras.

Emplearon los franceses en el sitio de Gerona 40.000 hombres. Levantaron 40 baterías y arrojaron contra la plaza 60.000 balas de cañon y 20.000 bombas y granadas. Contra tantas fuerzas, contra tantos medios de destruccion se resistió siete meses una pequeña y mal fortificada plaza, defendida por una corta guarnicion; y al fin no fué un ejército ni su artillería el que la rindió: fué el hambre.

Volvió al cabo en sí el dignísimo gobernador D. Mariano Alvarez, y el día 23 de Diciembre le sacaron los franceses de la ciudad y le condujeron á Francia. Poco despues le volvieron á España y le encerraron en Figueras en un calabozo, donde hay razones muy fuertes para creer que le quitaron al instante la vida, sin duda por orden de Napoleon: el héroe de la Francia fué en España un asesino envidioso y ruin. La Junta Central, y despues las córtes reunidas en Cádiz, decretaron honores bien merecidos al valor y lealtad de D. Mariano Alvarez: en el año de 1815 el capitán general de Cataluña D. Francisco Javier Castaños celebró en Figueras las honras funerales, y en una lápida que fijó en la misma prision donde habia entregado al Criador aquella alma grande, trasmitió su nombre á las futuras generaciones.

Poco antes, y al mismo tiempo del célebre sitio de Gerona, seguia la guerra sin intermision en las demas provincias. Despues de la batalla de Medellin

intimó el mariscal Victor, que se hallaba en Mérida, la rendición á Badajoz, enviando algunas tropas contra aquella plaza: la respuesta fué la metralla. Según las órdenes de Napoleon, debían entrar el general Lapisse por Ciudad-Rodrigo y Victor por Extremadura en Portugal, á unirse con el mariscal Soult. No pudieron verificarlo, por tener interceptada la comunicacion con el ejército francés que operaba en Portugal: tampoco la tenían espedita entre sí, Victor y Lapisse, por haber apostado el general inglés Wilson dos batallones en el puerto de Baños. Se alzó tambien la poblacion por todo aquel país, por lo que pasó Lapisse á reunirse con Victor en Extremadura, cayendo sobre Alcántara por el puerto de Perales. Defendían los paisanos el puente de aquella villa; pero les hicieron retirar los franceses, y entraron en el pueblo, donde cometieron los excesos de costumbre. Se detuvieron allí poco tiempo, y siguieron de noche su marcha por temor de D. Carlos España, que les iba á los alcances, y que entró en Alcántara efectivamente al otro día. Lapisse se reunió en Mérida con Victor el día 19 de Abril. Quisieron los dos entrar en Portugal y avanzaron en aquella direccion, volviendo á pasar el Tajo por Alcántara; pero temerosos de un cuerpo de ingleses que se les oponia, retrocedieron á Extremadura.

Mandaba en esta provincia el general Cuesta el ejército español, aumentado y mejorado: partidas gruesas incomodaban á los enemigos y les causaban daños de consideracion, acometiéndolos cuando tenían oportunidad, interceptando correos y dificultan-

do las comunicaciones: lo mismo hacian los naturales, con lo que estaban sumamente aburridos los franceses, y tuvieron que repasar el Tajo y situarse en Plasencia. Permanecieron poco tiempo en aquella ciudad, porque asustado José con la estancia de Blake en Aragon, y la llegada de Venegas á la Mancha, donde obtuvieron sus tropas algunas ventajas contra las enemigas, ordenó al mariscal Victor que le enviase una division de infantería y la caballería ligera, y con el resto del ejército se aproximase á Talavera. Con esta fuerza, la que él tenía y el cuarto cuerpo que mandaba Sebastiani, se encaminó José á la Mancha y llegó á Ciudad-Real. Habia bajado Venegas de Sierra-Morena con 19.000 infantes y 3.000 caballos; pero juzgó prudente no aventurar una batalla, y se retiró á Santa Elena.

Acercábase ya el día de la célebre batalla de Talavera, que pasarémos á describir sucintamente, omitiendo varios encuentros parciales que hubo en este intermedio, las contestaciones que mediaron entre Cuesta y el general inglés, los movimientos del español, y todo lo demas que precedió á la batalla, por no alargarnos mas de lo que permite la naturaleza y el objeto de nuestro trabajo.

Escogióse para campo de la batalla el terreno que desde Talavera se estiende hasta mas allá del cerro de Medellin por espacio de tres cuartos de legua. Reunian los españoles 34.000 hombres, incluidos unos 6.000 de caballería, todos á las órdenes de Cuesta, y los ingleses 3.000 caballos y mas de 16.000 infantes al mando de sir Arturo Wellesley. Colocáronse las

tropas en los puntos convenientes. Cinco eran las divisiones españolas y dos las de caballería, además de la reserva y la vanguardia. Mandaba esta D. José de Zayas, la reserva D. Juan Berthuy, la primera division de infantería el marqués de Zayas, la segunda D. Vicente Iglesias, la tercera el marqués de Portago, la cuarta D. Rafael Manglano, la quinta D. Luis Alejandro Bassecourt, la primera de caballería D. Juan de Henestrosa, y la segunda el duque de Alburquerque. Los ingleses tenían cuatro divisiones mandadas por los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

Moviéronse los enemigos al amanecer del 27 de Julio con una fuerza de 50.000 hombres al mando inmediato de José, acompañado de Victor, Sebastiani y otros generales; un cuerpo que pasó el Alberche por un vado, llegó sin ser visto hasta donde estaba el general Mackenzie, en cuya division causó algun desorden, y hubo de caer en poder de los enemigos el general Wellesley, que estaba observando los movimientos. Mas al fin se reunieron aquellas tropas al ejército. Rompieron los franceses el fuego á la caída de la tarde. Formaban los españoles en la derecha, y contra ella dió el enemigo una carga tan impetuosa de caballería, que hizo cejar á los cuerpos de Trujillo y Badajoz y Leales de Fernando VII; pero le contuvo la artillería y el fuego de los otros cuerpos. Ocupaba el general inglés Hill el cerro de Medellin, de subida difícil, ceñido además por delante por un profundo arroyo, y por otro lado por una cañada. Allí, no obstante, le acometieron los

franceses con tanta vehemencia, que los ingleses bajaron por la parte opuesta con la mayor precipitacion, quedando herido el caballo de su general; pero éste, reanimando á sus soldados, volvió á posesionarse del cerro. Aun despues de bien entrada la noche, se empeñaron los franceses en recobrar el cerro y le acometieron con mucho brio: los ingleses, no obstante, se mantuvieron firmes, y tuvieron aquellos que desistir, aunque solo hasta el amanecer, en cuyo tiempo le embistieron de nuevo, y con mucho brio, y prolongaron y renovaron varias veces sus acometidas con la mayor terquedad: murió mucha gente de una y otra parte, y quedó herido el general Hill; mas por último cesaron de acometer los franceses.

Hubo una suspension por espacio de tres horas: al mediodia acometieron los franceses el centro: quisieron apoderarse de un reducto: el resultado fué tener que retroceder desordenados, despues de haber sufrido una gran pérdida, causada por la artillería, y por los ingleses que cargaron sobre ellos en seguida. Repitieron sus embestidas varias veces, y queriendo, por último, interponerse entre los ingleses y los españoles, los flanquearon estos, é hizo en ellos gran riza una batería dirigida por D. Santiago Pineiro. En seguida cargó sobre ellos con la mayor gallardía nuestro regimiento de caballería del rey, y arrolló cuanto encontró por delante, proporcionando con su arrojo que se apoderasen los nuestros de diez cañones. Al mismo tiempo acometian otra vez los enemigos el cerro de Medellin, y eran rechazados animosamente por ingleses y españoles.

Seguía la pelea en el centro; y por el excesivo arrojó de los guardias ingleses, que habiendo repelido las columnas enemigas avanzaron demasiado, y fueron rechazados á su vez, resultó bastante confusion en la línea; mas llegó á tiempo un regimiento inglés enviado por Wellesley, restableció el orden y contuvo á los franceses, que por fin abandonaron el campo. Perdieron los franceses en la accion unos 7.400 hombres y 17 cañones: los españoles 1.200 y los ingleses más de 6.200. La Junta Central condecoró á Cuesta con la gran cruz de Carlos III, y nombró capitán general del ejército á Wellesley, á quien el gobierno inglés confirió tambien la dignidad de Par de Inglaterra con el título de Lord vizconde Wellington de Talavera.

Se retiraron los franceses el día 29 en varias direcciones. No les siguió el ejército anglo-hispano; pero con la noticia de que el mariscal Soult con 50.000 hombres había pasado el puerto de Baños, y entrado en Plasencia el día 1.º de Agosto, se resolvió que los ingleses irían al encuentro de Soult, y que los españoles permanecerían en Talavera en oposicion del mariscal Victor, que había tomado hácia Maqueda y Santa Cruz del Retamar. Lord Wellington se puso efectivamente en movimiento; pero el general Cuesta, temiendo no poder resistir á las fuerzas de José y de Victor que volvían á reunirse, desocupó á Talavera, y se juntó con los ingleses en Oropesa.

Pasaron ingleses y españoles el puente del Arzobispo, quedando de estos para custodiarle la quinta division y 3.000 caballos para guardar los vados.

Á poco acometieron los franceses el puente, al mismo tiempo que con 800 caballos pasaron un vado sin la menor resistencia, por descuido de los nuestros. Esta caballería acometió por la espalda á los que defendían el puente con mucho valor. No había allí mas caballería que 300 húsares del regimiento de Extremadura; y sin embargo, no pudieron los caballos franceses hacerles retroceder. Por desgracia, la demas caballería nuestra que estaba en observacion de los vados, tardó tanto tiempo en llegar, que la enemiga tuvo el suficiente para cruzar toda el rio, y auxiliada de alguna infantería dispersó á los nuestros, que perdieron equipajes y cañones.

Habianse agolpado desde Aranjuez hasta Portugal, siguiendo el curso del Tajo, muy cerca de 20.000 hombres entre aliados y enemigos. De estos había concurrido tambien el mariscal Ney, quien retrocediendo á Salamanca con las tropas de su mando, se encontró inesperadamente en el puerto de Baños, con una vigorosa y recia oposicion. El general inglés Wilson, que mandaba 4.000 hombres entre españoles y portugueses, se había encontrado solo y sin saber la ruta que llevaba el ejército; por lo que por medio de una marcha apresurada y muy arriesgada, vino á parar desde Velada al puerto de Baños, con ánimo de dirigirse desde allí hácia Plasencia. A este tiempo llegó Ney: dos batallones españoles que se hallaban mas avanzados, le disputaron enérgicamente el paso hasta la altura, donde estaban los portugueses; y solo por su número excesivamente superior pudieron pasar las tropas de Ney. Las de Soult se man-

tuvieron en Extremadura, cometiendo las demasías y atrocidades que tenían de costumbre; una de ellas, entre otras muchas, la de haber sacado de la cama, en que estaba postrado, al obispo de Coria, de 85 años de edad, y haberle arcabuceado bárbaramente. ¡Y estos hombres llamaban bárbaros á los españoles!

El general Venegas tambien se habia adelantado hasta el Tajo, con lo que causó un gran sobresalto á la corte de José, que por lo mismo se propuso deshacerle, si podia, ó cuando menos, alejarle de Madrid cuanto pudiese. A últimos de Julio llegaron sus tropas hasta Aranjuez, y aun se adelantó un destacamento á la cuesta de la Reina, donde hizo huir á otro de los enemigos, cogiendo algunos prisioneros. El dia 5 de Agosto apostó sus divisiones en actitud de defender el Tajo, por la parte de Aranjuez. Acometieron los franceses el mismo dia á las dos de la tarde; pero tuvieron que retirarse al anochecer, con pérdida de 500 hombres: nosotros perdimos 200.

No habiendo podido los franceses pasar el Tajo por Aranjuez, lo pasaron el 9 de Agosto por Toledo y por los vados de Añover. El dia 10 reunió el general Venegas sus fuerzas en Almonacid; y creyendo que los enemigos solo contaban 14.000 hombres, resolvió atacarlos con acuerdo de los demas generales. No era así: los franceses reunian 26.000 infantes y 4.000 caballos; y pensando Venegas acometerlos el dia 12, se anticiparon ellos y le acometieron el dia 11. Tomaron posicion los españoles delante de Almonacid. El general enemigo Sebastiani acometió nuestra izquierda, que logró desordenar; pero acudiendo D. Luis Lacy

con la mayor parte de una division y alguna caballería, rechazó á los enemigos. Recibió refuerzo Sebastiani y acometió el centro, en el cual la quinta division empezó á titubear: no así la cuarta, que se batió con valor. El mismo manifestó en sus cargas la caballería; de modo que se tenia por segura la victoria. En esto llegó José con mayor refuerzo: acometió y rompió la quinta division, que ya desde el principio habia mostrado bastante flaqueza; con lo cual llegó el enemigo hasta el cerro del castillo, adonde subió, aunque lo defendieron los nuestros con teson. Viendo esto Venegas, ordenó la retirada, que se emprendió con orden, si bien despues, habiéndose volado algunos carros de municiones, se espantaron los caballos, corrieron sin direccion, y causaron bastante desorden en la tropa. Con todo, llegaron las divisiones á Talavera, donde se esparció la voz entre la caballería de que el ejército estaba cortado, y los soldados se desbandaron, dirigiéndose sin embargo á Sierra-Morena, donde se reunieron, y volvió á organizarse el ejército. Nuestra pérdida en la batalla de Almonacid fué de 4.000 hombres, la de los franceses de 2.000. Pero tanto en esta batalla, como en todas las demas que la habian precedido, estaban muy lejos los españoles, aunque bisonos, mal alimentados y vestidos, de ser tan despreciables como los pintaban en sus mentirosos partes los enemigos: la relacion fiel, aunque sucinta, que hacemos de las acciones de guerra entre una y otra tropa, lo da bien á conocer, presentando un público testimonio de lo contrario: y dudamos que ningunos soldados del mundo hubiesen

peleado mejor, atendido el constitutivo de nuestros ejércitos, formados tumultuariamente, sin tiempo para haberse instruido y aguerrido, escasos de todo y generalmente mal armados; y considerada la completa organizacion y armamento del ejército francés, compuesto de veteranos acostumbrados á vencer en todas partes.

Sosteniase no obstante el ánimo de José, que á las veces habia andado bastante decaído, con los descabros y alejamiento de nuestros ejércitos, y con las noticias de los triunfos conseguidos por su hermano en Alemania contra el emperador de Austria, que le habia declarado la guerra. Figurábase afirmado en el trono de España; y daba decretos, y adoptaba medidas, presididas unas por la necesidad de sostenerse en el solio, las cuales por lo tanto eran siempre mortíferas para los españoles, y dirigidas otras, con tino ó sin él, á mejorar la organizacion del que él llamaba su reino. Las primeras causaron profundas impresiones, y por lo mismo no se borraron fácilmente de la memoria de muchas familias. De las segundas solo tienen noticia los estudiosos, porque la nacion se sonreía irónicamente, al oír que José y su hermano querian regenerarla: nadie se cuidaba de las disposiciones de un hombre, á quien miraban todos como un rey de farsa; y la nacion repelia indignada una felicidad que no podia conseguirse sin el sacrificio de su dignidad y sin mancillar su ínclito nombre.

CAPÍTULO XI.

Partidas en Navarra, Aragon y las dos Castillas.—Nombra la Junta Central una comision ejecutiva.—Defensa de Astorga.—Batalla de Tamames.—De Ocaña.—De Medina del Campo.—De Alva de Tormes.

ADMIRABLE por cierto era la perseverancia de los españoles en repeler la fuerza de los agresores. Las huestes enemigas, si bien vencidas algunas veces, las mas quedaban victoriosas, ó por lo menos lograban desorganizar y dispersar nuestros ejércitos. Mas no conseguian estas ventajas sino á mucho precio: los españoles cedian al número y mas aventajada condicion de sus enemigos; soldados bien disciplinados, perfectamente armados y equipados, y acostumbrados á guerrear por muchos años; pero no cedian sin causar al enemigo daños considerables, supliendo el valor y el patriotismo la falta de medios y de aquella pericia en la guerra que se adquiere con el hábito de pelear. Bajaba de este modo muy notablemente el número de soldados enemigos, al paso que la Es-

peleado mejor, atendido el constitutivo de nuestros ejércitos, formados tumultuariamente, sin tiempo para haberse instruido y aguerrido, escasos de todo y generalmente mal armados; y considerada la completa organizacion y armamento del ejército francés, compuesto de veteranos acostumbrados á vencer en todas partes.

Sosteniase no obstante el ánimo de José, que á las veces habia andado bastante decaído, con los descalabros y alejamiento de nuestros ejércitos, y con las noticias de los triunfos conseguidos por su hermano en Alemania contra el emperador de Austria, que le habia declarado la guerra. Figurábase afirmado en el trono de España; y daba decretos, y adoptaba medidas, presididas unas por la necesidad de sostenerse en el solio, las cuales por lo tanto eran siempre mortíferas para los españoles, y dirigidas otras, con tino ó sin él, á mejorar la organizacion del que él llamaba su reino. Las primeras causaron profundas impresiones, y por lo mismo no se borraron fácilmente de la memoria de muchas familias. De las segundas solo tienen noticia los estudiosos, porque la nacion se sonreía irónicamente, al oír que José y su hermano querian regenerarla: nadie se cuidaba de las disposiciones de un hombre, á quien miraban todos como un rey de farsa; y la nacion repelia indignada una felicidad que no podia conseguirse sin el sacrificio de su dignidad y sin mancillar su ínclito nombre.

CAPÍTULO XI.

Partidas en Navarra, Aragon y las dos Castillas.—Nombra la Junta Central una comision ejecutiva.—Defensa de Astorga.—Batalla de Tamames.—De Ocaña.—De Medina del Campo.—De Alva de Tormes.

ADMIRABLE por cierto era la perseverancia de los españoles en repeler la fuerza de los agresores. Las huestes enemigas, si bien vencidas algunas veces, las mas quedaban victoriosas, ó por lo menos lograban desorganizar y dispersar nuestros ejércitos. Mas no conseguian estas ventajas sino á mucho precio: los españoles cedian al número y mas aventajada condicion de sus enemigos; soldados bien disciplinados, perfectamente armados y equipados, y acostumbrados á guerrear por muchos años; pero no cedian sin causar al enemigo daños considerables, supliendo el valor y el patriotismo la falta de medios y de aquella pericia en la guerra que se adquiere con el hábito de pelear. Bajaba de este modo muy notablemente el número de soldados enemigos, al paso que la Es-

paña brotaba guerreros sin cesar. Las mismas dispersiones de nuestros ejércitos les suscitaban enemigos no menos temibles que los que se hallaban reunidos en cuerpos regularizados. Contados eran los mozos que en una dispersion se retiraban á sus casas, aunque pudieran vivir en ellas sin ser apremiados al servicio militar. La mayor parte acudia al punto de reunion que señalaban los jefes, ó que escogia el instinto. Pero no pocos, por necesidad ó por eleccion, iban á engrasar las partidas sueltas, mejorando con su incorporacion la naturaleza de estas guerrillas, compuestas todas en mucha parte de paisanos.

Cruzaban la Península en todas direcciones estos cuerpos francos, aun entre los mismos enemigos, ocasionándoles diariamente pérdidas, algunas veces de consideracion. Despues de las acciones de María y de Belchite, aparecieron diferentes partidas en Aragon y Navarra. En el Roncal, que pertenece á este último reino, se situó D. Mariano Renovales, que habiendo caido prisionero en Zaragoza, pudo evadirse al conducirle á Francia, y empezó á reunir algunos oficiales, que tambien habian logrado librarse yendo prisioneros. El general francés, que mandaba en Navarra, envió contra esta reunion 600 hombres, que perecieron ó quedaron prisioneros casi todos el día 21 de Mayo: se libraron 120 porque no entraron en accion. Preparóse de nuevo Renovales para recibirlos, mejor pertrechados ya, y aumentada su gente. Acometiéronle el día 15 de Junio, y fueron igualmente derrotados. Colocóse entonces Renovales en los caminos por donde forzosamente tenian

que transitar los franceses, y los tenia en una continua alarma; tanto, que así el comandante francés de Zaragoza como el general D'Agoult, jefe de las tropas enemigas en Navarra, tuvieron que reclamar del jefe español que se respetasen las vidas de sus soldados prisioneros: y esto pedia el que acababa de ahorcar á cinco prisioneros españoles pertenecientes al cuerpo que mandaba Renovales. El orgullo de los franceses era de una especie singular.

Levantóse por el mismo tiempo D. Miguel Sarasa, rico propietario; y despues de haber perseguido con fruto á los enemigos en el mes de Julio, se situó en el monasterio de benedictinos de San Juan de la Peña en las montañas de Aragon, en el mismo Pirineo. Le acometieron los franceses, que se reunieron por diferentes puntos, y aun por la parte de Francia. Defendióse Sarasa dignamente, pero al fin hubo de abandonar el monasterio, que incendiaron los franceses el día 26 de Agosto. Quedó solamente una capilla que habia establecida en una gruta: algun tiempo despues tuvo el general francés Suchet la ocurrencia de dotar en ella para siempre una misa diaria: los españoles se reian cuando veian á algun francés hacer estas demostraciones religiosas; ellos, que profanaban, pillaban é incendiaban los templos, inmolaban cruelmente sacerdotes y obispos, y violentaban brutalmente las vírgenes consagradas á Dios.

Prosiguieron adelante los franceses el día 27; acometieron el valle de Anzó, gallardamente defendido por sus moradores; mas ocupado al fin por los enemigos, abrasaron la villa y cometieron en ella mil

crueledades. Les hizo frente Renovales en el Roncal los tres días siguientes: no mas tiempo, porque concurrieron todos los cuerpos enemigos que se habían aproximado por varios puntos, y era imposible contenerlos con la fuerza que tenía Renovales. Hizo este entonces que capitulasen los valles, asegurando la libertad personal y las propiedades de sus naturales; lo que les concedieron los franceses, contentos con haber deshecho aquel foco de insurrección. Renovales se dirigió hácia el Cinca con algunos oficiales y soldados. También por el lado oriental molestaban al enemigo los paisanos y partidarios. Lo mismo sucedía en la márgen izquierda del Cinca, donde les incomodaban sin descanso. Salió contra ellos el general Habert, y entró en Fonz, donde sus soldados asesinaron á los enfermos y ancianos que habían quedado en el pueblo. Fué rechazado por los nuestros el coronel Robert, que habia pasado el río mas arriba de Estadilla. Formaron los dos jefes su plan, y de resultas de sus movimientos se retiraron los nuestros, cuyo mando tomó despues Renovales.

En Octubre y Noviembre volvió á presentarse Sarasa en las inmediaciones de Ayerbe: la guarnicion española de Mequinenza hizo una salida contra Caspe, y hubo otros varios encuentros por aquella tierra. Los franceses se propusieron apoderarse de Venasque, que entregó en Noviembre, despues de haberlo rehusado en Octubre, el marqués de Villora, el cual entró mas adelante al servicio de José.

Habiase restablecido en Teruel la Junta de Aragon, y se habia formado otra en Molina: la primera

tenia que andar ambulante; y despues de la accion de Belchite, se habia trasladado á Moya en la provincia de Cuenca. Ambas juntas se mostraban infatigables en reunir dispersos, formar ó aumentar las partidas, armarlas y equiparlas. Tuvieron estas varios encuentros con los franceses; y conociendo el general Blake la conveniencia de que fuesen mandadas por un jefe del ejército, confió este cargo al brigadier D. Pedro Villacampa. Reunió este jefe 4.000 hombres: con ellos arrojó á los franceses del puerto del Frasnó, y los fué persiguiendo hasta la Almunia, cayendo en su poder varios prisioneros. En seguida se replegó á la sierra, suponiendo que los franceses tratarian de acometerle con fuerzas superiores. Situóse en el santuario de Nuestra Señora del Tremedal con los mismos 4.000 hombres, aunque algunos sin armas. Estaba adiestrando su gente, cuando le acometieron los franceses con bastante fuerza de infantería y caballería y tres cañones. Abandonaron los nuestros el santuario descendiendo del monte por el lado de Albarracín. Volóse el santuario, pero se salvó la imágen, que habia ocultado un clérigo con anticipacion. Los franceses saquearon é incendiaron despues á Orihuela, situada al pié del monte; mas al tiempo que acometian al Tremedal, picábanles la retaguardia otros partidarios, con lo cual estaban desesperados.

Se empeñaban sin embargo en subyugar á los indómitos aragoneses; y con este objeto, sabedor el mariscal Suchet de que habian bajado tropas á Cuenca desde Madrid, para ahuyentar por aquella parte las

guerrillas españolas, avanzó hasta Albarracin y Teruel. En las provincias limítrofes de Guadalajara y Cuenca andaban el Empecinado y el marqués de las Atalayuelas. Se había instalado por Julio una junta en Sigüenza, que con las de Aragon, Molina y Cuenca, cuidaba de mantener siempre viva la guerra contra los franceses por medio de las partidas. La junta de Sigüenza llamó al Empecinado, que empezó sus maniobras en la provincia de Guadalajara, y peleó ventajosamente contra los enemigos en Fuente la Higuera, Cogolludo y Alvarés. Entró también en Guadalajara, dosecupada dolosamente por los franceses; se proveyó de paños, y rompiendo por entre los enemigos, que volvieron rápidamente sobre él y le rodeaban, los sorprendió despues á últimos de Diciembre en Mazarrulleque. Entre otros partidarios se distinguía en la Mancha Francisquete, el cual hacia guerra sin cuartel á los franceses, porque habian ahorcado á un hermano suyo, que se había rendido bajo palabra de conservarle la vida y la libertad.

Habian muerto también en Castilla la Vieja á los padres y una hermana de D. Julian Sanchez, que irritado juró vengar su muerte; y reuniendo 200 hombres á caballo, recorría la tierra de Ciudad-Rodrigo, causando daños inmensos al enemigo. Andaban también en Castilla y reino de Leon otras partidas que con el tiempo se aumentaron estraordinariamente: Saornil, el Capuchino, Losada, Atanasio, Vinayo; y mas adelante, Castilla, Marquinez y otros varios guerrilleros dieron mucho que hacer en aquellas tierras á los franceses. El cura Tapia, Merino, cura de Vi-

lloviado, Cuevillas, D. Juan Gomez y un hijo del marqués de Barrio Lucio recorrían la carretera desde Burgos hasta la entrada de Alava, interceptando correos y convoyes, deshaciendo destacamentos cortos y hasta trozos de mil hombres.

Habia empezado á manifestarse en Navarra D. Javier Mina, sobrino del otro Mina que tanto se distinguió en esta guerra. Unido el sobrino con un corto número de compañeros, emprendió la faena de guerrillero con tan buenos auspicios, que muy pronto, engrosada su partida, acometía de rebato á los franceses, haciéndoles su nombre temible.

Grandes inquietudes sobrevinieron en la Junta Central, en este periodo que vamos recorriendo. Con motivo, ó con pretexto de haberse malogrado la campaña que se llamó de Talavera, entró el descontento en unos, y se avivó la ambicion de otros. Se trataba nada menos que de disolver la Junta y reconcentrar el gobierno en una sola persona con el título de Regente, sobre lo cual andaban varios los pareceres y muy solícitos los intereses. Vinieron á parar todas estas diferencias en anunciar la junta que se convocarian las Córtes en primero de Enero de 1810 para que se abriesen en primero de Marzo siguiente, y en nombrar una comisión ejecutiva de su seno, compuesta del presidente de la junta y de seis vocales, que debían renovarse por suerte cada dos meses. La comisión entendía en los negocios de gobierno, y solamente los asuntos generales, las contribuciones y arbitrios, y las medidas legislativas se ventilaban por toda la junta.

Mandaba en Castilla el duque del Parque el ejército denominado de la izquierda, que habia mandado antes el marqués de la Romana. Parte de él llegó á Ciudad-Rodrigo á principios de Setiembre: Ballesteros se reunió con estas tropas á mediados de Octubre, y otra división quedó en los puertos de Manzanal y Fuencebadon á las entradas de Galicia. Pocas leguas antes está situada la pequeña ciudad de Astorga en la provincia de Leon, guarnecida entonces por 1.100 reclutas ó voluntarios de la misma provincia, al mando de D. José María Santocildes, con pocas y malas armas, y solas ocho piezas de artillería, y sin mas reparos que una muralla antigua y mal conservada. Acometióla en 9 de Octubre con 3.000 hombres y dos cañones el general Carrier, que guardaba el terreno que media entre el Orbigo y el Esla: le fuegó duró cuatro horas; pero los franceses tuvieron que retirarse bien escarmentados; los bisoños jóvenes que defendian la ciudad, se portaron con nobleza y valor, ayudados tambien por el vecindario, y hasta por mujeres y niños.

Contaba el ejército de la izquierda mas de 26.000 hombres; pero todavía á fines de Setiembre no tenia el duque del Parque mas que 10.000 infantes y 1.800 caballos; con cuya fuerza habia subido á Fuente-Guinaldo por la izquierda del Agueda. Movióse el general francés Marchand con 7.000 hombres, y despues de algunos dias de marcha se volvió á Salamanca. El duque del Parque avanzó entonces hasta Tamames, resuelto á presentar batalla á los franceses en aquel pueblo, en cuyas alturas podia colocar ventajosamente sus tropas.

El 18 de Octubre apareció Marchand con 10.000 infantes, 1.200 caballos y 14 cañones. Acometió á los españoles en toda la línea, y con mas empeño en la izquierda, que mandaba el general La Carrera, el cual se sostuvo con rostro firme. Debiendo ser auxiliado por nuestra caballería, ejecutó ésta un movimiento equivocado, y fué desordenado por la enemiga, que se apoderó de alguna artillería. Acudieron el duque del Parque y Mendizabal, y se restableció el orden, á lo que contribuyó tambien el valor de La Carrera, que rodeado de enemigos, y herido su caballo, prosiguió bizarramente peleando. Por mas que quisieron sostenerse los enemigos, les fué preciso ceder, porque acometiendo á la sazón el conde de Belveder con parte de la reserva, y el príncipe de Anglona con alguna caballería, todo lo arrollaron los españoles, vueltos ya en sí los primeros que se habian desordenado, los cuales se apoderaron tambien de los cañones antes perdidos, y arrojaron á los franceses por la cuesta abajo. Mandaba el centro y la derecha D. Francisco Javier Losada, que por su parte rechazó al mismo tiempo completamente á los enemigos, y estos se retiraron. Ocupaban á Tamames 1.500 de los nuestros, los cuales salieron entonces del pueblo y cargaron sobre los franceses. Desesperanzado ya el enemigo, se emboscó en los pinares, y á favor de la noche emprendió su marcha á Salamanca. Perdieron los franceses en esta batalla 1.500 hombres; nosotros 700.

No se detuvo Marchand mas que cinco dias en Salamanca, donde entró el duque del Parque el 25 de

Octubre, aumentado su ejército con 8.000 hombres que condujo Ballesteros, con los cuales, y la quinta división al mando del marqués de Castro-Fuerte, reunía cerca de 26.000 hombres, además de la cuarta división que continuaba en la provincia de León.

Determinó la Junta Central que prosiguiese el duque del Parque conteniendo á los franceses en Castilla, y que permaneciendo en Estremadura 12.000 hombres, se incorporase la fuerza restante al ejército de la Mancha. Mandábala D. Francisco Eguía, á quien se encomendó todo el ejército, numeroso y lucido por cierto, pues constaba de cerca de 52.000 hombres, entre ellos unos 5.800 caballos, todos ellos bien armados y equipados, y además 55 piezas de artillería. No satisfizo al gobierno la conducta militar de Eguía, bien poco apropiada á la verdad, segun cuentan, para empresas mayores. Encargóse pues el mando del ejército á D. Juan Carlos de Areizaga, que se habia distinguido en la batalla de Alcañiz, y tenia muchos amigos en Sevilla. Era universal entre todos los que se habian refugiado en aquella ciudad, el deseo de volver á Madrid; empero el deseo es muy mal consejero cuando no va guiado por la prudencia. Por desgracia tenian bastante influencia en la Junta, que arrastrada tambien por el impulso general, dispuso que avanzase el ejército y presentase la batalla á los franceses. Se hallaba á la sazón en Sevilla Lord Wellington, quien con su hermano el marqués de Wellesley, embajador de Inglaterra, intentó en balde disuadir á la junta de un proyecto tan aventurado. Concebia el gobierno gran-

des esperanzas, corroboradas con algunas providencias acertadas que habia tomado el nuevo general para el mejor orden y gobierno interior del ejército, y que le empeñaban mas y mas en su propósito.

Empezó, pues, á moverse Areizaga el día 3 de Noviembre desde Sierra-Morena, adonde, al acercarse el enemigo, se habia replegado Eguía, que antes habia avanzado hácia la Mancha. Marchaba el ejército en dos grandes porciones, que componian siete divisiones, parte camino de Manzanares, y parte por Valdepeñas. Iba como de descubierta el general de caballería Freire con 2.000 caballos, y en pos de él la vanguardia á las órdenes de D. José Zayas, escudado con la primera división que mandaba Lacy. Las tropas francesas mas avanzadas, se retiraron á la llegada de las nuestras: alguna caballería que se apostó y quiso hacer frente en una cuesta, fué arrollada y perseguida por la nuestra hasta las puertas de Ocaña, donde se hallaba el enemigo. Sucedió esto el día 8 de Noviembre. Al día siguiente entró Areizaga en Tembleque, desde donde reforzó á Freire, que el día 10 acometió á 2.000 caballos franceses formados delante de Ocaña, y los obligó á entrar en la villa. Llegaron luego Zayas y Lacy, y no habiéndose determinado á acometer al pueblo, por estar muy fatigada la tropa del primero, lo evacuó el enemigo y por la noche se retiró á Aranjuez: el día 11 se reunió todo nuestro ejército en Ocaña.

Viéndose Areizaga en aquella villa, le faltó el consejo y la resolución. En lugar de continuar la marcha, ya que se habia propuesto llegar á Madrid, una

vez que todavía no tenían reunidas los franceses fuerzas suficientes para impedirselo, ordenó movimientos parciales y de flanco, que no teniendo resultado, dieron por otra parte lugar á que se reuniesen todas las fuerzas enemigas, perdiendo una semana en que, además, por el mal tiempo, padecieron mucho nuestros soldados, y quedaron casi descalzos en los barrizales. En los combates parciales que hubo en este intermedio, fué herido de mucha gravedad D. Angel de Saavedra, hoy duque de Rivas, quien quedó tendido en el campo y abandonado por muerto; mas por último se salvó. Los franceses perdieron al general París, á quien dió muerte el cabo Vicente Manzano. Por último, Areizaga volvió á entrar en Ocaña, donde se resolvió á esperar á los enemigos.

Reunian estos ya 48.000 hombres con numerosa caballería, cuando antes no contaban con 20.000. Acometieron los franceses nuestra derecha, donde se hallaba la division de Zayas, que apoyada con la de Giron, y concurriendo Lacy, peleó con valentía. Quedó herido el general francés Leval, contra el cual se dirigió Lacy enarbolando la bandera del regimiento de Burgos; arrolló á los enemigos y se apoderó de una batería, quedando herido su ayudante el marqués de Villacampo. Si Lacy hubiera sido auxiliado, muy apurados se hubieran visto los enemigos; pero ni le siguió la caballería, ni acudió á sostenerle el general Zayas, por haber recibido, á lo que parece, primero orden de atacar, y luego de suspenderlo, dada por Areizaga, que colocado en una torre de la villa, no parece que daba disposicion ninguna concer-

tada. Tuvo Lacy que replegarse, y los franceses entraron en la villa: acometieron otros á nuestra izquierda, que huyó enteramente desordenada por aquellos campos, y ya todo fué desórden y fuga en el ejército español.

Perdimos en esta jornada de 4 á 5.000 hombres entre muertos y heridos, 13.000 prisioneros, mas de 40 piezas de artillería, carros, equipajes, víveres y municiones: los franceses perdieron 2.000 hombres. Areizaga, sin señalar punto de reunion, se trasladó á Daimiel, y tardaron dos meses en reunirse al pié de Sierra-Morena como unos 25.000 hombres. Fúnesto resultado de la impericia del general y de las disposiciones atropelladas del gobierno.

Perdióse de este modo aquel brillante y grueso ejército, que bien conservado y adiestrado, y oportunamente colocado en las gargantas de Sierra-Morena, hubiera tenido cerrada la entrada de las Andalucías, abiertas ahora enteramente á la invasion de los enemigos. Sin embargo, no la intentaron en seguida los franceses, ya respetando el paso de los desfiladeros que todavía podian defenderse con buen éxito, y ya tambien temerosos del ejército del Parque en Castilla la Vieja, del de Extremadura, y del inglés que se mantenía en las cercanías de Badajoz.

El duque de Alburquerque, que mandaba el ejército de Extremadura, sabedor de lo ocurrido en Ocaña, retrocedió á Trujillo, despues de haber avanzado hasta el puente del Arzobispo, de donde obligó á los franceses á retirarse. El duque del Parque, con objeto de distraer las fuerzas enemigas al bajar Areiza-

ga á la Mancha, avanzó por la parte de Castilla, é intentó acometer á 5.000 franceses que se hallaban en Alba de Tormes; pero estos se retiraron al aproximarse el duque. Los esperó despues en el Carpio á tres leguas de Medina del Campo, donde tenian de 8 á 10.000 infantes y 2.000 caballos; pero viendo que los franceses no se determinaban á acometerle; descendió de las posiciones que habia tomado, los acometió fuera de Medina, y ellos cejaron hasta una eminencia inmediata al pueblo: trabóse una reñida accion en que fueron siempre rechazados los franceses: llegó la noche, y nuestras tropas se mantuvieron en el campo de batalla por espacio de dos horas: mas con noticias de que se reforzaba el enemigo, volvieron al Carpio. Los franceses se alejaron para esperar refuerzos, que les llegaron en efecto, con 3.000 hombres del arma de caballería el dia 25. Debió retirarse al instante el duque al ver aquella fuerza tan poderosa en las llanuras. Mas no lo hizo hasta la noche del dia siguiente, y le fueron siguiendo los franceses. Iban los nuestros desalentados con la noticia de la batalla de Ocaña; y así entraron en Alba de Tormes, donde dejó el duque la mayor parte de la fuerza con la artillería y los bagajes: solamente dos divisiones pasaron el Tormes. Esparciéronse nuestros soldados por la villa para buscar que comer, cuando empezó á correr la voz de que se acercaban los franceses, y se agolparon todos al puente, hombres y bagajes, de tal modo apiñados en la estrechura, que no podian pasar. Al fin se consiguió reunir la tropa fuera de la poblacion. Acometieron los franceses

y parte de nuestros soldados se desordenaron y huyeron. Sostuviéronse con serenidad los que mandaban Carrera y Mendizabal: formó el cuadro la infantería, intimó el francés la rendicion, y respondió la fusilería. Acometió por tres veces la caballería enemiga, y otras tantas tuvo que cejar. Embistieron otros escuadrones por la espalda: lo mismo: se estrellaron contra nuestra inmóvil infantería, que conducida por el impertérito Mendizabal, atravesó á vista de los enemigos el puente con intrepidez, y ganó la orilla opuesta. Todo estaba en confusion por aquella parte, y las tropas abandonadas á su instinto se salvaron, dirigiéndose unas á Ciudad-Rodrigo, otras á Tamames, y otras á Miranda del Castañar. A principios de Diciembre las congregó el duque del Parque en Bodon, á dos leguas de Ciudad-Rodrigo, con la pérdida de 3.000 hombres, muchos de ellos dispersos: posteriormente se trasladó á San Martin de Trebejos, al otro lado de la Sierra de Gata.

Habiendo quedado tan mal parados los ejércitos españoles, se retiraron los ingleses de las márgenes del Guadiana al norte del Tajo. La junta Central envió á Sierra-Morena á sus dos vocales marqués de Campo-Sagrado y D. Rodrigo Riquelme, con el objeto de activar la reorganizacion y aumento del ejército. Convocáronse las Córtes para el 1.º de Enero, y en 13 del mismo mes anunció la Junta que para 1.º de Febrero debería hallarse reunida en la isla de Leon, con el fin de disponer lo conveniente para la apertura de las Córtes en 1.º de Marzo.



M. I. volvió á España, ni los ingleses salieron de ella; porque los españoles, á quienes aparentaba despreciar tan altamente, que segun se esplicaba, arrojados los ingleses á sus naves nada le quedaba que hacer del lado acá de los Pirineos, facilitaron con su prolongada resistencia la permanencia del ejército inglés en Portugal, y retrajeron al emperador francés de pisar otra vez el suelo español, donde ya sabia que no tenia poder ninguno ni su nombre ni su presencia. Lo que hizo fué aumentar el número de sus tropas con 30.000 hombres, con los cuales ascendia su ejército en España, á principios de este año, á 300.000. Y si bien su mas intenso conato era derrotar, ó hacer que se embarcase el ejército inglés, su hermano José tenia por mas urgente penetrar en Andalucía, y dejar á la España sin gobierno disolviendo la Junta suprema, centro de la resistencia de los españoles. Con razon le daba tanto cuidado el gobierno supremo de la nacion, tal cual era en sí, á pesar de que en sus gacetas y en los papeles que escribian sus apasionados se le trataba con desprecio y aun con burla. Proyectó pues invadir las Andalucías con un ejército de 55.000 hombres, á cuyo frente se puso; bien que en realidad lo mandaba el mariscal Soult, con el título de su mayor general.

Desde Santa Cruz de Mudela, donde se hallaban sus tropas en 19 de Enero, tomó un cuerpo de ejército el camino de la Plata, otro el de Montizon, debiendo atravesar otro la sierra, seguido de la reserva. Pocos obstáculos les habian puesto los españoles; pues aunque se habian formado diferentes proyectos al in-

CAPÍTULO XII.

Avanzan los franceses á Andalucía.—Trasládase á Cádiz la Junta Central.—Entra el duque de Alburquerque en la Isla de Leon, y los enemigos en Sevilla, Málaga y otros puntos.—Disuélvese la Junta Central, despues de nombrar una Regencia.—José en Andalucía.—Se restituye á Madrid.—Asturias.—Galicia.—Segunda defensa de Astorga.—Rindese.—Navarra. Aragon y Cataluña: defensa de Hostalrich.—Serrania de Ronda.

Los sucesos de la guerra en este año en que entramos de 1810, fueron al principio muy prósperos para los franceses, sin que por eso se desmayasen los españoles, ni cediese á las desgracias el patriotismo y la resolucion de conservar á todo evento la independencia nacional.

Napoleon, por su parte, terminada á su satisfacción la guerra de Alemania, y enlazado, despues de haberse divorciado de Josefina, con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria José II, volvió toda su atencion á la guerra de España, donde anunció al senado francés que se presentaria para arrojar á los ingleses de toda la Península: pero ni S.

tento, no se habian llevado á efecto por falta de medios y de tiempo; acaso tambien por negligencia é infundada confianza, y lo que es peor, por piques y desavenencias interiores en la Junta Central. Se reducian las obras que habian hecho los españoles por la parte de Despeñaperros, á tres minas en el trecho de camino que hay entre la venta de Cárdenas y la casería de las Correderas, por el espacio de una legua, con un atrincheramiento detrás, en la colina llamada de los Jardines. A la derecha de Despeñaperros va el camino antiguo que conduce al puerto del Rey, y que se junta con el nuevo mas allá de Santa Elena; y entre los dos caminos se va por otro muy estrecho al puerto del Muradal. Acometieron los franceses por uno y otro puerto, y cayeron por los dos lados á retaguardia del atrincheramiento que tenian los españoles. Al mismo tiempo avanzaron tambien por Despeñaperros, donde reventaron las minas, pero causaron poco daño. Los españoles, que se habian ido retirando, por fin abandonaron todas las posiciones, perdieron 15 cañones, y cayeron muchos en poder de los enemigos. En la noche de aquel mismo día, que era el 20 de Enero, entraron los franceses en la Carolina; y el 21 llegaron á Andújar adonde llegó poco despues el otro cuerpo que habia tomado por el camino de la Plata, el cual dejaron libre los españoles retirándose de sus posiciones. Los enemigos que habian penetrado por la sierra de Montizon, no dejaron de encontrar bastante resistencia en las tropas españolas que mandaba D. Gaspar Vigodet. Aunque nuevas y en menor número que las france-

sas, se mantuvieron firmes en sus posiciones de Venta-Nueva y Venta-Quemada; pero al cabo de dos horas tomó el enemigo dos alturas, una de las cuales defendieron con bizarría los nuestros, y estos se vieron precisados á retirarse, lo que efectuaron al principio con bastante orden, hasta que desbandándose parte de la caballería, cundió el desorden por los demas escuadrones, y todos introdujeron la confusion en la infantería en tales términos, que se dispersó toda, excepto un corto número de soldados, con los cuales se dirigió Vigodet á Jaen, donde encontró á Lacy, á Giron y al mismo general en jefe Areizaga, casi sin un soldado. Siguieron adelante los franceses, é hicieron prisionero al general Castejon, con muchos soldados y oficiales que apenas pelearon: despues entraron en Jaen, donde se apoderaron de bastante artillería. Al mismo tiempo entró otro cuerpo enemigo en Córdoba, adonde á poco tiempo llegó José, y se detuvo con el ejército algunos dias en aquella ciudad.

La Junta Central, desde que conoció la intencion que tenian los enemigos de penetrar en Andalucía, habia mandado al duque de Alburquerque, situado hácia el Guadiana, con 8.000 infantes y 600 caballos, que partiese á unirse con una division nuestra que estaba en Almaden; pero como esta se habia retirado, y sabiendo ademas el duque la entrada de los franceses en la Carolina, se dirigió hácia Andalucía para proteger á la Junta, enviando á Badajoz otros 3.100 hombres, que tambien estaban bajo su mando, y se hallaban entre Mérida y Trujillo. Pasó el Guadal-

quívir el 22 de Enero por las barcas de Cantillana. La Junta Central, que le habia ordenado el movimiento que efectuaba ya de su propia resolucíon, por no haber recibido la órden de la Junta, mandó que se le uniesen las dos únicas divisiones que habia en pié; pero estas se retiraron al condado de Niebla, embarcándose una para Cádiz, y tambien algunos restos de la otra. La Junta Central conoció entonces la necesidad de abandonar á Sevilla, lo que verificó del 23 al 24 de Enero, saliendo unos vocales por el río y otros por el camino de tierra. Estos últimos estuvieron muy espuestos en el viaje, porque los pueblos achacaban á la Central el verse espuestos al yugo y tropelías de los franceses.

Dentro de Sevilla hubo una grande conmocion la mañana del dia 24: la junta de la provincia se declaró suprema, agregándosele algunos individuos mas. Afortunadamente sus órdenes, unas no se recibieron, otras no fueron obedecidas, y su duracion fué de poquísimos tiempo; con lo que no hubo lugar para una division que hubiera sido muy funesta. Siguiendo los franceses á los nuestros por donde quiera que se dirigian, deshicieron el 27 un cuerpo de caballería de 1.500 hombres que conducia Freire; y en Isnalloz se apoderaron de 30 cañones, que hasta entonces habian salvado nuestros artilleros, los cuales pudieron librarse en los caballos del tren: de modo que quedó enteramente deshecho el ejército español por aquella parte. El 28 de Enero entraron los franceses en Granada, y su general Sebastiani gravó á la ciudad con una contribucion exorbitante. Otros dos cuerpos se

dirigieron hácia Sevilla, queriendo colocarse á espaldas del duque de Alburquerque para que no pudiese entrar en Cádiz; pero el general español, por medio de un acertado movimiento, logró entrar en la isla de León á principios de Febrero. Servicio fué este que se agradeció mucho al entendido y leal duque de Alburquerque. Si no hubiera guarnecido con tiempo la isla gaditana, era muy temible que cayese en poder del enemigo, con lo que hubiera quedado muy espuesta la salvacion de la patria. No conocieron por entonces los franceses la importancia de ocupar aquella plaza; tal vez juzgaron que su ocupacion era fácil, y la difrieron hasta haberse enseñoreado de Sevilla, que por haber sido el asiento del gobierno, por su mucha poblacion y por sus grandes riquezas y renombre, era el objeto preferente de su atencion. La Junta Central habia gastado crecidas sumas en fortificarla; pero no era, por su localidad, susceptible de defensa militar, para la cual, ademas, se hubieran necesitado 50.000 hombres. Ya se disponian los franceses á atacarla, cuando el 31 de Enero se presentaron parlamentarios al mariscal Victor, quien prometió dar buen pasaje á los habitantes y á la guarnicion, no imponer contribuciones ilegalmente, ni averiguar anteriores opiniones y acciones políticas. Aquella misma noche salió la corta guarnicion que habia, con direccion al condado de Niebla; y al dia siguiente 1.º de Febrero entraron los franceses á las tres de la tarde en la ciudad, donde se apoderaron de muchos cañones fundidos en aquella fábrica, fusiles y municiones, pertrechos militares, tabacos y azogues y otras

muchas cosas de valor, que debieran haberse salvado con tiempo.

Posesionados de Sevilla los franceses, se presentaron delante de Cádiz y de la isla de León, pasando algunos á Extremadura, donde intimaron sin efecto la rendición á Badajoz. Sebastiani, que mandaba en Granada, se dirigió contra Málaga, cuya población se había puesto en armas, dirigida por un coronel, jefe de corta capacidad. En el camino quisieron disputarle el paso los paisanos; pero habiéndolos ahuyentado fácilmente, se presentó el 5 de Febrero delante de Málaga. Habían salido fuera los levantados, y aunque en grande número, quedaron prontamente desbaratados, y españoles y franceses entraron envueltos en la ciudad, que padeció todos los horrores de un saqueo hasta el día siguiente. Sebastiani, además de haberse apoderado de los fondos públicos y de otros pertenecientes á particulares, y señaladamente de un millon de reales del duque de Osuna, impuso á la ciudad una contribucion de doce millones, debiendo pagarse cinco de ellos en el acto. En seguida mandó ahorcar á siete individuos de los que mas parte habían tomado en la insurreccion; porque los franceses tenían por lícito en ellos usurpar violenta y escandalosamente en España la autoridad y las propiedades, y reputaban por un delito imperdonable en los españoles el defender su independencia y sus bienes.

Mientras estas cosas pasaban en las Andalucías, había enteramente dimitido el mando la Junta Central, conociendo que despues de los últimos desastres

no sería acatada su autoridad, porque los pueblos siempre achacan los males á los que mandan, en lo cual muchas veces no se equivocan; y además la junta tenía varios y revoltosos enemigos, que hacia tiempo estaban socavando su poder. Nombró pues un consejo supremo de regencia compuesto de cinco individuos, cuatro españoles europeos y uno de Ultramar, que fueron: D. Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense; D. Francisco de Saavedra; el general Castaños; D. Antonio Escaño, general de marina, y el americano D. Miguel de Lardizabal y Uribe; los cuales se instalaron en gobierno supremo la noche del 31 de Enero. Antes de cesar la Junta Central, había decretado también la convocacion de Córtes, según anteriormente lo había anunciado.

Formóse en Cádiz el 29 de Enero una nueva Junta compuesta de sujetos muy respetables, y que tuvo por entonces casi tanta representacion como la Regencia, y de todos modos grandísima influencia en los negocios, especialmente en materias de hacienda: efecto natural de las circunstancias, que habiendo puesto á disposicion de los franceses todo el territorio del reino, quedaba solamente Cádiz y la isla de León, que todavía podrían librarse del yugo, si se atendía con energía y lealtad á su defensa; y como en ella estaban mas próxima y directamente interesados sus moradores, de aquí la fuerza de la Junta, nombrada con el mayor orden y formalidad por todo el vecindario. La misma Regencia tuvo, pues, que ampararse de esta autoridad, y de consuno los dos empezaron á pensar en los medios de defender

la isla gaditana contra las empresas de los franceses.

Compónese aquella estremidad del continente europeo de una isla que tiene de largo tres leguas, y una y cuarto en la parte mas ancha. Hay en ella dos poblaciones; la isla de Leon ó ciudad de San Fernando, y Cádiz, distantes una de otra dos leguas, comunicándose por una estrecha lengua de tierra. Separa la isla de tierra firme el rio de Santi-Petri, ó un brazo de mar bastante profundo, que se pasa por el puente de Suazo. La primera de estas dos poblaciones, que tendria entonces unos 20.000 habitantes, está defendida en varios puntos por el mismo terreno, que compuesto de saladares, cruzado por canales y cortado por lagunajos, no presenta un paso practicable y sólido; el resto lo baña el mar. Atraviesa las salinas un camino hasta el puente de Suazo; se cortó el camino por varios puntos, y se erigieron baterías, lo mismo que en los cenagales, y se dificultó el paso á la Carraca, arsenal situado en una pequeña isla, que forman el rio de Santi-Petri y el caño llamado de las Culebras. En el arrecife que de la villa conduce á la ciudad de Cádiz, se levantaron muchas baterías, y en su parte mas angosta se hizo una cortadura, muy fuerte por su construccion, y provista de mucha artillería. Sigue despues el arrecife hasta la puerta de tierra de Cádiz, ciudad entonces que pasaria de 80.000 habitantes, ceñida de una muralla que baña el mar, y resguardada por la parte de tierra con obras hechas segun todas las reglas de fortificacion. Trabajó mucho en preparar las obras de defensa el duque de Alburquerque; no menos el vecin-

dario, que trabajó en ellas con entusiasmo y constancia. El ejército, á últimos de Marzo, constaba ya de 14 á 15.000 hombres, engrosado con los dispersos que se iban reuniendo, ademas de 500 ingleses y portugueses, y de 8.000 voluntarios de Cádiz y de la isla, perfectamente uniformados y armados. Fondeaban asimismo en la bahía bastantes fuerzas navales inglesas y españolas.

Intimaron los franceses en 5 de Febrero la rendición á la ciudad y al ejército, teniendo ya por conquistada la plaza, despues que se figuraban subyugada la nacion con la rota del ejército del Mediodía y la ocupacion de las Andalucías: la respuesta de la Junta y del general fué la que se debia esperar de su patriotismo y de su valor.

Lleno José de satisfaccion por los prósperos sucesos de las armas francesas en aquella parte del reino, y por la disolucion del gobierno central, se solazó visitando los principales pueblos de las Andalucías, donde fué recibido con mas obsequios que en las poblaciones de las otras provincias, las cuales censuraron agriamente esta conducta de los andaluces. No procedia, por cierto, de falta de patriotismo; tampoco la creemos efecto del descontento por los desaciertos de los gobernantes: era mas bien hija de la necesidad y de la prudencia, que aconsejaba contemporizar hasta mejor ocasion con tan violentos y atropellados invasores. No tardaremos en admirar los esfuerzos contra el enemigo comun, en aquellos mismos que ahora le recibian sin exterior desabrimiento. Entre tanto, lleno de júbilo José, atendiendo, como

que era de buen natural, á la felicidad de un pueblo, de cuyo trono se consideraba ya definitivamente posesionado, se ocupó, el tiempo que estuvo en Andalucía, en expedir decretos de buen gobierno, llegando hasta manifestar intencion de juntar las córtes en todo el año de 1810. Sus buenos deseos se vieron contrariados por las disposiciones de Napoleon, que sin cuidarse de su hermano, trataba á la España como una propiedad suya, por las arbitrarias medidas de los generales franceses, que obraban sin sujecion ni consideracion alguna á las resoluciones de un rey, de quien no dependian, y á quien no eran responsables; y mas que todo, por el desprecio y aun indignacion con que miraban los españoles cuanto emanaba de su intrusa autoridad, siquiera fuese lo mas útil y laudable. Embriagado con las delicias de la Bética, hubiera prolongado su estancia en aquel hermoso país; pero negocios importantes le llamaron á Madrid, donde entró el dia 13 de Mayo. El emperador su hermano habia resuelto agregar á su imperio el territorio español del Ebro allá, y trató de evitarlo, enviando emisarios á París que nada adelantaron: el emperador mandó que aquellas provincias fuesen gobernadas militarmente; pero entendiéndose sus gobernadores, aun en lo civil, con el gobierno francés.

Ignoraban esto generalmente los españoles; ni les hubiera hecho gran sensacion, aunque lo hubieran sabido, resueltos á perecer antes que consentir, no menos una dominacion extranjera, aunque independiente, que la agregacion á un reino extraño, ó la desmembracion de su territorio. Así era que, aunque

deshecho el numeroso ejército de Andalucía y ocupadas aquellas estensas provincias, no dejaron por eso de proseguir la guerra con la misma animosidad con que la habian empezado. Manteniase Porlier por las montañas de Asturias, bajaba á la tierra llana de Castilla llegando hasta la Rioja, é incomodando á todas horas á los franceses. Invadieron estos á últimos de Enero aquel principado donde habia unos 6.000 hombres nuestros, que se replegaron, despues de haber causado al enemigo bastante pérdida, en el puente de Puron, á la parte oriental por donde entraron; pero el intrépido Porlier los acometió por la espalda y cogió bastantes prisioneros: lo mismo hizo D. Federico Castañon y otros partidarios en el camino de Leon á Oviedo, de cuya ciudad el general enemigo Bonnet que habia entrado en Asturias con 6.000 hombres, tuvo que salir á los pocos dias de haber llegado, temiendo á los partidarios, que parecia se disponian á acometerle. Se situó en la Pola de Siero, y reunidos los nuestros en la capital de la provincia, los acometió á su vez, y volvió á entrar en ella; mudaron los nuestros de posicion, y mandados por el general Bárcena, y coadyuvando Porlier eficazmente, no cesaban de molestar á los enemigos, máxime despues de haber recibido de Galicia un refuerzo de 2.000 hombres, unidos con los cuales obligaron á Bonnet á evacuar otra vez la ciudad, y á retirarse á Cangas de Onís en el extremo oriental del principado: y si bien reforzado Bonnet se retiraron los nuestros y volvió á posesionarse de Oviedo, nunca pudo desalojar del país á los españoles, que, habia ya pasado el mes de

Abril, y se mantenían en él sosteniendo choques frecuentes con los franceses. ¡Buenas trazas de haberse amilanado con las desgracias del Mediodía!

Continuaba Galicia libre de enemigos: y aunque algo adormecida con este motivo, y aquejada con algunas disensiones intestinas, no se condujo en esta ocasion con toda la actividad que reclamaba de sus autoridades la causa pública, no por eso dejaba de guardar con cuidado las entradas de aquella provincia el general Mahy, encargado del mando del ejército, manteniéndose en Lugo y Villafranca del Bierzo que ya es de la provincia de Leon.

Mas avanzada hácia Castilla está Astorga en la misma provincia. Hemos visto ya con qué denuedo se defendió esta ciudad, sin mas reparos que una frágil muralla. Hiciéronse despues algunos, aunque siempre de poca consideracion, y seguía el general Santocildes mandando la guarnicion que subía á unos 2.800 hombres, gente nueva. En 11 de Febrero se presentó delante de la ciudad el general francés Loison con 9.000 hombres y seis cañones: intimó la rendicion el 16; se le contestó como correspondia, y se retiró. En 21 de Marzo apareció allí el general Junot con 17.000 hombres, destinados con otros cuerpos á operar en Portugal. Escribió al general español, y este no quiso recibir el pliego: con esto el francés empezó á formalizar el sitio. Oponianse vigorosamente á los trabajos los de dentro, y el 26 del mismo mes rechazaron á los franceses en el arrabal de Reitivia, que tenían los nuestros fortificado. Firme era la resolucion de los sitiados; pero faltábanles mu-

niciones, y su artillería no era de grueso calibre. Animábales, sin embargo, la esperanza de que los auxiliase el ejército de Galicia, y así molestaban á todas horas al enemigo, quien concluidos sus trabajos, empezó á batir en brecha la muralla, y abrió en ella un portillo hácia donde cae la catedral. Quedó poco despues practicable la brecha: volvió á intimar Junot la rendicion con fieras amenazas, y la tropa y los vecinos se dispusieron á recibir á los enemigos en la brecha. Dieron estos el asalto, acometiendo al mismo tiempo al arrabal de Reitivia, peleando por todo el dia, y bien correspondidos por los nuestros, que repelieron todos sus ataques. Pero se habian agotado casi del todo las municiones; y por último capituló Astorga, donde entraron los franceses el 22 de Abril. Perdimos en esta defensa 200 hombres; los franceses perdieron mas.

El partidario Mina acosaba en Navarra al enemigo en tales términos, que se vió encerrado y circuncrito al recinto de la plaza de Pamplona. Encargóse al mariscal Suchet su persecucion, y fué esta tan activa, y con tan gran golpe de gente, que Mina se vió precisado á disolver su partida, con intento de volver á reunir la luego que se alejasen, ó se minorase el número de sus perseguidores.

Dispersa la gente de Mina, y puesto orden en la defensa militar de Aragon, donde todavía se conservaban 13.000 españoles, aun despues de la desgraciada accion de Belchite, revolvió Suchet contra Valencia con 14.000 hombres. No se hallaba aquella ciudad en el mejor estado por causa de la division de

los ánimos; no se había aumentado el ejército, que solo constaba de 11.000 hombres, ni se habían fortificado los puntos susceptibles de resistencia: de todo lo cual se culpa á la junta de aquella ciudad, y al general D. José Caro que hacia un año mandaba en aquella provincia. Iban avanzando los franceses, y en el camino ocuparon á Morella y su castillo. Por el lado de Teruel se encontraron con la vanguardia de los españoles, que consiguieron algunas ventajas, mas luego se retiraron apresuradamente abandonando cuatro piezas de artillería: de resultas entraron los franceses en Segorbe y la saquearon. La columna de Morella entró el día 3 de Marzo en Murviedro, punto capaz de muy buena defensa, pero que habían descuidado los nuestros. Reinaba un gran desorden en Valencia, que se atribuye al mal gobierno del capitán general cuando se presentaron á su vista los franceses el día 5 de Marzo. Se situaron al derredor de la ciudad, é intimaron la rendición á D. José Caro, quien la rechazó con indignación. Esperaba Suchet que reventase dentro una conspiración que tenia tramada, y que dió ocasion á que fuesen arrestados algunos habitantes; pero cansado de esperar, y alarmado con las partidas que por todas partes le iban circundando, se retiró la noche del 10 por el mismo camino que había traido, con grande satisfaccion de los habitantes de Valencia, donde siguieron los procedimientos contra los que se suponía que habían mantenido inteligencias con el enemigo: uno de ellos, el baron de Pozoblanco, fué ahorcado; pero se duda si era realmente criminal.

Cuando se retiraron los franceses, molestábanlos los paisanos que en crecido número se habían reunido armados á su retaguardia. Supo tambien el general Suchet que en Aragon se había apoderado Villacampa de un convoy francés, con cuatro cañones, muchas municiones, y 200 hombres en la venta de Malamadera, y de otro convoy en Alventosa. Igualmente había entrado el día 7 en Teruel, en cuyo seminario fortificado de antemano se encerraron los enemigos, los cuales sin recurso hubieran sido hechos prisioneros sin la llegada de Suchet que los libertó. Tambien había recorrido las márgenes del Cinca D. Felipe Perena, y destruido en Fraga el puente y los atrincheramientos que habían levantado los franceses.

Los fatigaba otra vez Mina en Navarra y posteriormente en las Cinco Villas; y en tanto grado, que Suchet se propuso esterminarle. Había llegado á Zaragoza el 17, y de su orden el general Harispe, el gobernador de Jaca, y Dufour por la parte de Navarra, empezaron á perseguir al importuno y temible partidario, que desgraciadamente cayó en sus manos, y sin demora le internaron en Francia.

Permanecía en Vich el ejército español de Cataluña, y trató de atacarle el mariscal Augereau, con cuyo motivo hubo frecuentes refriegas entre españoles y franceses, llevando estos la peor parte; pero viendo aquellos la superioridad de los contrarios, se retiraron hácia Manresa y Tarrasa, quedándose una division en Tona. Entraron los franceses en Vich, y siguieron el alcance á los nuestros, que haciéndoles

rostro, los contenian, y en Moya los rechazaron con pérdida de mas de 200 hombres. Al mismo tiempo no se dormian los somatenes, pues por todas partes daban caza á los enemigos. Tenia que batirse con ellos continuamente el general Duhesme, que mandando en Barcelona, se veia precisado á salir muchas veces en busca de bastimentos: se lo impedía tambien una division que se habia mantenido siempre en el Llobregat, y que unida á los somatenes, tenia encerrados á los franceses dentro de la plaza, que á la sazón se hallaba muy apurada. Determinó pues Augereau abastecerla, y se adelantó con un convoy custodiado por 9.000 hombres, al mismo tiempo que de Barcelona salia á su encuentro Duhesme con otros 2.000. Viéronse fatigados los de Augereau por los somatenes, y de los de Duhesme cayeron 400 hombres y ademas un escuadron de coraceros en poder de los nuestros que los acometieron; y hubieran hecho prisionero otro batallon, si no hubiera llegado á tiempo Augereau, el cual por último entró en Barcelona con el convoy, y en seguida salió para Hostalrich, donde habia dejado alguna tropa sitiando al castillo, á cuyo gobernador habia en vano intimado la entrega.

Mandaba entonces nuestro ejército de Cataluña D. Enrique Odonell, activo y emprendedor, habiendo estado por algun tiempo al cargo de otros generales, despues de haber hecho dimision D. Joaquín Blake. Reunió desde luego Odonell 8.000 infantes y 1.000 caballos: con ellos acometió á los franceses el 14 de Febrero cerca de Moya, y quedó victorioso. El 19 se propuso apoderarse de Vich: pelearon sus soldados

en las inmediaciones desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde: los franceses no tenian mas que dos cañones; pero los nuestros no tenian ninguno, no habiendo permitido traerlos lo áspero del camino: al mismo tiempo les llegó á los contrarios un refuerzo de 2.500 hombres; razones todas que obligaron á los nuestros á retirarse, habiendo perdido en la accion como 1.800 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; mas como habian peleado con mucho empeño, tambien los franceses perdieron mucha gente.

Continuaba Augereau bloqueando el castillo de Hostalrich, y por espacio de tres semanas nada habia adelantado, negándose su gobernador D. Julian de Estrada á cuantas propuestas le habia hecho. Por fin habiendo entrado de Francia refuerzos considerables á los franceses, empezaron estos á bombardear el castillo el dia 20 de Febrero. Urgia empero abastecer de nuevo á Barcelona, y tuvo que acudir con bastantes fuerzas á esta necesidad Augereau, que introdujo víveres en la plaza, aunque teniendo que vencer los obstáculos y experimentar pérdidas en el camino. A vista de este movimiento se replegó el general Odonell á Tarragona y su campo, donde se le reunieron 7.000 aragoneses. Despues, á últimos de Marzo, envió á Villafranca de Panadés á D. Juan Caro con 6.000 hombres, que acometió é hizo prisioneros 700 franceses en aquella villa. Seguian cada vez con mas fuerza los somatenes, que algunas veces lograron socorrer el castillo de Hostalrich. No obstante, era ya tal la escasez de todo, especialmente de agua, que su valiente gobernador, habiendo

perdido la esperanza de ser socorrido, resolvió no entregarse, sino romper por entre los enemigos con 1.200 hombres que le quedaban. Lo ejecutó y cruzó felizmente parte del camino, pero estraviado hacía Masanas y Arbucias, donde había rechazado algunos trozos enemigos, no pudo evitar el caer prisionero con tres compañías: el resto, como de unos 800 hombres, se salvó, y entró sin obstáculos en Vich libre entonces de franceses.

Suchet por su parte proyectó apoderarse de Lérida, y empezó á ponerlo por obra el 13 de Abril. El gobernador avisó á Odonell que parte de los sitiadores se habian alejado el día 21 temiendo la tropa española situada hácia Manresa. El 23 por la mañana empezó á moverse Odonell con 6.000 hombres de infantería, y 600 de caballería, con intencion y aun esperanza de hacer levantar el sitio, y cuando no, de socorrer la plaza; pero tuvo noticia Suchet de su movimiento, y retrocedió hácia Lérida, acometió á los nuestros que pelearon con valor, pero hubieron de ceder el campo con mucha pérdida por la superioridad de los contrarios. Embistieron estos aquella misma noche las fortificaciones exteriores; pero fueron repelidos con pérdida: intimó Suchet la rendición y recibió una respuesta honrosamente negativa. Continuaron sus trabajos los sitiadores, y en la noche del 12 al 13 de Mayo, acometieron uno de los reductos de donde dijimos que habian sido rechazados, y se portaron tan bien sus defensores, que de 300 apenas quedaron 60. Guarnecian la ciudad 8.000 hombres, y era su gobernador D. Jaime García Conde: habian-

se tambien armado los paisanos. El mismo dia 13 asaltaron los franceses la plaza, donde entraron, sin haber tenido que vencer los mayores obstáculos. Conde, que con la guarnicion y la mayor parte de los habitantes se habia encerrado en el castillo, capituló al dia siguiente. Al entrar los franceses en la plaza, cometieron la atrocidad de degollar á todos los moradores que encontraban, para que se recogiesen al castillo, y este se entregase mas pronto: recogidos en él, empezaron á disparar bombas que hacian en tan crecida reunion un horrible estrago: intencion pérfidamente cruel, mas bien que ardid permitido por las leyes de la guerra. Por este tiempo se apoderaron tambien los enemigos de un fuerte que habia en la isla de las Medas en la desembocadura del Ter.

En Aragon se veian, como en todas partes, hostigados los enemigos, con acometidas frecuentes, que trabajaban é iban minorando su ejército. D. Pedro Villacampa les sorprendió el 13 de Mayo en Purroy, hizo mas de 100 prisioneros y se apoderó de un convoy. Persiguiéronle despues vivamente los enemigos, y se fué retirando hasta Cuenca. Por este tiempo acometieron tambien la plaza de Mequinenza que guarnecian 1.200 hombres al mando del coronel D. Manuel Carbon. Entraron en la villa la noche del 4 al 5 de Junio. Se defendió cuanto pudo la guarnicion en el castillo, mas al fin quedó prisionera el dia 8 del mismo mes. Tambien se apoderaron de Morella.

Pérdidas eran todas estas, á la verdad, lamentables; mas no por ellas se entibiaba el entusiasmo de

los españoles. En todas partes seguía la guerra á muerte contra los invasores, causándoles daño todo español, cuanto alcanzaba su posibilidad.

Seguían, se aumentaban y multiplicaban las guerrillas en todo el reino. Estaban en pié algunos ejércitos, aunque menguados, y no muy bien disciplinados. Continuaba Galicia libre de enemigos; había un ejército inglés en Portugal; y sobre todo había un baluarte donde se estrellaban toda la fuerza y habilidad de los poderosos agresores. Este baluarte era Cádiz, donde toda la nación consideraba arraigada su independencia.

Habían tomado los enemigos el castillo de Matagorda, situado cerca de la costa del Caño del Trocadero, ó mas bien lo habían arruinado, pues hasta entonces no lo abandonaron los ingleses que lo defendían. Con todo, nada adelantaron, ni su pérdida amortiguó en manera alguna el espíritu de resistencia que reinaba en la plaza, y que desde allí se comunicaba á toda la Península.

Así es que la regencia, sin descuidar la fortificación de la isla gaditana, dió trazas de como molestar á los enemigos en la misma Andalucía y provincias limítrofes, enviando al condado de Niebla á D. Francisco de Copons y Navia; y encargando que promoviese la insurrección en la serranía de Ronda á D. Adrian Jacome, comandante del campo de S. Roque. Llegó Copons al condado, y el 14 de Abril tomó el mando de unos 700 hombres, única tropa que había en el país, muy maltratada por los franceses. Aumentó é instruyó Copons á su gente, y con ella traía ocu-

pados y cansados á los enemigos, y mantenía espedita la comunicacion de aquella costa con la plaza de Cádiz. Ni le arredraban las dificultades, aunque en ocasiones tuvo que guarecerse en Portugal. En la serranía de Ronda había dejado José, cuando la visitó, un gobernador militar, que bien pronto casi no pudo mandar mas que en el recinto de la ciudad, donde estaba como sitiado por la poblacion del país, para cuyos habitantes no era extraño el ejercicio de la guerra tan análogo al del contrabando, á que estaban desde su niñez acostumbrados. D. Andrés Ortiz de Zárate fué de los que mas contribuyeron al levantamiento, el cual creció tanto en breve tiempo, que los franceses tuvieron que evacuar la ciudad en el silencio de la noche, asustados con el gran número de gentes que venían sobre ellos. Entraron los serranos en Ronda el 12 de Marzo, capitaneados por D. Francisco Gonzalez; pero reforzados los franceses con tropas que les llegaron de Málaga, volvieron á entrar en Ronda el 21 del mismo mes. El general francés Peyremont, que había venido con el refuerzo, tuvo que salir de allí á poco en socorro de la ciudad de Málaga donde habían entrado los paisanos aprovechándose de su ausencia. Viéronse los franceses sumamente apurados en la Serranía, donde por los naturales se les hacía con grandes ventajas una incesante y vivísima guerra.

Aun salía de los límites de la sierra el espíritu belicoso que en ella reinaba. En Montellano, pueblo de 4.000 habitantes, inmediato á ella, puesto al frente de los vecinos el alcalde D. José Romero, espelió

del pueblo á 300 franceses el día 14 de Abril. Volvieron 1.300 y encontraron una pertinaz resistencia en los vecinos que se defendían casa por casa. Incendiaron el pueblo, que quedó casi todo reducido á cenizas menos la casa del alcalde y el campanario, en el cual proseguían defendiéndose algunos habitantes. Lo mismo hacia Romero en su casa, desde donde, ayudándole su mujer y sus hijos, sembraba la muerte en las filas enemigas. Con tal estrago no se atrevieron á acercarse los franceses á la casa, y empezaron á derribarla á cañonazos. Por fortuna para aquella heroica familia, empezó á reunirse sobre el abrasado Montellano gente de todas partes, y temiendo los franceses se retiraron. También quisieron los enemigos apoderarse por sorpresa de Tarifa, que todavía no habían ocupado, pero fueron rechazados, no sin pérdida, por los paisanos y algunos ingleses. Tampoco se les dejaba sosegar en otros varios puntos de Andalucía; en aquella misma Andalucía, cuyo buen recibimiento tanto les había lisonjeado.

Hizo por entonces el general Sebastiani una incursión en el reino de Murcia en cuya ciudad entró, apoderándose en ella y en todo el país, de los fondos públicos y particulares, y cometiendo mil tropelías. El general Freire que mandaba allí los nuestros en número de 12.000 infantes y 2.000 caballos, se replegó á Cartagena y Alicante. No estuvieron los franceses mas que tres días en Murcia. Luego que se fueron, envió Freire la caballería con alguna infantería á los lindes de Granada. Alentados con esto los paisanos,

creció el número de las guerrillas hácia Cazorla y las Alpujarras, batiéndose continuamente y con el mayor encarnizamiento con los puestos y destacamentos enemigos. Lo mismo sucedía en los límites de Andalucía con Estremadura. En esta provincia teníamos un ejército, que con la guarnición de Badajoz contaba mas de 26.000 infantes, pero solo 1.000 caballos montados. Odonell y Mendizabal, Ballesteros, y Senen de Contreras que mandaban las divisiones, tenían á raya los cuerpos del ejército enemigo que en aquella provincia mandaban Mortier y Reynier, peleando, no sin gloria, en muchas ocasiones.

Vieron así los franceses que no se había aquietado el país, como ellos se figuraban, con la ocupación de las Andalucías y disolución de la junta Central; é irritado con esto el mariscal Soult, espidió un decreto el día 9 de Mayo, en el cual reputaba por bandidos á todos los españoles armados, cualquiera que fuese su número, y el jefe que los mandase: disponía que fuesen arcabuceados al instante que se les cogiese, y quedasen espuestos sus cadáveres en los caminos públicos. La Regencia de España por su parte, declaró fuera del derecho de gentes al mariscal Soult, decretó represalias contra los franceses, mandando que por cada español que así muriese, fuesen arcabuceados tres franceses; y como era tan fácil hacerles pagar con las setenas, quedaron reducidas á una bravata nada mas las sanguinarias disposiciones del arrogante mariscal.

francés de 66.000 infantes y 9.000 caballos á las órdenes del mariscal Massena, célebre por sus victorias en las últimas guerras que habia sostenido la Francia. Antes de entrar en Portugal, cubierta la izquierda del ejército invasor con la ocupacion de las Andalucías, amparó Massena la derecha, apoderándose de Astorga, y sujetando á Asturias. Ahora le era preciso reducir á su dominacion las plazas fuertes españolas que al frente tenia.

Era una de ellas Ciudad-Rodrigo, que yace en una situacion elevada á la derecha del Agueda, pero dominada á la parte del norte por el cerro que llaman de San Francisco. La circunda una muralla antigua con una barbacana, y se reputa por una plaza, no muy fuerte, de tercer orden. Constaba su guarnicion de unos 5.500 hombres y 240 caballos al mando de D. Julian Sanchez, de quien ya hemos hecho mencion. Era su gobernador D. Andres Perez de Herrasti, natural de Granada, que contaba muchos años de servicio, y era valiente y pundonoroso, no menos que entendido. Hiciéronse alrededor de la plaza las obras de defensa que se creyeron conducentes, y se fortificaron algunos edificios. Intimaron los franceses varias veces la rendicion al gobernador; pero era éste un digno compatriota del defensor de Gerona, natural tambien de Granada.

Remiéronse alrededor de Ciudad-Rodrigo mas de 50.000 franceses por temor del ejército anglo-lusitano, que se acampaba en Portugal á pocas leguas de distancia, y aun en territorio de España, donde con su vanguardia se unió la division española que man-

CAPÍTULO XIII.

Defensa y rendicion de Ciudad-Rodrigo.—Provincia de Leon.—Lineas de Torres Vedras.—Invade Massena el Portugal, y se encierran los ingleses en las lineas.—Distraen los españoles las fuerzas enemigas por la parte de Estremadura y Condado de Niebla.—Lo mismo por otros puntos peleando en todos de continuo.—Combates en Cataluña.—Accion de La-Bisbal.—Guerrillas por todas partes.—Abrense las Cortes.—Disidencia de algunas provincias de América.—Nueva Regencia.

Muy disgustado é impaciente estaba Napoleon con la permanencia de los ingleses en Portugal. Nunca desistió del proyecto de arrojarlos totalmente de la Península, objeto á que daba siempre en su mente la preferencia sobre todos los planes de campaña. Impedible, no obstante, realizar sus miras los ejércitos españoles y las partidas armadas, si bien afectaba mirar con el mayor desprecio sus esfuerzos. Ya habia mandado varias veces á su lugarteniente en España que ocupase aquel reino destruyendo ó espeliendo el ejército inglés. Por fin llegó el tiempo de intentarlo, y para ello se reunió en Castilla un ejército

daba D. Martín de la Carrera. Presentáronse los franceses á la vista de la plaza el 25 de Abril. Reiteraron los enemigos inútilmente la intimación de rendirse al gobernador el día 12 de Mayo; ni hubo en todo aquel mes sino algunos reencuentros en los cuales lució su bizarría D. Julian Sanchez, especialmente el día 17, escoltando al comandante de la vanguardia inglesa Craw-Furd, á quien volviendo á su campo desde Ciudad-Rodrigo, trataban de disputarle el paso los enemigos en bastante número. Opinaba el general inglés que sería mas seguro volverse á la plaza, pero acometiendo Sanchez al enemigo impetuosamente, le hizo huir y condujo sin tropiezo al general inglés á sus reales. También hicieron los nuestros una salida, entrado ya Junio, y causaron bastante daño á los sitiadores. Adelantaban estos, sin embargo, sus trabajos, y el día 25 por la noche levantaron una trinchera que prolongaron no sin perder mucha gente. Los nuestros hicieron despues varias salidas en que se condujeron con bizarría; y no pudiendo emplearse la caballería por impedirlo las líneas de los enemigos, ya muy adelantadas, se determinó que saliese D. Julian Sanchez con los ginetes de su mando, á unirse con el general la Carrera; lo que ejecutó aquel animoso caudillo puesto al frente de sus lanceros á las once de la noche del 22, forzando tres líneas enemigas, y atropellando y matando á cuantos se le oponian.

Dieron los franceses contra las obras exteriores algunos ataques falsos, en que fueron rechazados; pero se empeñaron de firme en apoderarse del conven-

to de Santa Cruz que guarnecian 100 hombres. Penetraron en la iglesia; y queriendo posesionarse del convento fueron diferentes veces repelidos por los de dentro. Falsearon estos además la escalera, de donde cayeron y se estrellaron los franceses que iban subiendo. Habian incendiado la iglesia los franceses; y aunque rodeados los nuestros de llamas y de enemigos, pelearon denodadamente por espacio de tres horas, al cabo de las cuales se retiraron los franceses, mustios, abatidos y con pérdida no pequeña.

El 25 de Junio empezaron por último á disparar contra la plaza 46 piezas, cañones, morteros y obuses, que tenia colocados el enemigo en siete baterías. Lo mismo hicieron los nuestros, auxiliando á la tropa los vecinos, incluso niños y mujeres, entre las cuales se distinguió una llamada Lorenza, que recibió dos heridas: hasta los ciegos cooperaron segun podian á la defensa. El día 27 derribaron del todo el torreón del rey; pero sufrieron un horrible destrozo causado por nuestra artillería. Habia llegado al campo enemigo el mariscal Massena, y se intimó en su nombre la rendición al gobernador, quien respondió: "Ciudad-Rodrigo no se halla en estado de capitular." Siguiéron, pues, y adelantaron sus trabajos los enemigos, que los nuestros inutilizaban cuanto podian, ofendiendo y conteniendo además á los trabajadores. Tuviron los nuestros necesidad de abandonar el arrabal de S. Francisco que inútilmente habian atacado varias veces los sitiadores. El 5 de Julio dispuso el gobernador una salida en que fueron sorprendidos los enemi-

gos; murieron muchos, y nuestros soldados deshicieron varios de sus trabajos.

Estaba abierta la brecha desde el 27 de Junio, y la ensacharon considerablemente los sitiadores posteriormente, viendo lo cual el gobernador, y que se alejaban en lugar de acercarse los ingleses, de quienes se esperaba que socorriesen la plaza, trató el día 10 de capitular. Quiso Ney que se presentase personalmente Herrasti á capitular; le trató con distincion, le alabó por su defensa, y dijo que no habia necesidad de formalizar por escrito la capitulacion que otorgaba amplia y honorífica, quedando prisionero de guerra la guarnicion. La fianza de lo estipulado no era mas que la palabra de honor empeñada por el mariscal francés, quien la cumplió con exactitud. Nosotros nos complacemos cuando vemos á nuestros enemigos portarse como caballeros. Perdimos en este sitio 1.600 hombres entre muertos y heridos, 100 eran paisanos: los franceses perdieron mas de 3.000. Brillante fué la defensa de Ciudad-Rodrigo, muy honorífica para la guarnicion y su dignísimo jefe: el mismo mariscal Massena no pudo menos de elogiarla.

Se censuró en esta ocasion la conducta de los ingleses en no haber socorrido á Ciudad-Rodrigo; pero su prudente general Lord Wellington, consideraba que para librarla era necesario dar una batalla campal á los franceses; y pesaban mas en su ánimo las fatalísimas consecuencias de perderla, como era de temer, que las resultas de ganarla, y de salvar una pequeña plaza. Como quiera, incomodado el gene-

ral la Carrera, luego que se entregó Ciudad-Rodrigo, se separó del ejército inglés y se agregó al del marqués de la Romana.

Por la parte de Leon se hallaba sobre Astorga el general Mahy: Massena envió fuerza contra él, y se retiró. El partidario Echevarría fué acometido en Alcañices: se defendió bien, y se salvó, pero con pérdida mayor. Evacuaron los españoles la Puebla de Sanabria al acercarse los franceses y la tomaron estos, dejando en ella una reducida guarnicion: revolviéron los españoles y la hicieron prisionera; pero acudiendo de nuevo los franceses con 6.000 hombres, la volvieron á ocupar, habiéndose retirado con tiempo los nuestros.

Se acercaba ya el tiempo de la invasion de Portugal. El gobierno inglés, desanimado con la paz entre la Francia y el Austria, y los progresos de los franceses en España, dudaba si convendria ó no proseguir auxiliando con eficacia á los españoles y portugueses. Lord Wellington habia formado muy de antemano un plan de defensa de Portugal que al cabo fué aprobado por el gabinete de S. James; y aunque tuvo que vencer muchas y grandes dificultades, logró ponerlo por último en ejecucion. Mandó asolar todo el país desde la frontera de España hasta cerca de Coimbra, y que los naturales hostilizasen á los franceses por los costados y por la espalda, al mismo tiempo que su ejército los iba atrayendo á los puntos anticipadamente preparados para pelear con ventaja. Habia muchos, pero principalmente los que constituian las líneas de Torres-Vedras. Empezaba una

en Alhândra á orillas del Tajo, y ocupaba siete leguas de un terreno montuoso: otra mas fuerte principiaba en Quintela, y tomaba como unas seis leguas: ambas llegaban hasta el mar, y distaban entre sí de dos á tres leguas. En la desembocadura del Tajo, mas allá de Lisboa, había otra, en la cual se comprendía al castillo de S. Julian. Nada menos que 150 fuertes con 600 piezas de artillería se presentaban en aquellas líneas á los invasores.

A principios de Julio empezaron á hostilizarse los dos ejércitos. El 24 del mismo mes se empeñó un combate entre la vanguardia inglesa y un cuerpo del ejército francés, á las orillas del Coa: eran los franceses muy superiores en número, y tuvieron que replegarse los ingleses pasando el rio por el puente, que defendieron en seguida con teson. Intimaron luego los franceses la rendición á la plaza de Almería, guarnecida por 4.000 hombres, pero hasta el 15 de Agosto no abrieron brecha. El 26 rompieron contra ella un fuego terrible; de sus resultas volaron al anochecer tres almacenes de pólvora, y fué tan grande el estrago que causó la esplosion, que apenas quedaron seis casas en pié; murieron quinientas personas, y otras muchas quedaron estropeadas. Esta desgracia y un alboroto que se armó dentro de la plaza, obligó al coronel inglés Cox á capitular. Replegóse Lord Wellington á la orilla izquierda del Mondego; mas el ejército francés no podia avanzar, falto de los víveres necesarios que acopiaba en España con mucha dificultad, por impedirlo las guerrillas, y por no prestarse los pueblos á suministrarlos. Por fin,

emprendió Massena su marcha camino de Viseo, con ánimo de ir de allí á Coimbra. Wellington empezó á retirarse por la izquierda del Mondego. Las avanzadas francesas entraron en Viseo el dia 18; pero el grueso del ejército no llegó hasta el 20, porque la artillería y los equipajes tenían que caminar con lentitud, y porque los acometieron unos 2.000 hombres de milicia mandados por el coronel inglés Trant, y les cogieron algunos bagajes y 100 prisioneros; de modo que la artillería, los equipajes, y mucha parte de la caballería no llegó á Viseo hasta el 22. Iba retirándose Wellington, pero se detuvo en la sierra de Busaco, donde reunió casi toda su fuerza que constaba de 50.000 hombres. Quería el mariscal Ney atacar á los ingleses antes que se reuniera toda esta fuerza, y cuando apenas estaban reunidos 25.000 hombres, en cuyo caso estaban muy espuestos los ingleses, pero Massena no dio orden de atacar hasta el dia 27 cuando ya tenia Wellington reunidos todos los cuerpos de su ejército. Se empeñaron los franceses en desalojar á los contrarios de las posiciones que ocupaban en lo alto de la sierra, pero fueron repelidos en todas partes, y bajaron rodando y despeñados de las eminencias, habiendo perecido 4.000 hombres, entre ellos el general Graindorge: los generales Merle y Foy quedaron heridos. No murieron de los ingleses mas que 1.300 por sus ventajosas posiciones. ®

Sin embargo, desampararon á Busaco al amanecer del 29, porque observaron que los franceses habían bloqueado la sierra el dia anterior 28, por camino que les enseñó un paisano. Llegaron el mismo

día á Boyalvo, y desde allí se dirigieron hácia Coimbra donde entraron. Lord Wellington estableció su cuartel general en Leria el día 2 de Octubre, y tuvo que emplear el mayor rigor para contener á sus soldados que cometían todo género de excesos. No andaban mas comedidos los franceses, por lo que le fué imposible á Massena salir antes del 4 de Coimbra, cebados sus soldados en el saqueo de la ciudad: pero acometió aquel día de improviso en Leria á los ingleses, que pudieron contener la furia de los franceses, y prosiguieron su retirada. Habian dejado los franceses en Coimbra 5.000 hombres, incluso los heridos y enfermos: entró el día 7 en la ciudad el coronel Trant con parte de la milicia portuguesa, y los hizo á todos prisioneros, apoderándose tambien de los hospitales y depósitos: otros jefes cogieron fuera de Coimbra 300 prisioneros mas. Continuaba sin embargo Massena su persecucion con mucha actividad, á pesar de haberse metido el tiempo en aguas; y el día 9 sorprendió una brigada inglesa de artillería y se apoderó de los cañones, que se recobraron con mucho trabajo: al día siguiente sorprendió á una division enemiga que se llenó de terror, aunque últimamente se recobró de su espanto. Hasta entonces no habian acabado de entrar los ingleses en las líneas de Torres-Vedras: Massena se quedó atónito al divisarlas, porque no tenia de ellas ni la mas remota idea. Conociendo la imposibilidad de forzarlas, trató de bloquearlas, y pidió refuerzos á Napoleon, empleando entre tanto el tiempo en reconocimientos y escaramuzas. Murió por aquellos días el

general francés Saint-Croix, y quedó herido el general inglés Harvey.

Encerróse Lord Wellington dentro de las líneas, muy reforzado su ejército con tropas que llegaban de Cádiz y de Inglaterra, y con 8.000 españoles del marqués de la Romana, al mando de D. Carlos O'donnell y D. Martin de la Carrera. Tambien concurrió la milicia cívica no solo de Lisboa sino de toda la Extremadura portuguesa; de modo que á últimos de Octubre reunia 70.000 hombres de tropa reglada, y se distribuian raciones á 130.000. Presentaban las líneas la imágen de una plaza de grandeza desmesurada, y guarnecida por todo el ejército de una monarquía. Allí esperaba Wellington á pié firme al ejército francés, mas no por eso se descuidaba en hostilizarle por de fuera de las líneas: por la espalda y los costados se veia sin cesar acosado por españoles y portugueses, y por los mismos ingleses que salian de sus guaridas á hacer escursiones por el campo enemigo. Así hallaba la mayor dificultad en acopiar víveres, que tampoco podian llegarle sino tarde y con mucho trabajo del interior de España, por la guerra sin intermision que tenian que mantener los cuerpos con nuestros ejércitos y partidas, que se la hacian muy cruda, impidiéndoles por lo tanto cooperar á la campaña de Portugal.

En la provincia lindera de Extremadura, entretuvieron constantemente los españoles al mariscal Mortier, quien por esta razon no pudo penetrar en el Alentejo como tenia concertado Massena. Mandaba en ella las armas el marqués de la Romana, á cuya

disposicion habia puesto Lord Wellington la plaza portuguesa de Campo-mayor y una brigada de portugueses al mando del general Madden. Aun antes de estos auxilios, acosaban los españoles á los franceses en aquella provincia. Cuando se retiraba el general Regnier, le picaron la retaguardia, y cogieron á varios rezagados: el día último de Julio hizo tambien prisioneros D. Carlos España 100 hombres. El día 5 de Agosto salió Romana de Badajoz, y uniéndose con las tropas de Mendizabal, presentó batalla á los franceses en las alturas de Canta-el-gallo. Los enemigos que se habian replegado, ocupaban las de Villagarcía, separados de los nuestros por un valle. Acometieron el día 11 los franceses: pelearon los nuestros con honor, pero se retiraron á Almendralejo, y los franceses se situaron en Zafra. Reforzadas las tropas de Romana con la brigada portuguesa, y con alguna caballería española á las órdenes del general Butron, avanzaron á Monasterio y Fuente de Cantos: los portugueses se situaron en Calzadilla. Acometieron á los españoles los franceses con 13.000 hombres de infantería y 1.800 de caballería, fuerza muy superior á la de los nuestros, que fueron desordenados y perdieron algunas piezas de artillería. Acudieron á su socorro los portugueses, y quedó escarmentado el enemigo. Posteriormente el general Butron les aprehendió 100 hombres en Azuaga. En ausencia del marqués de la Romana, que con 8.000 hombres se incorporó á los ingleses, quedó mandando Mendizabal lo restante de las tropas españolas en Extremadura, donde continuó la guerra en choques

y reencuentros, aunque no hubo ningun combate de consideracion.

Tambien continuaba con teson en el condado de Niebla, en la serranía de Ronda, y en otros puntos de las Andalucías, fomentada desde Cádiz por el gobierno, que enviaba con este objeto los auxilios que podia, y preparaba algunas expediciones por mar. Fué mandando una de ellas el general Lacy, que dando á la vela en 17 de Junio, desembarcó con 3.200 hombres en Algeciras, desde donde se dirigió á la serranía de Ronda, y se aproximó á la ciudad, fortalecida y guarnecida por los franceses. Conocieron estos que auxiliada la tropa expedicionaria por las partidas que recorrían el país, podia no solo tener en continuo cuidado á su ejército, sino tambien formalizar un levantamiento general de aquella tierra, que les costaria mucho sosegar, con gran detrimento del sitio de Cádiz y otras operaciones militares. Determinaron, pues, deshacer aquel nublado que se iba levantando, y acudiendo por varios puntos con fuerzas numerosas, obligaron á Lacy á embarcarse en Estepona y Marbella. Volvió á desembarcar en Algeciras, y tomó otra vez por tierra la via de Marbella. Redoblaron con esto sus fuerzas y diligencia los enemigos, hasta que Lacy se vió en la precision de reembarcarse otra vez, y aportó á Cádiz el 22 de Julio. Se logró con esta expedicion distraer y ocupar gran parte de las fuerzas enemigas, que debían operar en Extremadura en combinacion con las de Portugal.

Al mes siguiente se dirigió el mismo Lacy con otra expedicion al condado de Niebla, donde se sostenia

el general Copons con algunas tropas, alarmando y perjudicando al enemigo. Llevaba Lacy 3.000 hombres, y con ellos desembarcó el 23 de Agosto á dos leguas de Huelva. Tenian los franceses en Moguer 500 infantes y 100 caballos, que se retiraron al avisar á los nuestros, sin que pudiese auxiliarles la fuerza que á este fin salió de San Juan del Puerto, y que tambien tuvo que retroceder. No recibió á tiempo el general Copons, que se hallaba á doce leguas de distancia, el aviso de la venida de Lacy; y así no llegó cuando era necesario para coger á los franceses entre dos fuegos. Se puso, sin embargo, en comunicacion con Lacy, viniendo sobre él fuerzas mayores; mas este general volvió á embarcarse el 26 de Agosto, cumplido el objeto de su expedicion, que no era sino llamar la atencion y las fuerzas del enemigo por aquella parte, y apartarlas de Extremadura. Vuelto á Cádiz, hizo una salida el infatigable Lacy el 29 de Setiembre por el puente de Suazo, y deshizo diferentes trabajos que habian hecho los enemigos.

Esto pasaba á la entrada de los campamentos enemigos en Andalucía, que creian haber subyugado con la invasion. En las provincias lejanas tampoco se dormian los españoles. Las tropas de Galicia hacian sus incursiones por las riberas del Orbigo y del Esla; ocuparon dos veces á Leon, y molestaban de continuo al enemigo en aquella provincia. Recorrianla tambien diferentes partidarios; algunos muy valientes aunque con escasa fuerza. En la Robla, por encima de Leon, derrotó á un trozo de tropa francesa á últimos de Octubre el coronel Mascareñas que man-

daba 2.000 hombres; é hizo lo mismo á principios de Noviembre en San Félix de Orbigo. Don Manuel de Nava sorprendió á los franceses en Tabara, y les cogió varios prisioneros á últimos del mismo mes: con lo cual se les obligaba á mantener en la provincia de Leon una fuerza respetable, que les hacia mucha falta en Portugal.

En Asturias, por la parte de Galicia, acometió el general Moscoso á los franceses acantonados en Luarca. Salió mal la tentativa, y los españoles se retiraron hácia Navia, en dispersion y con pérdida. Lo mismo le sucedió al general Bárcena, acometido por los enemigos. Hubo otras desgracias en el Principado; y queriendo remediarlas el general Mahy, que mandaba las tropas de Asturias y Galicia, envió por la parte de esta última provincia 600 hombres de refuerzo; dispuso que otros 1.500 de las tropas situadas en el Vierzo penetrasen en Asturias por el puerto de Leitariegos, y que Porlier, embarcándose en Ribadeo, fuese á desembarcar en la costa de Santander para llamar á los franceses hácia aquella parte. Desembarcó Porlier en Santoña, y luego en otros varios puntos; desbarató las baterías de los enemigos, les cogió 200 prisioneros, llevó consigo muchos mozos del país, y dió la vuelta á la Coruña, donde entró el 22 de Julio. Volvió á salir el dia 3 de Agosto; desembarcó entre Llanes y Ribadesella; derrotó algunas partidas de franceses en las montañas de Santander y se internó en Asturias, donde unido con otros jefes hizo la guerra á los enemigos con actividad. Tambien los acosaba por otro lado el general Bárcena; de

modo que tenían que lidiar continuamente con un enemigo porfiado é importuno que no les dejaba sosegar, y les ocupaba mucha gente.

Manteníanse todo este tiempo los franceses enfrente de Cádiz, fortificándose en la costa. Construyeron tambien una escuadrilla, que nada les aprovechó, porque encerrada en Puerto Real la impedían la salida las fuerzas marítimas españolas é inglesas. Perfeccionaban sus obras de defensa los españoles que tenían en Cádiz y la Isla mas de 18.000 hombres de tropa de línea, á que se agregaban algunos miles de ingleses, que subieron á mas de 8.000, y nunca bajaron de 5.000.

La Regencia envió á Murcia al general Blake, el cual reunió á principios de Agosto 4.000 hombres de infantería, y 2.000 caballos, hormigueando ademas las partidas alrededor y á la sombra del ejército. Se propuso Sebastiani deshacer este ejército: se aprestó Blake á recibirle en la huerta de Murcia, que mandó inundar, según se podía en aquella estacion de poca agua. Acudieron los paisanos hasta de Orihuela, y tomaron parte en la defensa de la tierra. Dejáronse ver los franceses á cuatro leguas de Murcia el dia 28 de Agosto; pero viendo la actitud respetable de los nuestros, retrocedieron á Totana. El resultado de esta expedicion, cuyo feliz éxito habia reputado por muy fácil el general Sebastiani, fué el infructuoso cansancio de sus tropas en marchas y contramarchas de mas de cien leguas; y el haberse levantado en mucha parte la poblacion del reino de Granada mientras los enemigos invadieron el de Murcia. Levan-

tóse tambien la costa; y queriendo los ingleses sacar partido de la insurreccion enviaron desde Ceuta 2.500 hombres ingleses y españoles con ánimo de embestir á Málaga. Mandaba la expedicion Lord Blayney, que acometiendo al castillo de Fuengirola, fué sorprendido por Sebastiani al frente de 5.000 hombres, quedando el Lord prisionero, y retirándose de tropel los soldados ingleses á sus barcos: no así los españoles que se retiraron y embarcaron con buen órden.

Blake por su parte acometió á los franceses en Baza. La accion fué desgraciada; perdimos 1.000 hombres y cinco cañones.

Por la parte de Valencia no habia motivos para grande satisfaccion. Nada habia hecho el capitan general D. José Caro; y bajo su mando se habian apoderado los enemigos de Lérida, Mequinenza y Morella. Pero noticioso de que se acercaban los enemigos envió á D. Juan Odonojú con 4.000 hombres, que arrojaron de Villabona á los franceses el dia 24 de Junio. Al dia siguiente se retiraron los nuestros despues de un reñido reencuentro. Avanzó de nuevo Odonojú, pero tuvo que retirarse por la superioridad de los enemigos que le causaron alguna pérdida en Albocaser. D. José Caro se puso en marcha con 20.000 hombres, la mitad paisanos, camino de Cataluña, cuyo capitan general reclamó su auxilio por intentar los franceses sitiar á Tortosa. Salióle al encuentro Suchet; se retiró en órden el ejército, pero su general lo desamparó; por cuya razon, y por no estar satisfecho el pueblo de su gobierno, se irritaron los ánimos contra él, y huyó á Mallorca vestido de

fraile: le sucedió D. Luis de Bassecourt, militar de bastante valor y de otras buenas prendas.

En Cataluña se conocia en las operaciones de la guerra la energía y eficacia de D. Enrique O'donell, que mandaba las armas en aquel principado: tambien contribuía mucho á ello el celo y actividad del congreso catalán, que se habia reunido en 17 de Julio, y empezó á dar las mas acertadas disposiciones para la prosecucion de la guerra. El mariscal Augereau habia cometido mil crueldades en Cataluña: sucedióle el mariscal Macdonald, que quiso congraciarse con los catalanes por la moderacion y buen trato; pero á los españoles la crueldad de los franceses los irritaba; su moderacion no los atraía. Así Macdonald, lo mismo que su antecesor Augereau, se veía como cercado en Barcelona, cuyo abastecimiento ocupaba á todo su ejército; pues solo de este modo podian librarse los convoyes de caer en manos de los españoles.

Tenia O'donell su cuartel general en Tarragona, y las tropas de su mando, que ascendian á 22.000 hombres, distribuidas en los puntos convenientes: ayudábanle muy mucho los somatenes del país, y el gran número de partidas que lo recorrian en todas direcciones. Acometia los destacamentos enemigos; dificultaba la conduccion de provisiones á las plazas que ocupaban los enemigos, y que mucho las necesitaban, especialmente Barcelona, y no les dejaba vagar para combinaciones de guerra contra él. Intentaron, sin embargo, las tropas enemigas de Cataluña auxiliar al general Suchet contra Tortosa, cuyo sitio

proyectaba mucho tiempo hacia, mas tampoco lo lograron por entonces.

Realizando Suchet su propósito de sitiarse á Tortosa, habia acercado tropas á aquella plaza, á las cuales incomodaba con sus salidas la guarnicion, y una division que al mando del marqués de Campo-verde estaba situada en Falset. Tambien los acometió el general O'donell, causándoles daño y destruyendo sus obras. Eran reñidos los combates; y en uno de ellos quedó prisionero el coronel D. José María Torrijos (*). Contábase con la cooperacion del capitán

(*) Consideraciones justamente debidas á una persona intimamente unida con el esclarecido y malogrado general Torrijos, y por lo mismo altamente interesada en el realce de su nombre, nos han decidido á publicar en resumen las noticias que se nos han comunicado, de sus hechos de armas en la guerra que vamos describiendo; convencidos por otra parte de que no desagradará á nuestros lectores este obsequio prestado á la memoria de un militar tan infortunado como valiente.

Admitido el general Torrijos entre los pajes del rey, el año de 1801, se dedicó al estudio de la ciencia militar; é hizo en él tales progresos y de tal modo se distinguió en los exámenes, que ya en 1804, contando tan solo 13 años, enriquecido con los conocimientos necesarios, obtuvo el empleo de capitán del regimiento infantería de Ultonia. Su padre pidió y consiguió del rey la gracia de que permitiese á su hijo pasar ante todo á seguir sus estudios en la academia de ingenieros de Alcalá de Henares. Muerto su padre y terminados sus estudios en Alcalá, habia pasado con licencia á Madrid, y allí le cogió el memorable día Dos de Mayo de 1808. El parque de artillería, defendido por los héroes Daoiz y Velarde, se hallaba fuertemente atacado por los franceses, y Torrijos que no habia podido hallar al capitán general, corre al cuartel del regimiento de Voluntarios de Estado, y pide y obtiene de su coronel que le envíe con la compañía que salió á reforzar aquel interesante punto, donde fué hecho prisionero y de allí conducido á la casa del guarda de la puerta de Santa Bárbara; y solo debió el no ser arcabuceado como los demas presos, á la casualidad de que Borelli, edecan de Murat, á quien Torrijos conoció como concurrente á una de sus relacionadas casas, y á quien habia salvado por la mañana del furor de los paisa-

general de Valencia D. José Caro, quien por haber faltado no se recogió todo el fruto que se propusie-

nos, fué á recorrer los puestos, le reconoció, y mandó en seguida una órden de Murat para que se le pudiese en libertad. Salió luego de Madrid agregado á un batallón de guardias para reunirse á su regimiento de Ultonia que se hallaba de guarnición en Gerona. Llegó á Valencia, cuya junta le enrió con las fuerzas que salieron al encuentro del enemigo, y se halló con ellas en las acciones del puente Pajazo el 19 de Junio de 1808, de las Cabrillas en 24 del mismo, y de Cuarte el 26 del propio mes. Habiendo ascendido á sargento mayor del regimiento de infantería de Almansa, fué destinado como uno de los jefes que formaron el ejército de Murcia, y formó de pie el regimiento de infantería de Almansa solo con el concurso de otro oficial, habiendo tenido el placer de que aquel cuerpo fuese uno de los que mas se distinguieron en la guerra. Hallábase de sargento mayor de dicho cuerpo de Almansa, cuando á principios del año 1809 salió para Cataluña pasando con el mismo empleo al regimiento infantería de Soria, en cuyo cuerpo concurrió á las acciones para introducir los convoyes en Gerona.

Destinado con 300 hombres á reconocer al enemigo, le batió á pesar de hallarse bien posicionado en los Angeles. Se halló en 12 de Enero de 1810 en la acción de Collaspina. Habiéndose portado en la batalla de Vich, de 20 del siguiente Febrero, con el valor bizarro que le distinguía, se le premió con el grado de teniente coronel y una medalla de distinción. Igual bizarria manifestó en las subsiguientes acciones de Villafranca, Esparraguera, Manresa, Cervera, y en el reconocimiento sobre Agramunt. En 12 de Junio del propio año salió de Tortosa mandando la salida que se hizo y reconocimiento del campo enemigo á las inmediaciones de la Roqueta, en la que fué herido, y mereció el grado de coronel. A los veinte dias solicitó ser empleado en la segunda salida de la misma plaza, y el general D. Enrique O'donell le dió el mando de la primera division que salió por la derecha el dia 3 de Agosto de 1810, en cuyo tiempo ya era comandante del tercer batallón del regimiento infantería de Soria.

La instruccion dada á Torrijos en el acto de esta salida fué la de tomar cuantos atrincheramientos hallase, y la de retirarse á la señal de una bandera blanca en el castillo. Aquel como impetuoso torrente que todo lo arrebatase se lanzó sobre los puestos atrincherados; tomólos, penetró hasta el cuartel general enemigo que se hallaba en la Roqueta, pueblo poco distante y á la vista de Tortosa, habiendo este denuedo arrancado mil espresiones de satisfactoria aprobacion de O'donell que le

estaba observando desde el castillo. Viendo entonces Torrijos la señal de retirada la emprendió volviendo á tomar las trincheras por la espalda, y al llegar á la última, fuertemente defendida por los franceses que habian arrollado las otras dos columnas y herido á sus jefes, halló tales obstáculos en la superior fuerza y en el duplicado fuego de ésta y de la plaza, que tuvo que flanquear por un cañaveral, y lidiando ya cuerpo á cuerpo, recibió un culatazo en la cabeza que le dejó sin sentido. Al recobrase hallóse prisionero y casi desnudo, y presentado al general francés l'abal que habia sido herido en la acción, requirió de la cortés acogida de éste no solo sus caballos y equipaje, sino los de los oficiales y mochilas de los soldados hechos prisioneros con él, lo que obtuvo poco después: los oficiales de su regimiento le mandaron dos pagas, y O'donell le mandó cincuenta onzas de tesorería.

En este intermedio habia sido conducido Torrijos á Mora de Ebro ante el mariscal Suchet, quien admirado de la bizarria y pericia observada en el mismo en la predicha salida, le propuso que tomase partido con José Napoleon; y para dar mas peso á sus instancias, le ofreció la activa recomendacion para con este de su sobrina, consorte del propio Suchet. Torrijos pregunta entonces á éste si en el caso posible en la guerra de caer prisionero de los españoles y de ofrecerle éstos el mando de sus ejércitos lo aceptaria. El mariscal contestó negativamente con calor; y Torrijos le repuso que no debia creerle menos honrado que él, y que nunca abandonaria la causa de su patria por mas ventajas que se le propusieran.

Internado ya en Francia y combatido en sus tentativas de fuga por mil privaciones, obstáculos y riesgos en que le comprometió su apasionada decision, logró al fin realizarla á fuerza de penalidades y sacrificios, y volvió á pisar el territorio español. Dirigiéndose á Tarragona, punto del cuartel general, y habiendo pasado á ocupar su comandancia del tercer batallón del regimiento de Soria que se hallaba en Tortosa, salió de esta plaza ocho dias antes de rendirse, á encargarse del destino á que fué ascendido de teniente coronel del regimiento infantería de Fernando VII.

Se halló despues en las acciones del Plá mandando su regimiento; en la de Manresa de segundo comandante de brigada, por la que fué encomiado en los papeles públicos; en la sangrienta acción de Figueras mandando su regimiento, pues el coronel de él murió valientemente en ella; y en el momento de mayor ardor y confusion del combate en que

en marcha hacia aquella plaza, y se hallaba en Reus el 18 de Agosto: quiso tambien hacer un reconoci-

la suerte, despues de haber sido propicia á nuestra causa, iba á declararse del todo favorable á los franceses, logró por un acto de feliz decision reunir su regimiento, que formado en cuadro sirvió de núcleo al resto del ejército y facilitó su retirada, salvándole de la carga del enemigo: en la de Callá de segundo del general baron de Eroles, por la que también fue elogiado en los papeles publicos: en la de Falsel, mandando una brigada, en la cual se apoderó de 400 acémilas: el general O'donnell en prueba de su satisfaccion por la bizarría y buen desempeño de Torrijos en este acto, le recibió con las tropas formadas y al son de las músicas; y habiéndole propuesto que pidiese una gracia, el modesto vencedor se ciñó á pedir que le eximiese del servicio de las descubiertas, como así le fué concedido, y dado por orden formal: por último, se halló tambien en la accion del campamento enemigo del Callá mandando la vanguardia.

En 1811 fué Torrijos destinado á la isla de Leon de jefe de instruccion del depósito allí formado á las órdenes del general inglés y español D. Carlos Guillermo Doyle, quien prendado de la bizarría y pericia con que le habia visto dirigir una accion en Cataluña, lo pidió con instancia al gobierno para aquel encargo. En este depósito debian organizarse los voluntarios, quintos, y restos de los cuerpos destrozados por el furor de los combates. Por mas interesante y fecundo que sea ese trabajo de organizacion elemental, no satisfacía aun las ansias patrióticas de Torrijos; y así es que despues de haber dado muchas horas al trabajo impropio que exigía la instruccion de cuatro batallones en que se dividían los 6.000 hombres que componian aquel depósito, pedia ser empleado en las salidas que se hacian y que verificaba con los cazadores del ejército. Tal era la fuerza de actividad y vida patria de este enérgico jóven, y nadie estrañará verle dar á esas complicadas atenciones de organizacion elemental una direccion acertada y estable, y ejercer fácilmente su accion sobre los brigadieres y coroneles que habian ingresado en aquel depósito, á pesar de su inferior graduacion, y de su corta edad de 21 años, si se atiende que ya á los 19, siendo solo comandante, mandaba la vanguardia del ejército de Cataluña compuesta de 4.000 hombres, y que habia por lo tanto dado á conocer prácticamente su precoz capacidad y tempranos conocimientos en el arte de la guerra.

Uno de los regimientos que participaron de la referida instruccion fué el de Tiradores de Doyle, nombre que en obsequio de éste, y por los

miento por la parte de Tarragona, y le rechazaron con pérdida los nuestros. Escaso, por otra parte, de

auxilios que trajo de Inglaterra á España, habia sido dado por el general Palafox en Zaragoza á los tiradores de Navarra, que habian sido formados nuevamente en aquella provincia el año de 1803. Torrijos, nombrado coronel de aquel cuerpo, tuvo la satisfaccion de hacerlo manjbrar delante de la regencia, y el dia 15 de Mayo de 1812, habiéndole revistado el inspector, lo halló tan completamente dispuesto, que se le dió al momento la órden de embarcarse para Mertola en Portugal, desde donde se dirigió á Extremadura.

Permaneció aquel cuerpo en Badajoz, desde Junio de 1812 hasta Marzo de 1813, en que fué destinado á la primera division del cuarto ejército, y fué dado el mando de la segunda brigada de dicha division á Torrijos. Salió este con la division, y arrojados los franceses de Alva de Tormes en 26 de Mayo de 1813, siguió hasta Vitoria formando parte de la division de que dependía la vanguardia del segundo cuerpo del ejército inglés mandado por el general Hill.

Esta circunstancia hizo que el dia 21 de Junio del mismo año, que fué el de la memorable batalla de Vitoria, Torrijos cayese el primero con la brigada que mandaba sobre el campo enemigo que estaba formado á la entrada del pueblo de Vitoria, habiendo, por la simultaneidad y firmeza de este activo movimiento, forzado al enemigo á abandonar los inmensos equipajes, el cuantioso tesoro y el incalculable botin, que mientras se ocupaba de ponerlo en salvo, quedó en manos de los ingleses por habersele mandado precipitadamente incorporarse con la primera brigada.

En esta batalla, que á mas de los laureles y trofeos que añadió á las armas nacionales produjo á la tesorería de los aliados 26 millones de solas las cajas de los cuerpos enemigos, se distinguió de tal modo Torrijos, que fué recomendado por el general en jefe duque de Wellington para el empleo de brigadier que al fin obtuvo el año de 1814. Despues de la batalla de Vitoria, Torrijos, entregado del mando de una de las brigadas que se formaron nuevamente en la division de que dependía, se halló con ella en las acciones que se dieron contra el ejército de Soult los dias 25, 26, 27, 28, 29, 30 y 31 de Julio de 1813. El mariscal Soult habia atacado la linea con 40.000 hombres. Este ataque dirigido primeramente contra el punto mas débil de ella ocupado por la mencionada division de unos 6 á 7.000 hombres y por una brigada inglesa, fué vigorosamente contenido por espacio de muchas horas, hasta que al favor de una densa niebla pudieron estas fuerzas verificar un movimiento oportuno que habia de otra parte sabido asegurar Torrijos, guarneciendo una

viveres que le interceptaban los españoles, se retiró de Reus el 25 tomando el camino de Lérida, con el

de las avenidas por donde pudiera y aun debiera haberles procurado envolver el general enemigo que disponia de tan numerosos cuerpos.

Llegadas á Burgete las referidas fuerzas aliadas, volvieron á hacer frente al enemigo y le contuvieron disputándole el terreno á palmos durante todos los referidos dias, sin mas intermision que la de las noches. Así se dió tiempo á que el duque de Wellington que se hallaba sobre Irun acudiese con parte de su ejército, y se diese y ganase la batalla llamada por los españoles de Sorauren, y por los ingleses de Pamplona, en razon de la proximidad de esta plaza á aquel punto de accion. Si se atiende la feliz prevision de Torrijos en haberse aprovechado del descuido enemigo para salvar su division y dirigirla al punto conveniente para contener los movimientos de aquel impidiendo de este modo que Soult llegase sobre Pamplona á tiempo oportuno para levantar su sitio, puede decirse que los resultados favorables de aquella batalla, deben atribuirse en parte á la esperta y activa direccion de aquel jefe, quien habiendo vuelto con su division á sus primeras posiciones permaneció en aquel punto hasta el mes de Noviembre, en que rotas las lineas enemigas verificaron nuestras tropas su entrada en Francia, habiendo Torrijos concurrido á las acciones de los dias 10 y 12 de dicho mes, en que se forzó aquel paso por el punto de Añoa.

Arrojados los franceses del territorio de España debia el ejército español pasar el rio Nivel por el puente que se echó sobre el mismo; y al objeto de proteger esta operacion fué destinada la division á que pertenecia Torrijos á vadear el mismo rio por un punto sumamente espuesto, para llamar y distraer así la atencion del enemigo. Realizólo y se dieron las acciones de 9 y 13 de Diciembre á pesar del vivísimo fuego que le hizo aquel; debiendo al lado de las cualidades militares que desplegó en este acto Torrijos, admirarse los rasgos de humano arrojo por medio de las cuales logró salvar muchos oficiales y soldados echándose varias veces al rio con su caballo para correr á su socorro.

Acreditó igualmente su valor dentro de Francia en las batallas de Geleptis y san Palet en 20 y 24 de Febrero de 1814, así como en la de Andavarri, pero muy particularmente en el bloqueo de la plaza de Navarren que fué cometido á la division, y á Torrijos se le confió la direccion de una parte del bloqueo. Aquí tuvo que luchar con lo crítico de su situacion, tanto por la distancia en que se hallaba de las fuerzas que pudieran socorrerle, cuanto por su aislamiento, en razon de estar incomunicado con aquellas y con lo restante de su misma division y bri-

fin de abocarse con Suchet. Atacáronle las tropas y las partidas en una angostura, y perdió 400 hombres entre muertos y heridos, y 190 prisioneros. Despues de haberse avistado con Suchet, se situó Maedonald en Cervera para proteger las maniobras de este último, segun habian convenido los dos, y para proporcionarse subsistencias. Penetró O'donnell los intentos del enemigo, y embarcando alguna tropa, pertrechos y artillería en Tarragona, marchó él por tierra, puesto al frente de la division de Campo-verde, despues de haber dado las órdenes competentes á las demas tropas. Envió por la costa alguna fuerza, que

gada á causa de las muchas aguas. Ademas, la guarnicion de la plaza era de una fuerza triple á la suya que aun no contaba todo su regimiento completo, y de otra parte los pueblos inmediatos levantaban partidas de guerrilla que hacian mas arriesgada la posicion. Mas Torrijos, haciendo frente á todo con los recursos del arte y con los medios reservados á la política y á la prudencia para los casos difíciles, se mantuvo dos meses en aquella posicion, dando así á conocer cuánta confianza podia y debia tenerse en quien de tal modo sabia hacerse superior á todos los obstáculos físicos y morales. En este sitio le cogió el armisticio, al cual se siguió luego la paz que se celebró en 1814, habiendo su division sido la última que entró en España.

En virtud y por premio de los referidos hechos de armas, fué Torrijos creado caballero de la órden militar nacional de primera clase de S. Fernando; y fué condecorado con las cruces siguientes: con la de distincion de la batalla de Vitoria, con la del ejército de reserva de Andalucía en la campaña de 1813; por las batallas de Sorauren, paso de la linea ó entrada en el territorio francés, y paso del rio Nivel; con la del sufrimiento por la patria, con la del primer ejército y con una medalla de distincion por la batalla de Vich; y antes de su salida de España á su emigracion, con el abono por la guerra de la independenciam, ya habia cumplido los 25 años de servicios que se necesitan para obtener la cruz de San Hermenegildo. ¡Lástima grande, que las vicisitudes políticas, que tanto han trabajado y están trabajando á nuestra nacion, hayan arrancado trágicamente á la patria un hijo tan ilustre!

se apoderó de San Feliú de Guisols y de Palamós; y él se colocó delante de Labisbal: hizo desde luego prisioneros algunos piquetes de caballería y 130 hombres que venían á socorrerles; y en la noche de aquel mismo día, que era el 14 de Setiembre, se le rindió el general Schwartz con la guarnición. Tuvieron los franceses en esta expedición 1.200 prisioneros con 60 oficiales, y perdieron 17 cañones. Quedó herido gravemente O'donnell en una pierna, y el gobierno le condecoró con el título de conde de La-Bisbal. Estos hechos, gloriosos para los españoles, y especialmente para su general que los dirigió, pasaron á retaguardia del ejército de Macdonald, y en unos puntos en que los franceses se creían completamente al abrigo de las acometidas de los nuestros.

No andaba menos viva la guerra en el Norte de Cataluña. Por la parte de Figueras hostigaba á los enemigos D. Juan Clarós; hacía Bañolas y Besalú D. Luis Creeft; y el marqués de Campo-verde se dirigió á Puigcerdá; persiguió un cuerpo de enemigos hasta Monluis, y entró en territorio francés, donde exigió contribuciones. Encargóse el baron de Eroles de las tropas de Campo-verde, y molestándolos diariamente, se apoderó de un convoy cerca de la Junquera, y los acometió en su mismo campamento de Lladó, causándoles bastante daño. El marqués de Campo-verde, que de vuelta de Francia se había puesto sobre Calaf, resistió el día 21, cerca de Cardona, una acometida de los soldados de Macdonald, quienes tuvieron que retroceder. Con estos encuentros y otros muchos que había con frecuencia entre espa-

ñoles y franceses trastornaban todos los planes de estos, se descomponían sus combinaciones, y menguaba su ejército todos los días.

Nada adelantaba Suchet en el sitio de Tortosa. Había hecho pasar un batallón á la orilla opuesta del Ebro, y cayó todo en poder de nuestras tropas, que perseguían al enemigo por toda aquella margen del río. Lo mismo hacían por la derecha los aragoneses. D. Pedro Villacampa hizo prisionero un destacamento francés en Andorra el día 6 de Setiembre; y al día siguiente aprehendió en las cuevas de Cañart un convoy y tres oficiales con 136 soldados que lo iban custodiando, si bien se salvó el coronel que los mandaba. Cargaron numerosas fuerzas sobre Villacampa, y se internó en la parte montañosa. No tardó en salir de sus guaridas; y amostazado Suchet con la oportunidad de tan tenaz enemigo, envió contra él siete batallones y 400 caballos, que, retirándose Villacampa, le cogieron seis cañones y algunos caballos y carros de municiones. No por eso se arredró el general español: esperó en un sitio á propósito á sus contrarios, que le creían sin un soldado. Tenía sin embargo casi íntegra toda su fuerza, la cual constaba de 3.000 hombres, que pelearon animosamente por espacio de dos horas; mas al fin cedieron al superior número de enemigos, y se retiraron con pérdida de unos 200 hombres, si bien muchos murieron ahogados, hundido un puente por donde pasaban el Guadalaviar. Conducían los franceses por el Ebro lo necesario para el sitio de Tortosa: los nuestros, siempre en acecho, les cogieron diferentes barcas car-

gadas y 70 hombres. Incomodado Suchet, mandó al general Hobert que acometiese á la division española acantonada en Falset: se defendieron los nuestros bizarramente; mas el enemigo, superior en fuerzas, se hizo dueño del campo y cogió 300 prisioneros. Así era como los españoles no dejaban un momento de reposo á los franceses, que sin embargo continuaban con perseverancia en los trabajos para el sitio de Tortosa.

Trató tambien de incomodarles por la parte de Valencia el general Bassecourt. A este fin se puso en marcha con 8.000 hombres de infantería y 800 de caballería, distribuidos en tres columnas, mandada la del centro por el mismo Bassecourt, quien habiendo llegado cerca de Uldecona, viendo que no llegaban las columnas de derecha é izquierda, acometió por tres veces al enemigo con la caballería, que hubo de retirarse con alguna pérdida. Cargaron entonces los franceses con mayores fuerzas, y los nuestros se dispersaron: mas quedaron en pié las otras dos columnas, y Bassecourt se dirigió á Peñíscola, donde se reunieron los dispersos. A pesar de todas estas embestidas y diversiones, proseguia constantemente Suchet el sitio de Tortosa, á que pudo ya dedicarse con mas eficacia, por habersele unido finalmente con 15.000 hombres Macdonald, quien, abastecida para algun tiempo la plaza de Barcelona, y dejando en ella 6.000 hombres, y 14.000 en Figueras y Gerona, pudo concurrir con el resto de sus tropas en auxilio de Suchet. Bien lo necesitaba este mariscal; pues á pesar de su ardiente deseo de formalizar aquel sitio, tardó

casi medio año en verificarlo: tales eran los embarazos y obstáculos que le ponía la tenacidad insuperable de los españoles por aquella parte.

No menos atosigados se veian los franceses en las provincias mediterráneas, en Navarra y en las provincias Vascongadas. En todas ellas se habian multiplicado, engrosado y perfeccionado las partidas, muchas de las cuales componian cuerpos respetables, tanto por su número como por su organizacion y disciplina. Subian á bastantes centenares estas guerrillas tan ofensivas para el enemigo; contábanse por lo menos 200 principales; y no habia provincia por donde no cruzasen en mayor ó menor número, teniendo muchas de ellas desde 500 hasta mas de 3.000 hombres. A este aumento prodigioso de las partidas daban margen tambien los mismos franceses con sus violencias y crueldades. Enfurecidos con una resistencia que les arrebatava el dictado de invencibles con que habian asustado á todo el continente, cometian mil barbaridades, que hacian cada dia mas duro el patriotismo de los españoles. Bramaban estos de coraje al ver la insolencia y las inhumanidades de unos extranjeros usurpadores, que atropellaban lo mas respetable y sagrado, vejando enormemente á los pueblos, tratando indigna y atrozmente á los naturales sin distincion de rangos ni estados, y sin mas motivo que el amor á su patria é independéncia. Así, no habia pueblo de donde no saliesen jóvenes y aun ancianos á incorporarse en estos campos volantes, que de este modo se nutrian y crecian diariamente.

Setenta mil hombres tenian ocupados los enemigos

en el interior, en Navarra y provincias Vascongadas, solo para defenderse de las guerrillas, con puntos de apoyo por donde quiera en castillos antiguos y otros edificios que habian habilitado militarmente; y con toda esta prevencion no contaban por suyo mas terreno que el que pisaban, disputado mil veces por los partidarios, regado continuamente con sangre francesa, y perdido ó abandonado en ocasiones con ignominia. Guerrillero hubo que entró en Triana, barrio de Sevilla, ciudad tan principal, y dió un gran susto á los franceses que la guarnecian. Las tropas del Empecinado entraron en la Casa de Campo, á la vista y á un tiro de fusil del real palacio de Madrid donde moraba José. Hostigábanlos grandemente por todas partes los valientes guerrilleros guiados por caudillos despiertos y bizarros. Mina y el Empecinado, Porlier y Merino, Tapia, Paralea, Martinez de San Martin, Abril y Campillo, Príncipe y Amor, Abad y Losada, Jáuregui, Duran y Marquinez, si es que á muchos de estos caudillos hemos de llamar partidarios, y no jefes militares de un mérito nada comun, son conocidos en todo el reino por su valor y sus hazañas, y no se borrarán fácilmente de la memoria de los franceses que lidiaron con ellos. Tambien se distinguian otros; y no hay provincia de España en que no cuenten las madres á sus hijuelos los hechos de armas de alguno de sus comprovincianos.

Digalo, por ejemplo, el tan activo como valiente Empecinado, que habia reducido á los franceses que guarnecian á Madrid, á no alejarse un tiro de piedra de su recinto; de modo que para ir el mismo José á

la Casa de Campo, tan inmediata á la capital, era necesario que le escoltase casi una division con artillería. Perseguiánle los enemigos con teson y con fuerzas muy superiores á las suyas; pero burlaba su diligencia, y los traía desatentados con sus movimientos; pues si alguna vez se veía muy apurado, desbandaba su gente, la señalaba punto de reunion en parajes lejanos, se presentaba en ellos, y allí perseguía con la misma actividad á los franceses. Aparte de otros muchos encuentros, el 14 de Setiembre se estuvo batiendo con ellos todo el dia en la villa de Cifuentes, y les obligó á abandonarla. El 18 del siguiente mes apresó un convoy en las Cantarillas de Fuentes, batiendo á sus conductores. Estaba encargado de perseguirle el general Hugo, que tuvo que pedir refuerzos. Luego que le llegaron, ofreció al Empecinado premios y gracias para él y los que le seguian, si quería reconocer á José. Contestóle el Empecinado como español y como valiente, y el general francés, bien á su pesar, hubo de remitir á la espada las diferencias con un antagonista, cuyos recursos é intrepidez conocia demasiado.

Se desgració por este tiempo una espedicion que el 14 de Octubre salió de Cádiz para la costa de Cantabria, al cargo de D. Mariano Renovales. Era ya el tiempo muy avanzado, y aquella costa demasiado brava. Desembarcó Renovales el 18 en Jijon; pero habian evacuado el pueblo los franceses, luego que avistaron los buques. Tuvo que detenerse delante de Santoña por el temporal seis ó siete dias, en cuyo

tiempo se agolparon fuerzas enemigas, y la expedicion dió la vuelta á Cádiz.

Habia sucedido al primer Mina su tío D. Francisco Espoz y Mina, y ya desde el mes de Abril estaba incomodando hasta tal punto á los franceses en Navarra, que reunieron nada menos que 30.000 hombres para perseguirle. Desparció Mina sus soldados por diferentes puntos: quedóse con algunos, y con ellos continuaba acosando á los enemigos. Tuvo por último necesidad de salir de Navarra, adonde volvió algun tiempo despues á curarse una herida grave que habia recibido. Luego que se restableció, cargó sobre los franceses en Castilla y Aragon, dándoles golpes considerables. Volvió á entrar en Navarra por el mes de Diciembre, y les acometió varias veces con ventaja.

Desesperábanse los franceses con este género de guerra que iba aniquilando su ejército, y les impedía llevar á cabo ningun plan contra las tropas regladas; pues si deshacian un ejército en una batalla, la misma dispersion servia para aumentar el número de otra clase de enemigos que tan ominosa se les presentaba. Así es que andaban desconcertados y furiosos; y rompía á las veces su ira en atrocidades, propias solamente de salvajes. Fué una la que cometieron en Valladolid con un niño de 12 años porque conducia pólvora á los partidarios: abrasábanle las manos y los piés para que declarase quién le enviaba: quemábase el niño lentamente, mas no por eso declaraba; de modo que se admiraron y conmovieron los que le martirizaban, no los que mandaban

ejecutar aquella barbaridad. Vengábanse á su vez los partidarios; y así se encruelcía y prolongaba una guerra, emprendida y continuada por el orgullo y ambicion, pero sostenida con justicia por los ofendidos.

Hija de la situacion extraordinaria en que se hallaba la nacion desde el último tercio del año de 1807, fué otra novedad no menos importante, y de consecuencias mas duraderas que la invasion de la Península por los ejércitos franceses. Privada la España de su gobierno propio por la retencion en Francia de toda la familia real, algunos españoles, al paso que todos se armaban contra la usurpacion, proyectaron aprovecharse de la desaparicion del gobierno para reorganizarle en su constitutivo esencial. Sabido es que ya de muy antiguo tenian los pueblos, por medio de sus procuradores reunidos en córtes, una intervencion bastante considerable en el gobierno, especialmente en materia de impuestos. Hacia ya algun tiempo que esta institucion habia de hecho caducado, y los reyes gobernaban y mandaban independientemente por sí, aunque con algunas formalidades por las cuales se circunscribia su poder á ciertos límites, bien que bastante estendidos y fáciles de traspasar. Pensaron, pues, algunos varones, que se preciaban de entendidos en materias políticas, restablecer las antiguas córtes, como medio muy conducente para contener la arbitrariedad del gobierno, y mejorar su constitucion.

Hemos dicho ya que la Junta Central habia decretado la convocacion á córtes para el día 1º de Mar-

zo de este año de 1810, que vamos recorriendo. La Regencia del reino, era ya la mitad de Junio, y aun no las habia convocado. Instaban por su reunion varios personajes y juntas de provincia, y por último en 18 del mismo mes mandó que se abriesen en la isla de Leon en todo el mes de Agosto, si se hallaba reunida allí la mayor parte de los diputados. Precedieron y subsiguieron á esta determinacion diferentes debates y consultas sobre el modo de formarse las córtes. Veían algunos en esta medida el origen de muchos males, amedrentados con los horrores que ocasionó en Francia una medida de la misma naturaleza. Estos se oponían á la adopcion de tal pensamiento en todas sus partes: nacia en otros la oposicion de interés particular; mas de los que aprobaban el proyecto, querian unos la formacion de las córtes por brazos ó estamentos, los mas en un solo cuerpo. Prevaleció esta opinion, y dábase á los nombrados facultad "para restablecer y mejorar la constitucion fundamental de la monarquía; y sin escepcion ni limitacion alguna para acordar y resolver cuanto se propusiese en las córtes en cualesquiera otros puntos." De este modo se hallaban revestidos los comisionados de mas amplias y determinadas facultades que los procuradores de las antiguas córtes. A esta innovacion esencial se añadía otra de no menor cuantía, que fué dar voto en las córtes á la poblacion de Asia y América. Debía elegirse un diputado por cada 50.000 almas, y se permitía á las ciudades de voto en córtes enviar un individuo de sus ayuntamientos en calidad de diputado, y otro á las

juntas que se habian formado en las provincias. Eligióronse en Cádiz suplentes por los diputados tanto de España como de Ultramar que no habian concurrido, ya por estar ocupadas sus provincias por los franceses, ya por la mucha distancia, ó por cualquiera otra causa. Abrióronse por fin las córtes el dia 24 de Setiembre de 1810 en la isla de Leon en el teatro de aquella ciudad. Anunció el estampido de la artillería un acto, cuyas consecuencias, despues de haberse manifestado en vicisitudes las mas extraordinarias, todavía, al cabo de treinta y tres años están influyendo poderosamente en la suerte de la nacion, indecisa aún y muy distante de fijarse, ó próspera ó adversa. No es de nuestro instituto pisar el campo de la política, ni detenernos en otros objetos que lo son tambien de la historia, sino solamente dar una relacion, sucinta sí, pero suficiente, de la gloriosa guerra que sostuvieron por espacio de seis años los españoles para conservar su independencia. Por esta razon nos abstenemos de hacer reflexiones sobre la reunion de aquellas córtes y sus resultados, lo mismo que sobre las causas y legitimidad de otro hecho de la mayor trascendencia que pasó durante la guerra de que nos ocupamos. Hablamos de la defeccion de las provincias de América, que empezó á verificarse cuando se supo en aquellas apartadas regiones la ocupacion de las Andalucías por los franceses, y la disolucion de la Junta Central. Principio fueron estas primeras conmociones de la completa emancipacion de aquella parte, tan considerable por su extension y riqueza, del antiguo imperio español; bien

que preparada por el progreso natural de los pueblos, al cual contribuyó en aquella parte del mundo el gobierno español con sus leyes y disposiciones, á pesar de cuanto diga la malignidad y la envidia de los extranjeros.

Ocupábanse las córtes de este importantísimo acontecimiento, cuando el dia 30 de Setiembre pidió hablar en ellas el duque de Orleans. Era este príncipe un personaje elevado por su nacimiento, y muy recomendable por el valor y demas prendas que le distinguian. Pretendia mandar un ejército español en la frontera de Cataluña, sobre lo cual habia hecho ya sus gestiones en 1808. Las córtes veian la repugnancia de los españoles á ser mandados por un francés; y cuánto mas se enardecian los enemigos, viendo al frente de un ejército español á un antagonista de su nuevo monarca; irritacion que solo serviria para exacerbar mas y mas la crudeza de la guerra. Así, sin consentir que entrase á hablar en la banderilla del congreso, le despidieron las córtes con el respeto y atenciones que merecia por su régia estirpe, y S. A. se embarcó y salió de Cádiz el dia 3 de Octubre. No condescendieron con su peticion de hablar á las córtes, porque las repugnaba, menos que oírle, ni concederle lo que pedia.

Empezó á esparcirse á últimos de este año de 1810, que Napoleon proyectaba enlazar á Fernando VII con una princesa de su familia. Este era el único medio de dominar en España, si lo hubiera empleado á tiempo. Coronado Fernando en Madrid, despues de los sucesos de Aranjuez, con una esposa de

la familia imperial, reconocido por rey de España, y tratado como tal por Napoleon, hubiera sido éste el ídolo de la España: el emperador sin embargo despreció el amor de los españoles, y no hizo gran cuenta de su valor: las consecuencias no dejarian de ocuparle bastante en la isla de Santa Helena. De todos modos, si realmente tuvo este pensamiento en el año de 1810, lo que no se componia bien con el temple de su alma y con la firmeza en sus resoluciones, se ve que todavía no habia llegado á conocer el carácter de los españoles. Los mas apasionados de Fernando VII, los que por afeccion personal anhelaban mas ardientemente verle sentado en el trono de sus abuelos, no hubieran deseado esta satisfaccion á costa del honor nacional, empeñado ya, y altamente interesado en decidir con la espada la contienda á que fué provocado tan sin consejo. Así es que las córtes, apenas llegaron estas voces á sus oídos, empezaron á tratar del asunto; y despues de cuatro dias de enérgicas discusiones, dieron el 1º de Enero de 1811 un decreto lleno de valentía, en que declaraban nulo y de ningun valor ni efecto todo acto, tratado, convenio ó transaccion que hubiese hecho ó hiciese el rey, mientras permaneciese en el estado de opresion y falta de libertad en que se hallaba; y que la nacion no dejaria un momento las armas de la mano, ni daria oídos á proposicion de acomodamiento ó concierto de cualquiera naturaleza que fuese, como no precediese la total evacuacion de España y Portugal por las tropas que tan inícuamente las habian invadido. La nacion aplaudió esta noble resolucion, tomada por unanimidad.

dad en votacion nominal; pues si bien habia muchos diputados interesados en que el rey volviese al instante, aunque fuese á costa de grandes sacrificios, pero con mancilla del nombre español, ninguno.

No muy buena correspondencia y armonía habia reinado entre la Regencia y las córtes, recelando esta mala disposicion de ánimo en los regentes hácia ellas, su autoridad y proyectos, á consecuencia de lances y conflictos que habian ocurrido entre las dos corporaciones. Por lo cual, fundándose las córtes en que las antiguas habian nombrado los gobernantes en algunas minoridades de reyes; considerando que Fernando VII no los habia señalado, y que la Regencia que entonces existía habia sido establecida por la Junta Central hasta que las córtes estableciesen un gobierno cimentado sobre el voto general de la nacion, trataron de nombrar otra nueva en la cual pudiesen tener mas confianza. Guardaron, empero, el temperamento de admitir la renuncia que de sus cargos habian hecho anteriormente los regentes, y en su lugar nombraron á fines de Octubre al general Blake, á D. Gabriel Ciscar, jefe de escuadra, y al capitán de fragata D. Pedro Agar. Hallábanse ausentes los dos primeros, y en su lugar nombraron las córtes como suplentes á D. José María Puig, del consejo real, y al marqués de Castelar, grande de España.

Dee

CAPÍTULO XIV.

Nueva distribucion de los ejércitos españoles.—Empieza Massena á retirarse de Portugal.—Acude Soult desde Andalucía en auxilio de Massena.—Acomete á Olivenza, que capitula.—Ballesteros.—Sitia Soult á Badajoz.—La socorre Mendizabal.—Pelea este con los franceses y es derrotado.—Ríndese Badajoz.—Batalla de Chiclana.—Expedicion al Condado de Niebla.—Retírase Massena, y sale de Portugal perseguido por los ingleses.—Ocupan estos á Campo Mayor, y recobran á Olivenza.—Sitian infructuosamente á Badajoz.—Batalla de Fuentes de Oñoro.—Evacuan los franceses á Almeida.—Batalla de la Albuera.

Se hallaban ya en Cádiz á principios de Enero de 1811 los dos regentes que faltaban, y la nueva Regencia distribuyó la fuerza armada en siete cuerpos de ejército, asignando á cada uno su distrito. Los franceses tenian ocupadas las suyas en el centro y norte camino de Francia; operaban segun convenia algunas divisiones; y ademas tenian un ejército en Cataluña, otro en Extremadura y Andalucía, y otro en Portugal.

Mandaba éste, como hemos dicho, el mariscal Mas-

dad en votacion nominal; pues si bien habia muchos diputados interesados en que el rey volviese al instante, aunque fuese á costa de grandes sacrificios, pero con mancilla del nombre español, ninguno.

No muy buena correspondencia y armonía habia reinado entre la Regencia y las córtes, recelando esta mala disposicion de ánimo en los regentes hácia ellas, su autoridad y proyectos, á consecuencia de lances y conflictos que habian ocurrido entre las dos corporaciones. Por lo cual, fundándose las córtes en que las antiguas habian nombrado los gobernantes en algunas minoridades de reyes; considerando que Fernando VII no los habia señalado, y que la Regencia que entonces existía habia sido establecida por la Junta Central hasta que las córtes estableciesen un gobierno cimentado sobre el voto general de la nacion, trataron de nombrar otra nueva en la cual pudiesen tener mas confianza. Guardaron, empero, el temperamento de admitir la renuncia que de sus cargos habian hecho anteriormente los regentes, y en su lugar nombraron á fines de Octubre al general Blake, á D. Gabriel Ciscar, jefe de escuadra, y al capitán de fragata D. Pedro Agar. Hallábanse ausentes los dos primeros, y en su lugar nombraron las córtes como suplentes á D. José María Puig, del consejo real, y al marqués de Castelar, grande de España.

Dee

CAPÍTULO XIV.

Nueva distribucion de los ejércitos españoles.—Empieza Massena á retirarse de Portugal.—Acude Soult desde Andalucía en auxilio de Massena.—Acomete á Olivenza, que capitula.—Ballesteros.—Sitia Soult á Badajoz.—La socorre Mendizabal.—Pelea este con los franceses y es derrotado.—Ríndese Badajoz.—Batalla de Chiclana.—Expedicion al Condado de Niebla.—Retírase Massena, y sale de Portugal perseguido por los ingleses.—Ocupan estos á Campo Mayor, y recobran á Olivenza.—Sitian infructuosamente á Badajoz.—Batalla de Fuentes de Oñoro.—Evacuan los franceses á Almeida.—Batalla de la Albuera.

Se hallaban ya en Cádiz á principios de Enero de 1811 los dos regentes que faltaban, y la nueva Regencia distribuyó la fuerza armada en siete cuerpos de ejército, asignando á cada uno su distrito. Los franceses tenian ocupadas las suyas en el centro y norte canino de Francia; operaban segun convenia algunas divisiones; y ademas tenian un ejército en Cataluña, otro en Extremadura y Andalucía, y otro en Portugal.

Mandaba éste, como hemos dicho, el mariscal Mas-

sen, cuyos subordinados padecian mucho por las enfermedades y falta de subsistencias, acosados ademas por los habitantes del país. Con todo eso, Massena, aunque imposibilitado de avanzar, no se retiró sino despues que ya estaban agotados todos los recursos de la tierra donde se habia asentado; y aun entonces solo retrocedió á corta distancia, situándose donde pudiese proveer á la manutencion de sus tropas, y con intento de atraer á los ingleses fuera de sus inatacables posiciones. Efectuó su retirada con el mayor sigilo y precaucion en la noche del 14 al 15 de Noviembre de 1810, asolándolo todo, y sembrando el terreno de cadáveres. Picáronle la retaguardia dos divisiones inglesas, manteniéndose el resto del ejército encastillado en sus líneas, incierto Wellington de las intenciones de su adversario. Habíase detenido éste en Santaren, punto principal de la estension en que se situó. Pensó Lord Wellington en un principio acometer aquella villa, creyendo que solo habia quedado en ella la retaguardia del ejército enemigo: sabida la verdad, desistió de su intento, y prosiguió fortificándose cada vez mas.

Tambien se fortificaba Massena, esperando refuerzos de que no tenia noticia por haber interceptado la comunicacion los partidarios españoles y el general portugués Silveira, que se habia colocado en la frontera y estaba bloqueando á Almeida. Por fin salió de Ciudad-Rodrigo un convoy, escoltado por 4.000 infantes y tres escuadrones, pero acometido por Silveira y la gente de la tierra en 13 y 27 de Noviembre, retrocedió á Sabugal desde Cárdigos, con

perdida considerable. Entraron en seguida otros 14.000 franceses de infantería y 2.000 de caballería, á los cuales se incorporó el convoy; destacaron fuerzas contra Silveira que le deshicieron y persiguieron, por lo que tuvo que replegarse hácia el Duero. Llegó tambien á Santaren el 2 de Febrero con 3.000 hombres el general Foy, enviado por Massena á informar al emperador del estado angustioso en que se encontraba. Desempeñó Foy su comision con mil contratiempos, perdiendo en el camino alguna gente de su escolta y los pliegos que llevaba: mas al fin supo por su medio Napoleon la situacion de Massena que ignoraba, porque las ordenanzas portuguesas y las guerrillas españolas tenian enteramente cerrados todos los pasos. A pesar de estos refuerzos y auxilios que habia recibido el mariscal Massena, no pudo avanzar; y se mantuvo en su posiciones hasta principios de Marzo, cometiendo sus tropas indecibles demasías en toda aquella tierra, que recorrian para acopiar el sustento.

En este intermedio de tiempo, el mariscal Soult, que habia recibido órdenes de Francia para auxiliar á Massena, y que rehusaba cumplirlas, ya por no tener que abandonar las Andalucías, y ya tambien por no cooperar á un triunfo que se habia de atribuir á otro, pidió permiso á Napoleon para atacar á Badajoz y Olivenza, antes de entrar en Portugal. De este modo no abandonaba las Andalucías á que estaba tan apegado, y daba lugar á que Massena se viese cada vez mas apurado, en términos de tener que acudir él mas bien á librarle que á auxiliarle.

Accedió Napoleon á la peticion de Soult, quien, habiendo puesto orden en las cosas militares de Andalucía, partió la vuelta de Extremadura con 22.000 infantes, 4.500 caballos, 54 piezas de artillería y lo demas necesario para un sitio. Mandaba las tropas españolas en Extremadura el general Mendizabal; y Ballesteros, con otra parte del ejército de aquella provincia, se hallaba hácia el condado de Niebla, donde molestaba de continuo á los enemigos. Al aproximarse estos, tomó Mendizabal á la derecha del Guadiana, y Ballesteros se dirigió á Fregenal, seguidos ambos por cuerpos enemigos destacados por Soult, quien tomó la via de Olivenza. Empezó á batirla el dia 11 de Enero: la plaza ofrecia poca resistencia por sí misma, por falta de municiones y de artillería gruesa. El dia 20 batieron los enemigos el baluarte de San Pedro, y el 22 capituló el gobernador de la plaza D. Manuel Herk.

El general Ballesteros se batió bizarramente el 25 del mismo mes con los enemigos en Villanueva de los Castillejos en la falda de la sierra de Andévalo. Duró el combate hasta que anocheció, y Ballesteros se mantuvo en sus posiciones con unos tres á cuatro mil infantes y 700 caballos, perdiendo los enemigos mucha gente. Hizo despues una retirada muy sosegada y pasó el Guadiana. Pero habiendo observado que los franceses dirigian todas sus miras hácia Badajoz, empezó á correr de nuevo el país: acometió á mediados de Febrero á Fregenal, y cogió 80 prisioneros, 100 caballos y algun bagaje. Obligó despues al general francés Remond que mandaba en el

condado de Niebla, á retirarse pasando el rio Tinto, y retrocediendo cada vez mas, perseguido por los españoles. Se sobresaltó la guarnicion enemiga de Sevilla; pero Ballesteros no siguió adelante, y aun volvió á pasar el Tinto. Contemplábase seguro Remond cuando la noche del 9 de Marzo le sorprendió Ballesteros en Palma, se apoderó de dos cañones, é hizo muchos prisioneros. Pensó entonces el general español avanzar formalmente hasta Sevilla, pero se detuvo en virtud de las malas noticias que habia recibido de Extremadura.

Habian empezado los franceses á atacar á Badajoz el 28 de Enero con un horrible bombo. Hicieron los españoles una salida el dia 30; el dia 1.º de Febrero intimaron los franceses la rendicion: negóse á ella con dignidad el gobernador D. Rafael Menacho; y aun el dia 3 hicieron los nuestros otra salida, destruyeron varios trabajos de los sitiadores, y les mataron mas de 100 hombres. Salieron de nuevo el dia 7 mandados por D. Carlos de España, quien llegó hasta una de las baterías enemigas, pero no se clavó mas que una pieza por no haber llegado á tiempo los soldados que conducian los clavos. En otra batería se clavaron mas; pero habiendo quedado útiles casi todos los cañones de la otra, luego que los franceses volvieron sobre sí y tuvieron que retirarse los españoles, sufrieron estos la pérdida de 700 hombres entre muertos y heridos. El general Mendizabal, que, arrollada por D. Martín de la Carrera la caballería enemiga, habia entrado en la plaza con bastante infantería, salió de ella con sus tropas el dia 9, y se situó

en la orilla del Guadiana, donde fué acometido por los franceses, y completamente derrotado. Quedaron en el campo 800 hombres muertos ó heridos, hicieron los franceses 3.000 prisioneros, y se apoderaron de la artillería y de todo, habiendo perdido solamente 400 hombres: la demasiada confianza y poca precaucion del general español fué la causa de tanta desgracia; por lo cual fué su conducta objeto por aquellos dias de quejas tan sentidas como generales, si bien á nadie se le ocultaban el patriotismo, valor é intrepidez que le recomendaban. Ganaron los franceses esta batalla el 19 de Febrero, y desde aquel dia bloquearon mas estrechamente la plaza. No por eso decayó de ánimo el gobernador, antes bien no quiso recibir á un parlamentario que le enviaba Soult con proposiciones para que se entregase, y estaba dispuesto á defender la plaza hasta el último trance no solo en las murallas sino tambien dentro de la ciudad, para lo cual habia tomado las medidas, y hecho interiormente las obras conducentes ayudándole á porfia los militares y los habitantes. Desgraciadamente ocupado en observar desde la muralla el dia 4 de Marzo una salida, en que los nuestros hacian gran destrozo en los enemigos, le quitó la vida una bala de cañon.

Quedó en su lugar el mariscal de campo D. José de Imaz, que reunido consejo de guerra, rindió la plaza, aunque todavia podía defenderse por algun tiempo, y á pesar de haber sabido que Massena se retiraba de Portugal, y que se trataba de socorrer con tiempo á Badajoz. Se censuró en esta parte su resolu-

cion, y por ella se le formó causa. Rindióse la plaza el dia 11, y quedó prisionera de guerra la guarnicion, que pasaba de 7.000 hombres, y ademas 1.100 enfermos. Tambien cayeron en poder del enemigo 170 piezas de artillería que habia en la plaza. En seguida se apoderaron los enemigos de Alburquerque y de Valencia de Alcántara que no podian defenderse. Acometieron á Campomayor, plaza de Portugal, y aunque débil y con escasa guarnicion, la defendió valerosamente el gobernador portugués Talaya. Bombaron horrorosamente la plaza los franceses, batieron en brecha la muralla con un fuego muy sostenido, y todavia no se entregaba el valiente portugués, que no lo hizo hasta haber obtenido esperar 24 horas para ver si era socorrido.

Mientras así andaba Soult, ocupado en Extremadura, proyectó en Cádiz la Regencia hostilizar á los franceses que sitiaban aquel puerto. Ya á últimos de Enero se habia formado con este objeto un plan, á cuya ejecucion habian de concurrir españoles é ingleses; mas aunque se pusieron las tropas en movimiento, no tuvo por entonces otro resultado que haber rechazado los españoles á los franceses hácia Medinasidonia, cogiéndoles 150 prisioneros. Pero no abandonado el proyecto, volvieron á salir de Cádiz las tropas al finalizar Febrero, y el 27 se hallaban reunidas casi todas en Tarifa. Ascendia su fuerza á 6.900 españoles y 4.300 ingleses de infantería; ademas 600 de caballería nuestros y 200 ingleses con 24 piezas de artillería. Mandaba á estos el general Graham, y á todo el ejército el general español D.

Manuel de la Peña, porque reunía mas tropas. El día 28 empezó á marchar el ejército, tomando el camino del puerto de Tacinas, y dividido en vanguardia, centro y reserva, mandada esta por el general ingles, el centro por el príncipe de Anglona, la vanguardia por D. José de Lardizabal y la caballería por D. Santiago Whittingham. Caminaba con lentitud el ejército á causa del mal camino y á su aproximacion retirábanse los franceses, que acometidos en Casas Viejas, perdieron algunos hombres, dos piezas de artillería, y bastante acopio de víveres. Desde allí, en lugar de dirigirse el ejército por Medina-sidonia, dispuso la Peña que tomase la via de Veger siguiendo la costa, para ponerse en comunicacion con la Isla, y ampararse en ella en cualquier evento. El día 4 de Marzo por la tarde se dirigió el ejército por el camino de Conil, entre cuyo pueblo y Medina se habia colocado el mariscal Victor con 10.000 franceses para observar la direccion del ejército anglo-hispano. Luego que se cercioró de ella, ocupó los pinares de Chiclana. Acometióle por un punto nuestra vanguardia, y despues de un combate porfiado, fueron rechazados los enemigos, quedando por aquella parte espedita la comunicacion con la Isla de Leon que interrumpian los franceses. Quiso entonces el general la Peña seguir á los franceses por el monte que se estiende hasta Chiclana, y para esto reunió en aquel punto la mayor parte de la fuerza. El general Graham se hallaba colocado en el cerro que llaman del Puerco, y le dió orden para que se trasla-

dase al campo de la Bermeja que está del cerro tres cuartos de legua, dejando en él alguna tropa.

Observado este movimiento por los enemigos, mandó Victor una division contra Graham que ya iba caminando, y él se dirigió al cerro del Puerco, donde se situó, habiéndolo desamparado la tropa que lo coronaba, la cual por consecuencia no podia comunicarse ya con la que se hallaba en Casas Viejas. Quedaba de este modo el ejército combinado estrechado contra el mar, y muy espuesto á ser envuelto por los costados. Notólo el general Graham, y retrocedió aceleradamente, distribuyendo sus tropas de modo que contuviesen por los lados á los franceses, mientras él se aproximaba al cerro, hácia donde habia enviado á las volandas otra division. Unido con ella acometió el cerro, y despues de una resistencia obstinada por parte de los franceses, se apoderó de aquella altura, huyendo los enemigos, quedando mortalmente herido el general Ruffin que los mandaba, y muerto el general Rosseau. Retiráronse todos los franceses; y aunque la accion no duró mas que hora y media, tuvieron de pérdida los franceses 2.000 hombres y 400 prisioneros; los ingleses perdieron 1.000 hombres de tropa y 50 oficiales. Mientras el combate, se batieron tambien los franceses con los españoles en la playa por donde intentaron y no pudieron estenderse; y una division con nuestra vanguardia, quedando herido el general francés Villatte que la mandaba, y con pérdida de unos 300 hombres, igual á la de los españoles. En todo este tiempo permaneció el general la Peña inme-

diato á Santi Petri, donde entró el día 7 con las tropas, dejando fuera una division que ayudada de los serranos entró en Medinasidonia, rechazando á 600 franceses.

Diéronse estas acciones en los dias 5 y 6 de Marzo. En este último dia entró el general Graham en la Isla, muy quejoso porque la Peña no habia acudido á su socorro el dia 5 en el combate del cerro del Puercu. No le faltaba razon; pero censurado tambien á su vez, resultaron contestaciones y recriminaciones de una y otra parte, que dieron lugar á resoluciones del gobierno, y manifestaciones de las Córtes, las cuales determinaron que la Regencia examinase todo lo ocurrido en aquellas operaciones militares, y procediese como juzgase convenir al bien del Estado. Declararon al mismo tiempo que estaban satisfechos de la conducta militar de los oficiales y tropa de aquel ejército, sin nombrar al general en jefe. Dieron gracias á los aliados, y condecoraron al general Graham con la grandeza de España, que no admitió, por no ofender, á lo que parece, á Lord Wellington, á quien todavía no se habia dispensado esta distincion. Con respecto al general Peña, nombró la Regencia una junta de generales, la cual opinó tiempo adelante que no habia méritos para proceder contra aquel general. Seguian, sin embargo, agriados los ánimos, por cuyo motivo al general Graham sucedió en el mando de las tropas aliadas el general Cok, y á la Peña el marqués de Coupigny. Los enemigos, recobrados del susto, y no siendo ya hostilizados, se volvieron á los puntos que ocupaban antes en la línea.

Dispuso poco despues la Regencia otra espedicion al condado de Niebla al cargo de D. José Zayas, que con 5.000 infates y 250 caballos, dió á la vela desde Cádiz el dia 18 del mismo Marzo. Desembarcó el dia siguiente cerca de Huelva; y habiendo arrojado de Moguer á los franceses, intentó pasar adelante para unirse con el general Ballesteros, segun le estaba prevenido. Estaban muy alerta los franceses, y reunidos en bastante número trataron de acometer á los nuestros, que se vieron precisados á pasar á la isla de la Cascajera en la embocadura del rio Tinto, desde donde entabló Zayas comunicacion con Ballesteros, de la cual, por celos de este último general, segun se cree, no se siguió ningun resultado favorable. Con todo, Zayas desde aquel punto distraia la atención de los franceses, y el dia 29 los sorprendió en Moguer, causándoles la pérdida de 100 hombres; mas no viendo probabilidad de ulteriores ventajas, dió la vuelta á Cádiz el dia 31.

Mientras así andaba la guerra en las Andalucías, se retiraba Massena definitivamente de Portugal: retirada célebre para el mariscal francés que la ideó y ejecutó con suma pericia militar, pero de tristísimo recuerdo para el país, por los horrores que en ella cometieron los soldados franceses. Cada cuerpo del ejército, cada compañía, cada soldado, asolaba, saqueaba, incendiaba y mataba segun su inclinacion y su humor: la licencia era universal. Campos devastados, edificios y pueblos abrasados, animales muertos á centenares, cadáveres de hombres, mujeres y niños; poblado el suelo de aves y de insectos que

acudían á los frutos abandonados, y manadas de lobos atraídos por los innumerables cuerpos muertos de hombres y brutos; tal era el aspecto que presentaba en Portugal la ruta que llevaba el ejército francés. Cúlpase á Massena por no haber impedido tan espantosa desolación: sus defensores le justifican ó disculpan con la penuria, que ya era estrema, del soldado, y con la celeridad inevitable de la retirada. Estrañábase que Lord Wellington no tratase de evitar con sus movimientos mas rápidos y decididos, tantos y tan enormes males á un reino amigo y aliado, especialmente contando con fuerzas suficientes, y mucho mas considerada la situacion de los contrarios, faltos de todo, decaídos de ánimo, no solo sin arrimo ninguno, sino tambien acosados en el país por los naturales. Pero seguramente pesaba mas en el ánimo del general inglés la ventaja de no esponer su ejército á lances de incierto éxito, que el beneficio que podia procurar á los portugueses minorando las desgracias y destrozos que padecian: esta ventaja influia muy poco, la primera mucho, en el resultado final de la causa general.

Durante la retirada de los franceses, recibió Lord Wellington de Inglaterra 10.000 hombres de refuerzo; y el dia 13 de Marzo envió á Extremadura tres divisiones de infantería, dos inglesas y una portuguesa, una brigada de caballería; y la artillería correspondiente, al mando del general Beresford. Persiguiendo al mismo tiempo á los franceses en su retirada, aunque con la mayor precaucion, les cogió muchos prisioneros el dia 19; el dia 3 de Abril los desalojó de los

puntos que ocupaban junto á Sabugal, aunque con bastante pérdida por su parte; y habiendo pasado finalmente Massena los lindes de Portugal, distribuyó el inglés su ejército en las dos orillas del Coa, situó una division en Gallegos y Espeja, sitió á Almeida, y se dirigió hácia el Alentejo, para combinar con mas acierto las operaciones militares de Extremadura con las del Coa. Costó á los franceses la espedicion de Portugal 35.000 hombres.

El general Beresford se acercó el dia 25 á Campomayor, donde entró por haberla evacuado los enemigos, á quienes persiguió en la retirada, desordenándolos y causándoles bastante daño; pero tambien sufrió bastante pérdida su caballería cerca de Badajoz, hasta donde habia conducido á los ginetes su intrepidez en persecucion de los franceses. Pasó el inglés el dia 8 de Abril el Guadiana, y el dia 9 intimó la rendicion á la plaza de Olivenza, á que no accedió su gobernador. Dejó Beresford al general Cole sitiando la plaza, y él se trasladó á la Albuera, para impedir que se comunicase con Badajoz el ejército contrario que se hallaba en Llerena. Por la orilla derecha del Guadiana contribuia á las operaciones del inglés el general Castaños, que encargado del 5.º ejército habia ocupado á Valencia de Alácntara y Alburquerque. Olivenza se rindió á discrecion el dia 15, y quedaron prisioneros 370 hombres que habia en ella de guarnicion. En seguida, por orden de Wellington, que el dia 22 hizo en persona un reconocimiento sobre Badajoz, se encargó Beresford de tomar esta plaza, porque Welling-

ton dió la vuelta al Coa, donde se preparaban otros proyectos. Importaba rendir á Badajoz antes de 15 ó 16 dias, que se calculaba podria invertir Soult en venir á socorrerla; y para conseguirlo propuso un ingeniero inglés el plan, que aprobó Lord Wellington. No adelantó sin embargo Beresford en el sitio, de modo que dió lugar á que llegase Soult de Andalucía con 20.000 infantes, 5.000 caballos y 40 piezas en socorro de la plaza. Atribuyóse la lentitud y mala direccion del sitio á la inexperiencia de los ingenieros ingleses, y á la falta de muchas cosas indispensables. Por fin, en los dias 13, 14 y 15 levantó Beresford el sitio, despues de haber perdido 700 hombres entre muertos y heridos.

Repuesto ya Massena de las penalidades de su desastrosa retirada, en la tierra abundosa de Castilla, determinó socorrer la plaza de Almeida sitiada por los ingleses. Separados los soldados, imposibilitados é inútiles para la fatiga, rehizo las columnas con gente nueva, y reunió 40.000 hombres de buenas tropas, y ademas 5.000 caballos. Púsose en marcha todo el ejército frances el dia 2 de Mayo con direccion de Fuentes de Oñoro, donde tenia Wellington apostadas tres divisiones, no lejos las demas, en las que se notaba la tropa de D. Julian Sanchez; en todo como en unos 33.000 infantes, 1.500 caballos y 43 piezas de artillería. Con esta fuerza, inferior á la de los enemigos, determinó Wellington sostener un combate con los franceses: resolucion que sorprendió á los inteligentes, en vista de la extrema precaucion y detenimiento en perseguir á Massena en su retirada,

cuando se hallaba reunido todo el ejército inglés, desmembrado ahora, descansada y animada la tropa; menguada casi en una mitad la contraria, hambrienta, fatigada y fugitiva; ahora descansada, renovada, y deseosa de vengar los desastres anteriores. La posicion, ademas, no era la mas ventajosa para los ingleses, que tenian á la espalda el Coa, de difícil tránsito en caso de retirada, y la plaza de Almeida, que todavía conservaban los enemigos. Si el deseo de impedir el socorro de esta última plaza produjo en el general inglés una resolucion tan espuesta, Almeida hubiera caido en su poder irremediamente, y probablemente tambien Ciudad-Rodrigo, si hubiera desbaratado al ejército francés en su retirada, para lo que se le presentaban mayores probabilidades que para ganar ahora la victoria, pudiendo ser muy fácilmente derrotado su ejército, á cuya esposicion parece no debia anteponerse ahora la recuperacion de la plaza de Almeida.

Sea como quiera, Lord Wellington esperó á los franceses, que atacaron vivamente el dia 3 el pueblo de Fuentes de Oñoro, de cuya parte baja se apoderaron despues de disputársela tenazmente los ingleses, que por último la recobraron, obligando á los franceses á repasar un pequeño rio que por allí corre, llamado Doscasas. Cruzáronlo los franceses el dia 5 por Pozobello, con intento de ganar la parte alta del pueblo. Reconcentró en él sus fuerzas el general inglés; y aunque Massena habia conseguido algunas ventajas por la derecha, y en ella se le presentaban probabilidades de buen éxito, puso todo su empeño

en tomar el pueblo. Defendieronlo obstinadamente los ingleses: duró la pelea por la derecha hasta el medio dia; en el pueblo hasta la noche; por la izquierda no hacian los franceses mas que amagar: nada ocurrió delante de Almeida. Por último el convoy que llevaban los franceses no pudo pasar, y no lograron su objeto de abastecer á Almeida, pero la victoria se puede decir que no quedó por unos ni por otros. Manióbró y sirvió de mucho en la batalla D. Julian Sanchez. El ejército combinado tuvo de pérdida 1.500 hombres, incluidos 300 prisioneros: la pérdida de los franceses fué algo mayor.

Permanecieron estos en sus posiciones el dia 6 y 7, y el 8 se retiraron. Los ingleses no se movieron de los puntos que ocupaban. El dia 10 evacuó á Almeida su guarnicion por órden de Massena, sin que hubiesen podido evitarlo los ingleses que la cercaban, si bien la fueron persiguiendo hasta que pasado el Agueda, se unió con tropas de su nacion en Barba del Puercu.

El dia 11 de Mayo dejó Massena el mando del ejército francés, de que se encargó el mariscal Marmont. De 10 á 11.000 hombres tomaron el camino de Extremadura y Andalucía: el resto del ejército lo acantonó el nuevo general en las orillas del Tormes, dejando algunas tropas entre este rio y el Águeda. Wellington colocó las suyas desde el Coa hasta el Doscasas; y con dos divisiones dió la vuelta á Extremadura, porque Soutl venia con bastante fuerza en socorro de Badajoz, cuyo sitio de resultas levantaron los ingleses, como hemos referido ya. Pro-

yectaba Wellington hostilizar al ejército francés de Extremadura, de acuerdo con el gobierno español, que para cooperar á las miras del general inglés, porque las tropas que reunía en aquella provincia el general Castaños eran en corto número, envió una expedicion que salió de Cádiz el 16 de Abril. La mandaba D. Joaquin Blake, que habiendo desembarcado el 18, se encaminó á Extremadura por el condado de Niebla. Juntósele en la sierra D. Francisco Ballesteros con su division, y componian todas las tropas la fuerza de 12.000 hombres, de ellos 1.200 de caballería con doce cañones. Mandaba la vanguardia Lardizabal, una division Ballesteros, otra D. José Zayas, y D. Casimiro Loi la caballería: hallábase todas estas tropas el dia 7 de Mayo en Fregenal y en Monasterio. Reuniéronse en las inmediaciones de la Albuera con las inglesas; subiendo todas ellas á mas de 27.000 infantes, y 3.600 caballos: de ellos eran españoles como 15.000 por haber llegado 3.000 mas y seis cañones con Castaños, España y Villemur; y habiéndose convenido los generales en que tomase el mando el que reuniese mas fuerza, lo tomó el general Beresford.

Colocados los nuestros en las posiciones que habian elegido, empezó á escaramucear la caballería de una y otra parte al salir la aurora el dia 15 de Mayo. A las ocho de la mañana empezó á formalizarse la pelea. Avanzaron los franceses por un bosque, pasaron los arroyos de Nogales y Chicapierna, y acometieron la derecha del ejército aliado, amagando al mismo tiempo por otros lados. Fueron rechaza-

dos los franceses por Zayas y Lardizabal: reiteraron diferentes veces sus acometidas los enemigos, siempre repelidos por los españoles, hasta que reforzados con mucha caballería, se apoderaron por último de unas colinas que ocupaban los nuestros. Acudieron los ingleses, é hicieron retroceder á los franceses; pero á este tiempo, favorecidos de una espesísima lluvia y del humo de las armas de fuego, los húsares franceses y los lanceros polacos acometieron sin ser vistos á los ingleses por la retaguardia, y les cogieron 800 prisioneros, tres banderas y algunos cañones. Fué la fortuna que se mantuvo firme un regimiento inglés, y entre tanto acudieron otros, y D. José Zayas cerró de nuevo con los franceses intrépido y denodado, al mismo tiempo que el conde de Penne Villemur con su gente y la caballería por el llano, contenían y escarmentaban al enemigo. A este tiempo la acción se habia hecho general: peleábase en todos los puntos de la línea: el general inglés Alten defendió el puente y el pueblo de la Albuera con la mayor bizarría; y su compatriota el general Hamilton con los portugueses y dos batallones españoles se sostuvo inmóvil en su puesto contra las impetuosas acometidas de los franceses. Andaba así recia y embravecida la pelea, pero indecisa, cuando arremetieron otras dos brigadas inglesas: hizo lo mismo Zayas en columna cerrada y arma al brazo, y llegó á distancia de diez pasos del enemigo, cuando flanqueado éste por una de las brigadas inglesas, volvieron las espaldas los soldados, y echándose unos encima de otros, bajaron rodando de las lomas que ocu-

paban. Volvieron á pasar los arroyos, y se situaron en las alturas de la orilla opuesta. Los aliados se mantuvieron en sus puestos. En seguida se retiró Soult á Llerena, picándole la retaguardia la caballería inglesa que en un choque con la francesa le causó de pérdida 200 hombres.

Perdieron los ingleses en la batalla entre muertos y heridos mas de 3.600, y 600 prisioneros; los portugueses 363, y los españoles 1.365: quedó herido D. Carlos España; y de los ingleses los generales Stewart y Colc, y muertos los generales Houghton y Myers. De los franceses murieron los generales Pepin y Werlé; y salieron heridos los generales Gazan, Maransin y Bruyer: su pérdida total ascendió á 8.000 hombres.

Pelearon los españoles en esta famosa batalla con la mayor serenidad, con impavidez y valentía. El parlamento inglés declaró que “reconocia altamente “el distinguido valor ó intrepidez con que se habia “conducido el ejército español del mando de S. E. “el general Blake en la batalla de la Albuera:” testimonio tanto mas honorífico para los españoles, cuanto que hasta entonces no habia memoria de una declaración igual por parte del parlamento británico en elogio de tropas extranjeras. Las córtes hicieron una manifestacion semejante á favor del ejército aliado; dispusieron que se levantase un monumento en la Albuera despues de concluida la guerra, y á los oficiales mas antiguos de cada clase se les concedió un grado mas.

Aun humeaban los campos de la Albuera cuan-

do llegó Wellington con dos divisiones: recorrió el campo de batalla, y encargó á Beresford que se limitase á observar á los franceses, y á perseguirlos con mucha precaucion. Distribuyó en seguida su ejército, y emprendió de nuevo el sitio de Badajoz, á que concurría tambien la division española que mandaba antes D. Carlos de España, y ahora D. Pedro Agustin Giron. Hasta mediados de Julio siguieron los trabajos del sitio, y en este tiempo abrieron brecha los ingleses, intentaron por dos veces asaltar la plaza, pero fueron rechazados. Supo Wellington que por un lado avanzaba Soult y por otro Marmont desde Castilla en socorro de Badajoz; levantó el sitio, y pasando el Guadiana entró en Yelves el 17.

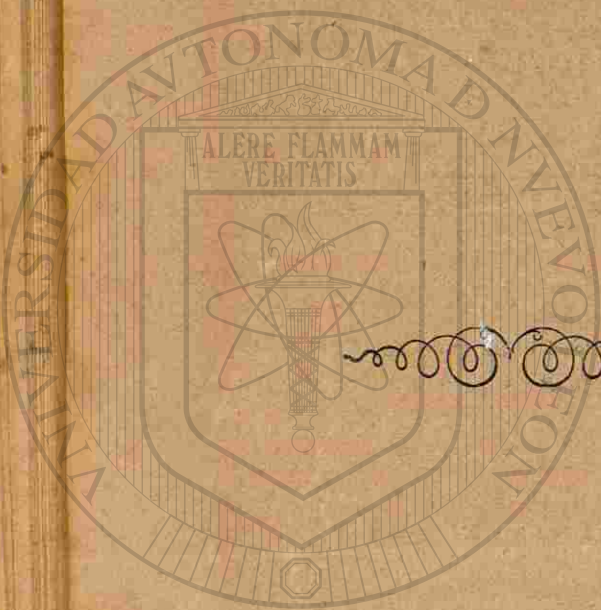
Mientras duraba el cerco de Badajoz, de una hoguera que habian encendido los portugueses se prendió fuego á los campos, que duró 15 dias, y no tardó tres en llegar á Mérida, abrasando por todas partes mieses, dehesas, encinares y aun casas: el rio que corre por junto aquella ciudad, la libró de ser presa de las llamas.

Tenian los ingleses, reunido ya á Wellington el ejército del norte de Portugal, 60.000 hombres situados en las orillas del Caya. La misma fuerza los mariscales Soult y Marmont, que se habian juntado en Badajoz; pero se respetaban mutuamente los dos ejércitos, y no emprendieron operacion alguna. Habíase separado de los ingleses D. Joaquin Blake con las divisiones de Giron y Ballesteros, y la caballería de Villemur. Con estas tropas caminó al condado de Niebla, queriendo apoderarse de esta villa, pero

los franceses la tenian bien fortificada, y se malogró su empresa; habiendo perdido la ocasion de dar un susto á la guarnicion enemiga de Sevilla, escasa de fuerza desde la ausencia de Soult. Envió este algunas fuerzas contra Blake que se retiró el dia 2 de Julio, pasó el Guadiana el 6, se dirigió á Ayamonte, y se embarcó el 10 con las tropas de la expedicion y algunas de la division que habia mandado D. Carlos España. Mantúvose Ballesteros en el condado de Niebla, permaneciendo en las inmediaciones del Guadiana D. Pedro Agustin Giron con alguna infantería y Penne de Villemur con la mayor parte de la caballería. Soult se volvió á Sevilla; Marmont se mantuvo en la derecha del Guadiana, molestado á la espalda por las guerrillas españolas y especialmente por D. Pablo Morillo, que obrando por separado con una division y con anuencia del general en jefe, sorprendió en Belalcázar á los franceses, mató 48 y cogió 111 prisioneros por el mes de Junio, y el 1.º de Julio hizo prisionero al comandante de Talarubias con 4 oficiales y 149 soldados; enviándolos todos al tercer ejército por entre los mismos cuerpos enemigos, y defendiéndose bizarramente contra los que iban en su persecucion, escarmantándolos por todas partes hasta que por último entró en Cáceres el dia 31.

El continuo desasosiego en que estaban los franceses, y la dificultad de proveerse de víveres, obligó al mariscal Marmont á repasar el Tajo el 20 de Julio, y colocarse hácia Almaraz y Plasencia, dejando en Extremadura al general Foy: Lord Wellington pasó tambien aquel rio camino de Castellobranco, dejan-

do al general Hill en el Alentejo: Castaños se situó en Valencia de Alcántara con la escasa fuerza del 5.º ejército y la caballería del conde de Penne Villemur.



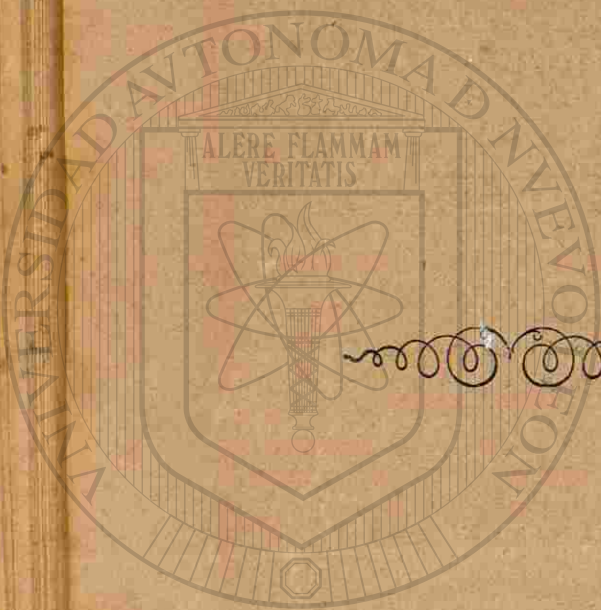
CAPITULO XV.

Serranía de Ronda.—Reino de Murcia.—Galicia y Asturias.—Sorpre-
sa de la Bañeza.—Acción del Pueblo.—Evacuan los franceses á Ar-
turias y la plaza de Astorga.—Encuentros en la ribera de Orbigo.—
Séptimo ejército.—Crueldades de los franceses: represalias.—Catalu-
ña: entrega de Tortosa.—Espesos de los franceses en Manresa.—Sor-
prenden los españoles el castillo de Figueras.—Sitio y toma de Tar-
ragona por los franceses.—Guerrillas en Castilla la Nueva: el Empe-
cinado y otros partidarios.—Trata José de componerse con las córtes
y la Regencia.

Ocupadas por bastante tiempo, como hemos visto, considerables fuerzas enemigas en el centro occidental de la Península, detenidas y contrarestadas en sus planes por los ejércitos aliados, no por eso desatendian los franceses los demas puntos de los costados y retaguardia, en todos los cuales se les incomodaba sin cesar.

En el mediodía seguia cada vez mas encrudecida la guerra en la serranía de Ronda, donde una division del 4.º ejército español sostenia los esfuerzos de aquellos incansables serranos. No dejaban éstos so-

do al general Hill en el Alentejo: Castaños se situó en Valencia de Alcántara con la escasa fuerza del 5.º ejército y la caballería del conde de Penne Villemur.



CAPITULO XV.

Serranía de Ronda.—Reino de Murcia.—Galicia y Asturias.—Sorpre-
sa de la Bañeza.—Acción del Pueblo.—Evacuan los franceses á Ar-
turias y la plaza de Astorga.—Encuentros en la ribera de Orbigo.—
Séptimo ejército.—Crueldades de los franceses: represalias.—Catalu-
ña: entrega de Tortosa.—Espesos de los franceses en Manresa.—Sor-
prenden los españoles el castillo de Figueras.—Sitio y toma de Tar-
ragona por los franceses.—Guerrillas en Castilla la Nueva: el Empe-
cinado y otros partidarios.—Trata José de componerse con las córtes
y la Regencia.

Ocupadas por bastante tiempo, como hemos visto, considerables fuerzas enemigas en el centro occidental de la Península, detenidas y contrarestadas en sus planes por los ejércitos aliados, no por eso desatendian los franceses los demas puntos de los costados y retaguardia, en todos los cuales se les incomodaba sin cesar.

En el mediodía seguia cada vez mas encrudecida la guerra en la serranía de Ronda, donde una division del 4.º ejército español sostenia los esfuerzos de aquellos incansables serranos. No dejaban éstos so-

Bajo la dependencia del general May mandaba D. Francisco Javier Losada en el principado de Asturias, donde eran continuos los encuentros y los choques con los franceses, afanados inútilmente por limpiar el país de tan molestos contrarios. No hubo sin embargo ninguna accion de importancia, sino la del Pueblo el día 19 de Marzo, á una legua de Cangas de Tineo en el camino de Oviedo. Está el pueblo en una altura de bastante subida. Tomaron allí posicion los nuestros en número de 5.000 hombres, mandados por Losada, Bárcena y Porlier. Acometieron los franceses solo con dos batallones, uno de los cuales avanzaba cuesta arriba, á mucha distancia del otro, á tiempo que disipada una densa niebla, descubrió la cima coronada con tan superior número de tropas. Conocieron los franceses lo peligroso que era volver la espalda, pues en el descenso de la cuesta podían acribillarlos y derrotarlos los españoles. Aconsejados entonces de su intrepidez, y sobre todo, fiados en la poca actitud militar de gente bisoña, no muy disciplinada ni fogueada todavía, acometieron con resolucion. Desgraciadamente á poco tiempo de haber empezado el fuego, fué herido el general Bárcena que mandaba la vanguardia: atemorizada la primera línea, cejó y se echó sobre la segunda, y atropellando ésta á la tercera, entró en todas el mas completo desórden, y una total dispersion. Losada y Bárcena, aunque desangrándose, se esforzaron estraordinariamente, y no pudieron por mas que hicieron detener á los fugitivos. A este tiempo ya habia llegado el otro batallón francés, que al oír los

primeros tiros habia redoblado el paso; y los nuestros hubieran sufrido un daño gravísimo, si Porlier con su caballería, aunque muy mal equipada, no hubiera contenido é infundido respeto á los enemigos. Esta es la relación de aquel hecho de armas que oimos de boca de algunos oficiales franceses que asistieron á la accion, y que nos confirmó posteriormente el tan intrépido como despues desgraciado Porlier.

Este descalabro y la mala organizacion de aquellas tropas fué causa de que se tratase seriamente de atender con cuidado á aquella parte de nuestro ejército. Se encargó pues el mando á D. José María Santocildes, sucesor de May, y acreditado en la defensa de Astorga, que habiendo caido prisionero, habia podido evadirse de los enemigos: y por jefe de estado mayor se nombró á D. Juan Moscoso, tambien anteriormente acreditado, aunque el general en jefe era Castaños, que lo era al mismo tiempo del 5.º ejército, ó sea del de Extremadura, solo con la mira de que pudiera concertarse un plan general, si convenia, con los ejércitos aliados.

Era este ejército el 6.º; y su nuevo jefe empezó á trabajar con actividad en su mejoramiento, que consiguió conocidamente. Mejorado ya, y distribuido del modo conveniente, destinó la primera division á Asturias á las órdenes de Losada: la segunda al mando de Taboada se situó en las entradas de Galicia por la parte del Vierzo: la tercera en la Puebla de Sanabria al mando de D. Francisco Cabrera; y la reserva en Lugo ya dentro de Galicia. A principios de Junio se movió Losada con direccion á Oviedo, y lo res-

tante del ejército la tomó via de Castilla. Viéronse los franceses en la necesidad de evacuar á Asturias, y bajar á Leon; y por el otro lado á evacuar á Astorga y pasar á Benavente. Ocupó nuestro ejército la derecha del Orbigo, y apostado Taboada en el pueblo de Cogorderos, fué acometido el día 23 de Junio por el general Valletaux. Duraba ya el fuego cuatro horas, cuando llegó D. Federico Castañon, y acometiendo por el flanco, quedaron completamente derrotados los enemigos, haciendo los nuestros un gran número de prisioneros, y quedando muchos muertos en el campo, entre ellos el mismo Valletaux, hombre de grande estatura y corpulencia, y de una fuerza extraordinaria, como que segun oimos referir á sus subordinados, levantaba del suelo un cañon de á cuatro, y apuntaba con él como con un fusil.

Hizo Santocildes otro reconocimiento sobre el Orbigo á principios de Julio, fogueando á sus soldados que habian adelantado sobre manera en disciplina, manejo de las armas, y en evoluciones; teniendo ya al pié de 16.000 hombres, sin contar con las guerrillas que D. Pablo Mier, facultado para ello, habia reunido por encima de Sahagun, formando de ellas un pequeño cuerpo con el nombre de legion de Castilla.

El 7.º ejército destinado á las montañas de Santander, provincias Vascongadas, Navarra, y al territorio castellano á la izquierda del Ebro, estaba tambien formándose en las montañas de Liébana por su segundo jefe D. Juan Diaz Porlier, en ausencia de Mendizabal que era el principal. Solo constaba entonces de la division que habia formado el mismo

Porlier, y de la gente de la costa de Cantabria, que se iba aumentando cada dia. Acometieron los franceses á Potes, capital de la Liébana, y entraron en ella, pero tuvieron que evacuarla bien pronto, porque reuniendo Porlier sus fuerzas diseminadas por varios puntos, revolvió contra la villa. Este ejército, aunque naciente, dirigido por un caudillo de actividad increíble, y las muchas partidas que recorrían su distrito, traían agitados, en continuo movimiento y desesperados á los franceses, que al empezar este año de 1811 se propusieron intimidar á tan infestos y pertinaces enemigos, con rigorosas y crueles ejecuciones, pasando por las armas ó ahorcando á cuantos partidarios podían haber á las manos. Recurso perjudicial mas bien para ellos mismos, porque aumentaba prodigiosamente las partidas el deseo de la venganza, y esta se ejercía inexorablemente. Hormigueaban las guerrillas, especialmente en la carretera de Francia, donde estaba espuesta la vida de todo francés que viajaba. Los destacamentos mas fuertes eran á veces asaltados, y los mismos mariscales tenían que caminar con las mayores precauciones. Por poco no cae Massena en manos de Mina. Fué así que yendo á Francia este mariscal con un convoy de 150 coches y carros, escoltados por 1.200 hombres de infantería y caballería, fué acometida la escolta por Mina el día 25 de Mayo en el puerto de Arlaban, entre Álava y Guipúzcoa. Massena se habia detenido en Vitoria; y esta fué su fortuna, porque despues de un combate que duró desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, cayó en poder de Mina to-

do el convoy, cuyo valor ascendia á 4.000,000 de reales, y quedó prisionera la escolta con el coronel Laffite, cogido por el mismo Mina. Dejó este ir libres á las mujeres, y trató con humanidad á los prisioneros; acaso los mismos que poco antes habian tratado cruelmente á sus soldados.

Por la parte de Cataluña, Suchet que habia principiado en Julio de 1810 el bloqueo de Tortosa, no habia podido finalizarle hasta mediados de Diciembre del mismo año.

Contaba la poblacion de Tortosa de 11 á 12.000 habitantes; ascendia su guarnicion á mas de 7.000 hombres; era gobernador de la plaza el conde de Alacha, y su segundo el coronel de Soria D. Isidoro de Uriarte. Yace la ciudad á cuatro leguas del Mediterráneo en el declive de un monte bastante alto, á la orilla izquierda del Ebro, que allí corre muy profundo, facilitando la comunicacion con la orilla opuesta un puente de barcas. Las fortificaciones, tanto del recinto de la plaza como las exteriores, no eran de grande resistencia. Apoderáronse los franceses de unas alturas, donde habia empezado Uriarte á levantar un reducto, que mandó cesar Alacha con poca prevision: desde ellas abrieron trinchera los franceses contra el fuerte exterior llamado de Orleans; levantando al mismo tiempo otras por diferentes puntos. Los sitiados hicieron algunas salidas en los dias 23 y 24 de Diciembre: á las once de la noche del 25 al 26 volvieron á salir, y en seguida á la una de la misma noche. Hicieron lo mismo en la noche siguiente, y otra vez en la tarde del 28. En todas es-

tas salidas causaban bastante daño á los sitiadores; en la última especialmente, hicieron retroceder á los franceses de varios puntos que ocupaban, y les destruyeron algunas obras. Hasta entonces, si no con la mayor inteligencia, se habia procedido en la defensa con actividad á lo menos y resolucion, cooperando con el soldado los habitantes. Pero herido el conde de Alacha, y ademas con gota, entregó el mando á Uriarte, en unos términos que ni bien mandaba uno ni bien mandaba otro, de que se seguia desórden y confusion, desconfianza en los soldados, y decaimiento de ánimo en la poblacion. Alacha se conducia con flojedad é irresolucion, lo que se atribuia á malas artes de los enemigos, sostenidas por algunos á quienes oia el conde. Finalmente los franceses rompieron el fuego el 29 de Enero, causando grande estrago en las fortificaciones, de suyo flacas, y por descuido no reparadas. Las bombas que caian en la ciudad amilanaron al vecindario ya desanimado. Se hallaban el 31 los franceses en disposicion de entrar en la ciudad, apagados nuestros fuegos y abierta brecha practicable. Encerrado Alacha en el castillo, nada disponia. Su segundo entonces reunió á los jefes, cuya mayor parte estuvo porque se pidiese una tregua de 20 dias. No accedió Suchet, y propuso la capitulacion conforme á sus deseos, que no fué admitida, pidiendo Alacha que se dejase en libertad á la guarnicion. Rehusólo el francés, y prosiguió en sus trabajos, y en sus manejos dentro de la plaza. El dia 2 de Enero tenia ya abiertas otras dos brechas: impacientes los soldados porque querian defenderse,

pero sumamente desalentado y lleno de miedo el vecindario, opinó Uriarte que capitulase la ciudad, y se conservasen los fuertes principales. Alacha por último se determinó á capitular por los fuertes y la plaza. Mas aunque se enarbolaron tres banderas blancas, proseguía el enemigo haciendo un vivísimo fuego. El general francés, á quien la esperiencia habia enseñado á respetar el valor del soldado español, sabedor de la grande repugnancia que manifestaba la guarnicion á rendirse, rehusaba entrar en ningun trato, si primero no se le entregaba en prendas un fuerte que designaba, recelando algun arrojido por parte de la guarnicion indignada hasta el extremo.

Sin violencia hubiera accedido Alacha á la exigencia del enemigo, abatido ya su ánimo, y temeroso de la actitud amenazadora del soldado, pero no atreviéndose á declarar su determinacion, envió á decir á Suchet que hallándose desacatada su autoridad, no podia entablar ninguna capitulacion, si no le apoyaban las armas francesas. (Nos sonrojamos al referirlo.) Dió mucho cuidado á Suchet un aviso de esta naturaleza, temiéndolo todo de la irritacion de los soldados españoles, cuyos efectos conocia ya demasiado. Y así se aventuró á entrar en la ciudad con una compañía de granaderos y algunos generales y oficiales, fiado tambien en la nobleza del carácter español, y mas principalmente en la seguridad procedente de clandestinos tratos. Llegó Suchet al castillo, donde azorado le esperaba el conde, que se tranquilizó con su llegada. Todavía los soldados trataban de defenderse, sin arredrarse por la presencia de los enemi-

gos y de su general, á tiempo que llegaron las demas tropas, y libraron á su jefe de un compromiso. Súbito, allí mismo, sobre la cureña de un cañon se firmó la capitulacion, y conforme á ella hizo que desfilase la guarnicion con todos los honores militares, y entregase las armas, quedando prisionera de guerra. Tan cuidadoso le tenia la disposicion en que se hallaban los soldados. La guarnicion ascendia entonces á cerca de 4.000 hombres: perdimos, pues, en el sitio mas de 3.000: los franceses solo 500.

El conde de Alacha se habia conducido como un bravo militar en la retirada de Tudela: en la defensa y entrega de Tortosa nos hacemos cargo de su edad y falta de salud, pero lamentamos la mala eleccion de consejeros y confidentes, que, segun la voz pública, no eran de la mas acrisolada fidelidad. Sobre el conde, sin embargo, pesaba la responsabilidad; y reunido en Tarragona un consejo de guerra, le sentenció á ser decapitado. Se vió de nuevo la causa en el año de 14 cuando volvió á España Fernando VII, se defendió el conde, y fué absuelto.

Tomó en seguida Suchet con poco trabajo el fuerte de San Felipe en el Coll de Balaguer, que dominaba el camino de Tarragona á Tortosa: salvóse parte de la guarnicion, que se encaminó hácia Tarragona, y quedaron prisioneros 100 soldados, 13 oficiales, y el gobernador. Luego dió la vuelta á Zaragoza, adonde le llamaba la necesidad de contener á los partidarios, que alejadas las fuerzas que habia sacado de Aragon para Cataluña, hacian con mas desembarazo sus correrías por aquel país.

Mandaba las armas españolas en Cataluña el general Iranzo. Con la entrega de Tortosa y otros descabros, desconfiaban de él los catalanes, lo mismo que de todos, menos del marqués de Campoverde. Inquietóse el pueblo en Tarragona: pidió que se encargase del mando Campoverde: Iranzo entonces hizo dejacion de su cargo, que rehusaron otros jefes hasta que recayó por antigüedad en Campoverde. Lo admitió el marqués interinamente hasta la resolución del gobierno. Agradó á todos esta variacion; sosegáronse los ánimos del paisano y del soldado, y desvaneciéronse las esperanzas que había concebido Macdonald de apoderarse de Tarragona á favor de tales turbulencias y de ocultas inteligencias. Habíase acercado á la plaza, pero tuvo que alejarse viendo la imposibilidad de ocuparla. Y lo peor fué que acometido en su marcha por Sarsfield, conforme á las órdenes de Campoverde, perdió 800 hombres con el general Eugeni que murió, y tuvo que correr á las calladas y de noche á meterse en Lérida.

Habia nombrado la Regencia capitán general de Cataluña á D. Carlos O'donnell; alborotáronse con esto los catalanes, y despues de varias conmociones que se sucedian cada vez que se hablaba de la venida del nuevo general, tomó Campoverde el mando en propiedad el 17 de Febrero, por empeño de la Junta, de los gremios, y de diferentes personas. Convocó en seguida un congreso de todo el principado que se instaló el día 2 de Marzo; y de allí á poco tiempo se disolvió, nombrando una junta encargada de la parte económica.

Nada adelantó Suchet contra las partidas en Aragón, mas que fatigar en balde sus tropas; antes bien en Azuara, cerca de Belchite, quedó deshecho un fuerte destacamento francés, y acercándose Mina á las Cinco Villas á principios de Abril, cogió en Castiliscar 150 gendarmes.

Sucesos mayores se preparaban en Cataluña, porque Napoleon conocia la importancia de dominar aquella vasta y belicosa provincia, y los catalanes no cedian ni se arredaban por descabros y reveses que sufriesen. Dió, pues, orden el emperador francés á Suchet de sitiar á Tarragona, dándole el mando del mediodía de Cataluña, y agregándole parte de las fuerzas que mandaba Macdonald. Avistáronse los dos generales en Lérida, de donde partió el último con 9.000 infantes y 700 caballos á Barcelona el 29 de Marzo. Al acercarse á Manresa, desampararon los vecinos la ciudad que incendiaron los enemigos, sin que lo impidiese su general. Quedaron reducidas á cenizas de 700 á 800 casas, templos, y establecimientos de beneficencia y de industria. Ni se libraron los hospitales de la inhumanidad de los franceses, que llegaron hasta arrancar de las camas á los enfermos y arrastrarlos al campamento. Habíase formado un convenio entre los generales Reding y Saint-Cyr por el cual debian ser tratados con esmero los enfermos de los dos ejércitos, y remitirse á sus banderas despues de curados: los españoles habían cumplido religiosamente con tan humano convenio, como confesaban los mismos franceses; y no obstante trataron ahora tan impiamente á los enfer-

mos españoles, despues de haber abrasado una industriosa ciudad, que ningun daño les habia causado en la presente ocasion. Pésanos tener que presentar con tanta frecuencia á individuos de una nacion civilizada y en alto grado culta, como salvajes insociales y sin moralidad.

Los nuestros, de su propio movimiento y escitados por los infelices manresanos, cargaron sobre la retaguardia de los enemigos, y les hicieron pagar algun tanto las atrocidades de Manresa. Siguió no obstante Macdonald su camino, si bien perseguido y hostigado siempre, y habiendo sufrido bastante pérdida, especialmente en el Coll de David, donde le acometió el comandante de Monserrat D. Manuel Fernandez Villamil. Mas al fin entró en Barcelona con 600 heridos, habiendo perdido en el camino mas de 1.000 hombres, volviéndose á Lérida la tropa que lo escoltó, acosada tambien en su marcha, via de Villafranca y Montblanch, por el partidario D. José Manso que empezaba á distinguirse entonces en sus acometidas contra los franceses.

La conducta que estos observaron en esta marcha, dió ocasion á que se ensangrentase mucho mas la guerra, ardiendo en ira toda Cataluña contra opresores tan tiranos. Por su parte el general Campoverde publicó un manifiesto, en que con razones fuertes, pero sólidas, increpaba el inicuo proceder de los franceses, decretando al mismo tiempo rigorosas, pero justisimas represalias.

Ocurrieron poco antes en el mes de Marzo algunos sucesos que merecen referirse. D. Juan Courten,

enviado por Campoverde, arrojó de Cambrils á los franceses causándoles la pérdida de mas de 400 hombres. En 19 del mismo mes intentó Campoverde apoderarse de Barcelona, ó á lo menos de Monjuich, en cuya empresa le ayudaban los de dentro. Hacia tiempo que se andaba en estos tratos, y cuando el general conceptuó que estaba ya todo preparado para la sorpresa, se aproximó á la ciudad con la mayor parte de sus fuerzas, llegando la vanguardia en la noche del mismo dia 19 hasta la esplanada de Monjuich. Desgraciadamente el gobernador francés de Barcelona tuvo noticia de lo que se intentaba, y se malogró el proyecto. De resultas fueron arcabuceados en Barcelona algunos habitantes.

Mejor éxito tuvo la empresa contra Figueras. Una de las resoluciones mas arriesgadas del patriotismo español en aquella época de verdadera nacionalidad, facilitó una conquista tenida hasta entonces por imposible. Los hermanos D. Ginés y D. Pedro Pou, naturales de Castellon de Ampuria, cuando apenas habian salido de la adolescencia, y su cuñado D. Juan Márquez de poco mas de 20 años, bien que sin riquezas, vivian sin embargo en una honrada medianía. La necesidad de sus tráficoles les habia puesto en contacto con Mr. Blouquier, guarda-almacén principal del castillo de San Fernando; y convidados por éste á un almuerzo en aquella fortaleza, al pasear despues con él, que se la iba enseñando, concibieron unánimemente la primera idea de un proyecto que, aunque erizado de peligros, abrazaron ansiosos de lograr, aun á costa de su vida, la reconquista de l.

inespugnable fortaleza, en cuya adquisicion miraban cifrada la libertad de Cataluña, sin que les arredrasen los trabajos y sinsabores de la dependencia en clase de domésticos, á que se sujetaron voluntariamente para realizarlo. En fin, á costa de afanes y de incasantes desvelos en trece meses consecutivos, y despues de dos tentativas que se inutilizaron por circunstancias ajenas á su voluntad, lograron introducir en la plaza la noche del 10 al 11 de Abril, 800 españoles, formando dos divisiones, la 1.^a ó de vanguardia compuesta de 375 hombres, subdivididos en cuatro trozos, mandados por los jefes intrépidos y dignos de especial recordacion Llobera, Casas, Riombau y Drasayre; y la 2.^a con el resto de la fuerza al cargo de los brigadieres, jefes de la expedicion, D. Juan Antonio Martinez, y D. Francisco Robira.

Las diferentes relaciones que de suceso tan notable hemos tenido á la vista, avivaron nuestro interes por presentarlo lo mas conforme á la verdad que nos fuese posible; y sabiendo despues de muchas indagaciones, que residian en esta corte los referidos hermanos Pou, de brigadier el uno, y coronel el otro de caballería, nos abocamos con dichos señores, y de su cortesanía obtuvimos original la certificacion, que por su importancia en la comprobacion del hecho, creemos digna de ser presentada al públido, haciendo en ello un acto de justicia histórica (*).

(*) D. Luis Gonzalez, marqués de Campoverde, mariscal de campo de los reales ejércitos, como capitán general que fui interino del ejército y principado de Cataluña.—Certifico: Que D. Ginés y D. Pedro Pou, hermanos, con su cuñado Juan Márquez, vehementemente in-

El baron de Eroles entró tambien en la fortaleza el dia 16 despues de haberse apoderado de los fuer-

flamados de amor á la patria, proyectaron la gloriosa reconquista del castillo de San Fernando de Figueras, anunciándome lo con la oportunidad debida; y para su logro se valieron del ardid de introducirse en dicho castillo y servir en clase de domésticos al guarda-almacén mayor del mismo. Verificada su introduccion, consiguieron tener á su arbitrio las llaves de la fortaleza, las que estampadas en cera remitieron á Olot (con conocimiento mio), en donde se construyeron maestras cual convenia: que luego que les fueron entregadas dichas llaves maestras, probaron si abrian con facilidad, y conocida que les fué tal seguridad, combinaron conmigo el modo de la ejecucion de su proyecto: que por tres veces ejecutaron la prueba de sus intentos honrosos y no pudo tener efecto por accidentes acaecidos en la tropa; sin embargo, ningun revés arredró á los referidos Pou y Márquez, antes bien cada vez se aumentaba su infatigable celo patriótico, y cada vez con valor mas denodado se presentaban impertérritos en sus puntos con las puertas abiertas aguardando la llegada de nuestras tropas, para consumir una accion tan heroica, que sin duda alguna acarrea á la nacion tan notorias ventajas; ni los riesgos ni el temor de una muerte cierta (si acaso eran descubiertas), pudieron separarlos de hacer nuevas tentativas, y mantenerse en aquel fuerte hasta inmolarse en el altar de la patria, ó tributarla con la entrega de Figueras, el homenaje mas digno de su amor y patriotismo. Ya al fin la suerte quiso coronar (al cabo de trece meses) los sacrificios y loables deseos de tan bizarros españoles, y proporcionó la afortunada noche del 10 al 11 de Abril de 1811, en que habiendo salido el nominado D. Ginés Pou á recibir la division del brigadier D. Juan Antonio Martinez á dos horas de la plaza, la encontró y condujo á la puerta que del foso da al almacén principal, en la que los aguardaba D. Pedro Pou, con todas las prevenciones necesarias, y ambos hermanos, con su cuñado Márquez (que estaba en la plaza, de observacion), guiaron las pequeñas divisiones que hicieron la sorpresa con tan buen éxito, y sin mas pérdida que la de un muerto y dos heridos. Asimismo, certifico: que los hermanos Pous y cuñado Márquez (ya nombrados) no quisieron admitir las cantidades crecidas de dinero que por tan importante servicio se les invitó á que recibiesen, contentándose solo con el alto honor que les cabia de haber cumplido la sagrada obligacion de buenos patrióticos y desinteresados españoles; que Juan Márquez, no habiendo podido salir de Figueras cuando salieron los dos hermanos, fué ahorcado por los franceses luego que aquella plaza fué rendida, en castigo de

tes de Olot y Castelfollit, haciendo prisioneros á 548 (otros dicen 900) franceses que los guarnecian, y deshaciendo despues completamente á un regimiento en la sierra de Puigventos.

Si grande fué en toda la Cataluña el alborozo por tan fausto suceso, no fué menor la consternacion de los franceses. Y tenian motivo para ello: el castillo de San Fernando de Figueras, situado á tres leguas de la frontera francesa, y sobre el camino real que á ella conduce, era la llave principal, y la base de las operaciones del ejército de aquella nacion en Cataluña: guarnecido por mas de 2.000 hombres, encerraba dentro de sus muros un inmenso material de artillería é ingenieros; 30.000 fusiles, 20.000 vestuarios, 400 caballos y 6.000,000 de reales con un grande acopio de municiones de boca y guerra. Su adquisicion, pues, libertando el Ampurdan, proporcio-

haber hecho tan singular beneficio á la nacion española; á cuya pena fueron tambien condenados los dichos hermanos, por sentencia, en nombre del emperador de los franceses, en 25 de Agosto de dicho año de 1811, la que no tuvo ejecucion á causa de la fuga arriba dicha. Y por último, afirmo que á estos beneméritos patriotas se debe principalmente la toma del castillo; y por tanto les considero acreedores al reconocimiento de nuestra generosa nacion, al aprecio de los buenos, y á las mas estremadas recompensas con que puedan trasmitirse á la posteridad y perpetuar en sus descendientes los ilustres nombres de estos valientes, y la memoria de su accion tan heroica que sirva de estímulo y ejemplo á los españoles que les sobrevivan; en su consecuencia, y para que conste doy la presente que pueda servir á los interesados para los fines que convenga, en Palma á veinte de Abril de mil ochocientos doce.—*El marqués de Campoverde.*

Los brigadieres D. Juan Antonio Martinez y D. Francisco Robira, jefes de la expedicion, dieron certificaciones del hecho, que contienen sustancialmente lo mismo, y cuya insercion omitimos por no ser molestos á nuestros lectores.

naba el alzamiento en masa de su juventud con los medios de organizarla, y á nuestro ejército por consecuencia el aumento de 20.000 hombres en que aquella podria calcularse; en una palabra, inclinar la balanza de la guerra de un modo decisivo en favor de la justa causa de la patria. Por todas estas razones escribió al instante Macdonald á Suchet, que si no le enviaban inmediatamente refuerzos, estaba perdida la Cataluña superior. Entre tanto el general francés Baraguay d'Hilliers, que mandaba en la parte de Figueras, cercó la fortaleza con 9.000 infantes y 600 caballos, á lo que dió lugar la lentitud de Campoverde, pues habiendo sabido el 12 de Abril la entrada de los nuestros en el castillo, no salió de Tarragona hasta el 20. Llegó el 27 á Vich con 5.000 infantes y 800 caballos: en Figueras habia ya 4.000 españoles. Acometió al enemigo el dia 3 de Mayo al amanecer, en combinacion con otros 2.000 hombres que habia fuera del castillo, y con los que estaban dentro preparados para hacer una salida. Al tiempo de hacerla, les propusieron capitular los franceses que guarnecian la villa. Avisaron á Campoverde, y convino éste en admitir la capitulacion: se suspendió, pues, el ataque, pero entre tanto hicieron los franceses venir un refuerzo que estaba algo lejos, y éste empezó á hacer fuego. Acometió entonces Sarsfield á la villa, y ya estaba dentro, cuando aparecieron por el flanco derecho 4.000 franceses, y se retiró. A pesar de todo, introdujo Campoverde en la fortaleza 1.500 hombres, y algunos efectos, perdiendo 1.100 hombres: los franceses perdieron 700, pero

conservaron la villa, por un ardid, no sabemos si permitido en la guerra.

Contaba Suchet con un ejército de 40.000 hombres. De este número distribuyó como la mitad por diferentes puntos de Aragon para tener sujeto al país, que sin embargo le daba mucho que hacer. Con los otros 20.000 hombres encaminóse á sitiar á Tarragona, dejando á Macdonald el cuidado de cercar el castillo de Figueras, esperando que por falta de víveres tendría que rendirse. Largo fué el sitio de Tarragona, valerosa y porfiada la resistencia. Tenia la plaza varias fortificaciones exteriores, entre las cuales se miraba como inespugnable el fuerte denominado del Olivo. La ciudad está asentada en un collado á orillas del Mediterráneo. Tenia dentro 6.000 infantes, además de 1.200 milicianos, bien que se necesitaban 14.000 para su defensa: los habitantes serian 11.000. Era gobernador de la plaza D. Juan Caro. Trató Suchet de embestir la plaza el día 4 de Mayo, en cuyo día perdió 200 hombres. El día 5 hicieron los españoles cuatro salidas, con pérdida de los sitiadores.—Al mismo tiempo la tropa española de afuera los incomodaba por varios puntos. El día 10 entró en la plaza con 2.000 hombres el marqués de Campoverde, y los ingleses desde sus buques ofendian cuanto podian al enemigo. Por la parte de fuera no dejaba parar á los franceses D. Pedro Sarsfield que por mar habia venido con Campoverde. También los acometió D. José San Juan, y les hizo perder mas de 200 hombres, distinguiéndose en aquella refriega una mujer llamada *la calesera*.

Pusieron todo su conato los franceses en apoderarse del fuerte del Olivo, é iban adelantando contra él los trabajos, aunque á costa de mucha sangre, abrasados por nuestra artillería, que entre otros dejó en el sitio al general Salme. Prosiguieron en su faena perdiendo siempre mucha gente, hasta que lograron arruinar las baterías españolas é inutilizar con sus fuegos nuestra artillería. Trataron entonces de dar el asalto la noche del 29 por una brecha que habian abierto, pero fueron repelidos con muerte de muchos de ellos. Despreciaban los españoles los esfuerzos de los enemigos, mas de estos un ingeniero italiano llamado Vaccani, advirtió que se podía subir y entrar en el fuerte por un acueducto que le surtia de agua anteriormente: y sin que los de dentro lo notasen, subieron por él los franceses y se desparramaron por la muralla. En aquella misma noche, pasando el relevo de la guarnicion del fuerte, se encontró impensadamente con una columna enemiga, de la cual envueltos con los nuestros varios soldados entraron en el fuerte, y ayudados de los de afuera rompieron las puertas y se introdujeron todos. Entonces acudiendo los que se habian encaramado por el acueducto, acometieron á los españoles, que aunque sobrecogidos se defendieron como leones, segun ha escrito el mismo Suchet, hasta que llegó mayor número de enemigos, y se rindieron con su gobernador D. José María Gamez, el cual tenia en su cuerpo diez heridas. Se salvaron algunos soldados descolgándose por el muro, pero se perdieron 1.100 hombres: los franceses perdieron 500.

Se aumentó la guarnición de la plaza con 2.100 hombres mas, pero este refuerzo no recompensaba la pérdida del fuerte del Olivo. En un consejo de guerra se resolvió que saliese Campoverde, y lo verificó el 31 de Mayo, enviando á Valencia á D. Juan Caro por auxilios, y encargando el gobierno de la plaza á D. Juan Senen de Contreras, que hacia poco habia venido de Cádiz.

Continuaban sus trabajos los sitiadores é iban ganando terreno, aunque les costaba muy caro. En la noche del 8 al 9 de Junio hicieron una salida de la plaza 300 granaderos; fatigados los franceses fueron acometidos, y perecieron bastantes. Sarsfield, que defendía el arrabal con 3.000 hombres, algunos vecinos y aun mujeres, los acometió la noche del 11 al 12, arruinó muchas obras, y les causó grande pérdida. Continuando sin embargo el enemigo sus trabajos, pudo ya la noche del 16 acometer la luneta del Príncipe. Lo verificó por dos puntos: en uno quedaron vencedores por la poca fortaleza del sitio con pérdida de 100 españoles: mas en el otro, aunque tambien bastante débil, fueron vivamente rechazados, muriendo muchos con su jefe Javersac. Llevaban ya perdidos en el sitio de la plaza 2.500 hombres, muertos ó heridos, entre ellos un general, 2 coroneles, 15 jefes de batallon, y 172 oficiales. Por una y otra parte se peleaba con encono y saña. Los de dentro se animaron algo con un refuerzo que les llegó de 400 hombres, y con la noticia de que Campoverde se hallaba en Igualada con 9.500 infantes y cerca de 1.200 caballos: mucho mas con las bue-

nas nuevas que llegaban á la plaza; pues los nuestros se apoderaron por entonces de un convoy enemigo de 500 acémilas cerca de Falset, y en Mora de Ebro perdieron los franceses 300 hombres á manos de los nuestros.

Terrible fué la pelea el día 21 en que acometieron los franceses despues de haber batido en brecha por la parte del arrabal, defendido por D. Manuel de Velasco, por haber salido al ejército Sarsfield, que antes lo defendia. Se resistieron los nuestros con firmeza, pero al fin se apoderaron los enemigos de algunos fuertes y del arrabal, donde degollaron hombres y mujeres. Perdimos en esta funcion 500 hombres, los demas se refugiaron en la plaza. A pesar de estos reveses, despreció Contreras las señales que le hizo Suchet para que capitulase. Esperaba que Campoverde socorriese la plaza. No tenia fuerzas para ello: sin embargo, lo tentó, pero no lo consiguió, y se retiró á Valencia: solo D. Juan Caro acuchilló en Torredenbarra á 200 franceses.

Llegaron á la sazón 1.200 ingleses procedentes de Cádiz, y aunque no desembarcaron, puso su venida en mucho cuidado á Suchet, que por lo mismo apretó mas los trabajos del sitio. Así el día 28 rompió la artillería enemiga un fuego horroroso, correspondiendo la nuestra con otro no menos mortífero, pues destruyó los espaldones de sus baterías, y quitó la vida á muchos artilleros franceses. Por último, á las 5 de la tarde, practicable ya la brecha, mandó Suchet dar el asalto á las órdenes de tres generales. Contreras estaba dispuesto á recibir á los enemigos

en la brecha, y á defenderse dentro de la ciudad. Colocó en la brecha dos batallones de granaderos y un regimiento, y distribuyó por otros puntos el resto de la guarnicion que en todo subia á 8.000 hombres. Acometen los enemigos por la brecha, y son acibillados por la metralla; acuden otros, y son igualmente derribados. Vacilaban ya los acometedores cuando acudió la reserva; se formó un batallon de oficiales, y se presentaron hasta los ayudantes de Suchet. Embisten con furor, y son rechazados con serenidad; reiteran una y muchas veces sus acometidas las columnas enemigas, y siempre quedan rotas: rehácense, vuelven á embestir, y otra vez quedan desbaratadas. Si Senen de Contreras hubiera colocado allí mas tropa, bien impotente, acaso, hubiera sido toda la furia francesa: pero siendo imposible al número de nuestros soldados contener tan grande avenida de gente, subieron al fin los franceses á la brecha aunque á costa de gran mortandad; y segun se les tenia prevenido, se corrieron por todo lo largo de la muralla. Bajó el enemigo á las calles, y el regimiento de Almansa los contuvo en algunas cortaduras hechas de antemano; pero se vió acometido por la espalda y por los lados, y tuvo que ceder. Esparciéronse entonces los franceses por toda la ciudad, cometiendo cuantos horrores pueden cometerse en una plaza tomada por asalto: incendios, pillaje y violaciones, profanaciones y sacrilegios no podian faltar, donde fueron degollados 4.000 habitantes, y muchas mujeres, y niños de pecho. Quedaron prisioneros 7.800 hombres, entre ellos los generales Courteu y Cabrey.

Murió defendiéndose con otros valientes D. José Gonzalez, hermano del marqués de Campoverde; y Senen de Contreras quedó prisionero, herido en el vientre de un bayonetazo. Perdieron los enemigos en el sitio de Tarragona mas de 7.000 hombres.

Despues de la toma de Tarragona se dirigió Suchet á Barcelona con la caballería y dos divisiones y una brigada. En Molins del Rey cogió algunos soldados prisioneros y los mandó ahorcar; mas no impunemente, porque D. José Manso hizo lo mismo con seis franceses que tenia prisioneros en su poder. Campoverde habia determinado evacuar el Principado, por lo que empezó á cundir la desercion en el ejército. La tropa de Valencia se embarcó para aquel punto, sin que Suchet pudiese impedirlo, aunque lo intentó. Campoverde se encontró en Vich con D. Luis Lacy, sucesor suyo nombrado por la regencia, y le entregó el mando el dia 9 de Julio.

Situóse Lacy en Solsona, destruyó las fortificaciones de Berga, y apoyado en las plazas de Cardona y la Seo de Urgel que conservaban los nuestros, empezó á reorganizar y aumentar el ejército: se deshizo de muchos oficiales, y dió libertad á 500 hombres de caballería para que hiciesen la guerra por su cuenta, ó se agregasen al ejército que eligiesen. Conducidos estos soldados tan fieles como valientes por D. Gervasio Gasca, siguieron las Caidas del Pirineo, entraron en Navarra, pasaron el Ebro, y por último se incorporaron al ejército de Valencia, despues de una marcha de mas de 180 leguas, en la cual fueron en diferentes ocasiones perseguidos por el enemigo.

Suchet, nombrado mariscal por Napoleon despues de la toma de Tarragona, fué tambien encargado por el emperador de tomar á Monserrat y á Valencia. Mandaba el baron de Eroles en la elevada y escarpada montaña de Monserrat, que dista siete leguas de Barcelona, y en cuya subida, hácia la mitad, hay un santuario de monges benedictinos, que es al mismo tiempo un monasterio célebre de la Virgen; y en las cumbres trece celditas de ermitaños. Habia en el tesoro del santuario gran riqueza en preciosísimas alhajas, que con tiempo habian trasladado los monges á Mallorca. Tenian los españoles fortificados los pasos de subida, y un atrincheramiento á la entrada del monasterio donde se alojaban. Acometió Suchet la montaña por el frente al romper el alba el 25 de Julio: detuviéronle los nuestros mucho tiempo, sin que pudiese adelantar un palmo de terreno, hasta que trepando por la montaña gran número de tiradores franceses, cogieron á nuestros artilleros por la espalda, y los acribillaban á balazos, de modo que murieron casi todos, ni hasta entonces pudieron los franceses apoderarse de la artillería. Se habian adelantado algunas tropas ligeras hasta el monasterio, pudieron acercarse y entrar en él por una puerta escusada; pero habiéndoselas allí con los somatenes, hubieran tenido que sucumbir, si no hubieran llegado sus compañeros. Desampararon los nuestros el monasterio, y se retiraron con el baron de Eroles. Mataron los franceses algunos monges y ermitaños. Dejó Suchet en Monserrat con una brigada al general Palombini, á quien molestaban sin cesar los so-

matenes, que á principios de Agosto le mataron mas de 200 hombres.

Por su parte Magdonald estrechaba cuanto podia el castillo de Figueras, cuya guarnicion, hambrienta y casi exánime por no haberse podido abastecerla, trató sin embargo de salvarse rompiendo á la fuerza por entre los enemigos: mas muy vigilantes estos lo impidieron, y el gobernador D. Juan Antonio Martinez tuvo que rendirse con 2.000 hombres el dia 19 de Agosto. Ahorcaron los franceses á Márquez y otros confidentes en la sorpresa, á quienes hallaron entre los heridos.

No se abatieron los catalanes por la caída de Figueras: las partidas y los somatenes hacian una guerra cada dia mas cruda y emperrada. Los animaba Lacy, y por su parte reunia gente, formaba batallones, y no descansaba un momento; hasta meterse en Francia, exigir contribuciones en lo que los franceses ó su emperador llamaba el suelo sacro del imperio, cuyos habitantes se llenaron de terror con la incursion de los españoles, fieros y espantables para ellos.

Suchet entre tanto se preparaba para la empresa de Valencia que le estaba encomendada. Pero antes tuvo que pasar á Zaragoza, porque las partidas recorrían con mucha soltura ambas orillas del Ebro, y no dejaban un momento de quietud á los franceses. Quiso Suchet ahuyentarlas; pero tuvo que atender á partidarios de otras provincias, que le picaban por opuestos lados. Guerra singular que le traia en un continuo movimiento, sin que en punto alguno

pudiese restablecer sólidamente la tranquilidad, que tanto le interesaba para poder disponer de sus tropas en empresas de importancia.

Era una de estas la de Valencia, donde mandaba Bassecourt, á quien reemplazó en calidad de interino D. Carlos O'donnell por disposicion de la regencia, y tomó el mando en 22 de Abril. Sucedió á O'donnell á últimos de Junio el marqués del Palacio, á quien relevó mas adelante D. Joaquin Blake, revestido de amplias facultades por la regencia del reino, y que se encargó de la defensa de Valencia, contra la cual se proponia marchar el mariscal Suchet. Referiremos á su tiempo las operaciones de uno y otro general, y el éxito que tuvieron. Ahora nos ocuparemos de lo que trabajaban los partidarios en Castilla la Nueva, donde en esta mitad del año de 11 que vamos recorriendo, no lidió ningún ejército nuestro, aunque no dejaban de hacer sus incursiones algunas tropas del tercero.

No obstante, tan trabajados estaban los franceses en Castilla la Nueva, como en todas partes: las partidas les ocupaban en aquel territorio de 25 á 30.000 hombres. Muchos eran los partidarios; pero descolaba entre ellos el empecinado por su intrepidez y actividad. Tuvo varios choques con los franceses en el mes de Febrero; y en el mes de Marzo causó bastante daño á la guarnicion enemiga de Molina, y la obligó á encerrarse en el castillo. Amado despues con Villacampa en tierra de Sigüenza, embistieron ambos el puente y la villa de Auñon, fortificado aquel, y guarnecida ésta por 600 franceses, los cua-

les, apoderados los españoles del puente, se encerraron en la iglesia de la villa. Acometiéronlos en ella los nuestros; y teniendo que suspender el ataque por haber empezado á llover con mucha fuerza, llegó un considerable refuerzo á los franceses, y se retiraron los nuestros, despues de haber causado al enemigo la pérdida de 200 hombres, de los cuales se llevaron 100 prisioneros.

Exacerbados los enemigos con las incesantes acometidas de los partidarios juntaron un crecido número de tropas para perseguirlos, dirigiéndose principalmente contra el Empecinado. Pero este esquivó la persecucion, y revolió contra los franceses de Castilla la Vieja, acometiéndolos en Somosierra, en la Granja, y en el camino de Madrid. Infructuosos fueron los conatos de los enemigos; mas no lo fueron sus arterias: por medio de ellas, y concurriendo el haber puesto la junta de Guadalajara á D. Juan Martin bajo las órdenes del marqués de Zayas, militar nada á propósito para regir guerrilleros, se halló á principios de Julio casi desbandada la gente de aquel caudillo. Disolvióse la junta, y dejó el marqués el mando por disposicion del gobierno: volvió á mandar el empecinado como antes su gruesa partida, que á poco tiempo era ya tan numerosa como habia sido. Al mismo tiempo D. Juan Palarea, en tierra de Toledo, ya solo ya unido con otros partidarios, perseguia de continuo á los enemigos, cogiéndoles prisioneros, entre ellos un ayudante del príncipe de Neufchatel. D. Juan Abril los acosaba desde la cordillera hasta la corte, y pudo rescatar 14.000 cabe-

zas de ganado merino que conducian á Francia. Saornil los apretaba por la provincia de Ávila. En la Osa de Montiel les cogió varios prisioneros D. José Martinez de San Martin, unido con D. Francisco Abad, conocido por el nombre de Chaleco: estos dos partidarios, y otros muchos que andaban por toda la Mancha, mantenian la guerra siempre en pié, no dejando un momento de tranquilidad á los franceses, que no pudiendo acabar con nuestros guerrilleros, intentaban aterrarlos ahorcando ó pasando por las armas á cuantos habian á las manos: el resultado era aparecer colgados en las inmediaciones de Madrid tres ó mas franceses por cada español que ellos mataban. Contrista solo el referir escenas tan sangrientas.

Sonando así de dia y de noche el estrépito de las armas desde el Bidasoa hasta la isla Gaditana, y desde el cabo de Creus hasta el de Finisterre, lo mismo en las provincias litorales que en las mediterráneas, en el centro y á las puertas mismas del palacio en que moraba José, no se podia dar un rey que menos lo fuese. Su hermano mandaba en la Península segun su libre voluntad: los mariscales y generales franceses en nada dependian del titulado rey de España, ni con la supuesta majestad tenian el menor miramiento.

Aburrido José, viendo que todo el colosal poder de su hermano no era suficiente para ponerle en pacífica posesion ni siquiera de una aldea de España, resentido ademas del poco aprecio con que miraban su pretendida dignidad de rey, tanto el emperador como

sus generales, se propuso avenirse con los españoles, ofreciendo que si le reconocian por rey, se pondria enteramente en manos del gobierno y de las córtes. Llevó á Cadiz esta mision D. Tomás de la Peña, canónigo de Burgos, que lo hizo presente á la regencia del reino. Los regentes, sin necesidad de conducirse por los sentimientos del patriotismo y lealtad que los distinguian, tenian la respuesta en la mano; patente al mundo entero la insuficiencia de todo el poder de Napoleon, de la disposicion de ánimo de José, de la voluntad, aunque la tuvieran de la regencia y de las córtes, para llevar á cabo un pensamiento, cuya base tenia en armas á toda la nacion hacia ya tres años, y cada dia mas inflexible en su propósito. El comisionado se retiró, llevando á su comitente una respuesta digna de los que regian al pueblo mas leal y pundonoroso de la tierra. Podia disimularse á José una tentativa tan desatinada atendida su situacion; mas para acometerla y aprobarla sus ministros, debian de estar ciegos ó desesperados.



aunque hacia ya tiempo no se empleaba en España, no estaba, con todo, abolida por ninguna ley: el decreto en que se abolían los derechos jurisdiccionales, y todos los que eran exclusivos, privativos, y prohibitivos.

Por Junio de este mismo año dió la vuelta á Cadiz D. Francisco Zea Bermudez, viniendo de San Petersburgo, adonde había sido enviado por la regencia con una comision secreta; y manifestó que el emperador de Rusia estaba en ánimo de declararse contra la Francia, para lo cual deseaba que la España sostuviese la guerra por un año mas. Volvió Zea á Rusia con la respuesta de que la España no cedería ni en un año ni nunca, llevando al mismo tiempo poderes amplios para tratar con aquel gobierno.

No necesitaba la nacion española ni su gobierno el estímulo para mantenerse firmes, que les presentaba la buena disposicion del Czar; sin embargo, mucho confortó los ánimos, porque en ella se preveía fácilmente una poderosa diversion, cuando menos, de las fuerzas francesas que por necesidad había de ceder en alivio de la Península, para cuyo sometimiento estaba decidido Napoleon á emplear todo su poder, grande á la verdad. En la declaracion de la Rusia veían tambien los españoles la declaracion de la Europa, si los ejércitos de aquel imperio lograban quebrantar la prepotencia de los franceses, que estaba pesando sobre todo el continente; y por último, en la declaracion de la Europa la ruina del coloso.

Animada, pues, grandemente la regencia, continuaba atendiendo con incansable celo á la prosecu-



CAPITULO XVI.

Trasládase las córtés á Cadiz.—Sus decretos.—Prepárase la Prusia para la guerra contra Napoleon.—Es destinado Blake á Valencia.—Encuentros en aquel reino.—Ríndese el castillo de Oropesa.—Sitio de Murviédro. Batalla en sus inmediaciones. Capitula el castillo.—Lacy y Eroles en Cataluña causan mucho daño á los franceses.—Tambien en Aragon el Empeñinado, Duran y Mina.—Ballesteros en la serrania de Roná.—Pérdida de los franceses en la provincia de Leon.—Castaños en Extremadura.—Ataque de Arroyomolinos.—Ocupan los franceses á Asturias.—Entra Porlier en Santander.—Provincias Vascongadas; Mina en Navarra.—Sitio de Valencia.—Capitula.—La carrera de Murcia.—Entrega de Peñíscola.—Defensa de Tarifa.—Sitio y toma de Ciudad Rodrigo por los ingleses.

EN 24 de Febrero de 1811 abrieron sus sesiones las córtés en Cádiz, adonde se trasladaron de la isla de Leon. Entre los trabajos en que se ocuparon merecen nombrarse la creacion de la órden militar de San Fernando para premiar el mérito sobresaliente en acciones de guerra desde los generales hasta el último soldado: un nuevo reglamento para las juntas de las provincias, que mejoró su constitutivo en beneficio de la causa pública: la prohibicion de la tortura, que

cion de la guerra. Y hallándose muy amenazada la importante ciudad de Valencia despues de la toma de Tarragona por los franceses, autorizó con amplias facultades, como ya hemos indicado, al regente general Blake para defenderla, dándole el mando del segundo y tercer ejército y de dos divisiones, que habiendo llegado á Almería el dia 31 de Julio, desembarcaron y se pusieron en marcha sin demora. Uniéronse en el camino con el tercer ejército que mandaba D. Manuel Freire, hácia la venta del Baul. Blake partió de allí para Valencia el dia 7 de Agosto. Trataron de acometer este mismo dia los franceses á los nuestros, por lo cual envió Freire por la derecha una division de 5.000 hombres y la caballería al mando de D. José O'donnell, para oponerse á los enemigos, que desgraciadamente rechazaron á los nuestros con pérdida por nuestra parte de 400 y tantos muertos y heridos, y de 1.100 entre estraviados y prisioneros; pero pudo retirarse Freire, que acometido tambien en sus posiciones, se habia sostenido en ellas hasta el dia 9 por la noche, que levantó el campo y se replegó sin tropiezo á Cullar, donde se reunió todo el ejército, y de allí se retiró por las montañas que hay á derecha ó izquierda del camino. Por la derecha iba el general Sanz con dos divisiones, con las cuales burlando la persecucion, y aun escarmentando al enemigo, llegó el 15 á Palmar de D. Juan. Por el otro lado el general Freire se vió en el mayor apuro; mas por último, despues de una marcha en estremo fatigosa, reunió las tropas del tercer ejército en Alcantarilla, habiendo tomado las dos divisiones

de la expedicion de Blake el camino de Valencia. Unióse al ejército de Freire el conde del Montijo, que aunque acosado por los franceses por el lado de las Alpujarras, los sorprendió en Motril cogiendo allí y en otras partes diferentes prisioneros. Tambien los incomodaban de continuo varios partidarios, que les quitaban con frecuencia el fruto de su pillaje de que iban cargados. Habia acudido el mariscal Soult en refuerzo del general Leval, encargado de perseguir á Freire; pero noticioso de los sucesos que ocurrían en Extremadura, y de que el general Ballesteros se habia dejado ver en la serranía de Ronda, no quiso pasar adelante.

Blake en Valencia, amenazado por Suchet, se preparó á su defensa, fortificando, entre otras buenas medidas que tomó, el castillo de Oropesa y mejorando las fortificaciones de Murviedro. Suchet, en efecto, con 22.000 hombres, se puso en marcha desde Tortosa para Valencia el 15 de Setiembre. Intimó en el camino la rendicion al castillo de Oropesa, cuyos fuegos, que dominaban el camino real, le obligaron á tomar otra ruta. En seguida se presentó el dia 21 delante de Murviedro, la antigua Sagunto, tan célebre en la historia por su heroica defensa contra los cartagineses mandados por Anibal. A las tres de la mañana del dia 28 intentó Suchet sorprender al castillo. Embistieron los franceses, pero vigilante la guarnicion fueron rechazados con pérdida de 400 hombres y herido el general Gudin; habiendo animado á los españoles el gobernador D. Luis María Andriani, recordándoles el valor de los antiguos sagun-

tinios. Envió Blake algunas tropas por distintos puntos para llamar la atención de Suchet, que las hizo retirar después de haberse batido bien. Alejadas, trató de acometer el castillo de Oropesa, defendido por 250 hombres, y cuatro cañones, al mando del capitán D. Pedro Gotti. Cerca del mar había una torre que se llamaba del Rey, y que defendían 170 soldados mandados por el teniente D. Juan Campillo. El día 8 empezaron á batir los franceses el castillo con artillería gruesa. El día 10 llegó Suchet, y abierta una gran brecha en la muralla, el gobernador, no pudiendo sostenerse, hizo una decorosa capitulación. La propuso también Suchet al teniente Campillo que defendía la torre; pero éste se negó á todas sus proposiciones, y después de haberse defendido con denuedo pudo librarse por mar, á pesar de las muchas dificultades que se presentaban, no poniendo el pié en los buques hasta que vió embarcada toda su gente.

Desembarazado así el mariscal Suchet, se ocupó decididamente en el sitio de Murviedro. Por desgracia no tenían los nuestros piezas de mas calibre que de á doce, y de estas solamente dos; entre todas, 17. La actividad y rapidez con que se acercó Suchet, no permitió introducir otras mas gruesas. Así, á pesar de los muchos obstáculos que presentaba el terreno, no incomodado el enemigo por los fuegos del castillo que no alcanzaban adonde estaba trabajando, pudo establecer una batería de brecha á distancia proporcionada al calibre de su artillería. Abrieron brecha el 18: emprendieron el asalto, y después de varias

acometidas, en todas las cuales fueron vigorosamente repelidos, desistieron de su intento con pérdida de 500 hombres. En esto trató el general Blake de hacer á Suchet levantar el sitio. A este fin se puso en marcha desde Valencia el día 24 con mas de 25.000 hombres, entre ellos 2.550 de caballería. Preparado Suchet para recibirle, se trabó la pelea el 29 por la mañana: condujéronse los nuestros en ella con órden y acierto, haciendo al mismo tiempo prodigios de valor; resistiéndose y acometiendo á los franceses con tal bravura, que les arrollaron una y muchas veces, hiriendo al general París y otros oficiales de graduacion, y al caballo del general Harispe. Deshicieron á los húsares franceses, y se apoderaron de algunos cañones: quedó herido el mismo Suchet en un hombro. Hubo la desgracia de que también fueron heridos los generales españoles D. Juan Caro y D. Casimiro Loy que mandaba la caballería, y cayeron prisioneros; con cuyo accidente, desanimados los nuestros, los arrolló el enemigo por aquella parte. En otros puntos se peleó con no menos teson, y al principio con éxito favorable para los nuestros, pero fué acometida de flanco una division y se dispersó. Por último se retiraron con pérdida de mas de 3.900 hombres entre prisioneros y estraviados, 12 piezas de artillería, y 900 hombres entre muertos y heridos: la de los franceses ascendió á 800. Propuso entonces Suchet una capitulación honrosa al gobernador de Murviedro, que cerciorado de lo ocurrido por un oficial que envió al campo enemigo, la aceptó, saliendo prisionera la guarnición con los honores de la guer-

ra: se componia de 2.572 hombres. Importante fué para los franceses la toma de Murviedro: con todo no se determinó Suchet á embestir en seguida á Valencia, acordándose de su malograda tentativa del año 10, y del descalabro que allí sufrió el año de 8 el mariscal Moncey. Así se detuvo, esperando refuerzos.

Para que no pudiese recibirlos tan fácilmente, ni en abundancia, trabajaban activamente las tropas y las partidas españolas en las provincias linderas de Valencia. En Cataluña, acomodándose D. Luis Lacy al carácter de los catalanes, favoreció mucho á los somatenes y partidas del país, sin dejar por eso de arreglar y disciplinar las tropas con incesante cuidado. Era recto y vigilante, y perseguía con inteligencia y perseverancia á los franceses; y así le amaban los catalanes, cuyo ánimo fiero é inquieto se fortaleció y repuso del pasado abatimiento. En medio pues de numerosas huestes enemigas, se sostenía Lacy con sus catalanes; fortificaba pueblos y montañas, y á la vista del enemigo reunía é instruía la gente bisoña.

El día 12 de Setiembre se apoderó en persona de las islas Medas en la embocadura del Ter, donde habia un castillo guarnecido por los enemigos, que tuvieron que abandonarlo, que inútilmente intentaron despues recobrarlo. El 4 de Octubre, acompañado del baron de Eroles, acometió en Igualada á los franceses, que perdieron 200 hombres, encerrándose los demas en el convento de Capuchinos que tenia fortificado. El día 7, combinados los movi-

mientos con el baron de Eroles, sorprendió éste un convoy, perdiendo los enemigos otros 200 hombres: de modo que llenos de miedo los franceses desocuparon el convento de Capuchinos de Igualada, la villa de Casamasana, y el monasterio de Monserrat que incendiaron; y se retiraron apresuradamente á Barcelona.

Partió Lacy á Berga donde residia la junta del principado; y en su ausencia acometió el baron de Eroles á la guarnicion de Cervera que constaba de 643 hombres, y la hizo prisionera el día 11, aunque atrincherada en la universidad, edificio fuerte. También hizo prisioneros el día 14 150 franceses de la guarnicion de Bellpuig, muertos los demas en la defensa. Dió entonces el baron la vuelta hácia el norte, rechazó á los enemigos en Puigcerdá el 26 de Octubre, y los escarmentó de firme el día 27. Habia combinado sus movimientos con Eroles D. Manuel Fernandez Villamil, gobernador de la Seu de Urgel, quien entró en Francia, batió á los franceses, exigió contribuciones, y volvió sosegadamente á España. Al mismo tiempo las partidas aumentaban la zozobra de los franceses, que se veian rodeados por todas partes, acometidos por todos lados, y precisados á emplear todo un ejército cada vez que tenian que abastecer á Barcelona.

Habia regresado á Francia el mariscal Macdonald, y le sucedió el general Decaen, que con 14.000 infantes, 700 caballos, y 8 cañones, hizo venir un convoy á Barcelona de donde salieron también 4.000 hombres á sostenerle. No tenia Lacy ni la mitad

de esta fuerza: no obstante, trató de hostilizar al enemigo, lo verificó por todo el camino, y al retirarse Decaen con 5.000 infantes, 400 caballos y 4 piezas de artillería, después de haber entrado el convoy en Barcelona, le rechazó del camino de Vich, y le persiguió hasta Granollers.

Unidos en Aragon Durán y el Empecinado, acometieron á los franceses en Calatayud, y los hicieron prisioneros en número de 566, el día 4 de Octubre, después de haber rechazado el día 1.^o el Empecinado una columna enemiga que venia en su socorro cogiendo prisionero al coronel Gillot que la mandaba. El general francés Musnier, gobernador de Zaragoza, salió en seguimiento de los nuestros, y aunque muy reforzado por haberse unido á la tropa que ya mandaba una fuerte division de cerca de 10.000 hombres, tuvo que retroceder, por haber aparecido Mina en las Cinco Villas. Perseguido con encono este caudillo por los franceses, á quienes tantos daños causaba, habia sabido frustrar todos sus planes, hasta el punto de que irritados pregonaron su cabeza, la de su segundo D. Antonio Cruchaga, y las de otros de sus subalternos. Tampoco adelantaron nada. Trataron entonces de sobornarle con magníficas promesas de honores y riquezas, para lo cual le enviaron comisionados con un salvoconducto que él les dió. Conveniale á Mina ganar tiempo, y los iba entreteniendo con dilaciones estudiadas, cuando tuvo aviso de sus confidentes de que se le armaba una celada, cuya noticia le confirmaron varias señales que advirtió. Arrestó entonces á los emisa-

rios y se los llevó consigo. Entró poco después en Aragon; y el día 11 de Octubre atacó en Ejea un puesto de gendarmes, y mató algunos, huyendo los demas. El 16 acometió á Ayerbe; fué de Zaragoza una columna contra él, pero tuvo que retirarse camino de Huesca: la persiguió Mina tan estrechamente, que los franceses tuvieron que caminar formados en cuadro hasta mas allá de Plasencia de Gállego, y peleando siempre: los acometió allí á la bayoneta D. Gregorio Cruchaga, y estando ya muchos de ellos heridos, y después de haber muerto mas de 300, se rindieron con su jefe Cenopiere gravemente herido. Alarmado con estos sucesos el general Musnier habia vuelto apresuradamente á Zaragoza, desde donde salió en persecucion de Mina: pero éste se evadió por en medio de las muchas tropas que de todos los puntos se agolparon contra él, y pasando á Navarra y de allí á Guipúzcoa llegó á Motrico, hizo prisionera la guarnicion enemiga de aquel puerto, y la embarcó en él con los demas prisioneros que llevaba.

Por otro lado el Empecinado bloqueaba á Molina, cuya guarnicion encerrada en el castillo estaba próxima á rendirse, cuando fué socorrida el 25 de Octubre, si bien con mucha pérdida de los que venian en su auxilio, los cuales fueron acometidos por el Empecinado. Volaron entonces los franceses el castillo y se retiraron. El mismo caudillo rindió el 6 de Noviembre á 150 franceses que guarnecian á Almunia: se defendió en seguida muchas veces contra ellos, recorrió el Aragon, hizo varios prisioneros y se apode-

ró de muchos efectos de los enemigos. Unido despues con Durán, que por su parte habia peleado tambien con buen éxito varias veces, se incorporaron los dos en Milmarcos con el conde del Montijo que tenia 1.200 hombres, y por órden de Blake debia mandar toda aquella fuerza reunida.

Todo le parecia poco á Suchet para su empresa de Valencia, y desesperábale lo que pasaba en Cataluña y Aragon, donde tenian que ocuparse grandes fuerzas destinadas á reforzarle. No menos le aquejaba lo que sucedia en Granada y Ronda. El general Ballesteros habia desembarcado en Algeciras el dia 4 de Setiembre, y de allí pasó á Jimena, donde le acometió el coronel francés Rignoux, que atraído por Ballesteros, el cual con este intento habia evacuado el pueblo, fué derrotado por los nuestros y perdió 600 hombres. Envió entonces Soult cerca de 10.000 hombres contra el general español, mas éste con destreza pudo ampararse del cañon de Gibraltar, y quedaron burlados los franceses que habian contado de seguro con envolverle. Se retiraron entonces y volvieron á Algeciras, cuyos habitantes habian pasado á la Isla Verde. Retirados de allí los franceses, sorprendió Ballesteros la noche del 5 de Noviembre al general enemigo Semelé en Bornos, cogiéndole 100 prisioneros, y haciéndole huir.

Si llamaba mucho la atencion de los franceses el mediodía de España, no menos cuidado les daba el norte. Mandaba inmediatamente el 6.^o ejército D. Francisco Javier Abadía, sucesor de Santocildes. Ocupaba el ejército parte de la provincia de Leon

hacia el Orbigo, permaneciendo en Asturias una division. El 16 de Agosto fué sorprendida en el pueblo de Almenara la guarnicion enemiga, que perdió mas de 130 hombres. El 25 del mismo mes acometieron los franceses, mandados por el general Dorsenne, y emprendieron los nuestros una retirada bien dirigida, peleando siempre con los enemigos, que perdieron mucha gente, muriendo el coronel Barthez y el general Corrin, y apoderándose los españoles de la águila del 6.^o regimiento de infanteria. Los franceses no pasaron de Villafranca del Bierzo, de donde retrocedieron el dia último de Agosto, avanzando en seguida los nuestros. Quedaron sin embargo posesionados los franceses de la ciudad de Astorga, y caminó el ejército á unirse con el mariscal Marmont, que intentaba socorrer á Ciudad-Rodrigo amenazada por los ingleses.

Juntos los ejércitos enemigos hacia Tamames componian 60.000 hombres, 6.000 de ellos de caballería, y mucha artillería. Estaba situado lord Wellington en Fuenteguinaldo, Bodon y pueblos inmediatos. Visto el gran número de tropas enemigas, no se movió el general inglés, y la plaza fué socorrida; pero los aguardó con resolucion en sus posiciones. Acometieronle los franceses: pelearon los ingleses con valor é inteligencia, y fueron retirándose de las primeras posiciones hasta Fuenteguinaldo, á cuyo fuerte aspecto se detuvieron los franceses. Retiróse sin embargo tres leguas lord Wellington, que tenia formado su plan, y en seguida otra legua mas; pero cuerdos los franceses, se retiraron tambien Marmont

hacia Plasencia, y Dorsenne camino de Valladolid y Salamanca.

Empezó entonces lord Wellington á disponerse para sitiar á Ciudad-Rodrigo, para lo que le daba bastante vaga lo ocupados que por todos los puntos de la Península tenían á los ejércitos franceses las tropas y partidas españolas. D. Julian Sanchez, que como hemos dicho, mandaba una por aquella parte de Ciudad-Rodrigo, cogió prisionero el 15 de Octubre al mismo gobernador francés de esta plaza Renaud, que con doce caballos habia salido á hacer un reconocimiento, y se apoderó al mismo tiempo de 500 reses, que la guarnicion sacaba á pastar fuera de la plaza.

En Extremadura mandaba el 5.º ejército el general Castaños, aunque estaban igualmente bajo su autoridad el 6.º y el 7.º. Alrededor de sus tropas menudeaban tambien las partidas, distinguiéndose como en todas partes, en hostigar continuamente á los franceses. Habia caido en manos de éstos el coronel inglés Graut, y á las mismas puertas de Talavera lo libró el día 8 de Octubre el partidario D. Antonio Temprano. Por su parte el general Castaños, ya que rodeado de enemigos y no auxiliado por los ingleses que se mantenian inmóviles en el Alentejo, no podia emprender cosa de importancia, atendia con esmero á mantener la disciplina en sus tropas, el órden y tranquilidad en los pueblos. Para todo, forzoso le fué imponer castigos graves á pesar de su natural moderacion. Mandó formar causa á José Pedrezuela y á su mujer, que en el distrito de Pie-

dralaves y Ladrada estuvieron cometiendo por espacio de tres meses los mas horrosos atentados. Fingiése el marido comisionado de la Regencia; y tenido como tal por los pueblos y partidas del país, condenaba á muerte á fuer de patriota, y él mismo ejecutaba la sentencia del modo mas atroz, ayudándole su mujer que tambien condenaba por sí sola, y ejecutaba sus sentencias con refinada crueldad. Se les probaron judicialmente 13 asesinatos, pero se les imputaban con bastante fundamento mas de sesenta. Por fin, el tribunal los condenó á muerte, y se ejecutó la sentencia en Valencia de Alcántara el día 9 de Octubre. En la misma villa, en 25 del mismo mes, perdió tambien la vida D. Benito de Ciria, corregidor de Almagro por el gobierno intruso. Acometió en 29 de Setiembre á los franceses en aquella ciudad el partidario Chaleco, los derrotó y cogió muchos prisioneros; el capitán de su partida D. Eugenio Sanchez aprehendió cerca de la ciudad, durante la refriega, al referido corregidor, á quien sentenció á muerte un consejo de guerra por haber él condenado á la misma pena á muchos españoles, sin mas causa que haberse conducido como buenos patriotas, y por otras muchas violencias que cometió.

Mas disgustado el general Castaños con la inaccion á que se veia precisado, y careciendo ademas de lo necesario para mantener sus tropas, por haberle estrechado sumamente los franceses, hizo presente á lord Wellington la conveniencia de que avanzasen algunas tropas de su mando para unirse con los españoles, y emprender un movimiento contra los ene-

migos. Convino en ello el lord, y envió al general inglés Hill con cerca de 14.000 hombres: entró en Extremadura por la parte de Alburquerque, y uniéndosele 5.000 españoles al mando del general Giron, segundo de Castaños, se fueron retirando á Cáceres todos los destacamentos enemigos que al paso habia. Abandonaron en seguida tambien á Cáceres, y prosiguiendo los aliados en su alcance, dispusieron atacar al general Girard que hizo alto en Arroyomolinos, y no creia ni tenia la menor noticia de que se acercasen á aquel pueblo sus contrarios. Dista Arroyomolinos seis leguas de Cáceres, está situada la villa en un alto, y se sube á ella con trabajo. Apostáronse los aliados silenciosamente no lejos de la villa antes de amanecer el día 28 de Octubre, con recio temporal y copiosa lluvia. A las 7 de la mañana empezaron á marchar contra el pueblo por distintos puntos. Girard, que nada sabia ni aun recelaba, salia entonces con direccion á Mérida, despues de haber hecho salir antes de amanecer una brigada por el mismo camino: el resto de su tropa permanecia en el pueblo. Acometieron los aliados á Girard y fácilmente le deshicieron, al mismo tiempo que por otro punto entraban en el pueblo. Salvóse el general francés con pocos de los suyos; pero cayó prisionero el duque de Aremburg, el general Bruin, el jefe del estado mayor, muchos oficiales y 1.400 soldados; y quedaron, ademas, muertos y heridos 400 hombres: perdieron tambien tres piezas de artillería, dos banderas, armas, efectos y todo el bagaje: los aliados perdieron solamente 100 hombres, 30 los españoles, y 70 los

ingleses y portugueses. Salvóse la brigada que habia salido de Arroyomolinos antes del ataque, y llegó á Mérida, donde entraron luego los españoles y en seguida los ingleses; pero avanzando con fuerzas superiores los franceses, se replegaron los españoles á Cáceres, y los anglo-portugueses al Alentejo.

Quedó pues, en esta ocasion con honor y lleno de satisfaccion el 5.º ejército. En el 6.º, situado en Asturias, Galicia, y parte de la provincia de Leon, nada ocurrió de importante en este tiempo, sino la bien ordenada retirada que efectuó su primera division acantonada en Asturias al mando de D. Francisco Javier Losada. Hizo una irrupcion el general Bonnet en el Principado con 12.000 hombres por los puertos de Pajares y de Ventana con ánimo de envolver á los nuestros; pero Losada habia tomado con tiempo tan atinadas disposiciones, que pudo retirarse sin tropiezo hácia el Narcea, salvando todos los efectos pertenecientes al ejército y á la hacienda pública. Avanzaron contra él los franceses y retrocedió algun tanto; pero dando de allí á poco sobre ellos, les obligó á retirarse á su vez. Fueron avanzando en seguida los nuestros por aquel lado, y por el opuesto el activo é intrépido Porlier; de manera que se vió circunscrito el enemigo casi únicamente al camino desde Oviedo á Leon por el puerto de Pajares.

Mandaba D. Gabriel de Mendizabal el 7.º ejército, compuesto de tropas bastante heterogéneas, y cuyos jefes, como partidarios al principio, y creadores por consiguiente de la fuerza que mandaba cada uno, se mantenian independientes unos de otros. Formá-

bánle principalmente las tropas de Porlier, Merino, Mina, Longa, Jáuregui, á que se agregaban otras partidas no despreciables. Revistólas todas Mendizabal en este verano, en el cual ocurrieron por aquella parte sucesos dignos de referirse. Fué uno de ellos la entrada de Porlier en Santander. Tenia ya este caudillo por el mes de Junio mas de 4.000 hombres regularmente vestidos y disciplinados. Desde la Liébana hacia con parte de ellos sus correrías en Castilla, donde acopió 8.000 fanegas de trigo, atravesando por en medio de los enemigos, y sosteniendo con ellos muchas veces serios y peligrosos combates. Provisto ya de víveres acometió á Santander el día 14 de Agosto. Componiase la guarnicion enemiga de 500 hombres, cuyo comándante Rouget, puesto al frente de ella, trató de defenderse dentro de la ciudad, pero fué completamente derrotado, y apenas pudo librarse él con unos 100 soldados. Enseñoreáronse los nuestros de la ciudad y de varios fuertes que habian levantado los enemigos, quedándoles solamente el de Torre la Vega, despues de una pérdida de 400 hombres, ademas de los prisioneros, que fueron bastantes. Dueños así los nuestros de casi toda la provincia de Santander, se proveyeron de muchas cosas, y no evacuaron la ciudad hasta que recibió Rouget refuerzos considerables. Ocupaba ademas Porlier con parte de su gente el terreno hasta las provincias Vascongadas, y aun consiguió dar un golpe á los franceses junto á Balmaseda á últimos de Setiembre. Tambien los acometia Longa muchas veces con ventaja: otro tanto hacia Jáuregui

con los demas partidarios. Reunió Mendizabal cerca de sí á Longa y á Merino, y dió mucho que hacer á los enemigos por aquella parte con gran provecho así de los demas ejércitos como de los ingleses en Portugal, por la mucha fuerza que tenian que emplear los franceses en el norte de la Península.

No tenia ya tanto que hacer el valiente Espoz y Mina en Navarra, porque, desesperanzados los enemigos de destruirle, y llamados de otros cuidados habian dejado de perseguirle, y se mantenia tranquilo, dueño, se puede decir, de Navarra, escepto Pamplona y demas puntos fortificados. Pero tuvo el sentimiento de que desesperados los franceses aumentaron su crueldad contra los padres y familias de los que le seguian, arcabuceando á éstos sin piedad, y contra el derecho de la guerra. Publicó por lo tanto en 14 de Diciembre un manifiesto en que acriminando el inicuo proceder de los generales franceses, declaraba *guerra á muerte y sin cuartel á jefes y á soldados, incluso el emperador de los franceses*, y dictaba otras medidas de rigor; amenazas que pasaron á ser hechos, los cuales forzaron á los franceses á contenerse en los límites que señalan las leyes de la guerra.

No menos cuidadosos que en el norte andaban los franceses hácia Valencia, cuya conquista era objeto de los deseos de Napoleon y de Suchet, quien por órden de su amo hacia ya tiempo que se estaba preparando para ella; y se impacientaba hasta lo sumo al ver que las maniobras de nuestros ejércitos y partidas en otros puntos impedian que se le incorporasen las tropas que esperaba y necesitaba para su empresa.

Ocupaba con su ejército la ribera izquierda del Turia; los nuestros la derecha; y ambos ejércitos habian estado fortificando por mucho tiempo sus respectivas posiciones. Ascendian las tropas españolas á 22.000 hombres distribuidos y atrincherados en la inmediacion de Valencia, cuyas fortificaciones tambien se aumentaron: agregáronse no mucho despues otros 4.000 hombres del tercer ejército al mando de Freire, que con ellos se situó en Requena. La reunion de fuerzas tan considerables, disciplinadas ya y bastante fogueadas, las posiciones fuertes que ocupaban, la numerosa artillería, el aspecto, en fin, y la actitud militar que presentaba Valencia y sus inmediaciones, persuadieron á Blake, ya de suyo poco aficionado á otro género de guerrear que no fuese estrictamente facultativo, á no estimular al paisanaje ni á las guerrillas, aunque habian asomado algunas alrededor de su ejército. La defensa pues, de Valencia fué por esta vez puramente militar, aunque no dejaron de concurrir á ella guerrilleros y paisanos.

Recibió por fin Suchet una buena parte de los refuerzos que tenia con vivas instancias solicitados, y en el último tercio del mes de Diciembre reunia ya 34.000 hombres, entre ellos unos 2.650 caballos, guardado ademas por otras fuerzas de su nacion por la parte de Cuenca y de Murcia. Acometió pues el 26 de Diciembre la izquierda de los españoles, pasando el Turia ó Guadalaviar por Ribaroja. Pelearon bien nuestros soldados de caballería mandados por D. Martin de la Carrera, y uno de ellos tendió herido en el suelo al general enemigo Bousard dejándole

por muerto, despues de haber perdido la vida en su rededor algunos ginetes y un ayudante de los suyos. Pero se reforzaron los enemigos, acometieron, y rescataron á Bousard; entonces nuestra caballería se replegó camino de Alcira. En Manises, á una legua de Valencia, hallábase May, que acometido tambien, hubo de retirarse, habiéndose sostenido por poco tiempo. Igualmente lo fué el general Zayas en Mislata, donde no solo se defendió con teson, sino que derrotó á los enemigos; de modo que por aquel lado se presentaba decidida la victoria en favor de los españoles. No así por otros puntos donde llevaron la mejor parte los franceses, á pesar de los esfuerzos que hicieron varios cuerpos de los nuestros, con lo cual amenazado Zayas tuvo que abandonar su posicion, y todas las divisiones se retiraron parte á las riberas del Júcar, y parte hácia Valencia. Signiéronlas los franceses, al mismo tiempo que por la parte del Grao se dieron la mano con los que habian roto la izquierda de los nuestros; de este modo se halló cercada Valencia, donde quedó encerrado Blake y una gran parte de ejército; la otra con May al frente fué la que se dirigió hácia el Júcar.

Encerrado Blake en Valencia, y acordonada la ciudad por el ejército enemigo el dia 26, no habia medio entre salvarse el ejército rompiendo por entre los franceses, y defenderse la ciudad como se defendió Zaragoza. Estuvieron por lo primero los generales y el mismo Blake; pero hubiera sido necesario verificarlo aquella misma noche, antes que los franceses se previniesen para impedirlo, y como para ello

habia que dar raciones á la tropa, juzgó Blake que no habia tiempo para todo, y difirió la salida para el dia siguiente. Ocurriéronse al general nuevas dificultades, que podia y debia haber previsto con tiempo, para que saliese el ejército, y volvió á diferirse la partida para la noche del 28. Quedando, pues, encargado de la plaza con alguna fuerza D. Carlos O'Donell, salieron efectivamente las demas tropas por la puerta de San José. Iba delante Lardizabal con su division, despues Zayas y Blake, y por último D. José Miranda con la retaguardia. Rompió el primero el coronel Michelena, quien con Lardizabal fué caminando sin obstáculo, hasta que tropezando con una acequia, despues de haber pasado otra, no pudiendo cruzarla, se dirigió á una casa que se comunicaba con las dos márgenes de la acequia, y pasó al otro lado con su gente engañando á los franceses que le dieron el *quién vive*. No le imitó Lardizabal: se detuvo, y de consiguiente todo el ejército que venia detrás. Vió Blake desde el puente de San José donde estaba, la detencion de la tropa, estuvo indeciso algun tiempo, y por último, mandó que volviese toda á la ciudad. Michelena siguió su camino; y aunque tropezó varias veces con enemigos, no por eso detuvo su marcha, y aun cogió y llevó consigo algunos prisioneros, con los que entró por la mañana en Liria.

De vuelta Blake en Valencia, ocurrieron graves disensiones y conflictos con el vecindario, que como era natural se hallaba sumamente alarmado con el mal estado de las cosas, viendo tan espuesta la ciudad,

y malogrados los grandes sacrificios que habia hecho para su defensa, confiada enteramente á la autoridad é inteligencia del general, cuyas providencias y operaciones en nada habian contrariado los vecinos. Contuvo Blake el descontento con providencias mas enérgicas que las que habia tomado para salvar el ejército. Suchet entre tanto estrechaba la plaza, y se iba apoderando de las fortificaciones, aunque con alguna pérdida, siendo señalada la del coronel Henri, oficial de mucho mérito. Adelantó tanto en sus trabajos, que Blake tuvo que abandonar casi toda la línea exterior.

Se acercaron con esto mucho mas los enemigos, y bombaron horrorosamente la ciudad en los dias 5, 6, 7 y 8 causando destrozos tanto mayores, cuanto ninguna prevencion se habia hecho de antemano para evitarlos, ó á lo menos minorarlos. Tampoco se habia hecho ninguna diligencia para la defensa interior, ni en ella se habia procurado interesar el ánimo de los habitantes: todo se dejaba al arte y fuerza militar, y esto con malísima direccion.

Hallábase pues Blake muy apurado; mas no por eso accedió á la rendicion que le propuso Suchet, quien continuó sus trabajos, aunque no sin pérdida de su gente; pues particularmente en la puerta de S. Vicente, defendida por Zayas, hallaron sus tropas una resistencia tenaz. Dispuestas ya un gran número de baterías á abrir brecha en la muralla, de suyo débil, propuso Blake al mariscal francés que le permitiese salir libre de la ciudad con todo el ejército. No convino Suchet, y exigió que quedase prisionera la guar-

nición saliendo de la plaza con los honores de la guerra; prometiendo que se respetaria la religion, las propiedades, &c. Aceptó Blake la capitulacion, y el dia 10 salió para Francia con la guarnicion que se componia de unos 16.000 hombres. Varon respetable por su saber y rectitud era el general D. Joaquin Blake; poco afortunado en la guerra, quizás por no saber diversificar en la práctica la teoria de la ciencia militar en que se distinguia. Encomendó su numerosa familia, desamparada y pobre, á la regencia del reino con palabras propias de un padre virtuoso. Encerrado en Vincennes, no lejos de París, debió su libertad á la caída de Napoleon en el año de 14.

Por supuesto que Suchet, en lo que menos pensó fué en cumplir la capitulacion. Contra su tenor fueron enviados á Francia muchos vecinos, y 1.500 religiosos; todos los que se encontraron: cinco fueron pasados por las armas; porque los franceses se empeñaban en atribuir á los frailes el alzamiento de la nacion contra ellos. Los Regulares, en lo general, participaban del espíritu nacional; no era este un efecto de su influencia: muy olvidado tenian los franceses el carácter de los españoles para ir á buscar en ese principio la causa de su resistencia. Cuando Francisco I amenazó á Cárlos V que si no accedia de grado á lo que le proponia, accedia *por fuerza*, le respondió el César que él no acostumbraba á hacer las cosas por fuerza; tampoco sus súbditos; y esto debieran tener siempre presente nuestros vecinos. No solo con los habitantes y frailes de Valencia quebran-

taron los franceses la capitulacion: tambien sacrificaron inhumanamente á 200 infelices prisioneros, porque despeados no podian caminar: ¡y nos llamaban bárbaros á los españoles!

D. Nicolas Mahy habia pasado á Alicante, y allí se dirigió tambien Freire desde Requene donde le dejamos. Al mariscal Suchet, que de todas partes habia pedido refuerzos para su empresa contra Valencia, ibanle, enviadas por Marmont desde Extremadura, dos divisiones de infanteria con la caballeria correspondiente, las cuales llegaron á Almansa el dia 9: el general Montbrun que las mandaba supo de Suchet el dia 11 que ya no era necesario aquel auxilio; pero continuó su camino con intencion de sorprender á Alicante, á cuya plaza intimó en efecto inútilmente la rendicion: lo único que hizo fué sacrificar á los pueblos con escesivas contribuciones y males sin cuento, y hacer ver á Suchet la dificultad de apoderarse de aquella plaza como habia pensado, lo mismo que de Cartagena, cuyo equivalente no era del puerto de Denia que tomó.

Emprendió en seguida Montbrun perseguir las tropas de Mahy que con las de Freire estaban situadas en Alicante y sus inmediaciones y parte de ellas en Cartagena y varios pueblos del reino de Murcia. Mandábalas ya D. José O'donell, y ascendian todas á unos 18.000 hombres, incluidas las del general Villacampa, quien poco despues pasó con ellas á Aragon. Tambien las perseguian el mismo Suchet, y el general Soult, hermano del mariscal. Entró éste en Murcia el 26 de Enero con 600 caballos; y hallábase en

una opípara comida que habia mandado preparar en su alojamiento, cuando tuvo que levantarse de la mesa tan azorado, que habiendo tropezado, rodó mas bien que bajó por la escalera y se maltrató bastante. Era la causa que D. Martín de la Carrera habia entrado en la ciudad con 100 caballos, debiendo penetrar en ella mas tropa por otros puntos. Salió Soult á caballo seguido de todos sus soldados: no entraron los que habian de ayudar á Carrera, sin que sepamos la causa; y así tuvo que lidiar con sus 100 ginetes nada mas contra los 600 caballos enemigos. Recorrió sin embargo la ciudad atropellando y dando muerte á muchos enemigos, hasta que se vió solo por haber perdido toda su gente. Cercado entonces por seis franceses en una plaza, todavía se defendió con la mayor bizarría por bastante tiempo, matando á dos; y aunque muy mal herido y desangrándose, no por eso quiso rendirse, peleando como un leon hasta que cayó exánime del caballo en la calle de San Nicolás, y allí murió. Saquearon horrorosamente los franceses á Murcia, y aquella misma noche evacuaron la ciudad, y se dirigieron á Lorca, cometiendo mil tropelías por todo el camino. La memoria del valiente la Carrera fué honrada dignamente despues de su muerte.

Ocurrió tambien por este tiempo otro suceso desgraciado. D. Pedro García Navarro, gobernador de Peñíscola, Península y plaza muy fuerte, bien provista, y guarnecida suficientemente por mil hombres, la entregó sin resistencia al mariscal Suchet, y despues se alistó en las banderas de José. Desleal y feí-

sima accion que por fortuna no recordamos tuviese en esta guerra copia, ni original. La guarnicion quedó en libertad, de la cual no sabemos cómo usarian los individuos de una junta militar, que segun la Gaceta del gobierno intruso aseguraban en la capitulacion "estar convencidos, con el gobernador, de que "los verdaderos españoles eran los que unidos al rey "D. José Napoleon procuraban hacer menos desgraciada su Patria." Los franceses entraron en Peñíscola el día 4 de Febrero.

Pero como son tan varios los sucesos de la guerra, siguiéronse á la pérdida de Peñíscola la gloriosa defensa de Tarifa, y la toma de Ciudad-Rodrigo. Flaca era la primera, pero mandaba en ella D. Francisco Copons y Navia, esclarecido militar valiente y leal; tenia por gobernador al coronel D. Manuel Davan, escelentes jefes de artillería y de ingenieros, y 2.500 hombres de guarnicion entre españoles é ingleses, cuyo coronel Skerret sirvió tambien de mucho con sus consejos. Asimismo los tarifeños contribuyeron por su parte aprontando 300 marineros. Acometiéronla 10.000 franceses mandados por el general Leval, y despues de haber abierto brecha en su débil muralla, dieron el asalto el día último de Diciembre, nada menos que 23 compañías dirigidas por un general. El éxito fué perder mas de 500 hombres, y retroceder humillados. Pidieron entonces suspension de armas para recoger los heridos que habian quedado en la brecha: se les concedió, y aun les ayudaron los nuestros con la mayor humanidad á recogerlos. Copons en seguida les hostilizó cuanto pu-

do; y habiéndose metido el tiempo en aguas, no solo se inutilizaron sus trincheras, sino que, anegado todo el terreno, tenían ellos mismos que padecer en extremo por no poder ni siquiera recostarse: y así fatigados y contristados se retiraron el 5 de Enero camino de Veger y Medina, despues de haber perdido en todo cerca de 2.000 hombres.

Con respecto á Ciudad-Rodrigo, hacia ya tiempo que Lord Wellington meditaba cómo apoderarse de ella. A este fin habia tomado sus medidas desde Portugal, y movidas sus tropas, con grande alegría de los castellanos cuando las vieron entrar y pasar por su territorio, comenzó el sitio el día 8 de Enero. Fueron apoderándose sucesivamente los anglo-portugueses de las obras exteriores, aunque defendidas con valor é inteligencia por los franceses. Entre tanto vigilaban el Tormes, impidiendo la comunicacion, D. Carlos España y D. Julian Sanchez; y tanto por esto, como por la proverbial lealtad de los castellanos, hacia ya días que estaba sitiada la plaza, y lo ignoraba la guarnicion francesa de Salamanca, ciudad tan inmediata á Ciudad-Rodrigo. En esta fué adelantando Wellington los trabajos, tomando posiciones y avanzando cada vez mas, hasta que desechada por los franceses la propuesta de rendirse, y abierta ya brecha, ordenó el asalto al empezar la noche del 19 de Enero. Resistieronlo los franceses al principio con serenidad, pero insistiendo con firmeza los aliados, se estendieron por la muralla y se hicieron dueños de la plaza. Componiase la guarnicion de 2.000 hombres; de estos habian muerto unos 300,

los demas y el gobernador quedaron prisioneros. Los ingleses perdieron 1.300 hombres, y murieron los generales Mackinson y Crawford. De resultas las Córtes dieron á Wellington el título de duque de Ciudad-Rodrigo con grandeza de España.

CAPITULO XVII.

Discuten las Cortes la Constitución.—Nueva regencia.—Estado de la guerra en Cataluña.—Entra Sarsfield en Francia.—Valencia y Granada.—Partidas.—Ballesteros.—Villemur y Morillo en Extremadura: desde allí hacen sus incursiones en la Mancha.—Evacuan los franceses á Asturias.—Séptimo ejército.—Renovales.—Mina en Navarra derrota al general Abbé.—Se apodera de un rico convoy en Arlaban.—Hubo de caer prisionero en Aragon.—Su sistema administrativo en Navarra.—Junta de Burgos sorprendida por los franceses, y arcabuceados sus individuos.—Terrible represalia de Merino.—Recobra Wellington á Badajoz.—Accion de Bornos.—Preparativos de la Rusia.—Proposiciones de Napoleon para la paz general.—Trata José por segunda vez de componerse con los españoles.

CON el estruendo de las armas, que no solo por toda la Península sino hasta dentro del mismo Cádiz resonaba, alternaban en aquel baluarte de la independencia española tareas políticas, y acontecimientos civiles de la mayor importancia. Continuaban los enemigos bombardeando la plaza, en cuyo recinto sin embargo discutian con gran presencia de ánimo las Cortes la Constitución que se proponian dar á la nacion española; suceso notabilísimo en la histo-

ria de nuestro gobierno, y que alarmó á los enemigos de innovaciones en esta materia. Empezaron á manifestar su disgusto de varios modos, ex-regentes, consejeros, y aun diputados de las mismas Cortes, en las cuales con este motivo hubo discusiones y debates acalorados. Al propio tiempo pensaron las Cortes en nombrar nueva regencia, descabalada la actual por haber caido prisionero D. Joaquin Blake; y reiriendo en los diputados grandes deseos de que empezase á gobernar otra con nuevos bríos. Fueron pues nombrados el dia 21 de Enero de 1812 el duque del Infantado, D. Joaquin Mosquera y Figueroa, del consejo supremo de Indias, D. Juan María Villavicencio, teniente general de marina, D. Ignacio Rodriguez de Rivas, del consejo Real, y el teniente general, conde del Abisbal: presidente por seis meses el primero y despues por otros seis cada uno de los demas por su orden. Mas adelante, en el mes de Setiembre, renunció su cargo de regente el conde del Abisbal, y fué nombrado en su lugar D. Juan Perez Villamil.

Mientras estas cosas pasaban en Cádiz andada muy empeñada la guerra en las provincias. La inteligencia, valor y actividad de D. Luis Lacy traian siempre agitados á los franceses. Pensó el caudillo español sorprender á Tarragona; y ya que no lo logró por haber prevenido su intento los franceses, acometió el 19 de Enero en Villaseca á un batallon; y aunque este se defendió por mucho tiempo y con la mayor porfia, lo cogió casi todo prisionero con su comandante. Unido luego con Sarsfield se aproximó á Vich, ocupada

por los franceses que la evacuaron á su llegada: vinieron despues á las manos en S. Feliu de Codinas, donde cayó prisionero el general Sarsfield, pero le rescataron cuatro de nuestros soldados: y prosiguiendo con ardor el combate, fueron vencidos los enemigos, que se retiraron apresuradamente. Entre tanto habia quedado en Reus el baron de Eroles; acometido por fuerzas muy superiores el dia 24 pudo contener su ímpetu con solas dos compañías, situadas en un bosque, mientras dispersa de su órden la division se salvaba dirigiéndose al monasterio de Santas Cruces, punto de reunion señalado por el general. Perdimos 500 hombres; pero tampoco fué corta la pérdida del enemigo. Reunida la tropa marchó Eroles por órden de Lacy hácia el valle de Aran en combinacion con Sarsfield, que entró el 14 de Febrero en territorio francés derrotando en el Hospitalet un batallon enemigo: exigió contribuciones en varios pueblos, se apoderó de 2.000 cabezas de ganado, tomó varios efectos militares, y regresó á España. Se dirigió entonces á Aragon: se situó en Roda, tierra de Benavarre: le acometieron el 5 de Marzo los franceses pero con muy mal éxito; pues perdieron al pié de mil hombres, quedando gravemente herido su general Bourke, y retirándose de noche y á las calladas á Barbastro, y de allí, llenos de miedo á Lérida. Conservaban los nuestros á Cardona y la Seo de Urgel, desde donde hacian irrupciones en Francia. Tambien ocupaban las islas Medas, inaccesibles á los enemigos que desde ellas recibian notable daño, especialmente de corsarios que allí se armaban. Por otros puntos

del Principado tampoco se les dejaba sosegar. En la villa de Darnius perdieron en 27 de Febrero 500 infantes y 20 caballos, acometidos por el primer batallon de S. Fernando. Milans, Robira, Manso, Fábregas y otros caudillos conseguian ventajas en varios puntos; y posesionados los nuestros de la montaña de Abusa, podian con seguridad instruir y adiestrar á la gente nueva que acudia á las armas diariamente.

Esto sucedia en el primer distrito. En el segundo habia nombrado la regencia comandante general de la provincia de Valencia al general Copons, á quien vimos poco há defender con honor la plaza de Tarifa. El segundo y tercer ejército que se reparaban de sus pérdidas en Murcia y ascendian los dos á 18.000 hombres, no dejaban de incomodar á los franceses por la parte de Granada y de Valencia, estendiéndose á veces hasta la Mancha, donde mandaba D. José Martinez de San Martin, siempre en acción contra el enemigo, lo mismo que D. Francisco Abad, conocido por Chaleco, cuyo segundo D. Juan Bacalles hostilizaba hácia la Carolina: hácia Jaen D. Bernardo Marquez, y el comandante de aquel reino D. Antonio Porta, quien el dia 5 de Abril se apoderó de parte de un convoy enemigo. Para reforzar estos dos ejércitos se estaba formando en Alicante una division, y otra en la isla de Mallorca. Al mismo tiempo asomaban la cabeza nuevas partidas en las inmediaciones de Valencia, de las cuales la que mandaba el P. Nebot quitaba muchas veces el sueño á los franceses con sus rebatos.

A este segundo distrito correspondian tambien las numerosas y célebres partidas de Duran, Villacampa y el Empecinado. Peleando éste el 7 de Febrero en Rebollar de Sigüenza con el general Gui, estuvo en mucho riesgo de caer prisionero y perdió en la accion 1.200 hombres: quedó prisionero su segundo D. Saturnino Albuin, el Manco, que entró al servicio de José y levantó una partida contra los nuestros. Hallóse con ella el 21 de Mayo en la Vega de Masegoso, donde esperó el Empecinado á los franceses, que fueron rechazados, huyendo tambien precipitadamente el Manco. El 9 del mismo mes habia entrado en Cuenca D. Juan Martin obligando á los franceses á encerrarse en edificios fortificados. En Calatayud cogió D. Ramon Gayan en 29 de Abril al comandante francés de aquel punto con 60 hombres; mas no pudo hacerse dueño del castillo. Tampoco pudo apoderarse del de Soria D. José Duran, pero entró en la ciudad el 18 de Marzo, á pesar de la resistencia de los franceses, de los cuales murieron algunos, y otros quedaron prisioneros, y libres diferentes particulares que tenian allí presos. En 28 de Mayo atacó tambien á Tudela que tenia el enemigo bien fortificada: asaltáronla los nuestros, entraron dentro, cogieron muchos pertrechos, y 100 prisioneros: el resto de la guarnicion, hasta cerca de 100 hombres, se recogió tambien al castillo.

Continuaba Ballesteros en el quatro distrito; y el 16 de Febrero acometió en Cártana al general francés Marrausin, que perdió mucha gente, y quedó el mismo muy mal herido: cargando despues sobre él gran

golpe de enemigos, se refugió al campo de Gibraltar. Pero la mayor parte del ejército de este distrito permanecia en la isla de Leon, donde se aumentaba y mejoraba en instruccion y disciplina, haciendo de cuando en cuando sus salidas, con que importunaba á los franceses.

El conde de Penne Villemur, y D. Pablo Morillo mandaban dos divisiones en el quinto distrito: el primero hacia sus incursiones en el condado de Niebla y ahuyentaba á los enemigos, con lo que respiraban por algun tiempo aquellos leales habitantes: el segundo las hacia por la Mancha, y el 14 de Febrero entró en Ciudad-Real con grande alegria de sus vecinos. Hizo algunos prisioneros, causó otras pérdidas al enemigo y se volvió á Extremadura. Tambien se las causaban los partidarios de este distrito, que no dormian, señaladamente por la parte de Toledo, donde se distinguia D. Juan Palarea.

En el sexto distrito evacuaron los franceses á Asturias al concluir Enero. Padecieron mucho en la retirada por lo rigoroso de la estacion, y acosados por la tropa y paisanaje. Picábales la retaguardia D. Juan Diaz Porlier con su caballería, cogiendo muchos que se retrasaban en la marcha por causa de las nieves, y apoderándose por la misma causa de caballerías y equipajes. Volvieron á invadir los franceses el Principado en el mes de Mayo, en busca de carnes para su ejército de Castilla. No les dejaron en paz los españoles; ni contra estos consiguieron ventaja alguna: antes bien quedaron muy pocos airosos en algunas ocasiones, como le sucedió al general

Gautier que no pudo, por mas que hizo, tomar el convento de San Francisco de Villaviciosa, defendido por el coronel de Laredo. Tampoco fué larga su estancia en el Principado de donde salieron por el mes de Junio.

Ya hemos dicho que el ejército del sétimo distrito se componia de fuerzas incoherentes, por la diferencia de su origen y construccion, y por la independencia que tenian unos de otros los jefes que las habian creado. Pero unianse cuando convenia, y desunidas acometian por separado, y cada cual de su cuenta, á los enemigos, que ciertamente ninguna utilidad reportaban de semejante linaje de guerra. A las veces poníase al frente ya de unos ya de otros el general de todos D. Gabriel de Mendizabal, y emprendia operaciones de alguna importancia. Estendianse estos cuerpos francos desde Asturias casi hasta el mismo Bidasoa, y bajaban muchas veces á las llanuras de Castilla. En el mes de Febrero reunióse en las Provincias Vascongadas la junta del señorío, la cual contribuyó mucho á que D. Mariano Renovales, con facultades de Mendizabal, levantase y reglase tres batallones de 1.200 plazas cada uno, y un escuadron de caballería, que todos pudieron hacer ya un servicio activo en la primavera de este año. Con ellos, y auxiliado por fuerzas navales inglesas recorría aquella costa Renovales, y acosaba á los franceses hasta en el mismo Bilbao. Sobresalian tambien en aquel país Longa y Jáuregui, quien sostenido por los ingleses tomó varios puntos fortificados y el puerto de Lequeitio á los enemigos, apoderándose de artillería y

pertrechos militares, y cogiendo algunos centenares de prisioneros.

La division del célebre Espoz y Mina que pertenecia tambien al ejército del séptimo distrito, continuaba causando daños notables á los enemigos, marchando y contramarchando, acechándolos, y acometiéndolos con frecuencia, y siempre con intrepidez, ya solo, ya unido con otros partidarios. El día 11 de Enero se batió con el general Alibé, gobernador de Pamplona, junto á Sangüesa: le cogió dos cañones y le causó de pérdida 400 hombres, teniendo que retirarse aquel general en la oscuridad de la noche para ponerse en salvo. Acompañó á Mina en esta ocasion Longa con su partida, y presenció la accion el general en jefe Mendizabal. Incansable Mina en hacer mal á los franceses, se apoderó el 9 de Abril de otro convoy ricamente cargado en el mismo sitio de Arlaban, donde sorprendió otro anteriormente segun hemos referido. Habian levantado en aquel punto un castillo los franceses, y colocado en él artillería; conducian además el convoy con mucha precaucion escarmentados con la rota y pérdida del año anterior. De intento Mina no aparecía por aquellos contornos, y sonaba á muchas leguas por la parte de Aragon. Suponíase, pues, allí los franceses; pero él, caminando en un día 15 leguas, apareció al romper el alba cerca de Arlaban, y cercó con sus batallones el convoy y la escolta que constaba de 2.000 hombres. Hicieron los nuestros una descarga, é inmediatamente acometieron á la bayoneta. Duró el combate una hora: quedaron en el campo 600 fran-

ceses, y perdieron dos banderas y 150 prisioneros. Salvóse parte de la escolta retrocediendo hasta el castillo; pero Mina se apoderó del convoy. Murió allí Mr. Deslandes, secretario de José, que al bajar del coche para huir, fué muerto de un sablazo. Respetaron los soldados á su esposa y otras señoras, lo mismo que á cinco niños, á quienes Mina remitió á Victoria. Pasó despues á Aragon, donde estuvo para caer prisionero, cercado en el pueblo de Robre, y acometido en su mismo alojamiento al amanecer del 23 de Abril, y no teniendo á mano otra arma que la tranca de la puerta, se defendió con ella esforzadamente en la misma puerta de la casa: acudió su asistente Luis, soldado valiente, y servidor fidelísimo, y con otros soldados sacaron á su jefe del apuro, y se salvaron todos. No por eso se arredró el intrépido Mina: continuó haciendo la guerra sin tregua, hasta que herido en Mayo de un balazo en el muslo derecho, y privado de su segundo el valeroso Cruchaga, á quien una bala de cañon habia llevado ambas manos y habia muerto de resultas, tuvo que retirarse y estuvo curándose hasta el mes de Agosto.

Tantas proezas daban verdaderamente á Mina un título para que los navarros, noblemente adictos á la causa general de la nacion, le respetasen, y obedeciesen á las autoridades civiles que habia establecido á su lado, y que en nombre del gobierno legítimo ejercian sus funciones, si bien casi siempre ambulantes, como su protector. Era de ver un país ocupado por numerosas huestes enemigas, gobernado por sus autoridades naturales, desconocida la de los opresores.

Tal fuerza adquirió Mina en aquel su país natal, que obligó á los franceses á partir con él los productos de las aduanas de la frontera, y á consentir en ellas un comisionado suyo encargado de la recaudacion.

Con la mayor impaciencia sufría esta humillacion el orgullo de los franceses, y cierto que á cualquiera precio se hubieran librado de tanta mengua: así no perdonaba medio ni fatiga para deshacerse de un adversario que tanto les pesaba. Y ya que no lo podian conseguir, descargaban su ira contra todo lo que tenia relacion con las partidas, porque todas les eran sumamente odiosas, á causa de los males sin cuento que les causaban. Sorprendieron por acaso el 21 de Marzo en Grado á cuatro individuos de la junta de Burgos, D. José Ortiz Covarrúbias, D. Eulogio Muro, D. Pedro Gordo y D. José Navas, y los arcabucearon en Soria, colgando despues sus cadáveres en la horca. Tambien quitaron la vida á varios dependientes de la junta que aprehendieron. Nada adelantaban con estos injustos rigores: las partidas se aumentaban con ellos; y no por eso se disolvian las juntas que, custodiadas por la fidelidad á toda prueba de los naturales, se mantenian firmes, fomentaban las guerrillas, y sostenian el espíritu de los pueblos con sus providencias, proclamas y diarios, en medio de los mismos ejércitos enemigos. Provocaban ademas estos bárbaros castigos represalias terribles. El cura Merino, en venganza de la atrocidad cometida con la junta de Burgos, en cuyo territorio campaba con su partida, quitó la vida á 110 franceses que habia cogido prisioneros. A cualquiera cuadra mal derramar

la sangre de tantas personas indefensas y rendidas: peor al sacerdote, ministro de un Dios de paz; mas tambien debe recaer el esceso sobre quien injustamente lo provoca. Los franceses (no nos cansaremos de repetirlo) se empeñaban en desconocer los derechos de la humanidad entera en gracia de su orgullo y dominacion universal; y porque les habia ido bien con este sistema en el resto del continente, querian seguir con él en España, creyendo sacar el mismo partido que en otras partes. Ya era tiempo de que se hubieran desengañado, y siquiera por su propio interes, hubieran mudado de conducta: pruebas tenian ya con abundancia de que la dignidad española no cede al orgullo francés, y de que al carácter español no se le doma con fieros ni con fierezas.

Consideraba lord Wellington desde Portugal, como desde una atalaya, lo mucho que trabajaban las guerrillas, y cuánto contribuían á la realizacion de sus planes, minorando diaria y notablemente las fuerzas enemigas, y ocupando las restantes en crecido número. Distraída así por necesidad la atencion de los franceses, calculó el general inglés que podia rendir la plaza de Badajoz antes de que acudiesen á socorrerla: y hechos los preparativos con toda reserva, se puso en marcha, y sentó en Yelves sus reales el dia 11 de Marzo, destinando algunas fuerzas suyas y el 5.º ejército español á los puntos convenientes para observar los movimientos de Soult y de Marmont, y para impedir su reunion si la intentaban como era de creer. Acercáronse los ingleses á Badajoz, empezaron los trabajos del sitio, y en medio de bastantes

contrariedades, ya del temporal, ya por parte de la guarnicion, rompieron el fuego el dia 25 con 28 piezas, y al anocheecer tomaron el fuerte de la Picuriña, con lo que adelantaron sus baterias. Tropezaban sin embargo con grandes dificultades, porque el gobernador de la plaza Philippon, militar tan práctico y entendido como valiente, oponia mil obstáculos al adelantamiento de los trabajos. No obstante, la constancia inglesa los habia superado todos, y ya estaban practicables las brechas cuando supo Wellington que se acercaba Soult á Extremadura; noticia que le aguijó á dar mas pronto el asalto. El dia 6 de Abril, á las diez de la noche acometieron los ingleses: se apoderaron á viva fuerza de las fortificaciones avanzadas, y llegaron hasta el foso delante de las brechas. Atascáronse allí, detenidos por la fuerte resistencia de los sitiados, y acribillados á mansalva por los franceses, sin resolverse á avanzar ni á retroceder por mas que hacian sus oficiales. Estaba ya Wellington para mandar que volviesen pié atras todos, cuando le llegó el aviso de que los suyos por un lado se habian apoderado del castillo, y por otro, escalado que hubieron el baluarte de San Vicente, se habian desparramado por la muralla, cogiendo por la espalda á los franceses que defendian las brechas: acometiéronlas entonces con brio los ingleses, y desanimados los franceses, se enseñorearon de ellos. Quedó prisionera la guarnicion, que ascendia á 5.000 hombres, de los cuales habian muerto mas de 800. Los ingleses perdieron al pié de 5.000 hombres. Desmandáronse escandalosamente los soldados ingleses

aquella noche y todo el dia siguiente, saqueando, violentando mujeres, y matando á mas de cien personas de uno y otro sexo, sin que los contuviese la voz de sus jefes, ni la autoridad del mismo Wellington: duró el desórden hasta que entraron nuevas tropas á contenerle.

Luego que supo Soult la caída de Badajoz, retrocedió, siguiéndole el alcance la caballería inglesa, que hizo huir á la suya. Villemur se habia aproximado á Sevilla, con cuya guarnicion se batió retirándose despues por órden de Wellington.

Por la parte de Castilla el mariscal Marmont, viendo ocupados á los ingleses en el sitio de Badajoz, quiso apoderarse de Ciudad-Rodrigo; salió de Salamanca con mas de 20.000 hombres, é intimó la rendicion á la plaza inútilmente: pasó á Portugal, hizo o mismo, tambien en balde con Almeida: siguió internándose en aquel reino hasta que la pérdida de Badajoz le hizo volver atrás.

Lord Wellington situó sus tropas entre el Águeda y el Coa, y trató de destruir las fortificaciones que los franceses habian levantado en el puente de Almaraz que habian formado de barcas, volado el de piedra que antes habia. Interesábale á Wellington esta operacion, porque así cortaba á los franceses la comunicacion entre Castilla y Extremadura; y salió felizmente con su intento, derribando el general Hill el 19 de Mayo los fuertes, destruyendo el puente, y cogiendo 250 prisioneros.

Entre tanto habia llegado Soult á Sevilla, y Ballesteros, que se habia adelantado á Utrera, se retiró

á la Serranía de Ronda; pero cayó repentinamente el 14 de Abril sobre Osuna, peleó dentro del pueblo con los franceses, los escarmentó y encerró en el castillo. Atacó despues en Alora á una columna francesa, y la cogió unos cuantos prisioneros y dos piezas de artillería. Mandaba la vanguardia Mourgeon, que topando el 23 con otra porcion de franceses, los acometió y desbarató. Despues de esto volvió Ballesteros al campo de Gibraltar, pero no estuvo allí mucho tiempo quieto, pues habiendo fortificado los franceses á Bornos para facilitar la comunicacion de la guarnicion de Sevilla con las tropas que estaban delante de Cádiz, los acometió en aquel pueblo el dia 1.º de Junio, vadeando el Guadalete. Peleóse allí reñidamente. Nuestra vanguardia, mandada por Mourgeon, y la division tercera que mandaba el príncipe de Anglona, consiguieron ventajas al principio; pero habiendo flaqueado otras, y desanimadas las demas, cargaron sobre todas con grande ímpetu los enemigos. Sin embargo, pasaron los nuestros el rio, protegiendo el paso con valor nuestra caballería y el príncipe de Anglona con alguna infantería. Perdimos 1.500 hombres en aquella accion, y en ella murió haciendo prodigios de valor D. Rafael Cevallos Escalera, que mandaba el batallon de granaderos del general: era oficial muy valiente: las Cortes honraron su memoria, y señalaron recompensas á su familia. La pérdida de los franceses en este combate tambien fué de consideracion.

No siempre, como acabamos de ver, tenian éxito feliz las empresas de los nuestros; pero entre sucesos

prósperos y adversos, los franceses tenían continuamente ocupadas un gran número de tropas. Bien lo sabia lord Wellington, y con esto contaba para sus planes. Así pues, persuadido de que no le incomodaria mucho Soult, hostigado siempre en Andalucía, y estando suficientemente defendida la Extremadura con las tropas del general Hill, y las del 5.^o ejército español, determinó abrir nueva campaña por Castilla: seguro por otra parte, de que Napoleon no enviaria refuerzos á España, por constarle que estaba próxima la guerra entre este emperador y el de Rusia.

Armábase en efecto el autócrata, dispuesto con el ejemplo de la tenacidad de los españoles, y de la prudente lentitud de los ingleses, á no omitir sacrificio alguno para sostener y prolongar la guerra hasta privar á Napoleon de la prepotencia con que estaba oprimiendo á todo el continente. Contaba para su empresa con la buena disposicion del emperador de Austria y mas príncipes de Alemania, así como de todos los de Europa, heridos por Napoleon en su honor, intereses é independencia; calculando con fundamento, ó cerciorado por palabras secretas, que á la primera ocasion favorable se declararían contra el común opresor.

Veia Napoleon los preparativos de la Rusia, y alegándolos por motivo, con otros diferentes, se decidió á declarar la guerra al emperador Alejandro: mas para aparentar, como siempre, que deseaba la paz, propuso al gabinete inglés una especie de acomodamiento, en que se trataba con especialidad de la pe-

nínsula española, debiendo devolverse el Portugal á la casa de Braganza, y declararse independiente *la presente dinastía de España*. Fácil es de adivinar la contestacion del gabinete británico: declaró que si por *dinastía presente* se entendia la de José, y no la de Fernando VII, no podia oír proposicion alguna para la paz. Comenzó pues la guerra saliendo Napoleon de Paris el dia 9 de Mayo hácia el Niemen que en la noche del 23 al 24 de Junio pasó al frente de 480.000 hombres, quedando á retaguardia otros 120.000. Invadido el territorio de Rusia, dejaremos allí á los franceses para volver á las cosas de España.

Convencido José de la imposibilidad de reducir por la fuerza á los españoles á rendirle obediencia, recurrió por segunda vez al medio de establecer negociaciones con la regencia y las córtes, autorizado para ello por su hermano, cuidadoso, con razon, por el aspecto que iba tomando la campaña contra la Rusia. Aseguraban á José sus emisarios que la regencia estaba pronta á entrar en tratos, accediendo á que se nombrasen comisionados de una y otra parte con toda reserva. La regencia, sin embargo, nada sabia de semejantes manejos: tampoco las córtes: todo era obra de los emisarios de José y de algunos tal vez de Cádiz, intrigantes ó desesperanzados del buen éxito de la causa nacional. De todos modos, recibió tantas seguridades el buen José por parte de sus agentes, que llegó á nombrar sugetos que se abocasen con los que debían salir de Cádiz: sueños de que le despertó bien pronto la realidad anunciada con el cañon. Tampoco le duró mucho la ilusion de

atraerse á los españoles, y debilitar al mismo tiempo la fuerza de las córtes, convocando otras en Madrid, segun le aconsejaban sus ministros, para lo cual dió pasos ostensibles y públicos. A tales desvaríos suelen apelar los que se ven totalmente perdidos: los pueblos oían con risa burlona el necio empeño de ser su rey un extranjero, que habia nacido tan distante del solio, hermano de un altivo soldado á quien aborrecían de muerte; intruso en el trono de San Fernando, arrojados de él pérfidamente sus nietos los príncipes naturales, un extranjero por último, que habia derramado á torrentes la sangre de los españoles por sostener su inicua y escandalosa usurpacion. Desvaneciéronse como el humo todos estos proyectos, y la guerra fué tomando un incremento asombroso, en medio de una miseria y hambre cruel, que afligian con especialidad á las provincias del centro y á la capital de la monarquía, en la cual murieron 20.000 personas en diez meses de los años 1811 y 1812. Procedia la penuria, no tanto del mayor consumo de los ejércitos, cuanto del desperdicio y destrozos particularmente por parte de los enemigos; de medidas económicas ruinosísimas que tomaba el gobierno de José, y de la imposición de exorbitantes contribuciones, aun en medio de la escasez y desolacion general. Mas tanto desastre y desventura se templó en gran manera con los prósperos sucesos militares que referiremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

Avanzan los ingleses.—Entran en Salamanca.—Batalla de los Arapiles.—Entran en Valladolid.—Sesto ejército en Tordesillas.—Entran en Madrid las tropas combinadas.—Pérdidas de los franceses en varias partes.—Levanta Soult el sitio de Cádiz.—Evacuan los franceses toda la Andalucía.—Accion de Castalla.—Espedicion siciliana.—Se pierde el castillo de Chinchilla.—Ventajas de los españoles en Valencia, Aragon y Cataluña.—Entran los aliados en Burgos.—Se retiran.—Wellington en Cádiz.—Su nombramiento de general en jefe.—Ópónese Ballesteros.—Redúcense los ejércitos españoles á cuatro de operaciones y dos de reserva.—Abolicion de la inquisicion, y otras disposiciones de las córtes.—Nueva regencia.—Tratados de paz.—La infanta Carlota.

RESUELTO lord Wellington á trasladar el teatro de la guerra al centro de Castilla la Vieja, abrió de nuevo la campaña, formando un plan de unidad en las operaciones que hasta allí se habian ejecutado separadamente. Salió de Fuenteguinaldo el dia 13 de Junio con direccion á Salamanca, y el dia 16 se situó á dos leguas de aquella ciudad. Evacuáronla aquella noche los franceses dirigiéndose hácia Toro, y dejando 800 hombres escogidos en los fuertes que ha-

atraerse á los españoles, y debilitar al mismo tiempo la fuerza de las córtes, convocando otras en Madrid, según le aconsejaban sus ministros, para lo cual dió pasos ostensibles y públicos. A tales desvaríos suelen apelar los que se ven totalmente perdidos: los pueblos oían con risa burlona el necio empeño de ser su rey un extranjero, que habia nacido tan distante del solio, hermano de un altivo soldado á quien aborrecían de muerte; intruso en el trono de San Fernando, arrojados de él pérfidamente sus nietos los príncipes naturales, un extranjero por último, que habia derramado á torrentes la sangre de los españoles por sostener su inicua y escandalosa usurpacion. Desvaneciéronse como el humo todos estos proyectos, y la guerra fué tomando un incremento asombroso, en medio de una miseria y hambre cruel, que afligian con especialidad á las provincias del centro y á la capital de la monarquía, en la cual murieron 20.000 personas en diez meses de los años 1811 y 1812. Procedía la penuria, no tanto del mayor consumo de los ejércitos, cuanto del desperdicio y destrozos particularmente por parte de los enemigos; de medidas económicas ruinosísimas que tomaba el gobierno de José, y de la imposición de exorbitantes contribuciones, aun en medio de la escasez y desolacion general. Mas tanto desastre y desventura se templó en gran manera con los prósperos sucesos militares que referiremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

Avanzan los ingleses.—Entran en Salamanca.—Batalla de los Arapiles.—Entran en Valladolid.—Sesto ejército en Tordesillas.—Entran en Madrid las tropas combinadas.—Pérdidas de los franceses en varias partes.—Levanta Soult el sitio de Cádiz.—Evacuan los franceses toda la Andalucía.—Accion de Castalla.—Espedicion siciliana.—Se pierde el castillo de Chinchilla.—Ventajas de los españoles en Valencia, Aragon y Cataluña.—Entran los aliados en Burgos.—Se retiran.—Wellington en Cádiz.—Su nombramiento de general en jefe.—Ópónese Ballesteros.—Redúcense los ejércitos españoles á cuatro de operaciones y dos de reserva.—Abolicion de la inquisicion, y otras disposiciones de las córtes.—Nueva regencia.—Tratados de paz.—La infanta Carlota.

RESUELTO lord Wellington á trasladar el teatro de la guerra al centro de Castilla la Vieja, abrió de nuevo la campaña, formando un plan de unidad en las operaciones que hasta allí se habian ejecutado separadamente. Salió de Fuenteguinaldo el dia 13 de Junio con direccion á Salamanca, y el dia 16 se situó á dos leguas de aquella ciudad. Evacuáronla aquella noche los franceses dirigiéndose hácia Toro, y dejando 800 hombres escogidos en los fuertes que ha-

bían construido en el colegio de San Vicente, de Benedictinos, en el de Mercenarios, y en el de San Cayetano, sitios todos á la playa del Tormes, y próximos á aquel rio. Pasáronle los ingleses el dia 17 fuera del alcance de los fuegos de los fuertes, cercándolos en seguida por fuera y dentro de la ciudad, por cuyos habitantes fueron recibidos con demostraciones tan espresivas de alegría y satisfaccion, que quedaron admirados y sumamente complacidos; pues hallaron en aquella leal ciudad no solamente todos los víveres necesarios, sino comodidades y regalos, suministrados con el mayor agrado y cordialidad; esmerándose en su obsequio principalmente las salamanquinas, de carácter amable, y de costumbres tan nobles y decorosas, como apacibles y dulces; empleando tan buenas prendas mas particularmente en consolar y asistir á los enfermos, y cuando empezó el ataque, á los heridos. Al empezarle los aliados, echaron de menos el tren y municiones necesarias para batir unas fortificaciones con que no contaban. Mientras les llegaban de Almeida empezaron á trabajar, y estuvieron haciendo fuego hasta el dia 20. Dejóse ver en este dia el mariscal Marmont que venia en socorro de los fuertes: previniéronse los ingleses para el combate que no emprendió el francés; y al mismo tiempo trataron de escalar el fuerte de San Cayetano el dia 23; pero no lo consiguieron y murieron 120 hombres y el mayor general Bowes. Maniobraba Marmonz con intento de introducir socorros en los fuertes; pero en vano, porque se lo impedia lord Wellington oponiendo movimientos á movimientos; hasta que ha-

biendo llegado de Almeida la artillería y las municiones, prendieron fuego con bala roja al fuerte de San Vicente y abrieron brecha en el de San Cayetano, del cual se apoderaron lo mismo que del de la Merced, y capituló el de San Vicente que era el principal, quedando prisionera la guarnicion el dia 26. Este resultado tuvieron en un dia los trabajos de tres años, gastos inmensos, y la destruccion de un crecido número de edificios que adornaban á Salamanca, en la cual, en lugar de aquellos 25 colegios de seglares, y otros 25 de regulares que tanto contribuian al esplendor y fama europea de aquella universidad, solo se veian escombros y ruinas de los que habian venido á promover la ilustracion en la bárbara España.

Rendidos los fuertes retrocedió Marmont enviando sus tropas parte á Toro, y mayor número hácia Tordesillas, incendiando unos pueblos, causando destrozos en otros, asolando los campos, y quemando las mieses; obra todo del despecho mal comprimido. Siguieron los aliados, haciéndoles repasar el Duero por Tordesillas. Tomaron posicion los enemigos en esta villa, reforzados ya con la division de Bonnet que habia bajado de Asturias, y colocaron su derecha delante de Pollos y su izquierda en Simancas. Maniobraron diestramente por algunos dias, de acá y allá del Duero, los dos ejércitos: y logrando Marmont, por medio de un movimiento acelerado, volver á pasar el Duero la noche del 16 al 17 de Julio, juntó su ejército á la parte de acá en la Nava del rey, con lo que se vieron muy comprometidas dos divisiones inglesas que estaban apostadas en Castrejon. Ata-

cáronlas los franceses, pero se resistieron con mucho valor hasta que fueron reforzadas, y pudieron reunirse al resto de su ejército. Continuaron los movimientos por una y otra parte, respetándose mutuamente los dos ejércitos, y atento cada uno á aprovecharse de los descuidos de su contrario. Murió el general Carrier en una embestida contra los aliados sobre el Guareña, y quedaron además prisioneros bastantes franceses.

Maniobrando así los dos generales antagonistas, se había situado el inglés cerca del pueblo de los Arapiles, llamado así de dos cerros que hay allí cerca, ocupando el mas pequeño y próximo al pueblo; pero los franceses ocuparon súbitamente el otro, mas espacioso y alto, y por lo mismo mas ventajoso. No pudiendo apoderarse lord Wellington de aquella posición importante, y calculando que sería reforzado Marmont, trató de retirarse. Empezó á verificarlo á las 10 de la mañana del 22, á la sazón que Marmont trataba de impedirle y de obligarle á una batalla. No le convenia al inglés, vista la posición del enemigo, pero notó que los franceses, con ánimo de estrecharle, habían estendido demasiado su izquierda. Acometióles entonces lord Wellington con la mayor presteza, dando para ello tan acertadas disposiciones, que el enemigo se vió flanqueado y arrollado por un lado, y desalojado en el centro de las alturas que ocupaba; y aunque sosteniéndose, bien que con trabajo, en el arapil grande, no pudieron las tropas que le guarnecían acudir al socorro de las demas. Padeció sin embargo mucho una division inglesa, que tuvo

que cejar, pero reforzada por Wellington, fueron de nuevo arrollados los franceses que se vieron en la necesidad de abandonar el arapil. Sostuviéronse sin embargo hasta cerca del anochecer que emprendieron su retirada, en la cual, perseguidos por los ingleses, perdieron al dia siguiente tres batallones. Tuvieron los franceses una pérdida muy considerable en muertos y heridos: entre estos se contaron el mismo Marmont y el general Bonnet, entre los primeros los generales Thomieres, Desgraviers, y Ferey, jefe muy afable y de gallarda presencia: perdieron tambien 11 cañones, 2 águilas, 6 banderas, y ascendieron á 7.000 los prisioneros. Los aliados tuvieron entre muertos y heridos mas de 5.500. Se hallaron de reserva en esta batalla con otras fuerzas aliadas D. Julian Sanchez y D. Carlos España, que tambien experimentaron alguna pérdida aunque corta.

Seguió lord Wellington el alcance á los enemigos, obligándolos á evacuar á Valladolid donde entró el dia 30 y fué recibido con extraordinaria alegría, sin que le detuviere el haber asomado José por Guadarama con 12.000 hombres. Amparados del ejército aliado molestaban á los franceses los partidarios, de los cuales Marquinez que llegó á mandar cerca de mil caballos escogidos, aunque no muy ordenados ni disciplinados los ginetes, cogió 300 prisioneros en las inmediaciones de Valladolid, el mismo dia que entró lord Wellington en aquella ciudad. Anteriormente había deshecho cerca de Villalon algunos escuadrones de dragones franceses, parte de los cuales les habían ido de la Mancha destinadamente á esterminarle uni-

dos con otros que recorrían la provincia de Leon. Cercaronle una noche, dispuestos á atacarle al romper el día; mas poco antes de amanecer se vieron ellos acometidos por todas partes, perdieron mucha gente, y no contemplándose seguros se trasladaron al occidente del Esla. Parte del sexto ejército avanzó tambien desde el Vierzo hácia Castilla, y dejando bloqueadas á Astorga y Toro, llegó hasta Tordesillas, donde cogió 250 prisioneros que se habian hecho fuertes en una iglesia. Igualmente pasaron la frontera las milicias de Portugal, y cercaron á Zamora.

Contribuian maravillosamente todos estos movimientos á los planes de lord Wellington, que se habia propuesto perseguir á José, el cual habia repasado la cordillera con direccion á Madrid. Dejando pues el lord la tropa suficiente para perseguir á los franceses de Valladolid que se dirigieron á Búrgos, empezó á caminar sobre Madrid. Noticioso José de este movimiento evacuó la capital el día 11 de Agosto, teniendo el sentimiento de presenciar antes de su salida el alborozo con que el vecindario se disponia á recibir á sus libertadores, al paso que sus adictos empaquetaban angustiados y cabizbajos cuanto tenían para ausentarse. Acabaron de salir los enemigos el día 12 bien de mañana: á eso de las 10 se divisaron los aliados; y al instante se tocaron á vuelo todas las campanas: empezaron aquellos á entrar y con ellos el Empecinado, Palarea y otros partidarios. Salió el ayuntamiento, recién nombrado, á recibir á lord Wellington, que á poco rato entró por la puerta de S. Vicente. En seguida entraron las

tropas tanto inglesas como españolas, y todas fueron recibidas con aclamaciones y júbilo: es imposible describir la alegría que reinaba por aquellos días en Madrid. Fué nombrado gobernador D. Carlos España, y el día 13 se proclamó la Constitucion de Cádiz.

Habian fortificado los franceses el Retiro y en él se habian quedado como 2.000 hombres. El mismo día 13 por la tarde acometió el general Packenham la primera línea de fortificaciones por la parte del Prado; y dentro ya del Retiro, iba tambien á embestir contra la segunda el día siguiente por la mañana, cuando se entregaron los franceses en número de 2.506 hombres, incluso los enfermos y empleados. Cayeron tambien en poder de los ingleses 2.000 fusiles, 189 piezas de artillería, víveres y municiones en abundancia.

Habiase dirigido al Tajo el rey intruso, y de allí se encaminó á Valencia saliendo el 14 de Toledo, donde entró á poco la partida del Abuelo con indecible alegría de los toledanos manifestada con todo género de festejos públicos. Entregáronse el 16 al Empecinado en Guadalajara mas de 700 franceses que la guarnecian. El 18 se entregó la guarnicion de Astorga compuesta de 1.200 hombres, no habiendo llegado á tiempo de salvarla el general Foy, que á este fin habia dado la vuelta con mas de 12.000 hombres; pero logró que los españoles levantasen el cerco de Toro, y los portugueses el de Zamora, y recogió ambas guarniciones.

No les iba mejor á los franceses en el sétimo distrito. Tuvieron que evacuar á Santander donde entró Por-

lier el día 2 de Agosto, y proclamó la Constitución. También desocuparon á Bilbao: mas teniendo necesidad de abastecer á Santoña, volvieron reforzados sobre aquella villa. Esperáronles en el camino Mendizabal, Porlier y Renovales y les hicieron retroceder con pérdida, habiéndose batido en los días 13 y 14: volvieron á la demanda con mas fuerza el día 21, pero tambien fueron rechazados, hasta que reuniendo mayores fuerzas pudieron romper y entraron en Bilbao. La abandonaron, sin embargo, el día 9 de Setiembre; entraron los nuestros, y á mediados de Octubre se publicó la Constitución. Esforzaronse los vascos en perjudicar por todos medios á los enemigos, para lo cual se esmeraron las autoridades militares en adiestrar la gente armada, y las civiles y económicas en proporcionar fondos; al mismo tiempo que D. Francisco Longa sorprendia y mataba en el valle de Sedano al general francés Fromant, y á varios de los suyos, cogiendo á otros muchos prisioneros. Tambien tomó despues las salinas de Añana cogiendo 250 hombres. Con todo, al concluir el año volvieron á entrar los enemigos en Bilbao, siéndoles muy fácil reforzarse, tan próximos á su país.

La entrada de los aliados en Madrid, y sus victorias de Castilla la Vieja, obligaron al Mariscal Soult á levantar el sitio de Cádiz; lo que verificó el día 25 de Agosto abandonando la mayor parte de 600 cañones que amenazaban la plaza por aquella costa. Día grande y felicísimo para los habitantes de Cádiz; pues pudieron salir á respirar el aire del campo, de que habian estado privados por espacio de dos años

y medio. Abandonaron igualmente los enemigos los puntos que ocupaban en la serranía de Ronda y en las orillas del Guadalete. Salieron tambien de Sevilla la noche del 27, quedando en la ciudad alguna tropa, con orden de evacuarla totalmente dos dias despues; pero fué antes acometida por los nuestros, mandados por Cruz Mourgeon, cooperando los ingleses al mando del coronel Skerret; y despues de porfiados ataques á la inmediacion de la ciudad, en los cuales al acomter el puente de Triana fué muy mal herido y hecho prisionero D. Juan Dowine, de nacion escocés, que mandaba la vanguardia española, abandonaron los franceses precipitadamente á Sevilla, arrojando muchos las armas y huyendo llenos de espanto, porque los nuestros entraron impetuosamente por las calles en medio de la alborozada gritería de los habitantes, y del sonido general de las campanas. Dirigiéronse á Alcalá, dejando en nuestro poder 200 hombres, muchos caballos y equipajes, dos piezas de artillería y abundantes despojos. Tambien se libró el comandante Dowine á pocas leguas de camino. El general Ballesteros, que despues de la batalla de Bornos, no habia cesado de incomodar á los franceses, y en ocasiones con éxito favorable, prosiguió en la misma tarea mientras la marcha de los enemigos, maniobrando de flanco y á retaguardia. Acometió á esta en Antequera el día 3 de Setiembre y cogió algunos prisioneros con tres cañones y algunos bagajes: tambien los atacó en Loja el día 5 al amanecer, y los fué siguiendo hasta Santa Fe. Por último llegó Soult á Granada, donde se le reunieron

todas las guarniciones que tenia el enemigo por aquella parte; acudiendo tambien el ejército que estaba en Extremadura, al que fué siguiendo alguna caballería de Villemur mandada por el coronel alemán Schepeler, que entró en Córdoba evacuada el día 3 por los franceses. Siguiéron estos á Huescar, donde se dieron la mano con el ejército de Soult, que juntas ya todas sus tropas salió de Granada para el reino de Murcia, acosándole como antes Ballesteros, cuyas tropas entraron en aquella ciudad en medio de las aclamaciones y júbilo de sus habitantes.

Viéronse así libres las Andalucías de la mano de hierro que habia pesado sobre ellas por mas de dos años y medio. A la altanería y malos tratamientos personales de los opresores, se agregaban contribuciones enormes, y exacciones cuantiosas y violentísimas. Desapareció tambien, arrancada por la mano de los codiciosos conquistadores, una riqueza inestimable en cuadros de los mejores artífices, que adornaban á la magnífica catedral de Sevilla, y á otros muchos templos, conventos y establecimientos. Todos fueron conducidos á Francia; y si bien se recobraron algunos en el año de 1815, todavía quedaron bastantes por allá. Y, ¡cosa estraña! los franceses que pérfidamente habian invadido la España, y tan inicua como violentamente habian despojado nuestros templos y establecimientos, declamaban destempladamente el año de 15 porque se privaba al museo de París del fruto de sus rapiñas, para devolver á cada uno lo que era suyo.

Continuaba Soult su camino con intencion de in-

corporarse, lo mismo que José, con el ejército de Suchet. Este Mariscal estaba con mucho cuidado, sabedor de que se preparaba en Sicilia una espedicion que debia desembarcar en nuestras costas del Mediterráneo. El general D. José O'donell que mandaba el segundo y tercer ejército español, se habia propuesto acometer á los franceses tierra adentro, y para esto llamarles la atencion hácia la costa. Con esta idea dispuso que apareciesen delante de Cullera y Denia muchos buques ingleses y españoles. Sucedió así el día 20 de Julio; y al instante, suponiendo Suchet que era la espedicion proyectada, agolpó la mayor parte de sus tropas contra la costa, alejándolas de los puntos que ocupaban entre Valencia y Cuenca. Acometieron pues los nuestros el día 21 en número de 12.000 hombres á los enemigos, situados no con mucha fuerza, en Alcoy, Castalla y otros puntos inmediatos. Consiguieron ventajas al principio desalojando á los franceses de Castalla y de Ibi; pero no habiendo llegado á tiempo la caballería y la artillería, tuvieron que retirarse despues de haber pérdido mas de 800 hombres ya heridos, ya muertos, y cerca de 2.800 prisioneros, 3 banderas y 2 cañones. Esta desgracia escitó un clamor general contra D. José O'donell; motivando en las córtes discusiones acaloradas, y precisando á la regencia á mandar que se formase causa, para averiguar el origen de aquel descalabro.

Llegó por fin la espedicion de Sicilia, y el día 10 de Agosto desembarcó en Alicante: su fuerza 11.500 hombres mandados por el general inglés Maitland. Avanzaron los aliados, y Suchet se replegó á San

Felipe de Játiva donde se reforzó con tropas de Cataluña y de Teruel. Al mismo tiempo se le acercaba José con 12.000 hombres, algunos de ellos españoles juramentados. También se aproximaba Maupoint con alguna fuerza despues de haber perdido, en el camino mas de 300 hombres y dos cañones, acometido por Villacampa. Visto lo cual por los aliados retrocedieron á Alicante, donde permaneció la mayor parte de su fuerza, pasando otras á la Mancha, á unirse con las tropas del general Hill.

Continuaba su marcha el mariscal Soult, y el día 2 de Octubre se fijo hácia Almansa y Albacete, comunicándose ya con los ejércitos de Suchet y de José. Descansó allí algunos días su gente harto fatigada de una marcha larga y penosa, por verse acosada incesantemente en ella, ya por las tropas y guerrillas españolas, ya por la aversion de los naturales, que á su aproximacion abandonaban las casas, y se encontraba sin víveres y mas cosas que necesitaba. Mandó entre tanto Soult al general Drouet que embistiese el castillo de Chinchilla defendido por 200 hombres mandados por D. Juan Cearra. Era el castillo bien poco fuerte: mas la guarnicion era valerosa, y su jefe un teniente coronel de ingenieros, inteligente y firme. Así, aunque en breves dias abrieron brecha los enemigos, resistióse el gobernador á los requerimientos de rendirse que le hizo Drouet; hasta que habiendo caido un rayo en el castillo el día 8 de Octubre, que le hirió, inutilizando y matando 50 de los suyos, se vió obligado á capitular.

La regencia del reino habia dado el mando del se-

gundo y tercer ejército, en lugar de D. José O'donnell, al general D. Francisco Javier Elío, que el 22 de Setiembre tomó el castillo de Consuegra, aunque la guarnicion, que constaba casi de 300 hombres, le defendió con obstinacion. En Aragon, D. Pedro Sarsfield, nombrado comandante general de aquel reino, entró el 28 de Setiembre en Barbastro, y se apoderó de grandes acopios que custodiaban allí los enemigos. Los partidarios no cesaban de acosarlos en las dos orillas del Ebro; y hasta Zaragoza estuvo varias veces para caer en su poder. En Cataluña D. Luis Lacy, el baron de Eroles, Milans, Manso y otros jefes inquietaban á los franceses, que aburridos con una guerra tan pertinaz, se ensañaban sobre manere contra los prisioneros y los naturales; pero el general español les hacia entrar en razon, decretando represalias duras, aunque justas, que no quedaban en meras amenazas. Favorecian á los nuestros en sus operaciones cuando caian hácia la costa los buques ingleses que cruzaban por aquellas aguas.

Por el centro del reino empezaron tambien grandes movimientos. Lord Wellington salió de Madrid el día 1.º de Setiembre, dirigiéndose á Arévalo, y dejando en la capital y sus inmediaciones algunas tropas, se aproximó con el resto del ejército á Valladolid que evacuaron los franceses. Siguieron su ruta los aliados, y en el camino se les incorporó el sexto ejército español, que constaba de 16.000 hombres, mandados por Castaños. Entraron en Burgos el día 18 de Setiembre, y al dia siguiente empezaron á atacar el castillo, que los enemigos habian fortificado

bastante. Guarnecíanle de 2 á 3.000 hombres, y rodeaban dos líneas de reductos la colina en que está asentado. También se habían establecido en el cerro de San Miguel, que domina el castillo, fortificándole y artillándole. Sin embargo lo tomaron los ingleses en aquella misma noche, aunque con pérdida, y sin haber podido impedir que la fuerza que lo defendía se refugiase en el castillo. Continuaron sus trabajos los aliados, y lograron situarse en el primer recinto. Asaltaron el segundo el día 18 de Octubre, pero fueron rechazados. Entonces lord Wellington, conociendo que no podía tomar tan pronto el castillo, y noticioso de que se movían contra él los ejércitos enemigos, levantó el sitio del castillo el día 22 y trató de retirarse de Burgos. Culpóse á los ingleses no haber tomado en tanto tiempo un castillo, cuya espugnación era obra de ocho días, si para ello tenían medios suficientes; y si no los tenían, haber empezado una empresa cuyo resultado no podía ser favorable.

Alarmados los franceses con el avance de Wellington por Castilla, combinaron un movimiento para hacerle retroceder. Debían concurrir á este proyecto los ejércitos que ellos denominaban de Portugal y el Norte, y los del Mediodía y centro. Empezaron á moverse estos últimos, camino de Madrid, dejando guarnecida á Valencia. El general Hill que estaba apostado en el Tajo con sus ingleses, con el quinto ejército español, con 6.000 infantes, 1.200 caballos y 8 cañones que de Alicante había traído el general Elío, y á mas con la guarnición de Cádiz com-

puesta de ingleses y portugueses; luego que supo el movimiento de los enemigos, se puso en marcha para Madrid, donde entró el 31 de Octubre; destruyó las fortificaciones que habían hecho los franceses en el Retiro, y voló la casa de la china con sentimiento de los vecinos, y no sin que se achacase la medida á miras interesadas. Recogió en seguida las tropas aliadas que había en Madrid, y sus carcañas, y se enderezó á Castilla la Vieja con el quinto ejército español, volviendo Elío con su gente á tierra de Valencia y Murcia. El día 2 de Noviembre por la tarde entró José en Madrid, contristados y melancolizados sus moradores. Volvió á salir el día 7 con dirección á Castilla la Vieja, entrando en seguida varios partidarios, y algunas tropas del general Bassecourt. De recomendar es la conducta que en estas dos ocasiones de orfandad de la capital, abandonada de las autoridades, observó el regidor D. Pedro Sainz de Baranda, quien reasumiendo con grave esposición toda la autoridad, conservó el orden y la tranquilidad en una villa tan populosa, con el acierto y la firmeza de sus providencias.

La retirada que emprendió lord Wellington desde Burgos, teniendo que habérselas con 80.000 infantes y 12.000 caballos enemigos, todos ellos tropa escogida, realzó mucho su nombre, ya glorioso por tantos títulos. De pueblo en pueblo, de río en río, seguido de cerca por el enemigo á retaguardia y por los costados, se fué retirando despacio, y aun descansando en ocasiones algunos días, aprovechándose del vagar que para ello le daban los franceses. No espermentaron

desfalco sus tropas; pero fué sensible la pérdida del general sir Eduardo Paget, que al atravesar con muy poco acompañamiento de una división á otra, que se habian separado demasiado, le cogió prisionero un cuerpo de caballería enemiga. Mas si de gente no hubo pérdida que de contar sea, la disciplina del soldado se relajó sobradamente en la retirada, y tanto, que el mismo Wellington decia despues en una circular á los comandantes de los cuerpos: "La disciplina del ejército de mi mando en la última campaña ha decaido hasta tal punto, que nunca he visto ni leído cosa semejante." Con el tiempo, y no se tardó mucho, remedió eficazmente el mal, asentados cuarteles de invierno en Portugal donde entró á últimos de Noviembre. El sexto ejército español se volvió al Vierzo, Porlier á Asturias, y las tropas del quinto ejército á Cáceres y puntos circunvecinos.

Durante la retirada habia recomendado lord Wellington la guarda del castillo de Alba de Tormes á D. José Miranda Cabezon con 300 hombres. Aislado este oficial en medio de los enemigos despues que se alejaron los ejércitos aliados, no por eso deca-yó de ánimo; antes bien hacia con sus soldados frecuentes salidas y cogia bastantes prisioneros. Intimáronle muchas veces los franceses que se rindiese, y siempre se negó con dignidad y resolucion. Defendianse los nuestros como acostumbran cuando les manda un valiente; pero conociendo el gobernador que ya no era posible prolongar por mas tiempo la defensa, quiso á lo menos salvar la guarnicion, y lo consiguió saliendo con ella del castillo la noche del

24 de Noviembre, y marchando y contramarchando por entre los enemigos que le perseguian por todos lados. Dejó en el castillo 33 enfermos, 112 prisioneros franceses que habia hecho, y 20 hombres al mando de un teniente, á quien encargó que sostuviese el fuego por algun tiempo para que no advirtiesen los franceses la salida de la guarnicion. Tambien dejó escrita una carta al general francés que dirigia el sitio, pidiéndole para los españoles que quedaban en el castillo el mismo tratamiento que él habia dado á los franceses que habia tenido en su poder.

Retirados los ingleses á Portugal, volvió á entrar José en Madrid el día 3 de Diciembre, siendo difícil de explicar el acerbo sentimiento que oprimia los corazones de los madrileños al ver entrar por las puertas de la villa á tan aborrecidos huéspedes. Manifestóse empero José mas complaciente que de ordinario; mas á los leales habitantes de Madrid les era bien indiferente el agrado ó el ceño de un pseudo-monarca á quien profundamente despreciaban.

Por su parte lord Wellington, mientras llegaba el tiempo de abrir nuevamente la campaña, que segun las noticias que se recibian de la guerra en el norte de Europa, presentaba grandes probabilidades de ser la última, se trasladó á Cádiz, donde fué obsequiado por las córtes, por la regencia, y por la grandeza del reino que casi toda se hallaba reunida en aquella plaza. Presenciamos su entrada en ella, y oimos haber dicho el lord que Cádiz no era pueblo español; aludiendo, no á la falta de patriotismo que le constaba demasiado, ni tampoco de afecto á su persona de

que estaba bien persuadido, sino á la gravedad este-
rior con que fué recibido en la ciudad, como es cos-
tumbre en todo pueblo comerciante y cosmopolita,
cuando en los demas pueblos del reino era recibido
con aclamaciones y aplausos estrepitosos, bullicio y
algazara: otra cosa fué cuando se presentó en el tea-
tro: fué el aplauso tan vivo, tan general, tan repeti-
do, que no es fácil concebir otro mayor. Las córtés
le concedieron sentarse en su seno, y el lord leyó un
discurso en castellano, á que contestó el presidente
con bastante dignidad.

Ya antes de llegar á Cádiz, y cuando andaba en
su expedición de Castilla, habian decretado las córtés
que se le confriese el mando en jefe de todos los
ejércitos españoles para la mas conveniente unidad
en las operaciones militares. No á todos agradó es-
ta medida, creyendo con ella ofendido el honor na-
cional, como si no hubiese en España ningun gene-
ral, á quien pudiese conferirse el cargo que se daba á
un extranjero. El que mas á las claras manifestó su
disgusto, fué el general Ballesteros, capitán general
entonces de Andalucía y del cuarto ejército. Repre-
sentó al gobierno contra aquella disposicion, dicen-
do que antes de llevarla á efecto se debía consultar á
los ejércitos y á los pueblos; añadiendo, que si los
demas aprobaban la resolucion, él por su parte se re-
tiraria del servicio. La regencia le separó del man-
do del ejército, y le destinó de cuartel á Centa, dán-
dole por sucesor al príncipe de Anglona, sin oposi-
cion, pero con sentimiento de las tropas de Balleste-
ros muy apegadas á su general. La aptitud de lord

Wellington para trazar y seguir con acierto un plan
de campaña, en que operasen numerosos ejércitos,
estaba ya suficientemente comprobada: no así la de
ninguno de nuestros generales, porque no habian te-
nido ocasion de manifestarla como el inglés; y no era
prudente hacer la esperiencia, á riesgo de que no fue-
se satisfactoria. El bien general se sobrepuso al pun-
tillo de honor, y al inconveniente de entregar el man-
do de las armas á un extranjero, á quien no se podia
exigir responsabilidad alguna, y que por otra parte
tenia que cumplir con las órdenes de su gobierno, tal
vez contra el tenor de las del nuestro.

Detúvose poco Wellington en Cádiz, y desde allí
pasó á Lisboa, sumamente festejado en los pueblos
portugueses del tránsito. Mientras su estancia en Cá-
diz, acordó con la regencia el plan de la campaña
próxima, dando tambien el gobierno español diferen-
tes disposiciones para el mejor arreglo de las cosas
militares. Entre ellas, fué una la de reducir los sie-
te ejércitos nacionales á cuatro de operaciones y dos
de reserva. El primero era el de Cataluña; su general
D. Francisco Copons y Navia: el segundo lo forma-
ban los que eran segundo y tercero, al mando de
Elío: el tercero á las órdenes del duque del Parque,
era el cuarto anterior; y los que antes eran quinto,
sesto y sétimo, componian ahora el cuarto, al man-
do de Castaños. Para la reserva se mandaba formar
uno en Andalucía y otro en Galicia, el primero á las
órdenes del conde de Abisbal, y el segundo á las de
Lacy, quedando bajo el inmediato mando de lord
Wellington 50.000 hombres de todas estas tropas.

Como nuestro intento es únicamente referir, y compendiosamente, los sucesos militares en esta guerra, no haremos mas que indicar los hechos de otra naturaleza que ocurrieron en el último periodo que acabamos de describir.

Ocupábanse las córtes en asuntos varios que produjeron resoluciones, ya aplaudidas, ya censuradas, segun la opinion é intereses de cada uno. La que entre todas metió mas ruido fué la abolicion del tribunal de la inquisicion, como incompatible con la Constitucion, restableciéndose la ley de Partida para las causas de fé; y mandando las córtes que se leyese el decreto por tres domingos consecutivos en todas las parroquias. Mandaron tambien las córtes que no se restableciesen los conventos arruinados; que no se permitiesen los que tuviesen menos de doce religiosos profesos; que no hubiese en cada pueblo mas de un convento del mismo instituto; que no se diesen de nuevo hábitos, y que no se restableciesen mas comunidades que las que habia consentido la regencia; todo interinamente hasta que se tomase por las mismas córtes una medida general.

Estas dos determinaciones de las córtes, especialmente la primera, disgustaron á los párrocos de Cádiz, al cabildo de aquella iglesia catedral, y al vicario general de la diócesis sede-vacante, que entregaron tres esposiciones á la regencia, y esta las pasó á las córtes, contra lo mandado acerca de leer en las parroquias el decreto de abolicion de la inquisicion. Tambien representó contra lo mismo, y contra la abolicion del Santo Oficio, el nuncio de S. S. La regen-

cia entre tanto no habia tomado providencias para que se cumpliese lo mandado por las córtes; conducta que desazonaba á los diputados liberales. Tambien les dolia, y les causaba serios recelos, el haber separado la regencia dos dias antes á D. Cayetano Valdés, gobernador militar y jefe político de Cádiz, en quien tenia la mayor confianza. Unidos estos hechos á otros incidentes que habian ocasionado bastante divergencia y desvío entre los dos cuerpos, fueron causa para que las córtes determinasen que se encargasen de la regencia provisional los tres consejeros de estado mas antiguos. Éranlo el 1.º D. Pedro Agar, el 2.º D. Gabriel Ciscar y el 3.º el Cardenal Borbon, á quien sin embargo nombraron las córtes presidente de la regencia, en atencion á su elevado nacimiento, y proximidad al solio pontificio.

Quedó instalada la regencia el dia 8 de Marzo; y al momento repuso en el mando á D. Cayetano Valdés: el dia 22 fué nombrada en propiedad. Seguia y cundia mucho la oposicion á los decretos de las córtes sobre cosas eclesiásticas: á pesar de todo, se leyó desde el dia 9 en las iglesias con suma quietud el decreto de abolicion de la inquisicion; mas por la anterior resistencia se formó causa al vicario capitular y á otros tres canónigos de Cádiz, que fueron espulsados de aquella ciudad. Tambien mandó la regencia salir de estos feinos al nuncio de S. S., con quien habian pasado contestaciones graves sobre el mismo asunto.

Habiase empezado en el año de 1811 una negociacion con la Inglaterra que tenia por objeto la pa-

cificacion de las provincias disidentes de América. Siguió la negociacion en el de 1812, y aunque lánguidamente, tambien por algunos meses de 1813; pues tanto la regencia como las córtes, vieron que la Inglaterra queria convertir la mediacion en provecho propio, y por último se abandonó el proyecto.

En Julio de 1812 se celebró un tratado de amistad y alianza con la Rusia, por el cual el emperador Alejandro reconocia la legitimidad de las córtes y de la Constitucion que habian formado. En los mismos términos se formó otro con el rey de Suecia (Bernadotte): mas adelante en el año de 1814 reconoció el Austria el gobierno de la regencia, y el rey de Prusia celebró con ella un tratado parecido al de Rusia y Suecia.

Tambien en este año de 1812 felicitó á las córtes por haber publicado la Constitucion la infanta Carlota desde Río Janeiro. Solicitó al mismo tiempo por el conducto de sus apasionados la regencia del reino: pero estos tuvieron la imprudencia de proponer en las córtes que nombrada regente pasase á México antes de venir á España, para poner en paz y proveer al buen gobierno á las provincias de América levantadas. Vieron muchos diputados, aun de los adictos á la infanta, gravísimos inconvenientes en tal propuesta; esperimentó ésta recia oposicion, y desistieron sus autores.

CAPITULO XIX.

Situacion respectiva de los ejércitos combinados.—Varios choques del ala izquierda del cuarto ejército.—Defensa de Castro Urdiales: lo toman los enemigos, pero se salva la guarnicion.—Acciones venturosas de Mina en Navarra.—Fermin Leguia sorprende con 15 hombres el castillo de Fuenterabia.—Las tropas de Cataluña persiguen á los franceses hasta dentro de Francia.—Accion de Llauder en el valle de Rivas. Segundo ejército: accion de Yecla: id. de Castalla.—Avanzan de nuevo por Castilla los ejércitos combinados.—Evacua José á Madrid.—Los franceses en el Ebro.—Batalla de Vitoria: sus resultados.—Evacuan los franceses á Zaragoza.

DURANTE el invierno de 1813 estuvieron descansando y rehaciéndose en sus cuarteles de Portugal los anglo-lusitanos, y adiestrando y mejorando sus ejércitos los españoles, escepto donde tenian que venir á las manos continuamente con los franceses por estar unos y otros entremezclados, bien que este mismo diario ejercicio les servia de instruccion militar. Preparábase para la primavera próxima una campaña cuyo fin habia de ser el de una guerra tan larga y porfiada, y el afianzamiento de la independencia de la nacion.

cificacion de las provincias disidentes de América. Siguió la negociacion en el de 1812, y aunque lánguidamente, tambien por algunos meses de 1813; pues tanto la regencia como las córtes, vieron que la Inglaterra queria convertir la mediacion en provecho propio, y por último se abandonó el proyecto.

En Julio de 1812 se celebró un tratado de amistad y alianza con la Rusia, por el cual el emperador Alejandro reconocia la legitimidad de las córtes y de la Constitucion que habian formado. En los mismos términos se formó otro con el rey de Suecia (Bernadotte): mas adelante en el año de 1814 reconoció el Austria el gobierno de la regencia, y el rey de Prusia celebró con ella un tratado parecido al de Rusia y Suecia.

Tambien en este año de 1812 felicitó á las córtes por haber publicado la Constitucion la infanta Carlota desde Río Janeiro. Solicitó al mismo tiempo por el conducto de sus apasionados la regencia del reino: pero estos tuvieron la imprudencia de proponer en las córtes que nombrada regente pasase á México antes de venir á España, para poner en paz y proveer al buen gobierno á las provincias de América levantadas. Vieron muchos diputados, aun de los adictos á la infanta, gravísimos inconvenientes en tal propuesta; esperimentó ésta recia oposicion, y desistieron sus autores.

CAPITULO XIX.

Situacion respectiva de los ejércitos combinados.—Varios choques del ala izquierda del cuarto ejército.—Defensa de Castro Urdiales: lo toman los enemigos, pero se salva la guarnicion.—Acciones venturosas de Mina en Navarra.—Fermin Leguia sorprende con 15 hombres el castillo de Fuenterabia.—Las tropas de Cataluña persiguen á los franceses hasta dentro de Francia.—Accion de Llauder en el valle de Rivas. Segundo ejército: accion de Yecla: id. de Castalla.—Avanzan de nuevo por Castilla los ejércitos combinados.—Evacua José á Madrid.—Los franceses en el Ebro.—Batalla de Vitoria: sus resultados.—Evacuan los franceses á Zaragoza.

DURANTE el invierno de 1813 estuvieron descansando y rehaciéndose en sus cuarteles de Portugal los anglo-lusitanos, y adiestrando y mejorando sus ejércitos los españoles, escepto donde tenian que venir á las manos continuamente con los franceses por estar unos y otros entremezclados, bien que este mismo diario ejercicio les servia de instruccion militar. Preparábase para la primavera próxima una campaña cuyo fin habia de ser el de una guerra tan larga y porfiada, y el afianzamiento de la independencia de la nacion.

Estaba situado nuestro cuarto ejército á la derecha del de los aliados, en Extremadura; y á la izquierda, en Galicia, Asturias, montañas de Santander, provincias Vascongadas y Navarra. Constaba todo él de unos 40.000 hombres, que se dividieron en centro, ala derecha y ala izquierda. Mandaba todas estas fuerzas el general Castaños, siendo jefe de estado mayor D. Pedro Agustín Giron, general celoso y atinado en sus disposiciones, con las cuales se mejoró la instruccion y disciplina del soldado.

El primero y segundo ejército seguían maniobrando en Cataluña, Valencia y Aragón. La reserva que formó en Galicia el general Lacy, se mantuvo en aquella provincia. La que formó en Andalucía el conde del Abisbal, y que ascendía á 15.600 infantes y 700 caballos, se comunicaba con el tercer ejército que constaba de 22.800 infantes y 1.400 caballos, al mando del duque del Parque, y que desde Granada, Jaen y Córdoba, se habia estendido á la Mancha por sierra Morena.

Enfrente de estas fuerzas y las anglo-portuguesas, permanecían los ejércitos franceses por Castilla la Nueva, reino de Leon y Castilla la Vieja, provincias Vascongadas y Navarra.

Durante todo el invierno, y hasta que empezaron á avanzar nuestros ejércitos, no ocurrió ningun hecho de armas notable, evitando con cuidado lord Wellington y los españoles todo encuentro serio con los enemigos, reservándose para mas oportuna ocasion. No podia seguir este cuerdo plan el ala izquierda del cuarto ejército español que ocupaba á la par con los

franceses un mismo territorio, y tenia por lo mismo que medir con ellos las espadas todos los dias.

Ya hemos dicho que las fuerzas de esta parte del ejército estaban mandadas por diferentes jefes, independientes unos de otros, requiriéndolo así su particular constitutivo y situacion, aunque presididas todas por el general Mendizabal.

Uno de estos jefes era D. Francisco Longa, quien en 28 de Enero de este año de 1813, cogió prisionera la guarnicion de Cubo, entre Burgos y Pancorbo, y destruyó el fuerte. En 11 de Febrero acometió con Mendizabal la guarnicion de Poza, punto importante por sus salinas. Entraron los nuestros al amanecer en la villa, y cogieron varios prisioneros, armas y bagajes. El general Palombini que mandaba la fuerza enemiga y habia salido del pueblo al empezar la embestida, cargó sobre los nuestros ya de dia, con fuerzas bastantes; pero aquellos se retiraron despues de haber peleado con serenidad y empeño, y Palombini abandonó el punto, y se internó en las provincias Vascongadas. En estas hicieron igualmente mucho daño á los franceses por todo este tiempo los batallones que dijimos se habian formado de gente del país, hasta entrar por dos veces en Bilbao. Tambien hicieron un gran servicio á últimos de Mayo, amagando de nuevo á aquella villa, é impidiendo que saliese de ella el refuerzo que esperaba el general Clausel, que desde el 13 de Marzo estaba sitiando á Castro-Urdiales ocupado por los nuestros; y que por esta razon, y por aproximarse de otros lados mas fuerzas españolas contra él tuvo que levantar el sitio,

después de haber sido repelidos sus soldados por los sitiados, queriendo escalar los muros. Era gobernador de Castro D. Pedro Alvarez; y constaba la guarnición de 1.000 hombres, con 22 piezas de artillería: la plaza era muy débil, y tenía un castillo construido en una peña. Volvieron á sitiarla los franceses con muchas fuerzas en el mes de Mayo: el día 11 estaba ya practicable la brecha: embistieron dos veces y ambas fueron rechazados. No desistieron los enemigos, pero los nuestros se defendían con tesón, ayudados de los vecinos, y animados todos por su gobernador, oficial valeroso. Cargó en fin gran número de enemigos á la brecha, y escalaron otros los muros por varios puntos. Recogieron los nuestros al castillo, desde donde se embarcaron en buques ingleses, arrojando antes al mar los cañones y otros efectos para que no cayesen en manos del enemigo. Cometió éste mil horrores en la población: saqueó, quemó, mató, siendo los primeros en estos excesos los italianos, sin que el general Foy que mandaba aquellas tropas pudiese impedir el desenfreno; guerra demasiado larga, demasiado cruel.

Hacia sin descanso Espoz y Mina en Navarra. El 28 de Enero batió en Mendivil al general Abbé. En 8 de Febrero, cercó á Tafalla guarnecida por 400 franceses: volvía sobre él el mismo Abbé: le salió Mina al encuentro, le ahuyentó, volvió sobre Tafalla, é hizo prisionera la guarnición. El día 31 de Marzo des hizo junto á Lodosa un trozo de tropa francesa, cogiendo trescientos prisioneros. Airado Clausel contra Mina salió á perseguirle con fuerzas considerables, combi-

nando sus movimientos con el general Abbé para destruir al caudillo español; pero éste se corrió en un momento á la retaguardia de Clausel, é hizo prisionero un destacamento que habia dejado en Mendigorria. Se fatigó inútilmente el francés, perdió la esperanza de destrozar á Mina y así lo escribia al intruso José.

No era solo Mina personalmente el que daba que hacer á los franceses: tambien los acosaban y aburrían algunos subalternos suyos. De contar es la hazaña de Fermin de Leguía, que con 15 hombres solamente se aproximó á media noche al castillo de Fuenterrabia; subieron primero él y otro, dieron muerte al centinela, y apoderándose de las llaves abrieron á los demas. Juntos ya dentro todos, cogieron y desarmaron á ocho artilleros franceses; y después de haber clavado un cañon, cargaron con las municiones que pudieron, arrojaron al agua las demas, prendieron fuego al castillo y se largaron. Cuando despertó la guarnición que habia en la ciudad, se sobresaltó, creyéndose acometida por grandes fuerzas y no se atrevió á salir de su recinto.

Esto sucedia al norte de la Península. A la otra punta, es decir, en Cataluña, mandaba Copons el primer ejército que constaba de 17.700 hombres de infantería, y 550 de caballería. El baron de Eroles, que antes de llegar Copons mandaba el ejército, y habia molestado mucho al enemigo, no cesó de hacer lo mismo después que tomó el mando aquel general. A últimos de Marzo, y por encargo de Copons, destruyó en tres dias varios puntos fortifica-

dos en que se alojaban franceses, entre Tarragona y Tortosa, dificultando así la comunicacion de las guarniciones enemigas de una y otra plaza. Al destruirlos se apoderó el baron de algunas piezas de artillería, buques menores y ganado, y cogió diferentes prisioneros. Robira, Llauder y D. Nicolas Iglesias, entraron en Prats de Moló, dentro de Francia, exigieron una contribucion, y cogieron prisioneros á los comandantes de la plaza y del castillo, con parte de la guarnicion; como tambien á dos jefes de la guardia nacional que habia querido acometer á los nuestros, y fué por ellos rechazada. Estando posteriormente Llauder observando el punto de Olot, ocupado por los franceses, intentaron estos ahuyentarle acercándosele por la espalda en número de 1.500 hombres. Acometiólos Llauder, y peleó con bizarría por mas de 7 horas, siendo el resultado, haber muerto 300 franceses y haber cogido los nuestros casi otros tantos prisioneros. Pasó el combate en el valle de Rivas, y con esta denominacion se dió tiempo despues á Llauder el título de marqués. Tampoco estaba ocioso el general Copons; pues por su parte, aunque reunidos los enemigos en grande número, habian introducido socorros en Tarragona y en el Coll de Balaguer, los acometió á la vuelta, peleó con ellos bravamente, y les hizo perder mas de 600 hombres.

Constaba el segundo ejército de casi 35.000 infantes, y 3.400 caballos. Mandábale el general Elío que tenia su cuartel general en Murcia. Pertencian á este ejército las divisiones de Duran y del Em-

pecinado; y ademas alojábase en Alicante y sus cercanías la division mallorquina, al mando de Witthingham, y que contaba unos 9.000 infantes y 1.167 caballos, como tambien la espedicion que habia venido de Sicilia, y que se hallaba ahora reforzada con 4.000 hombres mas. Sarsfield y Villacampa, que mandaban dos divisiones españolas de este segundo ejército, maniobraron durante el invierno en Aragon, juntamente con Duran y el Empecinado, asomando unos á Cataluña, otros á Navarra y Soria, otros á Castilla la Nueva, y llegando á veces el Empecinado á la vista de Madrid, molestando todos, á todas horas, y en todas partes al enemigo.

Mandaba la espedicion anglo-siciliana sir Juan Murray, que avanzando con sus tropas, la division mallorquina, y dos del segundo ejército al mando de D. Felipe Roche y de D. Francisco Miyares, se situó entre Yecla y Alcoy, ocupando tambien á Castalla, Biar y Villena. Mucho cuidado daban á Suchet estas fuerzas reunidas; y conociendo la importancia de desconcertarlas, averiguado el orden de su colocacion, y viendo que la division española que mandaba Miyares, en Yecla y no llegaba á 4.000 hombres, estaba muy apartada de las demas; y en la persuasion de que era tambien la que presentaba menos actitud militar, la acometió con gente escogida el 11 de Abril por la mañana muy temprano. Caminaron con mucho silencio la noche anterior los franceses mandados por el general Harispe; mas no dejaron de apercibirse los nuestros, que ya iban saliendo del pueblo cuando fueron impetuosamente aco-

metidos. Defendiéronse bien en las mismas calles los regimientos de Burgos y de Cádiz, amparándose luego en una ermita fuera del pueblo. Reunida ya toda la division empezó á retirarse repeliendo con serenidad los ataques del enemigo. Cargó éste sin embargo con mayor furia sobre nuestro centro, que al fin se desordenó, y desde entonces cundió la confusión; y aunque muchos se sostuvieron bastante tiempo peleando con valor, tuvieron por último que rendirse 1.000 hombres con el coronel D. José Montero, y 68 oficiales, siendo crecido el número de muertos y heridos: tambien capitularon otros 1.000 hombres que imprudentemente, y contra el parecer é instancias de los suyos y de los aliados, se había empeñado Elío en dejar encerrados en el castillo de Villena, susceptible de muy poca defensa. Acometió en seguida Suchet el dia 12 en Biar á los ingleses, que se retiraron en buen orden á Castalla, donde le esperó Murray puesta su gente en orden de batalla. Embistieron los franceses el dia 13 por la mañana con 18.000 hombres y 1,600 caballos. Se peleó gallardamente por una y otra parte, quedando muerto á los principios el coronel francés d'Abord. Estrellóse la furia francesa contra la firmeza española y la frialdad inglesa; y despues de inútiles acometidas, aunque todas fuertes y terribles, se vió precisado Suchet á reconcentrar su gente, poniendo de frente la artillería. Acometióle entonces Murray; mas no le esperó el mariscal francés, que escarmentado y cabizbajo se fué retirando hasta Fuente la Higuera y Onteniente, despues de haber perdido mas de 1.000

hombres. Nosotros perdimos 670, el mayor número españoles que fueron los que principalmente pelearon en esta jornada.

Se conoce por lo que vamos refiriendo que en todas partes se veían seriamente distraidas considerable número de fuerzas enemigas: diversion que favorecía en gran manera los planes de lord Wellington, el cual se habia estado preparando con mucho sosiego para abrir la campaña, por estar así ocupadas las tropas enemigas, que unidas á las que tenia á su frente, seguramente no le hubieran dejado tanto vagar. Por fin empezó á moverse el lord á mediados de Mayo de este año de 1813, bajo los auspicios mas lisonjeros. Reunía bajo sus órdenes un ejército de españoles, ingleses y portugueses, numeroso, aguerrido ya, provisto de todo, y bien disciplinado. La confianza que daban á los franceses sus anteriores y repetidas victorias, habia decaído mucho con la crudeza y prolongacion de la guerra de España, donde habian perdido centenares de miles de sus mejores soldados; y recientemente con el descalabro horroroso que en los últimos meses de 1812 habian sufrido sus huestes en Rusia, donde pereció en poco tiempo al rigor del clima y de la estacion, y al furor de sus contrarios, el ejército mas numeroso y fuerte que habian puesto jamas en accion. Aquejábales tambien el espíritu hostil de toda la Europa, pronta á levantarse contra su odiada preponderancia, á la primera conyuntura favorable, que no podia menos de presentar el estado de la guerra en España y en el norte del continente.

No entra en nuestro plan, ni tampoco podríamos dignamente describir nosotros la marcha, verdaderamente triunfal, trazada y verificada por el caudillo británico, llevando delante de sí á un ejército poderoso en fuerza material, y aventajado en ciencia militar, acreditada por muchos años en campañas diversas por todo el ámbito del continente europeo, y hasta en las márgenes del Nilo. Sorprendiéronse sobre manera los franceses con el movimiento de los ejércitos aliados, desde Portugal, Extremadura, el Bierzo y Asturias, tan acertado y sigiloso, que no les dió tiempo ni aun para disponerse á defender la línea del Duero. Ni aun se detuvieron detras del Pisuegra, sino que se dirigieron á Burgos, donde entró tambien José, que habia salido de Madrid, habiendo evacuado del todo sus tropas la capital del reino el 27 de Mayo, cargadas de un inmenso botin que habian juntado de todas partes. Desampararon tambien á Burgos el día 14 de Junio, volando su castillo, cuya explosión causó en la ciudad bastantes destrozos. Replegarónse al Ebro, que pasaron asimismo los aliados por varios puntos, sin que los enemigos hubiesen tenido tiempo para disputarles el paso; tanta era la celeridad de los aliados, y tan atinadas las disposiciones de su general. Hasta aquí no habia ocurrido en la retirada de los franceses ningun encuentro de importancia: solo les tomaron los aliados algunos cañones y prisioneros. Mas ahora, reunidas las fuerzas de unos y otros contendientes, forzoso era que los franceses tratasen de defender la entrada de su suelo natal, á cuyas puertas se hallaban, empujados desde tan le-

jos por sus enemigos, que se manifestaban resueltos á invadir el territorio francés. Con esta mira deseaba igualmente Wellington empeñar una batalla campal, seguro del valor y disciplina de todas las tropas que mandaba. Para hacerlo con mas ventaja, convenia mucho que Suchet no pudiese reforzar con parte de sus tropas á las que tenia delante de sí. Encargó impedírsele al tercer ejército, unido en Alcoy y Concentaina con el de reserva despues que Soult evacuó las Andalucías. El segundo ejército avanzó á Castilla por Extremadura, y entró en Burgos el 24 y 25 de Junio.

Habia salido de Vitoria el día 21 de Junio antes de salir el sol el general Maucune, camino de Francia, con un conyoy cargado de preciosidades arrebatadas á España: el general Clausel tenia ocupada su gente en contener á Mina; y el general Foy con los italianos, atendia á la costa. José, que mandaba todas las fuerzas francesas por aquella parte, no se resolvió á dar la batalla, hasta que se le reuniesen estas tropas que acabamos de nombrar. Tambien estaba perplejo lord Wellington sobre emprender el combate, quando supo que se aproximaba Clausel: entonces se decidió á acometer. Reunia allí el lord mas de 60.000 hombres ingleses y portugueses, y de una y otra nacion como 9.300 caballos; y ademas la division de D. Pablo Morillo, y la fuerza que mandaba el general Giron, que aunque algo apartada, podia concurrir y concurrió en efecto á la batalla con otra division inglesa de 6.000 hombres al mando del general Graham con quien se unió tambien en Medina de

Pomar D. Francisco Longa con su division. No era tanta la fuerza de los enemigos; pero tampoco era tan grande la diferencia, que si eran verídicas las relaciones que publicaban de su arrojo y de sus proezas en otros países, les retrajese de presentar la batalla en el nuestro. Con todo no la presentaron, y se mantenian en sus posiciones cerca de Vitoria, con cuerpos de reserva en puntos á propósito. Tomó la iniciativa el general inglés; y al romper el alba el dia 21 de Junio acometieron las tropas de su derecha mandadas por el general Hill, al ala izquierda del enemigo, siendo la primera la division de D. Pablo Morillo, el cual, aunque le hirieron, no dejó su puesto; ejemplo de valor que imitaron denodadamente sus oficiales y soldados, quedando desalojados por aquella parte los franceses, aunque pelearon con valentía y teson. Embistió al mismo tiempo el centro de los aliados contra el de sus contrarios, apoyada en un cerro erizado de cañones. Defendianse tenazmente los franceses; tanto que fueron necesarios los mayores esfuerzos por parte de los aliados para apoderarse del artillado cerro, del cual se enseñorearon por último. Entonces el centro, así como la izquierda de los enemigos, hostigado sin cesar por el general Hill, se encaminó á Vitoria, abandonando 18 cañones. Los siguieron los aliados, y tuvieron la desgracia de perder 550 hombres porque los franceses se retiraban con buen orden y muy sobre sí. El ala derecha fué acometida por nuestra izquierda mandada por el general Graham, y á la cual se habia unido ya el general Giron que estaba en Balmaseda. Si

en el centro y en la izquierda habian sido arrollados los enemigos, no lo fueron menos en su derecha. Apoderóse Longa del pueblo de Gamarra menor, la brigada de Robinson del de Gamarra mayor, y el mismo general Graham del de Avechicho sobre el Zadorra, cogiendo en el puente tres cañones y un obús. Quisieron en vano los franceses recobrar el pueblo, aunque emplearon para ello fuerzas considerables; acometieron, sí, con brio; pero fueron correspondidos con igual valor: tres veces fueron rechazados. Dos divisiones que tenian los enemigos de reserva en la orilla izquierda del Zadorra, desampararon su posicion: con esto cruzó Graham el rio, é interceptando el camino de Vitoria á Bayona, tiró toda la derecha enemiga por el camino de Pamplona. El centro y la izquierda cada vez se veian mas acosados por los aliados, amontonándose contra Vitoria. Eran las seis de la tarde cuando por fin perdieron los franceses la serenidad y la formacion, sucediendo en sus filas el desorden mas completo. Ya no pensaban mas que en salvarse corriendo; y para hacerlo mas desembarazadamente, dejaron en el campo, se puede decir, toda su artillería, pues solo se llevaron un cañon y un obús; 151 piezas cayeron en poder de los aliados; almacenes, bagajes, todo; hasta el mismo coche de José que tuvo que huir á caballo. Perdieron 8.000 hombres entre muertos y heridos; pero solo tuvieron 1.000 prisioneros, por la prisa que se dieron en escapar. Los aliados perdieron 5.000 hombres escasos, muertos ó heridos: 600 españoles, 3.300 ingleses, y 1.000 portugueses.

El convoy que habia salido de Vitoria al apuntar el mismo dia de la batalla, pudo por fin salvarse; pero cayó en poder de los aliados otro, tambien de mucha riqueza. Considerable porcion de piedras preciosas; cajas militares con mucho dinero; alhajas de gran valor, coches y otros carruajes, armas y municiones, ropas de mil clases, provisiones en grande abundancia, y hasta manjares esquisitos y delicados: como que habian acumulado en el convoy cuanto podian estraer de España, José y los españoles que le acompañaban, los generales, empleados y otros franceses, que á la sombra de los ejércitos habian venido á España, solo con el objeto de hacer fortuna. Quedaron abandonadas en el campo familias enteras, y muchas mujeres é hijos de los que huian, así españoles como franceses. Esclamaciones y llanto que arrancaba el mas profundo dolor, sucedieron al estruendo de las armas, convirtiéndose el campo de batalla en un valle de lágrimas. Enjugólas algun tanto lord Wellington, dando libertad á muchas personas, especialmente mujeres, enviándolas á Pamplona.

Victoria fué esta de importantísimos resultados; teniendo que refugiarse los franceses á su propio país, y sostener en él una guerra desoladora que tan injusta como temerariamente vinieron á encender en la Península. Las, córtés queriendo premiar á lord Wellington por triunfo tan señalado, le dieron en plena propiedad el *Soto de Roma*, posesion rica en la Vega de Granada.

Espantados corrian despues de su derrota los franceses camino de Pamplona, señalando su ruta con

mil destrozos por donde quiera que pasaban. Tiempo les faltaba para entrar en Pamplona: así, ni aun quisieron esperar á que sus camaradas les abriesen las puertas, y empezaron á subir por las murallas: tan aterrados estaban. Siguiólos el centro y la derecha de los aliados, pero se detuvieron delante de la plaza, siguiendo el ejército enemigo el camino de Francia. Persiguiólos tambien la izquierda por su lado: D. Pedro Giron y D. Francisco Longa los acometieron en Mondragon y les cogieron 90 prisioneros, con pérdida ademas de 300 hombres, muertos ó heridos, entre estos últimos el general Foy, quien reuniendo unos 12.000 hombres, incluidas las guarniciones de Bilbao y de otros puntos que tuvieron que abandonar los enemigos, emprendió su retirada. Hizo alto en Tolosa de Guipúzcoa, bien fortificada en su recinto y puntos exteriores. Acometiéronle sin embargo allí los aliados, hallándose ya reunidos el general Graham, Mendizabal, Longa y tres cuerpos de la tropa de D. Pedro Agustin Giron. Defendió Foy bizarramente tanto las fortificaciones de las afueras, como el recinto del pueblo; pero fueron gallardamente desalojados de todas partes sus soldados por los españoles y los ingleses, entrando en la villa los aliados la noche del 25 de Junio. Detúvose Graham dos dias en Tolosa, siguió Giron el alcance de los enemigos que se metieron en Francia por Irun, dejando fuerzas en algunos puntos de la parte de acá, de donde fueron bien pronto desalojados por los españoles, evacuando enteramente por aquella parte el territorio español el 1.º de Julio, ametrallados por los nuestros.

En aquellos dias hizo Longa prisionera la guarnicion del puerto de Pasajes, que ascendia á cerca de 150 hombres.

Restaban todavía por aquella parte en poder de los franceses otros puntos fortificados que fueron perdiendo sucesivamente. El 28 de Junio tomó por asalto el conde del Abisbal uno de los dos castillos de Pancorbo; y el dia 30 capituló el otro, quedando prisioneros 700 franceses, con lo que á principios de Julio ya se hallaba el conde en las cercanías de Pamplona. Conservaba tambien el enemigo esta última plaza y las de San Sebastian y Santoña. Las tropas aliadas que habian dado vista á la primera en persecucion de los franceses, siguieron á estos hasta que entraron en su país con José, el cual apesadumbrado y abatido dejaba para siempre un reino, donde un dia se prometió vivir y mandar tranquilo y feliz; tranquilidad y felicidad empero que no disfrutó ni siquiera un momento.

El general francés Clausel, que ocupado en perseguir á Mina, habia sido llamado por José para concurrir á la accion de Vitoria, no se aproximó á aquella ciudad hasta un dia despues de la batalla. Habia llegado á la misma ciudad la division inglesa que como hemos dicho, habia quedado en Medina de Pomar al mando del general Pakenham. Acosaban á Clausel á retaguardia y por los costados, Mina y D. Julian Sanchez: cuatro divisiones inglesas, ademas de la de Pakenham se movian contra el general francés, el cual por lo tanto retrocedió á Logroño, y de allí, siguiendo la izquierda del Ebro, y recogien-

do las guarniciones del tránsito, se dirigió á Zaragoza, donde entró el 1.º de Julio: á poco salió de aquella ciudad, tomó el camino de Navarra, torció despues á Jaca, y entró en Francia por Canfranc.

Espulsados por esta parte los franceses del terreno español, situó lord Wellington el ejército aliado en Navarra y Guipúzcoa, y determinó sitiar á San Sebastian, y bloquear á Pamplona, aquella con tropas inglesas, y esta con las españolas del conde del Abisbal y de D. Carlos España.

Grandemente favoreció á lord Wellington para el éxito breve y feliz de la campaña la constancia con que los españoles tuvieron ocupadas numerosas fuerzas enemigas en Aragon, Cataluña y Valencia, bien que ayudados por las tropas de la espedicion anglo-siciliana. Para impedir que Suchet destacase refuerzos al ejército francés de Navarra, habia mandado Wellington á las fuerzas aliadas de levante que entretuviesen por aquella parte á los enemigos. Con este fin se preparó desde Alicante una espedicion contra Tarragona, compuesta de 14.000 infantes y 700 caballos de los anglo-sicilianos y de los españoles de Withingham, mandados todos por Sir Juan Murray, debiendo acometer simultáneamente el segundo y tercer ejército español la línea del Júcar, fortificada por Suchet. Hízose la espedicion á la vela el dia 31 de Mayo; y el dia 3 de Junio desembarcó á poca distancia de Tarragona. Apoderáronse los aliados el dia 7 del castillo del Coll de Balaguer, apoyados por cuatro batallones del general Copons. Entre tanto, acometió Murray á Tarragona, asistido del mismo gene-

ral. Estaba en vela Suchet contra los intentos de sus contrarios; y sabedor á tiempo de la expedición proyectada, había enviado fuerzas mas que suficientes en socorro de la plaza por varios puntos, acudiendo él en persona por el lado del Coll de Balaguer. Debiera Murray haber embestido la plaza de súbito, pero se detuvo ante las fortificaciones exteriores, y dió tiempo á la guarnición para prevenirse, y á Suchet para aproximarse. Sobrecogido entonces y temeroso, determinó embarcarse; y por último, el día 19 lo estaba ya toda la expedición, despues de haber volado el castillo del Coll de Balaguer. Frustróse pues la tentativa; pero con ella, lo mismo que con otros movimientos que se ideaban y ejecutaban con frecuencia, se conseguía el fin principal de impedir á Suchet socorrer á los suyos que tanto lo necesitaban por las provincias Vascongadas y Navarra. Fué uno de estos movimientos, el que hizo el baron de Eroles el 23 de Junio, para favorecer un amago que hicieron por mar los ingleses por la parte de Palomós. Encontróse Eroles con los franceses y peleó con ellos bizarramente hasta que llegó la noche. También peleó con ellos en union con el general Copons, en los dias 8 y 9 de Julio hácia la parte de Vich, donde fueron bien escarmentados los enemigos, que tuvieron que retirarse nada satisfechos al Ampurdan.

Con el mismo propósito de no dejar sosegar á los franceses, los acometieron también en el reino de Valencia los españoles, mientras operaba en las costas de Cataluña la expedición que había salido de Alicante. Caminaba el general Harispe desde San Fe-

lipe á la línea del Júcar; y el día 11 de Junio acometieron los nuestros la retaguardia: seguían sin embargo los franceses su camino; pero el día 13 los volvieron á atacar, y avanzando se colocaron á la derecha del Júcar, desde donde hicieron contra ellos un fuego sostenido de artillería, sin que Harispe pudiese desalojarlos de los puntos que ocupaban. Vinieron también á las manos unos y otros en Carcajente, mandados los nuestros por el duque del Parque: tuvimos la desgracia de perder en aquel encuentro 700 hombres, la mayor parte prisioneros.

Volvió en esto Suchet de Cataluña, y meditaba, y aun había empezado ya á estender sus operaciones, cuando recibió la noticia de la derrota de los suyos en Vitoria, y de cómo se habían internado en Francia. Determinó, pues, muy á pesar suyo, abandonar á Valencia y replegarse al Ebro. El día 5 de Julio salió de aquella ciudad, donde al instante entraron los generales Elío y Villacampa. Tomaron los franceses el camino de Murviedro, donde dejó Suchet 1.200 hombres, 120 en el castillo de Denia, 500 en Peñíscola, y 120 en Morella, aumentando la guarnición de Tortosa con 4.500 hombres al mando de un general de su confianza. Se dirigió el mariscal á Aragon; y habiéndosele reunido los generales Musnier y Severoli, despues de evacuar este último á Teruel y Alcañiz, se situaron todos en tierra de Caspe.

Permanecian los franceses en Zaragoza, y convenidos Mina y Duran, trataban de acometerlos en aquella ciudad, cuando aquellos acometieron á Mina

que por dos veces los rechazó con pérdida, auxiliado por tropas de Duran. Trataban entonces los dos jefes españoles de entrar á viva fuerza en Zaragoza, cuando en la tarde del 8 de Julio la abandonaron los enemigos, llevándose un gran convoy, y dejando 500 hombres en el castillo de la Aljafería. Entró en la ciudad aquella misma noche D. Julian Sanchez, en medio del regocijo universal de la poblacion, y al dia siguiente el general Duran. Mina siguió á los franceses, y se apoderó de todo el convoy que conducian. Volvió á Zaragoza, y nombrado comandante general de Aragon, sitió el castillo de la Aljafería, cuyo gobernador capituló el dia 2 de Agosto, cayendo en poder de los nuestros los 500 hombres que le guarnecian, armas, municiones, víveres y otros efectos. Rindiéronse de allí á poco Daroca y el fuerte de Mallen. Ya antes habia cogido prisionera á la guarnicion de Almunia el general Duran, que despues del nombramiento de Mina habia sido destinado á Cataluña por el gobierno. Mina, dejando en Zaragoza un batallon, y destinando dos contra Jaca y Monzon, se dirigió por orden de Wellington á Sangüesa. Suchet de resultas se trasladó á Cataluña situando su gente en Reus, Valls y Tarragona.



DIRECCION GENERAL DE

CAPÍTULO XX.

Soult nombrado por Napoleon su lugarteniente en España.—Ejército francés en su país.—Intenta Soult socorrer á Pamplona y San Sebastian: no lo consigue, y se retira con pérdida.—Toman los ingleses á San Sebastian: escesos enormes que cometen en la ciudad.—Accion de San Marcial.—Ríndese el castillo de San Sebastian.—Reencuentros en Cataluña.—Cercan los nuestros á Tarragona: hace Suchet levantar el cerco, y la evacuan los franceses.—Accion de Ordal.—Ríndense á los españoles algunos fuertes en el reino de Valencia.—Entran los ejércitos aliados en Francia.—Ríndese Pamplona.—Avanza lord Wellington por dentro de Francia.—Combates en las orillas del Nive: se sitúa lord Wellington en ellas.

IRRITADO Napoleon contra su hermano José y el mariscal Jourdan por el descalabro que sufrieron sus ejércitos en Vitoria, confirió el mando al mariscal Soult en quien confiaba, nombrándole su lugarteniente en España. De este modo quedó privado José de la cualidad de rey, que hasta entonces habia conservado, aunque puramente en el nombre. Por su parte el mariscal Soult refundió en uno todos los ejércitos franceses que habia antes en la Península, dándole el único nombre de ejército de España. Pu-

que por dos veces los rechazó con pérdida, auxiliado por tropas de Duran. Trataban entonces los dos jefes españoles de entrar á viva fuerza en Zaragoza, cuando en la tarde del 8 de Julio la abandonaron los enemigos, llevándose un gran convoy, y dejando 500 hombres en el castillo de la Aljafería. Entró en la ciudad aquella misma noche D. Julian Sanchez, en medio del regocijo universal de la poblacion, y al dia siguiente el general Duran. Mina siguió á los franceses, y se apoderó de todo el convoy que conducian. Volvió á Zaragoza, y nombrado comandante general de Aragon, sitió el castillo de la Aljafería, cuyo gobernador capituló el dia 2 de Agosto, cayendo en poder de los nuestros los 500 hombres que le guarnecian, armas, municiones, víveres y otros efectos. Rindiéronse de allí á poco Daroca y el fuerte de Mallen. Ya antes habia cogido prisionera á la guarnicion de Almunia el general Duran, que despues del nombramiento de Mina habia sido destinado á Cataluña por el gobierno. Mina, dejando en Zaragoza un batallon, y destinando dos contra Jaca y Monzon, se dirigió por orden de Wellington á Sangüesa. Suchet de resultas se trasladó á Cataluña situando su gente en Reus, Valls y Tarragona.



DIRECCION GENERAL DE

CAPÍTULO XX.

Soult nombrado por Napoleon su lugarteniente en España.—Ejército francés en su país.—Intenta Soult socorrer á Pamplona y San Sebastian: no lo consigue, y se retira con pérdida.—Toman los ingleses á San Sebastian: escesos enormes que cometen en la ciudad.—Accion de San Marcial.—Ríndese el castillo de San Sebastian.—Reencuentros en Cataluña.—Cercan los nuestros á Tarragona: hace Suchet levantar el cerco, y la evacuan los franceses.—Accion de Ordal.—Ríndense á los españoles algunos fuertes en el reino de Valencia.—Entran los ejércitos aliados en Francia.—Ríndese Pamplona.—Avanza lord Wellington por dentro de Francia.—Combates en las orillas del Nive: se sitúa lord Wellington en ellas.

IRRITADO Napoleon contra su hermano José y el mariscal Jourdan por el descalabro que sufrieron sus ejércitos en Vitoria, confirió el mando al mariscal Soult en quien confiaba, nombrándole su lugarteniente en España. De este modo quedó privado José de la cualidad de rey, que hasta entonces habia conservado, aunque puramente en el nombre. Por su parte el mariscal Soult refundió en uno todos los ejércitos franceses que habia antes en la Península, dándole el único nombre de ejército de España. Pu-

blicó en seguida una proclama, en que manifestaba grandes esperanzas de triunfar en la campaña, que pensaba abrir dentro de poco. Bien necesitaban sus tropas que las alentase; mas si él concibió de veras tan halagüeñas esperanzas, se le frustraron bien cumplidamente por cierto. Para poner en planta sus planes, había hecho el mariscal francés en San Juan de Pie de Puerto un grande acopio de víveres y de todo lo demas necesario en la guerra. Hallábanse los dos ejércitos uno enfrente del otro; el inglés en tierra de España, el francés en su país natal; tan cerca uno de otro, que sin dar voces podían oirse los centinelas. Proyectó Soult socorrer ante todas cosas á Pamplona y San Sebastian cercados por los aliados. Movi6 sus tropas en número de 35.000 hombres, para socorrer la primera, el dia 24: y desde el 25 hasta el 30 se batieron con las contrarias en varios puntos de la línea, con suerte ya próspera ya adversa, hasta que por la firmeza de los aliados y profunda estrategia de su general, conoció Soult la imposibilidad de salir con su intento, y socorrer á Pamplona. Pensó entonces auxiliar á San Sebastian dirigiéndose á esta plaza por el camino de Tolosa: pero acometido el dia 30 por el frente y por los flancos, no pudo consumir su propósito, y aun tuvieron que abandonar sus tropas ventajosísimas posiciones que ocupaban por aquella parte. Fueron igualmente rechazados en otros puntos los enemigos, que por último volvieron á entrar en Francia; siendo de notar la resistencia con que D. Francisco Longa, auxiliado por el general Bárcena, impidió por espacio de cinco

horas el dia 1.º de Agosto que una columna enemiga pasase el puente de Yarci. Peleóse en todos estos dias con mucho calor por una y otra parte; de modo que perdieron mas de 8.000 hombres los franceses, y como unos 6.000 los aliados, incluso los estraviados.

Aventados así los franceses, pensaron los aliados en estrechar el sitio de San Sebastian, que se habia convertido en bloqueo desde el dia 25 de Julio, por haberse desgraciado aquel dia una tentativa de asalto que hicieron los ingleses, y por haber tenido lord Wellington que atender á los movimientos de Soult de que hemos hablado. Volvieron á empezar los trabajos el dia 24 de Agosto; y espeditas las brechas el dia 31, acometieron los ingleses á las once de la mañana. Terrible fué la acometida, dura y porfiada la resistencia. Parecia ya inclinarse la fortuna al lado de los sitiados, cuando se incendió un almacen de pólvora y otros combustibles que habia junto á la brecha, y causó un estruendo tan horroroso, que se atemorizaron los franceses, y dieron lugar á que los anglo-portugueses entrasen en la ciudad, refugiándose presurosamente los sitiados al castillo, bien que dejando en poder de sus contrarios 700 hombres. De los sitiadores murieron 500, y quedaron heridos 1.500.

Llenos de contento recibieron los vecinos de San Sebastian á los aliados; pero no se sorprendieron poco al verse correspondidos con aspereza, insultos y amenazas: y pluguiese al cielo que á esto solo se redujera su desgracia. La pluma se cae de la mano al escribir lo que sucedió aquella noche en la plaza

de San Sebastian. Cometió la soldadesca en aquella infeliz ciudad mas violencias y horrores, que hubiera podido cometer una cuadrilla infernal de facinerosos. No hablemos de robos, de saqueo, de pillaje y destrozos; escesos, grandes en sí contra una ciudad amiga, pero tolerables al lado de los asesinatos y de la desenfrenada licencia con que el soldado forzaba lo mismo á la niña tierna que á la anciana decrepita; á las esposas en los brazos de sus esposos, á las madres al lado de sus hijas, á las hijas en el regazo de las madres, dando en seguida, ¡qué maldad! ¡qué horror! á las víctimas de su brutalidad una muerte dolorosa, y tal, que el pudor prohíbe circunscribir. Y como si no fueran bastantes para afligir á aquellos inocentes habitantes tanta y tan infame bestialidad, tantos robos, tantas muertes, tantos y tan execrables escesos, empezó con la noche á arder furiosamente toda la ciudad, en términos, que solo quedaron en pie cuarenta casas. Aachacóse tambien á los ingleses, ignoramos si con razon ó sin ella, este último acto de destruccion, inaudito en los anales de las alianzas de las naciones. Un clamor universal de indignacion se levantó contra hechos tan inhumanos y atroces, cuya iniquidad resaltaba en unos aliados á quienes en nada habian ofendido ni faltado, antes bien habian recibido con los brazos abiertos, los pacíficos habitantes de San Sebastian. El ayuntamiento, en union con varios vecinos dirigieron á lord Wellington esposiciones llenas de sentimiento, de graves cargos, y reconvencciones justísimas: los papeles públicos acriminaron fuertemente la conducta de los

aliados, y tacharon de connivencia en su caudillo el no haberla prevenido ni evitado: todo fué en balde. Tampoco pudo remediar nada la regencia á quien representaron con energía las autoridades de San Sebastian. Por fin, aquella desgraciada ciudad, á esparcimiento de sus moradores, se levantó de entre sus propias ruinas apareciendo en pocos años nueva, con mas regularidad y hermosura construida. Condicion de las cosas de este mundo, trocarse frecuentemente el mal en bien, así como muchas veces se cambia el bien igualmente en mal.

Luego que supieron los franceses que habian vuelto á trabajar con actividad los ingleses en el sitio de San Sebastian, determinaron socorrer aquella plaza. Para verificarlo quisieron penetrar en España pasando el Bidasoa por los puntos hácia donde se alojaba el cuarto ejército español, al mando entonces de D. Manuel Freire. Ocupaban nuestras divisiones los campos de Sorueta y Enacoleta, San Marcial, Irun y Fuenterrabia, con otras tropas de reserva, españolas, inglesas y portuguesas. Al salir la aurora el dia 31 de Agosto pasaron los franceses el Bidasoa por el vado de Saraburo, replegándose los nuestros, y alojándose ellos en la altura de Irachaval. Quisieron penetrar tambien por otros puntos, pero fueron vivamente rechazados por los españoles, especialmente en el de San Marcial, cuya altura empezaron á subir con mucho ánimo y resolucion. La defendia el animoso Porlier, que acometiendo á los enemigos con la mayor intrepidez, los precipitó violentamente por la cuesta abajo, portándose allí nuestras tropas, á de-

cir de lord Wellington, "como las mejores del mundo." Acometieron tambien el punto de Portó encomendado á D. Jose María Ezpeleta, cuyas tropas resistieron con el mayor valor el ímpetu de los contrarios; y aunque estos lograron, no obstante, algunas ventajas, reforzados los nuestros, fueron totalmente rechazados, y volvieron á pasar el Bidasoa perseguidos muy de cerca por los españoles. Hicieron lo mismo por el otro lado, abandonando la altura de Irachaval, y cruzando el rio por Saraburo. En fin, se replegaron de todas partes, y volvieron á su país confusos y escarmentados. Subió la pérdida de los españoles á 1.658 hombres: mayor fué la de los franceses, y casi ninguna la de los ingleses y portugueses, porque no tuvieron ocasion de pelear, hallándose de reserva á retaguardia de los nuestros.

Con el buen éxito de esta jornada, tentaron los ingleses el dia 3 de Setiembre reducir la guarnicion del castillo de San Sebastian á que se rindiese. Desoyó la propuesta el gobernador del castillo; por lo que adelantando los sitiadores sus trabajos, empezaron el dia 8 con 59 piezas un fuego tan horroroso, que á las once de aquella misma mañana tuvo que rendirse la guarnicion, compuesta de 80 oficiales y 1.700 y tantos soldados, habiendo perecido los restantes hasta el número de 4.000 que en un principio guarnecian la plaza y el castillo. Los ingleses perdieron en el sitio cerca de 2.300 hombres entre muertos y heridos.

Dejando ya á los franceses por esta parte fuera del territorio español á gran dicha de los pueblos que estuvieran opimiendo por espacio de seis años, volva-

mos la vista al estremo opuesto del reino, lindante con Francia, donde todavía se mantenian, evacuado, por lo demas, casi todo el resto de la Península. Mandaba en Cataluña lord Bentinck la expedición anglo-siciliana, á la que estaba unida la division de Wittingham y el tercer ejército español que mandaba el duque del Parque. Con estas tropas quedó bloqueada la plaza de Tarragona el dia 1^o de Agosto, no hallándose lejos de allí el general Copons, que con su ejército hostilizaba de mil modos al enemigo, no debiendo omitirse la embestida que dió el coronel Manso el dia 7 de Agosto á un batallón de italianos que en número de 700 guardaban los molinos de San Sadurní, de donde se proveian de harina con abundancia los enemigos. Causóles una pérdida de 4.000 hombres, muertos ó prisioneros; destruyó los molinos, repartió entre los paisanos gran cantidad de harina, y se llevó consigo la que pudo.

El mariscal Suchet viendo sitiada á Tarragona, quiso salvar á su guarnicion. Para esto, luego que reunió hasta 30.000 hombres, se movió contra lord Bentinck: retiróse éste la noche del 15; pues aunque reunia acaso tanta fuerza como el mariscal, eran superiores las tropas enemigas por su calidad, homogéneas y acostumbradas á los combates. Signóle Suchet por espacio de dos dias, pero luego volvió á Tarragona, voló las fortificaciones, y se trasladó á la línea del Llobregat, salvando la guarnicion que constaba de 2.000 hombres. Al dia siguiente, 19, entró Sarsfield en la plaza con una division del segundo ejército. Avanzó Bentinck á Villafranca, y situóse

el general Copons en Martorell y San Sadurní. El tercer ejército marchó á Navarra por disposicion de Wellington, sustituyéndole en Cataluña, ademas de la division del segundo ejército que mandaba Sarsfield, otras del mismo ejército que fueron del reino de Valencia. Manteniase Suchet en la línea del Llobregat fortificándose mas y mas cada dia, vigilando con cuidado ambas orillas, mas no tanto que no acometiese D. José Manso el 10 de Setiembre á un batallon y le deshiciese, repeliendo á otros que venian en su auxilio. Manteniase igualmente Bentinck en Villafranca, ocupando otros pueblos, y el punto de Ordal, á tres leguas de los demas. Guarneciale una brigada española mandada por D. José Torres, y dos regimientos, uno inglés y otro calabrés. Acometióle Suchet de improviso la noche del dia 12 por el punto donde estaban los españoles, que rechazaron bizarramente por dos veces al enemigo. Embistió este á la vez por otros puntos, y el combate se hizo general. Estrellóse el francés siempre contra el valor español; pero cesaron por su parte los ingleses colocados en la derecha, con cuyo motivo retrocedieron los españoles y calabreses: aquellos se incorporaron con las tropas de Copons, y estos pudieron embarcarse en Sitges: los ingleses que se libraron, tambien lograron incorporarse con las tropas de Bentinck, el cual habia avanzado al oír el fuego. Volvióse Suchet al Llobregat, y Bentinck á Tarragona, donde se embarcó para Sicilia, sucediéndole en el mando sir Guillermo Clinton. Continuaron los anglo-sicilianos en sus estancias; Copons en Vich, y las tropas

de su ejército molestando á los franceses en encuentros y combates parciales, y así trascurrieron los últimos meses de 1813. Por la parte de Valencia seguia el general Elío sitiando ó bloqueando las plazas y los fuertes que todavía conservaban los enemigos en su poder. Entregóse el 22 de Octubre el castillo de Morella con 100 hombres que lo guarnecian, y el 6 de Diciembre el de Denia con otra tanta fuerza.

Pero donde se preparaban sucesos de la mayor importancia, era en la parte occidental de los Pirineos. Tenia lord Wellington su cuartel general en Lesaca, estendiéndose su ejército desde Fuenterrabia hasta los Alduides; en aquel extremo se hallaba el general inglés Graham, y el 4.º ejército español; en éste D. Francisco Espoz y Mina. Resuelto lord Wellington á invadir la tierra enemiga, dió sus órdenes al efecto el dia 5 de Octubre.

Principiaron á prepararse y moverse las tropas la noche del 6, y á las siete de la mañana del dia siguiente cruzaron el Bidasoa por cuatro vados á un tiempo dos divisiones inglesas y una brigada portuguesa, repeliendo á los franceses y apoderándose de la altura llamada de Luis XIV, en cuyos atrinchamientos cogieron siete cañones. Por otros vados mas arriba pasaron tambien el rio dos divisiones y una brigada del 4.º ejército español, que mandaba el general Freire, guiadas por los generales Bárcena y Porlier, y se apoderaron igualmente de los puntos fortificados en que se alojaban por aquella parte los franceses, cogiéndoles tres cañones. Pasaron igualmente el rio por otros puntos las demas tropas del 4.º

ejército, y con el mayor arrojo é intrepidez arrollaron á los franceses por todas partes, apoderándose de todos los puntos que ocupaba el enemigo, aunque muy difíciles de tomar por su encumbrada aspereza, y por hallarse cuidadosamente fortificados. Al otro lado acometió tambien una division inglesa, apoyada por otra española, los atrincheramientos de Vera, de que se apoderó cogiendo prisioneros 22 oficiales y 700 soldados. El ejército de reserva de Andalucía, que mandaba D. Pedro Agustin Giron, arremetió la escabrosa montaña de la Rhune, y forzó á los franceses á reconcentrarse en su cima, de subida sumamente difícil; por cuya razon, y por haber llegado la noche, permanecieron en ella los enemigos, hasta que acometidos el dia 8 en varios puntos inmediatos que se vieron forzados á desamparar, abandonaron tambien toda la montaña de la Rhune, y la ocupó en seguida el ejército de reserva. Portáronse los nuestros en estas acometidas con serenidad y valor, atestiguando lord Wellington, hablando de una de ellas, que habia sido aquel ataque "tan bueno como el mejor, así por el denuedo en él desplegado, como por su bien entendido órden." Tocó á los españoles en esta invasion acometer los puntos mas peligrosos, y así perdieron 750 hombres, 579 los ingleses, y 233 los portugueses. Intentaron los franceses el dia 13 recobrar algunas de los posiciones que habian perdido: acometieron á las tropas españolas mas avanzadas, pero fueron repelidos, y se retiraron con pérdida no pequeña.

Cambióse de este modo la suerte, pasando ahora á

ser invadidos los invasores, que vieron pisado por los aliados el suelo, como ellos llamaban sagrado, del imperio francés, inaccesible, segun su opinion, á toda planta extranjera. De temer era que viéndose los aliados en el territorio enemigo, se desahogasen los ingleses contra sus naturales y perpétuos rivales, y los españoles contra unos vecinos, que con tanta perfidia se habian introducido en España, la habian oprimido y causado en ella sin razon alguna, gravísimos males. Previno lord Wellington las consecuencias que pudieran seguirse de la licencia del soldado, castigando á tiempo á los que se desmandaron, así españoles como ingleses, siendo estos los primeros y los que mas se escedieron. Así todo el ejército aliado observó la mas estricta disciplina, distinguiéndose los españoles en medio de grandes penalidades, y á pesar de los muchos y justísimos motivos que tenian para estar irritados contra los franceses. Al valor y constancia de los españoles, que dieron los primeros á la Europa el ejemplo de resistencia al opresor universal, estaba reservado humillarle tambien los primeros en su misma casa; pues aunque en la guerra del norte iba torciéndole el rostro la fortuna, todavía estaban á la sazón sus enemigos por aquella parte bastante distantes de las fronteras de Francia.

Quedaban todavía por esta parte en poder de los enemigos las importantes plazas de Santoña y de Pamplona. Bloqueaba ésta D. Carlos España, en compañía del príncipe de Anglona que regia el tercer ejército español, del cual tenía allí 4,000 hombres. No daba muestras de ceder la guarnicion, es-

peranzada de ser socorrida, pues no creía que tanto hubiese decaído la fuerza de los suyos, que no osasen ó no pudiesen volver á pasar la frontera para auxiliarla. Mas como no llegase este día y escaseasen los víveres, exigió el gobernador que se permitiese salir á 3.000 habitantes, ó les suministrasen víveres las tropas del bloqueo. No accedió España, porque las autoridades francesas habian avisado á los habitantes de la plaza que se proveyesen de víveres para tres meses, los cuales habian pasado ya; y así debian ellas proporcionarles el alimento, por lo cual hizo saber el general español al gobernador de la plaza, que si moria de hambre algun español, él seria responsable: ni por eso se doblaron los sitiados; antes bien el día 10 de Octubre hicieron una impetuosa salida y se apoderaron de algunos atrincheramientos; de los cuales sin embargo fueron desalojados despues á viva fuerza por los nuestros. Continuaba y se aumentaba la escasez del alimento; por cuya razon el gobernador que hasta entonces se habia mantenido inflexible, ofreció evacuar la plaza, si se le permitia á él y á la guarnicion volver libres á Francia. Desechó España la propuesta, y por último el día 31 del mismo mes se rindió la guarnicion y quedó prisionera de guerra. El lector recordará las malas artes con que se apoderaron los franceses de la ciudadela de Pamplona; muy distantes ellos entonces de prever que algun día se verian en la necesidad de restituirla á la fuerza. Volvió la plaza á poder de los españoles, y con esto, solo quedaba Santoña en poder de los enemigos.

Recobrada Pamplona determinó lord Wellington empujar las tropas de Soult tierra adentro en Francia. Estaba situado el mariscal francés en posiciones ventajosas á las orillas del Nivelles, muy fortificado y amparado. No obstante, el día 10 de Noviembre muy de mañana le acometió el general británico por toda la línea, moviéndose contra los franceses todo el ejército aliado, españoles, ingleses y portugueses. Pelearon todos con gran valor llevando por delante cuanto encontraban, y obligando á los franceses á abandonar los puntos en que estaban atrincherados. Sorprendió la noche á los aliados en medio de la victoria, y en los mismos puestos de que habian arrojado á sus contrarios. Recelosos estos de mayores descalabros, abandonaron el día 11 á San Juan de Luz que tenian fortificada, y se retiraron la via de Bayona. Avanzaron los aliados el mismo día; y al siguiente estaba ya Soult cerca de Bayona en estancias preparadas y fortificadas de antemano para en el caso de tener que retirarse. Situóse, pues, el ejército aliado en la orilla derecha del Nivelles, espelidos los franceses de sus trincheras y arrojados contra Bayona. Perdieron estos 51 piezas de artillería y 1.500 prisioneros, dejando en el campo 400 heridos y un considerable número de muertos. La pérdida total de los aliados subió á 3.000 hombres: mayor en su totalidad fué la de los franceses.

Estaba el tiempo lluvioso y rígido, por cuya razon tuvo que suspender lord Wellington sus operaciones. Fijóse en San Juan de Luz, y bien prevenido contra las súbitas acometidas de los franceses, empleaba.

se en mantener entre las tropas de su mando una severa disciplina, tanto mas necesaria, cuanto que tenían al frente un poderoso ejército contrario, y estaban en país enemigo, á cuyos habitantes no convenia exacerbar. Invernizo el tiempo, y muy alborotado el mar en aquellas costas, era difícil que aportasen provisiones de Inglaterra para tanta gente, y no pudiendo llegar de España las suficientes, agotado todo con una guerra tan larga y destructora, padecia bastante todo el ejército, y principalmente los españoles, faltos hasta de las cosas mas precisas; si bien daban ejemplo heróico de sufrimiento y obediencia, victoriosos, hambrientos y desnudos en las mismas casas de sus enemigos, que habiendo entrado alevosamente en las suyas, las habian robado y pillado mil veces á su sabor. No quiso el lord esponer por mas tiempo á tan duras pruebas el sufrimiento y subordinacion de las tropas españolas; y así dispuso que volviesen todas á España, menos la primera division del cuarto ejército que permaneció en Francia, bien que acantonadas todas las demas muy próximas á aquel reino, sirviendo de apoyo al ejército inglés.

Convenia á los planes ulteriores del general británico avanzar todavía mas, y dominar una parte de las márgenes del Nive, antes de fijar sus estancias. Parecióle muy difícil ejecutarlo por su izquierda teniendo al frente por aquella parte al mariscal Soult encastillado fuertemente en sus atrincheramientos, amparados por los fuegos de Bayona. Determinó, pues, avanzar por su derecha, donde se presentaba

mayor probabilidad de buen éxito. Empezó á verificarlo el dia 8 de Diciembre, pasando el dia siguiente el Nive por distintos puntos los anglo-portugueses, y la division española mandada por D. Pablo Morillo, y arrojando á los franceses de los puntos que ocupaban. Recogieronse los enemigos á su campo: pero acometieron el dia 10 por la mañana, aunque sin fruto, y aun con la desventaja de haber perdido 500 prisioneros, y de que se pasasen á los ingleses despues del combate tres batallones alemanes, si bien con la condicion de no servir contra los que acababan de ser sus compañeros de armas, y de permitírseles pasar á su país natal. Volvieron á acometer los franceses á la izquierda de los aliados, pero nada consiguieron. Embistieron el dia 13 contra la derecha: la acometida fué desesperada: mas ante la constancia inglesa cedió el furor francés; y perdiendo Soult la esperanza de conseguir triunfo alguno contra los aliados, no obstante que disponia de 50.000 infantes y 6.000 caballos, tropa veterana y aguerrida, tuvo que replegarse á sus trincheras, y abstenerse de tomar la ofensiva. Entre muertos, heridos y prisioneros perdieron los franceses en estos encuentros mas de 6.000 hombres; los aliados mas de 5.000. Por su parte lord Wellington, conseguido su objeto de establecerse en la derecha del Nive, suspendió tambien el pelear hasta ocasion oportuna, que esperaba de mejorarse la estacion, y de entrar en Francia los ejércitos del norte; noticia que contaba de seguro recibir á su tiempo.

te de España, no se manifestaba menos favorable á los que lidiaban contra él en el Norte de Europa. Habiase unido á ellos el Austria, declarando la guerra al emperador de los franceses el 12 de Agosto de 1813. Derrotadas las huestes de Napoleon en Leipsick á mediados de Octubre, ya nada podia detener á los aliados. Mal satisfechos de aquel emperador, que no se contentaba con que ciñesen á su imperio los Pirineos, los Alpes y el Rhin, lindes mas amplios que los de la antigua monarquía francesa; y alarmados con la resolucion que habia tomado y llevaba adelante de levantar un nuevo ejército de 300.000 hombres, se decidieron á entrar en Francia, y pasaron en efecto el Rhin á fines de este año de 1813 y principios del siguiente.

Hallábase Napoleon en Paris desde el dia 9 de Noviembre; y revolviendo en su mente el modo de conjurar la tempestad que le amenazaba, parecióle uno de los mejores medios desembarazar el ejército de España para emplearlo en el Norte, aun á costa de renunciar á la conquista de la Península, que de todos modos tan difícil la consideraba. Para lograrlo ideó reconocer á Fernando VII y ajustar con él un tratado. A este fin envió á Valencey al conde de Laforest con el nombre supuesto de Mr. Dubois, y le entregó una carta para el rey, en que atribuyendo á la Inglaterra el proyecto de aniquilar la monarquía en España, le decia que deseaba restablecer los vínculos de amistad que habian existido por tanto tiempo entre ambas naciones, y que podia dar asenso á cuanto le dijese el conde. Habló éste largamen-

CAPÍTULO XXI.

Declárase el Austria contra Napoleon.—Pasan los aliados el Rhin.—Entabla Napoleon negociaciones con Fernando VII.—Conde de Laforest: sus conferencias con Fernando. Duque de S. Carlos.—Tratado entre Fernando VII y Napoleon.—Llega el Duque de San Carlos á Madrid con una carta del rey para la regencia; contestacion de esta.—Trae otra Palafox.—Decreto del 2 de Febrero y manifiesto de las Córtes.—Discusiones tumultuosas en el congreso.—Relaciones del gobierno español con los soberanos del Norte.—Suchet en Cataluña.—Apodéranse con maña los españoles de Lérida, Monzon y Mequinenza.—Retírase Suchet hácia Figueras.—Santoña.—Capitula el castillo de Jaca.—Avanza Wellington.—Paso del Adour.—Batalla de Horthez.—Duque de Angulema: entra con los ingleses en Burdeos.—Tratos de Napoleon con los aliados del Norte.—Da libertad al Papa y á Fernando VII que entra en España el 22 de Marzo.—Llega á Gerona el 24.—El supuesto general Audinot.—Batalla de Tolosa.—Retírase Soult á Carcasona.—Entran los soberanos aliados en Paris: consecuencias.—Sigue el rey su viaje: entra en Valencia el 16 de Abril: personajes que le rodean.—Los persas.—Cartas de las Córtes al rey: no contesta S. M.—Le envian una comision: no la recibe.—El rey en Aranjuez.—Prisiones en Madrid.—Disolucion de las Córtes.—Decreto de 4 de Mayo.—Entra Fernando en Madrid.—Evacuan enteramente los franceses á España.

MIENTRAS la fortuna se mostraba tan propicia como hemos visto á los enemigos de Napoleon por la par-

te al rey sobre los muchos y gravísimos males que aquejaban á la España, de los cuales culpaba tambien á los ingleses; y sobre la necesidad de procurar la tranquilidad al reino, pidiéndole le indicase los medios que le pareciesen mas oportunos para lograrlo. Fernando respondió que la gravedad del asunto, y el no tener de él ningun antecedente, exigian mucha reflexion y tiempo para contestar, y que quando hubiese de hacerlo se le avisaria. A pesar de esta respuesta, impaciente Laforest pidió audiencia al dia siguiente, y tuvo en los sucesivos diferentes conferencias con Fernando, hallándose presentes los infantes D. Carlos y D. Antonio. Declaró el emisario de Napoleon que su amo volveria á Fernando la corona de España si consentia en arrojar de ella á los ingleses. El rey insistia en que se contase con la regencia para estos tratos, y en este sentido contestó al emperador con fecha 21 del mismo mes. Resuelto éste á llevar adelante su idea, que consideraba necesaria en las apuradas circunstancias en que se encontraba, envió á Valencey al duque de S. Carlos, uno de los que se hallaban detenidos en Francia desde el principio: y a pesar de la resistencia anterior de Fernando á entablar ninguna negociacion sin que interviniese el gobierno establecido en España, convino en que el duque y Laforest formasen un tratado, pero con la restriccion de que no se consideraria de ningun valor, hasta que lo ratificase la regencia, y el mismo Fernando, despues que se viese enteramente libre en su trono. Estendieron efectivamente los dos plenipotenciarios el tratado, segun el cual recono-

cia Napoleon á Fernando y sus sucesores por reyes de España y de las Indias, debiendo conservarse íntegro el territorio de la monarquía segun estaba antes de la guerra, y evacuarle del todo los franceses lo mismo que los ingleses. Obligábase el rey Fernando á pagar á los reyes padres treinta millones de reales, y ocho á la reina si quedaba viuda. Faforeciase á los adictos á José; y se convenian ambos soberanos en conservar la independenciam de los derechos marítimos, y en ajustar un tratado de comercio.

Habianse trasladado las Córtes de Cádiz á Madrid, donde abrieron sus sesiones el dia 15 de Enero de 1814. Se hallaba igualmente la regencia en la capital del reino, adonde habia llegado el 5 del mismo mes. El dia antes habia llegado el duque de S. Carlos, comisionado por el rey para presentar á la regencia el tratado, con el fin de que lo ratificase; prosiguiendo en Valencey las conferencias con Laforest, D. Pedro Macanaz, D. José de Palafox, D. José Zayas y D. Juan Escoiquiz, detenidos en Francia, y reunidos ahora en Valencey por orden de Napoleon. Entregó el duque de S. Carlos el tratado con una carta del rey á la regencia, que contestó á S. M. con fecha 8 de Enero en lenguaje respetuoso y gratulatorio, pero remitiéndole copia del decreto de las Córtes de 1.º de Enero de 1811, en que declaraban “que no reconocerian, antes bien tendrian por nulo y de ningun valor ni efecto, todo acto, tratado, convenio, ó transaccion..... otorgado por el rey, mientras permaneciese en el estado de opresion y falta de libertad en que se hallaba.” En iguales términos

contestó á otra carta del rey que trajo el general Palafox, enviado posteriormente con la misma comision, temerosos los de Valencey de que no se cumpliese por algun accidente la del duque de S. Cárlos. Tambien dió la regencia parte de todo á las Córtes, de que resultó el decreto de 2 de Febrero de 1814, en el cual, de conformidad con el de 1.º de Enero de 1811, declaraban que "no se reconoceria por libre al rey, ni por lo tanto se le prestaria obediencia, hasta que en el seno del congreso nacional prestase el juramento que se exigia en el artículo 173 de la Constitucion," segun el cual debia jurar el rey, entre otras cosas, guardar y hacer guardar la misma Constitucion. Dictábanse ademas en el decreto varias disposiciones relativas al recibimiento y viaje de S. M. á Madrid, y en las cuales se descubrian á las claras recelos de que no adoptase la Constitucion. Divulgábase que se temian los manejos de Napoleon: de temer eran por cierto; avezado aquel moderno emperador á la astucia y á las malas artes; mas el objeto principal de los temores de los constitucionales no eran las intrigas de Napoleon; servian, sí, de alegato plausible para precauciones contra la resistencia que se temia en Fernando á acomodarse con las novedades introducidas, depresivas de su autoridad soberana. Y tanto mas se temia esta resistencia, cuanto se sabia que algunos de los personajes reunidos en Valencey, y muchos de por acá, entre los cuales se contaban generales de los ejércitos y diputados en Córtes, manejaban para que el rey recobrase todo el lleno de la soberanía, y la ejerciese segun las opiniones de los

que querian aconsejarle. Aunábanse y tenian sus conferencias con este fin los contrarios á la Constitucion, y queriendo las Córtes predisponer los ánimos á favor de las medidas que habian dictado, trataron de publicar con el decreto un manifiesto á la nacion, dirigido ostensiblemente contra la mala fe de Bonaparte, pero en realidad para preparar los ánimos á sostener la Constitucion. Con este motivo D. Juan Lopez Reina, uno de los diputados que entraban en la liga contra ella, habló en las Córtes sin el menor rebozo á favor de la soberanía absoluta de Fernando VII. Levantóse entonces un gran tumulto en el salon: no se le permitió continuar hablando, pasó el asunto al exámen de una comision, y de allí al tribunal de Córtes, con lo que intimidado el diputado se ocultó, y á poco tiempo huyó de Madrid. Aprobaron las Córtes que se publicase el manifiesto, y se publicó en efecto; grave, decoroso y elocuente, pero estéril, no habiendo echado raíces todavia en el ánimo de los españoles el sistema de gobierno que se habia establecido de nuevo: y así, cuando habló el rey, tuvo muy pocos defensores la Constitucion, y estos se vieron forzados á callar como veremos al fin (1).

Mirando los aliados del Norte á la España con el aprecio y distincion á que la hacian acreedora los esfuerzos y sacrificios que habia hecho por su libertad, y que redundaron en beneficio de la libertad del continente, y fueron su principio y fundamento, iban estrechando con nuestro gobierno sus relaciones. El

(1) En el apéndice obran todos estos documentos.

Austria nos envió un encargado de negocios, y la Prusia celebró en Basilea un tratado con la regencia del reino, el día 20 de Enero, en términos equivalentes á los en que se habian formado los tratados con Rusia y Suecia, de que hemos hablado.

Volviendo á los asuntos de la guerra, muy apurado andaba el mariscal Suchet en Cataluña, reducido su ejército á muy corta fuerza, por haber salido para Francia en número considerable de tropas por disposicion de Napoleon, estrechado muy de cerca por los aliados del Norte. Hallábase en Gerona y su inmediaciones con dos divisiones de infantería y algunos cuerpos de caballería que le servían de reserva; Habert encerrado con 9.000 hombres en Barcelona y Robert con poca fuerza en Tortosa. Además de estas dos plazas, conservaba todavía el enemigo por aquel lado las de Lérida, Peñíscola, Murviello, Monzon, Mequinenza y otras. Tenian los nuestros rigurosamente bloqueada la de Barcelona, y trataron de apoderarse con astucia de las demas que acabamos de nombrar por medio de D. Juan Van-Halen, oficial español, que hecho prisionero por los franceses en el Ferrol reconoció por rey á José y entró á su servicio. Se hallaba á la sazón este oficial en el estado mayor del ejército francés, y seguía una correspondencia importante con el baron de Eroles, á quien tambien remitió la clave de la cifra del ejército enemigo. Abandonó á este por fin saliendo de Barcelona la noche del 17 de Enero, y llevando consigo la cifra, firmas y sello de que usaba el estado mayor de Suchet. Con este auxilio proyectó apoderarse de

las mencionadas plazas, y propuso su pensamiento al baron de Eroles y al general Copons, que convinieron en ello. Para conseguirlo se contrahizo, valiéndose del sello y de las firmas estraidas del Estado mayor, un convenio, que se fingia hecho en Tarrasa entre los generales Suchet y Copons, para entregar á éste las plazas ocupadas por tropas del primero. Hizose la tentativa en Tortosa, y estaba ya para rematarse felizmente el estratajema, cuando concibió algunas sospechas el gobernador, y se frustró. Mejor éxito tuvo en Lérida, Monzon y Mequinenza, cuyas guarniciones cayeron en el lazo, y las evacuaron. Para coger todo el fruto posible del ardid, envió Copons delante de las guarniciones fuerzas suficientes, que con otras que iban detrás las cogieron prisioneras en número de 2.300 hombres, desesperados, al abrir los ojos, por el engaño en que habian caido.

Gran sentimiento recibió Suchet con la pérdida de aquellas plazas y de la gente que las guarnecía, máxime hallándose en extremo escaso de fuerzas, habiendo tenido que mandar de nuevo bastantes á Francia por orden del emperador. Desmanteló á Gerona, voló algunos puntos fortificados, y se situó con su corto ejército al amparo de Figueras, donde permaneció, hasta que evacuó para siempre el territorio español.

No menos se mostraba risueña la fortuna á los españoles en otras partes. Tomáronse varias obras exteriores delante de Santoña hácia mediados de Febrero; y el 17 del mismo capituló el castillo de Jaca que estaba bloqueado por tropas de Mina.

Lord Wellington que se mantenía en las riberas del Nive y del Adour, empezó á moverse á mediados de Febrero, con resolucion de pasar este último rio, sitiár á Bayona, y llevar cuanto mas allá pudiese el teatro de la guerra. Pusiéronse pues en marcha por la derecha las divisiones inglesas, y la española que mandaba el general Morillo: fueron cediendo en todos los puntos los franceses, y cortada la comunicacion de su ejército con S. Juan de Pie-de-Puerto, bloquearon esta plaza tropas de Mina que llegaron del valle del Bastan. La izquierda de los aliados, que estaban observando á Bayona, y preparándose para pasar el Adour, reforzó la derecha empuñada en continuos ataques con el francés, reemplazando las fuerzas que de aquella salian una division y dos brigadas del ejército del general Freyre, quien habia vuelto á entrar en Francia por disposicion de Wellington. Incumbia á la izquierda de los aliados pasar el Adour; para cuya operacion habian reunido auxilios navales en el puerto de Socoa. Debía ejecutarse el paso el dia 21 de Febrero, pero estaba el tiempo tan malo, que el convoy no pudo salir del puerto. Mandaba las tropas el general Hoppe, que se arrestó á emprender el paso del rio sin el auxilio de la marina, principiando á moverse la noche del 22, provistas sus tropas de la artillería necesaria, y de cohetes á la congreve, y acompañadas de una division española del 4.º ejército, mandada por D. Carlos España. Los cohetes ahuyentaron los buques pequeños que tenian los enemigos en el rio: D. Carlos España amagaba al campo enemigo desde unas

alturas donde estaba calocado; y como esto sucedia mas arriba del punto por donde pensaban pasar los ingleses, cabalmente porque contemplaban muy difícil su paso los enemigos, y por eso lo descuidaban: pudo desembarazadamente una brigada inglesa registrar mas abajo la orilla del rio, hasta que encontró el punto que pareció á propósito para cruzarle. Con todo, nada se pudo hacer hasta el dia siguiente por la tarde: y aunque llevaban los ingleses pontones y lanchas, solo pudieron pasar en balsas unos 500 hombres, sin olvidar empero los cohetes. Habiéndolos visto desde la ciudadela de Bayona los franceses, enviaron contra ellos dos regimientos, que marchaban á acometerlos con mucho ardor. Dispararon entonces sus cohetes los ingleses, y reprimieron el ímpetu de sus contrarios, aterrados con el terrible daño que causaban aquellos nuevos instrumentos de destruccion. Retiráronse los franceses á la ciudadela, y por la noche pasaron el rio mas tropas británicas. Estaba el pasaje aquel á unos 130 pasos de la boca del rio, y tenia de ancho como 270. Aunque con mucho trabajo por lo alborotada que estaba la barra, subieron por el rio 30 buques ingleses de los que estaban en Socoa, y por la noche del dia 24 habia ya 6.000 ingleses en la orilla derecha del Adour, que puestos en movimiento la mañana del 25 cercaron la plaza, el campo atrincherado que habia levantado Soult, y todas las demas obras exteriores.

El mismo dia 25 quedó concluido un puente compuesto de pequeños barcos, cuya cabeza, en la derecha márgen, descansaba poco mas acá de un pueblo

llamado Boucaut, siendo de la mayor utilidad para la comunicacion entre ambas orillas.

Lord Wellington por el ala derecha avanzó con todas las otras divisiones, inclusa la que mandaba D. Pablo Morillo, y arrojó á los franceses hasta Orthez. Esperaron allí batalla los enemigos en número de 40.000 hombres: empezó efectivamente el combate á las nueve de la mañana del 27, y fué en un principio vária la suerte; mas al fin retiráronse los enemigos: á poco rato ya huían, porque los ingleses los acosaban con valor é inteligencia; por último echaron á correr en dispersion, dejando en poder de los vencedores 2.000 prisioneros y 12 piezas de artillería, y muriendo un sinnúmero de ellos acuchillados en su fuga por los ingleses. Perdieron estos 1.700 hombres, 600 los portugueses, pero ninguno los españoles porque no concurrieron al combate. Quedó contuso lord Wellington de una bala de fusil, y levemente herido nuestro general D. Miguel Alava. De los enemigos murió el general Bechaud, y quedó herido de gravedad el general Foy; su pérdida total pasó de 12.000 hombres contando con los estraviados. Continuaron retirándose por la noche; siguiéronlos al dia siguiente sus contrarios: entonces tomaron ellos el camino de Agen. De este modo se posesionó el ejército aliado de la orilla derecha del Adour, haciéndose dueño de todos sus pasos, y de muchos víveres y efectos del enemigo, y cercando las plazas de Navarreins, San Juan de Pie-de-Puerto y Bayona.

Habia llegado de Inglaterra al campo de lord Wellington el duque de Angulema, casado con la hija

del rey de Francia, el desgraciado Luis XVI, y sobrino del que luego fué Luis XVIII. Tenia bastantes aficionados en aquella parte de Francia la dinastía de Borbon, los cuales, tomando aliento con las victorias de los aliados, trataron de procurar su restablecimiento en el trono. A este fin se presentaron comisionados de Burdeos y Tolosa en el cuartel general de lord Wellington, solicitando que el de Angulema capitanease á los de su partido. El mariscal Soult, detenidos algun tanto los aliados por lo impracticable de los caminos á causa del mal tiempo, se dirigió hácia los Pirineos para poder recibir auxilios de Suchet, con lo que le quedaba abierto á lord Wellington el camino de Burdeos. No creia Soult que se determinase á llegar á aquella ciudad el general británico; mas este, favoreciendo los intentos de los partidarios de los Borbones, hizo que se adelantase á Burdeos el general Beresford con tres divisiones inglesas, supliendo su falta tropas de nuestro ejército que mandó Wellington avanzar. Iba con Beresford el duque de Angulema: el dia 12 de Marzo, habiéndose retirado antes las tropas y las autoridades, escepto el corregidor y el arzobispo, entraron ambos en medio de los mayores aplausos de aquel vecindario, habiendo sido el corregidor el primero que gritó, "viva el rey," y se puso la escarapela blanca.

Andaba por este tiempo Napoleon en tratos con los soberanos de Europa, que muy avanzados á la sazón y quebrantadas las fuerzas de su temible antagonista, ya no querian conceder á la Francia otros límites que los que tenia el año de 1789. No se con-

formaba el emperador francés, aunque ya se contentaba con que fuesen los que antes había desechado; el Rhin, los Pirineos y los Alpes: y como no accediesen los aliados, hubo de proseguir la guerra, sordo Napoleon á los consejos de la prudencia, que dictaba en aquella ocasion ceder á la declarada adversidad de la fortuna. Consintiendo en las fronteras que señalaban á la Francia los aliados, se enflaquecía mucho, es verdad, al fundamento de su reciente trono, que era la fuerza y la prepotencia: pero un hombre de sus recursos mentales, con un gobierno ya bien organizado, con una clientela numerosa y poderosa, jefe de una nacion grande, industriosa y rica, y enlazado con una de las dinastías mas esclarecidas del continente, podia reprimir con facilidad los movimientos interiores de los descontentos, inutilizar los manejos de sus enemigos de afuera, y afianzar por último en sus sienas y en las de sus descendientes la corona más brillante de la Europa. Y no era ciertamente poca fortuna y poca gloria habérsela ganado con su valor y con su talento. Mas no pudiendo soportar la idea de descender tanto de la extraordinaria altura á que se había elevado, se decidió á remitir su suerte al éxito de las armas.

Para emplearlas con mas desembarazo, determinó dar suelta al Sumo Pontífice, á quien tenía custodiado fuera de los Estados de Roma, y tambien á Fernando VII, á pesar de la respuesta que había dado la regencia del reino relativamente al tratado de que fuera portador el duque de S. Carlos. Recibió pues el rey la agradable nueva de su libertad el día 7 de

Marzo por la noche. De órden suya salió el día 10 el general D. José Zayas para Madrid, llevando carta de S. M. para la regencia, en la que, con alguna satisfaccion de los constitucionales, se hablaba de las Córtes y de lo que se había hecho durante la ausencia del rey, pues anteriormente nada de esto había tomado en boca S. M. Salió el rey de Valencey el día 13 de Marzo con los infantes D. Carlos y D. Antonio, y mas españoles que se hallaban en aquel sitio. Llegó el 19 á Perpiñan, donde le recibió el mariscal Suchet, á quien trató el rey con mucho agrado. Aunque tenía órden el mariscal francés para hacer que se detuviese el rey en Barcelona, hasta que regresasen á Francia las guarniciones de las plazas que todavía ocupaban los franceses en Valencia y Cataluña, consultó de nuevo á su gobierno, consintiendo en que saliese Fernando para España, quedándose en Perpiñan el infante D. Carlos. Entró, pues, el rey en su reino el día 22, y se detuvo el 23 en Figueras. El 24, á cosa del medio día llegó acompañado del infante D. Antonio y del mariscal Suchet, al rio Fluviá, en cuya izquierda estaban formadas las tropas francesas, y en la derecha las españolas con su general Copons. Avisado éste por el jefe del estado mayor francés de la llegada del rey con intencion de pasar el rio, dijo en voz alta: "pase el rey," y lo verificó S. M. con el infante D. Antonio, y los demas españoles que le acompañaban. Entonces el general Copons, rodilla en tierra, prestó al rey el homenaje de respeto debido á S. M. dándole en términos muy comedidos el parabien por su libertad

y llegada á su reino, y entregándole en seguida un pliego de la Regencia. Pasó luego revista S. M. á las tropas que desfilaron en su presencia, prorumpiendo en vivas y aclamaciones, lo mismo que los paisanos que de los contornos habian acudido á tener la dicha de ver libre á su rey, á quien lloraron cautivo por tanto tiempo.

Llegó S. M. á Gerona el día 24 acompañado del general Copons. Salió de aquella ciudad el día 26 á recibir á su hermano el infante D. Carlos, á quien no se atrevió á detener por mas tiempo en Perpiñan el mariscal Suchet. Daba la regencia en su carta al rey, noticia del estado en que se hallaban las cosas; y S. M. respondió desde Gerona, con fecha 24, en términos generales, y menos explicitos que los de la carta anterior, por lo que desagradó mucho á los interesados por la constitucion, y por las demas innovaciones que se habian introducido y se pensaba introducir. Las Córtes, sin embargo, no hicieron ninguna manifestacion de disgusto, y antes bien mandaron que se erigiese en la ribera derecha del Fluviá un monumento que recordase la entrada del rey en España.

Entre tanto que esto pasaba en la frontera de Cataluña, y mientras el rey proseguía su viaje, las Córtes, que habian abierto sus sesiones el día 1.º de Marzo, continuaban sus discusiones, sin tomar ninguna medida para conjurar la gran tormenta que contra ellas se levantaba. Así sus adversarios políticos trabajaban con mas desembarazo en el plan de derribarlas, y destruir cuanto habian hecho. Con

este fin ponian en práctica todos los medios que juzgaban conducentes para llevar á cima su proyecto. Fué uno de ellos fingir una conjuracion para formar en España una República. Era la idea, segun ellos, del príncipe Talleyrand: la apoyaba Napoleon, y entraban en el plan muchos liberales de los de mas cuenta, entre ellos D. Agustin Argüelles. Así lo declaró un sugeto, que preso, vestido de fraile franciscano, dijo ser un general francés, por nombre *Audinot*: pero llevada la cosa adelante, descubrió, estando ya el rey en España, todo el enredo de tan inicua como grosera trama, confesando no llamarse *Audinot*, ni ser general, sino un francés cualquiera llamado *Barbeau*. Abandonáronle sus instigadores, no todos gente menuda, segun las declaraciones del impostor, que, desesperado, á lo que cuentan, se dió muerte en la cárcel. Mas aunque desde el principio de este ruidoso suceso conocieron los fabricantes del embuste la imposibilidad de darle ni siquiera apariencia de verosimilitud, no por eso cesaron en el plan de procurar á toda costa el descrédito de los liberales, y echar por tierra toda su obra. Aunáronse para ello otros personajes con los que acompañaban al rey, los cuales, aunque no todos, se afanaban por determinarle á que aboliese la constitucion, y la mayor parte de las medidas que en su ausencia habian dictado las Córtes. En esta tarea les dejaremos por ahora, para acabar de referir los sucesos de la guerra, que trajeron por último la paz.

Despues de la batalla de Orthez, habia asentado sus reales en Rebastens el mariscal Soult, y quiso

acometer á los ingleses en sus estancias; pero bien prevenidos éstos para recibirle, desistió de su intento, y retrocedió, siguiéndole los ingleses y las tropas españolas del cuarto ejército, por Rebastens, Tarbes y Saint Gaudens, hasta la ciudad de Tolosa, donde entró el día 24. Dieron vista á Tolosa los aliados el 27, y tanteando los puntos á propósito para pasar el Garona, se echó por fin un puente mas abajo de la ciudad el día 4 de Abril. Pasaron por él las tropas aliadas y Wellington con su cuartel general. Era entonces el día 8, y todavía no habia pasado el rio el general Hill, que se hallaba bastante apartado del puente, por lo cual hubo de levantar éste, y trasportarlo á distancia de una legua, donde se hallaba aquel general. Cruzado que hubo el rio, ordenó lord Wellington el ataque contra Tolosa, que empezó el día 10 á las siete de la mañana. Guarnecian 30.000 hombres de buenas tropas la ciudad, que ademas se hallaba defendida por una muralla gruesa, y por reductos y fortificaciones exteriores, favoreciendo tambien á los defensores, el hallarse la plaza ceñida por el Garona, el canal de Languedoc, y otras aguas que discurren por todos lados, menos por la parte del Mediodía. Con rostro firme esperaban el ataque los franceses, atrincherados en sus formidables posiciones: de éstas eran muy principales las alturas de Mentrave y el Calvinet, que tocó acometer á los españoles, mandados en dos divisiones por el general en jefe D. Manuel Freire, su segundo D. Pedro de la Bárcena, y guiadas por D. José Ezpeleta y D. Antonio Garces de Marcilla. Arremetieron los nuestros

con tal impetuosidad, que hicieron volver la espalda al enemigo, apoderándose de un cerro que éste ocupaba, y dejando en él una brigada con la artillería portuguesa: con la noticia de que el general Beresford estaba ya á punto de acometer por la derecha, se movieron las demas tropas españolas contra las alturas mencionadas, donde tenia establecidos el enemigo cinco reductos. Contra dos de éstos se dirigieron los nuestros; pero los franceses, emboscados en unos criaderos y jardines, amparados por las fortificaciones, y provistos de numerosa artillería, hicieron un fuego mortífero sobre los nuestros, que sin embargo, atravesando impávidos por entre una nube de fuego, un diluvio de balas, de metralla y de granadas, llegaron hasta el arranque de las fortificaciones enemigas. Lo mismo tuvo que padecer otra porcion de tropa nuestra que acometió por la izquierda de las colinas. Abrasados se vieron nuestros soldados con fuego á quemarropa, que tenian ocultos los enemigos, acometiéndoles al mismo tiempo otros á bayoneta calada. Desconcertáronse algun tanto, mas habiendo sido reforzados, contuvieron á los enemigos. Recia y cruda andaba por aquella parte la pelea: acudió el mismo Wellington en persona con los generales Álava é Wimpffen: corrian por todas partes los jefes de los nuestros, señaladamente el general Freire, animando á los soldados que, acordándose de que eran españoles, no quebraron aun en medio de aquel fuego infernal en que se hallaban envueltos.

Esto pasaba en la derecha y centro del ejército aliado, mientras en la izquierda, las tropas inglesas

que mandaba Beresford, embestian contra la derecha de los franceses, arrollándolo todo, á pesar de la mas fuerte y obstinada resistencia. Aunque á costa de mucha sangre, tomaron por aquella parte los reducos enemigos, y dirigiéndose hácia los que acometian los españoles, y cooperando estos con gran ánimo, se logró que los desamparasen los franceses, lo mismo que todas las demas fortificaciones por aquella parte. Mientras duraba la batalla, el general Hill con sus ingleses y una brigada española obligó á los franceses que defendian el arrabal de Saint Ciprien, á encerrarse en el recinto de la ciudad. Acometió tambien por el puente doble el general Picton, que desgraciadamente fué rechazado, haciendo sobre él los enemigos un horroroso fuego. Por fin, dueños los aliados á las cuatro de la tarde de los collados de Montrave y el Calvinet que domina la ciudad, cesó del todo la pelea. En ella perdieron los aliados cerca de 2.000 españoles, mas de 2.100 los ingleses, y sobre 600 portugueses. De los españoles murieron D. Leonardo Sicilia, coronel del regimiento de tiradores de Cantabria, D. Francisco Balanzat, que mandaba el regimienio de la Corona, D. José Ortega, teniente coronel, con otros varios oficiales; y quedaron heridos tambien entre otros muchos, D. Pedro Mendez Vigo, D. José María Carrillo, jefes de brigada, el general Ezpeleta, y el de igual clase Mendizabal, que asistió de voluntario. No debió ser tan grande la pérdida de los franceses, amparados de sus parapetos; pero murió el general Taupin, y quedaron heridos otros seis generales.

Retiróse de Tolosa el mariscal Soult el dia 11 por la noche con direccion á Carcasona, dejando un gran número de heridos en la ciudad que abandonaba, bastante artillería y muchos efectos de guerra. Entraron los aliados el dia siguiente, 12, en Tolosa, donde se recibió aquel mismo dia la noticia oficial de haber ocupado á Paris el dia 31 de Marzo los aliados del norte, y de haberse formado en aquella capital un gobierno interino el dia 1.º de Abril por disposicion del senado, que el dia siguiente declaró decaído de la dignidad imperial á Napoleon, y el 6 del mismo mes proclamó por rey de Francia á Luis XVIII, que se hallaba en Inglaterra.

Antes que se supiesen de oficio estas noticias en Bayona y Burdeos, hubo en uno y otro punto sus hechos de armas, entre los cuales fué muy desastrosa para los ingleses una salida que hicieron de Bayona los franceses, en la cual tuvieron aquellos 600 muertos ó heridos, y quedaron ademas en poder de sus contrarios 231 prisioneros, y el mismo general que mandaba las tropas del cerco, sir Juan Hoppe. Por fin, Burdeos y Bayona, así como toda la Francia, se conformaron con lo acaecido, unos de grado, y otros por fuerza: fué restituida al trono la dinastía de Borbon, y destituida la familia de Napoleon, á quien conservándole el título de emperador, se dió en plena soberanía para su morada la pequeña isla de Elba, en el Mediterráneo, no lejos de la costa de Francia: confianza de los aliados que volvió á comprometer la paz del continente al siguiente año.

Habia salido el mariscal Suchet de España con su

ejército, á principios de Abril, camino de Narbona. Comunicáronse, tanto á él como al mariscal Soult, los acontecimientos de Paris, y órdenes del gobierno provisional. En virtud de ellas, y aunque con alguna resistencia por parte del mariscal Soult, pactóse el 18 y 19 la cesacion de hostilidades, y la entrega á las tropas españolas de las plazas que estaban todavía en poder de los franceses. Santoña habia capitulado el 27 de Marzo, pero Wellington no habia aprobado la capitulacion, porque segun ella, debia salir y restituirse la guarnicion libremente á Francia, con la condicion de no tomar parte en la guerra actual, y no tenia el lord la mayor confianza en el cumplimiento de esta palabra, por haberla quebrantado por su parte la guarnicion de Jaca que tambien la diera, al capitular la entrega de aquel castillo, al general Espoz y Mina. En el territorio donde habia mandado Suchet, ocupaban sus tropas las plazas de Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Benasque, Murviedro y Peñíscola.

Concluyóse, pues, la guerra que por espacio de seis años estuvo pesando sobre la Península hispana, sin que ella la hubiera provocado. Por esta parte, universal fué la satisfacion: no así con respecto al sesgo que tomaron las cosas políticas, porque la determinacion sobre este punto, de Fernando VII, ocasionó á unos sensibles padecimientos, y á ellos y otros muchos, profunda pesadumbre y descontento. Salió el rey de Gerona el dia 28 de Marzo, acompañado de los infantes D. Carlos y D. Antonio; llegó á Tarragona, y de allí á Reus, donde se detuvo un

dia. Facultada la regencia por las Córtes, habia trazado la ruta del rey, via recta á Valencia; pero en Reus recibió S. M. una encarecida súplica de la diputacion provincial de Aragon, para que se dignase visitar á Zaragoza en su tránsito á Madrid. Accedió á ello S. M., siendo el primer acto positivo de no conformidad con las disposiciones de las Córtes y del gobierno. Llegó á Zaragoza el dia 6 de Abril, y se detuvo hasta el 11 en aquella ciudad, cuyas ruinas la ofrecian poderosos motivos para las mas serias reflexiones, al pisar un recinto donde habian perecido mas de cincuenta mil personas por salvarle de su cautiverio. De Zaragoza pasó el rey á Daroca. En esta ciudad se reunieron varios personajes para conferenciar acerca de si convendria ó no que el rey jurase la constitucion: discordaron los pareceres, y nada se resolvió. Llegó el rey el dia 13 á Teruel, desde donde regresó al ejército el general Copons, que le habia acompañado hasta allí; entró el 15 en Segorbe, adonde concurrió el infante D. Antonio desde Valencia, á cuya ciudad habia ido en derechura desde Reus. Reuniéronse tambien en Segorbe los mismos personajes que en Daroca, y se agregaron otros; sucedió lo mismo: no se avinieron las opiniones, y así se quedó. Por fin, el dia 16 entró el rey en Valencia, donde habia llegado antes el cardenal de Borbon, presidente de la regencia, y el ministro interino de estado D. José Luyando. Salió el cardenal á recibir á S. M., tambien el general Elío, quien le ofreció las bayonetas de su ejército para recobrar su autoridad soberana, acriminando á las Córtes, y supo-

niendo ser aquellos los sentimientos de todas las tropas. El día 17 presentó al rey la oficialidad de su ejército, y les dijo delante de S. M.: “¿Juran vdes. sostener al rey en la plenitud de sus derechos?” y todos respondieron: “Sí juramos.” Entraban en las miras del general Elío varias personas de influencia en el ánimo del rey, y que andaban á su lado; señaladamente el duque de San Carlos, D. Juan Escobiquiz, D. Pedro Macanaz, D. Juan Perez Villamil, D. Miguel de Lardizabal y D. Pedro Gomez Labrador, aunados todos para que el rey no se sujetase á la constitucion. Tenia la conjura ramificaciones en las provincias, sobre todo en Madrid, y hasta en el seno mismo de las Córtes. Así es que algunos diputados, á cuya frente se puso D. Bernardo Mozo Rosales, dirigieron una esposicion á S. M., pidiéndole que no se conformase con las innovaciones hechas durante su ausencia, en materia de gobierno. Tenia la fecha de 12 de Abril, y al principio la firmó un corto número de diputados, y la llevó á Valencia el mismo Mozo Rosales. Posteriormente, cuando se veia caída sin remedio la constitucion, la firmaron otros diputados, hasta el número de 69, á quienes se llamó *Persas*, porque principiaba la esposicion: “Era costumbre en los antiguos persas....(*)” Bien sabian las Córtes todo lo que se platicaba contra ellas y contra el nuevo orden de cosas: mas ya fuese por considerar imposible contrarestar la inmensa fuerza que tenia el rey, apoyado en el amor de los pueblos, ó porque creyesen que siempre tomaria un término me-

(*) Apéndice, núm. VI.

dio y conciliador de todas las opiniones é intereses, no hicieron mas que escribir dos cartas al rey. No contestó S. M., decidido á no reconocer las mudanzas efectuadas en la forma de gobierno, y á revestirse íntegramente de la soberanía: salió de Valencia el día 5 de Mayo, escoltado por una division del ejército de Elío, que mandaba éste en persona, hallándose ya de su orden en Guadalajara, desde el día 30 de Abril, D. Santiago Whittingham con 600 hombres, 2.500 caballos, y seis piezas de artillería. Era recibido el rey en todos los pueblos del tránsito, con un entusiasmo difícil de pintar, no dejando de oirse y verse bastantes manifestaciones contra la constitucion y las Córtes. Estas, al acercarse el rey á la capital, nombraron una comision de seis diputados, para que saliera al camino á recibirle. Quisieron los diputados cumplimentar al rey en un pueblo, pero S. M. no los recibió, dando orden de que esperasen en Aranjuez, donde les mandó decir que ya habia tomado su resolucion. Mandó tambien al cardenal, presidente de la regencia, que se restituyese á Toledo, de donde era arzobispo; y á D. José Luyando le destinó al departamento de Cartagena, como oficial que era de marina. Al mismo tiempo fueron arrestados en Madrid, la noche del 10 de Mayo, los otros dos regentes D. Pedro Agar y D. Gabriel Ciscar, algunos ministros, varios diputados y otros sugetos, todos los cuales fueron encerrados en cuarteles y cárceles, y algunos en horrosos calabozos. Continuaron las prisiones los dias siguientes, y se hicieron otras en las provincias, de donde trajeron algunos de los

presos á Madrid: dias de luto y lágrimas para un crecido número de familias; y rigor, con el cual hubiera sido muy propio de un ánimo real no acibarar la comun alegría. En la misma noche se insinuó al presidente de las Córtes que quedaban éstas disueltas y abolidas. Todo lo ejecutó de orden del rey D. Francisco Eguía, nombrado por S. M. capitan general de Castilla la Nueva.

Difundida la noticia de tales acontecimientos, la mañana del 11, inundó las calles de la corte, á manera de torrente, un aluvion de la gente baja del pueblo, que arrancando la lápida de la Constitucion, la arrastró por calles y plazas, invadió el salon de las Córtes, destrozando quanto en él habia, y no cesó en todo el dia, ni en otros sucesivos, de gritar desaforadamente pidiendo castigo para los liberales. Ninguna medida tomaron las nuevas autoridades para sosegar la multitud; antes bien sonaba gratamente en sus oidos aquella gritería. Odiosa se hace la medida mas útil, tomada por semejantes medios. Leíase tambien aquel dia en las esquinas un largo escrito, firmado por el rey en Valencia á 4 de Mayo, en el cual declaraba nulos y de ningun valor ni efecto, la constitucion y los decretos de las Córtes, así las extraordinarias como las ordinarias, que fuesen depresivos de los derechos y prerogativas de su soberanía, imponiendo pena de muerte al que intentase de hecho, por escrito, ó de palabra, sostener dicha constitucion y decretos, persuadir ó mover, incitar ó exhortar de cualquiera modo á su observancia. Decía tambien S. M. que aborrecia y detestaba el despotis-

mo, que no sufriau ya las luces y cultura de las naciones de Europa; reconocia en los pueblos derechos inviolables, y prometia congregár Córtes compuestas de procuradores de España y de las Indias; afianzar la seguridad individual y real, y hasta la libertad de imprenta dentro de los límites que prescribe la razon; y por último, que se impondrian las contribuciones con acuerdo del reino, y que se establecerian con acuerdo de las Córtes, las leyes que en lo sucesivo hubiesen de servir de norma para las acciones de sus súbditos (*). Desde luego se ofrece aun al menos reflexivo, que si tales eran las intenciones de S. M., no estaba muy en armonía con ellas, ni era fácil conciliar con los principios que se sentaban en el manifiesto, la conducta que se observó relativamente á cosas y á personas. Lo cierto es, que el conciliar el orden, el sosiego y seguridad en las sociedades, con la libertad á que tiene derecho cada uno de sus individuos, es obra muy árdua: y mas valiera que por aquí, y no por calabozos y presidios, hubieran empezado los consejeros de Fernando. Jamas se ha presentado á ningunos ministros ocasion mas favorable para dar un buen gobierno á esta nacion, que en vano lo ha estado aguardando por siglos enteros. Corto era el apoyo con que podia contar la Constitucion del año 12 en la nacion y en los ejércitos; abolirse podia tranquilamente, sin temor de resistencia ni de turbulencias, y sin necesidad, por lo tanto, de ensangrentarse contra sus autores y apasionados: grande era, por otra parte, y muy general, el deseo de un

(*) Apéndice, núm. VII.

gobierno racional é ilustrado, y nunca podía estar para establecerlo mejor dispuesta la autoridad real, que al volver Fernando de su cautiverio. Pero los hombres llamados á los negocios en aquella época, desaprovecharon tan buena coyuntura, y la España se vió defraudada del bien que tenia derecho á esperar, apoderados de sus entrañas, para mayor desgracia, elementos corrosivos que todavía la están aniquilando: opiniones encontradas, intereses inconciliables, division intestina, animosidad, resentimientos y rencores.

Por fin, el dia 13 de Mayo entró el rey en Madrid con los infantes D. Carlos su hermano, y D. Antonio su tío, y acompañándole las tropas de Whittingham. Hizo su entrada por la puerta de Atocha; siguió por el paseo del Prado y las calles de Alcalá y de las Carretas, al convento de Santo Tomás, en cuya iglesia entró, por hallarse en ella la imagen de la Virgen que antes se veneraba en el convento de Atocha. Tomó luego por la plaza Mayor y las Platerías, y entró por último en su palacio, donde como rey, no habia morado mas que quince dias. Grandemente fué obsequiado en el tránsito, con arcos, adornos, victores y todo género de aclamaciones: un gentío inmenso llenaba las calles y las plazas, coronados ademas los balcones, las ventanas y aun los tejados. Estremado era el cariño que le tenia el pueblo; porque si bien los españoles en todos tiempos han sido muy amantes de sus reyes, subía entonces de punto el amor que profesaban á Fernando VII, ya porque con grande pesadumbre le habian visto oscureci-

do cuando príncipe, por la privanza y elevacion de Godoy, y ya tambien por la injusticia y violencia con que le trató despues Napoleon. De aquí los sacrificios inauditos que hicieron por su libertad contra la inmensa fuerza del usurpador, y el regocijo extraordinario con que le recibieron en todas partes al volver de su cautividad.

En los meses de Abril, Mayo y Junio quedaron evacuadas todas las plazas que todavía ocupaban los franceses en España, y enteramente libre de enemigos toda la Península. Este fin tuvo la guerra memorable de seis años, emprendida á impulsos del honor y de la fidelidad, y proseguida con una constancia inimitable: guerra gloriosa que dió á la España un nombre inmortal; que recuerda los dias de Pelayo, y es un título mas entre los muchos que ya tiene la ínclita nacion española á la admiracion del universo. Tambien lo es para el reconocimiento de los monarcas de Europa. Sin la heróica resolucion y perseverancia de los españoles, era muy probable, que mientras viviese Napoleon, conservase la dictadura del continente, á la cual se veia elevado en el año de 1808.





DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE.

I.

CARTA AUTÓGRAFA DE FERNANDO VII AL DUQUE DE SAN CÁRLOS.

Duque de San Carlos, mi primo: Deseando que cesen las hostilidades, y concurrir al establecimiento de una paz sólida y duradera entre la España y la Francia, y habiéndome hecho proposiciones de paz el emperador de los franceses, rey de Italia, por la íntima confianza que hago de vuestra fidelidad, os doy pleno y absoluto poder y encargo especial para que en nuestro nombre trateis, concluyais y firmeis, con el plenipotenciario nombrado para este efecto por S. M. I. y R. el Emperador de los franceses y rey de Italia, tales tratados, artículos, convenios ú otros actos que juzgueis convenientes, prometiendo cumplir y ejecutar puntualmente todo lo que vos, como plenipotenciario, prometais y firmeis en virtud de este poder, y de hacer espedir las ratificaciones en buena forma, á fin de que sean canjeadas en el término que se conviniere.—En Valenzay á 4 de Diciembre de 1813.—*Fernando.*

II.

TRATADO ENTRE FERNANDO VII Y NAPOLEON.

S. M. Católica y el Emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la confederacion del Rhin y mediador de la confederacion suiza, igualmente animados del deseo de hacer cesar las hostilidades y de concluir un tratado de paz definitivo entre las dos potencias, han nombrado plenipotenciarios á este efecto, á saber: S. M. D. Fernando á D. José Miguel de Carvajal, duque de san Carlos conde del Puerto, gran maestro de postas de Indias, grande de España de primera clase, mayordomo mayor de S. M. Católica, teniente general de los ejércitos, gentilhombre de cámara con ejercicio, gran cruz y comendador de diferentes órdenes, &c., &c., &c. S. M. el emperador y rey á M. Antonio Benato Carlos Mathurin, conde de Laforest, individuo de su consejo de estado, gran oficial de la Legion de Honor, gran cruz de la orden imperial de la reunion, &c., &c., &c. Los cuales despues de canjear sus plenos poderes respectivos han convenido en los artículos siguientes:

Art. 1.º Habrá en lo sucesivo y desde la fecha de la ratificacion de este tratado, paz y amistad entre S. M. Fernando VII y sus sucesores, y S. M. el emperador y rey, y sus sucesores.

Art. 2.º Cesarán todas las hostilidades por mar y por tierra entre las dos naciones, á saber: en sus posesiones continentales de Europa, inmediatamente despues de las ratificaciones de este tratado; quince dias despues en los mares que bañan las costas de

Europa y África de esta parte del Ecuador; cuarenta dias despues, en los mares de África y América en la otra parte del Ecuador, y tres meses despues, en los paises y mares situados al este del cabo de Buena-Esperanza.

Art. 3.º S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia, reconoce á D. Fernando y sus sucesores, segun el orden de sucesion establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias.

Art. 4.º S. M. el emperador y rey reconoce la integridad del territorio de España, tal cual existia antes de la guerra actual.

Art. 5.º Las provincias y plazas actualmente ocupadas por las tropas francesas, serán entregadas en el estado en que se encuentran á los gobernadores y á las tropas españolas que sean enviadas por el rey.

Art. 6.º S. M. el rey Fernando se obliga por su parte á mantener la integridad del territorio de España, islas, plazas y presidios adyacentes, con especialidad Mahon y Ceuta. Se obliga tambien á evacuar las provincias, plazas y territorios ocupados por los gobernadores y ejército británico.

Art. 7.º Se hará un convenio militar entre un comisionado francés y otro español para que simultáneamente se haga la evacuacion de las provincias españolas ú ocupadas por los franceses ó por los ingleses.

Art. 8.º S. M. C. y S. M. el emperador y rey se obligan recíprocamente á mantener la indepen-

dencia de sus derechos marítimos, tales como han sido estipulados en el tratado de Utrecht, y como las dos naciones los habian mantenido hasta el año de 1792.

Art. 9.º Todos los españoles adictos al rey José que le han servido en los empleos civiles ó militares y que le han seguido, volverán á los honores, derechos y prerogativas de que gozaban: todos los bienes de que hayan sido privados les serán restituidos. Los que quieran permanecer fuera de España, tendrán un término de diez años para vender sus bienes, y tomar todas las medidas necesarias á su nuevo domicilio. Les serán conservados sus derechos á las sucesiones que puedan pertenecerles, y podrán disfrutar sus bienes y disponer de ellos sin estar sujetos al derecho del fisco ó de retraccion, ó cualquier otro derecho.

Art. 10. Todas las propiedades muebles ó inmuebles pertenecientes en España á franceses ó italianos, les serán restituidas en el estado en que las gozaban antes de la guerra. Todas las propiedades secuestradas ó confiscadas en Francia ó en Italia á los españoles, antes de la guerra, les serán tambien restituidas. Se nombrarán por ambas partes comisarios que arreglarán todas las cuestiones contenciosas que puedan suscitarse ó sobrevenir entre franceses, italianos ó españoles, ya por discusiones de intereses anteriores á la guerra, ya por los que haya habido despues de ella.

Art. 11. Los prisioneros hechos de una parte y otra serán devueltos, ya se hallen en los depósitos,

ya en cualquiera otro paraje, ó ya hayan tomado partido; á menos que inmediatamente despues de la paz no declaren ante un comisario de su nacion, que quieren continuar al servicio de la potencia á quien sirven.

Art. 12. La guarnicion de Pamplona, los prisioneros de Cádiz, de la Coruña, de las islas del Mediterráneo, y los de cualquier otro depósito que hayan sido entregados á los ingleses serán igualmente devueltos, ya estén en España, ó ya hayan sido enviados á América.

Art. 13. S. M. Fernando VII se obliga igualmente á hacer pagar á S. M. Carlos IV y á la reina su esposa la cantidad de treinta millones de reales, que será satisfecha puntualmente por cuartas partes de tres en tres meses. A la muerte del rey, dos millones de francos formarán la viudedad de la reina. Todos los españoles que estén á su servicio tendrán la libertad de residir fuera del territorio español todo el tiempo que SS. MM. lo juzguen conveniente.

Art. 14. Se concluirá un tratado de comercio entre ambas potencias, y hasta tanto sus relaciones comerciales quedarán bajo el mismo pié que antes de la guerra de 1792.

Art. 15. La ratificacion de este tratado se verificará en París en el término de un mes, ó antes si fuere posible.

Fecho y firmado en Valenzay á 11 de Diciembre de 1813.—*El duque de San Carlos.*—*El conde de Laforest.*

III.

INSTRUCCION DADA POR S. M. EL SEÑOR D. FERNANDO VII A D. JOSÉ PALAFOX Y MELCI.

La copia que se os entrega de la instruccion dada al duque de San Carlos, os manifestará con claridad su comision, á cuyo feliz éxito deberéis contribuir, obrando de acuerdo con dicho duque, en todo aquello que necesite vuestra asistencia, sin separaros en cosa alguna de su dictámen, como que lo requiere la unidad que debe haber en el asunto de que se trata, y ser el espresado duque el que se halla autorizado por mí. Posteriormente á su salida de aquí han acaecido algunas novedades en la preparacion de la ejecucion del tratado que se hallan en la apuntacion siguiente.

Téngase presente que inmediatamente despues de la ratificacion, pueden darse órdenes por la Regencia para una suspension general de hostilidades; y que los señores mariscales generales en jefe de los ejércitos del emperador accederán por su parte á ella. La humanidad exige que se evite por una y otra parte todo derramamiento de sangre inútil.

Hágase saber, que el emperador queriendo facilitar la pronta ejecucion del tratado, ha elegido al señor mariscal, duque de la Albufera, por su comisario, en los términos del artículo séptimo. El señor mariscal ha recibido los plenos poderes necesarios de S. M., á fin de que, así que se verifique la ratificacion por la Regencia, se concluya una convencion militar relativa á la evacuacion de las plazas, tal cual ha si-

do estipulada en el tratado, con el comisario que puede desde luego enviarle el gobierno español.

Téngase entendido tambien que la devolucion de prisioneros no esperimenterá ningun retardo, y que dependerá únicamente del gobierno español el acelerarla; en la inteligencia de que el señor mariscal duque de la Albufera se halla tambien encargado de estipular en la convencion militar, que los generales y oficiales podrán restituirse en posta á su país, y que los soldados serán entregados en la frontera hácia Bayona y Perpiñan, á medida que vayan llegando á ella.

En consecuencia de esta apuntacion, la regencia habrá dado sus órdenes para la suspension de las hostilidades, y habrá nombrado comisario de su confianza para realizar por su parte el contenido de ella.—Valenzay á 23 de Diciembre de 1813.—*Fernando.*—A D. José Palafox.

IV.

DECRETO DE 2 DE FEBRERO DE 1814.

Deseando las Córtes dar en la actual crisis de Europa un testimonio público y solemne de perseverancia inalterable á los enemigos, de franqueza y buena fé á los aliados, y de amor y confianza á esta nacion heroica, como igualmente destruir de un golpe las asechanzas y ardidés que pudiese intentar Napoleon en la apurada situacion en que se halla, para introducir en España su pernicioso influjo, dejar amenazada nuestra independenciam, alterar nuestras relaciones con las potencias amigas, ó sembrar la discordia

en esta nacion magnánima, unida en defensa de sus derechos y de su legítimo rey el señor D. Fernando VII, han venido en decretar y decretan:

1.º Conforme al tenor del decreto dado por las Córtes generales y extraordinarias en 1.º de Enero de 1811, que se circulará de nuevo á los generales y autoridades que el gobierno juzgare oportuno, no se reconocerá por libre al rey, ni por lo tanto se le prestará obediencia, hasta que en el seno del Congreso nacional preste el juramento prescrito en el artículo 173 de la Constitucion.

2.º Así que los generales de los ejércitos que ocupan las provincias fronterizas, sepan con probabilidad la próxima venida del rey, despacharán un extraordinario ganando horas, para poner en noticia del Gobierno cuantas hubiesen adquirido acerca de dicha venida, acompañamiento del rey, tropas nacionales ó extranjeras que se dirijan con S. M. hácia la frontera, y demas circunstancias que puedan averiguar concernientes á tan grave asunto, debiendo el gobierno trasladar inmediatamente estas noticias á conocimiento de las Córtes.

3.º La regencia dispondrá todo lo conveniente, y dará á los generales las instrucciones y órdenes necesarias, á fin de que al llegar el rey á la frontera, reciba copia de este decreto, y una carta de la regencia con la solemnidad debida, que instruya á S. M. del estado de la nacion, de sus heróicos sacrificios, y de las resoluciones tomadas por las Córtes para asegurar la independencia nacional y la libertad del monarca.

4.º No se permitirá que entre con el rey ninguna fuerza armada. En caso que esta intentase penetrar por nuestras fronteras, ó las líneas de nuestros ejércitos, será rechazada con arreglo á las leyes de la guerra.

5.º Si la fuerza armada que acompañare al rey fuese de españoles, los generales en jefe observarán las instrucciones que tuviesen del gobierno dirigidas á conciliar el alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de prisioneros, con el orden y seguridad del Estado.

6.º El general del ejército que tuviese el honor de recibir al rey, le dará de su mismo ejército la tropa correspondiente á su alta dignidad y honores debidos á su real persona.

7.º No se permitirá que acompañe al rey ningún extranjero, ni aun en calidad de doméstico ó criado.

8.º No se permitirá que acompañe al rey ni en su servicio, ni en manera alguna, aquellos españoles que hubiesen obtenido de Napoleon, ó de su hermano José, empleo, pension, ó condecoracion de cualquiera clase que sea, ni los que hayan seguido á los franceses en su retirada.

9.º Se confía al celo de la regencia el señalar la ruta que haya de seguir el rey hasta llegar á esta capital, á fin de que en el acompañamiento, servidumbre, honores que se le hagan en el camino, y á su entrada en esta corte, y demas puntos convenientes á este particular, reciba S. M. las muestras de honor y

respeto debidas á su dignidad suprema, y al amor que le profesa la nacion.

10. Se autoriza por este decreto al presidente de la regencia, para que en constando la entrada del rey en territorio español, salga á recibir á S. M. hasta encontrarle y acompañarle hasta la capital con la correspondiente comitiva.

11. El presidente de la regencia presentará á S. M. un ejemplar de la Constitucion política de la monarquía, á fin de que instruido S. M. en ella, pueda prestar con cabal deliberacion, y voluntad cumplida, el juramento que la Constitucion previene.

12. En cuanto llegue el rey á la capital vendrá en derecho al Congreso á prestar dicho juramento, guardándose en este caso las ceremonias y solemnidades mandadas en el reglamento interior de Córtes.

13. Acto continuo que preste el rey el juramento prescrito en la Constitucion, treinta individuos del Congreso, de ellos dos secretarios, acompañarán á S. M. á Palacio, donde formada la regencia con la debida ceremonia, entregará el gobierno á S. M. conforme á la Constitucion y al artículo 2.º del decreto de 4 de Setiembre de 1813. La diputacion regresará al Congreso á dar cuenta de haberse así ejecutado, quedando en el archivo de Córtes el correspondiente testimonio.

14. En el mismo dia darán las Córtes un decreto con la solemnidad debida, á fin de que llegue á noticia de la nacion entera el acto solemne, por el cual, y en virtud del juramento prestado, ha sido el rey

colocado constitucionalmente en su trono. Este decreto, despues de leído en las Córtes, se pondrá en manos del rey por una diputacion igual á la precedente, para que se publique con las mismas formalidades que todos los demas, con arreglo á lo prevenido en el artículo 14 del reglamento interior de Córtes.

“Lo tendrá entendido la regencia del reino para su cumplimiento, y lo hará imprimir, publicar y circular.”

“Dado en Madrid á 2 de Febrero de 1814.—(Siguen las firmas del presidente y secretario.)—A la regencia del reino.

V.

MANIFIESTO DE LAS CÓRTEES A LA NACION ESPAÑOLA.

Españoles: Vuestros legítimos representantes van á hablaros con la noble franqueza y confianza que aseguran en las crisis de los estados libres aquella union íntima, aquella irresistible fuerza de opinion contra las cuales no son poderosos los embates de la violencia, ni las insidiosas tramas de los tiranos. Fieles depositarias de vuestros derechos, no creerian las Córtes corresponder debidamente á tan augusto encargo, si guardaran por mas tiempo un secreto que pudiese arriesgar ni remotamente el decoro y honor debido á la sagrada persona del rey y á la tranquilidad é independencia de la nacion: y los que en seis años de dura y sangrienta contienda han peleado con gloria para asegurar la libertad doméstica y poner á

respeto debidas á su dignidad suprema, y al amor que le profesa la nacion.

10. Se autoriza por este decreto al presidente de la regencia, para que en constando la entrada del rey en territorio español, salga á recibir á S. M. hasta encontrarle y acompañarle hasta la capital con la correspondiente comitiva.

11. El presidente de la regencia presentará á S. M. un ejemplar de la Constitucion política de la monarquía, á fin de que instruido S. M. en ella, pueda prestar con cabal deliberacion, y voluntad cumplida, el juramento que la Constitucion previene.

12. En cuanto llegue el rey á la capital vendrá en derecho al Congreso á prestar dicho juramento, guardándose en este caso las ceremonias y solemnidades mandadas en el reglamento interior de Córtes.

13. Acto continuo que preste el rey el juramento prescrito en la Constitucion, treinta individuos del Congreso, de ellos dos secretarios, acompañarán á S. M. á Palacio, donde formada la regencia con la debida ceremonia, entregará el gobierno á S. M. conforme á la Constitucion y al artículo 2.º del decreto de 4 de Setiembre de 1813. La diputacion regresará al Congreso á dar cuenta de haberse así ejecutado, quedando en el archivo de Córtes el correspondiente testimonio.

14. En el mismo dia darán las Córtes un decreto con la solemnidad debida, á fin de que llegue á noticia de la nacion entera el acto solemne, por el cual, y en virtud del juramento prestado, ha sido el rey

colocado constitucionalmente en su trono. Este decreto, despues de leído en las Córtes, se pondrá en manos del rey por una diputacion igual á la precedente, para que se publique con las mismas formalidades que todos los demas, con arreglo á lo prevenido en el artículo 14 del reglamento interior de Córtes.

“Lo tendrá entendido la regencia del reino para su cumplimiento, y lo hará imprimir, publicar y circular.”

“Dado en Madrid á 2 de Febrero de 1814.—(Siguen las firmas del presidente y secretario.)—A la regencia del reino.

V.

MANIFIESTO DE LAS CÓRTES A LA NACION ESPAÑOLA.

Españoles: Vuestros legítimos representantes van á hablaros con la noble franqueza y confianza que aseguran en las crisis de los estados libres aquella union íntima, aquella irresistible fuerza de opinion contra las cuales no son poderosos los embates de la violencia, ni las insidiosas tramas de los tiranos. Fieles depositarias de vuestros derechos, no creerian las Córtes corresponder debidamente á tan augusto encargo, si guardaran por mas tiempo un secreto que pudiese arriesgar ni remotamente el decoro y honor debido á la sagrada persona del rey y á la tranquilidad é independenciam de la nacion: y los que en seis años de dura y sangrienta contienda han peleado con gloria para asegurar la libertad doméstica y poner á

cubierto á la patria de la usurpacion estrangera, dignos son, sí, españoles, de saber cumplidamente adónde alcanzan las malas artes y violencias de un tirano execrable, y hasta qué punto puede descansar tranquila una nacion cuando velan en su guarda los representantes que ella misma ha elegido.

Apenas era posible sospechar que al cabo de tan costosos desengaños intentase todavía Napoleon Bonaparte echar lodosamente un yugo á esta nacion heróica, que ha sabido contrastar por resistirle su inmensa fuerza y poderío, y como si hubiéramos podido olvidar el doloroso escarmiento que lloramos por una imprudente confianza en sus palabras pérfidas; como si la inalterable resolucion que formamos, guiados como por instinto, á impulso del pundonor y honradez española, osando resistir cuando apenas teniamos derechos que defender, se hubiera debilitado ahora que podemos decir *tenemos patria*, y que hemos sacado las libres instituciones de nuestros mayores del abandono y olvido en que por nuestro mal yacieran; como si fuéramos menos nobles y constantes, cuando la prosperidad nos brinda, mostrándonos cercanos al glorioso término de tan desigual lucha, que lo fuimos con asombro del mundo, y mengua del tirano en los mas duros trances de la adversidad, ha osado aun Bonaparte, en el ciego desvarío de su desesperacion, lisonjearse con la vana esperanza de sorprender nuestra buena fé con promesas seductoras, y valerse de nuestro amor al legítimo rey para sellar juntamente la esclavitud de su sagrada persona y nuestra vergonzosa servidumbre.

Tal ha sido, españoles, su perverso intento; y cuando merced á tantos y tan señalados triunfos, veiale casi rescatada la patria, y señalaba como el mas feliz anuncio de su completa libertad la instalacion del congreso en la ilustre capital de la monarquía, en el mismo dia de este fausto acontecimiento, y al dar principio las Córtes á sus importantes tareas, halagadas con la grata esperanza de ver pronto en su seno al cautivo monarca, libertado por la constancia española y el auxilio de los aliados, oyeron con asombro el mensaje que de órden de la regencia del reino, les trajo el secretario del despacho de Estado acerca de la venida y comision del duque de San Carlos. No es posible, españoles, describiros el efecto que tan extraordinario suceso produjo en el ánimo de vuestros representantes. Leed esos documentos, colmo de la alevosía de un tirano; consultad vuestro corazon; y al sentir en él aquellos mismos afectos que lo conmovieron en Mayo de 1808; al experimentar mas vivos el amor á vuestro oprimido monarca y el odio á su opresor inicuo, sin poder desahogar ni en quejas ni en imprecaciones la reprimida indignacion, que mas elocuente se muestra en un profundísimo silencio, habréis concebido, aunque débilmente, el estado de vuestros representantes, cuando escucharon la amarga relacion de los insultos cometidos contra el inocente Fernando, para esclavizar á esta nacion magnánima.

No le bastaba á Bonaparte burlarse de los pactos, atropellar las leyes, insultar la moral pública; no le bastaba haber cautivado con perfidia á nuestro rey, é

intentando sojuzgar á la España, que le tendió incauta los brazos como al mejor de sus amigos; no estaba satisfecha su venganza con desolar á esta nacion generosa con todas las plagas de la guerra y de la política mas corrompida; era menester aun usar todo linaje de violencias para obligar al desvalido rey á estampar su augusto nombre en un tratado vergonzoso; necesitaba todavía presentarnos un concierto celebrado entre una víctima y su verdugo, como el medio de concluir una guerra tan finesta á los usurpadores, como gloriosa á nuestra patria; deseaba por último, lograr por fruto de una grosera trama, y en los momentos en que vacila su usurpado trono, lo que no ha podido conseguir con las armas, cuando á su voz se estremecian los imperios y se veia en riesgo la libertad de Europa. Tan ciego en el delirio de su impotente furor, como desacordado y temerario en los devaneos de su próspera fortuna, no tuvo presente Bonaparte el temple de nuestras almas, ni la firmeza de nuestro carácter; y que si es fácil á su astuta política seducir ó corromper á un gabinete ó á la turba de cortesanos, son vanas sus asechanzas y arterías contra una nacion entera, amaestrada por la desgracia, y que tiene en la libertad de imprenta y en el cuerpo de sus representantes, el mejor preservativo contra las demasías de los propios, y la ambicion de los estraños.

Ni aun disfrazar ha sabido Bonaparte el torpe artificio de su política. Estos documentos, sus mal concertadas cláusulas, las fechas, hasta el lenguaje mismo descubren la mano del maligno autor; y al escu-

char en boca del augusto Fernando los dolosos consejos de nuestro mas cruel enemigo, no hay español alguno á quien se oculte que no es aquella la voz del deseado de los pueblos; la voz que resonó breves dias desde el trono de Pelayo, pero que anunciando leyes benéficas y gratas promesas de justa libertad, nos preservó por siempre de creer acentos suyos, los que nos encaminaran á la felicidad y gloria de la nacion. El inocente príncipe, compañero de nuestros infortunios, que vió víctima á la patria de su ruinosa alianza con la Francia, no puede querer ahora bajo este falso título sellar en este injusto tratado el vasallaje de esta nacion heróica, que ha conocido demasiado su dignidad, para volver á ser esclava de voluntad ajena: el virtuoso Fernando no pudo comprar á precio de un tratado infame, ni recibir como merced de su asesino el glorioso título de rey de las Españas: título que su nacion le ha rescatado, y que pondrá respetuosa en sus augustas manos, escrito con la sangre de tantas víctimas, y sancionados en él los derechos y obligaciones de un monarca justo. Las torpes sospechas, la deshonrosa ingratitud, no pudieron albergarse ni un momento en el magnánimo corazon de Fernando, y mal pudiera, sin mancharse con este crimen, haber querido obligarse por un pacto libre, á pagar con enemiga y ultrajes los beneficios del generoso aliado, que tanto ha contribuido al sostenimiento de su trono. El padre de los pueblos, al verse redimido por su inimitable constancia, ¿deseará volver á su seno rodeado de los verdugos de su nacion, de los perjuros que le vendieron, de los que derramaron

la sangre de sus propios hermanos, y acogiéndolos bajo su real manto, para librarlos de la justicia nacional, querrá que desde allí insulten impunes, y como en triunfo, á tantos millares de patriotas, á tantos huérfanos y viudas como clamarán en derredor del solio por justa y tremenda venganza contra los crueles parricidas? ¿ó lograrán éstos por medio de su traición infame, que les devuelvan sus mal adquiridos tesoros las mismas víctimas de su rapacidad, para que vayan á disfrutar tranquila vida en regiones estrañas, al mismo tiempo que en nuestros desiertos campos, en los solitarios pueblos, en las ciudades abrasadas no se escuchen sino acentos de miseria y gritos de desesperacion?

Mengua fuera imaginarlo; infamia consentirlo: ni el virtuoso monarca, ni esta nacion heroica, se mancharán jamas con tamaña afrenta; y animada la regencia del reino de los mismos principios que han dado lustre y fama eterna á nuestra célebre revolucion, correspondió dignamente á la confianza de las Córtes y de la nacion entera, dando por única respuesta á la comision del duque de San Carlos, una respetuosa carta dirigida al Sr. D. Fernando VII, en que guardando un decoroso silencio acerca del tratado de paz, y manifestando las mayores muestras de sumision y respeto á tan benigno rey, le habrá llenado de consuelo, al mostrarle que ha sido descubierto el artificio de su opresor, y que con suma prevision y cordura, ya al principiar el aciago año de 1811, dieron las Córtes estraordinarias el mas glorioso ejemplo de sabiduría y fortaleza; ejemplo que no ha sido

vano, y que mal podriamos olvidar en esta época de ventura, en que la suerte se ha declarado en favor de la libertad y de la justicia.

Firmes en el propósito de sostenerlas, y satisfechas de la conducta observada por la regencia del reino, las Córtes aguardaron con circunspeccion á que el encadenamiento de los sucesos y la precipitacion misma del tirano, les dictasen la senda noble y segura que debian seguir en tan críticas circunstancias. Mas llegó muy en breve el término de la incertidumbre: cortos dias eran pasados, cuando se presentó de nuevo el secretario del despacho de Estado á poner en noticia del congreso, de orden de la regencia, los documentos que habia traído D. José de Palafox y Melci. Acabóse entonces de mostrar el malvado designio de Bonaparte. En el estrecho apuro de su situacion, aborrecido de su pueblo, abandonado de sus aliados, viendo armadas en contra suya á casi todas las naciones de Europa, no dudó el perverso intentar sembrar la discordia entre las potencias beligerantes, y en los mismos dias en que proclamaba á su nacion, que aceptaba los preliminares de paz dictados por sus enemigos, cuando trocaba la insolente jactancia de su orgullo en fingidos y templados deseos de cortar los males que habia acarreado á la Francia su desmesurada ambicion, intentaba por medio de ese tratado insidioso, arrancado á la fuerza á nuestro cautivo monarca, desunirnos de la causa comun de la independencia europea, desconcertar con nuestra desercion el grandioso plan formado por ilustres príncipes para restablecer en el continente el perdido equili-

brio, y arrastrarnos quizá al horroroso extremo de volver las armas contra nuestros fieles aliados, contra los ilustres guerreros que han acudido á nuestra defensa. Pero aun se prometia Bonaparte mas delitos y escándalos por fruto de su abominable trama: no se satisfacía con presentar deshonorados ante las demas naciones á los que han sido modelo de virtud y heroísmo: intentaba igualmente que cubriéndose con la apariencia de fieles á su rey, los que primero le abandonaron, los que vendieron á su patria, los que oponiéndose á la libertad de la nacion, minan al propio tiempo los cimientos del trono, se declarasen resueltos á sostener como voluntad del cautivo Fernando las malignas sugerencias del robador de su corona; y seduciendo á los incautos, instigando á los débiles, reuniendo bajo el fingido pendon de lealtad á cuantos pudiesen mirar con ceño las nuevas instituciones, encendiesen la guerra civil en esta nacion desventurada, para que destrozada y sin alientos se entregase de grado á cualquier usurpador atrevido.

Tan malvados designios no pudieron ocultarse á los representantes de la nacion, y seguros de que la franca y noble manifestacion hecha por la regencia del reino á las potencias aliadas, les habrá ofrecido nuevos testimonios de la perfidia del comun enemigo, y de la firme resolucion en que estamos de sostener á todo trance nuestras promesas, y de no dejar las armas hasta asegurar la independenciam nacional, y asentar dignamente en el trono al amado monarca, decidieron que era llegado el momento de desplegar la energía y firmeza, dignas de los representan-

tes de una nacion libre, las cuales al paso que desbaratasen los planes del tirano, que tanto se apresuraba á realizarlos, y tan mal encubria sus perversos deseos, le diesen á conocer que eran inútiles sus maquinaciones, y que tan pundonorosos como leales, sabemos conciliar la mas respetuosa obediencia á nuestro rey con la libertad y gloria de la nacion.

Conseguido este fin apetecido, cerrar para siempre la entrada al pernicioso influjo de la Francia, afianzar mas y mas los cimientos de la Constitucion tan amada de los pueblos, preservar al cautivo monarca al tiempo de volver á su trono, de los dañados consejos de extranjeros, ó de españoles espúrios, librar á la nacion de cuantos males pudiera temer la imaginacion mas suspicaz y recelosa, tales fueron los objetos que se propusieron las Córtes al deliberar sobre tan grave asunto, y al acordar el decreto de 2 de Febrero del presente año: la Constitucion les prestó el fundamento: el célebre decreto de 1.^o de Enero de 1811 les sirvió de norma, y lo que les faltaba para completar su obra, no lo hallaron en los profundos cálculos de la política, ni en la difícil ciencia de los legisladores, sino en aquellos sentimientos honrados y virtuosos que animan á todos los hijos de la nacion, en aquellos sentimientos que tan heroicos se mostraron á los principios de nuestra santa insurreccion, y que no hemos desmentido en tan prolongada contienda. Ellos dictaron el decteto, ellos adelantaron de parte de todos los españoles la sancion mas augusta y voluntaria; y si el orgulloso tirano se ha desdeñado de hacer la mas leve alusion en el tratado de paz

á la sagrada Constitucion que ha jurado la nacion entera, y que han reconocido los monarcas mas poderosos; si al contrahacer torpemente la voluntad del augusto Fernando, olvidó que este príncipe bondadoso mandó desde su cautiverio que la nacion se reuniese en Córtes para labrar su felicidad: ya los representantes de esta nacion heroica acaban de proclamar solemnemente, que constantes en sostener el trono de su legítimo monarca, nunca mas firme que cuando se apoya en sábias leyes fundamentales, jamas admitirán paces ni conciertos, ni treguas con quien intenta alevosamente mantener en indecorosa dependencia al augusto rey de las Españas, ó menoscabar los derechos que la nacion ha rescatado.

Amor á la religion, á la Constitucion y al rey, este sea, españoles, el vínculo indisoluble que enlace á todos los hijos de este vasto imperio, estendido en las cuatro partes del mundo, este el grito de reunion que desconcierte como hasta ahora las mas astutas maquinaciones de los tiranos; este en fin, el sentimiento incontrastable que anime todos los corazones, que resuene en todos los labios, y que arme el brazo de todos los españoles en los peligros de la patria.—Madrid, 19 de Febrero de 1814.—*Antonio Joaquín Pérez*, presidente.—*Antonio Diaz*.—*José María Gutierrez de Terán*.

VI.

MANIFIESTO que al Sr. D. Fernando VII hacen en 12 de Abril del año de 1814 los que suscriben, como diputados en las actuales Córtes ordinarias, de su opinion acerca de la soberana autoridad, ilegitimidad con que se ha eludido la antigua Constitucion española, mérito de ésta, nulidad de la nueva, y de cuantas disposiciones dieron las llamadas Córtes generales y estraordinarias de Cádiz, violenta opresion con que los legitimos representantes de la nacion están en Madrid impedidos de manifestar y sostener su voto, defender los derechos del monarca y el bien de su patria, indicando el remedio que creen oportuno.

SEÑOR:

1. Era costumbre en los antiguos persas pasar cinco dias en anarquía despues del fallecimiento de su rey, á fin de que la esperiencia de los asesinatos, robos y otras desgracias les obligase á ser mas fieles á su sucesor. Para serlo España á V. M. no necesita igual ensayo en los seis años de su cautividad: del número de los españoles que se complacen al ver restituido á V. M. al trono de sus mayores, son los que firman esta reverente esposicion con el carácter de representantes de España; mas como en ausencia de V. M. se ha mudado el sistema que regía al momento de verificarse aquella, y nos hallamos al frente de la nacion en un congreso que decreta lo contrario de lo que sentimos, y de lo que nuestras pro-

á la sagrada Constitucion que ha jurado la nacion entera, y que han reconocido los monarcas mas poderosos; si al contrahacer torpemente la voluntad del augusto Fernando, olvidó que este príncipe bondadoso mandó desde su cautiverio que la nacion se reuniese en Córtes para labrar su felicidad: ya los representantes de esta nacion heroica acaban de proclamar solemnemente, que constantes en sostener el trono de su legítimo monarca, nunca mas firme que cuando se apoya en sábias leyes fundamentales, jamas admitirán paces ni conciertos, ni treguas con quien intenta alevosamente mantener en indecorosa dependencia al augusto rey de las Españas, ó menoscabar los derechos que la nacion ha rescatado.

Amor á la religion, á la Constitucion y al rey, este sea, españoles, el vínculo indisoluble que enlace á todos los hijos de este vasto imperio, estendido en las cuatro partes del mundo, este el grito de reunion que desconcierte como hasta ahora las mas astutas maquinaciones de los tiranos; este en fin, el sentimiento incontrastable que anime todos los corazones, que resuene en todos los labios, y que arme el brazo de todos los españoles en los peligros de la patria.—Madrid, 19 de Febrero de 1814.—*Antonio Joaquín Pérez*, presidente.—*Antonio Diaz*.—*José María Gutierrez de Terán*.

VI.

MANIFIESTO que al Sr. D. Fernando VII hacen en 12 de Abril del año de 1814 los que suscriben, como diputados en las actuales Córtes ordinarias, de su opinion acerca de la soberana autoridad, ilegitimidad con que se ha eludido la antigua Constitucion española, mérito de ésta, nulidad de la nueva, y de cuantas disposiciones dieron las llamadas Córtes generales y estraordinarias de Cádiz, violenta opresion con que los legitimos representantes de la nacion están en Madrid impedidos de manifestar y sostener su voto, defender los derechos del monarca y el bien de su patria, indicando el remedio que creen oportuno.

SEÑOR:

1. Era costumbre en los antiguos persas pasar cinco dias en anarquía despues del fallecimiento de su rey, á fin de que la esperiencia de los asesinatos, robos y otras desgracias les obligase á ser mas fieles á su sucesor. Para serlo España á V. M. no necesita igual ensayo en los seis años de su cautividad: del número de los españoles que se complacen al ver restituido á V. M. al trono de sus mayores, son los que firman esta reverente esposicion con el carácter de representantes de España; mas como en ausencia de V. M. se ha mudado el sistema que regía al momento de verificarse aquella, y nos hallamos al frente de la nacion en un congreso que decreta lo contrario de lo que sentimos, y de lo que nuestras pro-

vincias desean, creemos un deber manifestar nuestros votos y circunstancias que los hacen estériles, con la concision que permita la complicada historia de seis años de revolucion.

2. Quisiéramos olvidar el triste día en que V. M. fué arrancado de su trono, y cautivo por la astucia en medio de sus vasallos, porque desde aquel momento, como viuda sin el único amparo de su esposo, como hijos sin el consuelo del mas tierno de los padres, y como casa que de repente queda sin la cabeza que la dirigia; quedó España cubierta de luto, inundada de tropas extranjeras (cuyo sistema era vencer por el terror, y atraer voluntades por la intriga): errante toda clase de personas por los campos, sujetos á la intemperie y á las desgracias, degollados en los pueblos, sumergidos en la mendicidad, ardiendo los edificios y asoladas las provincias, formaban de la hermosa España el cuadro mas horroroso del que en los pasados siglos causó la envidia por la fertilidad de este suelo. Esta amarga escena hacia recordar á cada paso que todo nos seria mas llevadero, si al menosuviésemos la compañía y direccion de nuestro amado soberano; mas faltando éste, ocurrió la desesperacion al remedio, y cual enfermo que lucha con la espantosa presencia de la muerte, se olvidó España de su estado y fuerzas, y animada de un solo sentimiento, se vieron á un tiempo sublevadas todas las provincias para salvar su religion, su rey y su patria. Pero en las juntas que se formaron en cada una de ellas al primer paso de esta revolucion, aparecieron al frente algunos que en ningun otro ca-

so hubieran obtenido el consentimiento del pueblo, sino en un momento de desórden, confusion y abatimiento en que miraban con indiferencia quién fuese la cabeza, con tal que hubiese alguna.

3. Pareció en un principio que solo procuraban estos reunir, equipar, disciplinar tropas y buscar fondos que hiciesen valer la fuerza; mas, pronto desapareció esta creida virtud, y se notó que mientras gemia el comun de los españoles, se ocupaban algunos individuos de estas juntas en acomodarles y acomodarse á sí mismos distintivos y tratamientos, en llenar de empleos á sus parientes, en recoger cuantiosos donativos, en exigir crecidas contribuciones (cuya inversion aun se ignora), hacer inmensas gracias, y dar destinos militares y políticos no necesarios, que motivaban una sobrecarga, cuando mas debia prevalecer la economía. Así hicieron odioso su gobierno, resfriaron el fuego patriótico, y aumentaron las desgracias del desamparo y esclavitud.

4. Dividido de este modo el gobierno de las provincias, se procuró buscar un centro de reunion que facilitase la ejecucion de tanta empresa: á este fin, vocales de las juntas mismas vinieron como diputados de ellas á Aranjuez para elegir los que segun las leyes debian regir el trono en vuestra soberana ausencia; pero parece creyeron mas oportuno elegirse á sí propios con el nombre de Junta Central, dando de nuevo en el escollo político de crear un monstruo de mas de treinta cabezas, hijas de las primeras juntas defectuosas en su origen, y que habia de ocasionar (como sucedió) el aumento de males, no tener con-

fianza la nacion, minorar sus fuerzas y auxilios, y carecer los ejércitos de una autoridad que les impulsiese con el premio y el castigo, cuyo mal influia en los socorros y en la uniforme ejecucion de planes, precisa para rechazar el colosal poder del invasor, quien aprovechando estas circunstancias, conseguia dispersiones, cogia almacenes, y se seguian otros daños que es mejor dejarlos al silencio.

5. A poco tiempo de creado este nuevo gobierno, vuelven las armas francesas á Madrid, y no dejaron de sacar fruto de las disposiciones y disgustos que aquel habia causado. La Junta trasladó su residencia á Sevilla, pero no varió el descontento y quejas de los vasallos. Estos, por voz casi general en la capital, opinaban ser necesario juntar Córtes segun las leyes y costumbres de España, pero cuando esta medida pudo ser mas oportuna, no pensaba la Junta Central en convocarlas, aunque alguno de sus individuos declamó sobre ello: y el remedio que en tiempo hubiera producido efectos favorables, sin alterar los derechos de V. M., llegó cuando la malignidad abusó de él; habiendo podido tener en consideracion que V. R. P. á imitacion de sus gloriosos antecesores, habia apetecido se celebrasen Córtes para los rectos fines, y por los medios que la legislacion española habia prescrito, cuya observancia se acababa de jurar.

6. Ya en fin se convenció la Junta Central de ser este medio el áncora de la esperanza que le quedaba al bajel de España en borrasca tan deshecha: que se veia sin rey que la rigiese, sin sucesor que la anima-

se, sin corte ó capital que la amparase en su centro, sin gobierno constitucional que la defendiese, sin legisladores que la guiasen, sin tribunales estables que velasen y la protegiesen: los buenos patricios, prófugos y perseguidos; los sabios inciertos de su suerte, vagantes unos y cautivos y otros; y los pueblos amantes de sus antiguas leyes y costumbres deseando en la celebracion de Córtes un término á tal conjunto de males.

7. Para conseguir el acierto prestó oídos la Junta á las diversas memorias que le presentaron sobre el modo con que debia tomarse esta medida: y como la imaginacion del hombre es tan fecunda, casi todos se creen capaces de mandar á los demas, lisonjeando al incauto y falto de práctica la innovacion. Se oyeron los más contrarios pareceres, se proponian algunos borrar del todo nuestras leyes, impelidos tal vez de un espíritu de imitacion de la revolucion francesa, ó imbuidos de las mismas máximas abstractas, que habian acarreado el trastorno universal en toda Europa: algunos propusieron forma puramente monárquica, otros mista, otros democrática: unos proponian las Córtes como permanentes: otros temporales: otros proponian su celebracion cada ocho años: otros menos: unos querian la apertura de las Córtes desde el momento: otros para despues que quedase la España libre de tropas enemigas: otros sostenian que el rey las debia convocar, ó la Junta Central que existia entonces; y no faltaban otros que deseaban fuese la misma nacion, haciéndola juez y parte áun mismo tiempo.

8. Querian otros escluir el nombre y representacion de los tres brazos, reduciéndolos á una sola masa, ó lo que es lo mismo, á una sola y general representacion popular.

9. Querian unos depositar solo la potestad ejecutiva en el rey, y la legislativa en las Córtes; y otros esta última en el rey, y en las Córtes cumulativamente. Algunos proponian monarquía templadas; otros monarquía degenerada y fantástica, otros gobierno misto, otros un monstruo de muchas cabezas. Unos solo querian reformar, otros regenerar, otros aniquilar todas nuestras instituciones, otros conciliar nuestras leyes, usos y costumbres antiguas con las que se constituyesen de nuevo.

10. Algunos atribuian absolutamente la soberanía á la nacion, sin reparar en el absurdo político que encerraba esta pretension: otros dejaban al rey un título de mero administrador, esto es, de un ciudadano distinguido con el primer empleo del estado. No eran menos varias las opiniones en las elecciones, pues unos querian que los diputados se eligiesen á semejanza de las Córtes antiguas con mayor ampliacion, otros por provincias, otros por ciudades esclusivamente, otros por poblacion segun un cómputo aritmético, otros por padres de familia, ó por vecinos: otros trataban de los requisitos con que debian estenderse los poderes de los procuradores de Córtes, exámen de ellos: quién habia de presidir el Congreso: la autoridad que el rey habia de tener en las sesiones: cómo habian de proponer y tratar las materias, y en fin, fueron manifestando cuanto cabia tener presente en seme-

jante caso, segun las ideas en que cada uno abundaba. Estimaban algunos que en aquella época habia una razon poderosa y necesaria, para que concurriese el brazo eclesiástico y el de la nobleza, porque las opiniones que manifestaban los innovadores, propendian á deprimir á los dos, queriendo ahorrar este trabajo al usurpador de España, ó seguir sus huellas.

11. Se olvidaron algunos del medio de conciliar la profesion monástica con la ciencia política, y participacion en el nuevo sistema de gobierno: pues los regulares como hijos de la patria no podrian ser mantenidos en el seno de ésta, si no ayudasen á defenderla de la tiranía doméstica é invasion extranjera con su consejo, con su palabra, y con sus manos en el apuro estremo: y por haber coadyuvado de todos modos, decretó el invasor de España esterminar, desnudando del hábito y del hombre, á los que no habia podido acabar de destruir el furor de los verdugos armados. De otra forma hubiera sido caer en contradiccion, no admitiendo en el Congreso general de la nacion á los mismos á quienes llamaron las juntas provinciales en las primeras congojas de la patria, cuando se buscaban almas fuertes é ilustradas, que guiasen el bajel abandonado á la tempestad. Fijando, pues, la Junta Central su resolucion entre tan opuestas opiniones, dictó su último decreto en la Isla de Leon á 29 de Enero de 1810, conciliando en circunstancias tan críticas los derechos de V. M. con la observancia de las leyes, en la forma que creyó mas distante de lo que despues ha sucedido.

12. Cómo, pues, salió en desunion y precipitada fuga la Junta Central de Sevilla, al acercarse los franceses en principios del mismo año, pasando á salvarse á aquel puerto, y en el propio momento creó esta ciudad el nuevo gobierno que estimó mas apto; dió esta un manifiesto de los efectos que creía en algunos centrales: lo que ocasionó la crítica de que la condescendencia á la celebracion de Córtes era efecto de la impotencia en que la junta se miraba; pero ya era perdido el tiempo del remedio. Mas preindependiendo del mérito de aquellas quejas, no remitiremos al silencio lo que hallemos recomendable en dicho decreto de la Central. Primero: mantener ileso en V. M. el derecho de llamar á Córtes segun las leyes, fueros y costumbres.

13. Segundo: procurar que interviniesen en ellas los tres brazos, que antes de recibir España la religion católica, se dividian en Flamines, Equestres y Plebeyos; y despues de esta en Eclesiástico, Nobleza y Pueblo, cuyo nombre se estendió á las provincias de América y Asia.

14. Tercero: que serian presididas en vuestro real nombre por la regencia en cuerpo, por su Presidente temporal, ó por el individuo á quien delegase el encargo vuestra soberanía.

15. Cuarto: que la regencia nombraria los asistentes de Córtes que debian aconsejar al que las presidiese en vuestro real nombre, de entre los individuos del consejo y cámara.

16. Quinto: se prefijó el modo con que habian de examinarse las materias en los Estamentos.

17. Sesto: se dijo que la regencia sancionaria las proposiciones aprobadas en ellos, ó suspenderia la sancion.

18. Y séptimo, que dicha regencia podria señalar un término á la duracion de las Córtes.

19. En todo este plan se distó mucho de fijar un gobierno popular ó democrático, pues la esperiencia ha convencido sus inconvenientes, cuando obra en masa. Es harto notoria la definicion que hacen de los daños y estragos de la popularidad los antiguos filósofos, los mejores oradores de Grecia y Roma, los que mas adularon al pueblo sin fruto, y los que mas se aplicaron á definir su índole y carácter para mandarlo. Por tanto nos abstenemos de una historia desgraciadamente renovada en nuestros dias, que conviene haber sido siempre la popularidad una misma, é idénticos sus efectos, que tantas veces nos han recopilado los publicistas. El pueblo desea ser feliz; pero le equivocan el camino sus lisonjeros.

20. Quisiéramos grabar en el corazon de todos, como lo está en el nuestro, el convencimiento de que la democracia se funda en la inestabilidad é inconstancia; y de su misma formacion saca los peligros de su fin. De manos tan desiguales como se aplican al timon, solo se multiplican impulsos para sepultar la nave en un naufragio. O en estos gobiernos ha de haber nobles, ó puro pueblo: escluir la nobleza destruye el orden gerárquico, deja sin esplendor la sociedad, y se la priva de los ánimos generosos para su defensa: si el gobierno depende de ambos, son me-

tales de tan distinto temple, que con dificultad se unen por sus diversas pretensiones.

21. La nobleza siempre aspira á distinciones; el pueblo siempre intenta igualdades: este vive receloso de que aquella llegue á dominar; y la nobleza teme que aquel no la iguale; si, pues, la discordia consume los gobiernos, el que se funda en tan desunidos principios siempre ha de estar amenazado de su fin.

22. ¿Qué sucedería si la nobleza intentase gravar de nuevo con algun tributo, ó quisiese relevarse de él? ¿Qué, si el pueblo escluyese de la magistratura los poderosos? Por eso la experiencia, maestra de los hombres, reprueba este gobierno, porque tiene mas modos de faltar y destruirse por la discordia. Uno de los fines del gobierno es la paz, y es tan difícil en la democracia, como la quietud en un pueblo engreído de tener parte en el mando: bastando para ejemplo el de Roma, cuyas desgracias, sediciones, bandos y guerras civiles dimanadas de este sistema, pueden servir de desengaño al vasto mapa del universo.

23. No son menos atendibles las juntas indispensables para elecciones y otros expedientes: y en tan confusa multitud, donde efectos y opiniones se cuentan por las personas, ¿quién podrá huir de una embarazosa inquietud y riduosa contrariedad, como ya hemos visto? ¿Y cómo podrá haber en tan inmenso conjunto de pareceres la conformidad necesaria? Hoy cansa al pueblo lo que ayer le agradó; llévale su genio á novedades, forma juicio de las cosas, no tanto por lo que son, como por lo que se dice, y las aprueba con facilidad solo porque otros las alaban.

24. Son precisas las noticias en los que gobiernan; pero el comun del pueblo rara vez las tiene sin equivocacion: nada importa que entre estos haya sabios, si es perjudicial la junta de éstos con los que no lo son; pues cuando se consideran iguales en autoridad, ármense éstos contra la razon de aquellos, y lejos de auxiliarse mutuamente, se destruyen.

25. No es menos necesario el secreto para el acierto, y este es imposible en las determinaciones de guerra ó paz: si se acuerda con todos no hay secreto; si se consulta con pocos, dicen que es tiranizar la igualdad del pueblo; de la que así se llama, resulta tambien el inconveniente de carecer la sociedad de hombres señalados é ilustres, que sirviéndola de ornato, la hagan gloriosa entre las demas: pues si se abre puerta á los premios, se destruye la igualdad; y si los méritos quedan sin esta remuneracion, se desalienta el valor para las grandes hazañas.

26. Los magistrados han de tener menos fuerza para administrar justicia, pues si en el ejercicio de ella son superiores al pueblo, este es cabeza suya por conferirles la potestad: míranse favorecidos de presente por haberlos elegido, y quisieran obligarle para que no los escluyese en lo venidero: conocen que la libertad es la prenda que mas ama: ¿pues cómo no han de temer, que por dependientes miren al pueblo con miedo muy ajeno de la entereza de un juez, y que por ambiciosos usen de condescendencias contrarias á la rectitud?

27. El gobierno democrático en la guerra, es preciso imite la monarquía, obedeciendo todo el ejército

á un general: si la emprende por estender su señorío, se condena á vivir con susto por el miedo de sujecion tan comun en los gobiernos populares; y por el recelo de perder su libertad no quiere ver todo el poder en mano de uno solo. Y toda vez que le entregan las armas, les parece estar ya dependientes de su arbitrio: por eso antes perderán provincias enteras, que pasar el sobresalto de que uno los domine, y pueda llegar á sujetarlos. Convencida España de tantos inconvenientes, detestó desde su origen tal sistema de gobierno, en que hoy se halla envuelta por las disposiciones de Cádiz.

28. Estas en resúmen serian las consideraciones que la Junta Central tuvo para desentenderse de las máximas exaltadas de algunos, y buscar la similitud de las antiguas Córtes de España en el indicado último decreto, que se comunicó al primer consejo de regencia; pero sus subalternos ocultaron y remitieron al silencio un documento, que hubiera mediado en gran parte la multitud de males que han partido de este principio. Si en la forma que se prescribió se hubieran celebrado las Córtes, no hubiera tenido apoyo la opinion de los que por ignorar las actas de las antiguas (monumentos preciosos de fidelidad y amor de los españoles á sus soberanos, y de nuestra verdadera y juiciosa independencian y libertad) las apellidan inútiles. No pensaba de este modo el señor D. Fernando IV en las Córtes de Valladolid año 1298, y en las que se celebraron en la propia ciudad en 1307: del mismo modo discurria el señor D. Alonso XI cuando espresó los motivos que habia tenido pa-

ra convocar las célebres Córtes de Madrid de 1329. Y de la propia opinion era V. M. cuando en el decreto dirigido al consejo real desde Bayona, le decia: *era vuestra soberana voluntad que se convocasen las Córtes en el paraje que pareciere mas espedito.*

29. Repetimos, que celebradas de este modo en oportuno tiempo hubieran acaso sido el íris de la felicidad de España, si bien, no pudiendo suplir la presencia de V. M.; pero no habiamos apurado el cáliz de la amargura, y estábamos aun condenados á experimentar todas las desgracias de la falta de un gobierno enérgico.

30. Llegaron, en fin, las armas de Napolcon á Sevilla en Enero de 1810: corrióse un velo entre las provincias, y el solo pueblo de Cádiz y su isla, que tuvo la dicha de no ser pisado de franceses, y por eso fué donde pudieron salvarse de estos las reliquias de la libertad de España, reuniendo los que buscaron este asilo las felicidades de que nos vimos privados. Invadidas aquellas de las armas enemigas, y de la impiedad de sus mariscales, sufrieron sus inmensas contribuciones, su tiranía y asesinatos bajo el impío recurso de reducir por hambre á los que no se aterraban por la fuerza, bajo papeles sediciosos, lisonjeros, y de relato incierto, bajo de ofertas y dádivas, y lo que es mas, bajo la iniquidad de algunos españoles, que hacian causa con los franceses; y á pesar de todo se mantuvo luchando España, ilesa su heroicidad, sorda al halago, é insensible á las amenazas, deseando vuestros vasallos que sus hijos muriesen en la religion de sus mayores, que volviesen á consolarse con

á un general: si la emprende por estender su señorío, se condena á vivir con susto por el miedo de sujecion tan comun en los gobiernos populares; y por el recelo de perder su libertad no quiere ver todo el poder en mano de uno solo. Y toda vez que le entregan las armas, les parece estar ya dependientes de su arbitrio: por eso antes perderán provincias enteras, que pasar el sobresalto de que uno los domine, y pueda llegar á sujetarlos. Convencida España de tantos inconvenientes, detestó desde su origen tal sistema de gobierno, en que hoy se halla envuelta por las disposiciones de Cádiz.

28. Estas en resúmen serian las consideraciones que la Junta Central tuvo para desentenderse de las máximas exaltadas de algunos, y buscar la similitud de las antiguas Córtes de España en el indicado último decreto, que se comunicó al primer consejo de regencia; pero sus subalternos ocultaron y remitieron al silencio un documento, que hubiera mediado en gran parte la multitud de males que han partido de este principio. Si en la forma que se prescribió se hubieran celebrado las Córtes, no hubiera tenido apoyo la opinion de los que por ignorar las actas de las antiguas (monumentos preciosos de fidelidad y amor de los españoles á sus soberanos, y de nuestra verdadera y juiciosa independencia y libertad) las apellidan inútiles. No pensaba de este modo el señor D. Fernando IV en las Córtes de Valladolid año 1298, y en las que se celebraron en la propia ciudad en 1307: del mismo modo discurria el señor D. Alonso XI cuando espresó los motivos que habia tenido pa-

ra convocar las célebres Córtes de Madrid de 1329. Y de la propia opinion era V. M. cuando en el decreto dirigido al consejo real desde Bayona, le decia: *era vuestra soberana voluntad que se convocasen las Córtes en el paraje que pareciere mas espedito.*

29. Repetimos, que celebradas de este modo en oportuno tiempo hubieran acaso sido el íris de la felicidad de España, si bien, no pudiendo suplir la presencia de V. M.; pero no habiamos apurado el cáliz de la amargura, y estábamos aun condenados á experimentar todas las desgracias de la falta de un gobierno enérgico.

30. Llegaron, en fin, las armas de Napolcon á Sevilla en Enero de 1810: corrióse un velo entre las provincias, y el solo pueblo de Cádiz y su isla, que tuvo la dicha de no ser pisado de franceses, y por eso fué donde pudieron salvarse de estos las reliquias de la libertad de España, reuniendo los que buscaron este asilo las felicidades de que nos vimos privados. Invadidas aquellas de las armas enemigas, y de la impiedad de sus mariscales, sufrieron sus inmensas contribuciones, su tiranía y asesinatos bajo el impío recurso de reducir por hambre á los que no se aterraban por la fuerza, bajo papeles sediciosos, lisonjeros, y de relato incierto, bajo de ofertas y dádivas, y lo que es mas, bajo la iniquidad de algunos españoles, que hacian causa con los franceses; y á pesar de todo se mantuvo luchando España, ilesa su heroicidad, sorda al halago, é insensible á las amenazas, deseando vuestros vasallos que sus hijos muriesen en la religion de sus mayores, que volviesen á consolarse con

la vista del primogénito de la casa de Borbon, y que la dinastía legítima, á quien Dios había confiado esta corona, pusiese término á tantas calamidades, para que los padres fuesen al sepulcro con la confianza de que en el dulce gobierno de V. M. dejaban otro padre á sus hijos. Para conseguir este fin no son fáciles de explicar cuántos esfuerzos, cuántos sacrificios, y cuántas temeridades inseparables de la valentía han hecho los españoles por salvar los tres objetos de su deseo; y al fin lo han conseguido con el generoso auxilio de nuestros aliados.

31. El hombre cree de los demas lo que está escrito en su corazon, y como esto era el unánime deseo de las provincias invadidas, se asomaba á su semblante, en medio de las bayonetas francesas, al cabo de casi tres años de separacion, el gozo de ponerse en comunicacion con Cádiz, donde creían hallar un gobierno que ardiendo en los propios sentimientos, se congratulase con ellas de la libertad que les iba preparando la Providencia, ó al menos se condoliese de sus pasadas desgracias. Aquí quisiéramos dar fin á nuestra relacion, por no manifestar la indignacion á que es acreedora esta última escena. Rompióse la barrera que separaba á Cádiz de las provincias, y en el lenguaje de los que salian de aquella, y de las órdenes que se les comunicaban (sin dejar otro arbitrio que la ciega obediencia ó el castigo) principiaron á notar un enigma no fácil de entender, sin entrar en el arcano de sus autores. Hablábase de nuevo sistema, y de una trasformacion general hasta en los nombres que nunca habian influido en la substancia,

y que no concordaban con el definido, un grupo de leyes hechas sin exámen, sin consultar el interés y costumbres del pueblo para quien se hacian, y las mas respirando la propia táctica francesa que tanto odio les habia causado, fué lo primero que se presentó á la vista. Vimos emigrados y espatriados los obispos, como en las mas amargas persecuciones de la Iglesia, con pretextos que no sabemos disculpar: vimos los regulares virtualmente estinguidos, que habia sido uno de los primeros cuidados de Napoleon: vimos abandonado el cuidado de los ejércitos, cuando mas se necesitaba la fuerza para acabar de lanzar al enemigo, y poner una barrera impenetrable sobre los Pirineos: vimos que hasta el sistema de hacienda se habia desconcertado y hecho odioso, cuando mas se necesitaba de auxilios; y en fin, nuestros ojos, cansados de llorar desgracias, vieron que aun no habian acabado este oficio.

32. Principiamos á leer los trabajos de las Córtes de Cádiz y el origen que habian tenido, y observamos que olvidado el decreto de la Junta Central y las leyes, fueros y costumbres de España, los mas de los que se decian representantes de las provincias, habian asistido al congreso sin poder especial ni general de ellas: por consiguiente no habian merecido la confianza del pueblo á cuyo nombre hablaban, pues solo se formaron en Cádiz unas listas ó padrones (no exactos) de los de aquel domicilio, y emigrados que casualmente ó con premeditacion se hallaban en aquel puerto: y segun la provincia á que pertenecian, los fueron sacando para diputados de Córtes por ellas.

En los representantes de América aun hubo mayores defectos, porque hubo diputados de provincias sulevadas y rebeldes á la obediencia de V. M., y que sostenian su rebelion, aspirando á la independencia con las noticias que salian de los secretos del Congreso, y sin tener censo de la poblacion de las Américas, continuaron siendo diputados los suplentes (que al pronto se eligieron de los americanos que casualmente existian en Cádiz), aun despues de haber venido los apoderados electos por las mismas provincias ultramarinas. Así se oyó que las Córtes que se componian en lo antiguo de un moderado número de pueblos llamados por el rey (cuyos representantes habian de concurrir con poderes amplios), se hallaron compuestas de cerca de dociientos hombres, que solo representaban una confasion popular: y éste fué el primer defecto insanable, que causó la nulidad de cuanto se actuó.

33. Leimos que al instalarse las Córtes por su primer decreto en la Isla á 24 de Setiembre de 1810 (dictado segun se dijo á las once de la noche), se declararon los concurrentes legítimamente constituidos en Córtes generales y extraordinarias, y que residia en ellas la soberanía nacional. Mas, ¿quién oirá sin escándalo que en la mañana del mismo dia, este Congreso habia jurado á V. M. por soberano de España, sin condicion, ni restriccion, y hasta la noche hubo motivo para faltar al juramento? Siendo así que no habia tal legitimidad de Córtes; que carecian de la voluntad de la nacion para establecer un sistema de gobierno, que desconoció España desde el primer rey

constituido; que era un sistema gravoso por los defectos ya indicados, y que mientras el pueblo no se desengaña del encanto de la popularidad de los Congresos legislativos, los hombres que pueden ser mas útiles, suelen convertirse en instrumento de su destruccion, sin pensarlo. Y sobre todo fué un despojo de la autoridad real sobre que la monarquía española está fundada, y cuyos religiosos vasallos habian jurado, proclamando á V. M., aun en su cautiverio. Tropezaron, pues, desde el primer paso en la equivocacion de decir al pueblo, que es soberano y dueño de sí mismo despues de jurado su gobierno monárquico, sin que pueda sacar bien alguno de este, ni otros principios abstractos, que jamás son aplicables á la práctica, y en la inteligencia comun se oponen á la subordinacion, que es la esencia de toda sociedad humana: así que el deseo de coartar el poder del rey de la manera que en la revolucion de Francia estravió aquellas Córtes, y convirtió el gobierno de España en una oligarquía, incapaz de subsistir por repugnante á su carácter, hábitos y costumbres. Por eso apenas quedaron las provincias libres de franceses, se vieron sumergidas en una entera anarquía, y su gobierno á pasos de gigante iba á parar en un completo despotismo.

34. Por el quinto decreto de 15 de Octubre del mismo año, se igualaron los derechos de los españoles con los vasallos ultramarinos; ordenando que desde el momento en que aquellos países conmovidos reconociesen la legítima autoridad soberana que se

halla establecida en la madre patria, hubiese un general olvido de cuanto habia ocurrido.

35. Esto era lo mismo que despertar en Ultramar la sublevacion de provincias que ha hecho tan rápidos progresos; porque si solo el pueblo habia de ser el soberano, pueblo mas estenso, dividido por los mares, tenian allí, que habia de considerarse con igual soberanía para dirigirse por sí, sin las dificultades de la navegacion, absteniéndonos de decir mas por ahora.

36. Por noveno decreto de 10 de Noviembre siguiente, se fijó la libertad de imprenta, que acabó de extinguir la subordinacion, cualesquiera que fuesen sus restricciones; la infraccion para los mantenedores de la novedad ha corrido impune, al tiempo que perseguidos los que han declamado contra ella. El uso de la imprenta se ha reducido á insultar con personalidades á los buenos vasallos, desconceptuando al magistrado, debilitando su energía, y haciendo odiosos á cuantos eran blanco de estos tiros: estenderse papeles sediciosos y revolucionarios á cada paso, escribir descaradamente contra los misterios mas respetables de nuestra religion revelada, ridiculizándola para sembrar las máximas que tantas veces condenó la Iglesia, y despedazando la opinion y respeto del sucesor de San Pedro, con un lenguaje que jamas toleró la nacion española, hasta que tuvimos la desgracia de ver en gran parte relajadas sus costumbres, que es cuando se presentan tales innovaciones. Esta libertad de escribir, perjudicial en una nacion pundonorosa, y ademas, subversiva en las Américas,

se ha sostenido á viva fuerza contra el clamor de los sensatos, porque solo estraviando á cada momento la opinion del pueblo, puede sostenerse, lo que no produjo la razon.

37. Posteriormente se vieron repetidos indultos, se tuvieron condescendencias con los indios, cargando la culpa al anterior gobierno; se les dispensaron las gracias que apetecian, se concedieron libertades de comercio y exencion de tributos, se acordó en 22 de Marzo de 1811 la enagenacion de algunas fincas de la corona, se mandó en 5 de Abril siguiente establecer un superintendente de policia, que nunca llegó á verificarse por contrario á la libertad popular; se mandó en 2 de Junio siguiente, que en el cuño de la moneda de oro el busto real, se pusiese al natural ó en desnudo, y no adornado del traje ó armadura de hierro que se habia usado hasta entonces. En 6 de Agosto del propio año se incorporaron de hecho todos los señoríos jurisdiccionales á la nacion con abolicion de sus privilegios, sin previo exámen, y sin efectiva recompensa. En 17 de dicho Agosto se admite en los colegios y en las plazas de cadete sin pruebas de nobleza para recomendar la popularidad. En 31 siguiente se crea una órden llamada nacional de San Fernando, estensiva á los soldados y tambores, como si no hubiese órdenes establecidas, ó fuese necesario sin diferencia, generalizar esta clase de premios aun al que mas lo desea de otra naturaleza. En 7 de Enero se abolió el paseo del estandarte real, que se acostumbraba anualmente en las ciudades de América, como un testimonio de lealtad, y monu-

mento de la conquista de aquellos países, derogándose la ley recopilada que lo prevenía. Se abolieron las ordenanzas de montes y plantíos, con ruina del ramo mas necesario á los pueblos. Se extinguieron las matrículas de mar en las provincias ultramarinas; y en 29 de Enero de 1812 se habilitó á los españoles oriundos de África, para ser admitidos á las matrículas y grados de las universidades, ser alumnos de seminarios, &c. Todos estos decretos manifestaron odio á los derechos y prerogativas de V. M.: deseo de ostentar y dar ejercicio á la soberanía popular: empeño de atacar los derechos y gerarquía de la nobleza, y de atraer al mismo tiempo en apoyo de la novacion con indultos, gracias y concesiones, á la popularidad misma: á fin de que ésta creyese que los que llevaban la voz en esta escena, trabajaban por su beneficio, y les prestasen su apoyo y condescendencia.

38. Vieron tambien las provincias, que ensayado el ánimo de las Córtes con estos decretos, y bebido en parte el veneno de la soñada igualdad, era llegado el momento de fijar una Constitucion, que esclavizase la libertad de las Córtes legítimas sucesivas, y quedase impune y existente el tropel de novedades con que se habian sepultado la legislacion, usos y costumbres de España. En un principio pudo creerse sostenida esta Constitucion por la gloria de titularse los que la formaron, autores de lo que mucho tiempo hacia habian llorado otros pueblos; pero despues que la esperiencia acreditó sus defectos, que la razon con mas pausa demostró su injusticia, y que

equellos intrusos en las Córtes no podian poner trabas á la misma soberanía que suponian en el pueblo, no acertamos á disculparla. Declamar en todo por Constitucion, ofreciéndonos en cada paso á la furia del pueblo, con el renombre de infractores de ella (en que dicen estar cifrada su libertad); cuando proponemos medidas de tropas, dinero y órden para salvar la patria, tiene tan largos fines, que piden relacion mas detenida de lo que permite nuestro objeto, contentándonos con indicarlos á la penetracion de V. M.

39. En 14 de Marzo de 1812 se mandó publicar en Cádiz la Constitucion con el aparato mas imponente para atraer la voluntad de un pueblo que con ella creia remediado el antiguo despotismo ministerial; sin meditar que encerraba (como se vé) mayor arbitrariedad de los ministros y de las Córtes mismas. Se mandó que la regencia la jurase con la fórmula general de que: *haria jurar la Constitucion, y tambien las leyes del reino*, para que el pueblo no notase que aquella era contra éstas, y que las dos cosas no podian conciliarse en un juramento.

40. En fin, señor, esa Constitucion firmada en 18 del propio Marzo con el renombre de código sagrado, y otros que no han merecido los mas sabios de España, aunque de su sensatez han podido aprender los legisladores del mundo, dice: *Que la nacion española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona*. Y el artículo 14 espresa: *que el gobierno de la nacion española es una monarquía moderada hereditaria*: articulos inconciliables sin otra esplicacion, en que solo

brilla el deseo de mantener el nombre para defraudar la sustancia.

41. Dice el artículo 3º: *Que la soberanía reside esencialmente en la nación, y por lo mismo pertenece á ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales.* La primera parte, queda demostrado ser alucinación y agravio á la felicidad del vasallo, aunque se pretestaba esta para la novedad. La segunda no es acomodable en boca de diputados, que carecían del voto de la nación para ello, y no podía en ningún caso tratarse de leyes fundamentales nuevas; habiendo las antiguas, y mas sensatas, con las cuales se había celebrado un pacto entre la nación y el rey: y si bien el antiguo despotismo ministerial había cometido abusos, este no fué defecto del sistema.

42. Dijo el artículo 7: *Todo español está obligado á ser fiel á la Constitución:* esta fidelidad, quebrantando otra anterior, no podía existir: y menos cuando para leyes fundamentales faltaba la voluntad, la meditacion y consentimiento general, que no se suplía por aquellos pocos emigrados en Cádiz.

43. El artículo 15 dice: *Que la potestad de hacer leyes reside en las Cortes con el rey;* pero en las muchas hechas y deshechas no se ha contado con V. M. ó con quien le representase, ni con una verdadera representacion nacional, ni se han dictado con meditacion y libertad, ni el contesto de las dadas respira esta unión.

44. Dijo el artículo 16: *Que la potestad de hacer ejecutar las leyes reside en el rey:* y habiendo dejado

estas funciones á la Regencia á nombre de V. M., en la práctica ha sido un mero pupilo, dependiente en cada paso de las Cortes.

45. Dijo el artículo 17: *Que la potestad de aplicar las leyes en las causas civiles y criminales reside en los tribunales:* y sin embargo, no hemos visto á ningun alcalde ordinario ocupado en tantos juicios y quejas como el Congreso.

46. El artículo 25 dijo: *Que se suspendia el ejercicio de los derechos de ciudadano por hallarse procesado criminalmente:* y como solo la última sentencia puede causar la incapacidad, que es la que puede fundar la suspension, se estableció por la ley fundamental esta pena, aun desde el principio del procedimiento, chocando contra leyes mas sábias, y eludiendo la libertad que tanto se pondera.

47. En el capítulo 1º y siguientes, se trató del modo de formar las Cortes, y elegir para ellas los diputados; y aunque esta eleccion respira popularidad, se conoció que el diputado había de tener la voluntad de su provincia; y como ésta no la tenían los que formaron la Constitución, hacen mas clara la nulidad de ella, sin que lo supla el que las circunstancias de la guerra no permitian entonces la manifestacion de esta voluntad, porque la imposibilidad no suple el consentimiento espreso que es necesario; y es mas fácil que hubieran conocido no poder celebrarse las Cortes, y que hubieran ceñido sus esfuerzos á solo salvar la patria de la invasion enemiga con armas y dinero, que es lo que queria la nación.

48. El artículo 92 dijo: *Que para ser electo di-*

putado de Córtes, se requeria tener una renta anual proporcionada, procedente de bienes propios: mas como esto se oponia á la popularidad, y el artículo no podia hablar con los mas de los que estaban en aquellas Córtes (antes bien la diputacion habia de convertirse en el empleo ó renta de que carecian), se suspendió este artículo en el 93 siguiente.

49. En el artículo 100 se fijó la fórmula del poder con que habian de presentarse los nuevos diputados, reducida á que: *puedan acordar ó resolver cuanto entendieren conducente al bien general de la nacion en uso de las facultades que la Constitucion determina, y dentro de los límites que la misma prescribe, sin poder derogar, alterar ó variar alguno de sus artículos bajo ningun pretexto.* ¿Y esto se llama libertad? ¿Es esto acaso la igualdad tan decantada? ¿Unos emigrados sin representacion legitima, han de atribuirse autoridad para sellar los lábios á la nacion entera, cuando junta en Córtes vá á tratar de lo que mas le interesa? ¿Cuándo jamas se puso tal coartacion á las Córtes de España, cuyo primer encargo era la concurrencia con amplios poderes? ¿Y aquí hubo valor de privar la libertad de las provincias, para que cerrasen sus ojos á quanto en Cádiz se habia escrito? Este es, pues, uno de los mayores vicios de la llamada Constitucion, y que mas descubre el empeño de la innovacion contra la repugnancia general que preveian sus autores.

50. En el capítulo 6.^o se señaló el sitio donde habian de celebrarse las Córtes; y no obstante, hemos experimentado el escandaloso empeño de que no

saliesen de Cádiz, porque entre rastrillos estaba mas sujeta la libertad de los legitimos representantes de la nacion. Se fijó tambien la duracion de pocos meses á las sesiones de las Córtes; y aunque esto debia ser segun la urgencia de los negocios, traia la ventaja de que los nuevos no tuviesen tiempo de reformar lo hecho, y que pasándose los meses con dilaciones proyectadas, y sostenidas por algunos adictos, corriese la legislatura sin fruto. Esto era tanto mas extraño en boca de quienes habian servido la diputacion por años, y que segun el artículo 109, tenian esperanza de perpetuidad por el estado de la guerra: á la verdad, que en la delicadeza de aquellos diputados para no acomodarse tan larga próroga, pudo adoptarse el rumbo de repetir segunda eleccion en los mismos términos que se hizo la primera.

51. En el artículo 117 se nota el empeño de que los nuevos diputados jurasen guardar y hacer guardar religiosamente esta Constitucion, cuyo juramento es inconciliable con la libre funcion de un diputado de provincia, que no habia intervenido en su formacion, y que podia considerarla perjudicial á los derechos de esta, y á los previos juramentos prestados al soberano; así que el juramento en esta parte es ineficaz.

52. Dijo el artículo 126: que las sesiones serian públicas, y solo en los casos que exigiesen reserva, podria celebrarse sesion secreta: esta publicidad sin orden, sin número fijo de concurrentes, sin sujecion ni método, y desenfrenados á tomar parte con gritos é insultos contra los diputados sensatos, ha sido el apoyo de la novacion, y la que ha producido la nu-

putado de Cortes, se requeria tener una renta anual proporcionada, procedente de bienes propios: mas como esto se oponia á la popularidad, y el artículo no podia hablar con los mas de los que estaban en aquellas Cortes (antes bien la diputacion habia de convertirse en el empleo ó renta de que carecian), se suspendió este artículo en el 93 siguiente.

49. En el artículo 100 se fijó la fórmula del poder con que habian de presentarse los nuevos diputados, reducida á que: *puedan acordar ó resolver cuanto entendieren conducente al bien general de la nacion en uso de las facultades que la Constitucion determina, y dentro de los límites que la misma prescribe, sin poder derogar, alterar ó variar alguno de sus artículos bajo ningun pretexto.* ¿Y esto se llama libertad? ¿Es esto acaso la igualdad tan decantada? ¿Unos emigrados sin representacion legitima, han de atribuirse autoridad para sellar los lábios á la nacion entera, cuando junta en Cortes vá á tratar de lo que mas le interesa? ¿Cuándo jamas se puso tal coartacion á las Cortes de España, cuyo primer encargo era la concurrencia con amplios poderes? ¿Y aquí hubo valor de privar la libertad de las provincias, para que cerrasen sus ojos á quanto en Cádiz se habia escrito? Este es, pues, uno de los mayores vicios de la llamada Constitucion, y que mas descubre el empeño de la innovacion contra la repugnancia general que preveian sus autores.

50. En el capítulo 6.º se señaló el sitio donde habian de celebrarse las Cortes; y no obstante, hemos experimentado el escandaloso empeño de que no

saliesen de Cádiz, porque entre rastrillos estaba mas sujeta la libertad de los legitimos representantes de la nacion. Se fijó tambien la duracion de pocos meses á las sesiones de las Cortes; y aunque esto debia ser segun la urgencia de los negocios, traia la ventaja de que los nuevos no tuviesen tiempo de reformar lo hecho, y que pasándose los meses con dilaciones proyectadas, y sostenidas por algunos adictos, corriese la legislatura sin fruto. Esto era tanto mas extraño en boca de quienes habian servido la diputacion por años, y que segun el artículo 109, tenian esperanza de perpetuidad por el estado de la guerra: á la verdad, que en la delicadeza de aquellos diputados para no acomodarse tan larga próroga, pudo adoptarse el rumbo de repetir segunda eleccion en los mismos términos que se hizo la primera.

51. En el artículo 117 se nota el empeño de que los nuevos diputados jurasen guardar y hacer guardar religiosamente esta Constitucion, cuyo juramento es inconciliable con la libre funcion de un diputado de provincia, que no habia intervenido en su formacion, y que podia considerarla perjudicial á los derechos de esta, y á los previos juramentos prestados al soberano; así que el juramento en esta parte es ineficaz.

52. Dijo el artículo 126: que las sesiones serian públicas, y solo en los casos que exigiesen reserva, podria celebrarse sesion secreta: esta publicidad sin orden, sin número fijo de concurrentes, sin sujecion ni método, y desenfrenados á tomar parte con gritos é insultos contra los diputados sensatos, ha sido el apoyo de la novacion, y la que ha producido la nu-

lidad de cuanto se ha hecho, porque faltos estos de libertad, no se atrevían á manifestar su dictamen; y las sesiones llamadas secretas, sobre escasearse todo lo posible, no han merecido este nombre. Gritar alguna vez el pueblo á la puerta sobre que se acabasen, y cubrir de improperios á los que iban saliendo del Congreso, y no eran del número de los que por lisonjear sus caprichos con voces sonoras y nada significantes merecían su aplauso en las públicas, era el resultado.

53. Bajo de este sistema el artículo 128 siempre estuvo de mas, aunque se escribió en él: *que los diputados serian inviolables por sus opiniones*, porque esto ha tenido mas escepciones que palabras.

54. El capítulo 7.º deja á las Cortes tantas facultades, que escediendo del sistema que propone la Constitucion al principio, entorpece y dificulta el poder ejecutivo que atribuye al rey.

55. El capítulo 8.º habla del modo de formar las leyes, pero las reglas que prescribe son las menos á propósito para el acierto: no se prefiere el orden de las antiguas Cortes; ni la madurez con que se examinaban y discutian las materias sobre que habian de recaer: no apetece informe de los tribunales, y personas á propósito; y lo que ha sucedido es, que presentados á discusion los proyectos, sin prévia noticia (algunas veces) de lo que iba á tratarse, y los mas sin aptitud para deliberar á presencia del pueblo espectador, solia este mofarse de lo que discurrían ó votaban algunos, y aplaudían (sin entenderlo) lo que votaban otros. De repente solia darse por discutido,

y alguna vez con lectura de lo que no se oía, se daba por sancionado con el signo equívoco de sentarse ó levantarse.

56. El capítulo 9.º habla de la promulgacion de las leyes, pero sin arreglo á las costumbres y á las antiguas leyes de España y sus Cortes.

57. El capítulo 10 priva á V. M. de la facultad de llamar á Cortes, que ha sido una prerogativa esencial de la soberanía.

58. En el capítulo 1.º del título 4, se habla de la autoridad del rey; y para hacerla conciliable con los artículos anteriores, necesita mucha esplicacion, si no ha de encontrarse contradicción á cada paso; pero el artículo 172, en que se limita la autoridad real, se pone por primera restriccion: *que no pueda disolver ni suspender las Cortes, y que los que le aconsejasen ó auxiliasen en cualquiera tentativa para estos actos, son declarados traidores, y serán perseguidos como tales*. Tambien esto es contrario á las leyes, impedir la libertad de consejo, remover la imparcialidad de un dictámen, y dejar tan dependiente la autoridad real, que se la imposibilita hacer el bien de la nacion, y anonadado en España el carácter de monarquía. Por lo que creemos de obligación indispensable aconsejar á V. M. lo que sentimos despreciando amenazas tiránicas.

59. Tambien se prohíbe al rey conceder privilegio esclusivo á persona ó corporacion; y habiendo casos en que la pública utilidad así lo dicta, es impedirle la facultad de premiar, ó de aumentarle el bien é instruccion de su pueblo.

60. El artículo 173 habla de la fórmula con que el rey ha de jurar en su advenimiento al trono: y no sabemos si esto habla con V. M., porque ya tenían prestado su juramento antes de la Constitución. Pero se dice: *por la gracia de Dios y la Constitución de la monarquía española: y la corona de V. M. no es por esta Constitución: guardaré y haré guardar la Constitución... y que respetaré, sobre todo, la libertad política de la nación, y la personal de cada individuo; y si en lo que he jurado ó parte de ello lo contrario hiciere, no debo ser obedecido...* si dijera, segun la antigua Constitución y leyes: se suspenderá el cumplimiento por el magistrado, estaria bien; pero jurar la guarda de una Constitución que no ha puesto la nación de acuerdo con V. M., y hacer al pueblo juez de la inobservancia con la libertad de la inobediencia, es desquiciar el constitutivo de la monarquía, y dar margen á un continuo trastorno. Por todo exige el bien de España que V. M. no jure esta Constitución.

61. En el capítulo 2.º se fijó la sucesion á la corona de España por orden regular, y en el artículo 180 se dijo: que á falta de V. M. sucederian todos sus descendientes; á falta de éstos sus hermanos y tios sin distincion de sexos, guardándose el derecho de representacion; y en decreto separado del mismo 18 de Marzo de 1812, se escluyen de la sucesion á la corona al Sr. infante D. Francisco de Paula y su descendencia, y á la Sra. infanta Doña María Luisa, reina viuda de Etruria, sin que hasta ahora sepa la nación con qué motivo se tomó rumbo tan extraño, opuesto

á la antigua Constitución, reconocida por las naciones, en perjuicio de tercero que tenia adquiridos derechos lineales, sin cuya intervencion se revocaban. Añadiéndose, que aun en la sucesion de la señora infanta, tenia mayor recomendacion el pacto honoroso de su matrimonio: todo lo cual algun dia podria acarrear guerra á España, por no ser aplicable el artículo 181 en los términos que se concibió, para escluir la descendencia de quien por el artículo anterior debia formar cabeza de línea en su caso (aun prescindiendo de la certeza del pretesto), mayormente cuando la imposibilidad física ó moral la suple en el artículo 188 una Regencia, y el que sucede por representacion, ocupa el lugar del inhábil ó defectuoso.

62. El artículo 188 parece no se fijó para observancia, permitiendo nombrar al sucesor inmediato, porque siendo notorio que tratábamos de tomar esta medida para hacer cesar lo espuesto que se hallaba el reino con la falta de energía en la actual regencia, no se han perdonado los medios mas escandalosos para impedirlo.

63. Los artículos 226, 228 y 229 hacen, el primero responsables á los secretarios del despacho de las órdenes que autoricen contra la Constitución ó las leyes; y se observa que responden de órdenes que no dan: que indirectamente se les autoriza para que impugnen su estension, ó para que pasen á la desobediencia, á título de si la Constitución se infringe ó no. Por el 2.º, dictado á fin de hacer efectiva la responsabilidad de los secretarios, se reservan las Cortes la facultad de decretar que: *ha lugar á la forma-*

cion de causa: y en el mismo punto, por este decreto, queda suspenso el secretario. En esto se observa contravenir á la division que hace la Constitucion de los tres poderes; porque el declarar, si la Constitucion (que no es mas que una ley) está ó no contravenida, es propio del poder ejecutivo ó del judicial en su caso, y nunca del legislativo. Reservarse la declaracion de *haber lugar á la formacion de causa*, y seguirse en el mismo acto la suspension, es un contra-principio; porque el suspender es parte de pena, y acaso la última en muchos juicios; y decretarse esta por primer paso, antes de oír al reo, y convencerle, es usurpar la autoridad judicial, hacer esclavo al vasallo de la mayor tiranía, y crear el mayor monstruo en la legislacion. Por otro nombre, esto fué dejar las Córtes una puerta franca para tener sujetas todas las demas autoridades, é impedir á salvo sus funciones, ó lo que es lo mismo, dejar en las Córtes el lleno de la soberanía despótica con todos sus atributos.

64. De aquí ha dimanado, que diariamente vienen los vasallos con recursos de infracciones de Constitucion, que es lo mismo que constituirse las Córtes juez de todas las quejas particulares, y en muchas se decreta (entre el ruido y algazara del pueblo espectador) la grave pena de *haber lugar á la formacion de causa*. Y como el artículo 254 dice: *que toda falta de observancia de las leyes que arreglan el proceso... hace responsables personalmente á los jueces que la cometieren*, y la voz de *arreglar el proceso*, es tan general é indefinida, de aquí proviene quedar un campo ancho para decir con facilidad: *haber lugar á*

la formacion de causa, y para que los jueces vivan irresolutos en la administracion de justicia.

65. El artículo 258, dijo: que el código civil criminal, y el de comercio serian unos mismos para toda la monarquía, contra el clamor de las antiguas Córtes de España. Acto continuo vimos nombrarse juntas ó comisiones para arreglar estos códigos: y si en ellos ha de existir lo mismo que en los antiguos, sabios y meditados que tenia la nacion, escusado es que se formen sin otro fruto, que dar trabajo á la prensa: y si han de contener cosa distinta, ¿habrá mayor desgracia, que no haber encontrado las Córtes de Cádiz cosa útil en los códigos que tenia la nacion recomendados con la esperiencia de tantos siglos? Parece increíble que el deseo de innovar condujese aquellas Córtes hasta tal punto.

66. Desde el artículo 259 se fijó un tribunal supremo de Justicia, que pudo escusarse, existiendo el de Castilla, y otros que concordaban en el mismo atributo de supremos de Justicia, y ya los conocia la nacion de muy antiguo por la energía y teson con que habian sabido defender la Religion, el rey y la Patria. Y no poco influyó para la ruina de las Américas la estincion del de Indias. La novena atribucion de este tribunal se fijó en conocer de los recursos de nulidad, que se interpusiesen contra las sentencias dadas en última instancia, *para el preciso efecto de reponer el proceso devolviéndolo, y hacer efectiva la responsabilidad de que trataba el artículo 254*. Con razon se han permitido cátedras para explicar la Constitucion, pues por su letra en algunos pasajes está mis-

teriosa: en este se echa por tierra la distincion y oportunidad con que se establecieron (por causas muy meditadas) los recursos de segunda suplicacion, y el supletorio de injusticia notoria, que fijaban la última decision de los juicios. Este oficio por el artículo espresado no se concede al tribunal supremo; sino la sola declaracion de haberse infringido la ley, devolviendo el proceso al tribunal, de donde se interpuso el recurso; mas no dice el artículo qué rumbo ha de tomar éste entonces. Si de la nueva resolucion que dicte, ha de haber lugar á repetir la misma reclamacion de nulidad, será un proceder en infinito, y nunca llegará el fin del pleito, que es el mayor interés de la nacion.

67. El artículo 273 y el 274 hablan de establecer partidos para los jueces de primera instancia (que antes se llamaban corregidores ó alcaldes mayores), á fin de conocer de lo contencioso en su capital y pueblos de su comprension; pero la esperiencia tenia acreditado las fundadas diarias reclamaciones de privilegios de Villazgo, para no sufrir los vecinos los gastos y molestias de ir á buscar el juez fuera de su pueblo; y estableciendo la Constitucion este daño por regla general, han de ser inmensas las reclamaciones de perjuicios.

68. El capítulo 2.º trata del juicio de conciliacion, que ha de preceder á todo pleito: este pensamiento no es nuevo, porque en muchos consulados solian practicar lo mismo sin fruto; pues el que llega á comprometerse á las molestias de un litigio es, porque estrajudicialmente no ha podido sacar partido de

aquel á quien intenta demandar. Es ademas inútil cuando se manda; porque si las partes no consienten, el tiempo es perdido, y aumenta la dilacion el daño; siendo otro, que en el juicio ejecutivo es un aviso, para que el demandado quite muchas veces de en medio lo que podia asegurar la deuda: y aun hay otros inconvenientes que enseña mejor la práctica.

69. El capítulo 3.º trata de la administracion de justicia en lo criminal, y desde el artículo 287 se presenta el método con que ha de procederse contra los reos. Las ideas en abstracto á veces aparecen con un colorido lisonjero, pero contraidas á la práctica no permiten ejecucion: así es, que dictada la Constitucion, los caminos y poblados están llenos de malhechores, no se experimenta el castigo, los ofendidos miran como infructuosa la queja, resueltos más bien á tomarse la justicia que á reclamarla, y los jueces se consideran impedidos de aplicar remedio, hallando una dificultad en cada artículo: de forma, que solo hallamos libertad en el delincuente y esclavitud en el buen vasallo.

70. Los muchos delitos no son efecto de la revolucion, sino de la impunidad. Si ninguno ha de ser preso, sin que preceda informacion sumaria (capaz de formar concepto sobre ella, de que merece ser castigado con pena corporal), y asimismo un mandamiento del juez por escrito, que se notifique en el acto de la prision; el juez no puede prender en un pronto, y la queja está demas en el momento, porque no puede haber auto escrito sin prévia informacion escrita, y entre tanto escribir, el reo se ha fugado.

El delito en despoblado queda impune, y el hecho en poblado, sin posibilidad de acusacion; porque los delincuentes no se han de presentar al público á cometer sus excesos, ni todo vasallo puede ir rodeado de una guardia para que le sirva de testigo en cuanto le ocurra.

71. Verdad es que el artículo 292 dice: *que in fraganti todo delincuente puede ser arrestado y conducido á la presencia del juez*; y aunque rara vez un ofendido esforzado pueda sorprender al reo y presentarlo, existe la misma dificultad de la informacion, y la obligacion de presentar en el pronto todos los pasos de una sumaria á instancia de parte, sin que la vindicta pública ponga nada de suyo para defender de oficio al vasallo, como está obligada: y así se ve, que segun la Constitucion no se conocen causas de oficio en que la ley por la seguridad del estado (en delitos que no tienen delator) procure el castigo del reo para el escarmiento de otros; pues se impiden las fundadas causas de inquirir; y por el artículo 306 se escluye por regla general hasta el reconocimiento de la casa en que haya presunta de estar lo robado, el cómplice, el delincuente mismo, ó cualquiera otro cuerpo de delito; y si bien es verdad que dicho artículo añade la escepcion, *sino en los casos que determine la ley para el buen orden y seguridad del estado*, aun no ha llegado esta ley desde el 18 de Marzo de 1812, y los delitos se han multiplicado de dia en dia.

72. El artículo 293: *Que si se resolviere que al arrestado se le ponga en la cárcel... se proveerá auto motivado, y de él se entregará copia al alcaide: sin*

cuyo requisito no admitirá éste á ningun preso en calidad de tal: de esto ninguna utilidad puede sacarse; y puede haber dos perjuicios, uno que se trasluzca el objeto de la causa, y se puedan fugar los cómplices; otro, permitir insubordinacion al alcaide, y que tambien tenga libertad de juzgar infracciones de Constitucion, cuando debe ser un mero ejecutor de lo que se le mande.

73. El artículo 294 y siguientes permiten el embargo de bienes, solo en proporcion á la cantidad de que el reo pueda ser responsable por su delito, y que no será llevado á la cárcel el que dé fiador en los casos en que la ley no lo prohiba; de forma que se quiere que el juez sea profeta, al mismo tiempo que la ley le prohíbe que juzgue por capricho, sino por lo alegado y probado. ¿Y quien es el juez que desde el primer paso de una causa ha de saber adónde llegará su responsabilidad pecuniaria? ¿Ni quién desde el ingreso de un proceso (que aun no ha desplegado todo su carácter) ha de comprender si al fin del sumario será de los en que el reo pueda ser suelto bajo fianza? En esta incertidumbre amenazado el juez de la responsabilidad, elije el camino de la inaccion, que es el que puede dejarle menos espuesto, pero impunes los delitos.

74. El artículo 304 dice: *Tampoco se impondrá la pena de confiscacion de bienes*; cuyo precepto parece viene regido del *no se usará nunca*, del artículo precedente; mas sobre esto se hizo reforma en la suerte que han experimentado algunos reverendos obispos.

75. El artículo 308 confirma en parte lo que acabamos de espresar, pues dice: *que si en circunstancias extraordinarias la seguridad del estado exigiese la suspension de algunas de las formalidades prescritas en este capítulo para el arresto de los delinquentes, podrian las Córtes decretarla por un tiempo determinado.* No sabemos qué nuevas circunstancias se esperaban, porque el desorden que se ha tocado era una consecuencia necesaria del precepto; mas como muchos clamaban por el remedio de tanto daño, no ha faltado en las Córtes actuales quien indicase la necesidad de esta suspension; pero apellidando este paso, contravencion á la Constitucion, y habiendo muchos espectadores deseosos de que no se diese, ni principiásemos á remediar males, ha corrido hasta ahora sin novedad lo que mas la merecia.

76. En el capítulo 2.º del título 6.º se crean jefes políticos de las provincias, que motivan un sobrecargo de millones anuales á la nacion, y segun las funciones que se les han demarcado eran las mismas que antes ejercian los jefes de los tribunales sin este gravámen. Al propio tiempo por el artículo 325 se crean juntas provinciales, para promover su prosperidad; y aunque el pensamiento al parecer es bueno, la ejecucion nunca corresponderá á él; y si no examínese lo que hasta ahora se ha verificado. Mientras menos cuerpos colegiados haya y menos encargados, la ejecucion de la ley, y la prosperidad de la nacion serán mas espeditas y enérgicas.

77. Por último, el artículo 375 dice: *que hasta pasados ocho años despues de hallarse puesta en prác-*

tica la Constitucion en todas sus partes, no se podrá proponer alteracion, adicion ni reforma en ninguno de sus artículos. Es la primera ley que ha tenido esta suerte, porque si al presentar el perjuicio ó inoportunidad, todas han permitido la suspension ó reforma por la misma soberanía que las establece; esta Constitucion, aunque desde el día siguiente de publicarse esté causando daño á la nacion, tiene que sufrirla por ocho años, solo porque así lo quisieron las Córtes de Cádiz: y como este término ha de principiar á correr desde que sea puesta en práctica la Constitucion en todas sus partes, y ella abraza la formacion de multitud de reglamentos y códigos civil, criminal y de comercio (que acaso en treinta años no estarán conclusos, segun la meditacion que pide una obra de tal tamaño), quiere decir, que al cabo de cuarenta quizá, segun este artículo, no podrá pedirse la reforma.

78. Pero es mas particular el artículo 376 que previene que para cualquiera alteracion ha de ser necesario que los diputados que la decreten vengan autorizados con poderes especiales para ello. ¿Y es posible que los que las formaron no tenían poder alguno, y menos el especial, y ha de ser preciso éste para la reforma? En los artículos siguientes lo que se lee es un deseo de poner trabas y dilaciones á cualquiera alteracion de la Constitucion, sin reparar á aquellos diputados en que representando unas y otras Córtes á la nacion (aunque hubiesen sido las primeras legítimas), no podian poner trabas á las actuales y sucesivas.

79. Aunque sentimos molestar tan detenidamente la atención de V. M., no podemos omitir en este papel la idea que tenemos contra nuestras provincias de ese encanto de la popularidad, de esa barrera que se ha opuesto á nuestros trabajos en beneficio de la patria, de esa Constitución tanto mas odiosa, cuanto mas se acerca á ser traslado de la que dictó la tiranía en Bayona, y de la que ató las manos á Luis XVI en Francia, principio del trastorno universal de Europa, de ese código en fin, cuya duración conduciría al pueblo á su precipicio.

80. También leímos los pasos posteriores: por decretos de 14 y 18 de Marzo de 1812 se mandó publicar esta Constitución, y en seguida la orden de la regencia para su observancia. Se acordó que en la iglesia se leyese antes del ofertorio, y se señaló la fórmula con que habían de prestar el juramento los vecinos (que por cierto fué un acto muy parecido al que decretó el gobierno francés en Madrid para la jura del rey intruso): mas como estaba bloqueado Cádiz á la formación de esta Constitución, apenas fueron quedando los pueblos libres de franceses, se les comprometió á hacer este juramento, y nunca se pidió á las provincias el previo consentimiento y su sancion, ó lo que es lo mismo, no se les permitió que examinasen detenidamente su mérito, y manifestasen su anuencia.

81. En el mismo dia 18 de Marzo se derogó la ordenanza de caballería, que era cuando mas se necesitaba. En 12 de Abril siguiente se mandó á la regencia, que en la provision que hiciese de emplea-

dos públicos, nombrase personas *conocidamente amantes de la Constitución, y que hubiesen dado pruebas positivas de adhesion á la independencia de la nacion*: por este medio se hacian adictos á una Constitución que les alimentaba, y odiosos y desvalidos los que no querian olvidar las leyes y costumbres de sus mayores, y el valor del juramento que tenia prestado á V. M.

82. En 11 de Agosto de 1812 principiaron los decretos contra los empleados, que habiéndolo sido por los señores reyes, toleró su continuacion el intruso sin despedirlos. Este paso, que ha arruinado miles de familias, suponía delito el no haber emigrado á Cádiz, donde la puerta no estuvo franca, y se olvidó, que con estar en sus casas han evitado mayores males; han ayudado á la reconquista, y dado lugar á que exista nacion que V. M. vuelva á gobernar. Fué paso por su generalidad injusto, y por las circunstancias, antipolítico, capaz de resfriar el patriotismo, y añadir fuerzas á los franceses.

83. En 17 de Agosto del propio año, ampliando las Cortes la autoridad legislativa como única que se habian reservado, privaron de honores, empleos, y espatriaron al reverendo obispo de Orense, por haber jurado la Constitución despues de hacer varias protestas, y se estendió igual pena á *todo español que en el acto de jurarla, usare ó hubiere usado de iguales reservas; y que en el caso de ser eclesiástico, se le ocuparían además las temporalidades*. Este empeño de aterrar porque jurasen, en época en que se titulaba á todos libres para manifestar su pensamiento por es-

crito y de palabra, es lo que mas prueba la falta de libertad en el juramento, la de consentimiento general de la nacion, y el recelo de que no lo habria.

84. En 14 de Octubre siguiente las Córtes por sí, y en uso de su suprema autoridad, decretaron la abolicion del voto de Santiago, aunque habia perjuicio de tercero, y era negocio pendiente en tribunal de justicia.

85. En 4 de Enero se acordó reducir á dominio particular los baldíos y terrenos comunes; sin embargo de que á mediados del siglo pasado, los inconvenientes demostrados de igual medida, obligaron á revocarla por interés de los pueblos.

86. Desde el decreto de 18 de Febrero del mismo año se principiaron á dictar providencias acerca de los regulares; pero en términos y con tales restricciones, que vinieron á quedar (si cabe) de peor condicion que en el gobierno intruso. Las provincias no pudieron mirar sin admiracion unas medidas semejantes á las que acababan de detestar, ni dejaron de conocer su injusticia. Los vasallos se alistaron en las religiones bajo la garantía del gobierno que las habia permitido en la sociedad: sus votos y renunciaciones habian descansado en esta confianza, y eran acreedores de justicia á volver á sus conventos (en cuya esperanza habian ayudado á la salvacion de la patria), y á la posesion de los bienes, de que sus corporaciones tenian un dominio libre, como los demas particulares, sin deber ser de inferior condicion: ni permitia la decantada igualdad se manifestase odio á ninguna clase del estado; y menos cuando la mis-

ma silla apostólica no habia querido asentir á las amenazas del tirano de la Europa, para que accediese á la estincion de los regulares. Pero en su reposicion, mas que estos, ganaba la nacion: los bienes en su mano mantenian muchas familias, y cubrian cuantiosas cargas y contribuciones que aliviaban á los demas vasallos á quien se dice querer favorecer: los mismos bienes en manos de administradores apenas producen para pagar sus sueldos. El abandono de las fincas minoraba la riqueza nacional con la falta de producto: y si se han de cumplir ó hubieran cumplido las asignaciones alimenticias que se hicieron á los propios regulares (como debia haberse hecho), se seguiria un injusto sobrecargo al vecino contribuyente. Tales son, Señor, las fatales consecuencias de órdenes no premeditadas.

87. En 22 de Febrero de 1813 se dictó la abolicion de la inquisicion. El sistema adoptado en este papel, y el deseo de no ocupar la soberana atencion mas de lo preciso, nos impide indicar las muchas especies oportunas con que algunos sabios diputados impugnaron este proyecto. En cualquiera establecimiento debe mirarse, primero su necesidad; y no es dudable, que debe haber un protector celoso y espedito para mantener la religion, sin lo cual no puede existir ningun gobierno. Si en las reglas adoptadas para hacer eficaz esta proteccion, el ejercicio hubiese acreditado su impotencia ó sus defectos, es justo se mediten y reformen: pero poner la segur al pié en todo establecimiento, no es modo de remediar males, sino quitar de la vista el que se cree, dejando la raíz

para otros mayores. El medio que se subrogó es parecido á la sustanciacion de juicios de que trata la Constitucion, para que entre el juez eclesiástico y secular jamas llegue á castigarse el delito, que era objeto de la inquisicion estinguida. Y en verdad, que desde la espedicion de este decreto, no hay noticia de una sentencia que haga intacta la religion católica; de lo que sí la hay, es de multitud de papeles que han corrido impunes hablando con mofa hasta de los misterios mas venerables: ser asunto de la crítica de los jóvenes (menos recomendados por sus costumbres) los misterios mismos, y la doctrina mas antigua y respetable de la Iglesia. Há mucho tiempo, señor, que los filósofos atacaron este baluarte de la religion, bajo el pretesto de hacer observar las facultades de los obispos, queriendo emularlos con igualdades á la suprema cabeza de la Iglesia, para despues de oprimir aquellos, por nueva emulacion de igualdades con los párrocos, llegar al término de reducir la verdadera religion á mero nombre.

88. Creer que con la impunidad ha de mantenerse la religion, de que habla el artículo 12, en época en que la relajacion ha hecho tantas conquistas, y tenido tan rápidos progresos, es fijar en un imposible la conservacion del santuario, que con tanto respeto ha mirado siempre España. El empeño que se formó de leer esta abolicion en la iglesia al ofertorio de la misa mayor, y el manifiesto que las mismas Cortes habian compuesto con este objeto, dió margen á contestaciones y disgustos, de que dimanó la ausencia de muchos obispos, y de la única prenda

que teniamos de nuestro afligido Pio VII; y llenaron en fin de amargura á los fieles piadosos, sin hallarse otros semblantes alegres, que aquellos de quienes arrancando este freno, podian precipitarse impunes en la carrera de su libertad.

89. Por último, en 13 de Setiembre de 1813 se estinguieron las rentas provinciales, las estancadas, y se subrogó la contribucion directa. Pensamiento antiguo; mas siempre impracticable por los escollos en que dá su ejecucion; puesto hoy en práctica con el mayor desarreglo y gravámen de las provincias; y en fin, novedad siempre inoportuna, en época en que se necesitaban continuamente fondos de pronta recaudacion: desembolsos suaves é insensibles á pueblos fatigados: artículos de contribucion espedita y cierta, que diesen confianza á cualquier préstamo y espedicion momentánea, que siempre falta en el tránsito de un sistema antiguo á otro nuevo; y mas si es mirado este con la desconfianza de que ya otra vez no pudo practicarse.

90. Leimos, pues, esta multitud de providencias de las Cortes de Cádiz, y vimos, que la exaltada imaginacion de sus autores, atropelló de un golpe cuanto habia producido la literatura española en muchos siglos, queriendo oscurecer su inmortal memoria, por captarse el aura popular, como inventores de un nuevo canino que han titulado feliz, á pesar de desmentirlo sus defectos. Pero mientras tenian á menos seguir los pasos de los antiguos españoles, no se desdeñaron de imitar ciegamente los de la revolucion francesa. Véanse para prueba los decretos de la

asamblea nacional de Francia, despues que por sí, contra los objetos de su reunion, y espresa voluntad del rey, se erigió un cuerpo constituyente. En el año de 1789 se acordó dar principio á la Constitucion: se decretó la soberanía nacional: se pusieron á disposicion de esta todas las propiedades del clero: se decretó la estincion de los parlamentos, y estableció un nuevo poder judicial.

91. En el año de 1790 se estinguieron todos los derechos de señorío: se declaró la religion del estado. Se dijo: que los poderes conferidos á los diputados debian ser amplios: se restringieron las facultades y derechos del rey, sujetándolos al conocimiento de la nacion: se espidieron indultos para granjear la popularidad: se notó la audacia de los periodistas vanamente denunciada á la asamblea: esta admitió denuncias y querellas de todas especies, principalmente contra los ministros y obispos: la asamblea reparó en comisiones el conocimiento de todos sus negocios, y se vió la persecucion y arresto de los parlamentos.

92. En el año de 1791 se acordaron las obligaciones de los miembros de la familia reinante, cuyo quebrantamiento suponía renuncia ó abdicacion de la corona: se acordó la Regencia del reino: se mantuvo la popularidad en favor de los facciosos, y se presentó la Constitucion. Se esplicaron los votos levantándose ó manteniéndose sentados: se señaló el tiempo en que no podria variarse la Constitucion, á pesar de los debates y grande oposicion que se hizo con reflexiones las mas sábias y concluyentes. El

pueblo recibió mal la Constitucion, é insultó de todos modos á los principales miembros del partido constitucional. Los poderes de los miembros de la asamblea ordinaria fueron sujetos á determinada fórmula por la Constitucion. Se hizo reglamento de policia interior de la asamblea; y en el año de 1792 se vió la estincion del suplicio de horca. Remitimos al silencio las tristes consecuencias de estos antecedentes, y la inocente sangre que, derramada desde el cadalso sobre los parricidas y sus generaciones, no ha cesado de pedir su desagravio al cielo.

93. Al cotejar estos pasos con los dados en Cádiz por las Córtes extraordinarias, al ver que no les habian arredrado las tristes resultas de aquellos, sin desengañarse de que iguales medidas habian de producir idénticos efectos, admiramos que la probidad y pericia de algunos concurrentes á aquellas Córtes no hubiesen podido desarmar tantos caprichos, hasta que nos enteramos de que por los exaltados novadores, se formó empeño de que asistiesen á presenciar las sesiones el mayor pueblo posible, olvidando en esto la práctica juiciosa de Inglaterra. Eran, pues, tantos los concurrentes, unos sin destino, otros abandonando el que habian profesado, que públicamente se decía en Cádiz ser asistentes pagados por los que apetecian el aura popular, y habian formado empeño de sostener sus novaciones; mas esto algun día lo averiguará mejor un juez recto. La compostura de tales espectadores era conforme á su objeto: vivas, aplausos, palmadas, destinaban á cualquiera frase de sus bienhechores; amenazas, oprobios, insultos, gritos,

é impedir por último que hablasen, era lo que cabía á los que procuraban sostener las leyes y costumbres de España. Y si aun no bastaba, insultaban á estos diputados en las calles, seguros de la impunidad. El efecto habia de ser consiguiente en estos últimos amantes del bien; esto es, sacrificar sus sentimientos, cerrar sus labios, y no esponerse á sufrir el último paso de un tumulto diario: pues aunque de antemano se hubiesen ensayado como Demóstenes (que iba á escribir y declamar á las orillas del mar, para habituarse al impetuoso ruido de las olas), esto podia ser bueno para un estruendo casual que cortase el discurso, mas no para hacer frente á una concurrencia tumultada y resuelta, que heria el pundonor.

94. Sorprendidos los españoles con estas noticias, se preguntaban, no menos confusos que en el 2 de Mayo de 1808: ¿Qué nuevo torrente de males se despeña sobre nosotros? No ha levantado la suprema justicia el azote, pues que aun nos aprisiona con mas pesada cadena de infortunios. Nuevo luto cubrió á las provincias, y volvieron á suspirar por la presencia de V. M. que serenaria la borrasca. En este estado deseábamos indagar la causa, y pudimos entender, que algunos pocos de los que habían eludido las vejaciones francesas, insensibles al mal que no habían visto sus ojos, dormidos en delicias que para los demas eran desgracias, y por casualidad entraron en las Cortes de Cádiz, se vieron sorprendidos (á pesar del mejor deseo) de las máximas con que los filósofos han procurado trastornar la Europa, y sin advertirlo, se

hallaron contagiados de la animosidad emprendedora de aquellos. Sí, señor, se vieron engañados, por no advertir que tales filósofos son osados, porque miran con desprecio una muerte que no recela ulterior juicio: aman la novedad por ostentar la sabiduría de que no poseen mas que el prospecto: preocupados de ideas abstractas, ignoran lo que dista la teórica de la ejecucion, principal punto de la ciencia de mandar. Están poseidos de odio implacable á las testas coronadas: porque mientras existan, no puede tener pase una filosofia revolucionaria, cuyo blanco es la libertad de costumbres, la licencia de insultar por escrito ó de palabra, triunfar á costa del menos atrevido, y vivir en placeres con el sudor del mísero vasallo, á quien se alucina con la voz de libre, para que no sienta los grillos con que se le aprisiona. Todo lo que produce la inquietud del estado, y al fin su total ruina.

95. Repítese que estas venenosas máximas de los filósofos sorprendieron á algunos pocos, y creyeron aquellos que estando huérfano el reino, era llegado el momento de tenderle sus lazos; enconados de no haberlo podido conseguir en los religiosos reinados de la casa de Borbon, y se notó el efecto de la tentativa, pues allí se vió en unos la ingratitud á V. M.; y si bien no hay leyes particulares como en Egipto y Persia para castigar al ingrato, podrá ser un aviso para posteriores elecciones de empleados. Allí se vieron otros, que habiendo sido justamente olvidados del gobierno aspiraban ahora á la mas alta dignidad, que miraban como corto premio á su fingido mérito.

Allí otros, que poseidos de un espíritu de elacion, miraban con vilipendio al prudente, al estudioso, que por fruto de sus tareas, solo averigua que nada sabe con perfeccion; mientras ellos sin estudio hacian ostentacion de ciencia infusa, aun en los ramos que les eran mas nuevos. Allí se vieron otros, que disgustados de su pequenez, cortaron de raiz las gerarquias, sin las que no puede existir ningun gobierno monárquico; para que quedando todos á la par, fuese mejor visto el que jamas tuvo esperanza de llegar á la marca. Allí se vieron otros, que poseidos del espíritu equivocado, que hizo odioso al mismo Maquiavelo, en nada hallaban barrera, y avanzaron á oscurecer los principios de derecho natural, impresos en el corazon, el de gentes, que es consecuencia de aquel: y equivocando hasta los del derecho público, se vieron con engaño resueltos á servir de instrumento, para ejecutar los planes de la moderna filosofia.

96. ¡O cuán dañoso es el mal ejemplo! Esta misma filosofia en la revolucion francesa tentaba á sus sectarios, como en otro tiempo se tentó al Redentor: si postrado me adorais, yo os ensalzaré en todos los destinos; os haré dueños de todas las contribuciones del Estado; haré que los ejércitos sean el juguete de vuestros caprichos: que el clero y la nobleza sirvan de alfombra á vuestra exaltacion: que el continuo gemido del empleado, de la viuda, de la huérfana, sirvan de placer á vuestro insensible corazon; infundiré el terror, para que ninguno ose impugnaros; sembraré el desórden, para que ninguno acierte adonde dirigir sus quejas; insultaré á los buenos por

escrito y de palabra, para que sellen sus lábios; alucinaré al pueblo con lo que mas dista de nuestros deseos; la voz de igualdad (siempre imaginaria), la de libertad (siempre una quimera en sociedad) donde no manda la razon, la exencion de cargas, sin las que no puede existir un Estado; la irreligiosidad (detestada aun entre las naciones mas incultas), serán resortes prevenidos para que corrais desenfrenados; os libertaré de la impugnacion, y todo, todo será para vosotros, sin que de vuestra parte pongais mas que la animosidad y ciega condescendencia á mis proyectos. ¡Infernal tentativa para almas no ensayadas en la fidelidad monárquica!

97. Orgullosa esta falsa filosofia con triunfos estranjeros, procuraba abrir el sepulcro á nuestra heroica nacion, sumergiendo en él hasta el nombre de su adorado Fernando. Cuadro tan horroroso, fué detestado por nuestras provincias, y definido á fondo por sus sensatos, trataron del remedio, considerándolo por mayor ataque que el que acababan de sufrir de las bayonetas francesas: porque en semejantes planes de revoluciones, bastan pocos osados para imponer á muchos prudentes, tímidos ó incautos, y produciendo en algunos cierta diversidad de opinion, hallan en los mas la irresolucion y encogimiento, con especialidad despues de cansados de la lucha y abatidos del hambre, que es la mejor disposicion para la victoria.

98. Trataron, pues, las provincias del remedio por el solo rumbo que les dejó abierto el gobierno: tal era elegir representantes de su confianza, que

concurriendo á las actuales Córtes ordinarias las salvasen del precipicio que les amenazaba. Verdad es que algunos jefes políticos, poseidos del espíritu del gobierno, tuvieron no pequeña parte en varias elecciones; mas no toda la necesaria para impedir que dejasen de ser electos hombres de carácter, instrucción y probidad, capaces de llenar sus deseos; á fin, pues, de realizarlos, tomaron en consideracion el mal, y meditaron su cura; mas era la llaga envejecida, y los instrumentos para su curación estaban en manos del autor de aquella, y era imposible arrancárselos sin un funesto estremecimiento.

99. Debía ser el primer paso elegir el campo de la lucha, pues Cádiz era un castillo de que solo el gravoso gobierno tenia las llaves. Sabiamos que los mas instruidos y afectos á V. M., que habian concurrido á aquel Congreso, fueron mudos, porque la vez que rompieron el silencio, los habian cubierto de oprobio, y comprometido su existencia al furor de un pueblo alucinado con declamaciones, especies inexactas, y proyectos dorados para encubrir su veneno. Sabiamos que la influencia de la popularidad espectadora decidia los asuntos mas graves, y las mas trascendentales innovaciones con su mofa, insultos y atropellos. Sabiamos que la impunidad era el signo con que el gobierno manifestaba su condescendencia, equivalente á una licencia espresa de ajar á los hombres de bien: así que tomaron nuestras opiniones distinto rumbo, para lograr un propio fin. Algunos pasamos á Cádiz para votar la salida del gobierno: otros resistimos la ida á aquel puerto, para

que las Córtes viniesen á Madrid, obligadas de faltarles votos con que hacer ley, y como á sitio escrito en la Constitucion. Para burlar este deseo, que tuvo el gobierno á mal pronóstico, no es fácil referir á V. M. las conmociones populares que hubo en Cádiz sobre impedir su salida, los obstáculos con que se dificultó este paso, la destreza con que se manejó el mayor impedimento de una epidemia, que en un principio no lo fué; y despues verdadera, arrancó las lágrimas de muchas familias inocentes, sacrificadas al capricho y fines siniestros de los que mandaban. Y en fin, no son numerables los compromisos en que nos pusieron los jefes políticos y comandantes militares, por no querer ir á la clausura de aquel puerto á ser el juguete de tanto desenfreno.

100. Cedieron, pues, á la necesidad los que deseaban fijar las Córtes en Cádiz, y vinieron á Madrid, momento deseado de todos, por creer que en él se labraria la felicidad de España, y que con la ejecucion de nuestros buenos notorios deseos se enjugarian las lágrimas que nos habian traído al centro de la Península. Mas vemos que Dios nos ha privado de esta gloriosa empresa por tenerla reservada á V. M., en cuya soberana persona ha hecho tantas veces ostentacion de sus prodigios.

101. Vencido, pues, este primer paso, giramos nuestros planes, mientras los contrarios de ellos proyectaban minarlos con el lleno de proporciones que les daban los caudales de la patria, la condescendencia y debilidad de su Regencia, y el tener á su disposicion la fuerza militar y política, por otro nombre

concurriendo á las actuales Córtes ordinarias las salvasen del precipicio que les amenazaba. Verdad es que algunos jefes políticos, poseidos del espíritu del gobierno, tuvieron no pequeña parte en varias elecciones; mas no toda la necesaria para impedir que dejasen de ser electos hombres de carácter, instrucción y probidad, capaces de llenar sus deseos; á fin, pues, de realizarlos, tomaron en consideracion el mal, y meditaron su cura; mas era la llaga envejecida, y los instrumentos para su curación estaban en manos del autor de aquella, y era imposible arrancárselos sin un funesto estremecimiento.

99. Debía ser el primer paso elegir el campo de la lucha, pues Cádiz era un castillo de que solo el gravoso gobierno tenía las llaves. Sabíamos que los mas instruidos y afectos á V. M., que habían concurrido á aquel Congreso, fueron mudos, porque la vez que rompieron el silencio, los habían cubierto de oprobio, y comprometido su existencia al furor de un pueblo alucinado con declamaciones, especies inexactas, y proyectos dorados para encubrir su veneno. Sabíamos que la influencia de la popularidad espectadora decidía los asuntos mas graves, y las mas trascendentales innovaciones con su mofa, insultos y atropellos. Sabíamos que la impunidad era el signo con que el gobierno manifestaba su condescendencia, equivalente á una licencia espresa de ajar á los hombres de bien: así que tomaron nuestras opiniones distinto rumbo, para lograr un propio fin. Algunos pasamos á Cádiz para votar la salida del gobierno: otros resistimos la ida á aquel puerto, para

que las Córtes viniesen á Madrid, obligadas de saltarles votos con que hacer ley, y como á sitio escrito en la Constitucion. Para burlar este deseo, que tuvo el gobierno á mal pronóstico, no es fácil referir á V. M. las conmociones populares que hubo en Cádiz sobre impedir su salida, los obstáculos con que se dificultó este paso, la destreza con que se manejó el mayor impedimento de una epidemia, que en un principio no lo fué; y despues verdadera, arrancó las lágrimas de muchas familias inocentes, sacrificadas al capricho y fines siniestros de los que mandaban. Y en fin, no son numerables los compromisos en que nos pusieron los jefes políticos y comandantes militares, por no querer ir á la clausura de aquel puerto á ser el juguete de tanto desenfreno.

100. Cedieron, pues, á la necesidad los que deseaban fijar las Córtes en Cádiz, y vinieron á Madrid, momento deseado de todos, por creer que en él se labraria la felicidad de España, y que con la ejecucion de nuestros buenos notorios deseos se enjugarian las lágrimas que nos habían traído al centro de la Península. Mas vemos que Dios nos ha privado de esta gloriosa empresa por tenerla reservada á V. M., en cuya soberana persona ha hecho tantas veces ostentacion de sus prodigios.

101. Vencido, pues, este primer paso, giramos nuestros planes, mientras los contrarios de ellos proyectaban minarlos con el lleno de proporciones que les daban los caudales de la patria, la condescendencia y debilidad de su Regencia, y el tener á su disposicion la fuerza militar y política, por otro nombre

el premio y el castigo. No quisiéramos afligir el compasivo corazón de V. M. con la negra historia de la revolución que hemos sufrido en su ausencia; mas como pide remedio, no debe remitirse al silencio este relato, corto, respecto de lo que se omite.

102. Ahora exige el orden que V. M. se digne oír cuáles eran nuestros deseos como representantes de la nación, y por consiguiente la voluntad de esta: cuáles sus fundamentos: qué rumbo han tomado los exaltados para dejarlos ilusorios: y cuán crítico ha sido el momento en que Dios ha enviado la persona de V. M. para salvar á España de su naufragio: porque hallándolos precisados á dar un manifiesto á nuestras provincias de su estado, era de recelar su desunion, y que nuevos males presentasen los últimos efectos de la anarquía en que las había sumergido el gobierno, resignándonos en la máxima de un político, de que cuando un estado amenaza ruina, y esta no puede detenerse, vale mas que se pierda, que perder la reputacion, pues sin ella nunca se podrá recobrar. Pero lo triste de este último remedio hacia trémula la pluma con que íbamos á firmarlo.

103. Protestamos á la faz del mundo no ser nuestro ánimo ofender á persona alguna; criticar sí opiniones que en la nuestra son erradas; pero con la firmeza que apetece la verdad, y con el noble y respetuoso decoro con que siempre España habló por sus Cortes á sus príncipes. Sentimos que para hacer disculpable á la Constitucion de Cádiz, se haya envuelto al pueblo en la creencia de que á ella deben su libertad, siendo así que se le han conseguido las

armas aliadas á los valerosos soldados españoles bajo la dirección del inmortal Wellington, de ese héroe superior á todo elogio, á cuya presencia vino á deshacerse el carro en que la fortuna conducía el mayor monstruo coronado que vió la especie humana: y que los autores de esa Constitucion solo han contribuido á disgustar las tropas; y tambien se le ha hecho creer que nuestros reyes no tenían ni se gobernaban por Constitucion, que eran unos déspotas los súbditos esclavos, y que era menester arrancarles el cetro de hierro, ó atarlo para mantener ilesa la libertad, la igualdad, los derechos imprescriptibles del hombre (voces sonoras, pero nada significantes). Sí, Señor, Constitucion habia, sabia, meditada y robustecida con la práctica y consentimiento general, reconocida por todas las naciones, con la cual habia entrado España en el equilibrio de la Europa, en sus pactos, en sus tratados, en las ventajas de su union y libertades, en la observancia de su derecho de gentes, y en las obligaciones de sus relaciones políticas. Pero, Señor, algun tiempo hubo despotismo ministerial digno de enmienda; mas éste no es falta de Constitucion, ni defecto en ella, sino abuso de su letra. Constitucion tienen hoy (segun apellidan á la de Cádiz), esta lisonjea sus deseos, y jamás hubo mas despotismo, menos libertad, mas agravios, y mas peligros en la seguridad interior y exterior de la monarquía: será, pues, tambien abuso, porque el hombre no es perfecto, y esto no se salva con mudar de Constitucion cada dia.

104. Cualesquiera que sean las circunstancias, no

debe olvidarse que la convocacion á Córtes perteneció en todos tiempos y en toda monarquía al príncipe, ó á quien en su nombre gobierna: que solo á él toca abrirlas por derecho y regla de pública conveniencia; pero su disolucion ó prolongacion bien puede tocar al príncipe con aprobacion y consentimiento de las Córtes mismas, segun era antigua ley y práctica en las de Aragon.

105. Las del reino, sus usos y costumbres prevenian que en los hechos grandes y árdnos se juntasen Córtes, cuya práctica se observó en los reinos de Leon y Castilla desde el origen de la monarquía hasta el siglo XIII. En esta época hasta el siglo XVI las juntas nacionales fueron mas frecuentes, solemnes é importantes: porque sin contar con los casos que abrazan las leyes de la Recopilacion, para que se hiciesen consejo de los tres Estados del reino, establecia la ley de Partida la necesidad de celebrarlas (entre otros objetos) luego que muriese el monarca reinante, para que todos los del reino hiciesen homenaje y juramento de fidelidad al legítimo heredero de la corona: para que resolviesen las dudas que pudiese haber sobre la sucesion: para nombrar regente ó regentes de la monarquía, si el príncipe heredero se hallase imposibilitado, y para otros objetos semejantes.

106. Así se practicó constantemente por espacio de cuatro siglos, como aparece de las actas de aquellos congresos: á cuya semejanza aspiraba V. M. en su decreto de Bayona, considerando que lo actuado en ellas debia de ser reputado por un tesoro de sabi-

duría, economía y política: pues por las facultades dimanadas del derecho del hombre en sociedad, y de los principios esenciales de nuestra Constitucion, los vasallos contraían la obligacion de obedecer y servir con sus personas y haberes al soberano y á la patria; y éste la de hacer justicia, sacrificarse por el bien público, observar las condiciones del pacto; las franquezas y libertades otorgadas á los pueblos, guardar las leyes fundamentales, no alterarlas ni quebrantarlas; y en fin, regir y gobernar con acuerdo y consejo de la nacion.

107. Así lo dijeron al Señor Don Carlos V los procuradores de las Córtes de Valladolid del año de 1518, con la energía propia de la razon: pero inseparables del respeto, para que el soberano enterado de la raiz de los abusos, pusiese la segur al pié para conseguir el bien general de la monarquía.

108. Los derechos de la nacion junta en Córtes, se espresaban con los modestos títulos de consejo, súplica ó peticion: pero no es menos cierto que los señores reyes debian responder, y respondieron por escrito á sus peticiones, conformándose casi siempre con ellas: lo que se verificó hasta el tiempo de la dominacion austriaca en España, tiempo en que empezó el abuso y arbitrariedad de los ministros, y á decaer la autoridad de las Córtes, contestándoles con palabras ambiguas, y comenzó tambien por esto á decaer la monarquía, escusando los ministros cuanto les fué posible la convocacion de Córtes, á pretesto de la libertad con que los representantes de la nacion argüian la defectuosa conducta de ellos, refrenaban

su ambicion, y prevenian remedios oportunos para curar los males y dolencias de la monarquía.

109. Los monarcas gozaban de todas las prerogativas de la soberanía, y reunian el poder ejecutivo y la autoridad legislativa; pero las Córtes en Castilla con su intervencion templaban y moderaban este poderío. Los representantes de la nacion deliberaban con el rey sobre la paz y la guerra; tenian en su mano dar ó negar los auxilios pecuniarios, y disponer de la fuerza militar peculiar de los pueblos. Por esto los procuradores de las Córtes de Valladolid de 1520 en el artículo 22 de ellas dijeron: que cada y cuando el rey quisiere hacer guerras, llame á Córtes á los procuradores, á quienes ha de decir la causa, para que vean si es justa ó voluntaria; y si lo primero, viesen la gente que era necesaria, para que sobre ello proveyesen lo conveniente, y que sin voluntad de dichos procuradores no pudiese hacer, ni poner guerra alguna.

110. En el poder legislativo sucedia, que los señores reyes de Castilla no tenian facultad para anular ó alterar la legislacion establecida; y cuando hubiese necesidad de nuevas leyes, para que fuesen habidas por tales, se debian hacer y publicar en Córtes con acuerdo y consejo de los representantes de la nacion. Así lo decian á los señores reyes Doña Juana y Don Felipe los diputados de las Córtes de Valladolid de 1506 en la petition sesta, recomendando las distintas costumbres de los pueblos para la diversidad de remedios (cuya máxima tambien se olvidó en Cádiz). Esta petition se repitió reinando el señor Don

Felipe III, que es la primera de las Córtes de Madrid, 1607, publicadas en esta villa 1619.

111. No es dudable, segun se ha indicado, que desde el origen de la monarquía hasta el siglo XIII, los señores reyes de Leon y Castilla procedieron siempre en los puntos y casos comunes y ordinarios de gobierno con acuerdo de su Consejo, y en los árdnos y estraordinarios con el de la nacion representada en Córtes. El señor rey Don Sancho IV y su descendencia debieron la corona al voto de la nacion junta en las Córtes de Segovia de 1276, á que asistieron los infantes, los maestros, los ricoshombres, infanzones y caballeros, y los procuradores de los concejos de las ciudades, villas y lugares del reino, porque sabian que á los señores reyes no asistia facultad para disponer de sus estados, sino en conformidad á lo que disponen las leyes, ni para derogar ó variarlas sin las Córtes; y en fin, muchas otras resoluciones de estas pudieran citarse desde fines del siglo XIII, en que tomando enérgicas disposiciones, y dando acertados consejos á los señores reyes en sus apuros, salvaron la nacion de sus convulsiones interiores, y aun de las fuerzas estrañeras que las sostenian, afirmando la corona en las sienes de los soberanos que han precedido á V. M., decidiendo para ello las dudas que lo impedian.

112. Repetimos, Señor, que comenzando el despotismo ministerial con la venida del señor Don Carlos I, principió á padecer la observancia de la Constitucion que tenia esta monarquía: lo que motivó la guerra civil de las comunidades, decayó la autoridad

de las Cortes, y el vigor de la representacion nacional. Y si bien en los siglos XVI y XVII continuó con alguna frecuencia la celebracion de Cortes, y en ellas se propusieron cosas oportunas para el bien general de la nacion, fueron desatendidas con fórmulas de ceremonia, y sin ejecucion lo que se acordaba: de que hay repetidas quejas de los procuradores de Cortes, señaladamente en las de Madrid de 1534. Así que, las Cortes de los siglos de la dominacion austriaca solo fueron sombra de las antiguas, conservadas por el gobierno para conseguir servicios ó la próroga de los impuestos; mas desde aquella época hasta hoy los asuntos políticos de mayor gravedad, y los casos que con propiedad eran de Cortes, se resolvieron sin estas por los ministros, y reputaron como asuntos privados de gabinete.

113. Así sucedió con las renunciaciones de los señores Don Carlos I y Don Felipe II. Así renunciaron las señoras Doña Teresa y Doña Juana de Austria los derechos que podian tener á la corona de España. Así estendió el señor D. Carlos II su testamento; y así trató de darle cumplimiento en medio de las dudas que se presentaban por una y otra parte, de que fué consecuencia necesaria la sangrienta y dispendiosa guerra civil que casi alcanzó á nuestros días. No son, pues, fáciles de enumerar las calamidades que se siguieron en el reino del no uso ó menosprecio de las Cortes. Testigo ha sido V. M. del despotismo ministerial en la última época, y aun añadimos con dolor, que fué víctima del mismo: lo que no hubiera experimentado si las leyes, si las Cortes, si las loables

costumbres y fueros de España hubieran mantenido su antigua energía, y de este último estado parte la facilidad con que el pueblo cree que esa Constitucion de Cádiz es el único remedio que puede curar las llagas que abrió la falta de administracion de justicia, la inobservancia de las leyes fundamentales, y el haber huido del consejo y sujecion de las Cortes, cuyos abusos producen consecuencias incalculables.

114. Permita V. M. que los representantes de sus provincias le hablen el idioma de la verdad, seguros de la rectitud de sus soberanos sentimientos, pues al paso que desaprobamos cuanto se ha hecho en Cádiz bajo el nombre de Cortes (como amantes de la antigua Constitucion española), no podemos dejar de reclamar los derechos de nuestras provincias, demostrando el origen de sus males.

115. Si, pues, habia Constitucion meditada y ratificada, por siglos, y su observancia causó la felicidad del reino, era consiguiente que las leyes de España recopilasen las atribuciones de estas Cortes; las funciones de la soberanía, la forma de la ley para tener vigor y ser provechosa, y la clase de gobierno, que por resultado creian ser mas conveniente al carácter español. Las leyes del libro 6.º, tít. 7.º de la Recopilacion dicen: la primera, que los señores reyes establecieron por leyes hechas en Cortes, que no se echasen nuevos pechos ni tributos, sin que primeramente fuesen llamados á Cortes los procuradores de todas las ciudades y villas del reino, y fuesen otorgados por estos. La segunda: que sobre echos grandes y árdnos se junten Cortes, y se haga con consejo de

los estados de nuestros reinos, segun lo hicieron los reyes predecesores. La cuarta: que las ciudades y villas puedan elegir libremente sus diputados en sus consejos, tanto que sean personas honradas, y no labradores ni sesmeros, añadiendo la ley 6.^a que cuando en la eleccion de procuradores de Córtes hubiese discordia, el rey la decida. La octava: que el rey oiga á dichos procuradores benignamente, reciba sus peticiones y responda á ellas, antes que las Córtes se acaben. La novena: que la cobranza del servicio que se hiciere en Córtes la tengan los procuradores de ellas. La décimatercia: que de los procuradores de Córtes queden dos diputados para la espedicion y ejecucion de lo otorgado en Córtes, á quienes se franquee por los contadores del rey la razon que pidieren de lo que estuviere en sus libros.

116. El auto primero acordado del mismo título, fecha en Madrid á 27 de Julio de 1660, habla de existir una junta de asistentes de Córtes: habla de los fraudes que se cometian para venir por procuradores á ellas, y se hace supuesto de que el rey inconcusamente era quien mandaba llamar por cartas á los reinos y ciudades que tenian voto en Córtes, que se llamaban convocatorias. De esto jamas han dudado los escritores españoles, como tampoco de que debian llevar poderes decisivos, siendo cuanto acordaban en sus congresos, como si los hiciese todo el reino.

117. En los fueros de Aragon (de que se ha dado idea) se arregló hasta el tiempo porque podian prorogarse las Córtes, asiento de los concurrentes, y calidad de las personas que habian de asistir á ellas.

En Navarra el rey ocupaba en las Córtes el primer lugar, y era considerado con los esenciales atributos de la soberanía, depositario de lo que se ha llamado en Cádiz poder ejecutivo, y aun legislador: y para que á su nombre se espidiesen y ejecutasen las leyes, y en algunos casos las dispensaba. Podia conceder indultos, moratorias, vénias de edad y otras gracias. El cuerpo de este congreso le constituian los tres brazos, eclesiástico, militar y pueblo, compuesto de los representantes de las ciudades y villas realengas que tenian voto en Córtes, por gracia de los monarcas, cuya regalía era la misma en Castilla; por esto el acuerdo y dictámen de las Córtes se reducía á tres votos. La eleccion de sus representantes correspondia á los vecinos libres, sin requerir en los electos mas calidad, que la naturaleza y residencia en el reino. Los poderes de estos diputados habian de ser absolutos para cuanto se tratase en las Córtes. Para obtener fuerza de ley, era precisa la conformidad de todos los votos de los tres brazos. Para el acierto procuraban oír á los facultativos ó inteligentes, sin precipitacion, ni fiarse de su propio dictámen: y aun habia en las Córtes consultores natos para el intento. La jurisdiccion y poder de las Córtes compuestas del soberano, y los tres brazos no tenian límites. Era el primer objeto reparar las ofensas hechas á la Constitucion, cuya solicitud se dirigia al rey para que las remediase. Las Córtes se juntaban antiguamente todos los años, despues de tres en tres. Solo al rey competia convocarlas, y la accion de disolverlas tambien era privativa del soberano mismo. Por este ór-

den pudieran referirse otros varios fueros y costumbres, que han distado mucho del sistema actual.

118. Son no menos atendibles las leyes de Partida. La 12 del título 1.º, Partida 1.ª, dijo: que el rey podía hacer leyes, y la 9 del mismo título espresó, que debia ser muy meditado el derecho que fuese puesto en ellas: *é otrosi, deben guardar, que cuando las ficieren no haya ruido ni otra cosa que los estorbe ó embargue, é que las fagan con consejo de homes sabidores é entendidos, é leales é sin cobdicia*: ley muy digna de observancia para evitar las nulidades notorias que han nacido de su contravencion.

119. La ley 17 siguiente hablando de la enmienda que haya de hacerse en las leyes, señala el orden con que debe proceder el rey. Primero: que haya acuerdo con homes entendidos é sabidores de derecho, é con los mas homes buenos que pudiere haber é de mas tierras, porque sean muchos de un acuerdo. Segundo: cuando de esta guisa fuere bien acordado, debe el rey facer saber por toda su tierra los yerros que antes habian las leyes en que eran, é como tiene por derecho de las enmendar; pero si el rey tantos homes no pudiere haber, ni tan entendidos ni tan sabidores, halo de facer con aquellos que entendiere que mas aman á Dios, é á él, é á la pró de la tierra: cuya sabia ley puede tener oportuna aplicacion, en gran parte de las solicitudes con que concluiremos.

120. Consiguiente á este cuidado de la soberanía, dijo la ley 8, tit. 1.º, libro 2.º de la Recopilacion: que cuando se tratase en el Consejo de hacer alguna ley nueva, derogar ó dispensar las hechas, concurrir-

sen en un voto todos los del Consejo, ó por lo menos las dos partes, y lo consultasen al rey, para que proveyesé en ello lo conveniente á su servicio, y al bien público del reino; y no con menos solemnidad y madura detencion se hacian, ó revocaban las leyes con intervencion del rey en Aragon.

121. Seria fuera de nuestro intento recordar todas las que en España han demarcado las funciones de la soberanía, terminantes á guardar á los señores reyes el respeto y consideracion que necesitan, para desempeñar sin agravio de los súbditos la administracion de justicia, y el servicio personal y pecuniario con que deben contribuir estos á la defensa interior y exterior de la nacion.

122. Convencidos, segun lo espuesto, de que los príncipes de España han congregado Córtes por el bien del estado, como fundamento del reino, á fin de guardarlo en paz, en justicia, y aumentar su honor: y que en estas mismas Córtes ó comicios se hacian las leyes, y arreglaban los tributos; ¿cómo hemos de ver sin admiracion la negra pintura que se ha hecho de los señores reyes de España, y de sus leyes fundamentales, para dar mejor colorido á las Córtes de Cádiz?

123. ¿Por qué se ha de privar á V. M. del derecho, que exclusivamente han tenido, sus gloriosos antecesores, de convocar las Córtes, é intervenir en su dissolution? ¿A qué piloto se le ha negado la direccion de su nave? ¿Si solo el Papa puede convocar y presidir el concilio general, que son las Córtes de la Iglesia, en que interesa el bien de las naciones, y

den pudieran referirse otros varios fueros y costumbres, que han distado mucho del sistema actual.

118. Son no menos atendibles las leyes de Partida. La 12 del título 1.º, Partida 1.ª, dijo: que el rey podía hacer leyes, y la 9 del mismo título espresó, que debia ser muy meditado el derecho que fuese puesto en ellas: *é otrosi, deben guardar, que cuando las ficieren no haya ruido ni otra cosa que los estorbe ó embargue, é que las fagan con consejo de homes sabidores é entendidos, é leales é sin cobdicia*: ley muy digna de observancia para evitar las nulidades notorias que han nacido de su contravencion.

119. La ley 17 siguiente hablando de la enmienda que haya de hacerse en las leyes, señala el orden con que debe proceder el rey. Primero: que haya acuerdo con homes entendidos é sabidores de derecho, é con los mas homes buenos que pudiere haber é de mas tierras, porque sean muchos de un acuerdo. Segundo: cuando de esta guisa fuere bien acordado, debe el rey facer saber por toda su tierra los yerros que antes habian las leyes en que eran, é como tiene por derecho de las enmendar; pero si el rey tantos homes no pudiere haber, ni tan entendidos ni tan sabidores, halo de facer con aquellos que entendiere que mas aman á Dios, é á él, é á la pró de la tierra: cuya sabia ley puede tener oportuna aplicacion, en gran parte de las solicitudes con que concluiremos.

120. Consiguiente á este cuidado de la soberanía, dijo la ley 8, tit. 1.º, libro 2.º de la Recopilacion: que cuando se tratase en el Consejo de hacer alguna ley nueva, derogar ó dispensar las hechas, concurrir-

sen en un voto todos los del Consejo, ó por lo menos las dos partes, y lo consultasen al rey, para que proveyese en ello lo conveniente á su servicio, y al bien público del reino; y no con menos solemnidad y madura detencion se hacian, ó revocaban las leyes con intervencion del rey en Aragon.

121. Seria fuera de nuestro intento recordar todas las que en España han demarcado las funciones de la soberanía, terminantes á guardar á los señores reyes el respeto y consideracion que necesitan, para desempeñar sin agravio de los súbditos la administracion de justicia, y el servicio personal y pecuniario con que deben contribuir estos á la defensa interior y exterior de la nacion.

122. Convencidos, segun lo espuesto, de que los príncipes de España han congregado Córtes por el bien del estado, como fundamento del reino, á fin de guardarlo en paz, en justicia, y aumentar su honor: y que en estas mismas Córtes ó comicios se hacian las leyes, y arreglaban los tributos; ¿cómo hemos de ver sin admiracion la negra pintura que se ha hecho de los señores reyes de España, y de sus leyes fundamentales, para dar mejor colorido á las Córtes de Cádiz?

123. ¿Por qué se ha de privar á V. M. del derecho, que exclusivamente han tenido, sus gloriosos antecesores, de convocar las Córtes, é intervenir en su dissolution? ¿A qué piloto se le ha negado la direccion de su nave? ¿Si solo el Papa puede convocar y presidir el concilio general, que son las Córtes de la Iglesia, en que interesa el bien de las naciones, y

dá norma á sus semejantes; ¿por qué V. M. ha de quedar privado de lo que tantos siglos ha querido la nacion y su pueblo? La presidencia en el Congreso; la convocacion á éste de los tres estados del reino en el tiempo y lugar que designaban los soberanos; la asistencia de procuradores con facultades amplias, examinadas por encargados de los señores reyes y procuradores elegidos con libertad, que llevaban la confianza de los pueblos, era ley constitucional, y hoy ley variada.

124. Se designaba por mandato de los señores reyes sitio religioso, donde sin ruido y con libertad, divididos los brazos examinaban las materias; mas hoy en sitio harto profano, entre el estruendo y opresion, entre una masa indigesta, se deciden materias que no se examinan.

125. Constó el estado de los nobles de treinta personas, el del pueblo de uno ó dos procuradores por provincia, costumbre tomada de la república de Solon: y se procuró una concurrencia completa; mas esta ley fundamental se ha convertido en una concurrencia inmensa, que imposibilita las resoluciones.

126. En las Córtes se juraba al sucesor del reino: y cuando el pueblo juraba al rey fidelidad, juraba éste conservar y observar las leyes y costumbres del reino, los estatutos de las ciudades y sus privilegios, que mas adecuaron á su índole y á sus particulares servicios. Estos sin consentimiento de las provincias se han revocado; y estando ya prestado por V. M., y el reino este mútuo juramento, se contrajo

con él un vínculo que no han podido alterar las Córtes de Cádiz.

127. Aun lo que en su origen se titula privilegio, pasa á tener la fuerza de contrato, cuando se concede por causa justa, por un hecho verificado, ó que ha de cumplirse. V. M. era rey constituido: su autoridad estaba sellada con el consentimiento del pueblo, y este mútuo lazo era la garantía que hacia inalterable la antigua Constitucion española, en cuya buena fe y confianza descansaron al concluir su juramento y proclama, sin dejar capacidad á las reformas de Cádiz.

128. La obediencia al rey, es pacto general de las sociedades humanas, es tenido en ellas á manera de padre, y el órden político que imita al de la naturaleza, no permite que el inferior domine al superior: uno debe ser el príncipe, porque el gobierno de muchos es perjudicial, y la monarquía, no para el rey, sí para utilidad del vasallo fué establecida. Pero en Cádiz se rompieron tan nobles vínculos, el interes general y la obediencia, sin consultar la razon, y guiados del capricho.

129. Son harto notorias en los publicistas las graves causas que pueden dictar al pueblo el deseo de tales novedades, pero de ellas ninguna ha concurrido en V. M. despues de prestado el mútuo juramento, y de la mas solemne proclamacion en su ausencia. Si consideramos á V. M. arrancado del trono por violencia, no emigrado por voluntad, no hallamos arbitrio para que los administradores ó representantes de la soberana autoridad que dejó en su ausencia,

ni los que sucedieron en el mismo puesto (ora por derecho ó como gestores de ausente), hubiesen innovado las leyes fundamentales, ni trocado el sistema en que V. M. dejó las cosas al verificarse su cautividad, á mas de que el voto general de la nacion al verse invadida, se contrajo solo á equipar soldados, y á buscar intereses que, salvándola del ataque, la restituyesen á su antigua libertad é independenciam, no á desquiciar las bases en que estas se apoyaron.

130. Veneraremos siempre el juramento de fidelidad que prestamos á V. R. P.: existe fija en nuestra memoria la mas solemne proclama que han visto las naciones, hecha de V. M. en su ausencia, con un aparato tan ostentoso, que acaso otro monarca no puede gloriarse de haber recibido tantas muestras del fuego que abrasaba el pecho de los españoles, á pesar de su desgracia. En este acto no pudo imponer la presencia de V. M., ni la esperanza de su remuneracion: era aquel momento muy triste: V. M. cautivo entre las cadenas de un tirano que aspiraba á dominar sin estorbos. Este convencimiento dejó al corazon sin otro impulso que el de la fidelidad á su primer juramento: lenguaje el mas puro para hacer indisolubles las obligaciones que penden de libre voluntad.

131. Acaso, señor, no recuerda la historia un juramento de príncipe en semejantes circunstancias: todas las fórmulas que discurrieron los antiguos para solemnizar este acto, y llamar la ira suprema contra el que le quebrantase, no echaron lazo tan fuerte, ni obligacion tan solemne como el de este hecho en fa-

vor de un cautivo. Fué, pues, jurado V. M. en los mismos términos que lo habian sido sus gloriosos antecesores: la nacion es demasiado generosa y justa para no añadir afliccion al affigido, ni para regatearle un momento la fidelidad mas sincera; pues que en hacer demostracion de ella, queria afirmar la diadema en las sienas de V. M., mientras la fuerza estrangera se afanaba en arrancársela.

132. Fué, pues, esta proclama un juramento decisivo y afirmativo; reunió todos los caracteres con que los sabios los han considerado inalterables. ¡Y cuándo V. M. ha faltado á su promesa? ¡Cuándo ha contraido méritos para que se debilite esta jura? ¡Cuándo ha podido disolverse la mútua obligacion? Ni cuándo eludirse el mas solemne pacto? Cautivo en Francia le prestó el juramento, y sin variar de estado ni circunstancias, vuelve á su trono, y España quiere mantenerle ileso. El pueblo sabio no desconoce que este juramento no ha podido ser interpretado; que no habia capacidad para relajarle: que el súbdito no puede dispensarse de la obligacion á sí mismo, y menos por solo mudar de voluntad, ó por engreirse un momento con voces especiosas de nuevas formas de gobierno, descifradas con pinturas distantes de la realidad, y atribuyendo nombres poco conformes con sus significados.

133. Los que hablan al pueblo de gobierno despótico, le hacen desconocer sus verdaderos caracteres, que son: no nacer libres, no poseer en propiedad, no tener derecho á sucesion, disponer el príncipe de su vida, honor y bienes sin mas ley que su voluntad,

aun con infraccion de las naturales y positivas. Pero si nunca España gimió bajo este yugo, ¿por qué se abusa con tanta frecuencia de la voz despotismo para escitar la indignacion entre los que no distinguen ni meditan?

134. La monarquía absoluta (voz que por igual causa oye el pueblo con harta equivocacion) es una obra de la razon y de la inteligencia; está subordinada á la ley divina, á la justicia y á las reglas fundamentales del estado: fué establecida por derecho de conquista, ó por sumision voluntaria de los primeros hombres que eligieron sus reyes. Así que el soberano absoluto no tiene facultad de usar sin razon de su autoridad (derecho que no quiso tener el mismo Dios): por esto ha sido necesario que el poder soberano fuese absoluto, para prescribir á los súbditos todo lo que mira al interes comun, y obligar á la obediencia á los que se niegan á ella. Pero los que declaman contra el gobierno monárquico, confunden el poder absoluto con el arbitrario, sin reflexionar que no hay estado (sin esceptuar las mismas repúblicas), donde en el constitutivo de la soberanía no se halle un poder absoluto. La única diferencia que hay entre el poder de un rey y el de una república es, que aquel puede ser limitado, y el de esta no puede serlo: llamándose absoluto, en razon de la fuerza con que puede ejecutar la ley que constituye el interes de las sociedades civiles. En un gobierno absoluto, las personas son libres, la propiedad de los bienes es tan legitima é inviolable, que subsiste aun contra el mismo soberano que aprueba el ser compelido ante los

tribunales, y que su mismo consejo decida sobre las pretensiones que tienen contra él sus vasallos. El soberano no puede disponer de la vida de sus súbditos, sino conformarse con el orden de justicia establecido en su estado. Hay entre el príncipe y el pueblo ciertas convenciones, que se renuevan con juramento en la consagracion de cada rey: hay leyes, y cuanto se hace contra sus disposiciones, es nulo en derecho. Póngase al lado de esta definicion la antigua Constitucion española, y medítese la injusticia que se le hace.

135. Los mas sabios políticos han preferido esta monarquía absoluta á todo otro gobierno. El hombre en aquella no es menos libre que en una república; y la tiranía aun es mas temible en esta que en aquella. España, entre otros reinos, se convenció de esta preferencia, y de las muchas dificultades del poder limitado, dependiente en ciertos puntos de una potencia superior, ó comprimido en otros por parte de los mismos vasallos. El soberano, que en varios extremos reconoce un superior, no tiene mas poder que el que recibe por el mismo conducto por donde se ha derivado la soberanía; mas esta monarquía limitada, hace depender la fortuna del pueblo, de las ideas y pasiones del príncipe, y de los que con él reparten la soberana autoridad. Dos potencias que deberían obrar de acuerdo, mas se combaten que se apoyan. Es arriesgado que todo dependa de uno solo, sujeto á dejarse gobernar ciegamente; y es mas infelicidad por razon opuesta que todo dependa de muchos que no se pueden conciliar, por tener cada

uno sus ideas, su gusto, sus miras y sus intereses particulares. El rey, comprimido por los privilegios del pueblo, se hace un honor en resistir sus derechos, y como el aire que adquiere mayor fuerza en la compresion, rompe contra ellos con tanta mayor violencia cuanto mas oprimido se halla en el ejercicio de las funciones de la soberanía; mayormente si no están bien balanceadas. Póngase ahora al reverso de esta medalla la Constitucion y los decretos de las Cortes de Cádiz, las contestaciones con las regencias, y los efectos que se han seguido.

136. Mucho nos hemos dilatado, y apenas hemos completado el índice de los sucesos y materias que piden reforma. Tendíamos la vista (al venir á Madrid) por el negro cuadro de que acabamos de dar la idea, y nos hallábamos convencidos de ser justo restituir á V. M. la corona de sus mayores, sobre las antiguas bases que la fijó la monarquía. Conocíamos que debía limitarse el poder de los congresos á la formacion de leyes en union con el rey, dividiéndose en estamentos, para evitar la precipitacion y el influjo de las facciones en formarlas: por cuyo medio el pueblo español gozaria de una libertad verdadera y durable; y conocíamos tambien que nuestros trabajos debian emplearse sin la interrupcion de los estruendos de una concurrencia mal aconsejada.

137. Conocíamos que nuestras provincias habian sufrido un agravio, sujetándolas á nuevas leyes fundamentales, hechas sin su intervencion, gravosas á su paz é intereses, proclamadas entre las amenazas, dadas á obedecer por solo el castigo, y juradas sin

solemnidad por error de concepto, y con vicios que las eximian de obligacion. Conocíamos que nuestra inaccion en reclamar y enmendar estos males, podria ser criticada, y un cargo en el tribunal de la razon y en el del pueblo mismo, el dia que despertase de su alucinamiento. Y en fin, conocíamos que si la forma de nuestros poderes la habia marcado el gobierno de Cádiz, la voluntad del pueblo (que es la que constituye su esencia) los habia conferido, para intervenir en unas Cortes generales, que suponian por leyes de España amplitud de facultades para remediar perjuicios, cuyo peso se hacia sentir demasiado.

138. Por esto, para reformar vinimos resueltos á Madrid; pero noticiosos los exaltados de opinion contraria, no cesaban de esponernos al público con la nota de que queriamos arruinar una Constitucion, cuyas páginas apellidaban sagradas, y sus cláusulas un vasto archivo de felicidad para los españoles, sin que desarmase este empeño (en la popularidad alucinada) la vista de los tristes efectos de una anarquía desoladora, que no podia ser oscurecida por los elogios y declamaciones insignificantes, sacrificados en las aras de ese ídolo de la ceguedad, publicado en tiempo que muchos pueblos aun no estaban evacuados de franceses, y todos los demas recelando su vuelta. Por eso miraron con indiferencia un acto que no podian resistir, y que no equivalia á bayonetas en su defensa, que era lo único que ocupaba su atencion y deseo.

139. Sin arredramos la prevencion que veíamos

en la popularidad (y despues que muchos de nosotros conseguimos tomar posesion en el Congreso, viniendo dilaciones estudiadas, y el ruido y algazara de los espectadores) determinamos por primer paso separar la Regencia, subrogando otra enérgica, que nos pudiese en libertad para desempeñar nuestras funciones: que hiciese retirar de Madrid los vagos y sediciosos: que cuidase de vestir y alimentar la tropa, y que celase la administracion de justicia. Para esta mudanza elegimos el dia en que habia de proponerse al Congreso; pero noticiosos de nuestra deliberacion los opuestos á nuestras ideas, como protectores de todo lo hecho en Cádiz, prepararon el ánimo del gobernador de Madrid Villacampa, quien puso su tropa sobre las armas, provista de cartuchos, como si se encaminase al ataque mas glorioso, y remitió al Congreso con aparentada urgencia, como si peligrase la patria, la impostura mas negra que creyó á propósito para desconceptuarnos al público, para inflamar el ánimo de éste, é impedir se realizase en aquel dia la remocion del gobierno, sin la que no podia darse un paso en defensa de los derechos de V. M. y de la nacion. Vimos, en fin, contra nosotros la fuerza, asustado el pueblo con la noticia, cerradas por el recelo las puertas de muchas casas, y entre una soledad reparable; solo exaltados rodeaban nuestra deliberacion. Dictó la prudencia suspenderla, frustróse el fin, y dió el gobierno por premio de este paso el grado de teniente general á Villacampa, con agravio del ejército, y con desaire nuestro.

140. Trasladamos á otro dia la tentativa, sin la

que no podiamos llenar los deseos de nuestras provincias. Tratamos de proponer la cesacion de la actual Regencia, y poner al frente del gobierno al inmediato de la corona llamado por la Constitucion, de los que no estaban cautivos: esto es, á la serenísima Sra. infanta Doña Carlota Joaquina de Borbon, pues habiendo protestado sostener la integridad de los estados de V. M., era quien podia tomar mas interes por su prosperidad, teniendo acreditado su afecto y generosa proteccion á los españoles en tan amarga época, y cuya actividad, talento y relevantes prendas darian á la nacion mayor preponderancia en cualquiera Congreso que se formase con la representacion de un negociador que tuviese la garantía de Portugal; resultando entre otras muchas ventajas, la principal de que podia promover con energía la libertad de V. M., como lo tenia premeditado de antemano, y hacer parar este torrente de desórdenes. Se redujo á escrito la proposicion que habia de hacerse, por si (como suponiamos) el estruendo y la audacia nos impidiese hablar en el asunto; pero se traslució este paso por los contrarios de nuestras máximas, y tuvieron valor de esparcir por los barrios de Madrid esquelas sediciosas y subversivas, espresando que se trataba de arruinar la Constitucion, que era preciso defenderla, que para ello apareceria mas de setecientas escarapelas pajizas de armados con puñales, y que al aviso de los cohetes disparados á la puerta del Congreso, nos pasarian á cuchillo. Miramos esto con desprecio, y aunque conociamos que al menos resultaria alguna conmocion popular, y que

se comprometia la union de las provincias (en que hay sembrados no pocos intrigantes de la misma especie), veiamos no haber otro medio que mudar el gobierno en sistema mas sólido para salvar la España; mas al estar poniendo nuestras firmas en la proposicion, llegó la feliz noticia de la restitucion de V. M. á este dichoso suelo. Descansó la inquietud que despedazaba nuestro corazon por ver tantos males sin fuerza que los contriviese; y hallándola en vuestro soberano brazo, y apoyo en las virtudes que recomiendan á V. M. en el amor de sus pueblos, se dan por cumplidos nuestros deberes con este paso, no nuevo en circunstancias parecidas, en que representantes de provincias afligidas por la iniquidad triunfante, han hecho presente al soberano de España su opresion y deseos, para que tome á su cargo el remedio.

141. El que debemos pedir, trasladando al papel nuestros votos, y el de nuestras provincias, es con arreglo á las leyes, fueros, usos y costumbres de España. Ojalá no hubiese materia harto cumplida para que V. M. repita al reino el decreto que dictó en Bayona, y manifieste (segun la indicada ley de Partida) la necesidad de remediar lo actuado en Cádiz, que á este fin se proceda á celebrar Cortes con la solemnidad y en la forma que se celebraron las antiguas: que entre tanto se mantenga ileso la Constitucion española, observada por tantos siglos, y las leyes y fueros que á su virtud se acordaron: que se suspendan los efectos de la Constitucion, y decretos dictados en Cádiz, y que las nuevas Cortes tomen en considera-

cion su nulidad, su injusticia y sus inconvenientes: que tambien tomen en consideracion las resoluciones dictadas en España desde las últimas Cortes hechas en libertad, y lo hecho contra lo dispuesto en ellas, remediando los defectos cometidos por el despotismo ministerial, y dando tono á cuanto interesa á la recta administracion de justicia, al arreglo igual de las contribuciones de los vasallos, á la justa libertad y seguridad de sus personas, y á todo lo que es preciso para el mejor orden de una monarquía.

142. Que ínterin se verifican las nuevas Cortes (suspendiéndose las actuales), se cumplan con la mayor actividad las leyes de España que dictaron los señores reyes con las Cortes generales, y á su virtud se administre justicia por los jueces y tribunales con arreglo á ellas, para la seguridad, paz y buen orden del Estado: se tomen cuentas á cuantos han manejado caudales públicos durante esta amarga revolucion: se completen los ejércitos: se les vista y alimente, se premie su mérito, y el de todos los que han contribuido á libertar á España de la opresion del tirano de la Europa: que se abra causa (á fin de castigar los delitos y precaver la seguridad nacional en adelante) contra cuantos son reos de los mas notorios, averiguando los fines y los medios que se han empleado para atacar la integridad de España, para estraviar su opinion, para traer envueltos en convulsiones populares á los vasallos honrados, y se averigüen los fines con que se ha procurado dejar indefensa la nacion, sigilando el verdadero estado de sus fuerzas, disgustando los jefes militares, ofendiendo la conside-

se comprometia la union de las provincias (en que hay sembrados no pocos intrigantes de la misma especie), veiamos no haber otro medio que mudar el gobierno en sistema mas sólido para salvar la España; mas al estar poniendo nuestras firmas en la proposicion, llegó la feliz noticia de la restitucion de V. M. á este dichoso suelo. Descansó la inquietud que despedazaba nuestro corazon por ver tantos males sin fuerza que los contriviese; y hallándola en vuestro soberano brazo, y apoyo en las virtudes que recomiendan á V. M. en el amor de sus pueblos, se dan por cumplidos nuestros deberes con este paso, no nuevo en circunstancias parecidas, en que representantes de provincias afligidas por la iniquidad triunfante, han hecho presente al soberano de España su opresion y deseos, para que tome á su cargo el remedio.

141. El que debemos pedir, trasladando al papel nuestros votos, y el de nuestras provincias, es con arreglo á las leyes, fueros, usos y costumbres de España. Ojalá no hubiese materia harto cumplida para que V. M. repita al reino el decreto que dictó en Bayona, y manifieste (segun la indicada ley de Partida) la necesidad de remediar lo actuado en Cádiz, que á este fin se proceda á celebrar Cortes con la solemnidad y en la forma que se celebraron las antiguas: que entre tanto se mantenga ilesa la Constitucion española, observada por tantos siglos, y las leyes y fueros que á su virtud se acordaron: que se suspendan los efectos de la Constitucion, y decretos dictados en Cádiz, y que las nuevas Cortes tomen en considera-

cion su nulidad, su injusticia y sus inconvenientes: que tambien tomen en consideracion las resoluciones dictadas en España desde las últimas Cortes hechas en libertad, y lo hecho contra lo dispuesto en ellas, remediando los defectos cometidos por el despotismo ministerial, y dando tono á cuanto interesa á la recta administracion de justicia, al arreglo igual de las contribuciones de los vasallos, á la justa libertad y seguridad de sus personas, y á todo lo que es preciso para el mejor orden de una monarquía.

142. Que ínterin se verifican las nuevas Cortes (suspendiéndose las actuales), se cumplan con la mayor actividad las leyes de España que dictaron los señores reyes con las Cortes generales, y á su virtud se administre justicia por los jueces y tribunales con arreglo á ellas, para la seguridad, paz y buen orden del Estado: se tomen cuentas á cuantos han manejado caudales públicos durante esta amarga revolucion: se completen los ejércitos: se les vista y alimente, se premie su mérito, y el de todos los que han contribuido á libertar á España de la opresion del tirano de la Europa: que se abra causa (á fin de castigar los delitos y precaver la seguridad nacional en adelante) contra cuantos son reos de los mas notorios, averiguando los fines y los medios que se han empleado para atacar la integridad de España, para estraviar su opinion, para traer envueltos en convulsiones populares á los vasallos honrados, y se averigüen los fines con que se ha procurado dejar indefensa la nacion, sigilando el verdadero estado de sus fuerzas, disgustando los jefes militares, ofendiendo la conside-

ración de que se han hecho dignos nuestros heroicos aliados, sin los que no hubiéramos conseguido nuestra libertad, disgustando y entorpeciendo las operaciones de su primer jefe el lord Wellington, cuya memoria, acreedora á nuestra gratitud, quedará eternamente grabada en el corazón de los españoles, pues llenando nuestra confianza, nos puso fuera de alcance, aun de las mas temibles armas de Napoleon, que eran la seducción é intriga; y adoptándose para remediar estos males todas las medidas que señalaron nuestras sábias leyes. Tenga, en fin, presente V. M., que antes de entrar los moros en España, desde Recesvinto era ley fija la intolerancia de la heregía en el reino, haciendo celebrar cuatro concilios para que se cumpliese y arreglase la disciplina eclesiástica. En esta interviene el espreso ó virtual permiso de los príncipes: V. M. es protector del concilio, y haria glorioso su reinado si en él se celebrase uno que arreglase las materias eclesiásticas, y preservase intacta entre nosotros esa nave que no han de poder trastornar todas las furias del abismo.

143. Estos son, señor, nuestros deseos, y las causas que los han impulsado. Por todo se penetrará V. M. del estado de España, de sus sentimientos, y de la rectitud que nos conduce á este justo paso de sumision debido á vuestra soberanía. Si lo indefinido de los votos de algunas resoluciones del Congreso, han podido un momento hacer dudar á V. M. de esta verdad, le suplicamos tenga por única voluntad la que acabamos de esponer á S. R. P., pues con su soberano apoyo, y amor á la justicia, nos hallará V.

M. siempre constantes en las acertadas resoluciones con que aplique el remedio. No pudiendo dejar de cerrar este respetuoso manifiesto, en cuanto permita el ámbito de nuestra representacion, y nuestros votos particulares, con la protesta de que se estime siempre sin valor esa Constitucion de Cádiz, y por no aprobada por V. M. ni por las provincias; aunque por consideraciones que acaso influyan en el piadoso corazón de V. M. resuelva en el dia jurarla; porque estimamos las leyes fundamentales que contiene, de incalculables y trascendentales perjuicios, que piden la prévia celebracion de unas Córtes especiales, legítimamente congregadas, en libertad, y con arreglo á las antiguas leyes. Madrid, 12 de Abril de 1814.

NOTA.—Las firmas eran las mismas que las de la representacion que acompañó á este manifiesto, y es la siguiente:

Señor: La Divina Providencia nos ha confiado la representacion de España, para salvar su religion, su rey, su integridad y sus derechos, á tiempo que opiniones erradas y fines menos rectos, se hallan apoderados de la fuerza armada; de los caudales públicos; de los primeros empleos; de la posibilidad de agraciar ú oprimir, ausente V. M.; dividida la opinion de sus vasallos; alucinados los incautos; reunidos los perversos; fructificando el árbol de la sedicion; principiada y sostenida la independenciam de las Américas, y amagadas de un sistema republicano las provincias que representamos: indefensos á la faz del mundo hemos sido insultados, forzados y oprimidos

para no hacer otro bien que impedir y dilatar la ejecución de mayores males, y no quedándonos otro recurso que elevar á V. M. el adjunto manifiesto, que llena el deseo de nuestras provincias, el posible desempeño de nuestros deberes, nuestros votos, y la sumision y fidelidad que juramos á V. R. P., y á nuestras antiguas leyes é instituciones.

Suplicamos á V. M. con todas las veras de nuestro corazón, se digne enterarse, y con su soberano acierto enjugar las lágrimas de las provincias que nos han elegido, y de los leales españoles que no han cesado de pedir á Dios por la restitucion de V. M. al trono, y hoy por la dilatacion de sus dias para labrar su felicidad.

Dios guarde á V. M. los muchos años que le pedimos. Madrid, 12 de Abril de 1814.—Señor.—A los reales piés de V. M.—(Siguen las firmas.)

Imprimióse en Madrid esta representación y manifiesto en el año de 1814. Reimprimióse tambien en Madrid en el de 1820 con notas en que se impugna su contenido, y una larga refutacion del mismo manifiesto, que unido todo forma un tomo en 4.º La mucha estension de estos documentos nos impide transcribirlos aquí; ni tampoco lo juzgamos necesario para dar á conocer las causas que prepararon la abolicion de la Constitucion de Cádiz por Fernando VII, que es el objeto que nos proponemos al concluir nuestra obra, como uno de los sucesos de mas consecuencia enlazado con la guerra gloriosa de los años. Por lo demas nos abstenemos de tomar parte en la con-

troversia entre los 69 diputados y sus impugnadores, como tarea completamente ajena de nuestro propósito.

VII.

DECRETO DE 4 DE MAYO DE 1844.

Desde que la Divina Providencia, por medio de la renuncia espontánea y solemne de mi augusto padre, me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenia ya jurado sucesor el reino por sus procuradores juntos en Córtes, segun fuero y costumbres de la nacion española, usados de largo tiempo; y desde aquel fausto dia que entré en la capital en medio de las mas sinceras demostraciones de amor y lealtad, con que el pueblo de Madrid salió á recibirme, imponiendo esta manifestacion de su amor á mi real Persona, á las huestes francesas, que con achaque de amistad se habian adelantado apresuradamente hasta ella, siendo un presagio de lo que un dia ejecutaria este heróico pueblo por su rey y por su honra, y dando el ejemplo que noblemente siguieron todos los demas del reino; desde aquel dia, pues, puse en mi real ánimo para responder á tan leales sentimientos, y satisfacer á las grandes obligaciones en que está un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones, y á reparar los males á que pudo dar ocasion la perniciosa influencia de un valido durante el reinado anterior. Mis primeras manifestaciones se redujeron á la restitucion de varios magistrados, y de otras personas á quienes arbitrariamente se habia separado de sus destinos; pe-

para no hacer otro bien que impedir y dilatar la ejecución de mayores males, y no quedándonos otro recurso que elevar á V. M. el adjunto manifiesto, que llena el deseo de nuestras provincias, el posible desempeño de nuestros deberes, nuestros votos, y la sumision y fidelidad que juramos á V. R. P., y á nuestras antiguas leyes é instituciones.

Suplicamos á V. M. con todas las veras de nuestro corazón, se digne enterarse, y con su soberano acierto enjugar las lágrimas de las provincias que nos han elegido, y de los leales españoles que no han cesado de pedir á Dios por la restitucion de V. M. al trono, y hoy por la dilatacion de sus dias para labrar su felicidad.

Dios guarde á V. M. los muchos años que le pedimos. Madrid, 12 de Abril de 1814.—Señor.—A los reales piés de V. M.—(Siguen las firmas.)

Imprimióse en Madrid esta representación y manifiesto en el año de 1814. Reimprimióse tambien en Madrid en el de 1820 con notas en que se impugna su contenido, y una larga refutacion del mismo manifiesto, que unido todo forma un tomo en 4.º La mucha estension de estos documentos nos impide transcribirlos aquí; ni tampoco lo juzgamos necesario para dar á conocer las causas que prepararon la abolicion de la Constitucion de Cádiz por Fernando VII, que es el objeto que nos proponemos al concluir nuestra obra, como uno de los sucesos de mas consecuencia enlazado con la guerra gloriosa de los años. Por lo demas nos abstenemos de tomar parte en la con-

troversia entre los 69 diputados y sus impugnadores, como tarea completamente ajena de nuestro propósito.

VII.

DECRETO DE 4 DE MAYO DE 1844.

Desde que la Divina Providencia, por medio de la renuncia espontánea y solemne de mi augusto padre, me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenia ya jurado sucesor el reino por sus procuradores juntos en Córtes, segun fuero y costumbres de la nacion española, usados de largo tiempo; y desde aquel fausto dia que entré en la capital en medio de las mas sinceras demostraciones de amor y lealtad, con que el pueblo de Madrid salió á recibirme, imponiendo esta manifestacion de su amor á mi real Persona, á las huestes francesas, que con achaque de amistad se habian adelantado apresuradamente hasta ella, siendo un presagio de lo que un dia ejecutaria este heróico pueblo por su rey y por su honra, y dando el ejemplo que noblemente siguieron todos los demas del reino; desde aquel dia, pues, puse en mi real ánimo para responder á tan leales sentimientos, y satisfacer á las grandes obligaciones en que está un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones, y á reparar los males á que pudo dar ocasion la perniciosa influencia de un valido durante el reinado anterior. Mis primeras manifestaciones se redujeron á la restitucion de varios magistrados, y de otras personas á quienes arbitrariamente se habia separado de sus destinos; pe-

ro la dura situacion de las cosas, y la perfidia de Bonaparte, de cuyos crueles efectos quise, pasando á Bayona, preservar á mis pueblos, apenas dieron lugar á mas. Reunida allí la real familia se cometió en toda ella, y señaladamente en mi persona, un tan atroz atentado, que la historia de las naciones cultas no presenta otro igual, así por sus circunstancias, como por la série de sucesos que allí pasaron; y violado en lo mas alto el sagrado derecho de gentes, fui privado de mi libertad, y de hecho del gobierno de mis reinos, y trasladado á un palacio con mis muy caros hermano y tio, sirviéndonos de decorosa prision así por espacio de seis años aquella estancia. En medio de esta afliccion siempre estuvo presente á mi memoria el amor y lealtad de mis pueblos; y era gran parte de ella la consideracion de los infinitos males á que quedaban espuestos, rodeados de enemigos, casi desprovistos de todo para poder resistirles, sin rey y sin un gobierno de antemano establecido, que pudiese poner en movimiento, y reunir á su voz las fuerzas de la nacion, y dirigir su impulso, y aprovechar los recursos del estado para combatir las considerables fuerzas, que simultáneamente invadieron la Península, y estaban pérfidamente apoderadas de sus principales plazas. En tan lastimoso estado espedí en la forma, que rodeado de la fuerza lo pude hacer, como el único remedio que quedaba, el decreto de 5 de Mayo de 1808, dirigido al Consejo de Castilla, y en su defecto á cualquiera chancillería ó audiencia que se hallase en libertad, para que se convocasen las Córtes, las cuales únicamente se habian de ocu-

par por el pronto en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino, quedando permanentes para lo demas que pudiese ocurrir; pero este mi real decreto por desgracia no fué conocido entonces, y aunque lo fué despues, las provincias proveyeron, luego que llegó á todas la noticia de la cruel escena de Madrid por el jefe de las tropas francesas en el memorable dia de Dos de Mayo, á su gobierno por medio de las juntas que crearon. Acaeció en esto la gloriosa batalla de Bailen; los franceses huyeron hasta Vitoria, y todas las provincias y la capital me aclamaron de nuevo rey de Castilla y de Leon, en la forma que lo han sido los reyes mis augustos prodecesores. Hecho reciente de que las medallas acuñadas por todas partes dan verdadero testimonio, y que han confirmado los pueblos por donde pasé á mi vuelta de Francia con la efusion de sus vivas, que conmovieron la sensibilidad de mi corazon adonde se grabaron para no borrarse jamas. De los diputados que nombraron las juntas se formó la Central, quien ejerció en mi real nombre todo el poder de la soberanía desde Setiembre de 1808 hasta Enero de 1810, en cuyo mes se estableció el primer consejo de Regencia; donde se continuó el ejercicio de aquel poder hasta el dia 24 de Setiembre del mismo año, en el cual fueron instaladas en la isla de Leon las Córtes llamadas generales y estraordinarias, concurriendo al acto del juramento, en que prometieron conservarme todos mis dominios como á su soberano 104 diputados, á saber: 57 propietarios y 47 suplentes, como consta del acta que certificó el secreta-

rio de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, D. Nicolas María de Sierra. Pero á estas Córtes, convocadas de un modo jamas usado en España, aun en los casos mas árdus, y en los tiempos turbulentos de minoridades de reyes, en que ha solido ser mas numeroso el concurso de procuradores que en las Córtes comunes y ordinaria, no fueron llamados los estados de nobleza y clero, aunque la Junta Central lo habia mandado, habiéndose ocultado con arte al consejo de Regencia este decreto, y tambien que la junta le habia asignado la presidencia de las Córtes, prerogativa de la soberanía, que no habria dejado la Regencia al arbitrio del Congreso, si de él hubiese tenido noticia. Con esto quedó todo á disposicion de las Córtes, las cuales en el mismo día de su instalacion, y por principio de sus actas, me despojaron de la soberanía, poco antes reconocida por los mismos diputados, atribuyéndola nominalmente á la nacion, para apropiársela así ellos mismos, y dar á éstas despues sobre la tal usurpacion, las leyes que quisieron, imponiéndole el yugo de que forzosamente las recibiese en una nueva Constitucion, que sin poder de provincia, pueblo ni junta, y sin noticia de las que se decian representadas por los suplentes de España é Indias, establecieron los diputados, y ellos mismos sancionaron y publicaron en 1812. Este primer atentado contra las prerogativas del trono, abusando del nombre de la nacion, fué como la base de los muchos que á este siguieron, y á pesar de la repugnancia de muchos diputados, tal vez del mayor número, fueron adoptados y elevados á leyes que lla-

maron fundamentales, por medio de la gritería, amenazas y violencias de los que asistian á las galerías de las Córtes, con que se imponia y aterraba, y á lo que era verdaderamente obra de una faccion, se le revestia del especioso colorido de la voluntad general, y por tal se hizo pasar la de unos pocos sediciosos que en Cádiz y despues en Madrid ocasionaron á los buenos, cuidados y pesadumbre. Estos hechos son tan notorios, que apenas hay uno que los ignore, y los mismos diarios de las Córtes dan hartos testimonios de todos ellos. Un modo de hacer leyes tan ajeno de la nacion española, dió lugar á la alteracion de las buenas leyes con que en otro tiempo fué respetada y feliz. A la verdad, casi toda la forma de la antigua Constitucion de la Monarquía se innovó, y copiando los principios revolucionarios y democráticos de la Constitucion francesa de 1791, y faltando á lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron, no leyes fundamentales de una Monarquía moderada, sino las de un gobierno popular, con un jefe ó magistrado, mero ejecutor delegado, que no rey, aunque allí se le dé este nombre para alucinar y seducir á los incautos y á la nacion. Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva Constitucion; y es conocido de todos, no solo lo que pasó con el respetable obispo de Orense, pero tambien la pena con que á los que no la firmasen y jurasen se amenazó. Para preparar los ánimos á recibir tamañas novedades, especialmente las respectivas á mi real Persona, y prerogativas del trono, se procuró por medio de los pa-

peles públicos, en algunos de los cuales se ocupaban diputados de Córtes, y abusando de la libertad de imprenta, establecida por éstas, hacer odioso el poder real, dando á todos los derechos de la majestad el nombre de despotismo, haciendo sinónimos los de rey y déspota, y llamando tiranos á los reyes, al mismo tiempo en que se perseguía á cualquiera que tuviese firmeza para contradecir, ó siquiera disentir de este modo de pensar revolucionario y sedicioso, y en todo se aceptó el democratismo, quitando del ejército y armada, de todos los establecimientos, que de largo tiempo habian llevado el título de reales, este nombre, y sustituyendo el de nacionales con que se lisonjeaba al pueblo, quien á pesar de tan perversas artes, conservó con su natural lealtad los buenos sentimientos que siempre formaron su carácter. De todo esto luego que entré dichosamente en el reino fui adquiriendo fiel noticia y conocimiento, parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos dias con imprudencia se derramaron especies tan groseras é infames acerca de mi venida y de mi carácter, que aun respecto de cualquiera otro serian muy graves ofensas, dignas de severa demostracion y castigo. Tan inesperados hechos llenaron de amargura mi corazon, y solo fueron parte para templarlo las demostraciones de amor de todos los que esperaban mi venida, para que con mi presencia pusiese fin á estos males y á la opresion en que estaban los que conservaron en su ánimo la memoria de mi persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la patria. Yo os juro y prometo á voso-

tros, verdaderos y leales españoles, al mismo tiempo que me compadezco de los males que habeis sufrido, no quedaréis defraudados en vuestras nobles esperanzas. Vuestro soberano quiere serlo para vosotros, y este coloca su gloria, en serlo de una nacion heróica que con hechos inmortales se ha granjeado la admiracion de todas y conservado su libertad y su honra. Aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya; ni en España fueron déspotas jamas sus reyes, ni sus buenas leyes y Constitucion lo han autorizado, aunque por desgracia de tiempo en tiempo se hayan visto, como por todas partes y en todo lo que es humano, abusos de poder, que ninguna Constitucion posible podrá precaver del todo, ni fueron vicios de la que tenia la nacion, sino de personas, y efectos de tristes, pero muy rara vez vistas circunstancias, que dieron lugar y ocasion á ellos. Todavía para precaverlos cuanto sea dado á la prevision humana, á saber, conservando el decoro de la dignidad real y sus derechos, pues los tiene de suyo, y los que pertenecen á los pueblos que son igualmente inviolables, yo trataré con sus procuradores de España y de las Indias, y en Córtes legítimamente congregadas, compuestas de unos y otros, lo mas pronto que restablecido el orden y los buenos usos en que ha vivido la nacion, y con su acuerdo han establecido los reyes, mis augustos predecesores, las pudiere juntar, se establecerá sólida y legítimamente cuanto convenga al bien de mis reinos, para que mis vasallos vivan prósperos y felices en una religion y un imperio estrechamente uni-

dos en indisoluble lazo: en lo cual y en solo esto consiste la felicidad temporal de un rey y un reino que tienen por excelencia el título de Católicos; y desde luego se pondrá mano en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunion de estas Córtes, donde espero queden afianzadas las bases de la prosperidad de mis súbditos, que habitan en uno y otro hemisferio. La libertad y seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas por medio de leyes, que afianzando la pública tranquilidad y el orden, dejen á todos la saludable libertad, en cuyo goce imperturbable, que distingue á un gobierno moderado de un gobierno arbitrario y despótico, deben vivir los ciudadanos que estén sujetos á él. De esta justa libertad gozarán tambien todos para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos, dentro, á saber, de aquellos límites que la sana razon soberana é independientemente prescribe á todos para que no degeneren en licencia, pues el respeto que se debe á la religion y al gobierno, y el que los hombres mútramente deben guardar entre sí, en ningun gobierno culto se puede razonablemente permitir que impunemente se atropelle y quebrante. Cesará tambien toda sospecha de disipacion de las rentas del Estado, separando la tesorería de lo que se asignare para los gastos que exijan el decoro de mi real persona y familia, y el de la nacion á quien tengo la gloria de mandar de la de las rentas que con acuerdo del reino se impongan y asignen para la conservacion del Estado en todos los ramos de su administracion; y las leyes que en lo sucesivo hayan de servir de nor-

ma para las acciones de mi súbditos, serán establecidas con acuerdo de las Córtes. Por manera que estas bases pueden servir de seguro anuncio de mis reales intenciones en el gobierno de que me voy á encargar, y harán conocer á todos no un déspota ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos. Por tanto, habiendo oido lo que unánimemente me han informado personas respetables por su celo y conocimientos, y lo que acerca de cuanto aquí se contiene, se me ha espuesto en representaciones que de varias partes del reino se me han dirigido, en las cuales se espresa la repugnancia y disgusto con que así la Constitucion formada en las Córtes generales y estraordinarias, como los demas establecimientos políticos de nuevo introducidos son mirados en las provincias, y los perjuicios y males que ha venido de ellos, y se aumentarían si yo autorizase con mi consentimiento y jurase aquella Constitucion: conformándome con tan decididas y generales demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser ellas justas y fundadas, declaro que mi real ánimo es no solamente no jurar ni acceder á dicha Constitucion, ni á decreto alguno de las Córtes generales y estraordinarias, y de las ordinarias actualmente abiertas; á saber: los que sean depresivos de los derechos y prerogativas de mi soberanía establecidas por la Constitucion y las leyes, en que de largo tiempo la nacion ha vivido, sino el declarar aquella Constitucion y decretos nulos y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamas tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo, y sin obligacion

en mis pueblos y súbditos de cualquiera clase y condicion á cumplirlos ni guardarlos. Y como el que quisiere sostenerlos y contradijese esta real declaracion, tomada con dicho acuerdo y voluntad, atentaria contra las prerogativas de mi soberanía y la felicidad de la nacion, y causaria turbacion y desasosiego en todos mis reinos, declaro reo de lesa majestad á quien tal osare é intentare, y que como á tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito, ora de palabra, moviendo é incitando ó de cualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha Constitucion y decretos. Y para que entre tanto se restablece el órden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el reino, acerca de lo cual sin pérdida de tiempo se irá proveyendo lo que convenga, no se interrumpa la administracion de justicia, es mi voluntad, que entre tanto continúen las justicias ordinarias de los pueblos que se hallan establecidas, los jueces de letras adonde los hubiere, y las audiencias, intendentes y demas tribunales de justicia en la administracion de ella, y en lo político y gubernativo los ayuntamientos de los pueblos, segun de presente están, y entre tanto se establece lo que convenga guardarse, hasta que oidas las Córtes que llamare, se asiente el órden estable de esta parte del gobierno del reino. Y desde el dia en que este mi decreto se publique, y fuese comunicado al presidente que á la sazón lo sea de las Córtes, que actualmente se hallan abiertas, cesarán estas en sus sesiones; y sus actas y las de las anteriores, y cuantos espedientes hubiere

en su archivo y secretaría, ó en poder de cualesquiera individuos, se recojan por la persona encargada de la ejecucion de este mi real decreto, y se depositen por ahora en la casa de ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen: los libros de su biblioteca se pasarán á la real, y á cualquiera que tratase de impedir la ejecucion de este mi real decreto, de cualquier modo que lo haga, igualmente lo declaro de lesa majestad, y que como á tal se imponga la pena de la vida. Y desde aquel dia cesará en todos los juzgados del reino el procedimiento de cualquiera causa que se hallare pendiente por infraccion de Constitucion, y los que por tales causas se hallaren presos ó de cualquier modo arrestados, no habiendo otro motivo justo segun las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad. Que así es mi voluntad, por exigirlo todo así, el bien y felicidad de la nacion.—Dado en Valencia á 4 de Mayo de 1814.—Yo el rey.—Como secretario del rey con ejercicio de decretos, y habilitado especial para este.—*Pedro de Macanaz.*

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE LIBRO.

	Págs.
CAP. I.— <i>Proyectos de Napoleon sobre la Península española.—Tratado de Fontainebleau.—Entrada de los franceses en España.....</i>	1
CAP. II.— <i>Connociones en Aranjuez.—Príncipe de la Paz.—Abdicacion de Carlos IV en su hijo Fernando.—Entrada de Murat en Madrid.—Dos de Mayo.—Salida de la familia real para Francia.—Renuncias de Bayona.....</i>	13
CAP. III.— <i>Alzamiento de las provincias de España y de Portugal contra los franceses.—Escesos que acompañaron en algunas partes al levantamiento.—Toma de la escuadra francesa surta en Cádiz—Defensa de Valencia.....</i>	50
CAP. IV.— <i>Junta de gobierno en Madrid.—Obispo de Orense.—Junta de Bayona.—José Bonaparte proclamado rey de España por</i>	

Napoleon.—Constitucion de Bayona.—Guerra en las provincias.—Santander.—Batalla de Cabezon.—Aragon.—Cataluña.—Girona.—Accion del Bruch.—Dupont en Andalucía.—Entra José en Madrid.—Su retrato.—Galicia.—Desgracia de Filangieri.—Castilla.—Batalla de Rioseco.—Batalla de Bailen.—Sale José de Madrid.—Retiranse los franceses al Ebro..... 91

CAP. V.—Continúa la guerra en las provincias.—Cataluña: memorable defensa de Girona.—Aragon: defensa heroica de Zaragoza.—Marqués de la Romana en Dinamarca: embárcase con sus tropas para España.—Muerte de Viguri en Madrid.—Entran en esta capital las tropas de Valencia y Andalucía.—Navarra.—Proclamacion de Fernando VII en Madrid.—Provincias Vascongadas.—Instalacion de la Junta Central.—Levantamiento de Portugal.—Desembarcan los ingleses en aquel reino.—Pelean con los franceses.—Evacuan éstos el territorio portugués..... 123

CAP. VI.—Junta Central.—Avanzan los ejércitos españoles al Ebro.—Choques con los franceses.—Napoleon: sus conferencias en Erfurt con el emperador de Rusia: hace á la Inglaterra proposiciones de paz, que son desechadas.—Entra en España con un poderosa ejército.—Batalla de Espinosa: de Burgos:

de Tudela.—El general Sanjuan en Somosierra.—Pasa Napoleon aquel puerto.—Retirase hácia Estremadura.—La Junta Central.—Desgraciada muerte del marqués de Perales.—Napoleon delante de Madrid, donde entra por capitulacion.—Muerte desastrosa del general Sanjuan.—Movimientos y estado de las tropas españolas.—La Junta Central en Sevilla..... 154

CAP. VII.—Cuidados de la Junta Central.—Desasosiego de Napoleon.—Indecision de los ingleses: caminan hácia Valladolid: encuentros que tienen con los franceses.—Marqués de la Romana.—Pasa Napoleon el puerto de Guadarrama.—Retiranse los ingleses al Esla.—Encuentro en Benavente.—Siguen su retirada los ingleses á Galicia: su insubordinacion.—Es sorprendida en Mansilla una division española.—Retirase el marqués de la Romana la via de Galicia.—Trabajos de los españoles en la retirada.—Pérdidas é indisciplina de los ingleses.—Siguenles los franceses.—Batalla de la Coruña: muerte del general Moore.—Embárcanse los ingleses: entran en la Coruña los franceses.—El marqués de la Romana en Galicia.—Se dirige Soul á Portugal.—Napoleon en Valladolid restituyéndose á Francia: preparativos del Austria para la guerra.—José Bonaparte.—Ejército del centro.—Batalla de Uclés: violencias y

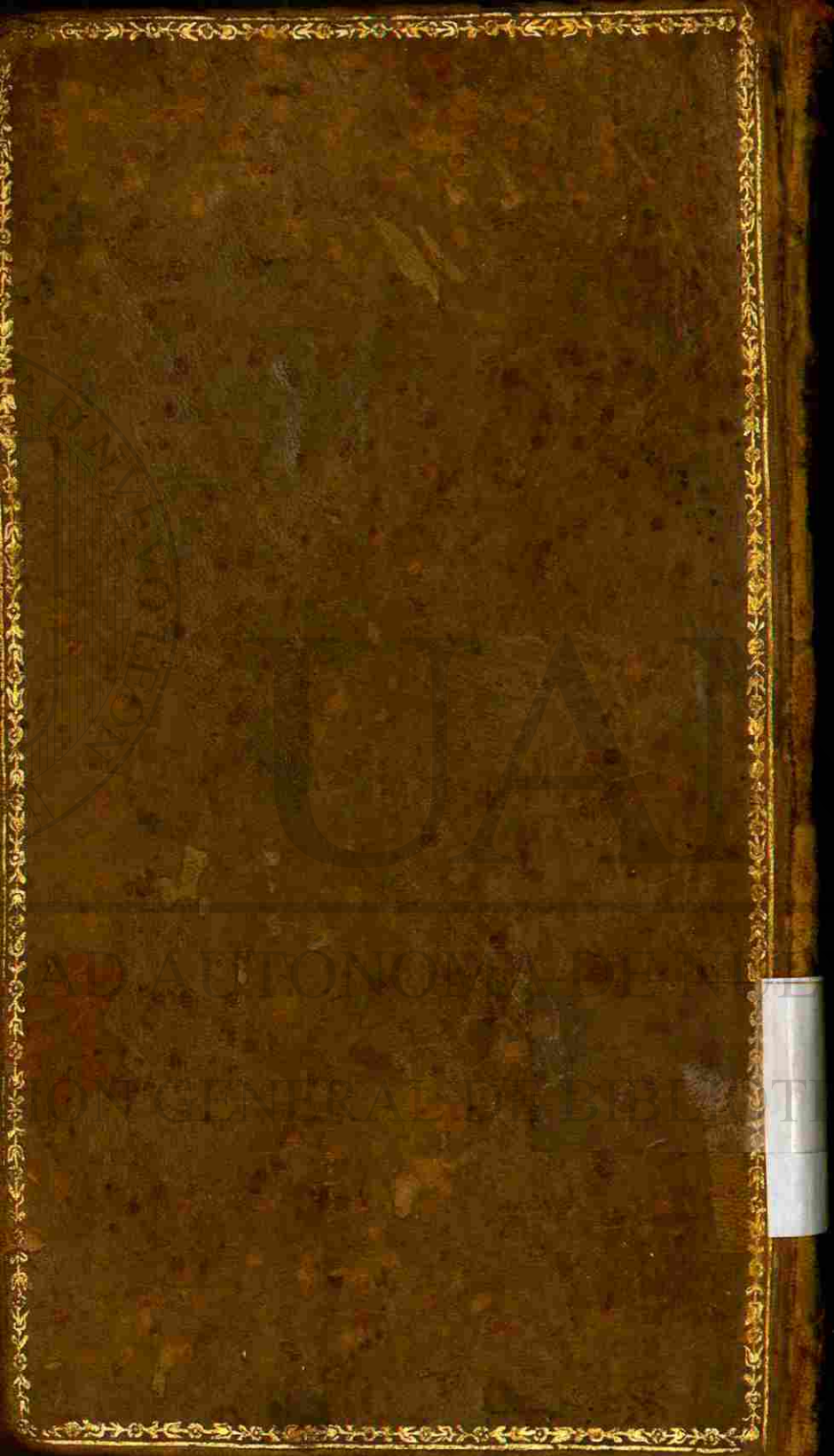
- atrocidades de los franceses.—Entra de nuevo José en Madrid..... 185
- CAP. VIII.—Estado de la guerra en Cataluña.—Situación crítica de los franceses en aquel Principado.—Sucede Vives al marqués de Palacio.—Entra Saint-Cyr con un gran refuerzo.—Acciones de Vives delante de Barcelona.—Sitio y capitulación de Rosas.—Continúa Saint-Cyr su camino: se le oponen los españoles: entra en Barcelona.—Acometen los franceses á los nuestros y los deshacen.—Deja Vives el mando, y le sucede Reding.—Prepárase Zaragoza para nueva y mas tenaz defensa.—Sitianla los franceses.—Defensa larga y obstinada de la ciudad.—Epidemia dentro: Palafox enfermo: capitula Zaragoza: quebrantan los franceses la capitulación..... 204
- CAP. IX.—Conducta del intruso José: juntas criminales que establece.—Junta Central: es obedecida y acatada, no solo en España, sino tambien en las posesiones de África, América y Asia.—Celebra un tratado con Inglaterra.—Quieren los ingleses guarnecer á Cádiz: conmocion en aquella plaza.—Operaciones militares en la Mancha: en Extremadura.—Batalla de Medellin.—Hace José proposiciones á la Junta Central, que las desecha.—Estado de la guerra en Cataluña.—Varios combates.—Bloquea Saint-Cyr á Tarrogoná,

Págs.

Págs.

- pero se vé obligado á alzar el bloqueo.—Muere Reding.—Somatenes.—Partidas: lealtad de los pueblos.—Hazañas de Porlier.—El Empecinado.—El cura Merino.—Asturias.—Castilla.—El marqués de la Romana en Galicia.—Atraviesa el Vierzo para ir á Asturias.—Rinde en Villafranca 1.000 granaderos enemigos.—Llega á Oviedo.—Síguele Ney, y entra mas tropa francesa en el principado por otros puntos.—Trasládase Romana por mar á Galicia.—Vuelve tambien Ney á esta provincia.—Entra Mahy desde Asturias en Galicia, y escarmienta á los enemigos junto á Lugo.—Crece la insurreccion en esta provincia.—Ríndese la guarnicion de Vigo.—Guerra en Portugal.—Evacua Soult este reino.—Accion del puente de San Payo.—Prision del general Franceschi.—Queda Galicia libre de enemigos.—Asturias.—Desgraciada tentativa de Ballesteros contra Santander..... 221
- CAP. X.—Decreto de la Junta Central sobre convocacion á Córtes.—Sucesos militares en Aragon.—Acciones de Maria y de Belchite.—Cataluña: defensa de Gerona.—Extremadura.—Batalla de Talavera.—Batalla de Almonacid..... 251
- CAP. XI.—Partidas en Navarra, Aragon y las dos Castillas.—Nombra la Junta Central una comision ejecutiva.—Defensa de Astor-

- ga.—Batalla de Tamames.—De Ocaña.—
De Medina del Campo.—De Alba de Tor-
mes..... 279
- CAP. XII.—Avanzan los franceses á Andalu-
cía.—Trasládase á Cádiz la Junta Central.
—Entra el duque de Alburquerque en la isla
de Leon, y los enemigos en Sevilla, Málaga
y otros puntos.—Disuélvese la Junta Central
despues de nombrar una Regencia.—José en
Andalucía.—Se restituye á Madrid.—Astu-
rias.—Galicia.—Ríndese.—Navarra, Ara-
gon y Cataluña: defensa de Hostalrich.—
Serranía de Ronda..... 294
- CAP. XIII.—Defensa y rendicion de Ciudad-
Rodrigo.—Provincia de Leon.—Líneas de
Torres Vedras.—Invade Massena el Portu-
gal, y se encierran los ingleses en las líneas.
—Distraen los españoles las fuerzas enemigas
por la parte de Extremadura y condado de
Niebla.—Lo mismo por otros puntos, pelean-
do en todos de continuo.—Combates en Cata-
luña.—Accion del Abisbal.—Guerrillas por
todas partes.—Ábrense las Córtes.—Disiden-
cia de algunas provincias de América.—Nue-
va Regencia..... 318
- CAP. XIV.—Nueva distribucion de los ejérci-
tos españoles.—Empieza Massena á retirar-
se de Portugal.—Acude Soult desde Andalu-
cía en auxilio de Massena.—Acomete á Oli-
venza que capitula.—Ballesteros.—Sitia



AD AUTONOMIA
CYCLOPEDIA

1
T